





The Library  
of the  
University of North Carolina



Endowed by The Dialectic  
and  
Philanthropic Societies

898.5—P17t

v.5




BARCODE  
ON BACK

This BOOK may be kept out *TWO WEEKS ONLY*, and is subject to a fine of FIVE CENTS a day thereafter. It was taken out on the day indicated below:

17 Nov 39 CA		
14 Jul '42 BB		





Digitized by the Internet Archive  
in 2024 with funding from  
University of North Carolina at Chapel Hill











TRADICIONES PERUANAS



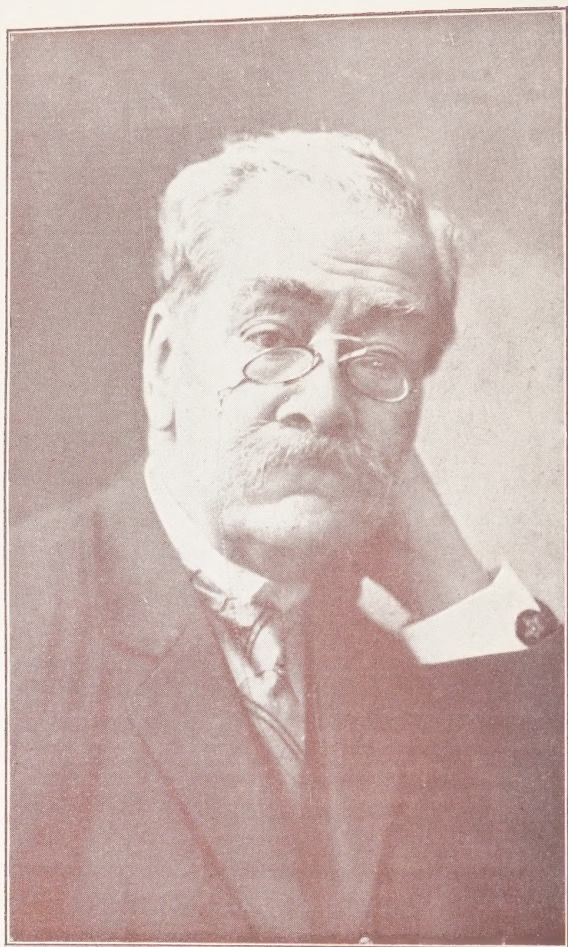
---

Es propiedad de los hijos del autor.  
Toda edición fraudulenta será per-  
seguida por las leyes.  
Published in Spain.

---







*Ricardo Palma*

Retrato y autógrafo de 1910.

# TRADICIONES PERUANAS

POR

RICARDO PALMA

MIEMBRO CORRESPONDIENTE DE LAS REALES ACADEMIAS ESPAÑOLA Y DE LA HISTORIA,  
DIRECTOR Y RESTAURADOR DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE LIMA, MIEMBRO HONORARIO  
DE LA HISPANIC SOCIETY DE NUEVA YORK, ETC.

EDICIÓN PUBLICADA BAJO LOS AUSPICIOS DEL GOBIERNO DEL PERÚ

ILUSTRACIONES DE FERNANDO MARCO

TOMO V



CALPE  
MADRID



El papel de esta obra ha sido expresamente fabricado por LA PAPELERA ESPAÑOLA.



Library, Univ. of  
North Carolina

## JUICIOS LITERARIOS

---

### GLOSAS

Las TRADICIONES PERUANAS.—Póstuma, completa, escrupulosa, documentada, majestuosamente distribuída en seis volúmenes, patrocinada por el Gobierno de la República del Perú, la nueva edición de las TRADICIONES de Ricardo Palma que hoy en Madrid están dirigiendo sus hijas bien merece el nombre de edición nacional. Aunque nacional no es palabra que me guste, tratándose de instituciones de espíritu en que han comulgado, de uno u otro modo, con España sus Américas. (Y en los demás casos, tampoco aquella palabra me place en demasía...) *Imperial* debiera decirse, que no *nacional*, siquiera por todo aquel que no se figure que imperialismo es siempre cosa de sables y de cañones y de tener a la gente metida en un puño.

Pero tampoco, considerada en sí misma, la obra de Ricardo Palma ofrece, a despecho de una superficial apariencia, ningún sentido de nacionalismo cerrado. Es, al contrario, abierta, tolerante, unificadora. Tanto como peruana, española y hasta francesa, en ciertos matices. Muy auténticamente popular—lo popular auténtico se ríe de fronteras—, y a la vez muy auténticamente académica—y lo académico auténtico, si no ríe, sonríe... Todo, menos burguesa. Todo, menos recelosa y avara. (*Burgués* es, por definición, el que levanta tapias en los confines para seguridad de lo que cae dentro.)

Algunos críticos americanos han podido insinuar censura contra



Ricardo Palma por su evidente enternecimiento ante las cosas del período colonial. «No faltará quien diga—ha escrito alguien—que no fué prudente esa resurrección, casi glorificada, de una época de que a la nueva no le convenía acordarse sin reservas...» En esta *imprudencia*, que debe llamarse *generosidad*, encuentro uno de los mayores encantos y una de las mayores dignidades de las TRADICIONES. Sin supersticiosas asepsias, me gusta el patriotismo verdadero: como sin remilgos pedantes es la verdadera aristocracia.

Hace cuarenta años, y para dotar a su Lima querida de una Biblioteca decorosa, Ricardo Palma se hizo bibliotecario, y propagandista, y apóstol, y no vaciló en volverse hasta mendigo, para compadecer la necesidad pública de instrumentos de lectura y estudio con la penuria de los medios materiales puestos oficialmente al servicio del propósito. Hazaña de patriota fué aquélla. Quien tal cumplió empujado por el sentimiento de patria, bien puede permitirse dejar que su buen gusto y su buen humor y otras bondades suyas pasen un poco por alto aquellos dogmas separatistas de «tiranía» y «tiranos», de «ominosa opresión», de «yugo extranjero», de «independencia», de «cadenas» y otros ripios.

Sobre cosas del Perú español escribía voluptuosamente Ricardo Palma... Para la verdadera libertad del Perú, Ricardo Palma compraba y mendigaba libros... Los dos gestos, las dos funciones no se excluyen, se completan.

Rectificaciones. Precisiones.—He visto reproducida con frecuencia en publicaciones peruanas una muy anterior glosa mía sobre tan simpática figura. Como veo que tal nota se reproduce siempre con cierta errata, me permitiré aprovechar la ocasión brindada hoy por el tema para hacer algo por la corrección de la misma.

Debo decir, pues, que mi vieja nota sobre Palma lo hacía, en el texto original, cabalgar entre dos siglos, «ninguno el nuestro». En las reproducciones aparece en lugar de esta negación un encarecimiento: «principalmente el nuestro», se lee en ellas.

No. Nuestro siglo es el XX; y aunque este siglo nuestro se encuentra en algunos puntos camino de enmienda, está poco preparado—a no ser en algunos de sus hijos de sensibilidad más avanzada, más reaccionaria y más fina—para regalarse sinceramente en la integridad de las TRADICIONES. Los dos siglos que le corresponden a Palma son el XVIII y el XIX. Tiene de este último la pasión por el fluir del espíritu popular, el culto de la espontaneidad, la sabiduría en *folk-lore*. Tiene, en cambio,

del setecientos, el academicismo, la irreverencia, el enciclopedismo, la malicia aristocrática.

«Recogió la tradición de labios de la vieja y se mofó de la superstición en boca del sacristán». Así podía escribirse en una lápida o monumento dedicado al autor de las TRADICIONES PERUANAS. Este podía ser también el lema de la edición nacional, imperial, cuyos dos primeros volúmenes ya aparecidos anuncian en la república—en la *imperial república*—de nuestras letras una fiesta muy grata.

El Perú, sombra de virreyes. Magnificencias y venenos.—El enamorado del amor siente la nostalgia de todos los besos que un día estuvo a punto de dar y que no dió. El apasionado viajero, la de todos los países que estuvo a punto de visitar y no visitó.

Me habían anunciado a Córdoba, la de la Argentina, como una ciudad con mucho sabor colonial y español. Colonial, tal vez sí; español, no tanto. Hay en los aspectos urbanos de esta Córdoba mucho de ultramar y de factoría.

Más sutilmente española en sus aspectos es seguramente la ciudad de Santa Fe. En un solo convento de franciscanos de esta ciudad, y en un techo de este convento de franciscanos, hay más españolismo óptico que en toda la promiscua documentación arqueológica de la casita del virrey cordobesa.

La sombra de los virreyes había que ir a buscarla al Perú (...Antes mi infancia había conocido un poco de esta sombra, extraviada entre los follajes de la Rambla barcelonesa, donde se ostenta —gracia singular de la urbe—el palacio de la *Virreina del Perú*.)

Una sombra así, al pintor Paul Ganguin, por ejemplo, pudo magnificarle y envenenarle a la vez toda la vida. Ardientemente curioso de ciertas experiencias, un día hubiera querido probar, en mi sensibilidad, la sensación, siquiera efímera, de esta venenosa magnificencia y de este magnífico veneno.

No pudo ser. Y el Perú sigue todavía siendo para mí lo que para el enamorado del amor el beso que estuvo a punto de darse y no se daba.

EUGENIO D'ORS.

Del *A B C*, Madrid, junio de 1924.



## RICARDO PALMA

Aquella danza de las musas que pintó Julio Romano es grave en demasía. Las nueve hermanas, en un giro lleno de gracia y mesura, no llegan a desprenderse de su semidivina condición. Aquí, en el libro de Ricardo Palma, no están todas acaso; mas desde luego Clío, musa de la historia, y Talía, numen de la comedia, con Calíope la heroica y con Melpómene la trágica, se nos aparecen en la intimidad de la academia de baile regida por su hermana Terpsícore, abandonada, como prenda en el guardarropa, su excelsa tiesura, y entregadas a humanísima danza, toda amenidad y regodeo.

Una invocación a las musas, o una irrespetuosa evocación de ellas ante el templo en que oficia don Ricardo Palma, el «tradicionista» peruano, a nadie le ha de parecer fuera de lugar. Puestos a imaginar una alegoría que defina plásticamente el carácter de sus TRADICIONES PERUANAS—que ahora se nos presentan de nuevo en flamante edición española, de la que tenemos ya tres gruesos volúmenes—, nada hemos hallado mejor que esa íntima danza de unas cuantas hijas de Mnemosine, libres de la vigilancia de Apolo, que a cada cual le asigna su expresa función, por cuya pureza ha de velar celosamente.

Queremos decir que sin duda las TRADICIONES de Palma, obra maestra de un género, no por haberlo creado, sino por haberle infundido su autor, para que viva, un soplo cargado de virtud animadora, tienen, si se atiende a la casilla en que se las deba clasificar, encaje hartó difícil, y si se mira a su árbol genealógico, sangre muy mezclada. Ni historia pura, ni poesía pura, es verdad. Ya se ha dicho esto en son de reparo. Alguna vez se le ha acusado—el propio Palma nos lo dice en ciertos desenfadados versos de los que le place poner a la cabeza de cada serie de TRADICIONES—, se le ha acusado de hacer «de la historia pepitoria»; a lo cual había dado él contestación adelantada calificando estos libros suyos de «pedrecillas históricas—que llevo de la patria ante el altar».

Ricardo Palma no se ha propuesto escribir la historia del Perú, como los autores de las *Floreccillas* no se propusieron escribir la vida de San Francisco. Esta comparación, a primera vista arriesgada, conviene sin duda al arte que nos dejan ver las TRADICIONES. Son también «floreccillas» arrancadas aquí y allá en un huerto que las ha producido en exuberante profusión, desde las magníficas flores gigantescas de la descabellada aventura y el increíble heroísmo hasta la corolita de

pétalos caedizos que se deshace apenas la mano se tiende a tomarla: un simple rasgo de arrojo o un guiño de picardía.

Claro está que no hay espíritu menos franciscano que el de don Ricardo Palma, que en la escuela de la vida aprendió en sus años juveniles trato de gentes bastante para que luego, en los de más calma y reposo, se le animaran y brillaran con ardor de vida las figuras que ante él suscitaban el frío documento, el libro olvidado o el dicho que pudo correr siglos de boca en boca; y aquel trato de gentes no le hizo ver otra cosa que un eterno ardor apasionado que a todos los precipita detrás de su concupiscencia—la gloria, el placer, las riquezas, el mando—encendiendo en su hoguera la hazaña o la fechoría. Plasmados de una vez para siempre, los hombres no cambian aunque cambien los tiempos.

¿Los vivientes de ayer fueron mejores  
que los de hoy? —No, señores.  
El hombre es siempre el mismo: cambia el traje,  
pero nunca el pelaje.

Tocamos aquí la gran virtud del tradicionista, la que le salvará, como le ha salvado hasta ahora: su radical interés por el hombre de carne y hueso, al que prefiere ver con atavíos de otro tiempo que le evocan el pasado histórico, y al que retrata con la vena del observador satírico, un tanto despiadada, que le han desatado sus maestros españoles y, seguramente, su espíritu criollo. Los críticos más juiciosos de Palma, entre sus paisanos, insisten, sin duda con razón, en esta última circunstancia. «Otros dos rasgos de su carácter—afirma don José de la Riva Agüero—que se transparentan en cuanto escribe y que concuerdan con los del carácter nacional: es burlón, irreverente con las supersticiones más prestigiosas, y es enamorado y galante. El criollo, aunque ha sido muy religioso, no reverencia ciegamente al clero y a la Iglesia. A menudo ríe y se divierte a su costa. No tiene por las jerarquías sociales y las altas clases el respeto profundo de otros pueblos: el carácter zumbón y ligero es el mejor agente de la igualdad. El amor ocupa mucho lugar en la vida del criollo, pero no es serio ni trágico sino raras veces. Es por lo común un absorbente entretenimiento; pero no se eleva a los dramáticos arranques de la pasión, ni descende hasta reducirse únicamente al apetito grosero y material. Casi siempre le acompaña cierta donosa gracia que le levanta sobre el mero instinto físico.» Sus maestros españoles declarados son «Fígaro»

y «Fray Gerundio». Y más arriba Quevedo, leído por el siglo XVIII y el XIX como ningún otro clásico, a excepción, sin duda, de Cervantes. Un párrafo de Palma, citado al azar por don Ventura García Calderón como prueba de influencias españolas en Palma, habla muy claro:

«Mala Pascua me dé Dios y sea la primera que viniere o déme longevidad de elefante con salud de enfermo, si en el retrato así físico como moral de Tijereta he tenido voluntad de jabonar la paciencia a miembro viviente de la respetable cofradía del *ante mí* y el *certifico*, y hago esta salvedad, digna de un lego confitado, no tanto en descargo de mis culpas, que no son pocas, y de mi conciencia de narrador, que no es grano de anís, cuanto porque esa es gente de mucha enjundia, con las que ni tiro ni me pago, ni le debo ni le cobro. Y basta de dibujos y requilorios, y andar andillo, y siga la zambra, que si Dios es servido y el tiempo y las aguas me favorecen y esta conseja cae en gracia, cuentos he de enjaretar a porrillo y sin más intervención de cartulario. Ande la rueda y coz en ella.»

Quien así escribe, siquiera no sea, por dicha, este artificio, en grandes masas como la del párrafo transcrito, vestidura constante de las TRADICIONES, tiene su puesto bien marcado dentro de la prosa española. Su narración abunda en giros idiomáticos de picante sabor popular, sin desdén para los de aportación libresca; pero es, sobre todo, de una soltura, de una rapidez, que consiguen casi siempre la suma eficacia. Desde las primeras narraciones—sin pararse en la puesta en primer término, en esa *Palla-Huarcuna*, tan semejante a algo de Bécquer—hasta las series de madurez (Palma escribió tradiciones desde antes de 1860 y las escribió durante toda su larga vida, 1833-1919), se anda mucho camino. Siguen las primeras el tipo de la leyenda romántica en prosa, que, salvo en las tardías de Bécquer, apenas ha dejado en España dechados estimables, pero sí abundantísimas muestras en los semanarios del tiempo; cuando la mano de Palma se afirma, su desarrollo, siendo exteriormente el mismo, acentúa y destaca, ilumina con una digresión o con una cita un pasaje más débil, planta con soberbio tino un personaje y pasa, del desvaído asunto de historia, a que la leyenda suele reducirse en los españoles, al apurado cuadro de género, al vivo apunte de carácter que, abocetado, tiene ya todos los valores de la mancha definitiva.

Palma, muy leído en España gracias a los antiguos tomos ilustrados de sus TRADICIONES que se publicaban en Barcelona, sorprende al cabo de los años por el hervor de humanidad aprisionado en estas páginas,



tan diversas en carácter, y desde luego en valor literario. Cuando se ve, en simple ojeada, el conjunto de la literatura del Perú hasta los tiempos de la madurez de Ricardo Palma, y como características de ella el predominio de los géneros burlesco y satírico y el apuntar, indeciso, pero bien cimentado, de la comedia de costumbres, la obra del tradicionista, en su espíritu de zumba, en su evocación de la vida diaria de una floreciente colonia donde el arresto individual halla ante sí mucho campo, se destaca como realización culminante. Y no se comprende cómo su aportación, tan rica en todo género de situaciones, enredos y tipos, no ha suscitado todavía el poeta dramático capaz de aprovecharla, refundida y vuelta a crear, como él la refundió y creó a su manera al recogerla de libros y testimonios del pasado.

¡Si *Le Carrosse du Saint-Sacrement*, de Mérimée, asunto peruano de la colonia, en que aparecen, mudados de nombre, personajes que cruzan más de una vez por las TRADICIONES, el virrey Amat, y la actriz Mica Villegas, llamada la Perricholi, pudiera, con su éxito de público en el Vieux Colombier, servir de mano indicadora!

Talía y Melpómene, ya lo hemos dicho, en las páginas de las TRADICIONES PERUANAS van a la escuela de Terpsícore con Calíope y Clío. Ellas presiden una danza general a que el tradicionista va convocando uno tras otro, al virrey y al obispo, al capitán y al letrado, a la monja y a la comedianta, al pícaro y al devoto. Cada cual oye la llamada en su momento, baila su paso y desaparece; pero desaparece dejando el recuerdo de una actitud o de una mueca, de una palabra o de un grito.

## E. DIEZ-CANEDO.

(De la *Revista de Occidente*, Madrid, agosto 1924.)





## CRONIQUELLAS DE MI ABUELA

(A mi hija Renée.)

En el nome del Padre que fizo toda cosa,  
e de Don Jesucristo, fijo de la Gloriosa;  
en el nome del Rey que reina por natura,  
e que es fin e comienzo de toda creatura;  
en el nome bendito del Rey Omnipotent,  
que fizo sol e luna nascen en el Orient;

voy a contarte, Renée mía, el origen de dos frases, que entre otras muchas (como la de—a San Juan se le puede pedir todo menos camisa—) oí de boca de mi abuela, que era de lo más limeño que tuvo Lima en los tiempos de Abascal, frases a las que yo di la importancia que se da a una charada y que a fuerza de ojear y hojear cronicones de convento he alcanzado a descifrar.

Para mi abuela no había más santos merecedores de santidad y dignos de que a pie juntillas se creyese en sus milagros que los santos españoles, portugueses e italianos. Los de otra nacionalidad eran para ella santos hechizos, apócrifos o falsificados. Muy a regañadientes soportaba a San Luis; pero no le rezaba sin recitar antes esta redondilla:

San Luis, rey de Francia, es  
el que con Dios pudo tanto  
que, para que fuese santo,  
le dispensó el ser francés.

Si los chicos de la familia la hostigábamos para que nos aumentase la ración, la buena señora (que esté en gloria) nos contestaba: —¡Ah tragaldabas! ¿Creen ustedes que la olla de casa es *la olla del padre Panchito*?



Y cuando, de sobremesa, comentábase algún noticia política que a mi padre regocijara, no dejaba la abuela de meter cucharada diciendo: —Lo malo será que nos salgan un día de éstos con *el traquido de la Capitana*.

Y que no eran badomías o badājadas ni cuodlibetos de vieja las frases de mi perilustre antepasada, sino frases meritorias de ser loadas en un soneto caudato, es lo que voy a comprobar con las dos consejas siguientes:

## I

## LA OLLA DEL PADRE PANCHITO

El padre Panchito era, por los tiempos del devoto virrey conde de Lemos, un negro retinto, con tal fama de virtud y santidad, que su excelencia lo había sin escrúpulo aceptado por padrino de pila de uno de sus hijos, en representación de un acaudalado minero de Potosí. Aunque simple lego o donado, el pueblo llamaba padre Panchito y no hermano Panchito al humildísimo cocinero del convento de San Francisco, y el excelentísimo representante del monarca de España e Indias hablaba siempre con fruición de su santo compadre el padre Panchito, al que hasta diz que consultaba en casos graves de gobierno.

No faltaba quienes murmurasen de la familiaridad con que su excelencia trataba a un negro con un gеме de jeta; pero el buen virrey acallaba la murmuración diciendo: —El talento y la virtud no son blancos, negros ni amarillos, y Cristo en el Calvario murió por los blancos, por los negros, por los amarillos, por la humanidad entera. Todos venimos de Adán y Eva, y las razas no son mas que variedades de la unidad.

Contábase que cuando comenzaba a servir en el claustro contrajo íntima amistad con otro lego, y que ambos celebraron el compromiso de que el primero que falleciese vendría a dar cuenta al superviviente o sobreviviente (que aun está en litigio ante la Real Academia el casticismo de estos vocablos) de cómo lo habían recibido y tratado por allá. Y fué el caso que una noche se le apareció al lego Panchito el alma de su difunto compañero y le dijo que por la impertinente curiosidad e irreflexivo compromiso había sido penado con seis meses más de purgatorio, y por ende le pedía que rogase a Dios para que le fuese descontado ese medio año de pena, o que por lo menos se redujese

ésta a tres meses, cargándose los otros tres a la cuenta corriente que en el otro mundo, donde la contabilidad se lleva muy al pespunte, tenía abierta Panchito.

Tal fué el origen del penitente ascetismo del último. Lamentamos que el cronista no hubiera también averiguado si allá, en el otro barrio, entraron en componendas para perdonar o rebajar los meses de castigo.

Convencido de que en la otra vida se hila muy delgadito, al an cargarse de la cocina el padre Panchito se propuso hacer economías en el consumo de carbón y leña, pues una de las crónicas conventuales narraba que un cocinero, gran consumidor de leña, había sido penado por el derroche con una semana de purgatorio. Por eso el seráfico cocinero de esta conseja no ponía en el fogón mas que una olla....., ¡pero qué olla!....., sobre una docena de brasas de carbón.

Siempre que en la mañana se celebraba alguna fiesta en la iglesia el padre Panchito se declaraba por sí y ante sí obligado asistente. Ocasión hubo en que, visto por el superior, se le aproximó éste y le dijo:

—Hermano, a su cocina, que la comunidad no ha de almorzar avemarías y padrenuestros.

—Descuide su reverencia, padre guardián, que de mi cuenta corre el almuerzo con todos sus ajilimójilis.

Y ello es que apenas tomaban los frailes asiento en el espacioso refectorio cuando la olla empezaba a hacer maravillas como suyas. De ella salía ración colmada para dejar ahitas doscientas andorgas de fraile y cien barrigas más, por lo menos, de agregados a la sopa boba del convento, que era, como la bondad de Dios, inagotable la olla del padre Panchito.

Cuando éste falleció, perdió la olla su prodigiosa virtud, y fué a confundirse entre la cacharrería de la cocina.

## II

### EL TRAQUIDO DE LA CAPITANA

Francisco Camacho, nacido en Jerez por los años de 1629, después de haber militado en España y de haber sido tan buena ficha que en Cádiz lo sentenciaron a ser ahorcado, llegándole el indulto cuando ya estaba al pie de la horca, vino a Lima, donde, habiendo oído pre-

dicar al célebre padre Castillo, resolvió abandonar la truhanesca existencia que hasta entonces llevara y meterse fraile juandediano. Y tan magnífica adquisición hizo con él la hospitalaria orden, que sus cronistas todos convienen en que el padre Camacho murió en indiscutible olor de santidad, allá por los años de 1698. Abultado infolio bastaría apenas para relatar los milagros que hizo en vida y en muerte. Como no hay ahora quien mueva el pandero (desentendencia que, por éstas que son cruces, no le perdono al Congreso Católico de mi tierra) continúa en Roma, bajo espesa capa de polvo, el expediente que la religiosidad limeña organizó pidiendo la canonización del venerable siervo de Dios.

El padre Camacho, no embargante el ayuno y la disciplina, era físicamente lo que se llama un hombre morocho, y a pesar del hábito transparentábase en él al soldado. En sus modales, aunque no la echaba de plancheta, había algo del bravucón rajabroqueles, y al caminar eran su paso y donaire más propios de militar que de fraile. Nació de aquí que la gente del pueblo lo bautizara con el mote de *el padre guaragüero*, a lo que el juandediano contestaba con acento andaluz y sonriendo: —Déjenme en paz, reyes de taifa (tunantes), que cada quisque anda como Dios le ayuda.

Desde los primeros tiempos encomendóse al padre Camacho la colecta de limosnas para terminar la fábrica de iglesia, convento y hospital, y tan activo y afortunado debió andar en el desempeño de la comisión, que en breve recogió sesenta mil pesos. A la larga había llegado a imponerse al cariño y veneración popular, pues era notorio que poseía el don de hacer milagros. Para muestra, un par de botones.

A una joven que iba muy emperejlada y despidiendo tufaradas de almizcle, la detuvo en la calle el juandediano, diciéndola:

—¿De cuándo acá Marica con guantes? Vaya, hija, vuélvase a casita, que en sus ojos estoy leyendo que iba a mala parte y con ánimo de ofender a Dios y a su marido.

Y la muchacha, que por primera vez acudía a una cita amorosa, al ver sorprendido su secreto deshizo camino, y salvó de caer en el abismo del adulterio.

Reprobaba siempre el sensato religioso que algunas mujeres pasan de iglesia en iglesia las horas matinales, que debían consagrar al cuidado de la familia y a la limpieza doméstica. Un día se acercó en el templo a una de las beatas fanáticas y la dijo:

—Dígame, hermana: ¿le falta todavía mucho por rezar?



—Sí, padre. Me faltan cuatro misterios del rosario y la letanía.

—Pues yo rezaré por usted, y lárguese corriendo a su casa, que en ella está haciendo falta.

Y en verdad que así era, porque un hijo de la rezadora había caído en el pozo, y habría perecido sin el oportuno regreso de la madre.

Pero como no quiero conquistar renombre de mojarrilla, me dejo de chafalditas y de chacharear sobre milagros y me voy al grano, que en este relato es lo del *traquido de la Capitana*.

\* \* \*

El pirata Eduardo Davies, al mando de diez bajeles, llevaba ya muchos meses de pasear por el Pacífico como Pedro por su casa, talando la costa del Norte desde Panamá hasta Huaura, que dista veinticinco leguas de Lima. Alarmados el virrey y el vecindario, se procedió a armar y equipar en el Callao una escuadra compuesta de siete naves; pero su excelencia hizo el grandísimo disparate de nombrar para el comando de ella nada menos que a tres generales, que lo fueron don Tomás Paravicino, cuñado del virrey y duque de la Palata; don Pedro Pontejo y don Antonio Beas. Así, aunque la escuadra sostuvo con los piratas, cerca de Panamá, siete horas de recio combate el 8 de julio de 1585, éstos lograron escapar maltrechos y con muchas bajas, merced a lo contradictorio de las órdenes de los tres almirantes españoles, que estuvieron siempre durante la campaña naval en perpetuo antagonismo. Bien dice el refrán: ni mesa sin pan ni ejército sin capitán, que muchas manos en la masa mal amasan.

En aquellos tiempos la travesía entre Panamá y el Callao no se realizaba en menos de tres meses. En 1568 se estimó como suceso portentoso que el buque en que vinieron los primeros jesuitas hubiera hecho tal navegación en veintisiete días, maravilla que no había vuelto a repetirse.

Con los jesuitas todo era maravillas. El primer eclipse de sol que en Lima presenciaron los españoles fué el día en que desembarcaron en el Callao los buhos ignacianos.

Así, sólo el 7 de septiembre, esto es, a los sesenta días, vino a recibirse en Lima la noticia del combate y de la dispersión de los piratas.

El Cabildo dispuso celebrar la nueva el día siguiente, que era festividad de la Virgen, con árboles de fuego, toros embolados, banquete, misa de gracias, cucaña, lidia de gallos, luminarias, danza de pallas y de africanos, amén de otros festejos populares.

El padre Camacho llegó, como acostumbraba, aquella tarde al Cabildo, y encontró al alcalde y regidores entregados al regocijo y sin voluntad para atender al postulante.

—¿Qué motiva, señores—preguntó el juandediano—, tanto barullo?

—¡Cómo, padre! ¿No sabe usted la gran noticia?—le respondió un regidor, poniéndolo al corriente de todo.

—¡Ah! ¡Bueno! ¡Muy bueno! Pero dígame usiría: ¿la cuchipanda y los jolgorios son también por el *traquido de la Capitana*?

—¿Qué es eso del traquido? Explíquese usted, padre—dijeron alarmados varios de los cabildantes.

—¡Nada! ¡Nada! Yo me entiendo y Dios me entiende. Déjenle usirías tiempo al tiempo, que él les dirá lo que yo no les digo. Y no insistan en sacarme palabras del cuerpo, que conmigo no vale lo de: tío, pásame el río.

Y como no hubo forma de que el juandediano fuese más explícito, los regidores se dijeron: —¡Pajarotadas de fraile loco! —Y al día siguiente se efectuaron los anunciados festejos, en los que, sin embargo, no hubo gran alborozo, porque cascabeleaba en muchos ánimos aquello del *traquido*.

\* \* \*

Diez o doce días después echó ancla en el Callao un patache, el que comunicó que, fatigados los de la escuadra de buscar inútilmente a los dispersos piratas, habían resuelto los generales dirigirse al puerto de Paita con el objeto de renovar provisiones, pues el escorbuto principiaba a hacer estragos en la tripulación. Fondearon los siete buques en la mansísima bahía en la mañana del 5 de septiembre, y el general Paravicino, que iba a bordo de la *Capitana*, se trasladó a tierra, donde estaba convidado a almorzar en compañía de cinco de los oficiales. Y sucedió, no se sabe si por descuido o malicia, que el pañol de la pólvora o santabárbara hizo explosión, pereciendo más de cien de los que tripulaban la *Capitana*. Sólo salvaron, y de manera que se consideró como providencial, el alferez Pontejo, hijo del general, y catorce marineros y soldados.

¿Cómo pudo tener el padre Camacho conocimiento de la catástrofe cuarenta y ocho o cincuenta horas después de acaecida? ¿Cómo? Ya se lo preguntaremos en el otro mundo cuando lo veamos, que de seguro lo veremos.



## LA CAPA DE SAN JOSÉ,

El padre fray Antonio José de Pastrana, definidor que fué en Lima de la orden de predicadores, refiere en su curioso cronicón *Vida y excelencias de San José*, impreso en Madrid por los años de 1696, que en el monasterio de las Descalzas conservaban las monjas, entre otras reliquias, nada menos que la capa de San José, olvidando el cronista consignar si era la capa que usaba el patriarca en los días de manejar escoplo y martillo o la capa dominguera y de gala.

De suyo se adivina que la bendita prenda fué muy milagrera y que hizo caldo gordo a conventuales y capellán con las limosnas y regalos de los agradecidos creyentes. Ya tendría para rato si me echara a hablar de los cólicos misereres, zaratanes, tabardillos y pulmonías curados sin auxilio de médico ni jaropes de botica. Recuerdo, entre otros milagros substanciosos y morrocotudos relatados por el padre Pastrana, el que se realizó con una honrada paisana mía que anhelaba tener fruto de bendición, y a la que bastó para alcanzar redondez de vientre poner sobre éste la capa del santísimo carpintero.

No he cuidado de informarme, que así soy yo de desidioso, si todavía se conserva la capa en el monasterio, si bien tengo para mí que de tanto traída y llevada, desde hace más de dos siglos, estará ya convertida en hilachas. Lo que a mí me ha interesado averiguar es el cómo y por qué vino a Lima la capa patriarcal.

Dicen que por los años de 1640 hubo en mi tierra una cuadrilla de ladrones que ejercitaban su industria asaltando los monasterios de monjas, donde era fama que, amagados como vivíamos por piratas



ingleses y holandeses, depositaban muchas familias alhajas valiosas y hasta saquitos repletos de onzas de oro. Alabo la confianza.

Las Descalzas, cuyo monasterio databa desde 1603, no pudieron dejar de ser también amenazadas de asalto, y por turno riguroso cumplía a una monja la vigilancia nocturna del claustro.

Cierta noche en que, farolillo en mano, desempeñaba sus funciones de vigilancia una monjita de almidonada y limpia toca sobre rostro de ángel, creyó ver un bulto que se recataba tras de una pilastra, y, alarmada, dió la voz de: —¿Quién está ahí?

—No se asuste, madrecita. Soy yo, San José, que, como patrón de este convento, vengo a acompañarla en la ronda.

La monjita era de hígados, y a la vez que jesuseando daba voces de alarma, se abalanzó sobre el oficioso; pero éste se evaporó, dejándola la capa entre las manos.

Las conventuales todas se pusieron en movimiento para descubrir por dónde habría podido escapar el misterioso rondador, y todas convinieron a la postre en que el tal no podría ser persona humana, sino celeste.

Desde ese día entró la capa en la categoría de reliquia y principió a menudear milagros.



## JUEZ Y ENAMORADIZO

La regia prohibición de que los oidores pudieran contraer matrimonio en el territorio en que administraban justicia, obligaba a estos señores a doblegar muchas veces la inflexible vara ante empeño de faldas.

Si no miente el obispo Villarroel en sus *Dos cuchillos*, hubo, allá por los años de 1630, un don Juan, oídor de la Real Audiencia de Lima, que en lo mujeriego fué otro Don Juan Tenorio. Andaba el tal que bebía los vientos por alcanzar favores de una muchacha, de esas cuyos ojos hablan de tú al prójimo a quien miran, pero que tenía el femenino capricho de gastar, para con el doctor del *tibi quoque*, resistencias de piedra berroqueña.

Empezaba ya el galán a desesperar de la victoria cuando una mañana, que fué la del sábado, víspera del Domingo de Ramos, recibió zahumado billetico que a la letra así decía:

«La correspondencia en mí será hija de las finezas de vuesa merced. Un mi deudo, Pedro Otárola, está penado con ocho meses de cárcel, y le restan de cinco a seis para quedar quitto. En el querer de vuesa merced está el complacer a su amiga.—ISABEL.»

Su señoría se restregó muy alegre las manos, y dijo a la fámula portadora del billete, después de darla por vía de alboroque un dobloncillo de oro:

—Di a tu señorita que será servida hoy mismo.

De práctica era que la víspera de Ramos hiciese un oidor la visita de cárceles, con facultad para disponer la excarcelación de los presos por causa leve, y aun la de aquellos a quienes faltare poco tiempo de castigo. También era costumbre que el Jueves Santo conmutase el virrey la pena a un reo sentenciado a muerte.

Como en chirona nunca hay un solo criminal, sino que todos están por una calumnia o una mala voluntad, los jueces creen en ocasiones que hacen obra meritoria para conquistarse el cielo poniendo en libertad a tanto y tanto inocente angelito. —¡Ah tunante! Tus vicios te han traído a la cárcel— dijo un juez. —No, señor— contestó el preso—, quien me ha traído es la policía. —Pues que lo suelten. La policía es siempre muy arbitraria.

En su alborozo, olvidó el señor oidor echarse la carta en el bolsillo de la chupa y la dejó sobre la escribanía, siéndole imposible en el acto de la visita recordar el apellido del recomendado delincuente. Estaba, sí, seguro de que era Pedro el nombre de pila.

—He empeñado palabra— se dijo su señoría— de dar libertad a un Pedro, y en el conflicto en que mi falta de memoria me pone, no tengo otro camino que el de dar por horros de pena a todos los Pedros de la cárcel.

Y como lo pensó, lo dispuso.

Y tres pícaros, por sólo haber tenido la buena suerte de ser bautizados con el nombre del apóstol de las llaves, salieron a respirar la fresca brisa de la calle, gracias a que su señoría tuvo en poco rigor el de la justicia, y en mucho sus anhelos de galanteador.





## EL ABAD DE LUNAHUANÁ

Por los años de 1581 estaba Su Santidad el Papa Gregorio XIII tan seriamente enfermo, que ya los conclavistas principiaban a agitarse, pues se desencadenaban ambiciones en pos de la tiara. La dolencia del Padre Santo, en puridad de verdad, no era tal que justificase la alharaca, pues no pasaba de una fluxión recia en el aparato de masticación. El dolor de muelas era rebelde a cataplasmas, emolientes, pediluvios y sangrías, que en aquel siglo la ciencia odontálgica andaba tan en mantillas, que cirujano o barbero alguno de toda la cristiandad no se habría atrevido a emplear lamedor de gatillo mientras hubiese cachete hinchado.

Con el sistema curativo empleado por los galenos de Roma, iba el egregio enfermo en camino de liar el petate, y lo que al principio fué una bagatela, se iba, por obra de médicos torpes, convirtiendo en gravísimo mal.

Dos meses llevaba Su Santidad postrado en el lecho; dos meses de constante y doloroso insomnio; dos meses de alimentarse con líquidos, y para complemento de alarma, el pulso denunciaba fiebre. Reunidos en consulta los más diestros matasanos de la ciudad papal, opinaron que el sujeto estaba ya atacado de caries maxilar, lo que, tratándose de un anciano y teniendo en cuenta el poco saber quirúrgico de sus mercedes, importaba tanto como declarar próxima vacancia de la silla de San Pedro.

Y de fijo que Su Santidad Gregorio XIII habría en esa ocasión ido a pudrir tierra, si no se hubiera encontrado de tránsito en Roma un fraile perulero, fray Miguel de Carmona, definidor del convento agustiniano de Lima.

Habíalo su comunidad enviado a la ciudad de las siete colinas, en compañía de otros dos conventuales, para que gestionase sobre asuntos

de la orden y de paso adquiriese algunos huesecitos de santo, que gran falta hacían en el templo de Lima. Las demás comunidades tenían abundancia de reliquias auténticas, con las que ganaban en prestigio ante la gente devota, y los agustinos andaban escasos de esa mercadería en sus altares.

Dos meses llevaban los comisionados de residencia en Roma, sin haberles sido posible avistarse con el Pontífice, que por causa de su dolencia estaba invisible para frailucos y gente de escalera abajo. Sólo sus médicos y tal cual cardenal o personaje lograban acercársele.

En este conflicto ocurrióse al padre Carmona dirigirse al camarlengo y decirle que, pues Su Santidad se encontraba desahuciado, nada se perdía con permitirle que intentara su curación empleando hierbas que había traído del Perú, y cuya eficacia entre los naturales de América para dolencias tales le constaba. Refirió el camarlengo al Papa la conversación con el perulero, y Su Santidad, como quien se acoge a una última esperanza, mandó entrar en su dormitorio al padre Carmona, y después de obsequiarle una bendición papal le dijo:

—A ti me encomiendo. *Age.*

Y ello fué que sin más que enjuagatorios de *hierba santa* con leche, cataplasmas de *llantén* con *vinagrillo* y parches de *tabaco bracamoro* en las sienes, a los tres días estuvo Su Santidad Gregorio XIII como nuevo, y tanto, que hasta la hora de su muerte, que acaeció años más tarde, no volvió a dolerle muela ni diente. Ni siquiera se vió en el caso de aquel marido a quien, oyéndole quejarse de dolor en las sienes, lo interrumpió su mujer diciéndole: —Tranquilízate, eso pasará pronto cuando te hayan brotado un par de colmillos.

Dice el cronista Calancha, tal vez por encarecer el merecimiento del curandero, que en los primeros ratos sufrió el enfermo náuseas atroces, calambres y sudores, terminando por aletargarse, lo que dió motivo para que los palaciegos se alarmasen, recelando que el fraile perulero hubiera administrado algún tósigo al Pontífice. En aprietos se vió su paternidad.

\* \* \*

Restablecido por completo Gregorio XIII, empezó por acordar al padre Carmona todas las bulas, privilegios, indulgencias, jubileos y demás gangas que anhelaban los agustinos para sus conventos del Perú, concluyendo por brindarle un obispado, que fray Miguel tuvo sus razones para no aceptar, prefiriendo el título de abad de Lunahua-

ná, con cuatro mil ducados de renta anual sobre el arzobispado de Lima, con lo que, sin las fatigas que trae el obispar, venía a ser nuestro agustino un verdadero potentado en estas tierras de América y altísima dignidad en su Iglesia. Era el primer abad que iba a tener el Perú y hasta entiendo que ha sido el único.

Por bula de 28 de septiembre de 1581, fué autorizado el flamante abad para escoger, con destino al convento de Lima, cuanta reliquia le pluguere. Tosco fué el manotón que dió su paternidad en el depósito o almacén, porque se apoderó de la cabeza de Longino, de un pedazo de la cruz del Buen Ladrón y de un zarcillo o arete que perteneció a María de Magdala.

En materia de huesos, escogiólos de San Pedro, San Pablo, San Sebastián, San Andrés, San Agustín, San Lorenzo, San Esteban, San Marcos, San Vicente, San Dionisio, San Sixto, San Marcelo, Santa Ursula, Santa Susana y..... basta de nombres. La lista, que no es corta, la trae la bula, y no vale la pena de copiarla íntegra.

En Lima, los agustinos se reservaron la mitad del cargamento de huesos, y el resto lo distribuyeron entre la Catedral y las parroquias. Tenían ya reliquias hasta para regalar.

En cuanto al padre Carmona no llegó a lucir en el Perú la mitra abacial, porque murió en el viaje, quedándose Lunahuaná sin abad, desdicha que hasta ahora lamentan los vecinos de ese valle, que tan famosas chirimoyas y tan ricas paltas produce.





## LOS SIETE PELOS DEL DIABLO

### CUENTO TRADICIONAL

(A Olivo Chiarella.)

#### I

—¡Teniente Mandujano!

—Presente, mi coronel.

—Vaya usted por veinticuatro horas arrestado al cuarto de banderas.

—Con su permiso, mi coronel—contestó el oficial; saludó militarmente y fué, sin rezongar poco ni mucho, a cumplimentar la orden.

El coronel acababa de tener noticia de no sé qué pequeño escándalo dado por el subalterno en la calle del Chivato. Asunto de faldas, de esas benditas faldas que fueron, son y serán, perdición de Adanes.

Cuando al día siguiente pusieron en libertad al oficial, que el entrar en Melilla no es maravilla, y el salir de ella es ella, se encaminó aquél a la mayoría del cuerpo, donde a la sazón se encontraba el primer jefe, y le dijo:

—Mi coronel, el que habla está expedito para el servicio.

—Quedo enterado—contestó lacónicamente el superior.

—Ahora ruego a usía que se digne decirme el motivo del arresto, para no reincidir en la falta.

—¿El motivo, eh? El motivo es que ha echado usted a lucir varios de los siete pelos del diablo, en la calle del Chivato....., y no le digo a usted más. Puede retirarse.

Y el teniente Mandujano se alejó architurulato, y se echó a averiguar qué alcance tenía aquello de los siete pelos del diablo, frase que ya había oído en boca de viejas.

Compulsando me hallaba yo unas papeletas bibliotecarias, cuando se me presentó el teniente, y después de referirme su percance de cuartel, me pidió la explicación de lo que, en vano, llevaba ya una semana de averiguar.

Como no soy, y huélgome en declararlo, un egoistón de marca, a pesar de que

en este mundo enemigo  
no hay nadie de quien fiar;  
cada cual cuide de sigo,  
yo de migo y tú de tigo.....  
y procúrese salvar,

como diz que dijo un jesuíta que ha dos siglos comía pan en mi tierra, tuve que sacar de curiosidad al pobre militrondo, que fué como secar ánima del purgatorio, narrándole el cuento que dió vida a la frase.

## II

Cuando Luzbel, que era un ángel muy guapote y engreído, armó en el cielo la primera trifulca revolucionaria de que hace mención la historia, el Señor, sin andarse con proclamas ni decretos suspendiendo garantías individuales o declarando a la corte celestial y sus alrededores en estado de sitio, le aplicó tan soberano puntapié en salva la parte, que rodando de estrella en estrella y de astro en astro, vino el muy faccioso, insurgente y montonero, a caer en este planeta que astrónomos y geógrafos bautizaron con el nombre de Tierra.

Sabida cosa es que los ángeles son unos seres mofletudos, de cabellera riza y rubia, de carita alegre, de aire travieso, con piel más suave que el raso de Filipinas, y sin pizca de vello. Y cata que al ángel caído lo que más le llamó la atención en la fisonomía de los hombres fué el bigote; y suspiró por tenerlo, y se echó a comprar menjurjes y cosméticos de esos que venden los charlatanes, jurando y rejurando que hacen nacer pelo hasta en la palma de la mano.

El diablo renegaba del afeminado aspecto de su rostro sin bigote, y habría ofrecido el oro y el moro por unos mostachos a lo Víctor Manuel, rey de Italia. Y aunque sabía que para satisfacer el antojo bastaría dirigir un memorialito bien hablado, pidiendo esa merced a Dios, que es todo generosidad para con sus criaturas, por pícaras que ellas le hayan salido, se obstinó en no arriar bandera, diciéndose *in pecto*:

—¡Pues no faltaba más sino que yo me rebajase hasta pedirle favor a mi enemigo!

No hay odio superior al del presidiario por el grillete.

—¡Hola!—exclamó el Señor, que, como es notorio, tiene oído tan fino que percibe hasta el vuelo del pensamiento—. ¿Esas tenemos, envidiosillo y soberbio? Pues tendrás lo que mereces, grandísimo bellaco.

Arrogante, moro, estáis,  
y eso que en un mal caballo  
como don Quijote vais;  
ya os bajaremos el gallo,  
si antes vos no lo bajáis.

Y amaneció, y se levantó el ángel protervo luciendo bajo las narices dos gruesas hebras de pelo, a manera de dos viboreznos. Eran la SOBERBIA y la ENVIDIA.

Aquí fué el crujir de dientes y el encabritarse. Apeló a tijeras y a navaja de buen filo, y allí estaban, resistentes a dejarse cortar, el par de pelos.

—Para esta mezquindad, mejor me estaba con mi carita de hembra—decía el muy zamarro; y reconcomiéndose de rabia fué a consultarse con el más sabio de los alfajemes, que era nada menos que el que afeita e inspira en la confección de leyes a un mi amigo, diputado a Congreso. Pero el socarrón barbero, después de alambicarlo mucho, le contestó: —Paciencia y *non gurruñaite*, que a lo que vuesa merced desea no alcanza mi saber.

Al día siguiente despertó el rebelde con un pelito o viborilla más. Era la IRA.

—A ahogar penas se ha dicho—pensó el desventurado.

Y sin más encaminóse a una parranda de lujo, de esas que hacen temblar el mundo, en las que hay abundancia de viandas y de vinos y superabundancia de buenas mozas, de aquellas que con una mirada le dicen a un prójimo: ¡dése usted preso!

¡Dios de Dios y la mona que se arrimó el maldito! Al despertar miróse al espejo, y se halló con dos huéspedes más en el proyecto de bigote. La GULA y la LUJURIA.

Abotagado por los licores y comistrajos de la víspera, y extenuado por las ofrendas en aras de la Venus pacotillera, se pasó Luzbel ocho días sin moverse de la cama, fumando cigarrillos de la fábrica de *Cuba libre* y contando las vigas del techo. Feliz semana para la humanidad,





«... le aplicó tan soberano pun-  
tapié.»



porque sin diablo enredador y perverso, estuvo el mundo tranquilo como balsa de aceite.

Cuando Luzbel volvió a darse a luz le había brotado otra cerda: la PEREZA.

Y durante años y años anduvo el diablo por la tierra luciendo sólo seis pelos en el bigote, hasta que un día, por malos de sus pecados, se le ocurrió aposentarse dentro del cuerpo de un usurero, y cuando hastiado de picardías le convino cambiar de domicilio, lo hizo luciendo un pelo más: la AVARICIA.

De fijo que el muy bellaco murmuró lo de:

Dios, que es la suma bondad,  
hace lo que nos conviene.

—(Pues bien *fregado* me tiene  
Su Divina Majestad.)  
Hágase su voluntad.

Tal es la historia tradicional de los siete pelos que forman el bigote del diablo, historia que he leído en un palimpsesto contemporáneo del estornudo y de las cosquillas.





## LA ASTROLOGIA EN EL PERÚ

### I

Para los médicos, cirujanos, boticarios y barberos de Lima eran, en el siglo XVII, artículos de fe y parte integrante de la ciencia las supersticiones astrológicas. A la vista tengo un libro de 700 páginas, en 4.<sup>o</sup>, impreso en Lima por los años de 1660, y del que es autor Juan de Figueroa, familiar del Santo Oficio de la Inquisición, veinticuatro de Potosí y tesorero de la Casa de Moneda de esta ciudad de los Reyes, quien dedicó su abultada obra al virrey conde de Alba de Aliste. Titúlase el librote *La astrología en la medicina*.

Según Figueroa, cuando el Sol entra en el signo de Aries, la tisis está de plácemes; y cuando domina Virgo abundan los tumores en el vientre. A Tauro le da el señorío de los dolores de cabeza; a Cáncer, el de la sífilis; a Escorpión, el de los reumatismos; a Piscis, el de las hidropesías; a Capricornio, el de la ictericia; y así a cada signo del zodíaco le adjudica el patronato de una dolencia.

Entre otras no menos peregrinas invenciones, prohíbe hacer gargarismos o aplicarse un clíster, mientras Piscis no haya entrado en cierta casilla que el autor señala en un planito por él ideado; y califica poco menos que de suicida al que toma un vomitivo o se hace sangrar, cuando Marte se halla de visita en la casa de Mercurio.

Medicinarse estando el Sol y la Luna en conjunción es para nuestro autor epilepsia segura; y en materia de sangrías y de ventosas, sólo las consiente cuando el Sol se va acercando al mediodía.

El que enfermaba, aunque fuera de un dolor de muelas, cuando ciertos signos que él apunta se hallasen de bureo en cierta casilla,

no tenía otro remedio que mandar por mortaja y cajón, para hacerse enterrar.

Para tener larga cabellera había que hacérsela cortar estando la Luna creciente en Virgo; y para conseguir que el pelo no creciera pronto, esperar a la Luna menguante en Libra. Las uñas debían cortarse estando la Luna en Tauro o en León.

Quien tuviese la desgracia de engendrar un muchacho estando Venus, Marte, Saturno y Mercurio en determinada posición, no debía culpar mas que a su ignorancia en Astrología, si el mamón resultaba (lo que no podía marrar, según Figueroa) con joroba, seis dedos en la mano, como diz que los tuvo Ana Bolena, u otro desperfecto.

Engendrar bajo la influencia de tales y cuales astros era para que el muchacho saliese un facineroso, o, si era hembra el engendro, una pelandusca. En cambio, todo el que se sujetase a las reglas astrológicas, tendría los hijos con cualidades a medida del deseo. Por lo menos, serafines de altarcico.

Cuando en una mujer embarazada las pulsaciones de la mano derecha eran más vigorosas que las de la mano izquierda, sin género de duda que el fruto sería varón.

No es cuento de que yo me eche a borronear carillas de papel, que con lo apuntado sobra para que el lector se forme concepto del libro, que tuvo gran boga en su tiempo, y del que no había en Lima casa de buen gobierno o de matrimonio bien avenido donde no hubiese un ejemplar más manoseado que la *Alfalfa espiritual para los borregos de Cristo* y la Bula de Cruzada.

Esos eran tiempos en los que cuando uno se encontraba con un pelo en la sopa, decía: —¡Demonios!, ¿de quién será esta hebra de pelo? —La conozco—contestaba de fijo un comensal—, es de la hija de la cocinera, que es una muchacha muy guapa. —¿De veras? Pues me la guardo.—Y limpiaba la hebra con la servilleta y se la guardaba en el bolsillo. Dicen los astrólogos que un cabello de buena moza trae ventura al poseedor.

Y tan rodeada de supersticiosas y pueriles prácticas andaba la ciencia médica en Lima, que cuando el profesor de Anatomía se hallaba en el compromiso de dar a sus discípulos lección sobre el cadáver, en el anfiteatro, antes de esgrimir cuchilla y escalpelo, rezaba en unión de los presentes una plegaria en latín por el alma del difunto.

## II

La astrología médica tuvo también sus impugnadores, y el más enérgico fué don Juan Jerónimo Navarro, médico valenciano que, con el título *Disertación astronómica*, publicó en Lima un interesante opúsculo, impreso en 1645.

Ocurrióle al doctor Navarro (y precisamente esta ocurrencia fué la que lo impulsó a escribir su *Disertación*) que habiendo recetado un purgante a uno de sus enfermos, que era encumbrado personaje, negóse el boticario a despacharlo. Y no sólo se negó, sino que le escribió al enfermo la siguiente esquelita que, *ad pedem literae*, copio del ya citado librejo:

«Señor mío: Vuesamerced no siga el parecer del doctor, aunque él lo mande; porque mañana a las cinco es la conjunción, que si fuera por la tarde no correría vuesamerced tanto riesgo. De más que hoy no he hecho purga ninguna, ni tal se puede hacer hasta que pase la conjunción. Vuesamerced vea lo que le parece, que a mí no me mueve otra cosa más que la conciencia. Guarde Dios a Vuesamerced.»

Combatiendo la crasa ignorancia y necesidad del boticario chapucero, dice el doctor Navarro que acatar las supersticiones astrológicas, tan bien acogidas por el pueblo, no redundo sino en descrédito del médico y regalo para curas y sacristanes.

Los deudos del finado, como era de cajón, se dividieron en bandos. Unos echaban pestes contra el boticario, entrometido y *palangana*, y otros bufaban contra el galeno ignorantón. Este protestó más que el protestante inglés, y acudió al protomédico solicitando que impusiese castigo severo al criticastro de autorizada receta. El boticario, contestando al traslado, puso al querellante de camueso y farfullero que no había por dónde cogerlo; y lo peor es que con el manipulador de píldoras, ungüentos y jaropes hicieron causa común los demás del gremio, entusiastas creyentes en la Astrología y sus maravillas, a pesar de que ya empezaba a popularizarse la redondilla que dice:

El mentir de las estrellas  
es muy seguro mentir,  
porque ninguno ha de ir  
a preguntárselo a ellas,

redondilla que en nuestro siglo ha sido reemplazada con esta otra de autor anónimo:



Sobre microbios mentir,  
es mentir de gente sabia,  
pues se llega a conseguir  
dejar a todos en Babia.

El protomédico se vió en *las delgaditas*, o en apuros para fallar. No se sentía con coraje para declararse contra las preocupaciones dominantes, y en tamaño conflicto cortó por lo sano; esto es, declinó de jurisdicción enviando el proceso a Madrid, que fué como mandarlo al Limbo. Por el vapor de la primera quincena del siglo entrante espero la sentencia del proceso.



## EL POR QUÉ FRAY MARTÍN DE PORRES, SANTO LIMEÑO, NO HACE YA MILAGROS

Para santo milagroso, o facedor de milagros, mi paisano fray Martín de Porres. Se lo echo de tapada a cualquier santo de Europa.

Como ya en otra tradición he escrito una sucinta biografía de fray Martín, que fué un bendito de Dios, con poca sal en la mollera, pero con mucha santidad infusa, no he de repetirla ahora. De mis cocos, pocos. Bástele al lector saber que como el viejo Porres no le dejó a su retoño otra herencia que los siete días de la semana y una uña en cada dedo para rascarse las pulgas, tuvo éste que optar por meterse lego dominico y hacer milagros. Dios sobre todo, como el aceite sobre el agua.

Cuando no había en mi tierra la plaga de radicales, masones y librepensadores, cuando todos creíamos con la fe del carbonero, ni pizca de falta hacían los milagros, y los teníamos a granel o a boca qué quieres. ¿Por qué será que hoy, en que acaso convendrían para reavivar la fe, no tenemos siquiera un milagrito de pipiripao por semana? Será por algo, que yo no he de perder mi ecuanimidad averiguando lo que no me importa saber. ¿Quién me mete en esas honduras?

El famoso escritor y orador sagrado padre Ventura de la Ráulica, en su panegírico de fray Martín de Porres, impreso en 1863, refiere que, sin moverse de Lima, estuvo nuestro santo compatriota en las

Molucas y en la China, y en el Japón, libertando del martirio a jesuitas misioneros, pues Dios le concedió el privilegio de la bilocación o doble presencia, gracia que le negara a San Felipe Neri cuando éste la pretendió. El padre Ventura añade que lo que él nos cuenta en su citado panegírico consta en el proceso de canonización. Me doy tres puntadas con hilo grueso en la boca, y no me opongo al milagro. Yo, en cosas de frailería, a todo digo *amén*, pues no quiero parecerme al amanuense del tirano Rozas, que puso en peligro la pellejina por andarse con recancanillas y dingolodangos. No desperdiciaré esta oportunidad para contarlo. Puede el lector fumar un cigarrillo mientras dure el cuento.

Diz que el amanuense le leía una tarde al supremo dictador las pruebas de una oda que debía aparecer en la *Gaceta* oficial del 25 de mayo, y al llegar a unos versos que decían:

el pueblo te venera,  
y el argentino sabe que en tus manos  
flameará victoriosa su bandera,

lo interrumpió don Juan Manuel diciendo:

—No me gusta ese verso. Donde dice *bandera* ponga usted *estandarte*.

—Excelentísimo señor—se atrevió a argüir el mocito *palangana*—, como *estandarte* no es consonante de *bandera*, va a resultar..... que no resulta verso.

Don Juan Manuel de Rozas no aguantaba picada de cáncano y, dando feroz puñada sobre la mesa, gritó:

—¡Car..... ambal! Cállese la boca y ponga *estandarte*, antes que lo haga degollar por salvaje unitario.

Fuera el cigarrillo. Vuelvo a mis carneros, esto es, a los milagros. Allá, en el primer tercio del siglo XVII, cuando los amigos se encontraban en la calle no se decían como hogaño ¿qué hay de nuevo? ¿renuncia o no renuncia el ministerio?, sino ¿qué me cuenta usted de milagros? ¿ha hecho alguno nuevo de ayer a hoy el bienaventurado fray Martín?

Todas las mañanas acudía a la portería del convento de Santo Domingo un cardumen de viejas y muchachas devotas en demanda del lego, y en solicitud de un prodigio más o menos morrocotudo. Hasta la *Carita de cielo*, hembra que como fea no tenía nada que pedir a Dios, pues su fealdad era de veintitrés quilates, como la de Picio, pretendió del santo limeño que la embelleciese, milagro que diz



que no pudo, no quiso o no supo hacer fray Martín. Si lo hace se divierte, porque las feas de un ¡Jesús, María y José! no le habrían dejado a sol ni a sombra.

Fastidiado el prior de que a la portería de su convento acudieran más faldas que al jubileo, resolvió cortar por lo sano, y llamando una mañana al taumaturgo, le dijo:

—Hermano Martín, bajo de santa obediencia le prohibo que haga milagros sin pedirme antes permiso.

—Acato la prohibición, reverendo padre.

Pero fray Martín era de suyo milagrero, y sin darse cuenta, sin propósito e intención de desobedecer al mandato, seguía menudeando milagritos de poca entidad.

Sucedió que un día resbalóse de altísimo andamio un albañil que se ocupaba en la reparación de un claustro, y en su cuita gritó:

—¡Sálveme, fray Martín!

El lego alzó las manos y le contestó:

—Espere, hermanito, que voy por la superior licencia.

Y el albañil se mantuvo en el aire, patidifuso y pluscuamperfecto, como el alma de Garibay, esperando el regreso del lego dominico.

—¡A buenas horas, mangas verdes!—dijo el prelado—. ¿Qué permiso te voy a dar si ya has hecho el milagro? En fin, anda y remátalo. Pase por esta vez, pero que no se repita.

Este milagro hizo en Lima más ruido que una banda de tambores, y fué más sonado que las narices.

Fallecido fray Martín en noviembre de 1639, a los sesenta años de edad, nadie se quedó en mi tierra sin reliquia de un retacito del hábito o de la camisa, o por lo menos sin una pulgarada de tierra extraída de la sepultura, tierra que guardaban en un saquito de terciopelo, y que, a guisa de relicario, llevaban los crédulos devotos pendiente del cuello. Esta tierra diz que era eficaz específico contra la diarrea.

Con el correr de los tiempos las reliquias fueron al basurero, y las que se conservaban en el convento las mandó encerrar en una caja el primer arzobispo republicano, don Jorge Benavente, y en 28 de septiembre de 1837 las remitió a Roma consignadas al general de la orden de predicadores. ¡Vaya si hemos sido ingratos los limeños con nuestro santo paisano, pues de él no tenemos ya ni reliquias! Lo siento, pero no puedo llorar por tamaña ingratitud. Yo no he de ser como el verdugo de Málaga, que se murió de pena porque a un conocido suyo le echó el sastre a perder unos pantalones sacándoselos estrechos de pretina.

Durante muchos meses dió el pueblo en acudir a la tumba de fray Martín en solicitud de milagros, y el difunto no siempre anduvo remolón para hacer favores. Pero una mañana se levantó con la vena gruesa el padre prior, y precedido por la comunidad se encaminó a la sepultura, donde con acento solemne y campanudo dijo: —Hermano Martín, cuando vivías en el mundo obedeciste humildemente mis mandatos, y no he de creer que en el cielo te hayas vuelto orgulloso y rebelde a tu superior jerárquico, negándole la santa obediencia que juraste un día. Basta de milagros. Te intimo y mando que no vuelvas a hacerlos.

Y que nuestro santo paisano acató y sigue acatando la imposición de su prelado lo comprueba el que, ni por bufonada, se ha hablado de milagros prodigiosos por él realizados después del año 1640.

Lo que es ahora, en el siglo XX, más hacedero me parece criar moscas con biberón que hacer milagros.



## LLUVIA DE CUERNOS

Véame en las congojas del zampabodigos Poncio Pilatos si no es verdad que en la imperial villa de Potosí, allá por los años de 1647, llovieron cuernos.

Fué el caso que en 1617 vino de España a América, con nombramiento real de gobernador de Potosí, el hidalgo don Antonio de Oviedo Herrera y Rueda, natural de Madrid y caballero de Santiago, el cual, con el correr de los tiempos, y por sus personales merecimientos, obtuvo de la Corona el nobiliario título de conde de la Granja. Es don Luis Antonio de Oviedo autor del celebrado poema, en octavas, *Vida de Santa Rosa*, y de otro, en romance, titulado *Pasión de Cristo*. El conde poeta murió en Lima en 1717, a los ochenta años de edad.

Muy popular y querido en Potosí era su señoría, porque, a fuerza de sagacidad y no de garrote, alcanzó a poner término a las sangrientas querellas de criollos y vascongados, y porque fué tan generoso amparador de los indios que forzó a los ricachos mineros a remunerar el rudo trabajo de los peones con un pequeño aumento de salario.

El excelentísimo señor conde de Lemos, virrey del Perú, que era un gallego con cabeza de cocobolo, desaprobó el procedimiento de su señoría el gobernador y le ordenó que, en el término de la distancia, se presentase en Lima a dar cuenta de sus actos, entregando el gobierno de la villa a don Diego de Ulloa, del hábito de Santiago, y tan gallego como su excelencia.



Era el de Ulloa un viejo escuchimizado y carantamaula, el cual, según la voz pública, andaba muy bien de capitales, como que tenía los siete pecados.

En cuanto a talento administrativo parece que no tenía muchos sesos en la sesera, y sí mucho aserrín y virutas.

Llevaba don Diego casi dos años de gobierno en Potosí, donde por sus arbitrariedades, codicia y corrupción se había conquistado universal odiosidad, cuando por correo de brujas se supo que a Lima había llegado una Real orden desaprobando la destitución de Oviedo y disponiendo que volviese al gobierno de la imperial villa. El mismo correo de brujas trajo también la nueva de que el virrey conde de Lemos era ya alma de la otra vida.

Oficialmente no se tenía por la autoridad la menor noticia, ni nadie había recibido en Potosí carta en que ambas novedades se comunicasen; pero el pueblo creía tan a pie juntillas en la veracidad del correo de brujas que una noche se echaron grupos a recorrer las calles, quemando cohetes y dando vítores a Oviedo.

Asomóse don Diego de Ulloa al balcón para informarse de lo que motivaba tamaño alboroto, e instruido de la causa echó un valecuatro, y continuó: —Ya pueden ustedes, grandísimos borrachos, dejarse de bullanga y largarse a sus casas, antes que me atufe y haga una gallegada como mía. Esperen ustedes a su mentecato Oviedo como esperan los judíos al Mesías, que ese mamarracho volverá de gobernador el día que lluevan cuernos sobre mi cabeza. (Nota bene.—Su señoría militaba en el gremio de los solterones y era pescador de anchovetas en playa mansa.) A su casa todo el mundo he dicho—y largó otro valecuatro.

Y sin más estrépito se disolvió la manifestación, como ahora decimos.

Corrieron dos semanas sin avanzar en noticias. Entre tanto los partidarios de Oviedo, que eran casi todos los vecinos, se echaron a comprar cuernos de carneros, ovejas y toros, en el rastro o matadero de Potosí, y una mañana, a la hora del apelde matinal, volvió la turba populachera a presentarse bajo los balcones del gobernador.

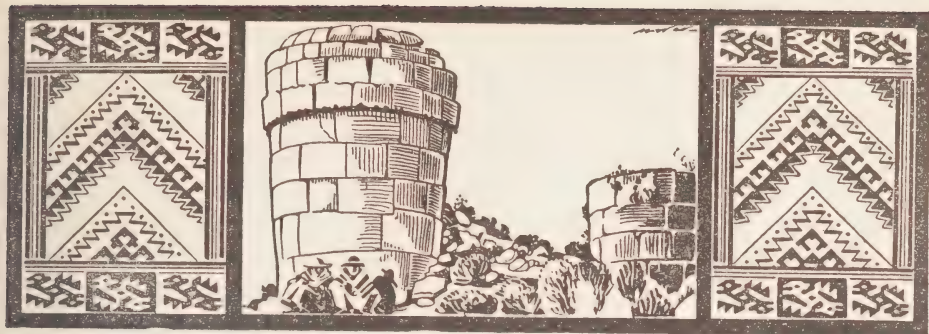
Este brincó del lecho y, a medio vestir, se presentó con ánimo de echar a la muchitanga un par de bravatas y cuatro barbaridades; pero los manifestantes, apenas vislumbraron la silueta de don Diego, empezaron a rasguear charangos y guitarras, acompañando a un andaluz de voz potentísima que cantó esta copla:

Viejo archipámpano y loco,  
puedes ya irte a los infiernos;  
¿de cuernos pediste lluvia?  
pues toma lluvia de cuernos.

Y sin más llovieron cornamentas sobre su señoría, forzándolo a refugiarse en el salón para no ser descalabrado.

Pocas horas después entró en Potosí, bajo arcos triunfales y pisando sobre barras de plata, el futuro conde de la Granja.

Don Diego siguió como vecino en la imperial villa, en la condición de San Alejo, es decir, cornudo y conforme, méritos por lo que éste alcanzó el cielo y la santidad.



## UNA CAUSA POR PERJURIO

El 24 de mayo de 1606 se presentó ante un escribano de la imperial villa de Potosí un mestizo nombrado Diego de Valverde, natural de Lima y de veinticinco años de edad, recientemente casado con Catalina Enríquez, de diez y ocho años, nacida en Potosí e hijastra de Domingo Romo, español, marido de Leonor Enríquez, solicitando que se extendiese una escritura por la cual constara que juraba a Dios y a una cruz, puesta la mano sobre los Santos Evangelios, que se obligaba a no fumar tabaco y a no beber chicha ni vino durante dos años, bajo pena de que, si en ese lapso de tiempo quebrantaba el juramento, se le tuviese por infame perjuro, y comprometido a pagar quinientos pesos de plata ensayada y marcada para sustento de los presos en las cárceles del Santo Oficio. Extendió el cartulario la escritura, firmándola Valverde y subscribiendo como testigos Domingo Romo (el marido de la suegra), Rodrigo Pérez y Alonso Donayre.

Este documento, que a la vista he tenido para extractarlo, se encuentra en un tomo de manuscritos de la Biblioteca de Lima que lleva por título *Papeles de la Inquisición*.

No había aún transcurrido un año cuando, el 2 de abril de 1607, se presentaron ante el padre Antonio de Vega Loayza, jesuita y comisario del Santo Oficio en Potosí, dos mujeres llamadas Leonor Enríquez, de treinta y seis años de edad, y Catalina Enríquez, de diez y nueve años, suegra la primera y esposa la otra de Valverde, acusando a éste de que en plena borrachera había dado una pedrada, que le ocasionó la muerte, a Domingo Romo, padrastro de la última, y asilándose en la iglesia mayor.

Llenados los trámites para obtener la extradición del reo que se



acogiera a sagrado, el gobierno secular inició contra Valverde causa por asesino, a la vez que la Inquisición lo enjuiciaba por perjurio, reclamando los quinientos morlacos que rezaba el documento.

Valverde se defendió en regla. Dijo que del tenor literal de la escritura no resultaba que él se viese obligado a no embriagarse, sino a no hacerlo con chicha ni con vino; pero que estaba en su derecho para emborracharse con aguardiente, licor que empezara a consumir en abundancia desde el día en que se impuso la obligación de renunciar a los otros de que antes fuera devoto.

Hubo la mar de declaraciones. Todos los testigos convenían en que era Valverde borracho habitual; pero no hubo bodegonero, expendedor de vino ni *chichera* que declarase haberle vendido zumo de parra o de maíz. Item, en lo corrido de año nadie le había visto fumar ni un cigarrillo.

Esto nos trae a la memoria la historieta del alemán borrachín a quien su mujer rogaba que no consumiese cerveza, y él la ofreció solemnemente que con el último día del año tomaría la última chispa de licor amargo. En efecto, el 31 de diciembre, poco antes de las doce de la noche, se presentó ante su costilla en temporal deshecho, y la dijo:

Permita Dios que reviente  
antes que cerveza beba.  
Año nuevo, vida nueva.....  
Desde mañana..... ¡aguardiente!

El padre Vega Loayza, que era el juez en el proceso inquisitorial, se convenció de que estaba perdiendo su tiempo y su latín, y sobreseyó en la causa del perjurio, si bien el juez secular condenó a Valverde a sólo cinco años de cárcel por haber descalabrado al marido de su suegra, parentesco que de suyo constituía motivo atenuante del homicidio.



## HISTORIA DE UNA EXCOMUNIÓN

(Al doctor Dickson Hunter, en Arequipa.)

Se ha declarado usted mi proveedor de café, compartiendo anualmente conmigo el muy exquisito que le regala algún agradecido enfermo de su clientela. Soy, pues, su deudor, y cúpleme pagarle en la única moneda que puede ya ser grata a un ricacho como usted. Abrame cuenta nueva, y dé por cancelada la de años anteriores con la tradición que hoy le dedica su muy devoto amigo.—R. PALMA.

### I

El deán de la Catedral del Cuzco doctor don Fernando Pérez Oblitas fué elevado a la categoría de provisor del obispado en sede vacante por fallecimiento del ilustrísimo doctor don Pedro Morcillo, acaecido el Sábado Santo 1.º de abril de 1747, precisamente a la hora en que las campanas repicaban *gloria*.

Entre los primeros actos de eclesiástico gobierno del señor deán, hombre más ceremonioso que el día de Año Nuevo, cuéntase un edicto prohibiendo, con pena de excomunión mayor *ipso facto incurrenda*, que los viejos usasen birrete dentro del templo, y otro reglamentando la indumentaria femenina, reglamentación de la cual resultaban pecaminosos los trajes con cauda en la casa del Señor. Es entendido que las infractoras incurrían también en excomunión, pues en la ciudad de los Incas, ateniéndome a las muchas excomuniones de que hace mención el autor del curioso manuscrito *Anales del Cuzco*, se excomulgaba

al más guapo y a la más pintada por un quitame esa pulga que me pica.

El arcediano del Cuzco, doctor Rivadeneira, era un viejo gruñón y cascarrabias, a quien por cualquier futesa se le subía San Telmo a la gavia, y que en punto a benevolencia para con el prójimo estaba siempre fallo al palo. Gastaba más orgullo que piojo sobre caspa, y en cuanto a pretensiones de ciencia y suficiencia era de la misma madera que aquel predicador molondro que dió comienzo a un sermón con estas palabras: —Dijo Nuestro Señor Jesucristo, y en mi concepto dijo bien.....—de manera que si hubieran discrepado en el concepto, su paternidad le habría dado al Hijo de Dios una leccioncita al pelo. Agregan que, por vía de reprimenda, cuando descendió del púlpito le dijo su prelado:

Nunca, nunca encontraré,  
por mucho que me convenga,  
un mentecato que tenga  
las pretensiones de usted.

El 4 de junio del antedicho año de 1747, a las nueve de la mañana, entró en la Catedral doña Antonia Peñaranda, mujer del abogado don Pedro Echevarría. Era la doña Antonia señora de muchas campañillas, persona todavía apetitosa, que gastaba humos aristocráticos y tenida por acaudalada, como que era de las pocas que vestían a la moda de Lima, de donde la venían todas sus prendas de habillamiento y adorno. Acompañábala su hija Rosa, niña de nueve años, la cual lucía trajecito dominguero con cauda color de canario acongojado.

Principiaba la misa, y todo fué uno ver que madre e hija se arrodillaban para persignarse, y gritar con voz de bajo profundo su señoría el arcediano: —¡Fuera esas mujeres que tienen la desvergüenza de venir con traje profano a la casa de Dios! ¡Fuera! ¡Fuera!

Doña Antonia no era de las que se muerden la punta de la lengua, sino de las que cuando oyen el *Dominus vobiscum* no hacen esperar el *et cum spiritu tuo*. Dominando la sorpresa y el sonrojo, contestó: —Perdone el señor canónigo mi ignorancia al creer que el mandato no rezaba con la niña, además de que no he tenido tiempo para hacerla saya nueva, y la he traído para que no se quedara sin misa.

En vez de calmarse con la disculpa, el señor arcediano se subió más al cerezo, y prosiguió gritando: —He mandado que se vaya esa mujer irreligiosa..... Bótenla a empellones..... ¡Fuera de la iglesia! ¡Fuera!



Dios concedió a la mujer cuatro armas a cual más tremenda: la lengua, las uñas, las lágrimas y la pataleta. Doña Antonia, oyéndose así insultada, tomó de la mano a Rosita y se encaminó a la puerta, diciendo en alta voz:—Vamos, niña, que no está bien que sigamos oyendo las insolencias de este *zambo*, borrico y majadero.

¿Zambo dijiste? ¡Santo Cristo de los temblores! ¿Y también borrico? ¡Válgame los doce pares de orejas de los doce apóstoles!

El arcediano, crispando los puños, quiso levantarse en persecución de la señora; mas se lo estorbaron el sacristán y el perrero de la Catedral.

—¡Váyase enhoramala la muy puerca! ¿Yo zambo? ¿Y borrico?

En puridad de verdad lo de borrico no era para sulfurarse mucho, y bien pudo contestársele con el pareado de un poeta:

Hombre, no te atolondres:  
borricos, como tú, hay hasta en Londres.

¿Pero lo de zambo, a quien se tenía por más blanco que el caballo del Apocalipsis? Ni a María Santísima le aguantaba su señoría la palabra. Antes colgaba la sotana y se metía *almocrí*, esto es, a lector del Corán en las mezquitas.

El caso es que su señoría el arcediano, aunque nacido en España y de padres españoles, era bastante trigueño, como si en sus venas circularan muchos glóbulos de sangre morisca.

El día siguiente fué de gran alboroto para el vecindario del Cuzco, porque en la puerta de la Catedral apareció fijado este cartelón: «Téngase por pública excomulgada a Antonia Peñaranda, mujer de don Pedro Echevarría, por inobediente a los preceptos de Nuestra Santa Madre Iglesia, y por el desacato de haber tratado mal de palabras al señor doctor don Juan José de la Concepción de Rivadeneira, y porque con sus gritos desacató también al doctor don José Soto, presbítero, que estaba actualmente celebrando el Santo Sacrificio.—Nadie sea osado a quitar este papel, bajo pena de excomunión.»

Y firmaba el provisor Pérez Oblitas.

Motivo de grande excitación para los canónigos del Cabildo eclesiástico había sido el suceso de la misa dominical. Unos opinaron por meter en la cárcel pública a la señora, y otros por encerrarla en las Nazarenas; pero estos dos expedientes ofrecían el peligro de que la autoridad civil resistiese autorizar prisión o secuestro. Lo más llano era la excomunión, que al más ternejal le ponía la carne de gallina y



lo dejaba *cabiztivo* y *pensabajo*. Una excomunión asustaba en aquellos tiempos como en nuestros días los *meetings* populacheros. —¿Qué gritan, hijo? —Padre, que viva la patria y la libertad. —Pues echa cerrojo y atranca la puerta.

Las principales señoras del Cuzco, entre las que doña Antonia gozaba de predicamento, varios regidores del Cabildo, el superior de los jesuitas y el comendador de la Merced iban del provisor al arcediano, y de éste a aquél, con empeño para que se levantase la terrorífica censura. El provisor, poniendo cara de Padre Eterno melancólico, contestaba que por su parte no había inconveniente, siempre que la excomulgada se aviniese a pagar multa de doscientos pesos (la mosca por delante) y que el arcediano se allanase a perdonar a su ofensora. Dios y ayuda costó conseguir lo último del doctor Rivadeneira, después de tres días de obstinada resistencia.

El 8 de junio, día en que se celebraba la octava de Corpus, se retiró el cartel de excomunión, y el provisor declaró absuelta e incorporada al seno de la Iglesia a la aristocrática dama que no tuvo pepita en la lengua para llamar zambo, y borrico, y majadero, a todo un ministro del altar.



## LOS MILAGROS DEL PADRE RACIMO

En la librería del convento franciscano de Lima tuve, en 1884, oportunidad para leer un manuscrito de 21 folios con el siguiente título: *CARTA que escribió el P. Fr. Juan García Racimo, religioso descalzo y procurador general de la orden de N. P. San Francisco, en Filipinas.*

De buena gana habría sacado copia íntegra del curioso manuscrito, que ha desaparecido ya de la librería; pero tuve que limitarme a hacer un extracto de los principales milagros que el autor consigna. Discutiendo, años más tarde, en Madrid con un entendido bibliófilo, me aseguró éste que la carta del padre Racimo se había impreso en España por los años de 1670 a 1674.

Sin comentarios va el extracto de todo lo que, como maravilloso, relata en su carta el padre Racimo.

\* \* \*

Dice el buen franciscano que en 1667, hallándose en una gran ciudad de la China, fué testigo de que durante tres horas cayó lluvia de ceniza, y de que en el cielo se vieron una columna, una mitra y un azote formados por las estrellas.

\* \* \*

En el convento de Santo Domingo, de Manila, estando un religioso en el coro vió entrar a nuestro padre San Francisco en la capilla mayor,

el cual, por señas, le ordenó que se retirase a los claustros. Un minuto después de salido éste, se derrumbó el coro.

\* \* \*

Habiéndose un caimán comido el costado derecho de un indio, llevaron, en la noche, el cadáver a la iglesia para darle sepultura, y el obispo dispuso que hasta el día siguiente se dejase al pie de la imagen de San Francisco. Por la mañana hallaron el cuerpo íntegro, sin faltarle lo devorado por el caimán, y lo enterraron.

\* \* \*

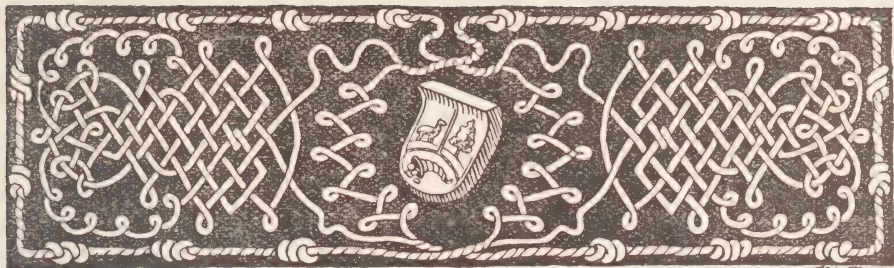
Doce mil chinos fueron a demoler y quemar el convento de San Diego; pero no lo toleró el santo, porque a cordonazos arrojó a los enemigos en el río, donde se ahogaron muchos, pereciendo los restantes a manos de la guarnición española.

¡Valientazo el San Diego!

\* \* \*

Una escuadra holandesa de doce navíos comenzó a batir la fortaleza de Cavite, junto a la cual se alzaban la iglesia y el convento de San Diego. Apareció en la torre una señora (María Santísima) vestida de blanco, que cogía las balas en el aire y las devolvía sobre los buques con mayor fuerza que las lanzadas por los cañones, forzando a los buques a retirarse con averías.

¡Qué lástima que el milagrito no se haya repetido en nuestros días! Verdad que ya no hay milagros. Hoy ni el padre Racimo creería en ellos.



## LAS BARBAS DE CAPISTRANO

No fueron pocas las contemporáneas del virrey Abascal, que yo alcancé a conocer y tratar, que cuando hablaban de varones de poblada barba solían decir: —Este hombre tiene más pelos en la cara que Capistrano.

Por supuesto, que ellas no conocieron al tal Capistrano, y la frase la habían aprendido de sus abuelas y madres.

Buscaba yo ayer un dato que me interesaba en la *Crónica franciscana* del padre Torrubia, dato que no encontré, cuando, ¡váyase lo uno por lo otro!, las barbas de Capistrano aparecieron ante mis quedos, y como no soy baúl cerrado, ahí va la historieta.

\* \* \*

Muy gran devoto de nuestro padre San Francisco era, allá por los años de 1780, don Juan Capistrano Ronceros, rico minero de Pasco, avecindado en Lima. De más es decir que mensualmente contribuía con gruesa limosna para el culto del seráfico y que, por ende, los frailes lo trataban con mucho mimo, consideración y respeto.

Este don Juan Capistrano militó, en los tiempos del virrey Amat, entre los guardianes del fortín que en las riberas del río Perené se levantara para defender esa región de un ataque de indios salvajes, los que al cabo asaltaron el fortín con éxito para ellos. Entre las ruinas se conserva todavía un cañón fundido en el Perú, en el que se lee la inscripción siguiente:

QUIEN A MI REY OFENDIERE  
A VEINTE CUADRAS ME ESPERE  
1741  
AVE MARIA.



Una pulmonía doble, de esas que no perdonan, atacó de improviso a Capistrano; y cinco galenos, en junta, declararon que la enfermedad era tan incortable como un *solo* de espadas con cinco matadores, salvo un renuncio, obra de la Providencia. Pero como ésta no quiso tomar cartas en el juego, tuvo el paciente que emprender viaje al otro barrio.

Yacía, tibio aún, el cadáver en el dormitorio, del que cuidaban, en una habitación vecina, dos mujeres abrumadas de sueño y de cansancio, cuando se les apareció un franciscano, con capucha calada y brazos cruzados sobre el pecho, quien las dijo: —Hermanitas, ya queda amortajado el difunto—. Y dicho esto desapareció, dejando *patidifusas* a las guardianas, que no habían visto entrar alma viviente en el cuarto mortuario.

La esposa de Capistrano hizo llamar al padre guardián, que era de los íntimos de la casa, y éste la aseguró que ninguno de sus recoletos había puesto pie fuera de claustros después de las ocho de la noche. La única novedad ocurrida era que la efigie de San Francisco había amanecido despojada de hábito, capilla y cordón, prendas con las que aparecía amortajado el difunto, al que se hizo muy pomposo entierro, dándose sepultura al cadáver en el cementerio vecino a la huerta, que era donde reposaban los restos de los conventuales y de los buenos cristianos favorecedores del culto seráfico.

Pasaron más de veinte años y acaeció la muerte del mayorazgo de don Juan, el cual había imitado a su padre en la devoción. En su testamento dejaba un bonito legado a los franciscanos, pidiéndoles ser sepultado en la misma fosa en que yacía su padre.

Abierta la sepultura de Capistrano se encontró el cadáver incorrupto, lo que nada de maravilloso ofrece. Lo que sí tiene tres pares de perendengues, en materia de milagros, y que yo creo a pies juntillas porque lo asegura el padre Torrubia, que fué la veracidad andando, es.... es que al muerto le habían crecido las barbas, y que éstas le llegaban hasta la cintura, lujo de que no disfrutó ni el mismo Jaime el Barbudo.



## ¡¡¡VIVA EL PUFF!!!

Arreglando manuscritos dispersos en la Biblioteca Nacional, díme con un proceso así intitulado: *Autos criminales, seguidos de oficio, contra los que quitaban a las mujeres el postizo que cargan a la cintura. Año de 1783.—Lima.—Real Sala del Crimen.*

El título era tentador para mí. Echéme a leer el proceso y, después de leído, resolvíme a presentarlo en extracto a mis lectores, a riesgo de que digan que traigo sin tornillo el reloj de la cabeza, pues ocupo mis horas de descanso en sacar a plaza antiguallas.

Fué el caso que el ilustrísimo señor don José Domingo González de la Reguera, arzobispo de Lima, escandalizado con la exageración de los guardainfantes o faldellines, fomentos o tafanarios, como entonces se decía, o sea crinolinas, embuchados, polisones, categorías, colchoncitos y *puffs*, como hoy decimos, con que las mujeres daban al prójimo gato por liebre, fabricándose formas que no eran, por cierto, las verdaderas, promulgó edicto eclesiástico prohibiendo los postizos. No aparece el edicto en el proceso, y por eso no puedo asegurar si había o no pena de excomunión para las hijas de Eva que se obstinasen en seguir abultando el hemisferio occidental, dando con ello motivo de pecadero a nosotros, los pobrecitos nietos de Adán.

Extractemos ahora:

Don Valerio Gassols, capitán de la guardia de su excelencia el virrey don Agustín de Jáuregui, se presentó el 10 de noviembre de 1783 ante el alcalde del crimen, dando cuenta de haber metido en chirona a más de veinte muchachos que andaban, en la mañana de ese día, por las calles principales de la ciudad, desnudando mujeres, de esas de ortografía dudosa, para ver si llevaban o no postizo. Añadió su merced que aquello era una indecencia sin nombre, y que para ponerle

coto a tiempo, antes que, alentándose con la impunidad o desentendencia de los oficiales de justicia, llevaran el desacato y el insulto a personas de calidad, había echado el guante a los turbulentos, empezando por el cabecilla, que era un chileno, mocetón de veinticinco años, el cual iba a caballo, batiendo una bandera de tafetán colorado, enarbolada en la punta de una caña de dos varas de largo.

La Sala del Crimen mandó organizar el respectivo sumario, y aquí entra lo sabroso.

Chepita Navarro, cuarterona, de veintitrés años de edad, hembra de cuya cara llovía gracia, y de profesión la que tuvo Magdalena antes de amar a Cristo, juró, por una señal de cruz, que pasando a las diez de la mañana por la plazuela de San Agustín, acompañada de una amiga, dada como ella a hacer obras de caridad, fueron asaltadas y..... no prosigo, porque el resto de la declaración es muy *colorado*, y la Chepita catedrática en el vocabulario libre de las *cellencas*.

Idéntica declaración es la de Antuca Rojas, blanca, de veinticinco años, moza que lucía un pie mentira en pantorrillas verdad, y de oficio *corsaria* de ensenada y charco.

Cuentan de esta Antuquita que yendo en una procesión entre las tapadas de saya y manto, un galancete, que motivos de resentimiento para con ella tendría, la dijo groseramente:

—¡Adiós, grandísima p.....erra!

A lo que ella, sin morderse la lengua, contestó:

—Gracias, caballerito, por la honra que me dispensa igualándome con su madre y con sus hermanas.

También declaró Marcelina Ramos, otra que tal, mestiza, de veinte años de edad, y que ostentaba, en vez de un par de ojos negros, dos alguaciles que prendían voluntades.

El escribano debió ser, por mi cuenta, pescador de mar ancha y un tuno de primera fuerza; porque redactó las declaraciones con una crudeza de palabras que..... ¡yal yal

Resulta de las declaraciones todas que los cuadrilleros aseguraban que el arzobispo les había dado la comisión de *arranchar*..... *postizos*; y que no fué culpa de los arranchadores el que, junto con los postizos, desaparecieran sortijitas, aretitos de oro y otros *chamelicos*.

Las declaraciones de los muchachos (que casi todos tenían apodo como Misturita, Pedro el Malo, Mascacoca y Corcobita) parecen cortadas por un patrón. Todos creyeron que el hombre de a caballo, que enarbolaba la bandera de tafetán, sería alguacil cumplidor de mandato



de la justicia y que, como buenos vasallos, no hicieron sino prestarle ayuda y brazo fuerte.

Sólo uno de los declarantes, Pepe Martínez, negro, esclavo, y de trece años de edad, discrepa en algo de sus compañeros. Dice este muchacho que en la esquina de la Pescadería un hombre *sacó cuchillo* en defensa de una mujer: que, a la bulla, salió del palacio arzobispal un pajecito de su ilustrísima, quien, después de informarse de lo que ocurría, dijo: —Lo mandado, mandado: sigan arranchando c.....s, y al que se oponga aflójenle su pedrada, y que vaya a quejarse a la *madre* que lo parió—. Añade el declarante que el arzobispo estaba asomado a los balcones presenciando el bochinche.

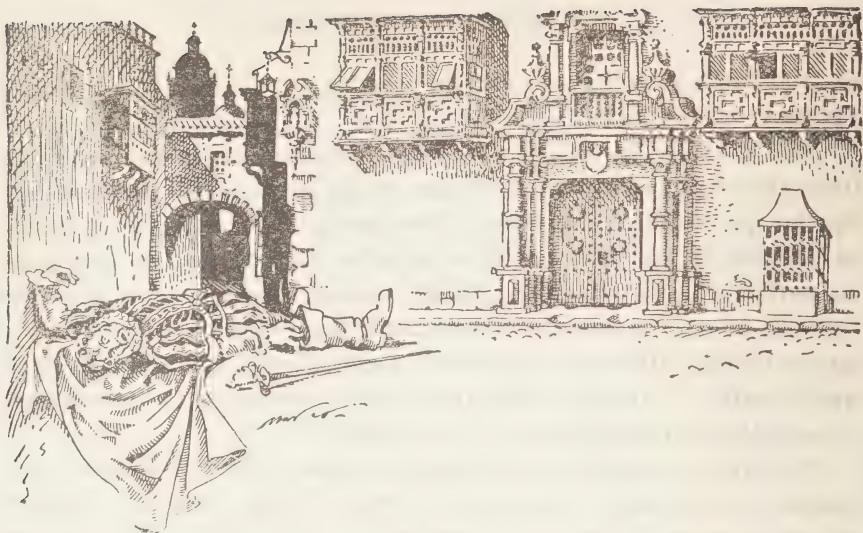
Por fin, a los diez días de iniciada la causa, la Sala del Crimen, compuesta de los oidores Arredondo, Cerdán, Vélez, Cabeza y Rezabal, mandó poner en libertad a los muchachos, y expidió el fallo que sigue:

«Vistos estos autos, y haciendo justicia, condenaron al mestizo »Francisco de la Cruz, natural de Concepción de Chile, en un mes de »presidio al del Callao, para que sirva a Su Majestad en sus reales »obras, a ración y sin sueldo, y se le apercibe muy seriamente que, »en caso de que reincida en los alborotos por los que ha sido encausado, se le castigará con el mayor rigor para su escarmiento.—Lima »y noviembre 20 de 1783.—Cinco rúbricas.—*Egúsquiza.*»

Desde este año quedó en mi tierra autorizada por el Gobierno civil la libertad de postizos, libertad que ha ido en *crecendo* hasta llegar al abominable *puff* de nuestros días.

Afortunadamente, las limeñas están hoy libres de que arzobispo escrupuloso azuce a los mataperros. ¡Viva el *puff*!





## EL MARQUÉS DE LA BULA

Lujo para las familias aristocráticas de Lima, en el pasado siglo, era tener en casa oratorio o altar portátil, a fin de que las señoras y servidumbre doméstica no necesitaran en los días de precepto salir a la calle y andar de iglesia en iglesia en pos de la obligada y obligatoria misa. Excedían de cuarenta las familias que en la ciudad gozaban de tal privilegio, y que, por ende, tenían capellán y confesor propio, decentemente rentado.

Su ilustrísima el arzobispo don Juan Domingo González de la Requera tuvo, allá por los años de 1784, noticia de que no en todos los oratorios se celebraba el sacrificio con la decencia debida; y aun se le informó de que algunos funcionaban sin licencia en regla. Para cortar el abuso, nombró visitador general de capillas y oratorios de esta ciudad de los Reyes y sus suburbios, al doctor don José Francisco de Arquellada y Sacrestán, racionero de esta Santa Iglesia Metropolitana y rector del Convictorio de San Carlos.

Su señoría no anduvo con pies de plomo en la visita; y en un mes que ella durara, ratificó la concesión en cuarenta y tres fundos rústicos del valle de Lima, denegándola en sólo cinco. Pasó luego a las

visitas domiciliarias, y únicamente en dos casas tuvo algo que objetar al privilegio.

El 8 de enero se hizo anunciar el visitador en casa del marqués de C....., quien se negó a hacer abrir las puertas del oratorio, alegando que por breve de Su Santidad Clemente VII, acordado en 20 de marzo de 1530 a su abuelo Lope de Antillón y a sus descendientes, estaba en la legítima posesión de los siguientes derechos:

1.º De poder dar de trompadas a cualquier sacerdote, siempre que no fuese obispo; y que así anduviese muy circunspecto su señoría el racionero visitador.

2.º Que para él adulterio, estupro y hasta seducción de monjas, eran pecadillos de poca monta; pues, según la Bula, le estaban perdonados.

3.º Que todo voto o juramento no lo obligaba a él ni a los suyos; que con él no rezaban las excomuniones, y que le era lícito promiscuar y quebrantar ayunos.

4.º Que podía tener oratorio y capellán en casa sin necesidad de licencia arzobispal.

El señor Arquellada y Sacrestán arguyó cuanto pudo para hacer práctico su deber de visitar el oratorio o capilla; pero viendo que el marqués principiaba a amostazarse, receló que éste, autorizado como aseguraba estarlo por Su Santidad, lo acometiese a mojicones y no le dejase hueso sano y que bien lo quisiera. El visitador se despidió cortésmente, y fué con la novedad al arzobispo, pidiendo a la vez que comisionase a otro sacerdote para la visita al oratorio del rebelde, que era hombre de malas pulgas, irrespetuoso con los sacerdotes y capaz de un desaguisado.

Sobrevino de aquí litigio.

El arzobispo dudaba de la existencia de tal Breve o Bula pontificia; y el marqués, como por quemarle más la pajuela, se hacía remolón para exhibirla. A la postre tuvo que ceder; y así el señor de la Reguera como su coro de canónigos casi se cayeron de espaldas al leer el Breve, en latín, con el auténtico sello, y la traducción castellana debidamente legalizada, documentos ambos que a la vista tengo, yo el tradicionista, y de que doy fe en toda forma y como en derecho se previene.

Como para el lector carece de importancia el texto latino, limitaréme a reproducir la traducción, suprimiendo apellidos, con el caritativo propósito de impedir que algunos de los descendientes (que no

son pocos en Lima) de las familias favorecidas se echen a golpear frailes y seducir monjas, en la certidumbre de que, si pecan en ello, ahí está la Bula que los absuelve.

### CLEMENTE, PAPA VII

A los amados hijos, Salud y Apostólica bendición. El efecto de la sincera devoción que nos tenéis, y a la Iglesia Romana, merece que te concedamos favorablemente aquellas cosas por las cuales pueda constarte a tí y a las almas de todas las personas que te tocan, que no hay cosa que por tus rendidos ruegos no te queramos conceder, a tí y a nuestra querida hija en Cristo Ana, tu mujer, y también a los amados hijos ..... (aquí siguen diez y siete nombres de jefes de familia, nombres que suprimimos) y a los hijos de todos, de uno u otro sexo, a sus padres que son, y en adelante fueren. A todos los cuales concedemos que puedan elegir un sacerdote secular o regular, a quien se comete, por la vida y la de los mencionados, que pueda absolverte a tí y a ellos de cualquiera excomunión, censura, suspensiones y entredichos, y de otras cualesquiera sentencia y penas eclesiásticas impuestas *a jure*, o por jueces, por cualquiera causa u ocasión en que las hayas tú y todos ellos contraído. Y asimismo que os absuelva de los votos y de cualquiera juramentos, aunque hayan dimanado de la Iglesia, que hubiereis hecho; y también de las transgresiones de los ajenos, conmutándoos las penitencias que hubiereis omitido en el todo o en parte, y también dichos ayunos, en alguna limosna según tu devoción y la de los referidos; como también de las censuras por manos violentas puestas en cualquiera persona eclesiástica, como no sean obispos y otros superiores a ellos; y también de los perjuicios de los homicidios mentales o casuales, del adulterio, del incesto y de la fornicación, de estupro sacrílego, y de los restos y manchas de las usuras, de la rebeldía e inobediencia contra los superiores. Y por fin, de todos y cualquiera exceso y delitos, por más graves y enormes que sean, de los cuales podéis ser absueltos, tantas y cuantas veces fuere necesario. Y así mismo una vez en el año, de todos los casos así especialmente como personalmente reservados a la Silla Apostólica, exceptuando solamente los contenidos en la Bula de la Cena. Mas de todos los demás, que no son éstos, os podrá absolver a todos los mencionados, y ponerlos, cuantas veces fuere oportuno, saludable penitencia. Pero cua-



lesquiera votos que acaso hicieréis, ya sean los de visitar los Santos Lugares de Jerusalén, ya los símiles de los apóstoles San Pedro y San Pablo, y ya la ciudad de Santiago en Compostela, os podrá dicho confesor conmutar en otras obras de piedad, excepto los votos solemnes de religión, de castidad y perpetua continencia. Y también os podrá relajar cualesquiera juramento. Y asimismo a vos y todos los nombrados por vuestros propios nombres, una vez en la vida, y a todos en artículo de muerte, aunque ésta no se siga, imponiéndoois penitencia, os podrá absolver y conceder remisión de todos vuestros pecados por autoridad apostólica. Y también os sea lícito tener altar portátil, con la debida honestidad y reverencia, usando de él en cualquiera lugar, aunque esté en entredicho por cualquiera autoridad, aunque sea apostólica, con tal que vosotros no hayáis dado causa para el tal entredicho, y mucho menos si por vuestra causa se haya impuesto dicho entredicho apostólico. Y los que fueren sacerdotes, así seculares como regulares, podrán celebrar en sus casas; y los que no lo fueren hacer celebrar a otros misas y divinos oficios en ellas, en presencia de otros familiares y domésticos, sin perjuicio de incurrir en excomunión, excluyendo solamente a los que estuvieren excomulgados. Y así vosotros, como todos los que por vuestro nombramiento celebraren en dichos oratorios, pueden ganar y hacer que se ganen todas las indulgencias y remisión de los pecados, según está referido, que consiguieran y ganaren si visitaren los altares de San Sebastián y San Lorenzo, que están fuera de los muros de Roma, y los de Santa Potenciana, de San Gregorio y de Santa María de Pami, y en ellos celebraren el Santo Sacrificio de la Misa. Y por último, en todo tiempo, aunque sea del referido entredicho, podéis vosotros y todos vuestros domésticos ser sepultados en sepultura eclesiástica y recibir todos los Santos Sacramentos, excepto en el tiempo de Pascua Florida de Resurrección. Asimismo, mientras vosotros y vuestros descendientes referidos vivieren, podréis comer los alimentos prohibidos en tiempo de Cuaresma, y usar de ellos en cualesquiera tiempo y días del año. Y en cualquiera parte donde residan y ellos residieren, podréis ganar las indulgencias que se consiguen haciendo las estaciones de Roma, con tal que visitéis una o dos Iglesias o Capillas, o en una Iglesia tres altares, los que vosotros o los vuestros eligieren por su devoción, con cuya sola diligencia ganaréis todas y cualesquiera gracias y remisión de vuestros pecados, que consiguierais visitando y haciendo las dichas estaciones de las Iglesias Basílicas que se visitan, así dentro de Roma como fuera de sus

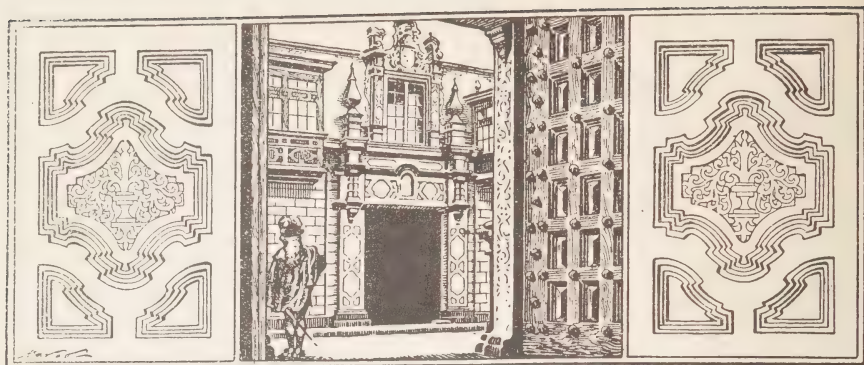


muros. Y si acaso vosotros, o cualesquiera de los referidos, por enfermedad, debilidad u oprimidos de algún legítimo impedimento no pudiese hacerla sobre dicha visita de capillas y altares, ganarán las mismas gracias, indulgencias y remisión de todos sus pecados, con sólo que hagan una piadosa limosna y algunos devotos sufragios y oraciones a su arbitrio. Y también sea lícito a los que de vosotros fuere su voluntad rezar el Oficio Divino según la costumbre de la Santa Iglesia Romana, anteponiéndolo o posponiéndolo por un día natural, y esto en cualquiera Iglesia o lugar donde residierais, como no sea dentro del Coro. Fuera de esto podéis usar en la Cuaresma y demás días en que son prohibidos por derechos de todos los lacticinios, como son huevos, queso, leche, manteca; y no solamente vosotros, sino todos aquellos que fueren vuestros domésticos y familiares, y que sustentareis a vuestras expensas en vuestra mesa; lo cual podréis ejecutar sin escrúpulo de conciencia; y en dichos tiempos, cuando fuere congruo a vuestra salud, usaréis carnes prohibidas por derecho, así vosotros como todos los referidos. Y en los sábados podréis, a vuestro arbitrio, usar y comer grosuras y extremos de todas carnes, según el uso y costumbre de los reinos de Castilla. Y asimismo, a vosotros y todos los vuestros concedemos licencia para que mientras viviereis podáis hacer la colación en los días de ayuno. Demás de esto concedemos que las sobredichas mujeres, juntamente con otras cuatro extrañas que eligieren, como sean honestas, puedan una vez al mes entrar en la clausura de los monasterios de monjas, por todo el día, y conversar y comer con las monjas, con tal que no hagan noche en dicha clausura; para cuyo fin les concedemos nuestra apostólica bendición, facultad y licencia, no obstante cualesquiera prohibiciones apostólicas o de Concilios generales, provinciales y sinodales, o de otras especiales Constituciones y Ordenaciones; y determinamos que estas facultades, y la de elegir confesor, las tengáis sin ser comprendidas en cualesquiera labor de Santa Cruzada, ya en favor de la fábrica del Príncipe de los Apóstoles, o de otras cualesquiera, por cualquier forma, tenor o cláusulas que sean ordenadas, bajo de las cuales prohibiciones y limitaciones resolvemos que no sean comprendidos los sobredichos indultos y facultades, si no es que en ellas se haga expresa mención de vosotros por vuestros propios nombres, según que en este Breve *motu proprio* van referidos y expresados. Pero queremos y deseamos que, por esta gracia y facultad de elegir confesor a vuestro beneplácito, no os volváis (lo que Dios no permita) más propensos e inducibles a cometer escándalos

y delitos; porque siéndooos de pretexto esta confesión faltaréis a la sinceridad de la fe católica, y a la unidad de la Santa Romana Iglesia, y a la obediencia del Sumo Pontífice y sus Sacerdotes que canónicamente entraren o en confianza de este indulto y facultades, cometiereis algunos enormes delitos, la dicha nuestra confesión y remisión, y todo lo que en ella se contiene, queremos que no os valga ni favorezca. Asimismo queremos que uséis moderadamente del indulto de hacer celebrar el Santo Sacramento de la Misa antes del día; porque como en el Ministerio se ofrece a Nuestro Señor Jesucristo Hijo de Dios, el candor de la Luz Eterna, es muy conveniente que se haga este sacrificio, no en las tinieblas de la noche, sino con la claridad del día. Y todo lo referido sea y tenga valor y firmeza, no obstante cualquiera prohibición. Y finalmente queremos que a todos los trasuntos de nuestras letras originarias, ya impresos, ya manuscritos, autorizados de cualquiera notario público y sellados con el sello de cualquiera persona eclesiástica constituida en dignidad, se dé la misma fe y crédito que se diera a dicho original, si fuera exigido y manifestado, entendiéndose esto para todas o cada una de las personas mencionadas en este Breve.—Dado en Benonia bajo el anillo del Pescador, en 20 de marzo de 1533 años, y en el 7.º de Nuestro Pontificado.

\* \* \*

Creo de más añadir que el arzobispo de Lima, acatando el Breve Pontificio, dejó al marqués tranquilo en su privilegio de capilla propia. El zumbón pueblo de Lima lo bautizó, desde entonces, con el apodo de *El marqués de la Bula*.



## UNA COLEGIALADA

Nuestras abuelas (benditas mujeres que en gloria estén), que alcanzaron los tiempos de Avilés, Abascal y Pezuela, cuando querían exagerar la necedad o tontería de una persona decían que era *un cándido de calilla*.

Los seminaristas en el Perú (y no sé si en las demás colonias), por imitar a los estudiantes de Salamanca, dieron desde el siglo XVII en mantear a los colegiales novatos y a los acusones, y en aplicar calillas a los que, por afeminamiento, pobreza de espíritu o candidez, estimaban merecedores de aquéllas. Eso era como los rehiletes de fuego sobre el testuz de toro que no remata suerte.

A estas insolencias, nunca penadas con ejemplar castigo por los rectores, se dió el nombre de *colegialadas*, y no sólo las festejaba el público, sino que entraron en las costumbres sociales. Contábase como gracia, y se desternillaban de risa los oyentes, que a tal o cual mentecato le habían *echado calilla*.

Previo este preámbulo, paso a hacer el extracto de un auténtico proceso que a la vista tengo.

### I

Don Juan Bazo y Berry, que alcanzó a ser oidor en la Real Audiencia de Lima y que, después de jurada la Independencia, se embarcó para España, desempeñaba el cargo de teniente-asesor en la Intendencia de Trujillo.



Fué don Juan Bazo y Berry quien más influyó para que en la sesión que celebró el Cabildo el 10 de enero de 1793 se eligiese, como en efecto se eligió, para alcalde de Trujillo al Príncipe de la Paz y duque de Alcudia don Manuel Godoy y Alvarez, disponiéndose que, por residir el electo en España, se entregase, en calidad de depósito, la vara de justicia al alférez real don Juan José Martínez de Pinillos. Sabido es que Godoy aceptó la honra que los trujillanos le dispensaban, y que obtuvo del rey tres o cuatro cédulas acordando mercedes a la ciudad y a su puerto. Sigamos con Bazo y Berry, dejando dormir en paz al favorito de Carlos IV.

En el primer año de este siglo lo ascendió el rey a oidor de la Audiencia de Buenos Aires, ascenso que provocó envidiosas murmuraciones entre los leguleyos de la ciudad. Distinguióse entre los maldicientes un abogadillo ramplón, a quien nadie encomendaba la defensa de un pleito porque, amén de ser piramidal su reputación de bruto e ignorante, era persona ridícula de quien todos se mofaban, recargándola de apodos.

Habíase educado en un colegio de Lima; pero el colegio no entró en él, como decía el obispo Villarroel hablando de su convento. Mas tuvo padrino poderoso en el claustro universitario y, por aquello de *accipiamus pecunia et mitamus assinus in patria sua*, le dieron el diploma de licenciado en leyes.

Un chismoso llevó a oídos de doña Josefa Villanueva, esposa del nuevo oidor bonaerense, las ofensivas palabras que el licenciado don Mariano de Mendoza profiriera en uno de los corrillos, siendo una de las más graves injurias haber dicho que las oidorcitas, hijas de don Juan Bazo y Berry, eran unas señoritas del pan pringado.

Otro que tal llevó idéntico chisme a don Francisco Bazo y Villanueva, mancebo de veintiún años, seminarista ordenado de cuatro grados, y que había merecido del virrey inglés el título de sacristán mayor de Cajamarca, empleo nominal muy codiciado, pues daba honra y pequeña renta sin ocasionar la menor fatiga.

Entre madre, hijo y hermanas formaron consejo de familia, y por unanimidad de pareceres se resolvió aplicarle un par de calillas al licenciado don Mariano de Mendoza, en castigo de su bellaquería.

## II

Con fecha 2 de diciembre de 1801 presentó Mendoza ante el ilustrísimo obispo Minayo y Sobrino, un recurso querellándose contra el seminarista ordenado en grados menores don Francisco Bazo y Villanueva, porque éste, con el pretexto de que tenía una encomienda que entregarle, lo llevó a su casa en la tarde del domingo 29 de noviembre, lo condujo a una de las habitaciones interiores, y con sus criados, que le menudeaban golpes, le hizo vendar los ojos y acostar sobre un colchón. En seguida le aplicaron dos velas de sebo, lo pusieron en la puerta de la calle y le dieron un puntapié, festejándose la colegialada por la oidora, las oidorcitas y amigos y amigas que las acompañaban, amén del famulicio que actuara en el ultraje.

El seminarista don Francisco, a quien el obispo corrió traslado del recurso, se vió, como dicen, en mula chúcara y con estribos largos, o sea en calzas prietas, pues la colegialada podía costarle, por lo menos, la expulsión del seminario y poner obstáculos para el logro de su aspiración al sacerdocio. Por eso, a la vez que intrigaba para entrar en componendas con el querellante, contestó al traslado pidiendo que Mendoza afianzase la calumnia, petición que fué apoyada por el promotor fiscal.

Tanto la opinión pública como la rectitud del obispo Minayo y Sobrino favorecían a la infeliz víctima del insolente colegialito; pero, repentinamente, fué general el cambio de simpatías, y todo Trujillo convino en que Mendoza era digno de que en él se consumiera todo el sebo de las velerías del Perú.

## III

Yo también, después de casi un siglo del suceso, opino lo mismo. ¿Por qué? Porque Mendoza con fecha 7 de diciembre firmó un recurso a presencia de dos testigos, en el que se desistía de la querella contra el seminarista, su señora madre y hermanas, a quienes confesaba haber agraviado con su falta de consecuencia al buen trato que de esa familia había siempre merecido. Agregaba que, estando ya su espíritu más sereno, reconocía que Francisco, el futuro presbítero, no había desempeñado otro papel que el de mirón en una broma de la señora y de las niñas.

En el mismo día recayó sobre este recurso de desistimiento el siguiente notabilísimo auto: «Por desistido; pague el suplicante las costas, y archívese.—*El Obispo.*—Ante mí, *Merino.*»

Aquí, con el auto en que no sólo se quedaba el licenciado muy fresco con las calillas dentro del cuerpo, sino que hasta las pagaba con el dinero que, por costas judiciales, se le condenaba a satisfacer, creará cualquiera fenecido el juicio. Pues no, señor; todavía hay rabo por desollar.

## IV

Si estúpido y sinvergüenza estuvo Mendoza con su recurso de desistimiento, tres días después acabó de consolidar su reputación de tonto de capirote, presentando nuevo escrito que, por ser típico, quiero copiar *ad pedem literæ*:

«Ilmo. Sr.: El licenciado Mendoza, en los autos criminales contra doña Josefa Villanueva, sus hijos y criados, digo: Que el lunes de esta semana, 7 de diciembre, como a las diez de la mañana, el regidor don José de la Puente me trajo cien pesos, en seis onzas de oro, para que me desistiese del pleito, con más un escrito del puño y letra de la parte contraria para que lo firmara. En efecto, así porque me hallaba en cama con las costillas maltratadas, como porque con ese dinero podía auxiliarme para la curación, alimentos, médico y medicinas, accedí a firmar dicho escrito. Pero como documentos que se hacen bajo la opresión, siempre que se reclame con tiempo, no valen ni hacen fuerza—A Useñoría Ilustrísima rendidamente suplico se sirva mandar la prosecución del juicio, y que se proceda a la sumaria.»

—¡Vaya un hombre para indigno! ¡Valiente gahnápiro!—exclamó el obispo después de oír leer por el notario Merino este recurso.

Consideró su señoría que sería el cuento de la buena pipa o de nunca acabar el seguir admitiendo recursos de un *calillado* de condición tan bellaca. Es dar puñaladas al cielo o intentar lo imposible el imaginarse que de un imbécil pueda sacarse un hombre discreto.

He aquí el auto final que dictó el ilustrísimo obispo:

«No ha lugar, no ha lugar y no ha lugar. Quédese el suplicante con sus calillas, y ocurra donde le conviniere, no siendo ante esta Curia eclesiástica.—*El Obispo.*—Ante mí, *Merino.*»





## LA NARIZ DE CAMELLO

TRADICIÓN EN LA QUE SE NARRA EL POR QUÉ EN LA NOCHEBUENA DE 1547  
NO HUBO EN TRUJILLO MISA DEL GALLO, SINO MISA DE GALLINAS

### I

Doña María Lazcano (conocida después con el apodo de la *Nariz de camello*) era en el año en que la presentamos al lector de lo más granado en la ciudad de Trujillo. Era andaluza y de agraciada lámina, a pesar de que ya frisaba en los cuarenta y cinco diciembres; y lo zalamero y nada orgulloso de su carácter le habían conquistado muchas simpatías entre la gente del pueblo.

Era viuda de Juan de Barbarán, compañero de Pizarro en la conquista, al cual en el reparto del rescate de Atahualpa le correspondieron, como a soldado de caballería, 362 marcos de plata y 8.880 pesos de oro. En 1538 era ya el aventurero Juan de Barbarán todo un personaje, como que investía el grado de capitán, era regidor en el Cabildo de Lima y poseía una de las principales encomiendas en el fértil valle de Chicama. En ese año hizo venir de España a su mujer, que era una sevillana de mucho reconcomio y con toda la sal de la tierra de María Santísima.

Asesinado Francisco Pizarro, Barbarán y su mujer vistieron el mutilado cadáver con el hábito de los caballeros de Santiago, y le dieron cristiana sepultura en el patiecito de los *Naranjos*, anexo a la Catedral. Siendo tan entusiasta y leal amigo del jefe de la conquista, está dicho que tomó activa participación en la guerra contra Almagro el Mozo, terminada la cual, ahito de aventuras, peligros y desengaños,

fijó su residencia en Trujillo. Fué Barbarán de los poquísimos conquistadores que no tuvieron muerte desastrosa. Murió de médicos y pó-cimas en 1545.

En 1547 no era la viuda de Barbarán la única dama española con supremacía o prestigio en la ciudad fundada por Pizarro. Competía con ella doña Ana de Valverde, mujer del capitán don Diego de Mora, uno de los fundadores de Trujillo y su primer gobernador, riquísimo encomendero de Huanchaco y Chicama y el primer hacendado que implantó el trapiche y elaboró azúcar en el Perú, después de haber hecho traer de México caña para las plantaciones. Aquello de que la primera azúcar peruana se produjo en Huánuco no pasa de una novela del historiador Garcilaso, como lo comprueban Feyjóo de Sosa y Mendiburu.

Acostumbraba doña Ana, que era muy gentil hembra de treinta navidades bien disimuladas, ir a misa en compañía de la mujer del mariscal Alonso de Alvarado, y su criada se encargaba de tender las alfombrillas sobre la losa que cubría una sepultura. La costumbre, según doña Ana y según muchos publicistas, constituye lo que llaman *derecho consuetudinario*, y parece que como a tal lo acataban las trujillanas, pues ninguna osaba arrodillarse en aquel sitio tenido como propiedad exclusiva de la exgobernadora y de su amiga la mariscala, a quien la primera tenía de huésped mientras las cosas políticas cambiaran de rumbo y regresara Alvarado a la capital del virreinato.

Llegó la Nochebuena de 1547, y con ella la famosa *misa del gallo*. A las once y media entró en la iglesia, muy emperifollada y luciendo caravanas con brillantes como garbanzos, la jamona viuda de Barbarán, acompañada de la gaditana Pepita de Montúfar, muchacha alegre allá en su tierra, y que a poco de llegada al Perú casó con un alférez. General fué el cuchicheo entre la gente ya congregada en el templo, al ver que la criada tendió las alfombras sobre la sepultura. Aquí va a haber algo muy gordo, se decían, y no se equivocaron.

Un cuarto de hora después llegó doña Ana con su inseparable mariscala, ambas puestas de veinticinco alfileres y deslumbrando con el brillo de las alhajas. Al encontrar ocupado su sitio, doña Ana se detuvo sorprendida; pero, rehaciéndose en breve, dijo a doña María:

—Señora, este sitio me pertenece desde que Trujillo es Trujillo, y espero que tendrá a bien irse con su alfombrilla a otro lugar.

—¿Me lo ruega usted o me lo manda?—contestó con tono de fisga la andaluza—. Si me lo ruega, le daré gusto; pero si me lo manda, no-nes y nones, que en la casa de Dios no hay sitio comprado.

—Probablemente olvida usted con quién habla. Guarde respetos y sepa que está hablando con la esposa del maese de campo don Diego de Mora y con la mariscala de Alvarado.

La sevillana las midió con la mirada de abajo para arriba y luego de arriba para abajo; y con la flema despreciativa y desgaire insultador de una manola del barrio de Triana, contestó:

—¡Valiente par de p.....s!

Aquello fué ya cosa de taparse los oídos con algodón fenicado, para no oír las palabrotas que vomitaron las de Mora, de Alvarado, de Barbarán y de Montúfar, olvidadas por completo de la reverencia debida al lugar en que se hallaban. El concurso se arremolinó y, dicho sea en verdad, mayor era el número de los amigos y amigas de la andaluza. A la bulla acudió el cura seguido del sacristán, y cuando se convenció de que le era imposible aquietar los ánimos, gritó furioso:

—¡Basta ya de escándalo y todo el mundo a la calle! Esto no es misa del gallo, sino misa de gallinas.

Y el sacristán cerró la puerta de la iglesia cuando se retiraron los feligreses, quedándose la misa sin celebrar por carencia de público.

## II

Durante ocho días fué Trujillo un hervidero de chismes, y fastidiadas doña Ana y su compañera emprendieron viaje a Lima, dejando al cuidado de la casa y hacienda a Gaspar de Escobar, pariente de Mora.

Indudablemente, las damas noticiaron de lo ocurrido en Nochebuena a sus maridos, que estaban en Andahuaylas, en el ejército de Gasca, combatiendo a los de Gonzalo Pizarro, pues a principios de marzo aparecieron en Trujillo Diego Martín y Juan el Viejo, soldados ambos de las tropas de Mora, con carta de éste para Escobar, quien los aposentó en la casa.

Pocos días después, en la mañana del primer domingo de abril, los dos advenedizos penetraron en casa de la de Barbarán, la cortaron las trenzas y la hicieron un feroz chirlo en la nariz, dejándosela como *nariz de camello*, según hizo escribir la víctima en la querella que interpuso ante la autoridad. Los dos malsines, después de realizado el delito, se hicieron humo, emprendiendo la fuga hasta reincorporarse en el ejército.





«Esto no es misa del gallo, sino  
misa de gallinas.»



Gasca nombró con el carácter de juez pesquisidor al licenciado Gómez Hernández, quien se trasladó a Trujillo, y después de tomadas las primeras declaraciones expidió auto de prisión contra don Diego de Mora. Hallábase éste todavía en campaña cuando fué notificado, y contestó que mal podía ir a la cárcel quien, como él, aparte de ser hidalgo de solar conocido, era también el capitán más antiguo entre todos los del reino, razones que pesaron en el ánimo del pesquisidor para no insistir en lo de ponerlo entre rejas. ¡Buen peine de escardar lana fué el tal don Diego! No hubo revolución en la que no figurara entre los más comprometidos; pero siempre, a la hora de apretar, decía: —Ya vuelvo, o —Hasta aquí llegaron las amistades—, y desertaba para presentarse en el campo realista. Fué un politiquero de sutilísimo olfato.

El proceso, que existe en el Archivo Nacional, y que he hojeado y ojeado, consta de más de 500 folios, y duraría hasta hoy día de la fecha si a Diego de Mora no se lo hubiera llevado al otro mundo la *Tiñosa* en 1556.

La pobre andaluza, después de ocho años de litigio, en el que, según tasación de costas, gastó 610 pesos de oro y 6 tomines, ganó el apodo de la *Nariz de camello*, mote con que ella misma se bautizara en su primer recurso.





## ¿QUIÉN FUÉ GREGORIO LÓPEZ?

(CUESTIÓN HISTÓRICA)

En uno de los tomos de *Manuscritos* de la Biblioteca de Lima se encuentra un códice (en el que, dicho sea de paso, el trabajo del pendolista es sobresaliente) titulado *DECLARACIÓN DEL APOCALIPSIS, por Gregorio López, natural de la insigne villa de Madrid*. Aunque el autor del manuscrito revela gran ilustración, empiezo por declararme incompetente para juzgarlo como teólogo, materia en que del todo al todo soy profano.

Dicen sus biógrafos, el padre Francisco Losa y el licenciado Luis Muñoz, que el siervo de Dios Gregocio López escribió sobre Cosmografía, Historia, Medicina, Agricultura y otros ramos del saber humano; y aunque alguno de sus libros pudiera hallarse a nuestro alcance, no son el sabio ni las producciones de su ingenio los que hoy nos impulsan a borrar cuartillas. Es el hombre quien despierta nuestra curiosidad.

¿Quién fué ese Gregorio López, colomboño del afamado jurista comentador de las *Partidas*?

¿Fué, realmente, como muchos opinan, un hombre nacido para ser monarca legítimo de España y de las Indias, y que prefirió a tan humana grandeza la existencia del sabio y del eremita, alcanzando a morir, en América, en olor de santidad?

Tal es el tema que ponemos sobre el tapete de la discusión, principiando por dar rapidísima idea del personaje.

Muñoz, en su libro impreso en Madrid en 1657, dice que Gregorio López nació en la coronada villa del oso y el madroño en 1542; que fué bautizado en San Gil, parroquia del Alcázar real; que en América a na-

die dijo jamás quiénes fueron sus padres; que rehuía hablar de su linaje y familia; que en sus treinta y cuatro años de residencia en México nunca escribió cartas a sus deudos de España, y que en la distinción y cultura de sus modales se revelaba el hombre de esclarecida alcurnia. —Mi patria es el cielo y mi padre es Dios—fué la respuesta que diera en una ocasión, para satisfacer la impertinente curiosidad de un magnate.

Sería de veinte años a lo sumo—dice el padre Losa—cuando desembarcó en San Juan de Ulúa, y al llegar a Veracruz repartió de limosna entre los pobres todo su equipaje, estimándose sólo la ropa blanca en cinco mil cuatrocientos reales. Equipaje de príncipe para aquel siglo en que todo español, exceptuando los que venían con cargo público, traía una mano atrás y otra adelante. A Indias sólo se venía en pos de la madre gallega.

Llegado a la capital de México estuvo, por pocos meses, sirviendo como amanuense a dos escribanos, pues era hábil calígrafo y poseía tres o cuatro formas de letra. En breve separóse de los cartularios, y descalzo, sin sombrero, cubierto por un grosero sayo, anduvo peregrinando entre los chichimecas. Al fin, a los veintiún años de edad adoptó la vida eremítica, en Santa Fe, distante dos leguas de México, donde murió en 1596, a los cincuenta y cuatro años de edad.

Treinta años más tarde (1625) el rey don Felipe IV mandó a México, con el carácter de virrey, a don Rodrigo Pacheco y Osorio, marqués de Cerralvo, recomendándole muy mucho que recogiese y enviase a España las obras escritas por el venerable siervo de Dios Gregorio López, de cuya beatificación y canonización se ocupó con empeño aquel monarca, según lo testifican una carta que dirigió a Urbano VIII, otra al marqués de Castel-Rodrigo, embajador de España en Roma, y otra al cardenal Barberino, deudo del Pontífice, documentos fechados en mayo de 1636 y que a la vista tenemos.

Por supuesto que en los dos libros *Vida del Siervo de Dios* (y que en la Biblioteca de Lima se encuentran) se ocupan largamente los devotos biógrafos de las luchas que su héroe sostuvo contra las tentaciones del demonio, de las visitas con que los ángeles lo favorecieron, de su ascetismo y penitencia, del cómo hizo la conversión de grandísimos pecadores, de los infinitos milagros que practicó antes y después de su muerte, y por fin aseguran que tuvo *ciencia infusa*, lo que es mucho asegurar.

Don Alonso de la Mata y Escobar, obispo de Tlascala; el agustino

don fray Gonzalo de Salazar, obispo de Yucatán; don Juan Bohorques, obispo de Guajaca; don Juan Zapata y Sandoval, obispo de Chiapa; don fray Domingo de Ulloa, obispo de Michoacan, y fray Pedro de Agurto, obispo de Cebú, así como el padre Rodrigo de Cabredo, superior de los jesuitas, y otros varones eminentes contemporáneos de Gregorio López, transmitieron a Roma entusiastas informes sobre la austeridad penitente, ejemplares virtudes, clarísima inteligencia y demás prodigiosas dotes del candidato a santidad.

Ocupándose del manuscrito que sobre el Apocalipsis poseemos, dice el padre Francisco Losa que por encargo del autor lo puso en manos del inquisidor Bonilla para que éste lo censurase, y que después de consultarlo con muchas personas doctas le acordó su beneplácito para que corriese libremente. Entonces se sacaron copias, y el original fué llevado a Filipinas, de donde desapareció. Pero Gregorio López, que conservaba el texto en la memoria, lo escribió nuevamente, corriendo este manuscrito la misma suerte que el otro.

El virrey de México y más tarde del Perú, don Luis de Salinas, lo hizo buscar para remitirlo a España; pero se ignora si consiguió o no recobrarlo.

¿No podría el manuscrito que existe en Lima ser uno de los primitivos?

En cuanto a un libro sobre medicina y propiedad curativa de varias plantas indígenas, que compuso López, el virrey marqués de Salinas trajo a Lima una copia, que es probable hallemos algún día entre los marmotretos del Archivo Nacional. En Madrid existen otras, y en México se conserva el original, escrito, según lo afirma Losa, *en letra muy pequeña, muy legible, muy hermosa, muy igual, bien formada y llena de la tinta, que a la primera vista parece de molde.*

El libro histórico *Cronología hasta la época de Clemente VIII* quedó en poder del padre Losa, amigo y primer biógrafo de Gregorio López, quien dice, en su elogio, que mucha gente docta le pidió encarecidamente permiso para sacar traslados. Ignoramos si se conserva o ha desaparecido este manuscrito.

Pasemos a otro orden de noticias personales sobre Gregorio López.

El general y literato Vicente Riva Palacio, en *México a través de los siglos*, dice: «Popularizada creencia fué que Gregorio López era el príncipe don Carlos, hijo de Felipe II, cuya historia es tan conocida. Refiere la tradición que el monarca español, queriendo deshacerse de su hijo, encargó la ejecución del asesinato a un hombre que, con-



dolido de la juventud y desgracia del príncipe, convino en salvarle la vida bajo la condición de que juraría solemnemente trasladarse a Indias, cambiar de nombre y no revelar a nadie su secreto. Ha prestado alimento a esta tradición, además de la vida misteriosa llevada por Gregorio López en México, la circunstancia de que en un retrato suyo hizo poner esta divisa o lema: *Secretum meum mihi*. No puede afirmarse que Gregorio López fuera realmente el infante don Carlos; pero tampoco, en medio del misterio que rodea la memoria de aquel príncipe infortunado, puede asegurarse que no lo fuera. Si hay documentos que prueban que el hijo de Felipe II murió desastrosamente en Madrid, también los reyes y sus favoritos han sabido suponer documentos para ocultar crímenes. De Gregorio López se dice que nació en Madrid en 1524 y que llegó a México en 1562, fechas que, con leves diferencias, coinciden casi con la edad y desaparición del príncipe.»

Incontrovertible verdad histórica, por ser la única en que están conformes los historiadores que de Felipe II y del infante don Carlos se ocupan, es que el príncipe era un muchacho sin seso y enemigo de leer e instruirse. A primera vista parece este argumento de fuerza bastante para destruir la popular creencia mexicana de que el ignorante don Carlos y el sabio Gregorio López fueron una sola personalidad; pero si aceptamos que el Espíritu Santo ilumina a quien iluminar le place y que, en un guiñar de ojos, torna en pozo de sabiduría al más estúpido pelgar, bien pudo el hijo del rey Felipe adquirir ciencia *infusa* al pisar tierra de América.

A la vista tenemos un retrato de Felipe II, a la edad de cuarenta años, y el de Gregorio López a la de cincuenta y cuatro; y a fe que entre el Demonio del Mediodía y el misterioso personaje de México hay rasgos fisonomónicos de familia. La objeción más sólida que se ocurre para combatir la popular creencia es que la desaparición o muerte del príncipe fué en 1568, y que ya desde 1562 Gregorio López habitaba México. Pero el pueblo, que toma apego a todo lo fantástico y romancesco, no se da por vencido ante tal argumento, y responde culpando a los biógrafos del siervo de Dios de haber adelantado en seis años la llegada del personaje a Veracruz. No es inverosímil una equivocación de fechas.

La investigación histórica no ha dicho aún su última palabra sobre el hombre de la máscara de hierro de la isla Margarita, ni sobre si Gabriel de Espinoza, el famoso pastelero de Madrigal, fué un impostor

o fué realmente el mismísimo rey don Sebastián. A semejanza de éstos, hay en la historia abundancia de puntos oscuros e indescifrables.

Como mi amigo Riva Palacio, ni acepto ni rechazo la idea de que en Gregorio López estuviera encarnada la personalidad del príncipe don Carlos. Carezco de pruebas para optar por uno u otro extremo, y limítome a proponer la cuestión como tema curioso y digno de ser atendido por los aficionados a estudios históricos.



## EXCOMUNIÓN CONTRA EXCOMUNIÓN

De acuerdo con el obispo de Trujillo don Carlos Marcelo Corni, el padre fray Dionisio de Oré, guardián de San Francisco, fray Juan de Zárate, prior de Santo Domingo, fray Lope Cueto, superior de San Agustín, y el comendador de la Merced, fray Juan Rodríguez, resolvieron sacar en procesión solemne la imagen de San Valentín el día 14 de febrero de 1627, para que no se repitiese el terremoto que en igual día del año anterior aterrizó al vecindario.

Conviene saber que el ilustrísimo señor Corni fué el primer peruano que obtuvo mitra en nuestra patria, lo que disgustó mucho a los sacerdotes españoles que se creían con igual o mayor mérito para obispar. Excepto el padre Oré (que era de Huamanga y que, corriendo los años, alcanzó también obispado) los otros tres jefes de comunidad eran peninsulares.

El 14 de febrero, a las cuatro de la tarde, después de pomposo sermón que predicó en la Catedral el padre Zárate, salió la procesión, con asistencia del Cabildo y con gran concurso aristocrático y popular. A media cuadra de camino se fijó el obispo en que las comunidades iban mezcladas, y deteniendo la marcha envió a su secretario presbítero don Andrés Tello de Cabrera para que dijese a los superiores de las cuatro comunidades que colocaran a sus frailes *procesionater*, esto es, en orden de procesión. Los prelados dieron por respuesta que iban bien como iban, y sulfurándose su ilustrísima, les hizo decir que si no obedecían su mandato los excomulgaría. Los amenazados ordenaron a sus frailes que continuasen en la procesión, pero los cuatro la abandonaron y se fueron a su respectivo convento.

Ante tamaño desacato murmuró el obispo:—Si San Dunstán sujetó al diablo cogiéndolo por la nariz, yo sujetaré a estos bellacos cogiéndolos por el cerviguillo. Siga su curso la procesión.



Al siguiente día, a la hora en que iba a principiarse en la iglesia de los dominicos una solemne misa cantada en honor de San Valentín, misa para la cual estaba invitada mucha gente de copete, se presentó el bachiller Juan de Mori quien, con vozarrón estupendo, dió lectura a un papel que así decía:

«Téngase por excomulgados a los reverendos padres fray Juan de Zárate, fray Dionisio de Oré, fray Lope Cueto y fray Juan Rodríguez, por estar así declarados, en auto de ayer, por su ilustrísima el señor obispo, quedando suspensos de celebrar, confesar y predicar en este obispado. Y para que venga en conocimiento de todos el mandato de su ilustrísima y so la misma pena de excomunión mayor *ipso facto incurrenda*, póngase en tablilla en la puerta de la Santa Iglesia Catedral.»

Y volviéndose al concurso, gritó el bachiller Juan de Mori: —Hermanos míos, a su casa, prontito, todo el que no quiera excomulgarse.

Y la iglesia quedó escueta. A la sazón las campanas de la Catedral tocaban los fatídicos dobles, cuyo sonido abre de par en par las puertas del infierno a los excomulgados.

Por su parte los cuatro prelados excomulgaron también al obispo, fundándose en que su ilustrísima no había tenido derecho para entrar en el monasterio de las clarisas sin previa licencia del guardián de San Francisco, bajo cuya jurisdicción estaban esas monjas. Sólo que en esta excomunión no doblaron las campanas, porque el corregidor de la ciudad, que era amigo íntimo del señor Corni, había cuidado de dejarlas sin badajo. Esto quitó solemnidad e importancia al acto, y el vecindario siguió recibiendo devotamente las bendiciones del obispo y besándole el pastoral anillo. Excomunión sin clamoreo de campanas era excomunión boba.

El proceso (que es abultado, y que se encuentra entre los manuscritos de la Biblioteca de Lima) terminó dos años después, en 1629, con el fallecimiento del obispo. El arzobispo y la Audiencia, procediendo discretamente, echaron tierra sobre él.



## GETHSEMANÍ

(En el álbum de la señora Laura de Santa Cruz.)

Ha querido usted, señora mía, un autógrafo de este viejo emborronador de papel, y mal puede negarse a complacerla quien como yo blasona de cortés, amén de confesarse honrado con la amable petición. Pide usted con la cultura de forma que a cumplida dama cabe, y ya estoy hecho un azucarillo por rendir homenaje a su deseo.

Pero ¿ha de ser precisamente una tradición lo que usted exige que escriba en las páginas de su aristocrático álbum? Eso ya tiene be-moles, y aunque estoy decidido a obedecerla, no lo haré sin referirla antes un chascarrillo de mis mocedades.

Dios me hizo feo (y no lo digo por alabarme), y fué el caso que zumbando yo más que un tábano al oído de una joven, a la que cantaba el credo cimarrón que cantan los enamorados, encontró la mamá, que nunca me tuvo por ángel de su coro, la manera de ahuyentarme, y fué ella pedirme que le obsequiase mi tarjeta fotográfica. —¡Oh!, señora, la dije, ¿para qué quiere usted el retrato de un mozo feo y desgarrado como yo? —Por eso mismo, por lo feo, me contestó. Me hace falta para asustar a mis nietecitos que son unos diablos de traviesos—. Ya adivinará usted que me entraron súbitos escalofríos al considerar que esa señora no era todavía para mí más que proyecto de suegra.....

¡y ya suegreaba! ¡Qué porvenir tan rico y delicioso me sonreía si, por malos de mis pecados, que son pocos, pero gordos, el proyecto hubiera pasado a la categoría de ley!

Como no la creo a usted capaz de abrigar burlesco propósito con su exigencia, y como dicen que la gracia del barbero está en sacar patilla de donde no hay pelo, vamos a ver si consigo dar savorcito tradicional, y que al paladar de usted sea gustoso, a un cuento que oí contar a mi abuela, que esté en gloria, que sí estará, porque fué más buena que el pan cuando es de buen trigo y buena masa.

\* \* \*

José Maní era un indio de Huacho, propietario, en la jurisdicción de Lauriama, de cinco hectáreas de terreno conocidas con el nombre de Huerto de José Maní.

Al dicho propietario le estorbaba lo negro de la tinta, es decir, que, en materia de saber leer, no conocía ni la O por redonda ni la I por larga; pero ello no obstó para que vendiendo naranjas, chirimoyas y aguacates, adquiriese un decente caudalito y, con él, prestigio bastante para elevarse a la altura de regidor en el Cabildo de su pueblo.

En la cuaresma de 1795 los vecinos contrataron a un dominico del convento de Lima para que se encargase de predicar en Huacho el sermón de las *Tres horas*, al que dió origen en Lima el jesuita limeño Alonso Mesía y que poco a poco, y por mandato pontificio, se ha generalizado en el orbe católico.

El Viernes Santo no cabía ya ni un alfiler de punta en la iglesia parroquial, tanto era el concurso, no sólo de los fieles residentes en el pueblo, sino de los venidos de cinco leguas a la redonda. Por supuesto, que José Maní, en traje de gala, esto es, con capa española que le hacía sudar a chorros por lo recio de la estación veraniega, se repantigaba en uno de los cómodos sillones destinados a los cabildantes.

El predicador, que era un pozo de sabiduría, después de un exordio en que afirmó, bajo la honrada palabra de fe de no recuerdo qué autores, que las suras del Corán son seis mil seiscientos sesenta y seis, y que las palabras de Cristo *Eli, Eli, lamma sabachtani* pertenecen a la lengua maya, y no al idioma hebreo, ni al asirio, ni al sánscrito, ni al caldeo, entró de lleno en el tuétano de la pasión.

Cada vez que el orador hablaba del huerto de Gethsemaní, las miradas del concurso se volvían hacia el cabildante José Maní, que se



ponía muy orondo al informarse del importante papel que su huerto desempeñaba en la vida de Cristo. ¡Qué honra para Huacho y para los huachanos!

Eso de que el predicador llamase al huerto Gethsemaní, y no Josemaní, lo atribuyeron los huachanos a *lapsus linguæ* muy disculpable en un fraile forastero. En toda pila falta alguna vez el agua, y hasta los académicos somos propensos a pronunciar disparatadamente, no diré si por distracción o por ignorancia. Siquiera, cuando en letra de molde aparece *hilación* (con h) en vez de *ilación*, o *balija* del correo, en lugar de *valija*, tenemos el socorrido recurso de echarle la culpa al cajista, especie de cordero pascual que carga con muchos pecados de los literatos.

Pero cuando el dominico dijo que fué en el huerto de Gethsemaní donde los sayones judíos se apoderaron de la persona del Maestro, los ojos todos se volvieron a mirar al ensimismado huachano, como reconvinéndolo por su cobardía y vileza en haber consentido que, en su casa, en terreno de su propiedad, se cometiese tamaña felonía con un huésped. ¡Y qué huésped, Dios de Israel!

Hasta el alcalde del Cabildo no pudo dominar su indignación, y volviéndose hacía José Maní le dijo en voz baja:

—Defiéndose, compañero, si no quiere que, cuando salgamos, lo mate el pueblo a pedradas.

Entonces José Maní, poniéndose en pie, interrumpió al predicador, diciendo:

—Oiga usted, padre, no me meta a mí en esa danza, que yo no he conocido a Jesucristo ni nunca le vendí fruta; y pido que haga usted constar que si se metió en mi huerto lo hizo porque le dió la gana y sin licencia mía, y que yo no tuve arte ni parte en que lo llevaran a la cárcel, y

¡Aleluya! ¡Aleluya!  
Cada cual está a la suya.



## PRUDENCIA EPISCOPAL

Contóme mi queridísimo e inolvidable amigo Lavalle, para que hoy lo cuente yo a ustedes, que, allá por los años de 1814, una monja del monasterio del Carmen se escapó cierta noche para ir al teatro a gozar de la ópera italiana, representación que por primera vez se efectuaba en Lima. Realizó su escapatoria aprovechándose de que estaba en limpia el acequión o brazo de río que provee al convento; y cubierta la cabeza con pañolón lambayecano oyó, desde un *oculto* de platea, cantar a Carolina Griffoni el *Barbero de Sevilla* del maestro Paisiello, que Rossini no había aún escrito la ópera del mismo título, con la que ha inmortalizado su nombre.

Con ánimo entre regocijado y receloso regresaba la *dilettante*, después de las diez de la noche, en medio del chipichipi o *garúa* característica del invierno limeño, cuando al llegar a la Acequia de Islas se encontró con que los *tomeros* habían soltado el agua, lo que para la monja melómana imposibilitaba la entrada al claustro por el mismo camino que tres horas antes utilizara para la salida.

En tribulación tamaña no le quedó a la desdichada otro recurso que el de dar aldabonazos a la puerta de la casa arzobispal, hasta que alarmado su ilustrísima, que en esos momentos, concluida la colación chocolatesca, iba a acostarse en el lecho, mandó abrir y que entrase la importuna.

Después de revelarle ésta su cuita y de escuchar humildemente la merecida reprimenda, el sagaz obispo Las Heras la hizo vestir la sotana, manteo y birretillo de su secretario, encaminándose al Carmen con el improvisado familiar.

Llegados al monasterio dejó a éste en la puerta y, penetrando solo en la portería, ordenó a la portera previniese a la comunidad que, bajo pena de excomunión *ipso facto incurrenda*, prohibía a las monjas asomar las narices fuera de la celda, hasta que él tocara la campana convocando a coro.

—¿Qué habrá? ¿Qué será ello?—se decían entre sí las monjitas, viéndose en el caso de la colegiala a quien preguntó el examinador si *huevo* era masculino o femenino—. Eso, contestó la chica, será según y conforme, y no se puede saber hasta que del huevo salga pollito o pollita. Si sale pollito será masculino el huevo, y si sale pollita será femenino.

Alejada la hermana portera para cumplimentar el mandato, dió su ilustrísima entrada al fingido familiar, quien, ya en su celda, cambió rápidamente de vestido.

Cuando quince minutos más tarde se congregaron las monjas, el señor Las Heras dijo a la superiora:

—Madre abadesa, contad vuestras ovejas.

—Están completas, ilustrísimo señor. Veinte monjas y tres de velo blanco—contestó aquélla después de pasar revista al rebaño.

—Bendigamos a Dios, hijas mías, porque ha resultado calumnioso un aviso anónimo que recibí ayer.

Y con voz arrogante entonó el *Te Deum laudamus*, acompañándolo las monjas, que nunca supieron la verdad sobre lo que motivara la visita del arzobispo en hora tan intempestiva.





## DICHARACHO DE UN VIRREY

Recelando el virrey Amat que, por hallarse España en aprestos de guerra contra Inglaterra, alguna poderosa flota de la última intentase hacerse dueña del Callao y de Lima, procedió a organizar en la bendita ciudad de Santa Rosa varias compañías de milicias cívicas, cuyos jefes, oficiales y soldados fuesen todos nacidos en la Península y contasen a la vez con recursos que, sin gasto para el real tesoro, les permitiesen atender a su manutención y equipo. Por lo pronto estaban obligados a concurrir dos o tres veces por semana a ejercicios militares y a lucir uniforme de parada en las fiestas oficiales a que el virrey asistiera.

Llegó el grandioso día de jurar bandera y pasar la primera revista a las compañías, las cuales se exhibieron en el orden siguiente:

Primera compañía, compuesta de castellanos y extremeños: 140 plazas.

Segunda compañía, formada por navarros y aragoneses: 128 hombres.

Tercera compañía, andaluces: 144 soldados.

Cuarta compañía, vizcaínos: 130 plazas.

Quinta compañía, asturianos: 118 hombres.

Sexta compañía, gallegos: 126 soldados.

Séptima compañía, catalanes: 121 hombres.

Octava compañía, formada por canarios, mallorquines, valencianos y de otras provincias del reino: 147 plazas.

El virrey, acompañado de la Real Audiencia, Cabildo y altos empleados, presenciaba el desfile desde la galería de Palacio. El pueblo, en la Plaza Mayor, palmoteaba y vivaba a cada compañía cuando su abanderado saludaba al representante de la corona.

Como el virrey era catalán, acaso por lisonjearlo, fué más estrepitoso el aplauso de la muchedumbre a la compañía catalana y a su

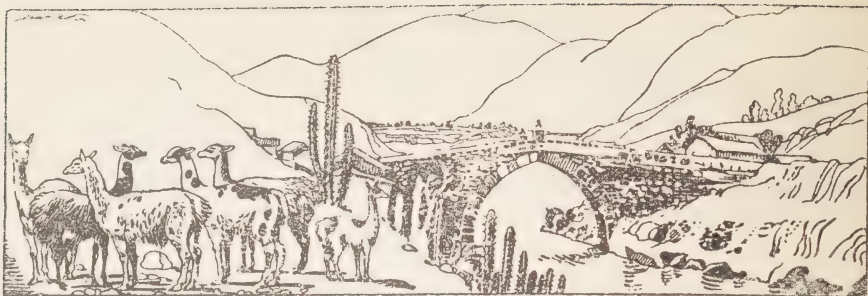
capitán, que era nada menos que don Antonio de Amat, sobrino de su excelencia.

Un caballero andaluz que en la galería formaba parte de la comitiva palaciega, dijo a otro andaluz su vecino, no en voz tan baja que no alcanzase a oír sus palabras el virrey:

—Para insolencia y p....., Cataluña.

El catalanismo del excelentísimo señor don Manuel de Amat y Juniet se sintió como picado de víbora, y sin volverse hacia el impertinente comentador, contestó:

—Para fachenda, holganza y truhanería, Andalucía.



## EL CORPUS TRISTE DE 1812

### I

El 29 de enero de 1810 se alzó en la ciudad de La Paz ignominioso cadalso, en el que fueron sacrificados don Pedro Domingo Murillo y ocho de sus amigos, por el crimen de haber enarbolado la enseña revolucionaria contra el gobierno de la metrópoli. Las últimas, pero proféticas palabras del tan valeroso como infortunado caudillo fueron: —Compatriotas, la hoguera que he encendido no la apagarán ya los españoles..... ¡Viva la libertad!

En efecto, lejos de que el espectáculo del cadalso aterrorizara al pueblo, volviéndolo manso para seguir tascando el freno, la idea revolucionaria se propagaba como un incendio, y el 14 de septiembre el pueblo de Cochabamba proclamó los mismos principios por los que rindiera la existencia el mártir Murillo. Unidos los de Cochabamba a la división argentina que comandaban Castelli y Balcárcel, alcanzaron en Aroma una importante victoria.

El virrey del Perú encomendó entonces al arequipeño don José Manuel de Goyeneche la pacificación del territorio sublevado; y el brigadier de los reales ejércitos, después de derrotar a los patriotas en la recia batalla de Guaqui, se dirigió sobre Cochabamba, donde nuevamente fueron vencidos los insurgentes en la sangrienta acción de Viluma, quedando la ciudad a merced del vencedor, quien no anduvo parco en castigos y extorsiones.

Creyendo Goyeneche aniquilado para siempre en los cochambinos el espíritu de rebelión, se encaminó con su ejército a Chuquisaca y Potosí, para batir a los guerrilleros argentinos; pero Cochabamba se insurreccionó nuevamente, y después de prisionera y desarmada



la guarnición realista, fué aclamado y reconocido en el carácter de gobernador don Mariano Antesana, criollo acaudalado y de gran prestigio en el pueblo por su ilustración y por lo enérgico de su carácter.

Goyeneche se vió forzado a desistir de la campaña iniciada contra los rebeldes del Río de la Plata, y volvió sobre Cochabamba, alentando a su ejército con una proclama, en la que decía a sus soldados que los declaraba dueños de vida y hacienda de los insurgentes, recomendándoles sólo que respetasen las iglesias y a los sacerdotes.

Aunque Antesana estaba convencido de la total insuficiencia de elementos bélicos para resistir, con probabilidades de éxito, a las bien disciplinadas y engreídas tropas del brigadier arequipeño, y opinaba por una retirada hasta reunirse con fuerzas argentinas, tuvo que inclinarse ante el entusiasmo del pueblo, decidido a esperar a los españoles en posiciones que estimaban ventajosas a pocas millas de la ciudad. Las mujeres eran las más exaltadas, y excedió de ochenta el número de las que, armadas con fusiles, lanzas y machetes, se enrolaron entre los combatientes. Y que en el momento decisivo no sirvieron de estorbo, sino que se batieron como leonas, lo comprueban los once cadáveres de cochabambinas que el 27 de mayo de 1812 quedaron en las alturas de San Sebastián. En aquel feroz combate, el flamante conde de Guayqui, sable en mano y a la cabeza de su escolta, espoleaba el caballo sobre los fugitivos, gritando: —¡Que no quede vivo uno solo de esta canalla!— Y, en efecto, no se tomó un solo prisionero, y la soldadesca se entregó salvajemente al *repose* de heridos.

## II

Ocupada ese mismo día la ciudad por los vencedores, el desenfreno de éstos no tuvo límites. El saqueo, la matanza, la violación y el incendio dominaron en Cochabamba hasta la media noche del aciago 27 de mayo.

Goyeneche, que blasonaba de católico fervoroso, pues mensualmente confesaba y comulgaba, no quiso que el jueves 28 de mayo dejase de salir la procesión del *Corpus*, y dictó las órdenes del caso, a la vez que piquetes de tropa registraban las casas, para apresar a los vecinos principales denunciados como simpatizadores con la revolución vencida o que, después de la derrota, se habían refugiado en su hogar.

El brigadier, acompañado de su estado mayor, en traje de parada y llevando en la mano el guión, concurrió a la fiesta que los cochabambinos bautizaron con el nombre del *Corpus Triste*. En el cortejo oficial iban diez o doce de los notables de la ciudad, de esos que hoy llamamos *oportunistas*, y que se exhibieron, más que por devoción, por miedo a Goyeneche. En cuanto al concurso popular, fué muy pequeño; pero en cambio formaron más de tres mil soldados. El conde de Guaqui, con aire humilde y contrito, se arrodillaba y rezaba delante de los altares precipitadamente levantados en el trayecto que recorrió la procesión.

De diez en diez minutos, y a guisa de petardos, se oía una detonación de armas de fuego. En homenaje al *Corpus Triste* había dispuesto Goyeneche que, con pequeño intervalo de tiempo, se fusilase en el cuartel de la compañía a los patriotas apresados en la ciudad. Quince fueron las nobles víctimas.

A la una del día terminó la procesión, y hallábase Goyeneche en el salón de la casa agasajando con refrescos a los de la comitiva, cuando se presentó un oficial llevando a don Mariano Antesana, vestido con el hábito de descalzo franciscano, pues lo habían sacado del convento de la Recoleta donde los frailes creyeron conveniente disfrazarlo, precaución que no lo salvó de un pícaro denunciante.

Viva satisfacción brilló en los ojos del conde, y avanzando hacia el prisionero le dijo:

—¡Ah, señor Antesana! Me alegro de verlo. No esperaba semejante visita, que por cierto no me la hace usted de buena gana. Vendrá usted, arrepentido de su traición al rey nuestro señor, a pedir gracia.....

Antesana no lo dejó continuar, interrumpiéndolo con estas palabras, según lo relata el autor de las *Memorias del último soldado de la Independencia*.

—No, señor general; no soy hombre de cometer una indignidad cobarde. Estoy pronto a comparecer ante Dios. ¡Viva la patria!

La ira enrojeció el rostro de Goyeneche, y alzó la mano crispada como en actitud de embestir al noble prisionero; mas, reportándose en breve, volvió la espalda y dijo al oficial:

—Fusílelo usted dentro de una hora y que se confiese si quiere.

Pisaban ya el umbral de la puerta Antesana y su acompañante, cuando el conde, como recordando algo que había olvidado, gritó:

—¡Ah! ¡Señor oficial! Que no le tiren a la cabeza....., la necesito intacta para clavarla en la plaza.

A las tres de la tarde sentaron a Antesana en un poyo de adobes, en la acera del oriente de la plaza. Su aspecto era sereno.

Cuatro soldados, a seis varas de distancia, dispararon sus fusiles sobre el pecho del gran patriota.

Su cabeza, clavada en una pica custodiada por un piquete de tropa, permaneció tres días en la plaza de Cochabamba.

Así festejó don José Manuel de Goyeneche, primer conde de Guayqui, el *Corpus Christi* de 1812.





## ASUNTO CONCLUÍDO

El 28 de septiembre de 1814 alzóse en la ciudad de La Paz un poste, colgado del cual se balanceaba un cadáver sobre cuya frente, y a guisa de *Inri*, habían puesto un cartel con estas palabras: ASUNTO CONCLUÍDO.

Y pues, a la corta o a la larga, no hay tapada que no se destape, satisfagamos la curiosidad del lector, si bien confieso que en esta tradición me he embarcado con poca galleta. ¡Y digan, que de Dios dijeron!

### I

Don Gregorio de Hoyos, natural de la Habana, marqués de Valdehoyos y brigadier de los reales ejércitos, fué enviado a Lima desde la madrileña corte, allá por los años de 1812, con recomendación al virrey Abascal para que utilizase sus servicios. Nombrólo su excelencia gobernador, intendente y comandante general de la provincia de La Paz, y en 4 de junio de 1813 tomó posesión del cargo.

Era el marqués de Valdehoyos hombre de muchos méritos y virtudes, y del todo al todo ajeno a vicios. Ni siquiera tenía los instintos de Cortés y de Pizarro, en lo de dedicarse a la conquista de indias, pues su señoría hacía ascos a todo faldellín en cuerpo de buena moza.

Con él habría perdido lastimosamente su tiempo aquel criado de hotel que decía a cada huésped: —Si se le ofrece algo a media noche, llámeme con un solo golpe de timbre; pero si necesita a la camarera,

que es muchacha preciosa y amiga de hacer favores, empleará dos golpes de timbre; y si le urgiere hablar con la mujer del patrón, que es bastante guapa, toque tres veces el timbre.

El señor gobernador era de los que dicen que la mujer en aritmética es un multiplicador que no hace operaciones con un quebrado; en álgebra, la  $x$  de una ecuación; en geometría, un poliedro de muchas caras; en botánica, flor bella y de grato aroma, pero de jugo venenoso; en zoología, bípedo lindo, pero indomesticable; en literatura, valiente paradoja de poetas chirles; en náutica, abismo que asusta y atrae; en medicina, píldora dorada y de sabor amargo; en ciencia administrativa, un banco hipotecario de la razón y el acierto, y.... *asunto concluido*, frase que era obligada muletilla en boca del marqués, y con la que ponía punto, remate y contera a toda conversación.

La verdad es que, en cuestión de amorosos trapicheos, nunca dió su señoría un cuarto al pregonero; pues, con cerca de medio siglo auestas, no fué de aquellos mancarrones con más mañas y marraquetas que mula de alquiler, por los que se ha escrito:

qué son como los membrillos,  
mientras más viejos más amarillos.

—¿Qué parentesco tiene el toro con la vaca?— preguntaba un niño.

—El de marido—contestó la mamá.

—¿Y el buey?

—Será el de tío.

El de Valdehoyos estaba, pues, matriculado ante la opinión pública en la categoría de tío.

Dicho está con lo apuntado que las simpatías del bello sexo paceño no acompañaban a la superior autoridad, y menos las de los barbudos, para con los que desplegaba su señoría no poca aspereza de carácter. Era el marqués todo lo que se conoce por hombre de la cáscara amarga. Rectos o torcidos, sus mandatos habían de obedecerse, sin que por Dios ni por sus santos amainara en terquedad, por mucho que se le probase que algunas de sus disposiciones redundaban en deservicio del rey o desprestigio del gobierno, y que eran violatorias de la liberal Constitución promulgada en Cádiz por las Cortes del año 12. Para el de Valdehoyos no había más credo político que «quien manda, manda, y cartuchera en el cañón», que es el credo de los déspotas, y ponía término a toda discusión diciendo muy exaltado:

--Yo soy aquí el rey, yo soy la Constitución, yo soy todo y.....  
*asunto concluido.*

## II

En junio de 1814 empezó a circular el runrún de que el brigadier *Asunto concluido*, apodo con que en todo el Sur del Perú era conocido don Gregorio, estaba designado por el virrey para reemplazar al brigadier Pomacahua en la presidencia de la Real Audiencia del Cuzco. Llegada la noticia a la ciudad incásica, la irritación popular no tuvo límites, y el 2 de agosto se desbordó el torrente, y estalló la gorda con la famosa rebeldía encabezada por Pomacahua. Como sabe todo el que algo ha leído sobre historia americana, en un tumbó de dado estuvo el triunfo de la buena causa y el que la Independencia del Perú hubiera sido desde entonces un hecho.

La revolución se extendió también, como aceite en pañizuelo, por el Alto Perú, poniéndose a la cabeza de la indiada el famoso cura Muñecas, quien abandonando a su *suegra*, mote que algunos clérigos dan al breviario, se armó de sable, canana y trabuco, y el 24 de septiembre emprendió el ataque de La Paz.

El marqués de Valdehoyos, con la pequeña guarnición española de que disponía, resistió hasta donde humanamente le fué posible; pero arrollado por el número, tuvo al fin que rendirse.

Cuatro días después, el 28, los indios, que desde la hora del triunfo se habían entregado a la *bebendurria*, incendiaron el cuartel, mataron al gobernador-intendente y a más de cuarenta prisioneros, y..... *asunto concluido.*





## UNA MODA QUE NO CUNDIÓ

Los matrimonios aristocráticos o de personas acaudaladas se celebraban en Lima con muchísimo boato, allá en los tiempos del rey. Otro tanto pasaba con los bautizos.

En el oratorio de la casa de la novia se adornaba el altar con profusión de flores y de luces, y a las ocho en punto de la noche efectuaba la nupcial ceremonia un canónigo de la Catedral, el prior de alguna de las comunidades, o el capellán de la familia, cuando no era cleriguillo de misa y olla, salvo las rarísimas ocasiones en que el arzobispo santificaba la unión. Sabido es que las personas de copete compraban el derecho de oír misa en casa y de mantener capellán rentado, amén de otros privilegios como los que tuvo el marqués de la Bula, y que han servido de tema para una de nuestras tradiciones precedentes.

A la ceremonia religiosa seguía, no un saragüete, propio de gente de poco más o menos, sino un espléndido sarao que terminaba después de las doce de la noche. Por esos tiempos no se estilaba que los novios desapareciesen, como por escotillón, para ir a dar el primer mordisco al pan de la boda en una pintoresca casa de campo o en uno de los elegantes balnearios vecinos a la ciudad. A lo sumo, después de despedidos los convidados, los cónyuges se hacían conducir en calesa a la casa en que iban a establecer el nuevo hogar.

En los antiguos libros parroquiales abundan las partidas de matrimonio en que el cura declara que sirvieron de testigos Fulano y Zutana, y que los padrinos de los contrayentes fueron San José y la Virgen. Tal era la fórmula de todo matrimonio entre pobres de solemnidad, hasta que el señor Benavente, primer arzobispo republicano, la de-

claró abolida. Ese compromiso menos tienen ahora San José y la Virgen.

Doña Angela Zeballos, esposa del virrey Pezuela, se propuso singularizarse rompiendo de golpe y zumbido con la secular manera de hacer los matrimonios. Por lo menos había resuelto que sus hijas, si casaban en Lima, lo hiciesen diferenciándose de sus paisanas.

En 1817, derrotado por los patriotas de Chacabuco, regresó el brigadier Osorio, y para consolarse del agravio que Marte le infiriera negándole laureles en el campo de batalla, se propuso cosechar mirtos en los dominios de Venus y de Himeneo. Ya era tiempo, pues su señoría el general frisaba en las cuarenta y siete navidades.

El 14 de agosto de 1817 circuló entre la aristocracia limeña una esquela que a la vista tengo y la cual, copiada *ad pedem literæ*, dice:

CON EL BRIGADIER DON MARIANO OSORIO, SE CASA DOÑA JOAQUINA DE LA PEZUELA Y ZEBALLOS. LOS PADRES DE ÉSTA SE LO COMUNICAN A USTED, ESPERANDO LOS ACOMPAÑE EN SU SATISFACCIÓN

Nada de particular ofrecería la esquela si no la hubiese comentado don Manuel Joaquín de Cobos, regidor del Cabildo de Lima, encargado de la policía de la ciudad, personaje a quien estuvo dirigido el ejemplar que conozco.

Ese don Manuel Joaquín de Cobos fué autoridad muy popular, y posee una acuarela de Pancho Fierro que lo representa en traje de cabildante, con sombrero de tres candiles, bastón con borlas y espadín. Su señoría era gran devoto de las musas, y conozco de él un romance titulado *Mi testamento*, en el cual dice que es:

hijo de un macho y de una hembra,  
de cristiano matrimonio,  
porque en mi tierra, a Dios gracias,  
no se la pone el demonio.

Pasaba don Manuel Joaquín por derrochador de agudezas de ingenio, y cuentan que en 1815 casi anduvo a estocadas con el conde de Casa Dávalos, porque habiéndole llegado de España a un hermano suyo, que era todo un bobo de Coria, la cruz de Carlos III, le dijo a aquél el señor Cobos en plena tertulia de cabildantes:

—Felicite usted de mi parte a su hermanito por la semejanza que con Nuestro Señor Jesucristo le ha dado el rey nuestro señor.

—No sé—contestó el conde, que era hombre de malas pulgas—en qué pueda parecerse mi hermano al divino Redentor.

—Hombre, en que a Jesucristo le dieron también una cruz..... y no la merecía.

—Usted, señor regidor, usa por lengua una cuchilla—le contestó el condesito, volviendo la espalda y enviándole después a sus padrinos. Entiendo que la sangre no llegó al río.

Dice el comentador de la esquila que, como de costumbre, se comió el 15 de agosto en palacio a las cinco de la tarde; que la familia se levantó de la mesa a las seis, trasladándose al salón de ceremonia, donde damas y caballeros de lo más empingorotado de la ciudad esperaban a los novios; que pasaron los asistentes a la capilla de palacio, en la que el arzobispo Las Heras bendijo la unión, funcionando como padrinos los padres de la joven; que, terminada la ceremonia, en vez del sarao que el concurso se prometía, empezó doña Angela a rezar en voz alta un rosario, con las obligadas oraciones de apéndice, a todo lo que la sociedad hizo coro; que concluido el rezo, los recién casados y los padrinos subieron al coche de gala, encaminándose al teatro, en el cual se daba aquella noche una famosa comedia de vuelos, la que terminó antes de las once; y, por fin, que regresados a palacio, se cenó en familia..... y todo el mundo a la cama.

Ya se imaginará el lector que esta singular manera de hacer una boda no cayó en gracia a la *crème* limeña, y que ello fué la comidilla de todas las conversaciones, en las que a doña Angela se la ponía como a hoja de perejil.

Tres meses después, en la Pascua de diciembre, la viuda del marqués de Mozobamba del Pozo casó a una de sus hijas, habiendo repartido entre sus invitados la siguiente esquelita, que parece un sinapismo cargado de cantárida aplicado a la virreina:

LA MARQUESA DE MOZOBAMBA DEL POZO CONVIDA A USTED AL MATRIMONIO DE SU HIJA MERCEDES CON EL DOCTOR DON FAUSTINO DE LA CUEVA Y SALAZAR, A LAS OCHO DE LA NOCHE DEL DÍA 25, PREVINIÉNDOLE QUE NO HABRÁ ROSARIO

Bien dicen los que dicen que de pequeñas causas nacen grandes efectos. Desde la noche del casamiento de su hija Joaquina, empezó la impopularidad del virrey Pezuela, a la que puso término el motín de Aznapuquio, que expulsó del país al representante de la corona.





## EL GRAN PODER DE DIOS

Cuando yo era muchacho oí, como frase corriente entre doncellas de malandanza, que, cuando querían deprimir el mérito o precio de una alhaja, exclamaban haciendo un mohín nada mono: —¡Quia! Si este anillo se parece a los del *Gran poder de Dios*.

Así me ocupé yo por entonces en profundizar el concepto, como me ocupó hogaño en averiguar de qué madera se fabrican las tablas de logaritmos; pero cuando menos lo pensaba saltó la liebre, o lo que es lo mismo, el origen de la antedicha frase. Ahí va sin más perfiles.

\* \* \*

A principios de 1818 fondeó en el Callao, con procedencia de Cádiz, un bergantín con valioso cargamento de mercaderías peninsulares. Su capitán era don Pepe Rodríguez, gaditano, y los veinte tripulantes eran también andaluces. Hasta el nombre del bergantín, armado con seis cañoncitos, era una pura andaluzada, como que se llamaba..... (agáchate, lector, que viene la bala fría)..... se llamaba..... (déjeme tomar resuello) se llamaba ¡¡*El gran poder de Dios*!!

Lo pasmoso para mí es que la autoridad marítima de España, en esos tiempos de exagerado espíritu religioso, hubiera consentido que se bautizara con tan altisonante nombre a barquichuelo de menguado porte. Había mucho de irrisorio en tal nombre aplicado a tan pobre nave.

Para mí, sólo el arca de Noé podía aspirar a merecer la rimbombancia del nombre; pues en un libro místico he leído que la tal arquita



media setecientos ochenta y un mil trescientos setenta pies castellanos, ni pulgada más ni pulgada menos, y que podía cargar, con buena estiba, se entiende, y libre de vuelta de campana, cuarenta y dos mil cuatrocientas trece toneladas. ¡Valiente mentir el del autor que eso hiciera estampar en letra de molde! Responda él, y no yo, de la exactitud de la mensura.

Entre los pasajeros de la embarcación vino un comerciante pacotillero, malagueño por más señas, conductor de una gran caja que encerraba aretes y sortijas, las que, en vez de piedras finas, lucían cristal de Bohemia imitando el rubí, el zafiro y el brillante.

El pacotillero era hombre simpático y de letra muy menuda; y las alhajas, aunque hechizas, no carecían de forma artística. Poquito a poquito, y de casa en casa, fué el mercader colocando la mercancía entre las mujeres del pueblo, en menos de un mes y con una ganancia loca. Hasta las jóvenes de la aristocracia, cuando vestían de trapillo para visitas de vecindad, no desdeñaban lucir aretes de coral falsificado. En una palabra, las alhajas y otras chucherías traídas por *El gran poder de Dios* se pusieron a la moda en Lima.

Con la bodega ya escueta, zarpó el bergantín en mayo con rumbo a Guayaquil donde, como cargamento de retorno, debía embarcar competente cantidad de sacos de cacao. Terminada la operación, en la mañana del 20 de junio dejó la ría de Guayaquil, y el 21, a poco de haber perdido de vista la Puná, fué abordado por el corsario chileno *La Fortuna*.

*El gran poder de Dios* no estuvo a la altura fanfarrónica de su nombre, pues se rindió sin oponer más resistencia que la que opone una pulga a los dedos pulgares.

*El gran poder de Dios* fué llevado como buena presa a Coquimbo, y algunos meses después una braveza de mar lo arrojó sobre la playa, probando así una vez más que los nombres altisonantes son, con frecuencia, pura filfa y grandísima mentecatería.



## ¿CARA O SELLO?

En cierta noche del año 1824 hallábanse en un mezquino cuarto de posada en la ciudad de Huamachuco, en conversación íntima, sazónada con sorbos a una taza de te y besos a una copa de ron de Jamaica, dos caballeros que vestían uniforme militar y que por su fisonomía y acento denunciaban de a legua su nacionalidad europea. Eran los coroneles irlandeses Arturo Sandes y Francisco O'Connor, ambos al servicio del ejército colombiano.

O'Connor había llegado en la tarde a la ciudad, y como de larga data no veía a su camarada Sandes, ya supondrá el lector que tendrían mucha tela para cortar, muchas confidencias por hacerse y muchas añoranzas que compartir. Llevaban una hora de expansiva charla, cuando a un discreto golpe en la puerta, anunciador de visita, contestó O'Connor: —¡Adelante!

El que venía a interrumpir el coloquio de los amigos era nada menos que el general Antonio José de Sucre, cuya frente orlaban ya los laureles de Pichincha, y que en breve obtendría también los de Ayacucho.

O'Connor llamó al asistente, y le ordenó que sirviese taza de te y copita de ron al general.

Reanudóse la conversación, que fué toda sobre política y planes militares de campaña, y a propósito de un expreso que pocas horas

más tarde debía salir del cuartel general con pliegos para Quito, dijo Sucre:

—Aproveche usted de la oportunidad, coronel Sandes, si quiere enviar alguna carta. Yo sé que no le falta a quién escribir.

—No tengo urgencia—contestó lacónicamente el irlandés.

—Hablemos—continuó Sucre—con franqueza de soldados y de caballeros. Sé que usted pretendé, en Quito, a la hija del marqués de Solanda. Yo también pretendo casarme con esa señorita, y como nuestra sangre no se ha de derramar por otra causa que por la libertad americana, me permito proponer a usted que confiemos a la suerte nuestra pretensión. Tiremos un peso al aire para ver quién gana la mano de la marquesita.

—Convenido, general—contestó Sandes con la genial flema irlandesa.

—¡Ea! O'Connor, saque usted un peso de su bolsillo—prosiguió Sucre—; elija usted, Sandes. ¿Cara o sello?

—No, mi general; elija usted como mi superior.

—Precisamente por eso no debo ser el primero en elegir. No es asunto de servicio militar.....

—Sino del servicio del dios Cupido—interrumpió O'Connor—, servicio en que la igualdad es absoluta, pues en levas de amor no hay tallas. Déjense de cortesías, y acuérdenme el derecho de elegir.

—¡Muy bien! ¡Aceptado!—contestaron a una los rivales.

—Cara para el general y sello para mi paisano—dijo O'Connor, y lanzó un peso fuerte hasta la altura del techo.

La suerte fué adversa para el coronel irlandés.

¡Ah! ¡Los Libertadores! ¡¡¡Los Libertadores!!!

En los tiempos de la capa y la espada los líos amorosos se desataban a cintarazos. Los Libertadores supieron, hasta en eso, romper con el rancio pasado, y jugaban la posesión de la dama a cara o sello. Fueron muy hombres y..... muy *cundas*.

\* \* \*

Siendo ya presidente de Bolivia, el general Sucre envió poder a Quito para su casamiento con la marquesa, ceremonia que se efectuó el mismo día en que el novio era herido en un brazo al sofocar un motín revolucionario contra su gobierno.





## MONTALVÁN

### I

Las haciendas de *Montalván* y *Cuiva* en el valle de Cañete, y la de *Ocucaje* en la provincia de Ica, formaban parte de la cuantiosa fortuna del señor don Juan Fulgencio Apesteguía, segundo marqués de Torrehermosa.

El título de Castilla de marqués de Torrehermosa fué concedido a don Juan Fermín Apesteguía y Ubago, acaudalado vecino de Lima, el 14 de abril de 1753, libre perpetuamente del pago de lanzas y medias-anatas, por el virrey conde de Superunda, en virtud de las facultades acordadas a éste por reales cédulas de 30 de abril y 14 de septiembre de 1747 y 19 de julio de 1748. Fernando VI confirmó la concesión.

Por muerte de don Juan Fermín, recayó el título en su primogénito don Juan Fulgencio, que era en lo físico un *feo* con *efe de fonda* de chinos, y en lo moral un *cándido* de los de sombrero con cuña. —¿Qué se vende en esta tienda? —Cabezas de borrico, contestó amostazado el mercader. —Si la de usted es la de muestra, no compro, y sigo mi camino—. El cuentecito podía aplicársele al de Torrehermosa.



Pero como todo burro sabe irse al buen pasto, nuestro don Fulgencio escogió para esposa a la más linda muchacha de la aristocracia limeña.

Juanita Erze dió al bobalicón de su marido dos retoños que por la pinta denunciaba de a legua que en lo de la paternidad no hubo trampa. Las dos chicas salieron más feas y más tontas, si cabía, que el señor marqués.

## II

Llegó a Lima, por los años de 1779, el señor doctor don Manuel Antonio de Arredondo y Pelegrín, natural del reino de Asturias, con el carácter de oidor de esta Real Audiencia de Lima, de la cual llegó a ser regente desde 1786 hasta 1816, año en que se jubiló. En este lapso de tiempo fué hecho por Su Majestad caballero de la Orden de Carlos III, camarista del Consejo de Indias y marqués de San Juan Nepomuceno, amén de que a la muerte del virrey inglés, acaecida en marzo de 1801, Arredondo, como presidente de la Real Audiencia, gobernó el Perú hasta noviembre del mismo año, en que llegó el nuevo virrey Avilés. Dicen que en esos ocho meses de mando interino lo hizo muy *regularcito*.

Era el de Arredondo un buen mozo a carta cabal, y hombre de clarísima inteligencia; pero gozaba la triste reputación de no ser escrupuloso de conciencia, tratándose de adquirir dinero. No se paraba en barras y atropellaba por todo.

Casó en primeras nupcias con doña Juana Micheo Jiménez y Lobatón, de la familia de los marqueses de Rocafuerte, la cual doña Juana era viuda del oidor Rezabal y Ugarte, que funcionó en la Audiencia de Lima y más tarde fué regente de la de Chile. La plazuela de la Micheo, vecina a la de San Juan de Dios, debió su nombre a la circunstancia de estar situada en ella la casa de esta noble dama, que fué notable por su belleza y virtudes. Quizá por lo último, el de Arredondo encontraba algo sosa la breva matrimonial, y se echó a merodear en el cercado ajeno. La mujer del marqués de Torrehermosa fué para él la fruta de tentación; y como don Fulgencio vino al mundo predestinado *para serlo*, y mansísimo, la cosa marchó a pedir de boca. El de Arredondo pasaba sin tropiezo de los brazos de una Juana a los de otra Juana. Todo quedaba entre tocayas.

Afectóse la señora Micheo al tener, por una oticiosa amiga, noticia

de la jugarreta del cónyuge, y a tal extremo se la melancolizó el ánimo, que en breve fué al hoyo, dejando libre y viudo al flamante marqués de San Juan Nepomuceno.

Ocurriósele a éste entonces pensar que la aritmética divina no anduvo muy atinada en la regla de división; pues a un *tetelememe* como el de Torrehermosa le había asignado, aparte de muchas casas en la ciudad, las valiosísimas haciendas de Montalván, Cuiva y Ocucaje, con mil quinientas piezas de ébano (esclavos) para el cultivo de las tres. Nada más hacedero que enmendarle a Dios la cuenta.

Empezaba ya el runrún de la emancipación americana, y los nombres de Wáshington, y de Iturbide, y de Miranda, y de San Martín, y de Bolívar y de otros próceres bullían en todas las bocas, ensalzados por unas y deprimidos por otras. El marqués don Fulgencio (que hasta en eso fué cándido) dió en la flor de echarla de *patriota*, si bien su patriotismo no pasaba de *boquiminí*; y el de Arredondo, que era el consejero íntimo del virrey Abascal, encontró en el patrioterismo del hombre a quien servía de Cirineo el mejor pretexto para eliminar al compañero. El de Torrehermosa fué reducido a prisión por insurgente y despachado a España bajo partida de registro; y tan bien *despachado* que murió en el viaje.

Viudo el regente y viuda la marquesa se unieron *in facie ecclesiae* ambas viudedades, y empezó el de Arredondo a manejar como propia la ingente fortuna de las dos niñas herederas de Apesteguía. Pero las muchachas, aunque feas como espantajos de maizal, y tontas como charada de periodista ultramontano, podían encontrar marido, por amor a sus monedas, y reclamar la paterna herencia, idea que bastaba para que el señor padraastro frunciera el entrecejo.

### III

Mucho murmurábase en Lima de que el regente pasara con su familia largas temporadas en Montalván, con daño de los asuntos a la Audiencia encomendados; pero, ¿quién podría hacer entrar en vereda a tan alto personaje?

En una de esas prolongadas residencias en la hacienda sucedió que estando las dos chicas en el corredor de la casa se las presentó una mujer del vecino pueblo de Cañete, vendiendo *mates* de frejoles

colados. Las muchachas, que eran golosas por ese dulce, compraron un *matecito*, y una hora después eran presa de convulsiones y dolores atroces en el estómago, siendo inútil para salvarles la vida la ciencia toda, que no sería gran cosa, del matasanos o médico de Montalván.

Sobrentendido está que el regente ordenó a cualquier gobernadorcillo o alcalde de monterilla que levantase sumario, que se llenó la fórmula, que no fué habida la dulcera y que, por falta de datos, se abandonó la causa. La voz pública, si bien creía a la marquesa libre de culpa en el doble envenenamiento, no era tan benévola para con su señoría el de San Juan Nepomuceno.

Así quedó doña Juana Erze de Arredondo como heredera universal de la sucesión de Apesteguía. Pero ella, que vió quizá sin sentimiento la muerte de su primer marido, no fué de estuco ante la violenta desaparición de las hijas de sus entrañas, y a poco tiempo dejó de existir, instituyendo por heredero a su marido, acto que sin duda no fué muy claro y legal, porque andando el tiempo vinieron de España deudos de doña Juana y entablaron pleito a la señora doña Ignacia Novoa, viuda del brigadier don Manuel de Arredondo y Miaño, sobrino y heredero del regente. Fué éste muy ruidoso litigio, del que prescindimos para no herir *susceptibilidad* de contemporáneos.

El regente murió en 1821, tres o cuatro meses después de *entrada la patria*. Sus bienes se secuestraron por el gobierno independiente, y más tarde las haciendas de *Montalván* y *Cuiva* fueron obsequiadas por el Congreso al general don Bernardo O'Higgins, exdirector supremo de la república de Chile.

En la época de la Consolidación (1851 a 1853) se reconoció ese famoso crédito en favor de la señora Novoa, reconocimiento que motivó las históricamente famosas *Cartas de Elías*, que fueron como la campanada de la revolución que derrocó al gobierno del presidente constitucional general Echenique.

Sépase, pues, que Montalván significa hasta una guerra civil.

#### IV

Que sobre Montalván ha pesado siempre algo de fatídico y misterioso, acabaremos de probarlo con la historia de sus últimos poseedores hasta 1870.

Dos o tres años después de establecidos en el fundo don Bernardo O'Higgins y su hermana doña Rosa, ésta dió a luz un niño, que recibió en las aguas bautismales el nombre de Demetrio. ¿Quién fué el padre del infante? ¡Misterio! Nosotros no hemos de repetir los decires de la maledicencia o de la calumnia.

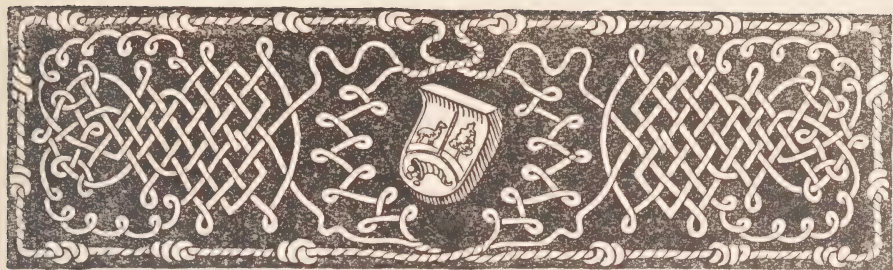
Montalván, heredado por don Demetrio a la muerte de doña Rosa, progresó muchísimo y enriqueció al joven, quien se echó a viajar desplegando más boato que Montecristo. A su regreso de Europa se encontró con que los administradores habían abusado de su confianza y descuidado la hacienda. Don Demetrio tuvo que volver a consagrarse a la faena agrícola. Pasaba tres o cuatro meses en Montalván y uno o dos en Lima, adonde lo atraían sus relaciones amorosas con una bella criatura.

Una tarde recibió O'Higgins, por un expreso, carta de la capital, en que le participaban que su amada Carmen había muerto al dar a luz una niña, vivo retrato de don Demetrio. Inmediatamente contrató pasaje en el vaporcito que debía zarpar al otro día de Cerro-Azul para el Callao.

Aquella noche murió don Demetrio O'Higgins envenenado con esencia de almendras amargas en una copa de aguardiente.

¿Fué casualidad? ¿Fué suicidio? ¿Fué crimen cometido por persona interesada en que muriese el propietario de Montalván? ¡Misterio y siempre misterio!





## EL PADRE PATA

A viejos y viejas oí relatar, allá en los días de mi infancia, como acaecido en Chancay, el mismo gracioso lance a que un ilustre escritor argentino da por teatro la ciudad de Mendoza. Como no soy de los que se ahogan en poca agua, y como en punto a cantar homilías a tiempos que fueron, tanto da un teatro como otro, ahí va la cosa tal como me la contaron.

Cuando el general San Martín desembarcó en Pisco con el ejército patriota, que venía a emprender la ardua faena complementaria de la Independencia americana, no faltaron ministros del Señor que, como el obispo Rangel, predicasen atrocidades contra la causa liberadora y sus caudillos.

Que vociferen los que están con las armas en la mano y arriesgando la pelleja es cosa puesta en razón; pero no lo es que los ministros de un Dios de paz y de concordia, que en medio de los estragos de la guerra duermen bien y comen mejor, sean los que más aticen el fuego. Parécense a aquel que en la catástrofe de un tren daba alaridos: —¿Por qué se queja usted tanto? —Porque al brincar se me ha desconcertado un pie. —Cállese usted, so marica. ¡Quejarse por un pie torcido cuando ve tanto muerto que no chilla!

Desempeñando interinamente el curato de Chancay estaba el franciscano fray Matías Zapata, que era un godo de primera agua, el cual, después de la misa dominical, se dirigía a los feligreses, exhortándolos con calor para que se mantuviesen fieles a la causa del rey, nuestro amo y señor. Refiriéndose al generalísimo, lo menos malo que contra él predicaba era lo siguiente:

—Carísimos hermanos: Sabed que el nombre de ese pícaro insurgente San Martín es por sí solo una blasfemia, y que está en pecado mortal todo el que lo pronuncie, no siendo para execrarlo. ¿Qué tiene

de santo ese hombre malvado? ¿Llamarse San Martín ese sinvergüenza, con agravio del caritativo santo San Martín de Tours, que dividió su capa entre los pobres? Confórmese con llamarse sencillamente Martín, y le estará bien, por lo que tiene de semejante con su colomboño el pérfido hereje Martín Lutero, y porque, como éste, tiene que arder en los profundos infiernos. Sabed, pues, hermanos y oyentes míos, que declaro excomulgado vitando a todo el que gritare ¡viva San Martín!, porque es lo mismo que mofarse impiamente de la santidad que Dios acuerda a los buenos.

No pasaron muchos domingos sin que el generalísimo trasladase su ejército al Norte y sin que fuerzas patriotas ocuparan Huacho y Chancay. Entre los tres o cuatro vecinos que por amigos de la *justa causa*, como decían los realistas, fué preciso poner en chirona, encontróse el energúmeno frailuco, el cual fué conducido ante el excomulgado caudillo. --Conque, seor godo--le dijo San Martín--, ¿es cierto que me ha comparado usted con Lutero y que le ha quitado una sílaba a mi apellido?

Al infeliz le entró temblor de nervios, y apenas si pudo hilvanar la excusa de que había cumplido órdenes de sus superiores, y añadir que estaba llano a predicar devolviéndole a su señoría la sílaba. --No me devuelva usted nada y quédese con ella--continuó el general--; pero sepa usted que yo, en castigo de su insolencia, le quito también la primera sílaba de su apellido, y entienda que lo fusilo sin misericordia el día que se le ocurra firmar *Zapata*. Desde hoy no es usted más que el padre *Pata*; y téngalo muy presente, padre *Pata*.

\* \* \*

Y cuentan que, hasta 1823, no hubo en Chancay partida de nacimiento, defunción u otro documento parroquial que no llevase por firma *fray Matías Pata*. Vino Bolívar, y le devolvió el uso y el abuso de la sílaba eliminada.



## LA VIEJA DE BOLÍVAR

Con este apodo se conoce hasta hoy (julio de 1898) en la villa de Huaylas, departamento de Ancachs, a una anciana de noventa y dos navidades, y que a juzgar por sus buenas condiciones físicas e intelectuales promete no arriar bandera en la batalla de la vida sino después de que el siglo XX haya principiado a hacer pinicos. Que Dios la acuerde la realidad de la promesa, y después ábrase el hoyo, ya que

todo, todo en la tierra  
tiene descanso;  
todo....., hasta las campanas  
el Viernes Santo (1).

\* \* \*

Manolita Madroño era en 1824 un fresquísimo y lindo pimpollo de diez y ocho primaveras, pimpollo muy codiciado, así por los tenorios de mamadera o mozalbetes, como por los hombres graves. La

---

(1) El 12 de julio escribí este artículo y ¡curiosa coincidencia! en este mismo día falleció la nonagenaria protagonista, como si se hubiera propuesto desairar mi buen deseo.



doncellica pagaba a todos con desdenosas sonrisas, porque tenía la intuición de que no estaba predestinada para hacer las delicias de ningún pobre diablo de su tierra, así fuese buen mozo y millonario.

En una mañana del mes de mayo de aquel año hizo Bolívar su entrada oficial en Huaylas, y ya se imaginará el lector toda la solemnidad del recibimiento y lo inmenso del popular regocijo. El Cabildo, que pródigo estuvo en fiestas y agasajos, decidió ofrecer al Libertador una corona de flores, la cual le sería presentada por la muchacha más bella y distinguida del pueblo; claro está que Manolita fué la designada, como que por su hermosura y lo despejado de su espíritu era lo mejor en punto a hijas de Eva.

A don Simón Bolívar, que era golosillo por la fruta vedada del Paraíso, hubo de parecerle Manolita *bocato di cardinale*, y a la fantástica niña antojósele también pensar que era el Libertador el hombre ideal por ella soñado. Dicho queda con esto que no pasaron cuarenta y ocho horas sin que los enamorados ofrendasen a la diosa Venus.

Si el fósforo da candela,  
¡qué dará la fosforera!

Y sea dicho en encomio del voluble Bolívar, que desde ese día hasta fines de noviembre, en que se alejó del departamento, no cometió la más pequeña infidelidad al amor de la abnegada y entusiasta serrana que lo acompañó, como valiosa y necesaria prenda anexa al equipaje, en sus excursiones por el territorio de Ancachs, y aun lo siguió al glorioso campo de Junín, regresando con el Libertador, que se proponía formar en el Norte algunos batallones de reserva.

Manolita Madroño guardó tal culto por el nombre y recuerdo de su amante, que jamás correspondió a pretensiones de galanes. A ella no la arrastraba el río, por muy crecido que fuese.

\* \* \*

Hoy, en su edad senil, cuando ya el pedernal no da chispa, se alegra y siente como rejuvenecida cuando alguno de sus paisanos la saluda, diciéndola:

—¿Cómo está *la vieja de Bolívar*?

Pregunta a la que ella responde, sonriendo con picardía:

—Como cuando era *la moza*.



## LAS TRES ETCÉTERAS DEL LIBERTADOR

### I

A fines de mayo de 1824 recibió el gobernador de la por entonces villa de San Ildefonso de Caraz, don Pablo Guzmán, un oficio del jefe de Estado Mayor del ejército independiente, fechado en Huaylas, en el que se le prevenía que debiendo llegar dos días más tarde, a la que desde 1868 fué elevada a la categoría de ciudad, una de las divisiones, aprestase sin pérdida de tiempo cuarteles, reses para rancho de la tropa y forraje para la caballada. Item se le ordenaba que, para su excelencia el Libertador, alistase cómodo y decente alojamiento, con buena mesa, buena cama, y etc., etc., etc.

Que Bolívar tuvo gustos sibaríticos es tema que ya no se discute; y dice muy bien Menéndez y Pelayo cuando dice que la Historia saca partido de todo, y que no es raro encontrar en lo pequeño la revelación de lo grande. Muchas veces, sin parar mientes en ello, oí a los militares de la ya extinguida generación que nos dió Patria e Independencia decir, cuando se proponían exagerar el gasto que una persona hiciera en el consumo de determinado artículo de no imperiosa necesidad: —Hombre, usted gasta en cigarros (por ejemplo) más que el Libertador en agua de Colonia.

Que don Simón Bolívar cuidase mucho del aseo de su personita y que consumiera diariamente hasta un frasco de agua de Colonia, a fe que a nadie debe maravillar. Hacía bien, y le alabo la pulcritud. Pero es el caso que en los cuatro años de su permanencia en el Perú, tuvo el tesoro nacional que pagar ocho mil pesos |||8.000!!! invertidos en agua de Colonia para uso y consumo de su excelencia el Libertador,

gasto que corre parejas con la partida aquella del Gran Capitán: —En hachas, picas y azadones, tres millones.

Yo no invento. A no haber desaparecido en 1884, por consecuencia de voraz (y acaso malicioso) incendio, el archivo del Tribunal Mayor de Cuentas, podría exhibir copia certificada del reparo que a esa partida puso el vocal a quien se encomendó, en 1829, el examen de cuentas de la comisaría del Libertador.

Lógico era, pues, que para el sibarita don Simón aprestasen en Caraz buena casa, buena mesa y etc., etc., etc.

Como las pulgas se hicieron, de preferencia, para los perros flacos, estas tres *etcéteras* dieron mucho en qué cavilar al bueno del gobernador, que era hombre de los que tienen el talento encerrado en jeringuilla y más tupido que caldos de habas.

Resultado de sus cavilaciones fué el convocar, para pedirles consejo, a don Domingo Guerrero, don Felipe Gastelumendi, don Justino de Milla y don Jacobo Campos, que eran, como si dijéramos, los caciques u hombres prominentes del vecindario.

Uno de los consultados, mozo que preciaba de no sufrir mal de piedra en el cerebro, dijo:

—¿Sabe usted, señor don Pablo, lo que en castellano quiere decir *etcétera*?

—Me gusta la pregunta. En priesa me ven y doncellez me demandan, como dijo una pazpuerca. No he olvidado todavía mi latín, y sé bien que *etcétera* significa y *lo demás*, señor don Jacobo.

—Pues entonces, lechuga, ¿por qué te arrugas? ¡Si la cosa está más clara que agua de *puquio*! ¿No se ha fijado usted en que esas tres *etcéteras* están puestas a continuación del encargo de buena cama?

—¡Vaya si me he fijado! Pero con ello nada saco en limpio. Ese señor jefe de Estado Mayor debió escribir como Cristo nos enseña: pan, pan, y vino, vino, y no fatigarme en que le adivine el pensamiento.

—¡Pero, hombre de Dios, ni que fuera usted de los que no compran cebolla por no cargar rabo! ¿Concibe usted buena cama sin una *etcétera* siquiera? ¿No cae usted todavía en la cuenta de lo que el Libertador, que es muy devoto de Venus, necesita para su gasto diario?

—No diga usted más, compañero—interrumpió don Felipe Gastelumendi—. A moza por *etcétera*, si mi cuenta no marra.

—Pues a buscar tres ninfas, señor gobernador—dijo don Justino



de Milla —, en obediencia al superior mandato; y no se empeñe usted en escogerlas entre las muchachas de zapato de ponleví y basquiña de chamelote, que su excelencia, según mis noticias, ha de darse por bien servido siempre que las chicas sean como para cena de Nochebuena.

Según don Justino, en materia de paladar erótico era Bolívar como aquel bebedor de cerveza a quien preguntó el criado de la fonda: —¿Qué cerveza prefiere usted que le sirva? ¿Blanca o negra? — Sirvemela mulata.

—¿Y usted qué opina? — preguntó el gobernador dirigiéndose a don Domingo Guerrero.

—Hombre—contestó don Domingo—, para mí la cosa no tiene vuelta de hoja, y ya está usted perdiendo el tiempo que ha debido emplear en proveerse de *etcéteras*.

## II

Si don Simón Bolívar no hubiera tenido en asunto de faldas aficiones de sultán oriental, de fijo que no figuraría en la historia como libertador de cinco repúblicas. Las mujeres le salvaron siempre la vida, pues mi amigo García Tosta, que está muy al dedillo informado en la vida privada del héroe, refiere dos trances que en 1824 eran ya conocidos en el Perú.

Apuntemos el primero. Hallándose Bolívar en Jamaica en 1810 el feroz Morillo o su teniente Morales enviaron a Kingston un asesino, el cual clavó por dos veces un puñal en el pecho del comandante Amestoy, que se había acostado sobre la hamaca en que acostumbraba dormir el general. Este, por causa de una lluvia torrencial, había pasado la noche en brazos de Luisa Crober, preciosa joven dominicana, a la que bien podía cantársele lo de:

Morena del alma mía,  
morena, por tu querer  
pasaría yo la mar  
en barquito de papel.

Hablemos del segundo lance. Casi dos años después, el español Renovales penetró a media noche en el campamento patriota, se introdujo en la tienda de campaña, en la que había dos hamacas, y mató al coronel Garrido, que ocupaba una de éstas. La de don Simón

estaba vacía, porque el propietario andaba de aventura amorosa en una quinta de la vecindad.

Y aunque parezca fuera de oportunidad, vale la pena recordar que en la noche del 25 de septiembre, en Bogotá, fué también una mujer quien salvó la existencia del Libertador, que resistía a huir de los conjurados, diciéndole: —De la mujer el consejo—, presentándose ella ante los asesinos, a los que supo detener mientras su amante escapaba por una ventana.

### III

La fama de mujeriego que había precedido a Bolívar contribuyó en mucho a que el gobernador encontrara lógica y acertada la descifración que de las tres *etcéteras* hicieron sus amigos, y después de pasar mentalmente revista a todas las muchachas bonitas de la villa, se decidió por tres de las que le parecieron de más sobresaliente belleza. A cada una de ellas podía, sin escrúpulo, cantársele esta copla:

de las flores, la violeta;  
de los emblemas, la cruz;  
de las naciones, mi tierra,  
y de las mujeres, tú.

Dos horas antes de que Bolívar llegara, se dirigió el capitán de cívicos don Martín Gamero, por mandato de la autoridad, a casa de las escogidas, y sin muchos preámbulos las declaró presas; y en calidad de tales las condujo al domicilio preparado para alojamiento del Libertador. En vano protestaron las madres, alegando que sus hijas no eran godas, sino patriotas hasta la pared del frente. Ya se sabe que el derecho de protesta es derecho femenino, y que las protestas se reservan para ser atendidas el día del juicio, a la hora de encender faroles.

—¿Por qué se lleva usted a mi hija?—gritaba una madre.

—¿Qué quiere usted que haga?—contestaba el pobrete capitán de cívicos—. Me la llevo de orden suprema.

—Pues no cumpla usted tal orden—argumentaba otra vieja.

—¿Que no cumpla? ¿Está usted loca, comadre? Parece que usted quisiera que la complazca por sus ojos bellidos, para que luego el Libertador me fría por la desobediencia. No, hija, no entro en componendas.

Entre tanto, el gobernador Guzmán, con los notables, salió a recibir

a su excelencia a media legua de camino. Bolívar le preguntó si estaba listo el rancho para la tropa, si los cuarteles ofrecían comodidad, si el forraje era abundante, si era decente la posada en que iba a alojarse; en fin, lo abrumó a preguntas. Pero, y esto chocaba a don Pablo, ni una palabra que revelase curiosidad sobre las cualidades y méritos de las *etcéteras* cautivas.

Felizmente para las atribuladas familias, el Libertador entró en San Ildefonso de Caraz a las dos de la tarde, impúsose de lo ocurrido, y ordenó que se abriese la jaula a las palomas, sin siquiera ejercer la prerrogativa de una vista de ojos. Verdad que Bolívar estaba por entonces libre de tentaciones, pues traía desde Huaylas (supongo que en el equipaje) a Manolita Madroño, que era una chica de diez y ocho años, de lo más guapo que Dios creara en el género femenino del departamento de Ancachs.

En seguida le echó don Simón al gobernadorcillo una repasata de aquellas que él sabía echar, y lo destituyó del cargo.

#### IV

Cuando corriendo los años, pues a don Pablo Guzmán se le enfrió el cielo de la boca en 1882, los amigos embromaban al ex-gobernador hablándole del renuncio que como autoridad cometiera, él contestaba:

—La culpa no fué mía, sino de quien en el oficio no se expresó con la claridad que Dios manda.

Y no me venga un cualquier  
con argumentos al aire;  
pues no he de decir *Volter*  
donde está escrito *Voltaire*.

Tres *etcéteras* al pie de una buena cama, para todo buen entendedor, son tres muchachas..... y de aquí no apeo ni a balazos.





## LA CARTA DE LA LIBERTADORA

Los limeños que por los años de 1825 a 1828 oyeron cantar en la Catedral, entre la Epístola y el Evangelio, a guisa de antífona:

De ti viene todo  
lo bueno, Señor;  
nos diste a Bolívar,  
gloria a ti, gran Dios,

transmitieron a sus hijas, limeñas de los tiempos de mi mocedad, una frase que, según ellas, tenía mucho entripado y nada de *cuodlibeto*. Esta frase era: *la carta de la Libertadora*.

A galán marrullero, que pasaba meses y meses en chafalditas y ciquiritacas tenaces, pero insubstanciales, con una chica, lo asaltaba de improviso la madre de ella con estas palabras:

—Oiga usted, mi amigo, todo está muy bueno; pero mi hija no tiene tiempo que perder, ni yo aspiro a catedrática en echacorvería. Conque así, o se casa usted pronto, prontito, o da por escrita y recibida *la carta de la Libertadora*.

—¿Qué es de Fulano? ¿Por qué se ha retirado de tu casa?—preguntaba una amiga a otra.

—Ya eso se acabó, hija—contestaba la interpelada—. Mi mamá le escribió *la carta de la Libertadora*.

La susodicha epístola era, pues, equivalente a una notificación de desahucio, a darle a uno con la puerta en las narices y propinarle calabazas en toda regla.

Hasta mosconas y perendecas rabisalseras se daban tono con la frase: —Le he dicho a usted que no hay posada, y dale a desensillar. Si lo quiere usted más claro, le escribiré *la carta de la Libertadora*.

Por supuesto que ninguna limeña de mis juveniles tiempos en que

ya habían pasado de moda los versitos de la antífona, para ser reemplazados con estos otros:

Bolívar fundió a los godos  
y, desde ese infausto día,  
por un tirano que había  
se hicieron tiranos todos;

por supuesto, repito, que ninguna había podido leer la carta, que debió ser mucha carta, pues de tanta fama disfrutaba. Y tengo para mí que las mismas contemporáneas de doña Manolita Saenz (la Libertadora) no conocieron el documento sino por referencias.

El cómo he alcanzado yo a adquirir copia de la carta de la Libertadora, para tener el gusto de echarla hoy a los cuatro vientos, es asunto que tiene historia, y, por ende, merece párrafo aparte.

## II

El presidente de Venezuela, general Guzmán Blanco, dispuso, allá por los años de 1880, que por la imprenta del Estado se publicase en Caracas una compilación de cartas a Bolívar, de las que fué poseedor el general Florencio O'Leary.

Terminada la importantísima publicación, quiso el gobierno complementarla dando también a luz las *Memorias* de O'Leary, y en efecto, llegaron a repartirse veintiséis tomos.

Casi al concluirse estaba la impresión del tomo 27, pues lo impreso alcanzó hasta la página 512, cuando, por causa que no nos hemos fatigado en averiguar, hizo el gobierno un auto de fe con los pliegos ya tirados, salvándose de las llamas únicamente un ejemplar que conserva Guzmán Blanco, otro que posee el encargado de corregir las pruebas y dos ejemplares más que existen en poder de literatos venezolanos, que, en su impaciencia por leer, consiguieron de la amistad que con el impresor les ligara, que éste les diera un ejemplar de cada pliego a medida que salían de la prensa.

Nosotros no hemos tenido la fortuna de ver un solo ejemplar del infortunado tomo 27, cuyos poseedores diz que lo enseñan a los bibliófilos con más orgullo que Rothschild el famoso billete de banco por un millón de libras esterlinas (1).

(1) En 1916 hemos conseguido ejemplar de anatematizado tomo 27 hasta la página 512.

Gracias a nuestro excelente amigo el literato caraqueño Arístides Rojas supimos que en ese tomo figura la carta de la Libertadora a su esposo el doctor Thorne. Este escribía constantemente a doña Manolita solicitando una reconciliación, por supuesto sobre la base de lo pasado, pasado, cuenta nueva y baraja ídem. El médico inglés—me decía Rojas—se había convertido de hombre serio en niño llorón, y era, por lo tanto, más digno de babador que de corbata.

Y el doctor Thorne era de la misma pasta de aquel marido que le dijo a su mujer:

—¡Canalla! Me has traicionado con mi mejor amigo.

—¡Mal agradecido!—le contestó ella, que era de las hembras que tienen menos vergüenza que una gata de techo—. ¿No sería peor que te hubiera engañado con un extraño?

Toro a la plaza. Ahí va la carta.

### III

«No, no, no, no más, hombre, ¡por Dios! ¿Por qué me hace usted faltar a mi resolución de no escribirle? Vamos, ¿qué adelanta usted sino hacerme pasar por el dolor de decirle mil veces que no?

»Usted es bueno, excelente, inimitable; jamás diré otra cosa sino lo que es usted. Pero, mi amigo, dejar a usted por el general Bolívar es algo; dejar a otro marido, sin las cualidades de usted, sería nada.

»¿Y usted cree que yo, después de ser la predilecta de Bolívar, y con la seguridad de poseer su corazón, prefiriera ser la mujer de otro, ni del Padre, ni del Hijo, ni del Espíritu Santo, o sea de la Santísima Trinidad?

»Yo sé muy bien que nada puede unirme a Bolívar bajo los auspicios de lo que usted llama honor. ¿Me cree usted menos honrada por ser él mi amante y no mi marido? ¡Ah!, yo no vivo de las preocupaciones sociales.

»Déjeme usted en paz, mi querido inglés. Hagamos otra cosa. En el cielo nos volveremos a casar, pero en la tierra no.

»¿Cree usted malo este convenio? Entonces diría que es usted muy descontentadizo.

»En la patria celestial pasaremos una vida angélica, que allá todo será a la inglesa, porque la vida monótona está reservada a su nación, en amor se entiende; pues en lo demás, ¿quiénes más hábiles para el



comercio? El amor les acomoda sin entusiasmo; la conversación, sin gracia; la chanza, sin risa; el saludar con reverencia; el caminar despacio; el sentarse con cuidado. Todas estas son formalidades divinas; pero a mí, miserable mortal, que me río de mí misma, de usted y de todas las seriedades inglesas, no me cuadra vivir sobre la tierra condenada a Inglaterra perpetua.

»Formalmente, sin reírme, y con toda la seriedad de una inglesa, digo que no me juntaré jamás con usted. No, no y no.

»Su invariable amiga, *Manuela*.»

#### IV

Si don Simón Bolívar hubiera tropezado un día con el inglés seguro que entre los dos habría habido el siguiente diálogo:

— Como yo vuelva a saber  
que escribe a mi dulcinea.....  
— ¡Pero, hombre, si es mi mujer!  
— ¡Qué me importa que lo sea!

¿No les parece a ustedes que la cartita es merecedora de la fama que alcanzó y que más claro y repiqueteado no cacarea una gallina?



## LA ÚLTIMA FRASE DE BOLÍVAR

La escena pasa en la hacienda *San Pedro Alejandrino*, y en una tarde de diciembre del año 1830.

En el espacioso corredor de la casa, y sentado en un sillón de vacueta, veíase a un hombre demacrado, a quien una tos cavernosa y tenaz convulsionaba de hora en hora. El médico, un sabio europeo, le propinaba una poción calmante, y dos viejos militares, que silenciosos y tristes paseaban en el salón, acudían solícitos al corredor.

Más que de un enfermo se trataba ya de un moribundo; pero de un moribundo de inmortal renombre.

Pasado un fuerte acceso, el enfermo se sumergió en profunda meditación, y al cabo de algunos minutos dijo con voz muy débil:

—¿Sabe usted, doctor, lo que me atormenta al sentirme ya próximo a la tumba?

—No, mi general.

—La idea de que tal vez he edificado sobre arena movediza y arado en el mar.

Y un suspiro brotó de lo más íntimo de su alma y volvió a hundirse en su meditación.

Transcurrido gran rato, una sonrisa tristísima se dibujó en su rostro y dijo pausadamente:

—¿No sospecha usted, doctor, quiénes han sido los tres más insignes majaderos del mundo?

—Ciertamente que no, mi general.

—Acérquese usted, doctor....., se lo diré al oído..... Los tres grandísimos majaderos hemos sido Jesucristo, Don Quijote y..... yo.



« Los tres grandísimos majaderos  
hemos sido Jesucristo, Don Quijote  
y... yo. »







## CORONGUINOS

Ni después del 15 de junio ni antes del 15 de julio se encuentra en Lima ni para un remedio a un solo coronguino.

Los sirvientes de hotel, los heladeros ambulantes y los peones que la municipalidad contrata para enlosar y empedrar las calles de la capital, son, con rarísimas excepciones, hijos todos de la que hoy es ciudad, y que, hasta 1888, se conoció con el nombre de villa de San Pedro de Corongo, cabeza de la provincia de Pallasca.

El coronguino trabaja, empeñosa y honradamente, en Lima durante once meses del año, sin otra aspiración que la de tener cautivos para junio siquiera cincuenta duros, cautivos a los que pone en libertad el día 29 festejando al santo patrono.

Es popular creencia la de que todo coronguino tiene ganado lugarcito en el cielo, gracias a que ha sabido conquistarse en vida el cariño del portero de la gloria eterna.

El 29 de junio, desde que clarea el alba, empiezan los coronguinos a empinar el codo, y al mediodía, hora en que el párroco saca al santo en procesión, han menudeado ya tanto las libaciones, que hombres y mujeres están completamente *peneques*. Así, cuando llega el momento en que las *pallas*, escogidas entre las mozas solteras más bonitas, bailan la *panatagua* delante de las andas, nunca faltan por lo menos media docena de coronguinos que, armados de garrotes, se lanzan sobre las odaliscas con el propósito de llevárselas, a usanza chilena, por la razón o la fuerza.

Allí se arma la gorda. Los padres y deudos de las sabinas acuden con poco brío y por pura fórmula; pero hay siempre algunos mozos del pueblo, galancetes no correspondidos por las muchachas, que por berrinche reparten garrotazos a la de veras sobre los raptos. Los

amigos de éstos acuden inmediatamente a prestarles ayuda y brazo fuerte, y en alguna festividad fué tan descomunal la batalla, que hasta San Pedro resultó con la cabeza separada del tronco, lo que dió campo a los envidiosos pueblos vecinos para que bautizasen a los coronguinos con el mote de *Mata a San Pedro*.

Cuando la lucha ha durado ya diez minutos, tiempo suficiente para que cada romano se haya evaporado con la respectiva sabina, acude el subprefecto con el piquete de gendarmes, y no sin fatiga consigue restablecer el orden público alterado y que siga su curso la procesión.

Es de rito que ocho días después, y sin cobrarles más que la mitad de los derechos, case el cura a las sabinas con sus raptores. Título de orgullo para toda coronguina que en algo se estima valer, es entrar en la vida del matrimonio después de haber dado motivo para cabezas rotas y brazos desvencijados.

Las coronguinas, en su aspiración a ser robadas el día de San Pedro, tienen mucho de parecido a las antiguas chorrillanas, que fincaban su gloria, no en haber sido conquistadas a garrotazo limpio, sino en casarse después de haber estado tres meses *a prueba* en casa del galán. Así, los padres de la chorrillana, cuando querían convidar a alguien a la ceremonia de iglesia empleaban la siguiente fórmula: —Participo a usted que mi hija ha salido bien de la prueba, y que se casa mañana—. ¡Vamos! ¡Si cuando yo digo que las buenas costumbres desaparecen sólo por ser buenas!

Cuentan que, hastiado del mar, hizo un marinero el propósito de no volver a embarcarse y de casarse con mujer que nunca le recordase cosas de la vida de a bordo. Echándose un remo al hombro, fué de pueblo en pueblo preguntando a cuanta muchacha casadera encontraba si sabía lo que era ese palo, y todas le contestaban que era un remo. Al fin dió con una que lo ignoraba y se casó con ella. En la noche de la boda, al acostarse el matrimonio, la mujer exigió que se acostase primero su marido. Complaciola éste, y entonces le preguntó ella:

—Dime, ¿qué lado es el que me corresponde ocupar en la cama? ¿El de babor o el de estribor?

Si el marinero hubiera podido proceder a la antigua usanza chorrillana, de fijo que reprobaba en la prueba a la muchacha.

Después del octavario de San Pedro, cesa en Corongo todo jolgorio, y ya, sin un centavo en el bolsillo, regresan a Lima los coronguinos a trabajar de firme once meses..... para la fiesta siguiente.



## II

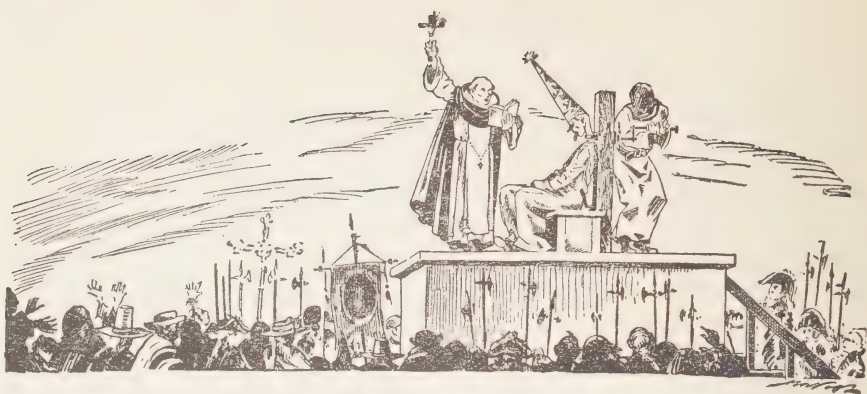
Que los coronguinos no inventaron la pólvora, y ni siquiera el palillo para los dientes, es artículo de fe en todo el departamento, pues hasta como heladeros quedan muy por debajo de los indios de Huancaayo. Y para que no digan que los calumnio al negarles dotes de inteligencia, básteme relatar un hecho acaecido en 1865.

Un travieso muchacho fustigaba a un burro remolón, y tanto hubo de castigarlo, que el cachazudo cuadrúpedo perdió su genial calma y le aplicó tan tremenda coz en el ombligo, que lo dejó patitieso. Acudió gente, y con ella el boticario, quien declaró que no quedaba ya más por hacer que enterrar al difunto.

Aquel año ejercía el cargo de juez de paz en Corongo un vecino principal llamado don Macario Remusgo, el cual, a petición del pueblo, levantó sumaria información del suceso, y en vez de terminar declarando, por lo expuesto por los testigos, que la muerte del muchacho era un hecho casual motivado por su travesura, concluyó dictando auto de prisión contra el burro.

Pero el condenado borrico se había hecho humo, y no hubo forma de encontrarlo y meterlo en la cárcel.

Y tanto se alborotaron los coronguinos celebrando la justificación y talento de su paisano Remusgo, que la cosa llegó a oídos del juez letrado de la provincia, el cual pidió los autos, y en ellos estampó un decreto declarando la nulidad de todo lo actuado por existir inmediato parentesco entre el juez de paz y el burro.



## EL PADRE OROZ

Allá por los no muy remotos años en que dominaba el Perú la usurpadora autoridad del general Santa Cruz, existía en el convento de franciscanos de la ciudad del Cuzco un sacerdote conocido con el nombre de *padre Oroz* y que gozaba de gran influencia en el pueblo. Debida era ésta a su reputación de austeridad y a su talento y dotes oratorias en el sagrado púlpito.

Los buenos habitantes de la imperial ciudad de los Incas miraban con tal respeto al franciscano, que no se encontró entre ellos motilón que no creyese a pie juntillas y como verdad evangélica cuanto palabra salía de los inspirados labios del recoleto. Los hipócritas no sirven a Dios; pero se sirven de Dios para engañar a los hombres.

Más diz que un día el demonio de la ambición se le entró en el pecho y codició la mitra de obispo. El camino más fácil para obispar era, sin disputa, mezclarse en alguna intriga política, porque averiguada cosa es que nada lleva tan pronto a la horca y a todos los altos puestos como tomar cartas en ese enmarañado juego.

Los cuzqueños miran con gran devoción una imagen del *Señor de los Temblores*, obsequiada a la ciudad por Carlos V, y que suponen pintada por el pincel de los ángeles. Una mañana empezó a esparcirse por la ciudad el rumor de que la efigie iba a ser robada por emisarios de Santa Cruz para trasladarla a un templo de Bolivia. El pueblo se arremolinó, acudió la fuerza armada, hubo campanas echadas a vuelo y, para decirlo de una vez, motín en toda forma, con su indispensable consecuencia de muertos y heridos.

El agitador de las turbas había sido el santo padre Oroz.

Pero no fué sólo la ambición el sentimiento que de improviso brotara en su alma. También estaba locamente enamorado de una de sus confesadas, la hermosa Angela, hija de una respetable familia del Cuzco. La pasión del fraile por ella se convirtió en una de esas fiebres que matan la razón.

El se repetía con un poeta:

El alma que siento en mí  
está partida entre dos:  
la mitad es para ti,  
la otra mitad es de Dios.

El padre Oroz, que había pasado su juventud entera consagrado al estudio, que se había captado el respeto del pueblo, que en distintas ocasiones había sido elevado al primer rango de la comunidad franciscana, sacrificó en un instante su pasado de ascetismo y beatitud, manchándose con el crimen.

Angela, que tal vez no habría resistido a un seductor armado de rizados bigotes y guantes de preville, tuvo odio y repugnancia por un amante que vestía hábito de jerga y mostraba rapado cerviguillo. El fraile, convertido en rabioso sátiro, la amenazó con un puñal, y por fin, desesperado con el obstinado desdén de la joven, terminó por asesinarla.

El mismo día desapareció del Cuzco el padre Oroz.

\* \* \*

Tal es, despojado de episodios, el argumento de una novela histórica que con el título *El padre Horán* publicó el malogrado Narciso Aréstegui. El autor de esa notable leyenda murió el segundo día del Carnaval de 1869, siendo a la sazón prefecto de Puno. Al regresar de un paseo, en el lago Titicaca, se volcó la embarcación, desapareciendo por siempre Aréstegui y algunos de sus compañeros.

*El padre Horán*, literariamente juzgado, fué un hábil ensayo en la novela nacional. Las letras americanas tuvieron una sensible pérdida con el triste fin del inteligente escritor cuzqueño. ¡Tributámosle doloroso recuerdo!

\* \* \*



Veinticinco años habían pasado sin que nadie supiese algo sobre la existencia de Oroz, hasta que en 1862 pareció una carta datada en Zepita el 4 de marzo, y de la cual extractamos las siguientes líneas:

«Hace algunos años que en el pueblo de Zorata, próximo a la Paz, en Bolivia, se presentó un hombre de aspecto serio, que revelaba talento, y más que todo cavilosidad. Se instaló en una pobre casita que arregló de tal modo que ninguno podía, por curioso que fuese, penetrar en su interior ni columbrar lo que allí había y se hacía. El desconocido se ocupaba en el santo empleo de enseñar a los niños las primeras letras. Su conducta era moral y austera. A veces se le veía rezar el oficio divino en el lugar más recóndito de la casa, y también se advertía que sus alimentos no pasaban de una sencilla sopa de pan y agua. Era un hombre retraído de la sociedad, sin que por eso tuviese su trato los resabios del misántropo, pues que su conversación era muy agradable a los que lo visitaban. Al fin cayó mortalmente enfermo; y después de haberse confesado declaró de un modo humano que no se llamaba José Mariano Sánchez, sino que era el padre Oroz, religioso franciscano conventual de la ciudad del Cuzco; que habiendo tenido la desgracia de dejarse vencer por unas afecciones poco honestas hacia una joven, su hija de confesión, viendo que ésta iba a casarse la puso estorbos de todo género, y que, siendo éstos inútiles, la asesinó a puñaladas. Dijo también al confesor que registrase el baúl que en su cuarto estaba, donde encontraría el hábito que vestía en la hora de su desgracia, y el puñal con que había causado su propia ruina y la de su desdichada víctima. Registrado el baúl, se encontraron lo uno y lo otro, todavía con manchas de sangre. A los pocos días de esta declaración murió el desventurado padre Oroz, a los veinticinco años de haber empezado la expiación. Examinado el cuerpo del difunto, se le halló casi descarnado a disciplinazos. Los cilicios apenas dejaban libres las coyunturas de los codos.»

El padre Oroz había expiado su crimen sobre la tierra durante un cuarto de siglo, y sus sufrimientos morales dejan en el espíritu esta magnífica lección: —Hay algo en el hombre tan severo como la justicia de Dios, y ese algo es el remordimiento.



## SISTEMA DECIMAL ENTRE LOS ANTIGUOS PERUANOS

El ilustrado señor Daubrée, miembro de la Academia de Ciencias de París, juzgando los dos primeros volúmenes de los *Anales de Construcciones Civiles y de Minas*, que publica en Lima la Escuela de Ingenieros, pone en duda que los americanos, antes de la conquista, hubieran conocido la numeración decimal, tal como en un artículo de los citados *Anales* lo asegura el ingeniero señor Chalon.

Ciertamente que la historia del Perú, así en sus tiempos prehistóricos o anteriores a la fundación del Imperio Tiahuantisuyo por Manco-Capac, como en aquellos en que la civilización incásica convirtió en pueblos sujetos a vida regular y ordenada a las que antes eran tribus nómades y salvajes, tiene puntos tan oscuros, que casi se confunden con la fábula. La teogonía, o culto religioso de los Incas, no está aún suficientemente estudiada, ni hay datos fijos, sino contradictorios, para formarnos de ella una idea clara. Y lo mismo puede decirse de su legislación y costumbres. Lo único que hay de determinado y ya indiscutible es que la dinastía incásica tuvo hábitos belicosos y de conquista, y que fué ingénita en ella la generosidad para con los vencidos.

Hablando de la literatura, tuvimos en una ocasión la buena suerte de anotar que la poesía dramática, el teatro, fué desconocido por los antiguos peruanos. Sólo el historiador Garcilaso da noticia de representaciones escénicas, noticia que sin examen crítico ha sido aceptada por casi todos los americanistas contemporáneos. Existe una obra de este género, *Ollantay*, escrita en quichua, de la cual nadie había tenido noticia en el Perú antes de 1780, en que se representó a presencia

del rebelde Tupac-Amaru y de su improvisada corte. La crítica ha venido a demostrar recientemente que el cura de Sicuaní, don Antonio Valdés, mediano conocedor de los teatros griego y español, fué el poeta autor del *Ollantay*. Por mucho que halagara nuestro nacionalismo la especie de que tuvimos poesía dramática, el buen sentido nos aconseja renunciar a esa gloria, por más que, aparte Garcilaso, dos notables americanistas modernos, Clemente Markham y Sebastián Barranca, se empeñen aún en sostenerla, sin que influyan en ellos, no los débiles argumentos por mí presentados de una manera incidental, sino los que en luminoso y concienzudo trabajo *ad hoc*, ha aducido el historiador argentino don Bartolomé Mitre.

Pero si somos de los primeros en convenir que hay mucho en los tiempos incásicos que admite controversia, es para nosotros clarísimo y ya bien dilucidado punto el de que la numeración decimal, base del sistema generalizado hoy en el mundo, fué la usada por los antiguos peruanos.

Fernando Hoefer, en su *Historia de las Matemáticas*, dice: «La contemplación de los cinco dedos de la mano derecha unidos a los cinco dedos de la mano izquierda es la cuna del primer sistema de numeración y la base de la Aritmética, que es la ciencia de los números. Contar por los dedos de la mano es el verdadero método de numeración universal y primitivo. Los salvajes de la América cuentan sin fatiga hasta *diez*: juntando dos veces la mano expresan la cifra *veinte*; y sucesivamente las decenas restantes.»

Y esta afirmación de Hoefer, corroborada por el testimonio de viajeros antiguos y modernos, dió campo a un escritor de buen humor para decir que el sistema decimal era de origen divino, pues no otro usó ni usar pudo Adán en el Paraíso.

Pero estos argumentos, por su mismo carácter de generalidad, no bastan para probar que entre los peruanos no fué otro el método de numeración.

Los *quipus*, exclusivos del Perú y de pocos pueblos de Asia, no servían, como algunos sostuvieron, para consignar hechos, sino cantidades. No reemplazaban a la palabra escrita, sino a la numeración. Eran un manojo de hilos de diversos colores, en los que, por medio de nudos, se marcan la unidad, la decena, la centena y el millar. Por lo menos tal es mi creencia, que no me propongo imponer a los demás.

Otro argumento en el que, como en el de los *quipus*, están uniformes todos los cronistas de Indias, es el de la organización que los In-



cas daban a sus ejércitos y aun a sus pueblos, lo que les permitía tener una base firme para la formación de un exacto censo y cobro de contribución. Las decurias y centurias de los romanos existieron en el Perú. Cada cuerpo de ejército o batallón, entre los peruanos, se componía de diez centurias, o sea mil soldados.

Dice literalmente Garcilaso: «Todos los juegos se llaman en quichua *chunca* (diez), porque todos los números van a parar al deceno. Los peruanos tomaron, pues, el número *diez* por el *juego*, y para decir *juguemos* dicen *chuncasun*, que en rigor de significación es *contemos por dieces*.» (*Comentarios Reales*, capítulo XIV, libro XX.)

Otras razones en apoyo de mi creencia de que la numeración decimal fué la usada por los antiguos peruanos podría alegar; pero excuso hacerlo, porque carecen de la importancia decisiva que revisten las ya apuntadas. Una de ellas sería, por ejemplo, la de que en los ya casi destruídos caminos reales del Cuzco a Quito, y que hasta hoy se llaman *Camino del Inca*, a cada distancia de diez mil pasos colocaban una piedra o señal especial.

Ponemos punto, que para expresar los fundamentos en que apoyamos nuestra opinión histórica sobra con lo escrito.



## DE GALLO A GALLO

### HISTORIA DE DOS IMPROVISACIONES

Entre el doctor don José Joaquín de Larriua y el presbítero Eche-garay existía, por los años de 1828, constante cambio de bromas en verso. Ambos eran limeños, poetas festivos y, aunque sacerdotes, de costumbres nada edificantes.

Con menos culto público que hubiera tributado a Venus y con un poco más de consecuencia política, Larriua habría alcanzado, por su talento y erudición, a ocupar los más altos puestos del Estado. Con la misma pluma con que escribiera en 1807 el elogio universitario de Abascal, en 1812 el discurso contra los insurgentes del Alto Perú, en 1816 el elogio del virrey Pezuela y en 1819 la oración fúnebre por los prisioneros realistas en la Punta de San Luis, producciones todas de subido mérito literario, con esa misma pluma, repetimos, escribió en 1824 el sermón por los patriotas que murieron en la batalla de Junín, el elogio académico de Bolívar en 1826, el bellissimo artículo crítico titulado *El Fusilico*, en que puso al Libertador como ropa de pascua, y la tan popular letrilla

Sucre, en el año veintiocho,  
irse a su tierra promete.....  
¡cómo permitiera Dios  
que se fuera el veintisiete!

Hasta 1820, juzgándolo por sus escritos, fué Larriua más monar-quista y godo que el rey Wamba, y desde 1824 a 1826, más republicano y bolivarista que Bolívar. Después fué en política todo lo que Dios qui-so permitirle que fuera. Siempre oportunista o partidario del sol que alumbra.

Un día hace frío  
y otro hace calor.....  
¡qué tiempo, Dios mío,  
tan jeringador!

Muy ventajosa idea del risueño poeta tendrá que formarse todo el que lea la parte que llegó a publicar de su poema *La Angulada*, y sus preciosas fábulas *La araña* y *El mono y los gatos*. Musa verdaderamente traviesa inspiraba al poeta que escribía, como él mismo nos lo dice,

en el silencio de la noche, cuando,  
tosiendo y rebuznando,  
los hombres y borricos  
tienen en movimiento los hocicos.

Como periodista no está Larriva a la altura de su mérito como orador. En 1821 publicó varios números del *Nuevo Depositario*, y en 1825, la *Nueva Depositaria*, papeluchos que, aunque chistosos, no tuvieron significación política ni social. Ambos fueron hacinamiento de injurias personales contra don Gaspar Rico y Angulo, periodista español de revésado estilo. No faltó quien echase en cara a nuestro paisano el que malgastara su tiempo ocupándose tan *tesoneramente* de un pobre diablo. Pero Larriva contestó: «Cada vez que se me dirige este reproche me quiero desbautizar. ¡Gran empeño de la laya! Yo no escribo para todos, y si se me apura no escribo para nadie, sino para mí sólo, porque me agrada ver mis escritos en letras de molde. A nadie le pongo puñal sobre el pecho para que compre y lea el *Depositario*. ¿Qué cuenta tiene nadie con que yo gaste mi tiempo en lo que me diera la gana? ¿Yo gasto el tiempo de otro? ¿No es mío el que gasto? Si yo para escribir pidiese prestada una noche a Zutano, un día a Perencejo y a Mengano una semana, entonces sí que tendrían fundamento para hablar; pero gracias a Dios que puedo dar una vuelta en redondo sin que nadie me señale con el dedo y diga que le debo ni un minuto» (1).

Graciosa es la defensa; mas no por ella merecerá Larriva puesto culminante en el periodismo del Perú.

\* \* \*

El presbítero Echegaray era, como hemos dicho, un clérigo liber-

---

(1) En 1872, es decir, años después de publicado este artículo, coleccionó Odriozola, en el tomo II de sus *Documentos literarios*, las principales producciones de Larriva.



tino; pero justo es también consignar que si en la mocedad dió no flojo escándalo, fué en la vejez austero sacerdote.

De sus producciones literarias sólo nos son conocidas algunas fáciles y graciosas letrillas impresas en los listines de toros; y entre las composiciones místicas que escribió en los últimos años de su vida, es muy notable un soneto que existe en una pared del convento de los padres descalzos.

Tertulios del café de Bodegones eran Larriva y Echegaray. El primero padecía de reumatismo en una pierna, dolencia que le había conquistado el apodo de *Cojo*, y el segundo era de una gordura fenomenal, por lo que el pueblo lo bautizó con el nombre de *Tinaja*.

En el frecuente tiroteo de chanzas entre los dos poetas, decía *el cojo Larriva* que Echegaray era:

Juicio final con patas;  
nido de garrapatas;  
envoltorio estupendo;  
tambora de retreta y sin remiendo;  
demonio vil injerto en papagayo  
que viste largo sayo;  
judío de Levante  
que lleva el pujavante  
para cortar los callos a Longino,  
su padre y su padrino.

El adversario no tenía necesidad de ir a Roma por la respuesta, y entre otras bromas ensartaba estos pareados:

Cállese usted, cojete;  
cojo y recojo, cojo con bonete;  
cojo con muletilla;  
cojo y cojín con sudadero y silla;  
cojo *réquiem-eterna*  
que se desencuaderna;  
palitroque cojito;  
muleta de costilla de mosquito;  
mísero monigote,  
cojo desde los pies hasta el cogote.

Pero ya es tiempo de entrar en la historia de las dos improvisaciones, historia a la que ha servido de *introito* todo el largo párrafo hasta aquí escrito.

\* \* \*

Una noche charlábase sobre política, manjar de gente ociosa, entre los tertulios del café de Bodegones. Larriva había volteado la casa y dejado de ser bolivarista. No se acordaba ya de que dos años antes, en 1826, había dicho en el discurso universitario que ni con los ojos

de la imaginación quería ver a Bolívar lejos del Perú, que la Fama necesitaba de clarín nuevo para ensalzar a un héroe tan grande como Alejandro, César y demás capitanes de la antigüedad; y pongo punto a las demás exageraciones lisonjeras. Ahora decía Larriva:

El tal don Simón  
nunca ha sido santo  
de mi devoción.

¡Desmemoriado poeta! A esa época de su vida pertenecen también estos popularísimos versos, que los peruanos repetimos siempre:

Cuando de España las trabas  
en Ayacucho rompimos,  
otra cosa más no hicimos  
que cambiar mocos por babas.  
Mudamos de condición;  
pero sólo fué pasando  
del poder de Don Fernando  
al poder de Don Simón.

No había por aquel tiempo hombre ilustrado que en la conversación familiar, y como entre col y col lechuga, no soltase un latinajo. No sabemos a propósito de qué objeción que sobre sucesos o partidos políticos hizo Echegaray, contestó Larriva:

—Puede que así sea. El *potest* ni los teólogos lo rechazan. *Nihil difficile est*.

Y levantándose de la silla se dispuso a salir del café.

Echegaray lo detuvo, largándole a quemarropa este trabucazo:

*Si nihil difficile est,*  
según tu lengua relata,  
enderézate esa pata  
que la llevas al revés.

Una salva de palmadas acogió la feliz redondilla. Larriva tomó vuelo, se terció el manteo y, poniendo la mano sobre el hombro de su rival en Apolo, contestó al pelo:

Cuando Dios hizo esta alhaja,  
tan ancha de vientre y lomo,  
no dijo: — *Faciamus homo*,  
sino: — *Faciamus tinaja*.

No menos ruidosos aplausos obtuvo la improvisación de Larriva que los tributados a la de Echegaray.

¿En cuál de las dos improvisaciones hay mayor mérito? Decídalo el lector. De mí sé decir que no doy preferencia a la una sobre la otra. La lucha fué de bueno a bueno, de potencia a potencia, de gallo a gallo.



## DOS CUENTOS POPULARES

### I

Guardián de los franciscanos de Lima, por los años de 1816, era un fraile notable, más que por su ciencia y virtud; por lo extremado de su avaricia. Llegaba ésta a punto de mermar a los conventuales hasta el pan del refectorio.

El famoso padre Chuecas, que a la sazón era corista, fastidióse del mal trato, y en uno de los días del novenario de San Antonio, hallándose el guardián en un confesonario atendiendo al desvalijo de culpas de una vieja, subió nuestro corista al púlpito para rezar en voz alta la novena del santo lisbonense. Chuecas se propuso afrentar en público la tacañería del reverendo padre guardián, seguro, segurísimo, de que las beatas contestarían como loros con el estribillo de costumbre.

Empezó así el corista:

Los frailes en las tarimas  
y el guardián en los colchones.....

A lo que las devotas contestaron en coro:

Humilde y divino Antonio,  
ruega por los pecadores.

Y prosiguió el travieso fraile:

El guardián come gallina,  
los frailes comen frejoles.....



Y las rezadoras, sin darse cuenta de la pulla, volvieron a canturrear:

Humilde y divino Antonio,  
ruega por los pecadores.

Y tornó fray Mateo Chuecas:

Todos los frailes en cueros  
y el guardián buenos calzones.....

Y dale que le darás, las hembras repitieron el consabido estribillo.  
Y por este tono siguió el tunante corista cantándole a su superior las verdades del barquero.

Amostazóse a la postre el guardián, y sacando la cabeza del confesonario, dijo:

Baje del púlpito el pillo  
antes que yo lo acogote.....

Y las beatas contestaron:

Humilde y divino Antonio,  
ruega por los pecadores.

El corista obedeció, y su guardián lo plantó en la cárcel del convento a pan y agua por ocho días. Pero la cosa llegó a oídos del arzobispo Las Heras, quien llamó al superior franciscano, le echó una repasata de padre y muy señor mío y lo obligó a cambiar de conducta para con los conventuales, que, gracias a la aguda iniciativa del corista Chuecas, se vieron desde ese día bien vestidos y mejor alimentados.

## II

En el pueblo de..... (bautícelo el lector con el nombre que le cuadre) se veneraba como patrona a la Santísima Virgen. Andando los tiempos, la polilla, que no respeta ni el manto real ni las efigies de los santos, les comió las orejas y el cuerpo, de modo que las puso inservibles para el culto. Visto lo cual, el señor cura, el alcalde, los sacristanes, los mayordomos, los notables y feligreses pertenecientes a ambas cofradías se reunieron en junta solemne, y después de discusión más larga que la paciencia de un pobre, se acordó y resolvió hacer santos nuevos, y al efecto se nombró una comisión de cinco gamonales del pueblo para contratar la obra.

*Ipsa facto* la comisión se dirigió a Lima, y después de averiguar por el tallador o escultor de imágenes que de mayor fama disfrutara en la ciudad, ajustó contrato con don Pascual, y regresó con él al pueblo, donde se le recibió con música, *camaretazos*, repique y mesa de once. Brindó el alcalde, brindó el cura, brindaron los mayordomos, y cuando le llegó turno a don Pascual, éste dijo que tenía a mucha honra el haber sido contratado para ejecutar obra de tanta importancia, y que el mal de polilla, de que adolecían con frecuencia los santos, provenía de la pésima calidad de las maderas o de torpeza del artista en la preparación del barniz; por ende, lo primero que había que hacer era escoger buenos troncos, y que para ello iría él mismo, acompañado de las autoridades y vecinos de fuste, a recorrer el campo, hasta dar con los troncos de que había menester. Aplauso atronador del auditorio.

Al otro día, muy de madrugada, salió don Pascual con la comitiva, y después de recorrer gran trecho de monte sin dar con árbol que petase, llegaron a un sitio llamado el Romeral, en el cual se detuvo el artista, fijándose en un tronco hermoso que estaba frente a la choza de un pobre viejo, conocido por el apodo de *ño Pachurro*, tronco que le servía para amarrar su asno.

—Muchachos—exclamó gozoso don Pascual—, mano a las hachas y a ver si en cuatro minutos cortamos este tronco, que no lo he visto mejor en los días de mi vida para hacer de él a la Virgen.

—¡Alto, alto, caballeros!—brincó el viejo—. No aguanto infracción constitucional. ¿O soy peruano o no soy peruano? El tronco es mío, y no lo dejo cortar sin que haya resuelto el supremo gobierno el expediente de utilidad y necesidad para expropiarme de mi propiedad; y aun así, si no se me paga el justo precio del tronco, tendremos pleito hasta que San Juan baje el dedo.

Como el alcalde y los cabildantes eran de la comitiva, y el ladino viejo hablaba en razón, entraron en componendas con él, y por cuatro duros de plata y una botella de *cañazo* se convino en que, siendo el tronco bastante largo, se cortara de la parte de arriba lo suficiente para labrar la imagen de la Virgen, dejando la de abajo para que *ño Pachurro* atase su borrico.

Hecho el corte regresaron al pueblo como en procesión triunfal, siendo recibidos con muchas aclamaciones y vivas, y patán hubo que se arrodilló al pasar el tronco como si fuera ya la misma Santísima Virgen, tributándole lo que la Iglesia llama culto de hiperdulia.

Transcurrieron tres días, y cuando don Pascual estaba ya acabando de descortezar y pulir el tronco, el señor cura volvió a convocar a junta solemne y en ella expuso que la fiesta del patrón San Saturnino, que se celebra mucho antes que la de la Patrona, se venía encima, y que era más urgente hacer el santo; que, por consiguiente, el tronco que se había escogido para la Virgen se destinara para aquél, y que después se buscaría otro para la Patrona. Hubo de parecer a todos sesuda la proposición; se comunicó lo resuelto a don Pascual, y éste labró la imagen del santo, que diz que salió una obra de arte.....

El día de la fiesta y estreno de la imagen le cantaron al santo las siguientes coplas:

Glorioso San Saturnino,  
que nunca os olvidéis vos  
de que fuisteis escogido  
para ser madre de Dios.

Naciste en el Romeral,  
enfrente de ño Pachurro,  
y el pesebre de su burro  
vuestro hermano natural.

De raíz de árbol nacido,  
sin pecado original,  
has tomado forma humana  
por obra de don Pascual.

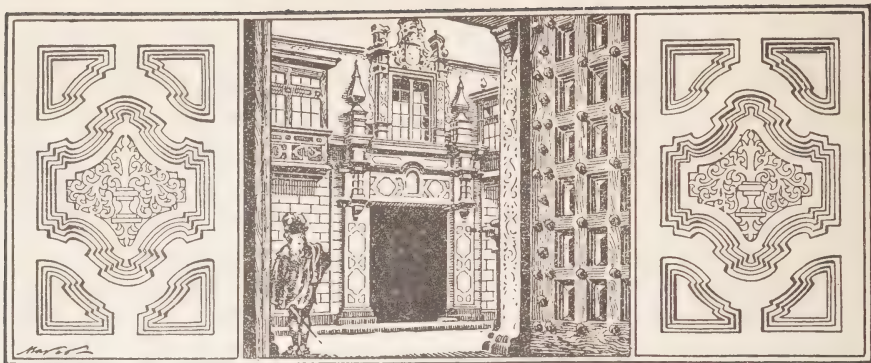
Dios te libre de polilla,  
y a nosotros del afán  
de andar en busca de tronco  
que te venga tás con tás.

De este modo tú en el cielo,  
y nosotros por acá,  
cantando tus alabanzas  
tendremos la fiesta en paz.

Esperamos tus milagros,  
nuevecito como estás,  
y que no salgan diciendo  
que el santo viejo hacía más.

Que viva San Saturnino  
y que viva don Pascual,  
y que todos nos juntemos  
en la patria celestial,  
y el señor cura también,  
por siempre jamás. Amén.





## MARÍA ABASCAL

Recorriendo ayer el salón de cuadros en el Palacio de la Exposición, después de admirar el magnífico retrato que de la cantatriz Luisa Marchetti pintó en Madrid el ilustre Federico Madrazo, me detuve ante otro retrato de mujer, hecho por humilde pintor peruano conocido con el nombre del maestro *Pablito*, y que según entiendo fué hasta 1850, en que murió, el retratista mejor reputado en Lima.

—Yo conozco a esta señora—me dije—; pero no caigo en quién sea..... ¿Quién será? ¿Quién será?

Y habría seguido cavilando hasta el fin de mis días, a no ocurrírseme preguntar al guardián:

—¿Sabe usted, amigo, quién es la persona de este retrato?

—No lo sé, caballero; pero he oído decir que la retratada fué querida de un señor Monteagudo, quien parece que era mucha gente *cuan-do se juró la patria*.

—¡Acabáramos!—murmuré—. ¡Vaya si la conozco!

Y como alguna vez he escrito sobre Rosa Campusano (la querida de San Martín) y sobre Manuela Saenz (la querida de Bolívar), encuentro lógico borrar hoy algunas cuartillas sobre María Abascal (la querida de Monteagudo).

\*\*\*

Por los años de 1807 existió en la calle ancha de *Cocharcas* (hoy de *Buenos Aires*) la más afamada *picantería* de Lima, como que en ella se despachaba la mejor *chicha* del Norte y se condimentaban un

*seviche* de camarones y unas papas amarillas con ají que eran cosa de chuparse los dedos. Los domingos, sobre todo, era grande la concurrencia de los aficionados al *picante* y a la rica *causa* de Trujillo.

La propietaria de la *picantería* era una mulata de Chiclayo, casada con un lambayecano que trabajaba como ebanista en una fábrica de muebles.

En la tarde del 8 de septiembre, día en que medio Lima concurría a las fiestas que se efectuaban en homenaje a la Virgen de Cocharcas, fiestas que después de la solemne misa y procesión concluían con opíparo banquete dado en el conventillo por el canónigo capellán, lidia de toretes, jugada de gallos, maroma y castillitos de fuego, entró a la *picantería* una negra que llevaba en brazos una preciosa niña de raza blanca y que revelaba tener nueve o diez meses de nacida. Pidió la tal un *mate* de *chicha de jora* y un plato de papas con ají, y cuando llegó el trance de pagar la peseta que importaba lo consumido, la muy bellaca puso sobre el mostrador a la criatura y le dijo a la patrona:

—Yo soy del barrio, y voy a mi cuarto a traerle los dos reales. Le dejo en prenda a la niñita María, y cuídemela mucho, que ya vuelvo. Y fué la vuelta del humo.

Después de muchas investigaciones, la picantera sacó en limpio que la negra era una de las muchas amas de cría de la Casa de Expósitos, que por ocho pesos de sueldo al mes se encargaban de la lactancia de los infelices niños.

Pero fué el caso que la chiclayana, que nunca había tenido hijos, en los ocho días transcurridos desde aquel en que recibió la prenda tomóla cariño, y decidió quedarse con ella, decisión favorecida por la circunstancia de que la huérfana estaba ya en condiciones de destete.

\* \* \*

Es sabido que a los expósitos se les daba por apellido el del virrey, arzobispo, oidores o el de alguno de los magnates que con limosnas favorecían el santo asilo. Así, en Arequipa, por ejemplo, casi todos los incluseros eran Chávez de la Rosa, en memoria del obispo de ese nombre, que fué el del fundador de la benéfica institución. También el apellido Casapía se generalizó en ese *orfanatorio* u *orfanato*, vocablos del lenguaje moderno que aun no han alcanzado a entrar en el Diccionario.

El mismo día en que la picantera y el oficial de ebanista decidieron

quedarse con la chiquilla, en calidad de madrina la llevó aquélla a confirmar, declarando que la ahijadita se llamaba María Abascal, adjudicación de paternidad que tal vez nunca llegó a oídos del virrey.

Abascal hizo su entrada en Lima a fines de julio del año anterior, y, cronológicamente computando, mal podía tener en septiembre de 1807 hija de nueve meses.

La madrina y su marido se encariñaron locamente por la criatura, disputándose a cuál la mimaba más y agotando en ella cuanto adquirirían para tenerla siempre vestida con esmerada limpieza y buen gusto.

María llegó a cumplir los seis años en la *picantería*, y era un tipo de gracia y belleza infantil que traía bobos de alegría a sus padres adoptivos. Pero las envidiosas muchachas del barrio, para amargar la felicidad de la inocente niña y hacerla verter lágrimas, la bautizaron con el apodo de *la papita con ají*.

El padrino, que trabajaba ya en taller propio y que, moneda a moneda, guardaba como ahorro un centenar de peluconas, resolvió que su mujer cerrase la *picantería*, y el matrimonio fué a establecerse en el extremo opuesto de la ciudad, en la calle del Arco, donde con modesta decencia arreglaron una casita. No querían que la niña siguiese en contacto de vecindad con gentes que la humillasen recordándola lo infortunado de su cuna.

\* \* \*

Y así vivieron muy felices hasta fines de 1821, en que el diablo, que es muy diablo, metió la cola en la limpia casita de la calle del Arco.

María había cumplido quince años, y la fama de su hermosura y discreción estaba generalizada en la parroquia.

Hasta un poeta criollo la cantó en la guitarra esta copla limeña:

Si yo pudiera arrancar  
una estrellita del cielo,  
te la pusiera en la frente  
para verte desde lejos.

Sus protectores la cuidaban como oro en paño, y apenas si los apasionados de la joven podían complacerse en mirarla y aun atreverse a dirigirla un piropo o galantería cuando los domingos, acompañada de su madrina, salía de la misa de nueve en Monserrate.



Poquísimas semanas hacía que San Martín ocupaba la capital y que la Independencia del Perú se había jurado. Entre los jefes y personajes argentinos cundió la reputación de deslumbradora belleza conquistada por la joven limeña, a quien la crónica callejera daba por hija de todo un virrey nada menos.

La misa de nueve en Monserrate se convirtió en romería para los galanteadores argentinos. Todos se volvieron devotos cumplidores del precepto dominical, empezando por el ministro don Bernardo Monteagudo, cuya neurosis erótica (tan magistralmente descrita por el doctor Ramos Mejía en su delicioso libro *Neurosis célebres*) llegó al colmo cuando conoció a María Abascal. Es claro que desde los primeros momentos él y ella se dirigieron con los ojos más transmisiones que dos centrales telegráficas.

¿Cómo pasaron las cosas? No he alcanzado a averiguar tanto ni hace falta. Lo que sé es que después de dos meses de obstinado asedio por parte de Monteagudo, que, derrochando oro, conquistó el auxilio de una celestina con hábito de beata comulgadora que frecuentaba la casita como amiga de la chichayana, la fortaleza se rindió a discreción, desapareciendo una noche María Abascal del honrado hogar de sus favorecedores.

El amor romántico o platónico es algo que se parece mucho al vino aguada. Eso de querer por sólo el gusto de querer no tiene sentido común. El hombre es fuego; la mujer, estopa, y como el diablo pasa día y noche sopla que sopla, por sabido está lo que discretamente callo.

\* \* \*

No fué sólo la fiebre de los sentidos la que dominó a Monteagudo en sus relaciones de catorce meses con María. Más de un año de constancia en hombre tan caprichoso y voluble como él, prueba que su corazón también estuvo interesado. Las aventurillas de veinticuatro horas que de don Bernardo se refieren fueron acaso sólo satisfacciones para su amor propio y no dejaron honda huella en su espíritu.

Cuando la tempestad política se desencadenó contra el ministro de Estado y el populacho rugía ferozmente pidiendo la cabeza de Monteagudo, éste no quiso partir para el destierro sin despedirse de la mujer amada. La atmósfera de Lima tenía para el ex ministro olor de calabozo con humedades de cadalso. Rodeándose de precauciones para no ser conocido en la calle por los enemigos que ansiaban apode-

rarse de su persona, Monteagudo llegó a media noche a casa de su María, de la que, acompañado de dos leales amigos, salió a las cinco de la mañana para embarcarse en el Callao.

Un año después, en diciembre de 1824, volvió a Lima Monteagudo, y se informó de que María tenía un amante. No quiso verla, y la devolvió, sin abrirlo, un billete en que ella le pedía una entrevista.

Un mes más tarde, en enero de 1825, caía una noche Monteagudo bajo el puñal de un asesino, y María Abascal, atropellando a la guardia, penetraba como loca en la iglesia de San Juan de Dios y regaba con sus lágrimas el cadáver de su primer amante, que quizá fué el único hombre que alcanzó a inspirarla verdadera pasión.

\* \* \*

Era yo un granuja de doce años cuando conocí a María Abascal, tal como la retratara el pincel del maestro *Pablito*. Principiaba para ella el ocaso de su hermosura, pues los cuarenta venían a todo venir.

Habitaba María los altos de una casa en la calle de Lescano, y en el piso bajo vivía la familia de uno de mis compañeros de colegio. Tuve así ocasión para verla muchas veces subir o descender del calesín, vestida siempre con elegancia y luciendo anillos, pendientes y pulseras de espléndidos brillantes. Recuerdo también haberla visto *de saya y manto* entre las traviesas tapadas que a las procesiones solemnes concurrían, y que con sus graciosas agudezas traían al retortero a los golosos descendientes de Adán. La saya y manto desapareció de la indumentaria limeña después de 1855.

María Abascal fué lo que se entiende por una aristocrática cortesana, una horizontal de gran tono. Las puertas de su salón no se abrían sino para dar entrada a altas personalidades de la política o del dinero. No se *encanalló* nunca, ni fué caritativa para con los enamorados pobres diablos. No daba limosnas de amor.

Su figura, acento y modales eran llenos de distinción. Parecía una princesa austriaca y no una mujer de humilde origen. Por eso nadie dudaba de que fuera hija del gallardo y caballeresco virrey Abascal en alguna aristocrática marquesa de Lima.

Contábame un contemporáneo y amigo de María que el día en que cumplió cuarenta y cinco años, lo que debió ser en 1851, rompió ella para siempre con el mundo y sus deleites y vanidades. Convirtió en dinero sonante sus lujosos muebles y valiosas alhajas, depositando

el total en casa de un comerciante, que era por esos años, en que aun no se conocían bancos en el Perú, el banquero de la ciudad. Se redujo a vivir modestamente con la renta mensual de cien pesos, intereses del capital, y se consagró a la vida devota, que es el obligado remate de toda vida alegre. Quien pecó y rezó, *la empató*.

Así vivió tranquila por más de veinte años, hasta que en 1873 ó 74 la estrepitosa quiebra del comerciante, fruto no de falta de honradez, sino de errados cálculos y de adversidades mercantiles, colocó a María en condición mendicante. Aquella quiebra fué muy sonada, porque comprometió el bienestar de muchas familias de Lima.

El arzobispo cedió a la Abascal dos habitaciones en la casa de pobres que en la calle de San Carlos posee el arzobispado, y casi todos los viejos y viejas de Lima que conocieron a *la Papa con ají* en sus buenos tiempos de opulencia se obligaron a auxiliarla con limosna mensual.

\* \* \*

Ha seis o siete años pasaba yo, en la mañana de un domingo, por el atrio de la iglesia de San Pedro, en compañía de un amigo que precisamente era aquel mi colega de 1845, cuando, entre la gente que salía de misa, pasó una anciana de aspecto distinguido y simpático cubierta con la antigua mantilla española. Esta circunstancia, tan fuera de la moda, me llamó la atención, y dije al amigo:

—Tengo curiosidad de saber quién es esta señora de la mantilla. ¿La conoces?

—Y tú también la conoces desde hace medio siglo—me contestó—. Hay recuerdos que se parecen a la cicatriz de la primera vacuna de la infancia en que difícilmente se borran.

—Pues que me aspen si la recuerdo.

—¡Hombre! Esa señora es *la Papa con ají*.

\* \* \*

María Abascal murió en 1898, a los noventa y dos años de edad.





## LA MONJITA DE AYACUCHO

No sé por qué haya de ser causa de escándalo el que una monja rompa la clausura y votos (impuestos o aceptados espontáneamente) contra las inmutables leyes de la Naturaleza, a la que mal pueden contrariar las flacas criaturas terrestres. Los votos monásticos, y el de castidad perpetua sobre todo, son indefendibles en nuestra época. Subsisten por rutina o costumbre, por histrionismo religioso más que por disciplina o necesidad de la Iglesia de Cristo. Así como una hormiga no hace verano, el que entre cada centenar de frailes haya uno de organismo atrofiado nada prueba en pro del celibato sacerdotal. Precisamente las excepciones sirven para vigorizar toda regla. La luz avanza, y el siglo XX, tenemos fe en ello, verá desaparecer muchas estupideces y barbaridades inventadas y mantenidas por la conveniencia del mercantilismo romano.

No somos de esos librepensadores que no quieren que los demás piensen libremente, sino a condición de que han de pensar como ellos piensan; pero en medio de nuestro genial espíritu de tolerancia no transigimos con farsas absurdas como las excomuniones, con la tiranía que sobre la conciencia se ejerce en el confesonario, con instituciones como el jesuitismo, adversas al progreso social, y mucho menos con la subsistencia de esas asociaciones llamadas conventos de frailes y monjas, asociaciones que en nuestros días carecen de razón de ser.

No siempre el agua es sucia; con frecuencia lo sucio es la botella. Mientras haya nidos, habrá cuervos y lechuzas. ¡Abajo los conventos!

Hoy a nadie, y menos a la mujer, es lícito el aislamiento y lo que los teólogos llaman vida contemplativa, propia de ángeles espirituales y no de seres corporales. La humanidad es una inmensa colmena y nadie tiene derecho a ser zángano en ella. En la tierra como en la tierra y en el cielo como en el cielo.

Dicen los fanáticos que siendo de católicos ortodoxos la gran mayoría de la nación peruana nadie debe atacar los errores y farsas del catolicismo romano. Tanto valdría sostener que en tierra donde la mayoría fuese de borrachos no es lícito predicar contra el alcoholismo.

Y hecha la moraleja, vamos ahora a la historieta contemporánea que nos ha inspirado aquélla.

\* \* \*

Por los años de 1848 a 1849, siendo obispo de Ayacucho el ilustrísimo señor Ofelán y prefecto el general don Isidro Frisancho, hubo una mañana gran conmoción en la ciudad y no por motivo de política.

Decíase que el acaudalado agricultor don Remigio Jáuregui, personaje que en 1839 figuró mucho como diputado en el Congreso de Huancayo, había en la noche escalado el monasterio de las clarisas y robádose a sor Manolita G....., monja que era, para quien no fuese un mililoto, todo lo que se entiende por bocado de cardenal.

Convencido el pueblo de que era realidad el rapto, y azuzado por algunos frailes envidiosos de la dicha de un lego, se lanzó sobre la casa de Jáuregui con el firme propósito de no dejar en ella piedra sobre piedra, y este acto de fanatismo, barbarie y justicia populachera se habría realizado a ser el prefecto de pocos bríos. La chusma, *ad majorem gloriam Dei*, opuso resistencia a la tropa, se cambiaron balas y hubo muertos y heridos, y el bochinche fué sofocado. Me alegro y vuelvo a alegrarme.

Entre tanto Jáuregui, con la paloma por supuesto, estaba en su hacienda de Huanta, a cinco o seis leguas de Ayacucho, y sus peones, bien armados y municionados, habían también rechazado una embestida popular.

El obispo se limitó..... a lo de siempre: excomunión y tente perro. La justicia, por hacer que hacemos, enredó el asunto en papel se-

llado, y aunque el juez llegó a librar mandamiento de prisión contra el excomulgado no halló forma de hacerlo efectivo. A la postre lo dejó en libertad bajo de fianza y la causa siguió a paso de tortuga renga.

El presidente de la República y otros magnates patrocinaban a Jáuregui, y tanto que en 1851 se le nombró subprefecto de Huanta, por considerarlo el gobierno como hombre preciso para alcanzar el triunfo de una candidatura oficial. Fatalmente, a los belicosos huan-  
tinos les supo a chicharrón de sebo el nombramiento, y en la primera oportunidad propicia se rebelaron contra la autoridad provincial. Jáuregui y la monja escaparon milagrosamente, y fueron a refugiarse en un pueblo de la provincia de La Mar.

Y allí vivieron tranquilamente, como vive todo matrimonio bien avenido, hasta 1860, en que *la flaca* se llevó al amante.

¡Cosa curiosa y que explotó a su sabor el fanatismo supersticioso! Tuvieron hijos, y todos varones. Item, los nenes, tan luego como eran bautizados, volaban al otro mundo.

Muerto Jáuregui volvió la monja a su convento, donde pasó veinte años de vida asaz penitente. Murió en 1881.





## LOS REPULGOS DE SAN BENITO

*Si Deus non fuera Deus, sant  
Antonio sería..... ¡un corno!*

(Decires portugueses.)

Los pocos mataperros de 1845 que aun comen pan en esta metrópoli limeña recordarán al hermano *Piojo blanco*, lego profeso del convento de San Francisco. Me parece que lo estoy viendo en pleno ejercicio de sus funciones de cuidador o sacristán del altar de San Benito, santo del que era gran devoto.

El apodo de *Piojo blanco* veniale de que el pigmento o materia colorante de su piel era de la naturaleza que caracteriza a los hombres que la ciencia denomina *albinos*.

El buen lego se había familiarizado tanto con San Benito que cuando empleaba el plumero para sacudir el polvo del altar lo hacía platicando con la efigie; y tan grande era su alucinación, que afirmaba formalmente que el santo le respondía y que, en conversación íntima, lo había puesto al corriente en cosas de la otra vida.

Yo no sé por qué (pues no he tenido un cuarto de hora ocioso para leer la vida del santo) exhiben en los altares al bienaventurado italiano con rostro y manos de negro retinto. Sospecho que será por encomiar en él la virtud de la humildad; y si no estoy en lo cierto, que no valga.

En materia de santos milagreros disputábanse la palma, en Lima y por aquellos años, San Antonio y San Benito. Hoy son un par de páñflos al lado de San Expedito, que ha alcanzado a destronarlos, si bien me aseguran que el actual Padre Santo se propone privar de santidad al susodicho don Expedito declarando nulos y sin valor sus milagros. Sea lo que Dios y su merced quieran, que a mí la cosa me importa un pepinillo en escabeche.

Un grupo de granujas, entre los que yo militaba, solía, por la tarde, rodear a *Piojo blanco* en el atrio de San Francisco, y el bendito hermano no se hacía rogar para dar suelta a la sin huesos ni pelos, relatándonos maravillas de San Benito. Ciegos a los que el santo hizo recobrar la vista, cojos a los que mandó arrojar la muleta, Magdalenas arrepentidas, pícaros que se metieron frailes, cadáveres que se echaron a caminar; en fin..... ¡la mar de milagros!

Uno de mis camaradas, que era un chico con más trastienda que una botica y más resabioso que un cornúpeta de la Rinconada de Mala, interrumpió al narrador, diciéndole:

—En resumidas cuentas, hermano: si su San Benito es tan poderoso, bien puede competir con Dios, echarle la zancadilla y reemplazarlo.

—Me parece—contestó el lego con el aplomo de un sectario entusiasta—, y hasta creo que su merced no lo haría mal en el oficio de Dios.

—¡Cómo! ¡Qué herejía! ¿Cómo es eso?—exclamamos en coro y escandalizados los muchachos.

—No crean ustedes—prosiguió el hermano—que en el cielo no haya, como en la tierra, descontentos y bochincheros. Que los hay, lo sé de buena tinta; y diré a ustedes en confianza (y ¡cuidado! con que me comprometan contándoselo al comisario del barrio o al intendente de policía) que una vez varios santos demagogos le propusieron a San Benito que fuese Dios.....

—¿Y qué contestó el negrito?—preguntó uno de nosotros.

—Contestó..... que no quería ser Dios ni con plata encima, ni aunque lo fusilaran, hicieran cuartos o lo convirtieran en picadillo. Esto me lo ha dicho el mismo San Benito, en conversación que tuvimos hace ocho días.

—Pero le habrá dicho también el por qué no quiere ser Dios—dijo un granujilla que, por lo espiritado, parecía que estaba haciendo estudios escolares para convertirse en alambre.

—¡Vaya si me lo ha dicho! Sepan ustedes que San Benito discurre que el oficio de Dios ha de ser oficio muy cócora, y que al que lo ejerce debe repudrirsele la sangre palpando que, no obstante su tan cacareada omnipotencia, no logra tener a todos satisfechos y contentos.

Saco en limpio de estas palabras de *Piojo blanco* que el ser presidente de la República ha de ser bocado más apetitoso que el de ser Dios; pues no ha llegado a mi noticia que candidato alguno haya hecho ascos al puesto alegando los repulgos de San Benito. El que nos diga *no quiero* será porque encuentre que las uvas no están maduras, pero no por miedo a las desazones del mando ni a la cosecha de espinas.





## SAN ANTONIO DEL FONDO

Por los años de 1838 a 1842 era todos los sábados la avenida de Mercedarias un hormiguero de mujeres, no sólo de las clases popular y media, sino hasta de la aristocracia, que entraban y salían al hasta hoy conocido por el nombre de *callejón del Fondo*.

Aquello era una verdadera romería para la gente devota que iba a solicitar milagros de una efígie de San Antonio, a la cual una beata que por vieja y fea era ya de todo punto tabaco infumable, que habitaba dos cuartos en el antedicho callejón del Fondo, tributaba fervoroso culto.

En el primero de los cuartos, que mediría, sobre poco más o menos, seis varas cuadradas, veíase un primoroso altarico sobre el que, entre columnas cubiertas por exvotos de oro y de plata, se alzaba la efígie del santo, finamente labrada en piedra de Huamanga.

Hacia los honores a los visitantes de la capilla el confesor de la beata, que era un fraile franciscano más flaco que esqueleto de sardina, cuyo nombre he olvidado, y aunque lo recordara eso no da ni quita interés a mi relato.

En un extremo de la capilla veíase un buzón en que las devotas, aparte de una moneda de plata como ofrenda para el mantenimiento del culto, depositaban una carta o memorial dirigido a San Antonio, pidiéndole que se empeñase con Dios para obtener la realización de tal o cual anhelo, ya fuera la salud para un enfermo, un empleo para un deudo o el premio gordo de la lotería próxima. Hasta los pícaros y las doncellas de malandanza tenían algo que pedirle al santo.

Lo seguro para la beata y el confesor era una cosecha semanal de pesetas, que nunca bajó de diez pesos.

Regresaban devotos y devotas el sábado siguiente, y después de nueva ofrenda monetaria, les entregaba la beata, en representación del santo, el memorial despachado, si no siempre con un decreto de interpretación sibilina, de esos que el vulgo llama

¡bambolla! ¡bambolla!  
ni pan ni cebolla,

por lo menos con un—Veremos—, —Se hará lo que se pueda—, —Confíe en Dios—, —No pierda la esperanza—. Y no fué raro encontrarse con un —Como lo pide la suplicante—; sobre todo cuando la solicitud se reducía a pedirle novio a San Antonio, que era, hasta aquellos años, el santo casamentero por excelencia. Por eso dijo un poeta de mi tierra:

¿A qué de Celestinas el servicio  
si, encendiéndole un cirio a San Antonio,  
consiguen las muchachas matrimonio?  
Pues, señor, ¡tiene el santo buen oficio!

Persona que de estas cosas sabe me asegura que San Antonio ha sido destronado por San Expedito, que es hogaño el santo a la moda para proveer de marido a niñas crédulas y alborotadas. Felizmente, el Papa piensa *desantizar* a San Expedito.

Por el mes de junio no era chico el toletole que se armaba entre los devotos y devotas para el novenario y fiesta de San Antonio. Hasta misa y sermón hubo el año 42, y vísperas con castillo de fuego en la puerta del callejón. El día de la fiesta repartió la beata entre la concurrencia mucha *mixture* y una decimita (que a la vista tengo) impresa en papel verde, fruto primerizo de una joven que acababa de declararse en estado de poetisa.

## A SAN ANTONIO DEL FONDO

¡Oh! glorioso San Antonio,  
que en humilde callejón,  
sin hacer ostentación  
avasallas al demonio,  
sigue dando testimonio  
de tu poder infinito,  
y alcanza de Dios bendito,  
como celeste laurel,  
gracias para todo aquel  
que a ti las pida contrito.

El escándalo llegó a la postre a oídos del arzobispo, que lo era a la sazón el franciscano padre Arrieta, quien hizo venir a su presencia al hermano capellán de San Antonio del Fondo, y lo conminó a que, sin alboroto, pusiese término a mojiganga que no era mas que una de las muchas verrugas que nos legara el pasado. La superstición y el fanatismo son plantas que echan raíz muy honda.

En los *Avisos* de Jerónimo Barrionuevo, correspondientes al año 1665, habría leído, probablemente, nuestro simoníaco fraile, que una vez despachó San Antonio el memorial de una señora, que le pedía al santo trajese a buen camino a su marido que andaba un mucho extraviado, con el siguiente decretito: —Hermana, acuda a San Cayetano, que a lo que pide no alcanzan ni mi influencia ni mi mano.

Y en que lo leyó el franciscano limeño no cabe para mí dudar, pues el sábado inmediato recibieron todas las peticionarias el respectivo memorial con este proveído: —Ya no despacho.

De aquí dedujeron los profanos que en el cielo había habido crisis, y que San Antonio estaba en la categoría de ministro cesante y sin pizca de favor para con el que le quitó la cartera.

A santo que se niega a despachar o que no hace ya milagros no hay por qué visitarlo ni rezarle—dijeron mis paisanitas—, y desde ese día no volvió San Antonio del Fondo a ser importunado por pedigüeñas, ni volvió el buzón a recibir pesetas.





## ¿QUIÉN TOCA EL ARPA? JUAN PÉREZ

(ORIGEN DE ESTE REFRÁN)

Créanme ustedes, por la cruz con que me santiguo, que en cierta villa del Perú, que no determino por evitarme desazones, existía un tocador de arpa tan eximio que, en certamen o concurso musical, habría dejado tamañito el mismísimo santo rey David.

Juan Pérez, que así se llamaba el arpista, hacía vibrar armoniosamente las metálicas cuerdas sólo por amor al arte, y nunca estimulado por las monedas que con su habilidad podría lucrar. No era precisamente rico; pero bastábanle una casita y unos terrenos bien cultivados, que de su padre heredara, para vivir en holgada medianía. No codiciaba tampoco aumento de bienes, y era feliz, a su manera, con lo que poseía y con tocar el arpa, libre de las preocupaciones y cuidados que la fortuna trae consigo.

Todo vecino precisado a festejar el bautizo de un mamón, un cumpleaños, matrimonio u otra fiesta de familia, invitaba indefectiblemente a Juan Pérez, el cual no se hacía rogar para concurrir con su arpa y deleitar, *gratis et amore*, a los convidados. Era hombre muy querido y popular.

Cada gallo canta en su corral; pero el que es bueno, bueno, canta en el suyo y en el ajeno. A esta clase pertenecía Juan Pérez; porque si en su casa tocaba bien, en la de los vecinos lo hacía maravillosamente. Mejor, sólo Santa Cecilia en el cielo.

Si los aplausos le embriagaban, no menor embriaguez le producían las reiteradas libaciones. Y como casi no pasaba noche sin parranda, se fué, poquito a poquito, aficionando al zumo de parra. El arpa y la copa llegaron, a la postre, a ser para él divinidades a las que tributaba fervoroso culto. En cuanto a hijas de Eva no pasaba de ser pecador



de contrabando y a dure lo que durare, como cuchara de pan, y después,

de ella hacía tanto caso  
como el autócrata ruso  
del primer calzón de raso  
que se puso.

Frisaba ya Pérez en los cuarenta cuando Zoilita Véjar, que era, como dijo el conde de Villamediana, una de tantas

santas del calendario de Cupido,

consiguió hacerlo pagar derechos en la aduana parroquial por ante su merced el padre cura.

Juan Pérez no se atuvo al refrán que dice: —Ni cabra horra ni mujer machorra— y apuró el tósigo.

—Para marido sirve cualquiera—dijo para sus adentros la mozueta; como aquel pobre diablo que fué a solicitar empleo en una casa de comercio, y preguntándole el patrón si estaba expedito en el manejo de la caja, contestó: —Calcule usted si lo estará quien, como yo, ha sido cinco años tambor en cuerpo de línea.

No es del todo exacto aquello de que estado cambia costumbres; porque después de la luna de miel, que no fué larga, volvió Juan Pérez a sus casi olvidadas arpa y copa, pasándose las noches de turbio en turbio, como cuando era soltero, en las jaranas, y siempre entre participio y gerundio, es decir: bebido y bebiendo.

Como Zoilita trajo al matrimonio por toda dote un regimiento de enamorados galanes, éstos se turnaban para acompañarla en la noche, cuidando sólo de asomarse a la casa en que sonaran cuerdas, y preguntar: —¿Quién toca el arpa? ¡Ah! Juan Pérez—; lo que equivalía a decirse: no hay cuidado de que antes del alba vaya el músico a interrumpirme la conversación con su oído.

—¿Quién toca el arpa? Juan Pérez—fué, pues, frase que llegó a popularizarse adquiriendo honores de refrán, y así ha llegado hasta nosotros, que la usamos familiarmente cuando, tratándose de un marido descuidado con su hogar, queremos dar a entender que lleva sobre la frente aquellos que en los toros son honra cuando son bien puestos, lisos y puntiagudos.



## UN SANTO VARÓN

Vivo y comiendo pan está todavía en Huauya, estancia vecina a Caraz, el protagonista de este artículo. Llámase José Mercedes Tamariz, aunque generalmente se le conoce por el *Tuerto*, si bien él se requema cuando oye el mote y la emprende a puñetazo limpio con el burlón.

Hasta hace pocos años fué Tamariz persona de fuste en la parroquia de San Ildefonso de Caraz, como que ejercía los socorridos cargos de sacristán, campanero, misario en las misas rezadas, organista en las fiestas solemnes y cantor fúnebre en todo sepelio. Era hombre a quien nadie habría tenido entrañas para negarle un par de zapatos viejos.

Gran devoto del zumo de parra, que en tan buen predicamento para con la humanidad puso el abuelo Noé, era frecuente que para la misa dominical tuviese el párroco que ir en persona a sacar al organista de alguna tracamandana. El bellaco *Tuerto* era un don Preciso, pues en diez leguas a la redonda no había hombre capaz de manejar el órgano.

Y sucedió que un domingo, en que lo sacaron de una cuchipanda para llevarlo a la iglesia, en vez de arrancar al órgano notas que pudieran pasar por imitación del *Gloria in excelsis*, tocó una *cachua* con todos sus ajilimójilis. Los cabildantes que a la misa concurrieron se sulfuraron ante tamaña irreverencia, y ordenaron al alguacil que, amarrado codo con codo, llevase a la cárcel al tuno del organista, el cual protestaba con esta badajada, propia de un trufaldín:

—Dios no entiende de música terrena, y para él da lo mismo una tonada que otra.

Acostumbrábase en muchos pueblos del Perú celebrar la Semana Santa con mojigangas populacheras que ni pizca tenían de religiosas. En Lima misma, como quien dice en el cogollito de la civilización, tuvimos, hasta *que entró la patria*, la exhibición de la *Llorona* de Viernes Santo, de la *Muerte carcancha* y de otras profanaciones de idéntico carácter. A Dios gracias, van desapareciendo del país esas extravagancias de una mal entendida devoción.

En la costa y en la sierra, toda mestiza de quince a veinte primavera y de apetitoso palmito en disponibilidad para noviazgo se desvivía por que la designase el cura para representar en la iglesia a la Verónica, a la pecadora de Magdala, a María Cleofé u otra de las devotas mujeres que asistieron al drama del Calvario.

No hace aún medio siglo que en Paita y otros pueblos del departamento de Piura ponían en la cruz al mancebo más gallardo del lugar, y cuentan que una vez interrumpió éste al predicador, diciendo:

—Mande su paternidad que se vaya la bendita Magdalena, porque me está haciendo cosquillas.

En cuanto a los hombres, el papel de *santos varones* no tenía menos pretendientes. Durante la cuaresma, el cura los ensayaba para que en *las tres horas* del Viernes Santo varones y varonesas desempeñasen correctamente su papel.

El cura de Caraz, presbítero don José María Saenz, que corriendo los años murió en el antiguo manicomio de San Andrés, designó en una ocasión a Mercedes Tamariz para que funcionara como santo varón a quien correspondía desclavar la mano izquierda de Cristo.

Pero fué el caso que imaginándose el orador que era más culto emplear las palabras *diestra* y *sinistra* en vez de *derecha* e *izquierda*, vocablos de uso corriente, dijo dirigiéndose a Tamariz:

—Santo varón, desclava la mano *sinistra* del Señor.

Tamariz se quedó echo un pasmarote, y *sotto voce* dijo a su compañero:

—Eso de *sinistra* irá contigo.....; desclava, hombre.

—No, Mercedes, a ti te toca.

—¿Qué diablos va a tocarme a mí? Me corresponde la *izquierda*.

El cura, viendo que el sacristán se hacía el remolón para cumplir la orden, repitió:

—Santo varón, desclava la mano *sinistra* del Señor.

Ni por esas; Mercedes Tamariz no se daba por notificado y seguía disputando con el otro prójimo.

Entonces, aburrido el párroco, le gritó:

—¡Tuerto borracho! Desclava la mano izquierda del Señor.

Eso de llamarle *Tuerto*, y en público para mayor agravio, le llegó al sacristán a la pepita del alma, le removió el *concho* alcohólico, arrojó con estrépito la herramienta que para desclavar tenía en la mano, y se salió furioso de la iglesia parroquial, diciendo:

—Padre, no tiene usted la culpa, sino yo, por haberme metido en semejantes candideces.





## LAS MENTIRAS DE LERZUNDI

Allá en los remotos años de mi niñez conocí al general de caballería don Agustín Lerzundi. Era él, por entonces, aunque frisaba con medio siglo, lo que las francesas llaman un *bel homme*. Alto, de vigorosa musculatura, de frente despejada y grandes ojos negros, barba abundante, limpia y luciente como el ébano, elegante en el vestir, vamos, era el general todo lo que se entiende por un buen mozo. Añadamos que su renombre de valiente en el campo de batalla era de los ejecutoriados y que, por serlo, no se ponen en tela de juicio.

Como jinete era el primero en el ejército, y su gallardía sobre el brioso caballo de pelea no hallaba rivales.

Cuéntase que, siendo comandante, recibió del ministerio de la Guerra órdenes para proveer a su regimiento de caballería, procurando recobrar los caballos que hubieran pertenecido al ejército y que se encontraran en poder de particulares. Don Agustín echó la zarpa encima a cuanto bucéfalo encontró en la ciudad. Los propietarios acudieron al cuartel de Barbones reclamando la devolución, y Lerzundi, recibéndolos muy cortésmente, les contestaba:

—Con mucho gusto, señor mío, devolveré a usted el caballo que reclama si me comprueba que es propiedad suya y no del Estado.

—Muy bien, señor comandante. Basta con ver la marca que lleva el caballo en el anca izquierda. Es la inicial de mi apellido.

¿La marca era una A? Pues Lerzundi decía: —Al *canchón* con el caballo, que esa A significa *Artillería volante*. —¿Era una B? Entonces el jamelgo pertenecía a *Batidores montados*. Para Lerzundi la C significaba *Coraceros* o *Carabineros*; la D, *Dragones*; la E, *Escolta*; la F, *Fusileros de descubierta*; la G, *Granaderos de a caballo*; la L, *Lanceros*; la P, *Parque*; en fin, a todas las letras del alfabeto les encontraba

descifración militar. Según él, todos los caballos habían sido robados de la antigua caballada del ejército. Lertzundi los *reivindicaba* en nombre de la patria.

Sexagenario ya, reumático, con el cuerpo lleno de alifafes y el alma llena de desengaños, dejó el servicio, y con letras de cuartel o de retiro fué a avocindarse en el Cuzco, donde poseía un pequeño fundo y donde vivía tranquilamente sin tomar cartas en la política, y tan alejado de la autoridad como de la posición. Un día estalló un motín o bochinche revolucionario; y Lertzundi, por amor al oficio, que maldito si a él le importaba que se llevase una legión de diablos al gobierno, con el cual no tenía vínculos, se echó a la calle a hacer el papel de Quijote amparador de la desvalida autoridad. Los revoltosos no se anduvieron con melindres y le clavaron una bala de a onza en el pecho, enviándolo sin más pasaporte al mundo de donde nadie ha regresado.

Sara Bernhardt contaba que, representando en un teatro de América, después del segundo acto entró en su camarín a visitarla el presidente de la República. Terminó el tercer acto, y entró también a felicitarla un nuevo presidente. De acto a acto había habido una revolución. ¡Cosas de América!..... contadas por los franceses, como si dijéramos por Lertzundi, pues lo único que ha sobrevivido a este general es su fama de *mentiroso*.

El célebre Manolito Gásquez, de quien tanto alardean los andaluces, no mentía con más gracejo e ingenio que mi paisano el limeño don Agustín Lertzundi. Dejando no poco en el tintero, paso a comprobarlo.

## I

Conversábase en un corro de amigos, siendo el tema referir cada uno el lance más crítico en que se hubiera encontrado. Tocóle turno a Lertzundi, y dijo:

—Pues, señores, cuando yo era mozo y alegroncillo con las hijas de Eva fuí una tarde con otros camaradas a la *picantería de ña Petita*, en el Cercado. Allí encontramos una *muchachería* del coco y de *rechupete*, mozas todas de mucho *cututeo*; hembras, en fin, de la *hebra*. Ello es que entre un camaroncito *pipirindingue*, acompañado de un vaso de chicha de *jora*, y un bocadito de *seviche* en zumo de naranja agria, seguido de una copita del *congratulámini quitapesares*, nos die-

ron las ocho de la noche, hora en que la obscuridad del Cercado era superior a la del Limbo. Nos disponíamos ya a emprender el regreso a la ciudad, llevando cada uno de bracero a la *percuncha* respectiva, cuando sentimos un gran tropel de caballos que se detuvieron a la puerta de la picantería, y una voz aguardentosa que gritó:

—¡Rendirse todo el mundo, vivos y muertos, que aquí está Lacunza el guapol!

Las mozas no tuvieron pataleta, que eran hembras de mucho juego y curtidas en el peligro; pero chillaron recio y sostenido, y como palomas asustadas por el gavilán corrieron a refugiarse en la huerta, encerrándose en ella a tranca y cerrojo.

Nosotros estábamos desarmados, y escapó cada cual por donde Dios quiso ayudarlo; pues los que nos asaltaron eran nada menos que los ladrones de la famosa cuadrilla del facineroso negro Lacunza, cuyas fechorías tenían en alarma la capital. Yo, escalando como gato una pared, que de esos prodigios hace el miedo, conseguí subir al techo; pero los bandidos empezaron a menudearme con sus carabinas pelotillas de plomo. Corre que corre, y de techo en techo, no paré hasta Monserrate (1).

—Eso es mucho—comentó uno de los oyentes—. ¿Y las bocacalles, general, y las bocacalles?

—¡Hombre! ¡En qué poca agua se ahoga usted!—contestó Lertzundi—. ¡Las bocacalles! ¡Valiente obstáculo!..... Esas las saltaba de un brinco.

Roberto Robert, que saltó desde el almuerzo de un domingo a la comida de un jueves sin tropezar siquiera con un garbanzo, no dió brinco mayor que el de las bocacalles de mi paisano.

## II

Siendo Lertzundi capitán, una de nuestras rebujinas políticas lo forzó a ir a comer en el extranjero el, a veces amargo, pan del ostracismo. Residió por seis meses en Río de Janeiro, y su corta permanencia en la capital del por entonces imperio americano, fué venero en que ejerció más tarde su vena de mentiroso inofensivo.

---

(1) El Cercado y Monserrate son, en línea recta, extremos de la ciudad, o sea un trayecto de más de dos millas.





«... de techo en techo, no paré  
hasta Monserrate.»





Corrieron años tras años; después de una revolución venía otra revolución; hoy se perdía una batalla y mañana se ganaba otra batalla; cachiporrazo va, cachiporrazo viene; tan pronto vencido como vencedor; ello es que don Agustín Lertzundi llegó a ceñir la faja de general de brigada. Declaro aquí (y lo ratificaré en el valle de Josafat, si algún militroncho se picare y me exigiese retractación) que entre un centenar, por lo menos, de generales que en mi tierra he alcanzado a conocer, ninguno me pareció más general a la de veras que don Agustín Lertzundi. ¡Vaya un general bizarro! No se diría sino que Dios lo había creado para general y..... para mentiroso.

Acompañaba siempre a Lertzundi el teniente López, un muchachote bobiculto que no conoció el Brasil más que en el mapamundi, y a quien su jefe, citándole no sé qué artículo de las Ordenanzas que prohíbe al inferior desmentir al superior, impuso la obligación de corroborar siempre cuanto él le preguntase en público.

Hablábase en una tertulia sobre la delicadeza y finura de algunas telas, producto de la industria moderna, y el general exclamó:

—¡Oh! ¡Para finos los pañuelos que me regaló el emperador del Brasil! ¿Se acuerda usted, teniente López?

—Sí, mi general....., ¡finos, muy finos!

—Calculen ustedes—prosiguió Lertzundi—si serían finos que los lavaba yo mismo echándolos previamente a remojar en un vaso de agua. Recién llegado al Brasil, me aconsejaron que, como preservativo contra la fiebre amarilla, acostumbra-se beber un vaso de leche a la hora de acostarme, y nunca olvidaba la *mucama* colocar éste sobre el velador. Sucedió que una noche llegué a mi cuarto rendido de sueño y apuré el consabido vaso, no sin chocarme algo que la leche tuviese mucha nata, y me prometí reconvenir por ello a la criada. Al otro día vínome gana de desaguar cañería y..... ¡jala! ¡jala! ¡jala! salieron los doce pañuelos. Me los había bebido la víspera en lugar de leche..... ¿No es verdad, teniente López?

—Sí, mi general, mucha verdad—contestó con aire beatífico el sufrido ayudante.

### III

Pero un día no estuvo el teniente López con el humor de seguir aceptando humildemente complicidad en las mentiras. Quiso echar por cuenta propia una mentirilla y..... ese fué el día de su desgracia;

porque el general lo separó de su lado, lo puso a disposición del Estado Mayor, éste lo destinó en filas, y en la primera zinguizarra o escaramuza a que concurrió, lo *desmondongaron* de un balazo.

Historiemos la mentira que ocasionó tan triste suceso.

Hablábase de pesca y caza.

—¡Oh! Para escopeta, la que me regaló el emperador del Brasil.  
¿No es verdad, teniente López?

—Sí, mi general..... ¡Buena!..... ¡Muy buena!

—Pues, señores, fui una mañana de caza, y en lo más enmarañado de un bosque descubrí un árbol en cuyas ramas habría por lo menos unas mil palomas..... Teniente López, ¿serían mil las palomas?

—Sí, mi general, tal vez más que menos.

—¿Qué hice? Me eché la escopeta a la cara, fijé el punto de mira y..... ¡pum! ¡fuego! ¿No es verdad, teniente López?

—Sí, mi general, me consta que su señoría disparó.

—¿Cuántas palomas creen ustedes que mataría del tiro?

—Tres o cuatro—contestó uno de los tertulios.

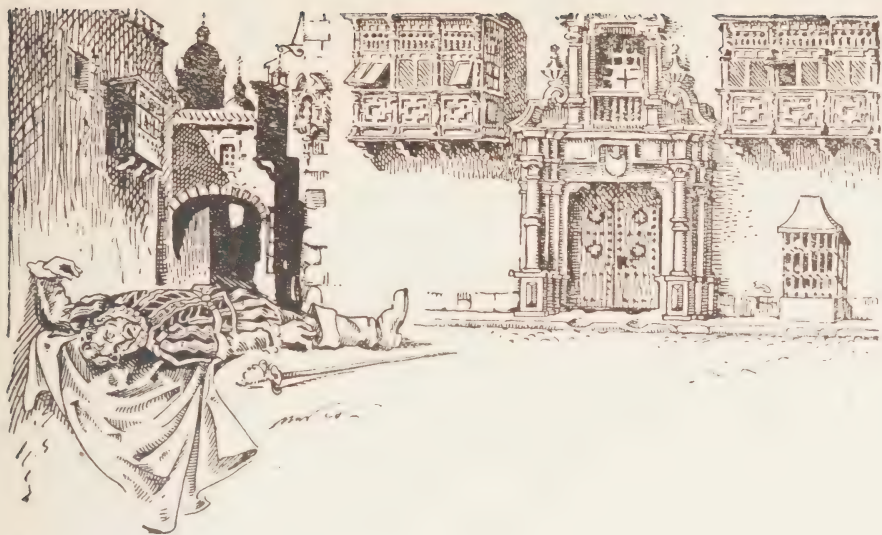
—¡Quia! Noventa y nueve palomas..... ¿No es verdad, teniente López?

—Sí, mi general..... Noventa y nueve palomas..... y un lorito.

Pero Lertzundi aspiraba al monopolio de la mentira, y no tolerando una mentirilla en su subalterno, replicó:

—¡Hombre, López.....! ¿Cómo es eso?..... Yo no vi el lorito.

—Pues, mi general—contestó picado el ayudante—, yo tampoco vi las noventa y nueve palomas.



## EL DESAFÍO DEL MARISCAL CASTILLA

Entre el gran mariscal don Ramón Castilla y el cónsul de Francia monsieur de Saillard se pactó en 1839 un duelo que debía realizarse un año después. Pero antes de dar a conocer la causa del desafío y lo que impidió su realización, conviene que el lector sepa quién fué monsieur de Saillard, para que así no se vea en el caso de aquel que ignorando lo que es un *ojo de gallo* le preguntó a un amigo:

—¿Qué tiene usted, don Restituto, que le veo tan aliquebrado?

—Poca cosa..... Un maldito ojo de gallo que me está haciendo ver estrellas.

—Hombre, eso es muy serio..... Al ojo con el codo..... No se descuide, y vea hoy mismo al oculista.

### I

A fines de 1829 la fragata francesa *Moselle*, de sesenta cañones, se detuvo, sin fondear, frente a Valparaíso el corto tiempo preciso para que desembarcase el vizconde de Espinville, que venía investido con



el carácter de vicecónsul, pues por aquellos tiempos Inglaterra y Francia no acreditaban ministros cerca de las nacientes repúblicas americanas, sino cónsules generales, a los que auxiliaba un vicecónsul o canciller.

La *Moselle* continuó su viaje para el Callao conduciendo también a monsieur de Saillard, vicecónsul nombrado para el Perú.

Ambos agentes consulares eran tipos opuestos. El aristocrático vizconde era un simpático normando, de veintiocho años de edad, buen mozo, elegante y con refinamientos parisienses. Monsieur de Saillard era un provenzal, hijo de modesto receptor de rentas, pequeño y regordete como candidato a una apoplejía fulminante y representaba treinta años sobre poco más o menos. Su genio era altanero e iracundo, también en oposición al del vizconde, que era todo moderación y amabilidad.

Para matar el fastidio de la larga navegación, entreteníanse una noche los dos vicecónsules en una partida de naipes, en la que sólo interesaban céntimos de franco, cuando, a propósito de una jugada, suscitó Saillard una disputa, y tanto hubieron de agriarse los ánimos, que Espinville dió una bofetada a su compañero. Intervinieron el comandante de la nave y los oficiales; pero quedó concertado un duelo para cuando los dos adversarios se encontrasen en tierra. En el resto del viaje no cambiaron saludo ni palabra.

Al desembarcar el vizconde en Valparaíso, monsieur de Saillard, que estaba recostado en la borda, le gritó:

—¡Hasta muy pronto, señor de Espinville!

—Hasta cuando usted guste, señor de Saillard—le contestó el vizconde.

El vicecónsul acreditado para Chile fué muy bien acogido por la sociedad de Valparaíso, y pasó ocho meses de paseo en paseo, de fiesta en fiesta y de baile en baile. La voz pública, que es muy vocinglería, lo daba por novio de una de las más bellas y ricas señoritas porteñas.

En tanto Saillard pasaba su tiempo en Lima, esquivo a frecuentar la sociedad, adiestrándose en el manejo de la pistola hasta llegar a conquistarse fama de eximio tirador.

Un día supo, por un comerciante chileno que estuvo en el consulado a hacer visar unos documentos, que el vizconde celebraría su enlace en pocos meses más, y el vicecónsul le dijo:

—Pues regresa usted pronto a Valparaíso, hágame el servicio de

decirle que los hombres que tienen deudas como la que él ha de pagarme, no pueden casarse sin faltar al honor y a la lealtad.

El comisionado cumplió con el encargo, y el vizconde le contestó:

—Si escribe usted a ese caballero, dígame que soy de raza de buenos pagadores.

Paso por alto muchísimos pormenores que trae Vicuña Mackenna en su libro *Relaciones* para llegar al 11 de junio de 1830, día en que Saillard se presentó en el domicilio de su compatriota para decirle que había hecho un viaje de ochocientas millas con sólo el propósito de matarlo.

El duelo se efectuó en Polanco, que era por entonces un caserío vecino a Valparaíso, en la mañana del 13 de junio, fiesta de San Antonio, día en que, por ser cumpleaños de la novia, se preparaba en casa de ésta un gran sarao.

El vizconde cayó con el corazón destrozado por una bala.

Saillard se embarcó inmediatamente en un buque ballenero que, a las dos de la tarde, levó anclas con destino al Callao.

## II

Ahora cúpleme narrar lo que motivó el duelo, cuya realización impidió la Providencia, con el general Castilla, que en 1839 era ministro de Guerra en el gobierno del presidente Gamarra. También Saillard había adelantado en su carrera y era a la sazón cónsul general de Francia en el Perú.

Era una noche de tertulia en palacio, con asistencia del cuerpo consular. Todavía no nos dábamos tono con tener en casa cuerpo diplomático.

En un grupo de militares charlábase sobre cosas de milicia, y monsieur de Saillard, estimulado acaso por el *champagne*, se enfrascó en críticas imprudentes sobre la manera cómo estaba organizado el ejército peruano, y hablando del arma de caballería dijo que los soldados eran escogidos entre los facinerosos de la costa.

Feo, feísimo defecto es en muchos europeos no saber morderse la lengua antes de criticar públicamente nuestros errores y vicios. Conocí, y tuve por maestro en mis horas de estudiante, a un ilustrado caballero italiano, el cual solía decir siempre que escuchaba a algún europeo maledicente: —Es posible que en el Perú todo sea malo, insoportable; pero

nadie negará que esta tierra tiene una cosa buena, inmejorable, y esa cosa es muchos y cómodos puertos para que puedan embarcarse los extranjeros que no estén contentos del país, de sus costumbres ni de su gobierno.

Peor calamidad que las de Egipto es la de los patriotas en patria ajena.

Don Ramón Castilla, que hasta entonces había escuchado con indiferencia los desahogos del francés, lo interrumpió con estas palabras:

—¡Eh, señor cónsul....., moderación!..... ¡Mucha moderación....., señor cónsul!

Para el irritable Saillard fué esto como avivar una hoguera. Se encaró con el ministro de Guerra, el cual le volvió la espalda, murmurando con el acento cortado que le era peculiar:

—¡Eh! ¡Déjeme en paz, hombre!..... ¡Borrachito!..... ¡Borrachol!.....

Al día siguiente Saillard le enviaba sus padrinos. El bravo general de caballería contestó:

—¡Está bien!..... Aceptado..... Cuando guste..... Elijo armas....., es mi derecho....., soy el desafiado..... A caballo y lanza en mano..... Así nos batimos los facinerosos..... de caballería.....

Los padrinos regresaron en la tarde a casa del general y le comunicaron que su ahijado aceptaba la condición, pero que necesitaba un plazo para aprender el manejo de la lanza.

—¡Eso es!..... Muy justo..... que aprenda....., tiene razón....., no hay inconveniente.

—¿Y qué plazo le concede usted, general?—preguntó uno de los padrinos, que era un acaudalado comerciante belga cuyo nombre he olvidado.

—¡Hombre!..... El que ustedes quieran..... Por mí..... tanto da un año como un día.....

—Pues será un año—dijo don Bernardo Poumaroux, que era el otro padrino.

—¡Eh!..... Ya lo he dicho....., me es indiferente.....

Saillard, que contaba en Francia con protector o amigos de gran influencia, recibió cuatro meses después el nombramiento de cónsul general en Caracas.

Llegado a Venezuela, pasó cinco meses recibiendo lección diaria de equitación y manejo de lanza. Sus maestros, a los que remuneraba con esplendidez, eran dos llaneros del Apure, de esos que a las órdenes de

Páez y a bote de lanza destrozaron los aguerridos batallones del ejército español.

Cuando sus maestros le dijeron que nada tenían ya por enseñarle, lo que equivalía a expedirle y refrendarle título de *primera lanza* de Colombia, encomendó el consulado al canciller y se dirigió a la Guaira con la firme resolución de embarcarse para el Perú. Faltaban menos de dos meses para la expiración del año de plazo.

Pero el hombre propone..... y la fiebre amarilla dispone.

Tres días después de llegado a la Guaira recibía cristiana sepultura el cadáver del testarudo provenzal.





## DON POR LO MISMO

El gran mariscal don Ramón Castilla, entre otras de sus cualidades de carácter tuvo la de la obstinación, y gracias a ella alcanzó con frecuencia éxito en sus empresas. Raro fué que cesase en lo que una vez acometía. ¿Era la cosa difícil o peligrosa? Pues por lo mismo. Los obstáculos y riesgos eran para él un acicate.

Gran *rocamborista*, como decimos en América, o jugador de tresillo, como dicen en España, era don Ramón Castilla. Después de las ocho de la noche, salvo cuando grandes atenciones de gobierno se lo impedían, hasta sonadas las doce, tributaba culto a Birján, el dios de la baraja. Sobre jugar bien, diz que lo acompañaba buena suerte.

Don Ramón buscaba siempre con quién compartir la ganancia, y apenas cogía entre las manos los cuarenta naipes o cartulinas que componen la baraja, paseaba la mirada por el salón, y dirigiéndose a alguno de los palaciegos visitantes, decía:

—¡Eh! Don Fulano....., acérquese....., siéntese de mirón a mi lado..... Juguemos a medias..... Ya sabe usted....., calladito....., los mirones son de palo.....

Si terminada la partida, que por lo regular era de a cuatro pesos el *apunte*, no resultaba ganancioso, se oponía tenazmente a que el compañero pagase la cuota que en la pérdida le correspondía.

—Déjese de eso, hombre..... Ha sido bufonada mía la de invitarlo.....

—Pero, general.....

—¡Nadal! ¡Nadal!..... Obedecer es amar..... Yo sé mi cuento..... No me venga usted con algórgoras.....

Y no había mas que callar y no insistir ni con el gesto.

Por el contrario, cuando resultaba el mariscal favorecido, lo que

era frecuente, con un centenar de fichas, decía al compañero, pasándole la mitad de ellas:

—¡Eh!, mi amigo....., me ha traído usted buena suerte....., cobre lo que le corresponde....., es una pequeñez..... ¡Paciencia!..... No está Dios enojado....., hay que aceptar lo que buenamente nos envía.....

Téngase en cuenta que casi siempre el compañero era algún diputado monosilábico, de esos cuya elocuencia parlamentaria se encierra en decir *sí* o *no*, ajustándose a la consigna ministerial.

\* \* \*

Corría el año de 1845, año notable porque en él tuvo el Perú, por primera vez, ley de Presupuesto. Las rentas públicas se habían hasta entonces manejado de manera discrecional por el presidente de la República. Cabe a don Ramón Castilla la gloria de haber roto con el inmoral abuso, que ya iba haciéndose mal crónico.

Formada una noche la partida de tresillo, *hacían la contra* al jugador los generales Castilla y Aparicio. Dobladas ya por don Ramón cuatro bazas, aconteció que *el hombre* o jugador puso sobre la mesa un siete de bastos, y sirvió don Ramón el cinco, diciendo:

—Ya he cumplido con mi deber.....; cumpla usted, don Manuel, con el suyo, haciendo esa baza.....

Grande fué la sorpresa para Castilla al ver que Aparicio soltaba el tres de bastos.

—¡Pero hombre!..... ¿Está usted loco?..... ¿Por qué no ha plantado el rey?

—Porque no lo tengo—contestó el compañero.

—Por lo mismo.

—¿Cómo se entiende eso de *por lo mismo*? ¿No está usted viendo, general, que ese siete es todo un rey disfrazado?

—¡Pues por lo mismo!—insistió don Ramón—. Ha debido usted pintar el rey y no tolerar disfraces.

\* \* \*

El lance se hizo público, y desde esa noche quedó bautizado el presidente don Ramón Castilla con el mote de *Don por lo mismo*.



## EL GODO MAROTO

### I

(MINUCIAS HISTÓRICAS)

En la estación veraniega de 1847 encontrábame yo cierta tarde en un grupo de muchachos en el sitio que entonces se conocía con el nombre de *la Punta del muelle*, viendo entrar al puerto del Callao el vapor que venía de Panamá con correspondencia y pasajeros de Europa. Por aquel año era todavía motivo de alboroto el anuncio de vapor a la vista, pues sólo desde fines de 1840, con dos vapores de una Compañía inglesa—el *Chile* y el *Perú*—se había sistemado la navegación mensual entre Valparaíso y Panamá, con escala en los principales puertos intermedios.

El presidente de la República, gran mariscal don Ramón Castilla, veraneaba aquel año en el Callao, y fué uno de los muchos curiosos que acudieron esa tarde a la punta del muelle. El vapor echó el ancla como a trescientos metros de distancia de la Punta, e inmediatamente salió a recibirlo la falúa de la Capitanía. Media hora más tarde regresaba, y el capitán del puerto, acercándose a su excelencia, le comunicó que el buque traía patente limpia, a la vez que, en baja voz, supongo que lo informaría de las sucintas noticias adquiridas a bordo sobre novedades europeas y aun sobre el rol de pasajeros. Algo debió disgustar a don Ramón, porque, alzando el tono de voz y con las interrupciones que le eran peculiares, le oímos decir los muchachos que rodeábamos el grupo presidencial:

—Vuelva usted a bordo, señor capitán de puerto.....; sí....., sí....., prohíbale a ese hombre que ponga la planta en tierra peruana..... ¡Cana-



lla....., sí....., canalla!..... Ha venido ese Judas a América en busca de árbol para ahorcarse.....; no....., no....., que vaya a ahorcarse en Chile....., que no se ahorque en el Perú.....

Cuando la autoridad marítima se reembarcaba, ya algunos botes, desprendidos del vapor, hacían rumbo al muelle. El capitán de puerto se dirigió a una de las embarcaciones que distaría doscientos metros del desembarcadero. En ella veíanse dos pasajeros: una dama enlutada y un caballero también vestido de negro. Tras breve plática entre éste y el jefe de Marina, el bote regresó al vapor con los viajeros.

Por supuesto que yo y mis compañeros nos quedamos sin saber quién era la persona a la que el jefe de la nación aplicara el epíteto de Judas, y seguiría ignorándolo si once años después, en 1858, desempeñando yo el empleo de contador u oficial de cuenta y razón en uno de los buques de nuestra difunta escuadra no hubiera, en oportunidad apropiada, venido a mi memoria ese recuerdo de mis primeros años.

El presidente Castilla, en su segunda época, veraneaba en Chorrillos, y cuando a las dos de la tarde arreciaba el calor, se iba por un par de horas a bordo; se arrellenaba en una mecedora en la toldilla de popa; el comandante le agasajaba con un vaso de refrigerante cerveza, y su excelencia, que siempre tuvo gran predilección por los marinos, convocaba en torno suyo a los oficiales, entregándose con ellos a expansiva conversación, la que concluía al *pícar* un guardián las cinco de la tarde, hora en que regresaba a tierra, llevándose siempre a uno de los oficiales francos para que le acompañase a comer.

Una tarde me animé a hablarle al presidente de la escena que yo presenciara en la Punta del muelle cuando era un granuja de trece años:

—¡Hombrel!..... Tiene buena memoria el contador....., sí..... Así fué, como usted lo relata....., muy cierto.

Y no añadió palabra más ni yo estimé discreto proseguir.

Decididamente había perdido mi tiempo. Mi curiosidad quedaba siempre en pie.

Llegó la hora de la partida.

Estaba yo distraído, con los brazos apoyados en la borda, contemplando varias canoas de pescadores que se desprendían de la playa, cuando se me acercó el gran mariscal y me dijo:

—Contador, véngase a comer conmigo.

Ya de sobremesa, me dijo:



—Conocí esta tarde que le rebosaba a usted la curiosidad..... ¡Buenol!..... No es delito ser curioso....., no..... Ese pícaro fué....., sépalo usted....., *el godo Maroto*.

## II

Don Ramón Castilla nació en Tarapacá en 1797 y era ocho o nueve años menor que su hermano don Leandro, quien a la muerte del padre de ambos ejerció para con aquél funciones casi paternas.

Era don Leandro capitán del ejército español, y cuando la campaña contra los patriotas de Chile llevó a su hermano en condición de cadete, obteniéndole a poco el ascenso a subteniente.

Tan luego como en 1821 se proclamó la Independencia del Perú, don Ramón, que investía ya la clase de teniente, se separó de los realistas, incorporándose como capitán en el ejército patriota.

En la batalla de Ayacucho, herido don Ramón en un brazo, fué conducido en camilla al hospital de sangre, donde se colocó en un salón destinado para jefes, así vencedores como vencidos. Terminaba el cirujano de hacerle la primera curación, cuando se oyó una voz que preguntaba:

—¿Dónde está el comandante Castilla?

—Aquí, a la derecha—contestó don Ramón, a la vez que otro herido decía—: Aquí, a la izquierda.

Los dos hermanos, heridos en defensa de distinta bandera, estaban en el hospital de sangre, y, ¡coincidencia curiosa!, la lesión de ambos era en un brazo. De más está decir que aquella tarde fué de fraternal reconciliación.

Don Leandro no quiso tomar servicio en el Perú y se embarcó para España. A poco Fernando VII lo ascendió a coronel, dándole alto empleo militar en una de las provincias del reino.

Cuando, fallecido el monarca, estalló la guerra civil, don Leandro renunció el cargo que servía y fué a incorporarse en el ejército carlista. Tres o cuatro años después, por méritos en acción de guerra, le ascendió Carlos V a brigadier.

Después de la inicua traición de Maroto, bautizada en la historia con el hipócrita nombre de *Abrazo de Vergara*, sólo las tropas del cabecilla Cabrera continuaron batiéndose con bravura en el Maestrazgo de Aragón contra los isabelinos. Cabrera con doce mil hombres se

contrajo a impedir que el ejército de O'Donnell se uniera con el de Espartero, quien con veinte mil soldados y mucha artillería sitiaba la fortaleza de Morella, defendida por dos mil ochocientos carlistas con quince cañones. Los brigadieres don Pedro Beltrán y don Leandro Castilla fueron los jefes a quienes Cabrera encomendara la resistencia. Desde el 21 hasta el 30 de mayo no pasó día sin recio cañoneo por ambas partes y sin que fuesen rechazados los liberales en sus tentativas de asalto a la plaza.

En la tarde del 30 una bomba produjo la explosión del principal depósito de municiones, y como apenas quedaban pertrechos, se resolvió en Junta de guerra que el brigadier Beltrán abandonase la plaza para reunirse con Cabrera, encomendándose al brigadier Castilla que con sólo dos compañías permaneciese entreteniéndolo al enemigo y autorizándole para capitular cuando considerase que ya Beltrán, con su gente, estaba libre de ser batido en la retirada. Así convenía a la causa carlista, y el abnegado don Leandro aceptó el tristísimo deber de rendir la plaza y la penosa condición de prisionero, en la que permaneció muchos meses, hasta que consiguió evadirse y emigrar a Francia.

Cuando en 1865 las turbulencias políticas del Perú llevaron a Europa, en condición de proscrito, al gran mariscal Castilla, ya no existía don Leandro; pero en Francia tuvo el placer de recibir la visita de doña Dolores, la viuda del brigadier carlista.

Don Ramón Castilla debió llegar al Callao del 27 al 28 de abril de 1866 y participar de la gloria que cupo a los combatientes del *Dos de Mayo*; pero la víspera del día en que iba a embarcarse en Southampton, un criado infiel le robó el maletín, en que guardaba el mariscal veinte mil francos. Por ese fatal incidente su arribo al Callao fué el 10 de mayo.

El dictador anhelaba mantener al mariscal Castilla en el extranjero. Su secretario de relaciones exteriores, doctor don Toribio Pacheco, envió, en enero de 1866, a don Ramón el nombramiento de ministro plenipotenciario en Francia e Inglaterra, el cual, en el mismo día de recibido, devolvió Castilla con las siguientes líneas de su puño y letra: «Saludo atentamente al doctor don Toribio Pacheco, y no aceptando el cargo con que ha creído honrarme, le devuelvo el nombramiento, pliego de instrucciones y libranzas con que acompañó su oficio. Soy del señor Pacheco atento servidor.—*Ramón Castilla.*»

De regreso a la patria levantó en Tarapacá el gran mariscal bandera contra la dictadura, y, desatendiendo la prohibición de los médicos

que le asistían, montó a caballo para emprender campaña sobre Tacna. Al llegar a la estancia o aldea de Tiviliche cayó moribundo. El general Beingolea y el coronel Tomás Gutiérrez refirieron al que estas páginas escribe que sus últimas y enigmáticas palabras fueron: —Valientes....., sí....., ¡adelantel!....., la patria....., imposible.....

### III

Don Raíael Maroto nació en Lorca, población vecina a Murcia, en 1782 (1). Siguió desde muy joven la carrera de las armas, y en la lucha contra la invasión francesa tuvo oportunidades para distinguirse y adelantar en ascensos.

El 14 de abril de 1814 fondeó en el Callao el navío *Asia*, trayendo al batallón Talavera, fuerte de ochocientas plazas, al mando del coronel Maroto. Los *talaverinos* hicieron atrocidades en Lima, pues más que soldados fueron bandidos, como que trescientos de ellos habían sido sacados de las cárceles y presidios. El virrey Abascal estimó prudente complacer al vecindario de la capital y se deshizo de esa mala gente, enviándola de regalo a los insurgentes de Chile, que poco a poco, como hila la vieja el copo, los fueron *pasaportando* para la eternidad. Tanto en Lima como en Santiago acostumbraban esos perdidos no abonar lo que compraban, y se iban diciendo *el rey paga*. Reclamar ante el coronel era como ir con la demanda al Nuncio de Su Santidad.

Maroto contrajo, en 1815, matrimonio con doña Antonia Cortés y García, rica heredera y perteneciente a la más alquitarada aristocracia de Santiago. Era doña Antonia sobrina del famoso tribuno Madañaga, que a la sazón ejercía en Caracas fructuosa propaganda doctrinaria en favor de la república, y al comunicarle uno de sus deudos la noticia del casorio, contestó en carta que existe hoy en poder del historiador don Diego Barros Arana: —¿Se han vuelto ustedes locos? ¿Casar a la niña con un *sarraceno*? No se lo perdono.

Después de Maypú, Maroto tuvo que regresar a Lima, de donde el virrey le envió al Alto Perú. Fué en Bolivia donde nació su hija Mar-

---

(1) Mendiburu incurre en error al consignar que nació en 1780. Cuando Abascal le ascendió a brigadier, tuvo a la vista su hoja de servicios (que existe entre los manuscritos de la Biblioteca Nacional) y en ella aparece Maroto como nacido en 1782.



garita, en 1819. Es fama que Maroto enterró en un subterráneo de la casa de su mujer, situada en la calle de los Huérfanos, los fondos de la Comisaría real, que excedían de cuarenta mil pesos en oro sellado, a la vez que entre las vigas de uno de los techos alcanzó a esconder más de doscientos fusiles.

Maroto, después de la capitulación de Ayacucho, en que no estuvo porque se encontraba en Puno como jefe superior de ese territorio, se embarcó con su familia en la *Ernestina*, fragata francesa en la que también se dirigía a Europa el virrey La Serna con muchos jefes y oficiales realistas.

Llegado a España, Fernando VII lo trató con afecto, le dió la gran cruz de Isabel la Católica, y en 1838 lo ascendió a teniente general.

En 1829 Maroto envió a América a su esposa, acompañada de un niño de siete años, para que reclamase del gobierno de Chile la devolución de los bienes que la habían sido secuestrados, entre los que se encontraba la hoy muy valiosa hacienda de *Concón*, próxima a Valparaíso. La nave tocó para refrescar víveres en la costa del Brasil, y tanto la señora como el niño fueron víctimas de la fiebre endémica del país.

Desde que estalló en España la guerra de sucesión, Maroto tomó servicio en el bando carlista. Un día en una junta de guerra, desestimando el monarca con alguna acritud la opinión de Maroto se dió éste por agraviado, separándose de la causa y marchándose a Francia. Pero Maroto tenía amigos que disfrutaban de influencia en el ánimo del pretendiente, y éstos alcanzaron, después de dos años, a reconciliar al vasallo con su señor, quien le confirió el mando en jefe de sus ejércitos.

Maroto no había perdonado el antiguo agravio, y se vengó de don Carlos realizando la gran perfidia del *Abrazo de Vergara*, vileza que premió la reina regente ascendiéndolo a capitán general, dándole la gran cruz de San Hermenegildo y haciéndole conde de Casa Maroto.

Los mismos liberales o isabelinos que usufructuaron la traición fueron los primeros, así en Madrid como en las grandes ciudades del reino, en abrumar con desaires e injurias al émulo de Judas. Para todo español, liberal o ultramontano, Maroto era un réprobo.

Al fin convenciósese el flamante conde de Casa Maroto de que para él no había rehabilitación posible en su patria, a pesar de lo desmemoriados y misericordiosos que son los pueblos latinos para con los gran-



des pecadores políticos. Para Maroto fué y sigue siendo inflexible la sanción moral.

Además, en dos o tres ocasiones corrió peligro de ser asesinado, y aun parece que la enfermedad del estómago de que adoleció, en los últimos nueve años de su vida, tuvo origen en un veneno que le propinaron.

Entonces decidió trasladarse a América con su hija Margarita; y fué entonces cuando, en febrero o marzo de 1847, le negó el presidente Castilla que pisase tierra peruana.

¿Simpatizaba el mariscal con el carlismo? Ciertamente que no, pues en toda su vida pública ostentó apego a las ideas liberales. En él no hubo más que repulsión por el traidor que, con la traición, ocasionara muchos males a su hermano don Leandro.

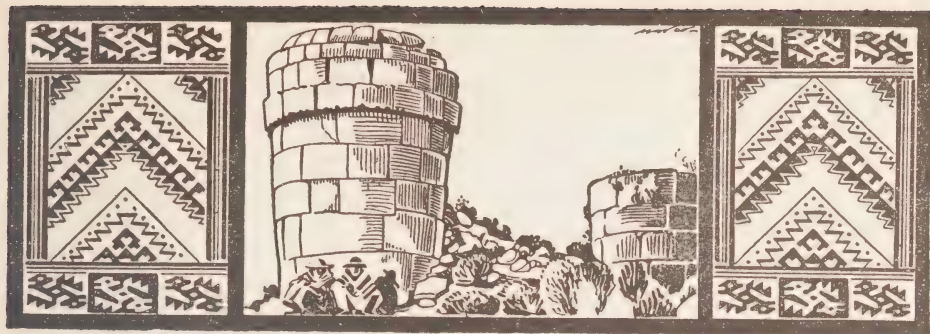
En Valparaíso y en Santiago fué recibido Maroto con ceremoniosa frialdad por los chilenos y con ultrajante desdén por la colonia española. Las visitas, más que a él, fueron a la simpática y desventurada joven, perteneciente, por línea materna, a la *crème* social de Chile.

Maroto, antes de resolverse a emigrar, había enviado poder al canónigo Aristegui, después obispo *in partibus*, para que recobrase la hacienda de Concón y demás bienes confiscados. Todo le fué devuelto a doña Margarita, la cual contrajo matrimonio con un distinguido caballero, del cual enviudó.

Doña Margarita Maroto de Borgoño falleció en Valparaíso el 23 de noviembre de 1902.

La casa en que el general esperaba encontrar intacto el tesoro por él enterrado, había sido arrendada en 1843 a unos comerciantes ingleses, hombres de finísimo olfato, pues llegó a darles en la nariz el tufillo de las onzas peluconas con las efigies de Carlos III y Carlos IV. Sólo encontró, cubiertos de moho, los fusiles que depositara en las vigas del techo.

Maroto murió en Valparaíso el 25 de agosto de 1853, a la edad de setenta y un años.



## LA CAJETILLA DE CIGARROS

Aquella mañana, la del 7 de junio de 1880, habían corrido raudales de sangre peruana en el legendario Morro de Arica. Francisco Bolognesi, el inmortal soldado, había sucumbido, cayendo en torno suyo novecientos bravos de los mil seiscientos que formaban su cuerpo de ejército.

Se había batallado *hasta quemar el último cartucho*, y seis mil quinientos soldados chilenos se adueñaron del Morro, sin más pérdida para ellos que la de ciento cuarenta y cuatro muertos y trescientos treinta y siete heridos.

La lucha fué en la proporción de uno contra cuatro. La victoria no correspondió al esfuerzo heroico, sino al número inflexiblemente abrumador.

En momentos de pronunciarse el desastre, un joven capitán peruano, a quien acompañaban cuatro soldados, golpeó con la culata de su rifle el fulminante de una mina, produciéndose la explosión, que mató a tres de los enemigos, dejando heridos o contusos a muchos más.

Disipada la espesa nube de polvo y humo, se encontraron el capitán García y sus cuatro valientes rodeados por un grupo de treinta chilenos al mando del teniente Luján. Toda resistencia era imposible, y los cinco peruanos fueron hechos prisioneros.

En esos momentos se presentó un coronel, quien, informado por Luján del estrago producido por la mina, dijo lacónicamente:

—Baje usted con esos hombres a la falda del Morro y fusílelos.

Y vencedores y vencidos emprendieron con lentitud el descenso de más de trescientos metros que los separaban de la llanura.

Habrían caminado ya una cuadra cuando el capitán García se de-

tuvo, y sin fanfarronería, con entera serenidad de espíritu, le preguntó al oficial chileno, que tenía aspecto de buen muchacho:

—¿Me permite usted, teniente, encender un *pitillo*?

—No hay inconveniente, capitán. Fume usted cuantos quiera hasta llegar a la falda.

García sacó del bolsillo de su *talismán*, nombre con que se bautizó por entonces a la levita de los oficiales, una cajetilla de cigarritos de papel.

—¿Fuma usted, teniente?

—Sí, capitán, y gracias—contestó el chileno aceptando el cigarrillo.

—Así como así—continuó García—, siendo éste el último que he de fumar, hago a usted mi heredero de los doce o quince que aun quedan en la cajetilla y fúmeselos en mi nombre.

Luján se sintió conmovido y, aceptando el legado, contestó:

—Muchas gracias. Es usted todo un valiente, y créame que me duele en el alma tener que cumplimentar el mandato de mi jefe.

Y sin más prosiguieron el descenso.

Faltábales poco menos de cincuenta metros para llegar a la siniestra falda cuando, a una cuadra de altura, resonaron gritos dados por otro oficial chileno:

—¡Eh! ¡Luján! ¡Teniente Luján! ¡Párese, hombre! ¡Espéremel

Luján mandó hacer alto a su tropa, y retrocedió para salir al encuentro del voceador.

¿Qué había sucedido? Que el coronel, calmada la primera impresión, reflexionó que su orden de fusilar prisioneros encarnaba mucho de injusticia y de ferocidad salvaje. Llamó a uno de sus subalternos y le mandó que corriese a detener a Luján.

—Dice el coronel—fueron las palabras del emisario al aproximársele su compañero—, que no fusiles a estos *cholos* y que los lleves al depósito de prisioneros.

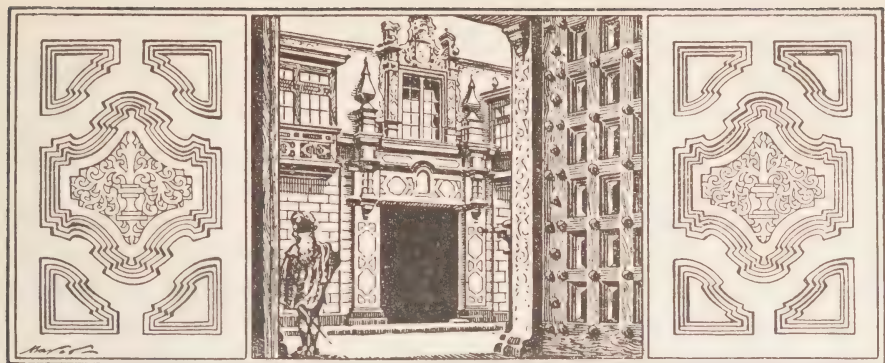
—Me alegro—contestó Luján—, porque el capitancito me ha sido simpático, como que me ha hecho nada menos que su heredero.

Unido el teniente a los cautivos y a su tropa, dijo:

—Le traigo a usted una buena noticia, capitán: va usted con sus cuatro hombres al depósito de prisioneros. Ya no lo fusilo.

—Entonces, mi amigo—contestó el imperturbable capitán García—, se quedó usted sin herencia. Devuélvame mi cajetilla de cigarrillos.





## TÍTULOS DE CASTILLA

### I

Después que el Perú quedó en reposo de las guerras civiles que siguieron a la conquista, era consiguiente que en su territorio se conociesen los títulos o dignidades que en España aparecieron bajo el reinado de Recaredo, que posteriormente se renovaron, imitando a otras naciones, y que más tarde se concedieron a muchos ilustres caballeros.

Se habían trasladado y avicinado en el Perú no pocos sujetos de noble ascendencia relacionados con familias distinguidas de la metrópoli, y que poseían bienes más o menos vinculados o libres. Contábanse entre éstos varios funcionarios y empleados de la corona, cuya sangre y jerarquía les daba preferente lugar en la sociedad, y otros individuos que descendían de conquistadores, entre los cuales muchos habían contraído posteriormente, en la pacificación del reino, méritos bastantes por sí solos para engrandecerlos.

Reunida así una clase superior, por la diferencia antidemocrática que establecen la cuna, el talento y la riqueza (clase que con el tiempo tuvo mucho aumento), natural fué que asomasen las aspiraciones a elevados títulos y dignidad. Veíanse entre los vecinos del Perú, españoles y americanos, caballeros de las órdenes militares, que vinieron cruzados de España o las obtuvieron aquí por gracia de los reyes.

Crecía ya el número de mayorazgos por fundaciones que se hacían con autorización y requisitos competentes, y el poder y fortuna de los encomenderos colocaba a éstos en posición ventajosa para pretender, con éxito, honores duraderos y hereditarios. Y si en cualquier país



está siempre visible la gente que se considera de alta esfera, en el Perú había superior razón para que así sucediese, porque no era grande el número de personas a quienes favorecían felices excepciones; porque éstas, necesariamente, tenían que hacerse notables entre la muchedumbre de españoles del estado llano; porque la masa de indígenas era mirada como muchedumbre de idiotas; y, por último, porque había negros esclavos y otras castas que, consiguientemente, componían lo que se llamó última plebe.

Casi hasta mediados del siglo XVII puede decirse que no se conocieron en el Perú otros títulos de Castilla (fuera del de marqués, dado por el rey a don Francisco Pizarro) que los de algunos virreyes, como los marqueses de Cañete, de Salinas, de Montesclaros, de Guadalcázar y de Mansera, y los condes de Nieva, del Villar-don-Pardo y de Monte Rey. Los más de estos virreyes suscribían mucho de sus actos poniendo sólo *El Conde* o *El Marqués*, sin expresar en sus firmas cuál era el dictado de sus títulos, cosa que entonces pudo usarse así, pero que parece se hiciera por no haber en el reino otro conde o marqués, y a manera de los grandes señores que, escribiendo para dentro de sus dominios y a sus propios vasallos, no necesitaban en España firmarse de otra suerte.

El Cabildo de Lima, que se componía de los hombres más ilustres del país, tuvo un registro fiel de los caballeros hijos-dalgo que existían en el vecindario; y de esa lista se sacaban anualmente, por elección, los que habían de servir el alto y distinguido cargo de alcalde ordinario. Así era en los antiguos tiempos, probándose que desde la fundación de Lima habitaron en su recinto personas ilustres, sin que pueda decirse que el rey ennobleció a algunas, porque, aunque sea evidente, hubo muchas otras que no necesitaron de esa gracia.

Encuéntrense, aun en los conquistadores conocidos por los *Trece de la Gorgona*, hombres de limpia ascendencia; entre ellos Nicolás de Rivera, el Viejo, primer alcalde de Lima en 1535. Y esto se acredita con haber dicho la reina en la capitulación de Toledo, el 26 de julio de 1529, que hacía hidalgos a los que no lo eran, y a los hidalgos los hacía *caballeros de espuela dorada*.

Ahora, en cuanto a los títulos de Castilla que se conocieron en el Perú, diremos que el de Cazares, conferido a la casa de Pastrana, fué el primero de marqués que se concedió, siguiéndose el de Santiago, creado en 1660 en favor del oidor don Dionisio Pérez de Manrique, primer título de Castilla que hubo en la Audiencia de Lima. Aunque

antes del de Santiago eran el marqués de Villarrubia de Langre, nombrado desde 1649, y el marqués de Castellón, desde 1657, los poseedores de ambos estaban en España, y no vinieron a familias y vecinos del Perú sino en años posteriores, y cuando ya existía, en Lima, el título de Santiago. El de marqués de Guadalcázar, que trajo en 1622 el virrey don Diego Fernández de Córdova, recayó años después en un pariente suyo, vecino del Perú, establecido según creo en Moquegua, después de cuyos días no lo invistió aquí ninguna otra persona.

El primer conde que hubo de familia radicada en el Perú fué el del Puerto, título que se confirió en 1632 a don Juan de Vargas y Carbajal, cuarto señor de la villa del Puerto de Santa Cruz de la Sierra. Siguióse el de conde del Portillo, el cual lo obtuvo como vizconde, en 1642, don Agustín Sarmiento de Sotomayor, vecino de Lima, y quedó erigido en condado en 1670.

Fueron cincuenta y ocho los títulos de marqués que, durante la dominación de España, se conocieron como pertenecientes a familias y vecinos del Perú, según datos que hemos consultado, sin contar algunos de otros lugares de Sud América que dependieron en un tiempo de este virreinato. El número de los condes llegó a cuarenta y cuatro, excluido el de San Donás, que fué sólo vizconde, el único que había en el Perú, y a quien la vulgaridad denominaba conde. Este título era de la nobleza de Flandes, y no de la de Castilla.

Grandeza de España, no enumerando, como no debemos hacerlo, la que varios virreyes investían, como el conde de Alba de Liste (que fué el primero que trajo esa jerarquía en 1655), el de Lemos, el de la Monclova, el marqués de Castell-dos-rius y el príncipe de Santo Buono (que fué el último en 1716), diremos que sólo hubo una, conferida a familia peruana, y fué la que obtuvo en 1779, con el título de duque de San Carlos, el correo mayor de las Indias don Fermín de Carbajal y Vargas, natural de Lima; y recayó en él después de tener la grandeza honoraria desde 1768. Era el favorito de Carlos III, quien, para más honrarlo, le dió su propio nombre por título del ducado.

Concediéronse siempre los títulos en favor de familias ilustres y con antecedentes honrosos, aunque en algunas no hubiese tan antigua nobleza; y previos requisitos, informaciones, documentos y pruebas, que jamás se dispensaron, aunque muchos de dichos títulos se alcanzasen mediante erogaciones de dinero, directas o indirectas, en favor de la corona. Hubo un caso que merece citarse por extraordinario, en cuanto a dispensa de esenciales condiciones: éste fué el del marquee-

sado de Villarrica de Salcedo, otorgado por Felipe V, en 1703, al capitán don José Salcedo, siendo hijo de *letra gótica* (es decir, hijo natural) del célebre minero de Laycacota, porque cedió al rey ciento cuarenta mil pesos y por considerable suma que debía la Real Hacienda a su padre y abuelo, fuera de préstamos y donativos. Entre los títulos radicados en el Perú, no pocos se libraron por pura recompensa a señalados servicios hechos por los que los obtuvieron o por sus ascendientes en España o América, en los ejércitos, o de otras maneras. De esta clase fueron los marquesados de Villarrubia de Langre, de Vallembroso, de Montemira, de Lara, de Castellón, de Corpa, de Feria, de Otero, de Casa Boza, de Fuente Hermosa, de Tabalosos, etc., y los condados de Montemar, del Puerto, de Castell Blanco, de las Lagunas y otros.

Los hubo también adquiridos por sólo el lustre de algunas casas, como las de los marqueses de Moscoso, de Casa Calderón, de Casa Concha, de Valdelirios, etc., y las de los condes del Puerto, de Monteblanco, de las Torres, de Sierra Bella, de Valle Oselle y muchos otros.

Los títulos eran gravados con el derecho llamado de lanzas y con el de media anata, que se pagaban al recibir la concesión, y después anualmente. Podían redimirse ambos gravámenes o uno de ellos, como varios lo hicieron. No faltaron títulos a los cuales los reyes dispensaron uno de esos derechos o los dos, para siempre o para durante la vida de los agraciados, por servicios notables o por otras causas.

Podían los interesados consignar juros para la satisfacción de lanzas, y quedaban así relevados de este cargo cuando los productos llenaban el objeto. Así lo hicieron el conde de Montemar, el marqués de Lara, el conde del Portillo y otros.

## II

Hubo en el Perú títulos de procedencia extranjera, y por eso no pagaban lanzas. Era esto conforme a las antiguas reglas de Castilla, y se comprendía entre ellos a los que habían tenido principio en Navarra. Estaban en esa línea los marquesados de Castellón, que fué de Nápoles; el de San Miguel, cuyo origen fué en Sicilia; el de Feria y el de Fuente Hermosa, salidos de Navarra, y el de vizconde de San Dónas, que procedía de Flandes.

El virrey duque de la Palata debió traer autorización del rey para



otorgar unos pocos títulos; aunque motivos tenemos para creer que procedió por sí y ante sí, al crear el condado de Torre Blanca, conferido en 1683 a la casa de Ibáñez y Orellana. Al virrey conde de Superunda se le dió también autoridad para hacer esa clase de nombramientos, con las condiciones y limitaciones contenidas en reales cédulas de 30 de abril y 14 de septiembre de 1743 y 19 de junio de 1748.

Fueron grandes los atrasos de la Real Hacienda en esa época, reagravados con las pérdidas y destrucción causadas, en Lima, por el terremoto de 28 de octubre de 1746; y es evidente que los títulos de Castilla que dicho virrey confirió fueron, como se dice, beneficiados, o, lo que es lo mismo, conseguidos en virtud de donativos pecuniarios, y de la entrega de las sumas correspondientes a los derechos de lanzas y media anata, porque todos ellos se expidieron libres perpetuamente de tales gravámenes. Pero recayeron en familias de rango y mérito notorio, como las de los marqueses de Campo Ameno, San Felipe el Real y Torre Hermosa, y las de los condes de San Javier, de Torre Velarde, de Valle Hermoso, de Castañeda de los Lamos y de Vista Florida, previos los requisitos y pruebas legales acostumbradas.

También al virrey don Manuel Amat se le enviaron cuatro títulos que el rey concedió al Perú, para que se llenasen con los nombres de personas dignas de llevarlos; y así se verificó en 1771 la creación y nombramiento de los condes de San Pascual Bailón y San Antonio de Vista Alegre, confirmados por Carlos III en 1774. No consta ni aparece noticia de que otros virreyes, además de los antes citados, hubiesen recibido autorización para hacer esas altas concesiones.

Felipe IV dispuso que a nadie se le invitiese de la dignidad de conde o marqués, sin haber sido antes vizconde. El cumplimiento de esta disposición se reducía a nombrar al agraciado vizconde, y en la misma fecha cancelarle el despacho, otorgándole otro del título de conde. Prescindiendo de si era o no inútil ese trámite, sólo diremos que fué oneroso, porque ocasionaba gastos excusables a los que alcanzaban dicha jerarquía.

Después de expedirse en forma los reales despachos para los títulos de Castilla, quedaban éstos inscritos y reconocidos en España entre los de su clase. Pero se otorgaban, en seguida, por la Cámara de Indias las que se llamaban cartas auxilatorias. Dábanse éstas en favor de los agraciados, con objeto de que hiciesen fe en los dominios de América, y se les tuviese en ellos por tales condes o marqueses.

El primer título de Castilla que hubo en el Cabildo de Lima fué el



marqués de Guadalcázar, alcalde ordinario en el año de 1673, siguiéndole el marqués de Villafuerte, alcalde en 1712, el conde del Portillo en 1714, etc.

El último a quien se concedió el título de marqués fué el regidor don Tomás Muñoz y Lobatón, que recibió el de Casa Muñoz, en 1817; y el último conde, el de Casa Saavedra, por despacho del año 1820; ambos fueron naturales de Lima.

Los títulos de Castilla caducaban por insolvencia, caso en que, no pudiendo los poseedores sostener su rango ni pagar lanzas ni medias anatas, hacían renuncia y abandonaban la investidura. De éstos fueron los conde de Olmos y marqueses de Casa Montijo, Sotohermoso, Casa-fuerte, Villar del Tajo, Torre Bermeja y Casa Torres. También se suspendía el ejercicio de los títulos por deudas crecidas en aquellos gravámenes, o porque se litigaba entre partes el derecho a sucesión. No era prohibido hacer dejación del título por atrasos, conservando la facultad para reasumirlo en mejor oportunidad. De esto ocurrieron ejemplares.

Otros títulos se extinguieron porque faltó heredero directo, y no hubo parientes del último poseedor, o si los hubo no pretendió ninguno que recayese en él la sucesión.

Todo sucesor tenía obligación de pedir al rey carta de sucesión para que le permitiesen usar de su título y honores, antes de lo cual no podía firmar con la denominación respectiva. Lo mismo pasó y pasa hoy en España, reservándose los monarcas la facultad de permitir la continuación de aquéllos, aunque hubiesen sido concedidos para todos sus descendientes. Exceptuábanse de estas reglas los grandes de España, que entraban en la sucesión sin otro deber que el de participarlo al rey.

Los herederos o sucesores ocurrían al trono por conducto de los virreyes, y éstos preveían entre tanto la prosecución del título, previo el pago de la media anata, con lo que desde luego entraban en posesión, sin exigírseles otros derechos, ni bajo el carácter de voluntarios. Después el rey libraba, por la Cámara de Indias, la carta correspondiente.

Tenían pena de mil pesos los que usaban de los honores y firma del título sin los requisitos ya dichos. Y cuando algunos, por no satisfacer la media anata, tardaban en pedir la carta, creyendo que podían aceptar o renunciar cuando les acomodase, el juzgado de lanzas los estrechaba a que cumpliesen con uno u otro extremo, dentro del plazo que les estaba dado.

Sólo cuando los títulos no tenían mayorazgo o territorio anexo podían los que lo gozaban renunciarlos y hacer libre difusión de ellos. De lo contrario, aun cuando fuese en favor de sus inmediatos, no les era dado verificarlo sin renunciar también el mayorazgo, inseparable del título. Para las renunciaciones y acciones, era preciso ocurrir al rey y alcanzar su licencia y aprobación, porque los títulos, siendo dignidades reales, eran intransmisibles sin este trámite, que si no se llenaba, caducaban y tenían reversión a la corona. Los que una vez llegaban a obtenerlo, aun después de hecha renuncia en favor de otra persona, siempre quedaban con el derecho de disfrutar las mismas honras y distinciones.

Tampoco podían los títulos ni sus primogénitos contraer matrimonio sin real permiso, expedido por la Cámara de Castilla. Esta providencia se extendió a la América por real cédula de 8 de marzo de 1787, autorizándose a los virreyes para otorgar aquél, en razón a la distancia, y sin necesidad de voto consultivo de las Audiencias.

Esta, como las demás disposiciones sobre la sucesión, bien se ve que tenía por objeto conservar el brillo y estimación de dichas dignidades.

A los títulos de América podía expedírseles sus despachos por la Cámara de Castilla y por la de Indias, según real resolución de 24 de mayo de 1776. Guardábanseles las mismas honras y preeminencias que en España, y la ley 13, título XV, libro IV, mandó se les diese asiento en las Audiencias, como en las chancillerías de Valladolid y Granada. Disfrutaban del tratamiento de Señoría. En sus carruajes usaban cuatro caballos y tenían asiento en las funciones de Catedral, en el coro, y con los canónigos.

### III

Para concluir, insertamos, por orden de antigüedad, los títulos de Castilla que hubo en el Perú; y en cuanto a la historia particular de cada uno de ellos, véase ésta en los respectivos artículos del *Diccionario Histórico Biográfico* de Mendiaburu, en la *Estadística* de Córdova y Urrutia o en el *Nobiliario* de Rezabal titulado *Lanzas y anatas del Perú*.

### DUQUES

El de San Carlos (con grandeza de España).

## MARQUESES

De Gualdalcázar.

- Cazares.
- Villarrubia de Langre.
- Castellón.
- Santiago.
- San Juan de Buenavista.
- Villafuerte.
- Corpa.
- Maenza.
- Santa Lucía de Conchán.
- Feria.
- Monterrico.
- San Lorenzo de Valleumbroso.
- Zelada de la Fuente.
- Casafuerte.
- Otero.
- Villablanca.
- Villahermosa de San José.
- Torre Bermeja.
- Sotoflorido.
- Moscoso.
- Villar del Tajo.
- La Puente y Sotomayor.
- Valdelirios.
- Villarrica de Salcedo.
- Salinas.
- Sotohermoso.
- Santa María de Pacoyán.
- Negreiros.
- Torre Tagle.
- Casa Calderón.
- Mozobamba del Pozo
- Casa Boza.
- Monte Alegre de Aulestia.
- Casa Torres.
- Lara.
- Bellavista.



De Casa Jara.

- San Felipe el Real.
- Casa Montijo.
- Rocafuerte.
- San Miguel de Híjar.
- Campo Ameno.
- Torre Hermosa.
- Casa Flores.
- Casa Castillo
- Fuente Hermosa.
- Tabalosos.
- Herrera.
- La Real Confianza.
- Casa Hermosa.
- Montemira.
- Casa Dávila.
- San Juan Nopomuceno.
- Castell Bravo.
- Casa Concha.
- Casa Muñoz.

CONDES

Del Puerto.

- Portillo.
- Castillejo.

De Torreblanca.

- Santa Ana de las Torres.
- La Vega del Ren.
- Villanueva del Soto.
- Cartago.
- Laguna de Chancocaye.
- Olmos.
- Montemar.
- Sierra Bella.
- San Juan de Luriganchó.
- Castell Blanco.
- La Dehesa de Velayos.
- Polentinos.
- Las Lagunas.
- Fuente Roja.

De Casa Dávalos.

— Casa Tagle.

— San Isidro.

— Torre Velarde.

— Valle Hermoso.

— San Javier y Casa Laredo.

— Valle Oselle.

— Monteblanco.

— Vistaflorida.

— Villar de Fuentes.

— Montesclaros de Sapán.

— La Unión.

— Montes de Oro.

— Alastaya.

— San Antonio de Vista Alegre.

— San Pascual Bailón.

— Valdemar de Bracamonte.

— Castañeda de los Lamos.

— San Carlos.

— Premio Real.

— Fuente González.

— Guaqui.

— Torre antigua de Oré.

— Casa Saavedra.

Vizconde de San Donás.

El título de marqués de Santa Rosa, aunque es razonable presumir que fuera acordado a peruano, sólo una vez, y de un modo incidental, lo hemos visto citado. Hay también quienes afirman que no existió tal título en el Perú, fundándose en que no figura en ninguno de los nobiliarios americanos; pero es hecho comprobado que personaje de tal título fué casado en Lima con una ilustre dama que, en segundas nupcias, contrajo matrimonio nada menos que con un virrey (Avilés). Quizá fué uno de los títulos que, a poco tiempo de creados, se extinguieron por alguna de las causales que dejamos apuntadas.

En cuanto al título de conde de la Granja, que disfrutó un gobernador de Potosí, poeta notabilísimo de su época, parece que no fué título del Perú, sino de España. Lo mismo decimos sobre el marquesado de Casa Guisla.

Aunque la Capitanía general de Chile estuvo siempre bajo la jurisdicción de los virreyes del Perú, los títulos que en esa región se crearon, y que no excedieron de diez, no se consideraron en los registros de la Audiencia de Lima ni en el nobiliario del Perú. El temor de incurrir en inexactitudes, por la deficiencia de nuestros datos, nos obliga a no designarlos.



## SILUETAS

En lo creado hay cosas más fuertes las unas  
que las otras.

Las montañas.

El fierro que las allana.

El fuego que funde el fierro.

El agua que apaga el fuego.

La nube que absorbe el agua.

El viento que arrastra la nube.

El hombre que desafía al viento.

La embriaguez que aturde al hombre.

El sueño que disipa la embriaguez.

La ambición que quita el sueño.

La muerte que mata la ambición.

MAHOMA.—*El Corán.*

### I

## HERNANDO DE SOTO

Animoso, prudente y liberal es Hernando de Soto la figura más simpática entre los hombres que acompañaron a Pizarro para la captura de Atahualpa.

Hernando de Soto, que había sido uno de los conquistadores de Nicaragua y que disfrutaba de fortuna y honores, como primer regidor de la ciudad de León, acogió a Nicolás de Rivera el Viejo, que fué a proponerle, en nombre de don Francisco Pizarro, que tomase parte en la conquista del Perú. Soto se unió a Pizarro en Panamá con dos buques, en los que traía sesenta hombres aguerridos y diez caballos. El jefe de la conquista, reconociendo la importancia de Hernando, lo nombró por su segundo, no sin oposición de los hermanos Pizarro.



Soto fué el primer español que habló con Atahualpa, en su carácter de embajador, mandado por don Francisco al campamento del Inca, y logró de éste que aceptase la invitación de pasar a Cajamarca.

Atahualpa, en su prisión, tomó gran cariño por Hernando de Soto, en el cual vió siempre un defensor. Hernando de Soto era verdaderamente caballero, y tal vez el único corazón noble entre los ciento setenta españoles que apresaron al hijo del Sol. Aun es fama que este conquistador pasaba horas acompañando en su prisión al desventurado monarca, y enseñándole a jugar ajedrez. El discípulo llegó a aventajar al maestro.

Cuando regresó de una exploración, a que lo había enviado Pizarro, se encontró con que el Inca acababa de ser decapitado.

Gran enojo manifestó Soto por el crimen de sus compañeros, y disgustándose cada día más con la conducta de los Pizarro, se regresó a España en 1536, llevándose diez y siete mil setecientas onzas de oro que le correspondieron en el rescate del Inca.

El rey le dió el título de Adelantado, le concedió muchas mercedes y honores, y lo autorizó para sacar de España mil hombres y emprender con ellos la conquista de la Florida. En ésta no fué menos heroico y prudente que en el Perú, y falleció, en medio de los bosques, atacado de una fiebre maligna.

La historia es injusta. Toda la gloria en la conquista del Perú refleja sobre Pizarro, y apenas hace mención del valiente y caballeroso Hernando de Soto.

Era hidalgo de nacimiento, natural de Villanueva de Barcarrota, buen mozo, moreno de color, sufridor de trabajos y el primero en los peligros, con lo que daba ejemplo a los soldados, desprendido de la riqueza, clemente en perdonar, y de gran juicio y cautela. Tal es el retrato que de Hernando de Soto hace un cronista.

Murió, muy llorado de los suyos, a la edad de cuarenta y cinco años.

## II

### PEDRO DE CANDIA

Cuando Francisco Pizarro se vió, en la isla del Gallo, abandonado por sus compañeros de aventura, sólo trece hombres se resolvieron a permanecer con él y sufrir todas las penalidades anexas a lo deses-

perado de la situación. Esos trece hombres eran almas verdaderamente heroicas. Llamábanse Nicolás de Rivera el Viejo, Bartolomé Ruiz, Juan de La Torre, Francisco de Cuéllar, Alonso Briceño, Cristóbal de Peralta, Alonso de Molina, Pedro Alcón, Domingo de Sorialuce, Antonio de Carrión, García de Jerez, Martín Paz y Pedro de Candia.

Tres de ellos debían morir sin ver realizada la conquista. Alonso de Molina se quedó en Tumbes, enamorado de una india, y fué asesinado por los naturales; Pedro Alcón murió loco; Martín Paz falleció en la Gorgona, víctima de la fiebre; Alonso de Molina es el héroe de una novela de Marmontel, y Francisco de Cuéllar murió a manos del verdugo, ignorándose por completo si Carrión y Sorialuce militaron después en el Perú. Estos dos nombres no son recordados por ningún cronista ni en los combates con los indios ni en las guerras civiles de los conquistadores. Sólo Alonso Briceño regresó a España, donde vivió holgadamente con la parte que le cupo del tesoro de Atahualpa.

En cuanto a Juan de La Torre, murió muy tranquilamente en su lecho y siendo uno de los fundadores y más acaudalados vecinos de Arequipa.

Luego que Pizarro, transcurridos muchos meses, recibió refuerzos y salvó de la crítica situación en que se había hallado en las islas del Gallo y de la Gorgona, se dirigió a Tumbes, en cuyo puerto hizo desembarcar a Pedro de Candia en calidad de embajador. Todos los cronistas están conformes en que Pedro, natural de la isla de Candia, en el archipiélago griego, era un mancebo de arrogantisimo porte. Se presentó en Tumbes ante los indios, armado de coraza y casco relucientes, espada, rodela y una cruz; y su sola figura ejerció influencia mágica sobre los sencillos habitantes.

A propósito de su embajada, muchos historiadores refieren con gran seriedad la fábula siguiente: —Los habitantes de Tumbes aceptaron la amistad de los españoles, convencidos de que eran seres divinos; pues habiéndole echado un tigre al embajador Pedro de Candia para que lo devorase, éste amansó la fiera presentándole la cruz que llevaba en la mano.—En tiempo del virrey Toledo se levantó una información minuciosa que vino a destruir el prestigio de tal fábula.

Después de esta expedición, Pizarro se dirigió a España para entenderse directamente con el emperador y alcanzar mercedes y facilidades para realizar la conquista. Su compañero de viaje fué Pedro

de Candia, a quien la reina dona Juana acordó el uso del Don, declarándolo hidalgo, por mucho que en sus primeros años hubiera sido marinero y luego pirata. Además, lo nombró regidor perpetuo de Tumbes y artillero mayor de Pizarro.

En la captura del Inca Atahualpa, fué Pedro de Candia quien, disparando una bombardita o pequeña pieza de artillería, dió la señal para que comenzase la matanza de los indios.

Del rescate del Inca le tocaron a Pedro de Candia cuatrocientos siete marcos de plata y nueve mil novecientas onzas de oro.

Ya que incidentalmente hemos hablado del rescate de Atahualpa, es oportuno consignar que lo repartido entre los ciento setenta audaces aventureros que apresaron al Inca subió a treinta y cinco mil cuatrocientos ochenta y seis marcos de plata y novecientas cincuenta y un mil novecientas treinta y dos onzas de oro.

Además, la parte del emperador fué la litera de oro macizo sobre la que era conducido Atahualpa.

Quimérica parecería tanta riqueza, acumulada en la prisión de Cajamarca en reducido espacio de tiempo, si no existiera en forma el documento que comprueba la repartición hecha del tesoro.

Después de Francisco, Juan y Gonzalo Pizarro y de los capitanes Benalcázar y Hernando de Soto, fué Pedro de Candia el que alcanzó mayor suma del rescate.

Pizarro comisionó a Candia para que explorase el valle de Jauja, y más tarde le dió igual encargo en las montañas. Pedro de Candia escaló los Andes con increíble trabajo y en algunos sitios tuvo que hacer subir los caballos por medio de maromas, y poniendo en ejercicio su práctica e industrias de marinero. Fatigada la gente por todo género de miserias, se dirigió al Callao, y obtuvo en el Cuzco, de Hernando Pizarro, que lo autorizase para reclutar gente y emprender la conquista de Carabaya, aventura en la que también fué desgraciado.

Uno de los capitanes, Alonso Mesa el Canario, conspiraba contra Hernando. Este, creyendo que Candia no era extraño al proyecto revolucionario, lo hizo arrestar y quitó el mando de la conquista. Candia logró probar su inocencia, y Hernando Pizarro mandó decapitar a Mesa.

Alonso Mesa, natural de las islas Canarias, era soldado de infantería en la traición de Cajamarca, y fué el que, en unión de Miguel de Astete, tomó prisionero a Atahualpa, y le hubiera dado muerte a no



impedirlo Pizarro. Del reparto del tesoro le tocaron ciento treinta y cinco marcos de plata y tres mil trescientas treinta onzas de oro. Hombre vulgarísimo, pero muy valiente, tenía a veces arranques hidalgos; y cuando, en la entrevista de Mala, se propusieron los pizarristas apoderarse por traición de la persona de Almagro el Viejo, Alonso de Mesa fué de los pocos que protestaron indignados contra esa felonía, y cuéntase que al pasar junto el mariscal lo hizo cantando esta popular copla del romancero español:

Tiempo es el caballero,  
tiempo es de huir de aquí,  
que me crece la barriga  
y se me acorta el vestir.

Con lo que Almagro se dió por avisado y escapó a la celada que tan indignamente le tendían.

Desde entonces Pedro de Candia vivió resentido con los Pizarro; y cuando, muerto el marqués, Almagro el Mozo se proclamó gobernador del Perú, aceptó sin vacilar el mando de la artillería. En esta época desplegó Candia toda su actividad e inteligencia, y en breve tiempo fabricó mosquetes y cañones.

El yerno de Pedro de Candia, que militaba en las filas de Vaca de Castro, le escribió pidiéndole que falsease la artillería, arma en que los almagristas cifraban toda su superioridad sobre el enemigo. Candia mostró inmediatamente la carta a su caudillo, dándole así una prueba de lealtad. Esto sucedía en los momentos en que Vaca de Castro enviaba a Almagro proposiciones de paz. Almagro desconfió, y con justicia, del negociador, que a la vez que proponía un arreglo estaba minándole el ejército.

En el acto el campo almagrista se puso en movimiento sobre Chupas para presentar la batalla. Esta fué reñidísima. El grito en ambos ejércitos era: —¡Santiago! ¡Viva el rey y Almagro! o ¡Santiago! ¡Viva el rey y Vaca de Castro!— Allí murió Perálvarez Holguín, el más distinguido de los capitanes realistas, que entró al combate con sobrevesta blanca; y salió herido Garcilaso de la Vega, padre del historiador.

Ya Almagro recorría el campo gritando: —¡Victoria! ¡Prender y no matar!—El desorden cundía en las tropas de Vaca de Castro, y sólo Francisco de Carbajal sostenía la lucha. A este tiempo, el capitán Saucedo, uno de los mejores amigos de Almagro y que acababa de derrotar la vanguardia realista, comunicó a Pedro de Candia orden de que variase la situación de la artillería. Candia obedeció a su superior,



y colocó en otro lugar las piezas; pero los tiros no producían ya mortífero efecto sobre el enemigo, y rehaciéndose los realistas, entró el pánico entre los que pocos minutos antes entonaban el himno de triunfo.

Almagro, sin averiguar nada, pues los momentos no lo permitían, se dirigió al nuevo sitio que ocupaba la artillería, y lanzando el caballo sobre Candia, le dijo: —¡Traidor! Has seguido el consejo de tu yerno—y lo atravesó con la lanza.

Así murió, tenido por infame en el concepto de su caudillo, un soldado que había sido siempre leal para con la causa que abrazara.

Era hombre de bien, generoso, valiente, de bella figura, alto y fornido, de poblada barba, con pocas cualidades de mando, y el más inteligente, hasta entonces, en la arma de artillería. Murió a la edad de cincuenta y siete años.

### III

## ALONSO DE TORO

Hombre fiero, áspero, vengativo, cruel e indigesto llama un cronista a este conquistador, que obtuvo en el botín de Cajamarca la misma porción, en oro y plata, que Mesa el Canario. Su hermano, Hernando de Toro, fué, poco después de la muerte del Inca, asesinado por los indios de Tumbes, y es fama que con su cadáver celebraron un festín de antropófagos.

Puesto en capilla el mariscal Almagro, Toro, que era su enemigo personal, se constituyó de guardia en el calabozo, y el desgraciado anciano se desahogó diciéndole:

—Por fin vas a beber mi sangre hasta hartarte.

—Y esa es la mayor fortuna que Dios me concede—contestó el cínico guardián.

Alonso de Toro fué uno de los que más azuzaron a Gonzalo Pizarro para su rebeldía, y mereció ser nombrado maese de campo. Pero Toro era generalmente aborrecido, y su nombramiento tuvo mala acogida en el ejército. Entonces Gonzalo lo hizo gobernador del Cuzco, y en ese puesto, lejos de propiciarse los ánimos, dió rienda suelta a su perverso carácter y aumentó el número de los desafectos. Por una querella personal mandó cortar la mano a Hernando Díaz,

y recelando siempre una revolución, que su mal gobierno provocaba, hizo degollar a los que le fueron denunciados como cabecillas.

Su lealtad para con Gonzalo no fué de las más probadas, y mucho se murmuraba de que mantenía correspondencia secreta con los parciales de La Gasca. En esta época, habiendo un día tenido un altercado con su suegra y dádola de bofetones, Diego González, marido de la ultrajada señora, fué a buscarlo a su casa, y sin pronunciar una palabra, le dió muerte a puñaladas, con gran contentamiento del vecindario del Cuzco, que celebró el suceso con repiques y luminarias.

Paula de Silva, la viuda de Toro, casó en segundas nupcias con el licenciado Pedro López de Cazalla, famoso por su talento y por haber sido el primero que elaboró vinos en el Perú.

#### IV

### FRANCISCO DE ALMENDRAS

Perteneció también a los ciento setenta que capturaron al Inca, y obtuvo una buena partija en el rescate.

Hecho algunos años después regidor del Cuzco, tomó partido con Almagro; y en breve lo traicionó, uniéndose a los Pizarro.

En la revolución de Pizarro se hizo Almendras notable por sus crueldades, y parecía querer rivalizar en ferocidad con el Demonio de los Andes.

Hallándose una noche acostado en la cama entró a visitarlo Diego Centeno, su compadre y amigo íntimo. Después de un rato de conversación, Centeno le declaró que era partidario de La Gasca y que venía a tomarlo preso. Francisco de Almendras no podía resistirse, y rogó a Centeno que le perdonase la vida, teniendo en cuenta sus antiguos vínculos y que era padre de doce hijos.

Los hombres de ese siglo tenían el corazón tan duro como la cota de fierro bajo la cual palpitaba.

Centeno mandó degollar a su compadre Francisco de Almendras.

## V

## DIEGO CENTENO

Vino al Perú dos años después del asesinato de Atahualpa, en la expedición de Pedro Alvarado, y Pizarro le dispensó desde el primer día su poderoso amparo. Por eso, en las batallas de Salinas y de Chupas, lo hallamos combatiendo bizarramente contra los almagristas.

Comprometido al principio en la revolución de Gonzalo, cambió pronto de bandera, ajusticiando, como hemos referido, a Francisco de Almendras. La Gasca dió a Centeno el mando de una división, la que en diversos encuentros fué siempre vencida por Francisco de Carbajal. En la batalla de Huarina las tropas de Centeno pasaban de mil hombres, y las de Carbajal, que no llegaban a quinientos, alcanzaron la victoria. Por eso, cuando estando para morir el Demonio de los Andes, le preguntó Centeno si le conocía, le contestó Carbajal que no, porque siempre le había visto de espaldas.

En sus desgraciadas empresas contra Carbajal, que había jurado darle garrote cuando lo hubiese a mano, tuvo varias veces que caminar por muchos días, solo y a pie, entre riscos y precipicios; y una ocasión vivió más de seis meses escondido en una cueva, y debiendo el sustento a la caridad de una india y de Cornejo el Bueno.

Por fin, en la batalla de Saxsahuaman, La Gasca le confió el mando de la reserva, y pacificado el país, lo nombró gobernador del Río de la Plata. Mas la víspera del día en que iba a marchar para su destino, murió en un banquete, envenenado por uno de los deudos de Francisco de Almendras.

Diego Centeno fué un capitán organizador y activo, de carácter sanguinario a la vez que cauteloso. Poseía minas muy ricas en Potosí, y era hombre dadivoso y cortesano.

## VI

## PEDRO PUELLES

Vino al Perú en 1534 con el adelantado don Pedro de Alvarado. Era un joven hidalgo de Castilla, muy pagado de sus pergaminos.

Un cronista dice de él que era avariento, feroz, y de ánimo inquieto y novelero.

A poco de haber tomado servicio en el Perú, tuvo una insubordinación con Benalcázar, y éste le impuso arresto. Por eso, cuando en la batalla de Iñaquito se vió Benalcázar herido y prisionero, el *hidalgo* Puelles tuvo la cobardía de insultarlo. No es hidalgo quien nace hidalgo, sino quien sabe serlo.

Cuando Gonzalo Pizarro marchó al descubrimiento de la Canela, dejó en Quito a Puelles por su teniente gobernador; y Vaca de Castro, después de la batalla de las Salinas, lo nombró para que acabase de fundar y poblar la ciudad de León de Huánuco.

Sublevado Gonzalo contra el virrey Blasco Núñez de Vela, Puelles principió por servir la causa de éste; mas pronto se unió a Gonzalo, traición que inclinó por completo la balanza en favor de los revolucionarios. Puelles fué el maese de campo de Pizarro en la batalla de Iñaquito.

Después del triunfo, Gonzalo le dejó en Quito por su teniente gobernador. A este propósito dice un cronista: «Encargado Puelles del gobierno, se vieron en el cielo algunas lumbres extraordinarias y dos leones que peleaban, uno en la parte del oriente y otro en la parte del poniente, y el sol se obscureció, con otros fenómenos que fueron tenidos por los habitantes de Quito como augurios de grandes sucesos y de terribles desastres.»

Al arribo de La Gasca, empezó a palidecer la buena estrella de Gonzalo; y Puelles, a la vez que enviaba un emisario cerca del licenciado, ofreciéndole alzar bandera por el rey si le acordaban ciertas gracias, se preparó a marchar con tropas sobre Guayaquil, que se había pronunciado contra la revolución. Pero la víspera de la marcha, y con pretexto de acompañarlo a misa, entraron varios oficiales al cuarto de Puelles, que aun no se había levantado de la cama, le dieron de puñaladas, le cortaron la cabeza y la pusieron en el mismo sitio público donde él había hecho colocar antes la del virrey Blasco Núñez de Vela.

## VII

### HERNANDO MACHICAO

He aquí un tipo de ferocidad y cobardía, un aventurero sin Dios y sin ley. Parece que vino al Perú en 1534 y que fué a establecerse en



el Cuzco, donde era regidor cuando el Cabildo reconoció la autoridad de Almagro el Viejo. Machicao principió por aceptar al caudillo; mas, no alcanzando de éste grandes provechos, se escapó una noche del Cuzco y pasó a Lima, donde tomó servicio con los Pizarro.

En la batalla de las Salinas, Machicao encontró en el campo, cubierto de heridas, al noble y valiente capitán almagrista Pedro de Lerma, de quien era enemigo personal, y tuvo la vileza de teñir su espada en la sangre del moribundo.

Después de haber entrado en acuerdos con los partidarios de Almagro el Mozo, en el Cuzco, los traicionó también, como lo había hecho con el padre.

En la rebelión de Gonzalo siguió la bandera de éste; mas luego solicitó el perdón del virrey. El enérgico Blasco Núñez contestó que Machicao y Francisco de Almendras eran dos infames tales que no merecían sino la horca, y que para vencer no necesitaba de semejantes traidores.

Despechado Machicao, aceptó la comisión de ir a Tumbes con treinta hombres y asesinar al virrey; pero, frustrada su empresa, se apoderó de algunos buques, entregándose a monstruosas piraterías en la costa. Llegó a Panamá e intimó al vecindario que si no reconocía a Gonzalo por gobernador del Perú, saquearía la ciudad y degollaría a los recalcitrantes. Atemorizados los panameños le dieron buques, armas, dinero y nueve piezas de artillería.

La conducta de Machicao en Panamá fué asaz infame. Robó mujeres; mandó que sus soldados entrasen a las tiendas y se vistiesen de paño, sin pagarlo, y llevaba en la mano un rosario, no por devoción, sino para contar el número de mosquetes que le entregaban los vecinos.

Sus atrocidades no podían dejar de sublevar los ánimos, y se armó una conspiración; mas, descubierta por Machicao, hizo dar garrote a los cabecillas.

Salió al fin de Panamá con veintidós buques y quinientos hombres, y en la travesía apresó un bajel que le llevaba al virrey refuerzo de armas, caballos y tropas. Entonces Blasco Núñez le hizo proposiciones para atraerlo a su bandera, y Machicao le contestó: —Tarde piaste. Cuando quise no quisiste.

En Tumbes se imaginó que algunos de los tripulantes de los buques trataban de insurreccionarse, y sin más fórmula ni proceso los hizo colgar de las entenas.

Machicao tenía el proyecto de batir primero al virrey y luego sorprender a Gonzalo, alzarse con el gobierno y proclamarse emperador del Perú. Mas, traicionado por uno de sus confidentes, Gonzalo tuvo conocimiento del pérfido plan y a marchas forzadas vino a unirse con Machicao en Latacunga. Este logró calmar los recelos de Pizarro, y lo acompañó a la batalla de Iñaquito.

Machicao secundaba a Francisco de Carbajal en aconsejar a Gonzalo que se alzase con el poder, desconociendo al rey de España, y su bandera fué la única que en la batalla de Iñaquito llevaba por lema *Pizarro*, con una corona real encima.

Después de Iñaquito, Gonzalo le regaló algunos millares de onzas, y le dió a mandar un regimiento de picas, compuesto de ciento cuarenta hombres.

En la batalla de Huarina, el ejército de Gonzalo no excedía de quinientos hombres, y el mando de una parte de la infantería fué confiado a Machicao. Como hemos dicho, esta batalla contra doble fuerza sólo pudo ganarla un soldado tan entendido como el maese de campo Francisco de Carbajal, quien manchó sus laureles haciendo ahorcar en el mismo campo a un sacerdote dominico, el padre González, junto con treinta de los principales prisioneros.

Pero en Huarina hizo Carbajal una acción muy meritoria. Machicao, que dudaba del triunfo, abandonó cobardemente su puesto apenas se rompieron los fuegos. Al otro día regresó al campamento, y Carbajal lo mandó arcabucear. Bien merecido se tenía tan desastroso fin.

## VIII

### MARTÍN DE ROBLES

Sin que se pueda determinar con fijeza la época en que Martín de Robles vino al Perú, hallamos que en 1541 era alférez real o abanderado de Perálvarez Holguín, y que, tres años después, el virrey Blasco Núñez lo distinguió mucho y le dió el mando de una compañía. Martín de Robles contaba entonces cerca de sesenta años, había militado en Europa y se le reputaba como hombre de gran valor y experiencia.

Fué de los primeros en traicionar al virrey, tomando partido por la Audiencia, y mereció en pago de su defección que aquélla lo nombrara

capitán general. Mas reconocida la autoridad de Gonzalo Pizarro, renunció Robles el nombramiento de los oidores, confiriéndole Gonzalo el mando de los piqueros y regalándole, después de la batalla de Iñaquito, la misma suma en oro que a Machicao.

Los hombres de ese siglo se habían avezado a la traición. Cuando Robles vió que la buena estrella de Gonzalo principiaba a desmayar, aconsejó a Diego Maldonado el Rico que se desertase con una compañía; y luego, con el pretexto de perseguirlo, se le unió con los piqueros de su mando y alzaron bandera por Gasca. La traición de Robles fué contagiosa, y muchos caballeros notables siguieron el pérfido ejemplo.

Muerto Gonzalo en el cadalso, Martín de Robles salió precipitadamente de Lima con algunos hombres en dirección a Potosí. Dijose en el primer momento que Robles era el caudillo de una conspiración que debía estallar contra la Audiencia, tan luego como falleciese el virrey marqués de Mondéjar. Pero la verdad es que la marcha repentina de Robles fué motivada porque Vasco Godines y Egas de Guzmán le habían escrito que su esposa, doña Juana de los Ríos, tenía relaciones de amor con Pablo Meneses, corregidor de Potosí, íntimo amigo de Robles y tan anciano como él. Todo ello era una calumnia.

Desde Arequipa fué Robles reclutando gente; pero el general don Pedro de Hinojosa, que acababa de ser nombrado justicia mayor de Potosí, apaciguó a Robles, y éste se fué a Chayanta, residencia de doña Juana.

Vasco Godines, que era el azuzador de los celos de Robles, se presentó un día en Potosí y clavó en la puerta de Meneses un cartel en que don Martín exigía que si don Pablo no quería batirse en duelo, declarase en presencia de Pedro Portugal, de Hernando Paniagua y de otros caballeros, que él no era hombre para haber requerido de amores a doña Juana de los Ríos; porque si lo hiciera, ella era persona tal que le pelara las barbas y diera de chapinazos; y que, para satisfacer a Robles, estaba pronto a rendirle la daga que llevaba al cinto.

Meneses, que aun era corregidor de la villa por no haber llegado el justicia mayor, quiso mandar prender a Robles y cortarle la cabeza por el desacato. Pero, mejor aconsejado, temió que Hinojosa desaprobare su proceder, creyendo que la pasión y la venganza habían torcido en sus manos la vara de juez.

Tres días después se hizo cargo Hinojosa del gobierno; y Meneses, recelando un ataque de Robles, se echó a reunir gente, y la villa impe-



rial quedó dividida en dos bandos rivales. Entonces contestó al cartel de Robles diciéndole que estaba pronto a salir al campo y darle la satisfacción que fuese justa, y que, si oyéndolo no se daba por satisfecho del supuesto agravio, se batirían en camisa, con espada y daga. Aceptó Robles, y cuando ya iban a ensangrentar los aceros, se presentó el justicia mayor y condujo preso a don Martín.

Hinojosa tomó a empeño reconciliar a los adversarios, y al fin consiguió que celebrasen un pacto por el que María de Robles, niña de ocho años, debía casarse, al cumplir los doce, con Pablo Meneses, anciano de más de sesenta diciembres. Item, se estipuló que la niña llevaría una dote de dos mil onzas de oro. Como es de suponerse, el acuerdo se celebró con grandes festejos.

Pero Vasco Godines y los revoltosos, que veían con esto aplazada la revolución, quedaron descontentos, y comprometieron para caudillo a don Sebastián de Castilla, huésped y amigo de Hinojosa.

Aunque el justicia mayor tenía aviso de que su huésped conspiraba contra él, no quiso darle crédito; y un día contestó al guardián de San Francisco, que le participaba haber descubierto, bajo secreto de confesión, lo que se tramaba: —No me hable de eso su paternidad, que teniendo yo lugar para echar mano de mi toledana, me río de todos los revoltosos del mundo.

Concertada, en fin, la revolución, entraron una noche los conjurados en casa de Hinojosa. Al ruido salió éste al patio, y uno de los traidores le dijo:

—Señor, estos caballeros quieren a vuesamerced por caudillo y padre.

—Vean vuesamercedes lo que me mandan—contestó el Justicia adelantándose hacia el grupo; y por la espalda le dieron una estocada mortal. Hinojosa cayó sobre unas barras de plata, y los conjurados le remataron diciéndole:

—Muere sobre lo que tanto amaste.

Después de saquear la casa salieron los rebeldes a tomar presos a Robles y a Meneses. Este, afortunadamente para él, se había quedado a dormir en una de sus haciendas, y Robles pudo escapar en camisa por una ventana.

Larga tarea sería historiar esta guerra civil, en la que, a poco, Vasco Godines asesinó a don Sebastián, reemplazándolo como caudillo. Baste decir, en compendio, que el cadalso fué permanente y las atrocidades sin número.



Revolucionado Girón, en 1553, escribió a Robles solicitando su apoyo; mas don Martín se puso a órdenes del mariscal Alvarado. En la batalla de Chuquinga, fué Robles encargado de pasar el río con treinta mosquetes y treinta partesanas, con prevención de que, después de situarse en un cerrillo, no comprometiese choque hasta una señal dada. Robles creyó que él solo podía vencer a Girón, y desobedeciendo las instrucciones, cayó sobre el enemigo. Martín de Robles salió herido, escapando milagrosamente; la mortandad fué grande entre los realistas, y el mariscal culpó siempre al insubordinado teniente de la derrota de Chuquinga.

Cuando, en 1555, llegó a Lima el virrey primer marqués de Cañete, Martín de Robles era ya tan viejo y achacoso, que para ir a misa o a Cabildo lo hacía apoyándose en un esclavo y llevándole otro la espada. Como el nuevo virrey había substituído el tratamiento de *muy nobles señores* que hasta entonces se daba a los cabildantes, con el de *nobles señores*, dijo riéndose don Martín, en pleno Cabildo de Potosí: — Ya le enseñaremos a tener crianza a ese virrey de mojiganga, que viene asaz descomedido en el escribir —. El vejete, que había sido siempre revoltoso, creía conservar aún los bríos de su mocedad y volver a armar la *gorda*.

Súpolo el marqués de Cañete, y se propuso castigar tanto la burla a su persona cuanto la traición de Robles al virrey Blasco Núñez. Con tal fin salió de Lima el oidor Altamirano con el encargo de hacerle dar garrote. El octogenario Martín de Robles, que investía la clase de general, fué sin ningún miramiento ni proceso ejecutado en secreto, lo que produjo un serio tumulto en Potosí.

Felipe II desaprobó la conducta del virrey, relevándolo inmediatamente con el conde de Nieva, y colmando de honores y gracias a doña María de Robles y a su hijo Pablo Meneses.

Martín de Robles fué tío del famoso padre Calancha, autor de la curiosa crónica agustina del Perú.

## IX

### LOPE DE AGUIRRE, EL TRAIADOR

Asusta y da temblor de nervios asomarse al abismo de la conciencia de algunos hombres. El solo nombre de Lope de Aguirre aterroriza.

Fecundísimo en crímenes y en malvados fué para el Perú el siglo XVI. No parece sino que España hubiera abierto las puertas de los presidios y que, escapados sus moradores, se dieron cita para estas regiones. Los horrores de la conquista, las guerras de pizarristas y almagristas, y las vilezas de Godines, en las revueltas de Potosí, reflejan, sobre los tres siglos que han pasado, como creaciones de una fantasía calenturienta. El espíritu se resiste a aceptar el testimonio de la Historia.

Entre los aventureros que con el capitán Perálvarez llegaron al Perú en 1544, hallábase Lope de Aguirre, mancebo de veintitrés años y reputado por uno de los mejores jinetes. Aunque oriundo de Oñate, en Guipúzcoa, y de noble familia, que lucía por mote en su escudo de armas esta leyenda: —*Piérdase todo, sálvese la honra*—, había pasado gran parte de su juventud en Andalucía, donde su destreza en domar caballos y su carácter pendenciero y emprendedor le habían conquistado poco envidiable fama.

En la rebelión de Gonzalo Pizarro tomó partido por éste; y cuando, al arribo del licenciado La Gasca, se vió, en 1549, forzado Gonzalo a alejarse de Lima, encomendó a Aguirre, como uno de los capitanes de más confianza, que con cuarenta hombres de caballería cubriese la retirada.

Apenas emprendido el movimiento, Lope de Aguirre retrocedió con su fuerza y entró en Lima gritando: —¡Viva el rey! ¡Muera Pizarro, que es tirano!

Y alzando bandera por La Gasca, asesinó en la ciudad a dos partidarios de Gonzalo, y en toda la campaña hizo ostentación de ferocidad. Lope de Aguirre se entusiasmaba como el tigre con la vista de la sangre; y sus camaradas, que lo veían entonces poseído de la fiebre de la destrucción, lo llamaban caritativamente: —*El loco Aguirre*.

Cuando, terminada la guerra, llegó la hora de recompensar a los realistas, La Gasca el Justiciero estimó en poco los servicios de Aguirre. Resentido éste, se retiró a Potosí, y en 1553, después del asesinato del corregidor Hinojosa, se alzó con Egas de Guzmán, y fué uno de los jefes de aquel destacamento que en una semana cambió tres veces de bandera: por el rey, contra el rey y por el rey. El mariscal don Alonso de Alvarado, pacificador de esos pueblos, a quien se unió Aguirre, tomó a empeño ahorcar al traidor; pero como los pícaros hallan siempre valedores, el mariscal tuvo que guardarse en el pecho la intención.

Combatió después contra Francisco Girón, y recibió una herida en la pierna, de la cual quedó un tanto lisiado.

El marqués de Cañete vino el fin, en 1555, como virrey del Perú, a extirpar abusos, ahogando todo germen de revuelta. El buscó ocupación a los espíritus inquietos, destinando a unos a la empresa de desaguar la laguna en que, según la tradición, existe la gran cadena de oro de los Incas, y empleando a otros en la exploración del estrecho de Magallanes.

En Moyobamba, y con aquiescencia del virrey, preparaba el bravo capitán Pedro de Urzua, natural de Navarra, una expedición a las riberas del Marañón, en busca de una tierra que, según noticias, era tan abundante en oro, que sus pobladores se acostaban sobre lechos del precioso metal. Grande fué el número de codiciosos que se alistaron bajo la bandera de Urzua, capitán cuyas dotes como soldado y hazañas en el nuevo reino de Granada le habían granjeado positiva popularidad.

La curiosa crónica titulada *Carnero de Bogotá*, escrita por un contemporáneo de Urzua, nos pinta la heroicidad de este caudillo, a la par que la nobleza de su corazón. Pedro de Urzua fué el fundador de Pamplona, una de las más importantes ciudades de Colombia.

Lope de Aguirre se presentó a Urzua, acompañado de una hija, niña de once años de edad. A Urzua seguía también en la expedición la bellísima doña Inés de Atienza, limeña e hija del conquistador Blas de Atienza, favorito del marqués Pizarro, y algunas otras mujeres, entre las que se encontraba una aragonesa llamada la Torralba, manceba de Aguirre.

Las fatigas de los expedicionarios aumentaban sin encontrar el país del oro. Vino luego la desmoralización propia de gente allegadiza, y una noche estalló el motín encabezado por Aguirre. Pedro de Urzua y su querida doña Inés fueron asesinados.

Los revoltosos proclamaron por general a don Fernando de Guzmán, hidalgo sevillano, y por maese de campo a don Lope de Aguirre. Extendida el acta revolucionaria, firmó con el mayor cinismo:—*Lope de Aguirre el Traidor*—. Un historiador añade que dijo Aguirre que firmaba con este mote de infamia, porque, después de asesinado el gobernador Urzua, habían de pasar siempre por traidores, que el cuerpo no podía ya ser más negro que sus alas, y que en vez de justificaciones y penosos descubrimientos, lo que debían hacer era apoderarse del Perú, el mejor Dorado del mundo, que el cielo lo hizo Dios para quien lo merezca, y la tierra para quien la gane.

Los expedicionarios, arrastrados por Aguirre y por las bárbaras



ejecuciones que éste realizara con los que le eran sospechosos, reconocieron, no ya sólo por general, sino por príncipe del Perú a don Fernando de Guzmán. Un día reconvino éste a su maese de campo por el inútil lujo de crueldad que desplegaba con sus subordinados; y no pasó mucho tiempo sin que el vengativo Aguirre asesinasen también a su príncipe. Y seguido de doscientos ochenta bandoleros, que él llamaba sus *marañones* (1), cometió inauditos crímenes en la isla de Margarita, en Valencia y otros pueblos de Venezuela, que entregó al incendio y al saqueo de los desalmados que lo acompañaban.

La bandera de Lope de Aguirre era de tafetán negro con dos espadas rojas en cruz.

Una mañana levantóse el *caudillo fuerte*, título con que lo engalanaron sus marañones, algo aterrorizado, y llamó a un fraile dominico. Oyólo éste en confesión, y tal sería ella, que se negó a absolverlo. Lope de Aguirre se alzó del suelo, llamó al verdugo, y le dijo con mucha flemma: —Ahora mismo, ahórcame a este fraile marrullero.

Por fin, desamparado de los suyos y acorralado como fiera montañés, se metió en un rancho con su hija, y la dijo:

—Encomiéndate a Dios, que no quiero que, muerto yo, vengas a ser una mala mujer ni que te llamen la hija del traidor.

Y aquel infame, que fingía creer en Dios, rechazando a la Torralba, que se le interponía, hundió su puñal en el pecho de la triste niña.

Un soldado llamado Ledesma intimó entonces rendición a Lope, y éste contestó: —No me rindo a tan grande bellaco como vos—, y volviéndose al jefe de los realistas, pidió le acordase algunas horas de vida, porque tenía que hacer declaraciones importantes al buen servicio de Su Majestad; mas el jefe, recelando un ardid, ordenó a Cristóbal Galindo, que era uno de los que habían desertado del campo de Aguirre, que hiciese fuego. Disparó éste su arcabuz, y sintiéndose Aguirre herido en un brazo, dijo: —¡Mal tiro! ¿No sabes apuntar, malandrín?

Hiciéronle un segundo disparo, que lo hirió en el pecho, y Lope cayó diciendo: —¡Este sí es en regla!—. Fué también uno de sus marañones el que ultimó al tirano.

Luego le cortaron la cabeza, descuartizaron el tronco, y durante

---

(1) En 1831 tenía el autor escrita gran parte de una larga novela histórica titulada *Los marañones*, cuyo manuscrito desapareció en el incendio de Miraflores.





«... hundió su puñal en el  
pecho de la triste niña.»



muchos años se conservó su calavera en una jaula de hierro, en uno de los pueblos de Venezuela.

Dice un cronista que Lope de Aguirre tomó por modelo, no sólo en la crueldad, sino en el sarcasmo impío, a Francisco de Carbajal, y que habiendo sorprendido rezando a uno de sus soldados, lo castigó severamente diciendo: —Yo no quiero a los míos tan cristianos, sino de tal condición, que jueguen el alma a los dados con el mismo Satanás.

Detenido en una de sus excursiones por un fuerte chaparrón, exclamó furioso: —¿Piensa Dios que porque llueve no tengo de hacer temblar el mundo? Pues muy engañado está su merced. Ya verá Dios con quién se las ha, y que no soy ningún bachillerejo de caperuza a quien agua y truenos dan espanto.

La carta que dirigió a Felipe II es curiosísimo documento que basta para formarse cabal idea del personaje.

Lope de Aguirre murió en diciembre de 1561, a los cincuenta años de edad. Era feo de rostro, pequeño de cuerpo, flaco de carnes, lisiado de una pierna y sesgo de mirada, muy bullicioso y charlatán.

Tal es la historia de uno de esos monstruos que aparecen sobre la tierra como una protesta contra el origen divino de la raza humana. Oviedo y Baños, en su curiosa crónica, y Pedro Simón en sus *Historiales*, son verdaderamente minuciosos en el relato de las atrocidades realizadas por el traidor Lope de Aguirre.



## EL POETA DE LA RIBERA

### DON JUAN DEL VALLE Y CAVIEDES

En 1859 tuvimos la fortuna de que viniera a nuestro poder un manuscrito de enredada y antigua escritura. Era una copia, hecha en 1693, de los versos que, bajo el mordedor título de *Diente del Parnaso*, escribió, por los años de 1683 a 1691, un limeño nombrado don Juan del Valle y Caviedes.

Caviedes fué hijo de un acaudalado comerciante español, y hasta la edad de veinte años lo mantuvo el padre a su lado, empleándolo en ocupaciones mercantiles. A esa edad enviolo a España; pero a los tres años de residencia en la metrópoli, regresó el joven a Lima, obligado por el fallecimiento del autor de sus días.

A los veinticuatro años se encontró Caviedes poseedor de una modesta fortuna, y echóse a triunfar y darse vida de calavera, con gran detrimento de la herencia y no poco de la salud. Hasta entonces no se le había ocurrido escribir versos; y fué en 1681 cuando vino a darse cuenta de que en su cerebro ardía el fuego de la inspiración.

Convaleciente de una grave enfermedad, fruto de sus excesos, resolvió reformar su conducta. Casóse, y con los restos de su fortuna puso, en una de las covachuelas o tenduchos vecinos al palacio de los virreyes, lo que en esos tiempos se llamaba un *cajón de ribera*, especie de arca de Noé, donde se vendían al menudo mil baratijas.



Pocos años después quedó viudo; y *el poeta de la Ribera*, apodo con que era generalmente conocido, por consolar su pena, se dió al abuso de las bebidas alcohólicas, que remataron con él en 1692, antes de cumplir los cuarenta años, como él mismo lo presentía en uno de sus más galanos romances.

Por entonces era costosísima la impresión de un libro, y los versos de Caviedes volaban manuscritos de mano en mano, dando justa reputación al poeta. Después de su muerte fueron infinitas las copias que se sacaron de los dos libros que escribió, titulados *Diente del Parnaso* y *Poesías varias*. En Lima, además del manuscrito que poseíamos, y que nos fué substraído con otros papeles curiosos, hemos visto en bibliotecas particulares tres copias de estas obras; y en Valparaíso, en 1862, tuvimos ocasión de examinar otra, en la colección de manuscritos americanos que poseyó el bibliófilo don Gregorio Beeche.

Caviedes ha sido un poeta muy desgraciado. Muchas veces hemos encontrado versos suyos en periódicos del Perú y del extranjero, anónimos o suscritos por algún pelafustán. En vida fué Caviedes víctima de los empíricos, y en muerte vino a serlo de la piratería literaria. Coleccionar hoy sus obras es practicar un acto de honrada reivindicación. Al César lo que es del César.

El bibliotecario de Lima, don Manuel de Odriozola, que tan útilmente sirve a la historia y a la literatura patrias dando a la estampa documentos poco o nada conocidos, es poseedor de una copia de los versos de Caviedes, hecha en 1694. Desgraciadamente, el manuscrito, amén de lo descolorido de la tinta en el transcurso de dos siglos, tiene tan garrafales descuidos del plumario, que hacen de la lectura de una página tarea más penosa que la de descifrar logogrifos. Sin embargo, a fuerza de empeño y tiempo, haciendo a la vez una nueva copia, hemos conseguido ponerla en condición de poder pasar a manos del cajista (1).

Habríamos querido corregir también frases, giros poéticos, faltas gramaticales, y aun eliminar algo; pero, aparte el temor de que un zoilo nos niegue competencia, hemos pensado que a un poeta debe juzgársele con sus bellezas y defectos, tal como Dios lo hizo,

---

(1) Este artículo fué escrito para servir de prólogo a la colección de poesías de Caviedes. Esta se imprimió en Lima en 1873, y forma el tomo V de los *Documentos literarios del Perú*, compilación notable hecha por Odriozola. En 1898 se reimprimió, como apéndice, en la obra titulada *Flor de Academias*.

y que hay mucho de pretensioso y algo de profanación en enmen-  
dar la plana al que escribió para otro siglo y para sociedad distinta.

Caviedes no se contaminó con las extravagancias y el mal gusto de su época, en que no hubo alumno de Apolo que no pagase tributo al gongorismo.

En la regocijada musa de nuestro compatriota no hay ese alambi-  
camiento culterano, esa manía de lucir erudición indigesta, que afea  
tanto las producciones de los mejores ingenios del siglo XVII. A Ca-  
viedes lo salvarán de hundirse en el osario de las vulgaridades la  
sencillez y naturalidad de sus versos y la ninguna pretensión de sen-  
tar plaza de sabio. Décimas y romances tiene Caviedes tan frescos,  
tan castizos, que parecen escritos en nuestros días.

A riesgo de que se nos tache de apasionados, vamos a emitir, en  
síntesis, nuestro juicio sobre el poeta de la Ribera: —En el género festi-  
vo y epigramático no ha producido hasta hoy la América española  
un poeta que aventaje a Caviedes.—Tal es nuestra conciencia lite-  
raria.

Las galanas espinelas a un médico corcovado, a quien llama *más  
doblado que capa de pobre cuando nueva y*

más torcido que una ley  
cuando no quieren que sirva;

el sabroso coloquio entre la Muerte y un doctor moribundo; el repi-  
queteado romance a la bella Anarda y otras muchas de sus composi-  
ciones no serían desdeñadas por el inmortal vate de la sátira contra  
el matrimonio.

Réstanos aún, como se dice, el rabo por desollar. Este libro es-  
candalizará oídos susceptibles, sublevará estómagos delicados y no  
faltará quien lo califique de desvergonzadamente inmoral. Vamos a  
cuentas.

Que más que las ideas son nauseabundas y malsonantes las pala-  
bras que emplea el poeta en varios de sus romances es punto que no  
controvertimos; aunque pudiera decirse que el tema forzaba al escri-  
tor a no andarse con muchos perfiles ni cultura. ¡Gordo pecado es lla-  
mar al pan, pan, y al vino, vino! Pero en esto no vemos razón para  
que, por los siglos de los siglos, se conserve inédito y sirviendo de pasto  
a ratones y polilla un libro que, dígame lo que se quiera en contrario,  
será siempre tenido en gran estima por los que sabemos apreciar los  
quilates del humano ingenio. Si fuera razón atendible la de la des-

nudez de la frase, muchos de los mejores romances de Quevedo (y entre ellos el que empieza: — *Yo el menor padre de todos*) — y muchas admirables producciones de otros escritores antiguos no habrían alcanzado la gloria de vivir en letras de molde.

Pero por delicados y quisquillosos que seamos, en estos tiempos de oropel y de máscaras; por mucho que pretendamos disfrazar las ideas, haciendo para ellas antifaces de las palabras, hay que reconocer que en la lengua de Castilla tiene Caviendes pocos que lo superen en *do-naire* y travesura.

Tenemos a la vista los tres tomos con que, en 1872, ha iniciado la Casa editorial de Rivadeneyra, en Madrid, la publicación de libros raros o inéditos; y, exceptuando el volumen del *Cancionero de Es-túñiga*, los otros dos corren parejas, si no exceden, en cuanto a *pul-critud* de voces, con el *Diente del Parnaso*. Y téngase muy en cuenta que tal publicación se hace bajo los auspicios de la Real Academia Española, cuerpo respetable que, en materia de estilo, *limpia, fija y da esplendor*.

El volumen de la *Tragicomedia de Lisandro y Roselia*, centón de picantes y obscenos chistes, es juzgado por don Juan Eugenio Hartzenbuch; y el de la *Lozana Andaluza*, historia en que se pintan con colores muy verdes y gran desnudez de imágenes las escandalosas aventuras de una meretriz, ha merecido ser citado con elogio, en la Biblioteca de autores españoles, por el culto don Pascual de Gayangos.

La autoridad, por mil títulos respetable, de estos dos ilustres académicos, destierra de nuestra alma todo escrúpulo por haber descifrado el manuscrito y alentado al señor Odriozola para su impresión. Para la gente frívola será éste un libro gracioso, y nada más. Para los hipócritas, un libro repugnante y digno de figurar en el *Índice*. Pero, para todo hombre de letras, será la obra de un gran poeta peruano, de un poeta que rivaliza, en agudeza y sal epigramática, con el señor de la torre de Juan Abad.





## LAS POETISAS ANÓNIMAS

En literatura, como en religión, como en política y como en todo, hay *mixtificaciones* o supercherías, y para mí entra en el número de ellas la epístola en silva que, con el seudónimo de *Amarilis*, dirigió a Lope de Vega, en 1620, una dama huanuqueña. Menéndez y Pelayo cree a pie juntillas en la existencia real de la poetisa, y forzando, con el admirable talento que le es propio, la disquisición, llega hasta a bautizarla con el nombre de doña María de Alvarado. En Huánuco, agrego yo, no ha faltado vecino que, estimándola como ascendiente suya, la llamó doña María de Figueroa; y hasta hay quien la supone hija de don Diego de Aguilar, autor de un poema titulado *El Marañón*, que no debe valer gran cosa, pues aun se conserva inédito en un archivo de España. El poeta fué un español avecindado en Huánuco.

También la limeña *Clarinda* (que escribió en 1607), a quien Cervantes nos presenta, no como madre de gallardos infantes, sino de unos robustos tercetos, *En loor de la poesía*, antójaseme que es otra *mixtificación*, y tan clara como la luz del mediodía.

No es esto decir que niegue yo, en la mujer americana de aquellos siglos, ingenio para el cultivo del Arte, y ciertamente que halagaría mucho nuestro amor propio u orgullo nacional el que fuese verdad tanta belleza.

La educación de la mujer, en el siglo XVII, era tan desatendida, que ni en la capital del virreinato abundaban las damas que hubiesen aprendido a leer correctamente, y aun a éstas no se las consentía más lectura que la de libros devotos, autorizados por el gobierno eclesiástico y por la Inquisición, enemiga acérrima de que la mujer adquiriese una ilustración que se consideraba como ajena a su sexo. Aun dando



de barato que, substrayéndose la mujer al rigorismo de los padres y al medio social o ambiente prosaico en que vivía, se despertasen en ella aficiones poéticas, mal podía cultivarlas por carencia de libros, que rara vez nos venían de España, amén de que muchos sólo de contrabando podían llegarnos, por no consentir el gobierno de la metrópoli que circularan en el Nuevo Mundo. Las bibliotecas de los conventos abundaban, es verdad, en infolios latinos, lengua que siempre fué problemático alcanzasen, ni medianamente, a traducir las monjas de nuestros monasterios. Todavía otra cortapisa. No bastaba con que un libro estuviera excomulgado o puesto en el *Index* expurgatorio, por contener frases malsonantes o doctrinas calificadas de heréticas, sino que, hasta para la lectura de ciertos clásicos, necesitaba un hombre proveerse de licencia eclesiástica. Y si a esta severidad estaba estrictamente sometido el sexo fuerte, mal puede aceptarse que en manos de mujer anduvieran Ovidio, Marcial o Tibulo. Ni la Biblia podía vulgarizarse.

Como no hemos de acordar ciencia infusa a nuestras compatriotas de pasados, presente y venideros siglos, está dicho que nos resistimos a creer que las dos imaginadas poetisas hubieran, sin mucho años de lectura y de estudio, alcanzado a versificar con la corrección y buen gusto que en la silva, y, más que en ella, en los tercetos de *Clarinda*, nos cautivan. Hay primores o *exquisiteces* rítmicas que no se conocen ni adquieren sino después de mucha costumbre de rimar y de estar uno familiarizado con las producciones de los más aventajados ingenios; y en esas gallardías son pródigas ambas poetisas.

*Clarinda* pudo sustentar cátedra de Historia griega y de Mitología. Nos habla, sin femeniles escrúpulos, como mujer superior a su siglo, de los dioses y diosas del Olimpo; y de Homero y la *Iliada*, y de Virgilio y la *Eneida*, nos dice maravillas; manosea con desenfado a los personajes bíblicos, y casi trata tú por tú, como quien ha vivido en larga intimidad con ellos, a Horacio, Marcial, Lucrecio, Juvenal, Persio, Séneca y Catulo. Véase algo de lo que de ellos dice:

Conocido es Virgilio, que a su Dido  
rindió el amor con falso disimulo,  
y el tálamo afeó de su marido.

Pomponio, Horacio, Itálico, Catulo,  
Marcial, Valerio, Séneca, Avieno,  
Lucrecio, Juvenal, Persio, Tibulo,

y tú, ¡oh Ovidio de sentencias lleno!,  
que aborreciste el foro y la oratoria  
por seguir de las nueve el coro ameno....., etcétera.

En tercetos anteriores, y como para relatarnos que ha leído a Sófocles, a Aristóteles, a Ennio, a Estrabón y a Plinio, nos exhibe a Cicerón, al cual indudablemente no ha conocido sólo de nombre, pues traduce uno de sus conceptos:

Oid a Cicerón cómo resuena  
con elocuente trompa, en alabanza  
de la gran dignidad de la Camena;

el buen poeta—dice Tulio—alcanza  
espíritu divino, y lo que asombra  
es darle con los dioses semejanza.

Dice que el nombre del poeta es sombra  
y tipo de deidad santa y secreta,  
y que Ennio a los poetas santos nombra.

Aristóteles diga qué es poeta,  
Plinio, Estrabón, y digánoslo Roma  
que dió al poeta nombre de profeta....., etcétera.

En los tercetos *En loor de la poesía* hay lo que puede llamarse derroche de ilustración y gran conocimiento de los clásicos griegos y latinos, cuyo estudio en 1607 apenas si se iniciaba en la Universidad de San Marcos, a cuyas aulas no era aún lícito penetrar a la mujer. Si la anónima poetisa viviera en las postrimerías de este nuestro siglo XIX, de fijo que podría decir con vanagloria: —Ya no hay en el mundo más que dos personas que saben latín a las derechas: el Papa León XIII y yo.

La mujer sabia no fué hija del siglo XVII, en América, como tampoco lo fué la mujer librepensadora o racionalista. Para la mujer, en el Perú, no había siquiera un colegio de instrucción media, sino humildísimas escuelas, en las que se enseñaba a las niñas algo de lectura, poco de escritura, lo suficiente para hacer el apunte del lavado, las cuatro reglas aritméticas, el catecismo cristiano, y mucho de costura, bordado y demás labores de aguja. Hasta después de 1830 no hubo escuela en la que adquiriesen las niñas nociones de Geografía e Historia. No siempre había de subsistir lo de misa, misar, y casa guardar.

La verdad es que, en la primera mitad del siglo XVII, México se enorgullecía con ser patria de una gran poetisa, sor Juana Inés de la Cruz, nacida en 1614, la que mantenía correspondencia poética con laureados ingenios de Madrid y aun con vates españoles residentes en el Perú. No era una poetisa anónima, sino un espíritu que sentía y se expresaba con la delicadeza propia de su sexo, de un talento claro y de una inteligencia cultivada hasta donde era posible que en Amé-

rica alcanzase la mujer. No fué una sabia, no fué un portento de erudición, como la seudoautora de los tercetos; fué sencillamente una poetisa que transparentó siempre en sus versos femeniles exquisiteces. —Si México posee una hija mimada de Apolo, el Perú la tuvo antes, se dijeron nuestros antepasados; y por esta razón de pueril vanidad patriótica no hubo en los tiempos de la colonia quien, sin prejuicios y con ánimo sereno, acometiera la investigación. Y así la mixtificación se perpetuaba, y podíamos exhibir una competidora a la bien y legítimamente conquistada fama de la mexicana monja.

Indudablemente, el autor de la composición *En loor de la poesía* era buen poeta y hombre de vastísima ilustración, que se propuso halagar a su amigo Diego Mexía, el sevillano, enviándole, para proemio de su *Parnaso antártico*, los magníficos tercetos. Y que Mexía se hizo cómplice en la mixtificación no cabe dudarlo; pues, aparte de que mucho debió engreirlo el ser objeto del encomio de una dama, estampa socarronamente que la autora de los tercetos es una señora principal de Lima, muy versada en las lenguas toscana y portuguesa, cuyo nombre calla por justos respetos. ¡*Connu!*, que diría un francés.

Nunca los resplandores del sol pasaron inadvertidos, y sol esplendoroso en nuestro mundo americano habría sido la mujer que tan alto descollara en las letras. Ni el mismo Diego Mexía se habría obstinado en guardar secreto sacramental, no porque con ello defraudaba gloria ajena, usufructuándola casi en su provecho, sino porque el aplauso anónimo parece aplauso mendigado y no brinda garantía de ser sincero y merecido.

Sospecho que aun en los tiempos de Diego Mexía hubo de ser generalizada la creencia en que los rotundos tercetos eran hijos de varonil inspiración; pues de otra manera la excitada curiosidad se habría puesto en acción para conocer el nombre de la sabia y misteriosa *Clarinda*. En literatura no hay secreto impenetrable cuando hay firme empeño en conocerlo; y menos éste, pues se trataba sólo de investigar entre cien limeñas que supieran leer y escribir con regular corrección, cuál era la que mantenía comercio con las musas, investigación no muy trabajosa en una ciudad cuya masa total de población era, en muy poco, mayor de cuarenta mil almas. Sólo la piedra preciosa puede esconder su brillantez en la impenetrabilidad de la mina; pero el talento es como el sol, cuyos rayos deslumbradores, si alguna vez se esconden entre la niebla, no por eso dejan nuestras pupilas de adivinarlos.



Tiene sobrada razón, como dice Menéndez y Pelayo, el poeta colombiano Rafael Pombo cuando, en el prólogo de las poesías de Agripina Montes del Valle, escribe que en verso castellano no se ha discutiendo tan alta y poéticamente sobre la poesía como en la composición de la anónima limeña.

Estas mixtificaciones, marrullerías o chanchullos poéticos, han sido moneda corriente en América, y quiero comprobarlo citando algunos de nuestros días. Durante más de dos años fué unánime el coro de elogios tributado a varias delicadas composiciones que, con la firma *Edda la bogotana*, reprodujo la prensa de nuestras repúblicas. Al fin se desvaneció el misterio, y llegó a ser de público dominio que esa firma fué un seudónimo que ocultaba el nombre de uno de los más esclarecidos poetas contemporáneos de nuestro continente, el cual encontró complacencia en avivar la curiosidad de los lectores manteniendo en pie, mientras le fué posible contar con la discreción del impresor, la que él estimaba como inocente travesura.

Y para hablar sólo del Perú, recordemos que ha casi un cuarto de siglo nos traía intrigados la firma *Leonor Manrique*, que con frecuencia se leía en uno de nuestros diarios, al pie de versos muy galanos, así como las de *Lucila Monroy* y *Adriana Buendía*, suscribiendo poesías, si bien menos correctas que las de aquélla no por eso menos agradables. Pues bien, todo ello, con el correr de los meses, se supo que fué puro entretenimiento y pura broma de dos poetas de buen humor. No sería de maravillar que un futuro historiógrafo de las letras peruanas, ateniéndose a la prensa periódica, obsequiase al Perú un cardumen de poetisas que existieron sólo en la fantasía de escritores traviesos, y que hoy se están embobados y sin acordarse de la travesura, como diz que se está San Gilando en el cielo, donde Dios no hace caso de San Gilando ni San Gilando hace caso de Dios.

Trece años después de la aparición de *Clarinda*, que no volvió a inspirarse ni a dar señales de vida, se nos presenta, en 1620, la *Amarilis* de Huánuco, con su epístola en silva, dirigida a Lope de Vega. Nueva mixtificación.

Lo artificioso de las imágenes en el platonismo amoroso, más aún que la estructura de los versos, propia de pluma muy ejercitada en la métrica, nos están revelando a gritos a un hijo, y no de los peores, del dios Apolo. Ese mismo empeño en hacer su autobiografía nos es sospechoso, por lo impropio y rebuscado, pues ninguna mujer románticamente enamorada de un hombre, a quien no conoce mas que por



sus comedias, es capaz de imaginar que para obtener correspondencia de afectos le sea preciso contar de buenas a primeras al hombre de su amor, que los abuelos de ella fueron de los conquistadores del Perú y de los que fundaron la ciudad de los caballeros del León de Huánuco; que, niña aún, quedó huérfana y confiada a la tutela de una tía; que tiene una hermana, un tanto devota, llamada Belisa, cuyo marido es muy buen muchacho; y por fin, que ella vive contenta en su celibato, consagrada sólo al amor espiritual que la inspira Belardo, nombre con que bautiza a Lope de Vega. ¿A qué venía esa confesión, no de culpas, sino de boberías? Quién sabe si el malicioso vate madrileño, después de leer las noticias autobiográficas, no exclamaría:

—Y a mí, señora, ¿qué me cuenta usted?

No siempre tiene uno interés en imponerse de vidas ajenas. Quede eso para los ociosos, y Lope no lo era.

El inventor de *Amarilis* contrasta con el inventor de *Clarinda*. Esta, en sus tercetos, apenas si por incidencia habla de su femenino persona, y aun en eso anda un tanto gazmoña. La de la epístola a Lope, más que una dama culta y de buen tono es una comadre cotorrera.

Cierto que en la silva de *Amarilis* abundan trozos de verdadero estro poético y que no hay pretensión de lucir sabiduría, como en los versos de *Clarinda*: ésta aspira a ser hombre y aquélla se conforma con pertenecer al sexo bello y débil. Sin embargo, para que haya de todo en la viña del Señor, uvas, pámpanos y agraz, véase este fragmento con vistas a la erudición:

Dénte el cielo favores,  
las dos Arabias bálsamos y olores,  
Cambaya sus diamantes, Tíbar oro,  
marfil Sofalia, Persia su tesoro,  
perlas los orientales,  
el Rojo Mar purísimos corales,  
balajes los Ceylanes,  
áloes preciosos Sárnaos y Campanes,  
rubíes Pegugamba y Nubia algalia,  
amatistas Karsinga,  
y prósperos sucesos Acidalia.

Este lujo de erudición palabrera o catálogo de productos locales, me trae a la memoria unos versos que dicen:

En cierta obra de química leía  
el índice mi hijo:  
—Nitrato de potasio y de magnesio,  
nitrato de rubidio,

nitrate de barita y de zirconio,  
nitrate de aluminio.....  
Pues si de nada trata, papá, díme  
¿de qué trata este libro?

Tengo para mí que el viejo Lope de Vega no tragó el anzuelo, porque contestó a *Amarilis*, llevándola el amén y dejándose querer, en tercetos muy desmayados para ser suyos. Además, Lope, que a pesar de la sotana que vestía fué siempre muy galante, y muy cumplido, y muy obsequioso para con las damas, se negó a complacer a la incógnita huanuqueña, que le había pedido escribiese un poema sobre la vida y milagros de Santa Dorotea, lo que era un juguete para el ingenio y facilidad del gran poeta.

No se diría sino que en el siglo XVII, en que la educación de la mujer estuvo descuidadísima, porque tal era la condición sociológica de nuestros pueblos todos, tuvimos en América epidemia de poetisas anónimas. Húbolas entre nosotros, en Bogotá, y en Quito, y....., en fin, las poetisas anónimas brotaban espontáneamente, como los hongos. Y lo curioso, y que hasta reglamentario parece, es que toda poetisa anónima, después de dar a luz..... una composición magistral, rompía la pluma y se daba por difunta, como diciendo a la posteridad: para muestra de mi quincallería intelectual y poética te dejo un solo botón.



## SOBRE EL «QUIJOTE» EN AMÉRICA

(A don Miguel de Unamuno.)

### I

#### MINUCIAS BIBLIOGRAFICAS

En 1877 la Biblioteca de Lima estaba cerrada para el público, por hallarse en construcción la estantería de cedro del espacioso salón *Europa*. No obstante, el bibliotecario, coronel don Manuel Odriozola, sucesor del ilustre Vigil, daba facilidades para consultar libros a sus amigos aficionados a estudios históricos, y después de las tres de la tarde nos congregábamos en amena e ilustrativa charla, alrededor de su poltrona.

Una tarde, llevado por el general Mendiburu, que era de vez en cuando uno de los concurrentes a la tertulia, nos fué presentado un caballero inglés, míster Saint Jhon, ministro de la Gran Bretaña en el Perú. Traía a este señor la curiosidad de conocer dos libros ingleses de que Mendiburu le hablara, rarezas bibliográficas que, como oro en paño, guardaba el bibliotecario, bajo de llave, en un cajón de su escritorio.

Era el uno el famosísimo libro que escribiera Enrique VIII, haciendo gala de ultramontanismo, y por el cual lo declaró el Papa defensor de la fe, autorizándolo para que, en las armas de su reino, se pusiera este lema: *Fidei defensa*. Era un tomito de poco más de doscientas páginas, en octavo menor, y que Odriozola encerraba en una cajita de latón. Cuando Enrique VIII cambió de casaca, rompiendo lanzas con el papado, mandó recoger y quemar los ejemplares del libro, imponiendo durísimas penas a sus súbditos remisos en obedecer

el regio mandato. No recuerdo en qué enciclopedia moderna he leído que no excedieron de cuarenta los ejemplares que libraron de la hoguera; y eso porque el monarca los había obsequiado a embajadores y a cardenales de su devoción.

Cuando la destrucción de la Biblioteca de Lima por los chilenos, en 1881, desapareció el ejemplar que poseía el Perú, y que perteneció a la librería de los jesuitas, la cual sirvió de base a la Nacional, fundada por el general San Martín en 1821. El ejemplar no llegó a la Biblioteca de Santiago, ni hay noticia de que lo hubiera adquirido bibliófilo alguno de Europa o América, pues bien se sabe que los hombres dominados por la manía de acaparar libros, jamás guardan secreto sobre los ejemplares raros que adquieren, y gozan con echar la nueva a los cuatro vientos. Como muchas de las obras fueron vendidas a vil precio por la soldadesca en los bodegones, utilizándose el papel para envoltorios de sal molida o de pimienta, no es aventurado recelar que tan indigna suerte haya cabido al curiosísimo librito.

En muy lujosa edición, profusamente ilustrada con láminas sobre acero, hecha en Londres en 1707, admiró míster Saint Jhon un volumen, en folio menor, titulado *Perspectiva pictorum et architectorum*, por Andrés Putei, de la Compañía de Jesús. Nuestro ejemplar, felizmente devuelto en 1884 por un caballero italiano que lo adquirió por dos pesos o soles, de un soldado, tiene una preciosa miniatura de la reina Ana, y fué regalado por ella al embajador de España en Londres. Más tarde lo poseyó un virrey, quien lo obsequió a la librería de los jesuitas.

Después de discurrir largo y menudo sobre bibliografía inglesa, ramo en que el ministro británico me pareció algo entendido, recayó la conversación sobre cuál era el libro de más pequeño formato conocido hasta el día. Enrique Torres Saldamando y el clérigo La Rosa hablaron de un libro francés que no recuerdo; pero don José Dávila Condemarín nos dijo que él había tenido en sus manos, en Roma, un ejemplar de la *Divina Comedia*, impreso en Italia, cuyas páginas no excedían de pulgada y media (1).

---

(1) El libro de más pequeño formato que conozco existe en la Biblioteca de Lima, y lleva por título *Galileo a Madama Cristina de Lorena*, 1615. Es un tomito de 208 páginas, de 10 por 6 milímetros, con nueve rengloncitos por página. Los editores, hermanos Salmini, de Padua, lo llaman *il vero piu piccolo libro del mondo*, y el precio de venta era cuatro liras por ejemplar. Me fué obsequiado en 1898, año en que apareció, por mi amigo Carlos Sebastián Puccio, cónsul del Perú en Chiavari. Se conserva, como joya, en una cajita de tafilete de las que sirven a los vendedores de alhajas para guardar un anillo.



## II

## EL PRIMER EJEMPLAR DEL «QUIJOTE»

Era el doctor don José Dávila Condemaráin un cervantófilo fervoroso.

Había sido en dos ocasiones ministro de Estado, diputado a Congreso y representante del Perú en Italia; pero su empleo en propiedad era el de director general de Correos. En su bufete, y como para entretener los ratos de ocio oficinesco, se veían, empastados en terciopelo rojo, dos volúmenes, conteniendo los cuatro tomos del *Quijote*, edición de Ibarra. Era en Lima, y acaso en todo el Perú, la persona que más había leído sobre Cervantes y su inmortal novela.

He olvidado a propósito de qué vino a cuento el *Quijote*, y nos dijo Saint Jhon que apenas se encontraría inglés educado que no hubiese leído y releído los hechos y aventuras del hidalgo manchego y las obras de Walter Scott. «La prueba la tienen ustedes—nos agregó—en que es Inglaterra, después de España, ciertamente, el país en que más ediciones se han hecho del *Quijote*: pasan de doscientas.»

Ocurrióle entonces preguntar si sabíamos cuántas ediciones se habían hecho en el Perú y en las demás repúblicas, y en qué año se había conocido el libro en Lima. A ninguno de los tertulios competía dar respuesta estando presente Dávila Condemaráin, indiscutible autoridad en el asunto. Lo que él no supiera, de seguro que para todos nosotros era ignorado.

Don José dijo que sólo tenía noticia de una edición, con láminas, hecha en México en el decenio de 1840 a 1850, y que estaba en lo cierto afirmando que en república alguna se hubiera pensado en la reimpresión.

En cuanto a la época en que se recibió en Lima el primer ejemplar de la novela, que a principios de mayo de 1605 apareció en Madrid, nos hizo este muy curioso relato.

Llevaba poco menos de catorce meses en el desempeño del cargo de virrey del Perú don Gaspar de Zúñiga Acevedo y Fonseca, conde de Monterrey, cuando, a fines de diciembre de 1605, llegó al Callao el galeón de Acapulco, y por él recibió su excelencia un libro que un su amigo le remitía de México con carta en que le recomendaba, como lectura muy entretenida, esa novela que acababa de publicarse en Ma-

drid y que estaba siendo, en la coronada villa, tema fecundo de conversación en los salones más cultos, y dando pábulo a la murmuración callejera en las gradas de San Felipe el Real. Desgraciadamente, el virrey se encontraba enfermo en cama, y con dolencia de tal gravedad que lo arrastró al hoyo dos meses más tarde.

A visitar al doliente compatriota y amigo estuvo fray Diego de Ojeda, religioso de muchas campanillas en la Recoleta dominica y al que la posteridad admira como autor del poema *La Cristiada*. Encontrando al enfermo un tanto aliviado, conversaron sobre las noticias y cosas de México, de cuyo virreinato había sido el conde de Monterrey trasladado al del Perú. Su excelencia habló del libro recibido y de la recomendación del amigo para que se deleitase con su lectura.

El padre Ojeda ojeó y hojeó el libro, y algo debió picarle la curiosidad cuando se decidió a pedirlo prestado por pocos días, a lo que el virrey, que en puridad de verdad no estaba para leer novelas, accedió de buen grado, no prestándole, sino obsequiándole el libro.

En el mes de marzo, y a pocos días del fallecimiento de su excelencia, llegó el cajón de España—como si dijéramos hoy la valija de Europa—, trayendo seis ejemplares del *Quijote*; uno, para el virrey ya difunto; otro, para el santo arzobispo Toribio de Mogrovejo, que también había pasado a mejor vida en el pueblo de Saña, siete u ocho días después que su excelencia, y los cuatro ejemplares restantes para aristocráticos personajes de Lima.

El padre Ojeda colocó en la librería de su convento el primer ejemplar del *Quijote*. Esa librería, en los primeros años de la Independencia, pasó al convento de Santo Domingo, y en el inventario o catálogo que el señor Condemarín leyera, figuraba el libro. Aseguraba nuestro contertulio que él lo tuvo varias veces en sus manos; pero que después de la batalla de la Palma (1855) había desaparecido junto con otras obras y manuscritos, entre los que se hallaba una especie de diario o crónica conventual de la Recoleta dominica, en la cual, de letra del padre Ojeda, estaba consignado lo que él nos comunicaba sobre el primer ejemplar del *Quijote* llegado a Lima.

En 1862 ocupábame yo en acopiar materiales para escribir mi libro *Anales de la Inquisición de Lima*, y con tal motivo fui un día al convento a visitar a mis amigos los padres Cueto y Calzado, para que me permitiesen hojear los pocos procesos inquisitoriales y dos crónicas conventuales inéditas, que yo tenía noticia se conservaban en el archivo del convento. Ambos sacerdotes me informaron de que real-

mente existió todo lo que yo buscaba; pero que hacía pocos años el padre Seminario, fraile de mucho fuste, había hecho auto de fe en descomunal hoguera con procesos, crónicas y otros documentos.

Hablé de esto en la tertulia de aquella tarde, y Dávila Condemarín nos dijo que era positivo el hecho a que yo me refería, y que en la Prefectura de Lima debería encontrarse una información, mandada hacer por el ministro de Gobierno, sobre el atentado que realizó el padre Seminario, hablando del cual nos refirió que fué un sacerdote tan prestigioso, respetable e ilustrado, que mereció ejercer en varias épocas la prelación del convento; pero que ya, bastante anciano, adoleció de ataques cerebrales que degeneraban en locura furiosa.

Fué en uno de ellos cuando entregó a la hoguera viejos mamotretos.

Acaso, en su fanatismo, imaginara realizar acto meritorio privando a la posteridad de noticias que en algo amenguaran el renombre de la comunidad dominica.

No es, pues, desacertado presumir que la crónica en que colaboró el insigne fraile poeta sería devorada por las llamas.

### III

#### OTRO EJEMPLAR CURIOSO DEL «QUIJOTE»

Lo que el señor Dávila Condemarín ignoraba, y que yo conocía, era que existió en Lima un ejemplar del primer tomo del *Quijote*, con dedicatoria de Cervantes a un caballero español avecindado en el Perú.

Llamóse éste don Juan de Avendaño, quien vino desde España con nombramiento del rey, expedido en 1603, a servir un empleo en las Cajas reales, y que en 1610 pasó con ascenso a Trujillo. Avendaño había sido en la Universidad de Salamanca amicísimo de Cervantes, amistad que no se enfrió con la distancia, pues, aunque de tarde en tarde, cambiaban cartas. Sabido es que el inmortal manco de Lepanto solicitó del monarca, en 1590, un destino en el Perú, y que en 6 de junio del mismo año proveyó el rey.—*Busque por acá el solicitante en qué se le haga merced.*—Así, cuando, en 1606, tenía ya el *Quijote* lectores en Lima, Avendaño daba noticias personales sobre el autor, agregando que no le sorprendería verlo de repente por acá, pues lo animaba para que viniese a América en pos de fortuna más propicia que la que lograba en la madre patria.



Corriendo los años, o, mejor dicho, en el transcurso de dos siglos, el ejemplar del autógrafo lo poseyó la marquesa de Casa Calderón, literata limeña, de la que en otra ocasión me he ocupado, cuya librería, no sé si por compra o regalo, pasó al doctor don Agustín García, notable abogado de nuestros tribunales de justicia, allá por los años de 1850, quien a Nicolás Corpancho, a Arnaldo Márquez y a mí, muchachos que empezábamos a cultivar la literatura, tenía la generosidad de franquearnos su copiosa y selecta librería. La primera lectura que hice del *Quijote*, dígolo hoy con íntimo y senil goce, fué en el ejemplar de Avendaño (1).

## IV

## EDICIONES DEL «QUIJOTE» EN AMÉRICA

Muy devotos de Cervantes debieron de ser los mexicanos cuando, en el siglo XIX, dieron a la estampa nada menos que seis ediciones de la renombrada novela.

La primera se hizo en 1833, por la imprenta de don Mariano Arévalo; cinco volúmenes en octavo. Entiendo que fué edición pobrísima.

La segunda, que es a la que se refería Dávila Condemarin, salió a la luz en 1842, por la imprenta de don Ignacio Cumplido; dos volúmenes en octavo, con ciento veinticuatro láminas y el retrato del autor. Es una edición preciosa y muy solicitada por los bibliófilos.

En 1853 el impresor Blanquel publicó la tercera edición; dos tomos en cuarto.

La cuarta edición fué de cuatro volúmenes en dozavo, y se hizo en los años de 1868 a 69 por la imprenta de la viuda de Segura.

En 1877, don Ireneo Paz, actualmente director y propietario del diario *La Patria*, dió a luz la quinta edición, cuatro volúmenes en cuarto. La novela apareció primero como folletín de aquel periódico, y fué ésa la base para la edición económica en tomos.

---

(1) Con motivo del reciente centenario ha publicado el académico de la Española don Emilio Cotarelo y Mori un entretenido librito titulado *Ejemérides cervantinas*, en el que no sólo habla de la intimidad entre Cervantes y Avendaño, sino de que aquél hizo de éste uno de los principales personajes de su novela *La más ilustre fregona*. Cotarelo da por cierto que Avendaño mantuvo conversación amorosa (discreta frase de aquellos tiempos) con doña Constanza de Ovando, hija de doña Andrea, hermana de Cervantes, a la que no olvidó en América, pues desde Trujillo la envió dinero en 1614.



Concluyó el siglo con la aparición en 1900 de una lujosa edición, en folio, con espléndidos grabados.

La única edición del *Quijote* impresa en Sud América es la que, conmemorando el tercer centenario, acaba de hacerse en La Plata, capital de la provincia de Buenos Aires, con muy erudito y concienzudo prólogo del bibliotecario don Luis Ricardo Fors. Dos volúmenes en cuarto, con reproducción del busto de Cervantes, que se exhibe en uno de los salones de aquella biblioteca, y seis láminas coloreadas. La edición fué de mil quinientos ejemplares, y quedó agotada en menos de dos meses.

En las Antillas, a fines de 1905, en edición económica, se ha reimpresso, en la Habana, el *Quijote* por la tipografía del *Diario de la Marina*.

## V

### NOTICIA FINAL

Parece que en España se ignora que en Tokio, y en 1896, se ha hecho una edición del *Quijote*, traducido al japonés. Dígolo porque, según la interesante *Iconografía* publicada recientemente en Barcelona, los hechos y aventuras del hidalgo manchego sólo pueden encontrarse relatados en los idiomas siguientes: francés, inglés, alemán, italiano, portugués, catalán, ruso, polaco, holandés, húngaro, sueco, danés, finlandés, turco, griego, croato y servio. Cervantófilos muy competentes opinan que las modernas traducciones inglesas de Ormsby y de Wats son las más concienzuda y literariamente hechas.

Y pongo punto, pues sobre el *Quijote* no tengo más de curioso que apuntar.



## VÍTORES

CUADRO TRADICIONAL DE COSTUMBRES LIMEÑAS

(Al señor general don Manuel de Mendiburu.)

VÍTORES.—He aquí una palabra que encontramos consignada en el primer Diccionario de la lengua y en las ediciones sucesivas. Calderón y Lope de Vega la usaron en sus comedias, poniéndola en boca de los estudiantes de Salamanca y Alcalá de Henares, así como la palabra *cola* aplicada a los vencidos en un certamen. Domínguez afirma que, para suavizar la pronunciación, se dice *vítores* en vez de *víctores*, y no acepta la voz en singular.

La palabra *vítores* (cuide usted, señor cajista, de esdrújulizarla) estuvo de moda en el Perú, allá por los tiempos en que los virreyes consignaban en la *Memoria o Relación de mando* el temor de que Lima se convirtiera en un gran claustro; tan crecido era el número de sacerdotes y monjas.

Mal hacían en alarmarse desde que la misma España era en los tiempos de Felipe II un vasto convento. Cuatrocientos mil frailes, y número poco mayor de clérigos, albergaba la madre patria.

En una sociedad que carecía de novedades y distracciones y en la cual ni la política era, como hoy, manjar de todos los paladares, cada capítulo o elección de superior o abadesa de convento era motivo de pública agitación. Las familias ponían en juego mil recursos para conseguir votos en favor del candidato de sus simpatías, ni más ni menos que hogaño cuando en los republicanos colegios de provin-

cia se trata de nombrar presidente para el gobierno o desgobierno (que da lo mismo) de la patria. Rara familia habíá en Lima que, además del segundón, destinado desde el limbo materno para vestir hábitos, no contase entre sus miembros un par de frailes, por lo menos, y número igual de monjas. No teniendo los americanos carreras a que consagrarse con honra y provecho, optaban por la del claustro, en la que, aparte la consideración social anexa al prestigio y majestad del sacerdocio, tenían segura una existencia holgada y regalona, si se quiere, pues los bienes de la Iglesia eran cuantiosos. En los virreinos de México y el Perú, la Iglesia era tanto o más rica que el Estado. Los conquistadores acaparaban colosales fortunas, no siempre por medios lícitos, y en el trance del morir creían quedar en paz con la conciencia y comprarse un cachito de heredad en la gloria eterna, cediendo la mitad de sus tesoros a los conventos, fundando capellanías y haciendo otros devotos legados. El lecho del moribundo era rodeado por cuatro o cinco frailes de órdenes distintas, que se disputaban partijas en el testamento. Cada cual arrimaba la brasa a su sardina, o tiraba, como se dice, para su santo; esto es, para el acrecentamiento de los bienes de su comunidad.

Con tales antecedentes, el cargo de prelado de convento tenía que ser apetitoso y suculento bocado.

Llenas están las crónicas conventuales con relatos de los reñidos capítulos habidos entre los frailes; y con frecuencia, el virrey, los oidores y hasta la fuerza pública tuvieron que intervenir para poner término a los desórdenes. Tema de varias de mis *tradiciones* han sido esas zalagardas frailunas.

No debe nadie maravillarse de que en aquellos siglos tomase la sociedad muy a pecho los enjuagues de un capítulo fraileco; pues, si no miente el duque de Frías, hasta los santos en ciernes se empeñaban con Dios para el triunfo del candidato de sus simpatías. Y el chiste está en que capítulo hubo del cual Dios, con ser Dios, salió *cola*. Compruébolo con este parrafito, que, al pie de la letra, copio, del *Deleite de la discreción*: «Pidióle a Dios Santa Teresa que el provincialato carmelita recayese en el padre Gracián, su confesor. Verificóse el capítulo, y fué otro fraile el elegido. Entonces la santa rogó a Dios que la perdonase si había errado, y el Señor la contestó:—Cierto es, Teresa mía, que me pediste lo que convenía; pero los frailes no siempre quieren lo que conviene.» Y la cosa de ser verdad tiene; porque el libro del señor duque se imprimió en Madrid, en 1764, con permiso de la Inquisición,



que, a ser embustera la historieta, no la habría dejado correr en letra de molde.

En los conventos de monjas eran más reñidos, si cabe, los capítulos, y húbolos en que las mansas ovejitas del Señor se arañaron de lo lindo y sin misericordia. En la Encarnación, por ejemplo, vióse una monja, la madre Frías, que mató a otra a puñaladas.

Cada monasterio tenía, entre profesas, novicias, educandas, seglares y criadas, crecidísima población. Baste saber que hubo época en que, sólo en el convento de Santa Clara, se encerraban trescientas religiosas y otras tantas criadas, devotas o vecinas.

Y para que no se diga que hablamos de *paporreta* o que calculamos a ojo de buen cubero, véase el cuadro que en 1665 formó el cronista de Indias, Gil González Dávila:

Convento de la Encarnación:—150 religiosas de velo negro—50 novicias—40 donadas—270 seglares y criadas.

Convento de la Concepción:—190 religiosas de velo negro—24 novicias—15 donadas—250 seglares y criadas.

Convento de la Trinidad:—100 religiosas de velo negro—50 de velo blanco—10 novicias—10 donadas—160 seglares y criadas.

Convento de las Descalzas:—55 de velo negro—10 de velo blanco—10 novicias—20 criadas.

Convento de Santa Clara:—160 de velo negro—37 de velo blanco—36 novicias—18 donadas—130 seglares.

Convento de Santa Catalina:—40 de velo negro—6 de velo blanco—38 seglares.

Resulta, pues, que de las veinticinco mil mujeres con que, según el censo de aquel año, contaba Lima, cerca de dos mil vestían hábito, sin incluir las beatas callejeras, que también lo usaban.

Gobernar una republiqueta de mujeres era empresa, y grande. Las aspiraciones eran infinitas, y tenaz la oposición para con la abadesa, que no podía satisfacer los innumerables caprichos de sus súbditas, doblemente caprichosas por ser mujeres y monjas, que es otro ítem más. La anarquía era, pues, plato diario en los monasterios.

La numerosa servidumbre, si bien carecía de voto, era por lo mismo tan bullanguera y exaltada como en nuestras democracias aquellos a quienes la ley no concede carta de ciudadanía. Los que no tienen derecho a votar han sido, son y serán los que levanten más polvareda.

Las muchachas dividíanse en bandos, siguiendo cada una el de la monja de quien dependía; y, terminado el capítulo, las del par-



tido vencedor concurrían a los claustros armadas de matracas encintadas, marimbas, panderos con cascabeles y otros instrumentos, cantando coplas en loor de la monja electa, y aun satirizando a la derrotada y a sus secuaces. A esas coplas y a ese barullo se dió el nombre de *vítore*s.

En ese día, las seglares tenían licencia para salir hasta la puerta o plazuela del convento y alborotar el vecindario con el desapacible *matraqueo*.

No puede determinarse con fijeza la época en que nacieron en Lima los vítore; pero consta que, en el monasterio de las bernardas de la Trinidad, se cantaba en 1617:

¡Vítor la madre abadesa,  
modelo de santidad!  
¡Vítor la lega y profesal  
¡Vítor la comunidad!

Por Real orden de 31 de diciembre de 1786, comunicada al virrey Croix, se prohibieron los vítore en la elección de abadesa; pero maldito el caso que de la regia prohibición hicieron las monjitas de Lima.

Las coplas de los monasterios son notables por la agudeza y sal criolla. Sentimos haber olvidado muchos vítore, muy graciosos, que hace ya fecha, oímos recitar a una vieja.

Sin embargo, no queremos dejar en el tintero un par de villancicos que en ciertas fiestas se cantaban en los claustros.

Las clarisas tenían éste:

¡Vítor, vítor las llagas  
de nuestro padre San Francisco!  
¡Una, dos, tres, cuatro y cinco!

Y las muchachas contestaban en coro:

Alegrémonos, alegrémonos,  
porque es bien que nos alegremos.

El de las monjas trinitarias no era menos original. Decía así:

San Bernardo no come escabeche,  
ni bebe Campeche,  
porque es amigo de la leche.

A lo que contestaba el coro:

Al glorioso mamón  
digámosle todas *Kyrieleisón*.

De los conventos de monjas pasaron los vítores a los conventos de frailes. En éstos se albergaba también gran población masculina. Abundancia de redondillas y décimas, escritas con añil o almagre, aparecían en las paredes inmediatas a la celda del nuevo prelado; y los devotos, cuyo número aumentaba con el de la gente de la ciudad que traspasaba los umbrales de la portería, formaban laberinto no menor que el de los monasterios en ocasión idéntica.

En 1709, el capítulo de los agustinos fué harto borrascoso. Disputábanse el triunfo entre fray Alejandro Paz, sevillano, y fray Pedro Zavala, vizcaíno. Tal fué el cúmulo de incidentes que la Real Audiencia, viendo que después de muchas horas de estar reunidos los padres en la sala capitular no ponían término al acto, resolvió, a media noche, trasladarse al convento. A las dos de la mañana hízose un escrutinio, y entre los que esperaban a la puerta corrió la voz de que el padre Paz había salido vencedor. Sus partidarios atronaron el claustro cantando:

De Sevilla fué el olivo  
primero que vino acá.  
¡Vítor por Sevilla! ¡Vítor!  
¡Vítor por el padre Paz!

Uno de los oidores tuvo que salir de la sala capitular para hacer que cesase el alboroto. Había resultado empate, e iba a repetirse la votación. La muchitanga quedó en impaciente expectativa.

Con el alba las campanas se echaron a vuelo, y los cohetes y camaretas anunciaron a los vecinos de Lima la derrota del padre Paz. Su contrario había triunfado por mayoría de dos votos, éxito que fué celebrado con un vítor, ingenioso en verdad, pues en él se les vuelve la oración por pasiva a los partidarios del sevillano.

De Vizcaya la muy noble  
nunca vino cosa mala.  
¡Vítor por Vizcaya! ¡Vítor!  
¡Vítor el padre Zavala!

Como se ve, en estas luchas entraba por mucho el espíritu de provincialismo, lo que hemos tenido oportunidad de probar en una tradición titulada: —*El virrey capitulero*.

En los primeros años del presente siglo empezó a germinar entre los frailes el sentimiento de la nacionalidad peruana. Deducimoslo del siguiente vítor con que los mercenarios festejaron, en 1804, la

elección de comendador, que recayó en el limeño fray Cipriano Jerónimo Calatayud.

¡Vitor el padre  
Calatayud,  
faro de ciencia,  
sol de virtud!  
¡Vitor el padre  
Calatayud!  
¡Vitor, hermanos,  
por el Perú!

No hemos encontrado comprobante alguno que garantice la autenticidad de lo que vamos a referir; pero es tradición popularísima en Lima, y como tal la apuntamos. Algo de verdad habrá en el fondo, y sobre todo *si non è vero è ben trovato*.

Diz que los padres crucíferos de San Camilo andaban aburridos con el prelado que, a mañana y tarde, les hacía servir en el refectorio un guisote conocido con el nombre de *chanfaina*. Fama tiene hoy mismo la chanfaina de la Buenamuerte. Llegó la época de elecciones, y uno de los aspirantes ganó capítulo sólo por haber dicho: —Si triunfo, la chanfaina *se quita*. A esto se refiere el vitor:

Dios, con su próspera mano  
nos remedió en nuestra cuita.  
¡Vitor el padre Otiniano,  
que la chanfaina nos quita!

Y cumplió al pie de la letra su paternidad con el compromiso; pues si el antecesor suministraba la chanfaina con caldo, el nuevo prelado eliminó éste, dando por descargo, a los que lo reconvenían, que él no había ofrecido suprimir la vianda, sino darla *sequita*, esto es, sin caldo. Y digan que el castellano no admite *calembourg*.

Las *recreaciones* o fiestas por elección de abadesa duraban ocho días, en los cuales las devotas representaban entremeses, organizaban cuadrillas de danzas, quemaban árboles de fuego, y conventos hubo, como el de la Concepción, donde se capearon becerros, funcionando las muchachas de toreros. En días tales, solían conseguir permiso para visitar los claustros algunas damas de la aristocracia, deudas de las monjas y protectoras del monasterio. También había puerta franca para los frailes de campanillas. Cuchipanda en regla.

De igual manera festejaban los frailes el éxito de un capítulo. A veces la corrida de novillos se efectuaba en la plazuela, con gran contentamiento del pueblo. Entonces sacaban, como en la procesión

del Corpus, a la Gigantilla y los Gigantes, y a la famosa Tarasca. No me parece fuera de oportunidad hacer la descripción de ésta.

La Tarasca, según la pinta Monreal, era un monstruo de cartón, símbolo del demonio Leviatán, con tal artificio dispuesto, que alargaba de improviso el ensortijado cuello y les quitaba el sombrero a las gentes descuidadas, tragándoselo, con no poca algazara popular. Caballera en la horripilante serpiente iba una figura de mujer, representando a la meretriz de Babilonia, vestida con lujosas galas y según la última moda.

Al abrir el monstruo la desmesurada boca solían los muchachos, desde algunas varas de distancia, arrojar por ella guindas, y según don Diego de Clemencín, en sus notas al *Quijote*, nació de aquí la frase proverbial: —Echar guindas a la Tarasca.

La Gigantilla era una muñeca de tamaño natural, pero de extrema obesidad, que, en la procesión del Corpus, recitaba la loa de Lope de Vega que empieza con esta redondilla:

Padre, ¿no me diréis vos  
aquello blanco qué sea,  
que a mí me parece oblea  
y el cura dice que es Dios?

En cuanto a los gigantes y papa-huevos o enanos, excuso describirlos, que hartas ocasiones habrán tenido mis lectores para verlos y apreciar la exactitud de aquel refrán limeño que se aplica a los que discurren sobre tema que ignoran: —*Este habla como los gigantes, por la bragueta*—; pues realmente ese era el sitio por donde salía la voz del hombre que iba dentro del embeleco de cartón.

La costumbre de los vítores pasó, en breve, de los claustros a la ciudad. Así, cuando se elegía rector de la Real y Pontificia Universidad de San Marcos, elección disputada a veces con calor, o se confería por oposición alguna cátedra, echábanse a pasear por las calles con banda de música, quemando cohetes y gritando: —¡Vítor el doctor fulano!—grupos de hombres y mujeres de la hez. Por supuesto, que esta zinguizarra era preparada con anticipación por los deudos y amigos del vencedor. Dirigíanse a casa de éste, invadían el patio y corredores, le recitaban loas en chabacanos versos, infamemente declamados, y el bochinche se prolongaba hasta media noche. Tenemos a la vista e impresas algunas loas, desnudas de mérito literario, y en las que compite el gongorismo más extravagante con las más ridículas y exageradas lisonjas.



El dueño de casa *tiraba plata por alto*, distribuíanse con profusión licores, dulces y viandas; y en ocasiones, para solemnizar más los vítores, acudían cuadrillas de payas, gíbaros y danzantes. En una palabra, los vítores eran el complemento del triunfo. Elección sin vítores habría sido como sainete sin bobo o sermón sin Agustín.

Casos hubo, y era natural, en que uno de los contendientes, juzgando segura su victoria, hizo grandes gastos y preparativos para que lo *vitoreasen*, quedándose, como se dice, con los crespos hechos y sin bailar.

No era extraño tampoco que grupos de pueblo se detuviesen en la calle donde habitaba el derrotado, quemando cohetes y mortificándolo con vítores a su afortunado rival.

También al conferirse un grado de doctor, los amigos del agraciado lo festejaban con vítores, y aun con corridas de toros.

Epoca hubo, y no remota, en que al aspirante a doctorado le costaba un ojo de la cara la satisfacción de ceñirse el capelo. Más que de ciencia y de suficiencia, tenía necesidad de dinero, para obsequiar a cada miembro del claustro lo que se llamaba la *propina de ave y confitura*. Muy pobre diablo era el que salía del apuro con un gasto de mil dureses. Así, cuentan que un rector de la Universidad solía decir: —*Accipiamus pecunia et mitamus asinus in patria sua*.

A propósito de este distintivo universitario, referiremos que en 1788, siendo rector de la Universidad de Lima el conde de Portillo, consiguió, por influencia de éste, graduarse de doctor el teniente coronel de los reales ejércitos don Jorge Escobedo, hombre de escasos estudios y de más escaso meollo.

Advierto que este don Jorge Escobedo no debió ser el caballero del mismo nombre y apellido que reemplazó a Areche como visitador regio, que fué intendente de Lima y oidor de su Real Audiencia.

Por lo mismo que muchos miembros del claustro se habían opuesto a la concesión del doctoral capelo, el protector y los del círculo de don Jorge creyeron conveniente festejarlo con un vitor estrepitoso, llevándolo desde la Universidad hasta su casa pisando flores, que cuatro lacayos con librea iban arrojando en el camino.

La tradición no ha hecho llegar hasta nuestros días los loores que se tributaron al novel doctor; pero sí la siguiente décima que, impresa, se distribuyó por los del partido de oposición:

Si en Roma el emperador  
Calígula por su mano  
declaró cónsul romano

a su caballo andador,  
no se admiren que el Rector,  
por su sola autoridad,  
ultrajando a la ciudad,  
como quien se tira un .....  
haya hecho miembro a Escobedo  
de aquesta Universidad.

Sácase, pues, en limpio que también había manera de acibarar los vítores, que amargo dejo debió quedarle a don Jorge Escobedo si algún oficioso de esos que, so capa de devoción y lealtad abundan siempre, le hizo saborear la cáustica espínela.

Parece que en el otro siglo no era moneda tan corriente como hogaño encaramarse sin merecimiento. Difícil era que una sabandija llegase a las alturas. No es esto decir que pícaros no escalasen elevados puestos, ni que jumentos dejasen de lucir distinciones reservadas para los hombres de saber; pero cuando esto acontecía, y por humildísima que fuese, se levantaba siempre una voz para protestar.

A éstos los bautizó el pueblo con el nombre de *doctores del tibi-quoque*.

No recuerdo si leí o me contaron que un clérigo molondro, y a quien el pueblo, aludiendo a que usaba peluquín rubio, llamaba *el abate Cucaracha*, consiguió a fuerza de trapacerías y bajezas la protección de un virrey, el cual, a pesar de la tenaz resistencia del Cabildo eclesiástico, logró, a la larga, que su ahijado se calzase una canonjía. De misacantano a canónigo, ¡volar era más que el águila!

—¡¡¡Cuánto ha subido Cucaracha!!!—exclamó escandalizado el campanero.

—Escupa, hijo, esa herejía—le contestó el sacristán—. Diga, y dirá bien: —¡¡¡Cuánto ha bajado la catedral de Lima!!!

Y si ésta no es protesta elocuentísima, digo que no entiendo de protestas.

Yo he visto (y no hace treinta mil años) a la republicana Universidad de San Marcos aceptar como moneda de buena ley un doctorado *manufacturado* en Roma, en obsequio de un grandísimo camueso que ni siquiera estuvo en Roma. Después de esto..... ¡¡¡la mar!!! Me explico el consulado del caballo de Calígula.

Tiempos alcanzamos en que los muchachos, al dejar el claustro materno, lo hacen trayendo sobre la cabeza el capelo doctoral o sobre los hombros las charreteras de coronel, siquiera sea de *cachimbos*. De mí sé decir que si epitafio merezco sobre mi losa, ha de ser éste y no otro:

Aquí yace un peruano *escribidor*  
que ni fué coronel ni fué doctor (1).

Volviendo a los vítores, y para concluir, diré que hace más de treinta años que no están en uso, ni aun entre las monjas. Tengo para mí que poca falta hacen, y que en la desaparición de ellos han ganado las costumbres y la moral. Hoy el derrotado en una elección no se halla tan expuesto como antes a ser ludibrio de su adversario o de la muchedumbre inconsciente. Quedar *cola* o salir *cola* era la frase consagrada por el vulgacho para expresar que un aspirante había sido vencido o reprobado un colegial en sus exámenes.

Hogaño, a Dios gracias, podemos arrastrar más cola que un pavo real, sin miedo de que nos la pise un zarramplín.

---

(1) Probablemente la Universidad de Lima estimó este epitafio como una pretensión, pues a poco tuvo la espontaneidad, que agradezco, de obsequiarme con dos doctorados: uno en Jurisprudencia y otro en Letras. ¡Ahítate, glotón!



## TAUROMAQUIA

(APUNTES PARA LA HISTORIA DEL TOREO)

Grande fué siempre la afición del pueblo limeño a las funciones taurómacas, y Lima ha presenciado corridas de aquellas que, como generalmente se dice, forman época. Viejos ha conocido el que estos apuntes acopia, que no sabían hablar sino de los toros que, en la Plaza Mayor, se lidiaron para las fiestas reales con que el vecindario solemnizó el advenimiento de Carlos IV al trono español, o la entrada al mando de los virreyes O'Higgins, Avilés, Abascal y Pezuela, que lo que fué Laserna no disfrutó de tal agasajo, pues las cosas políticas andaban a la sazón más que turbias.

Desde los días del marqués Pizarro, diestrísimo picador y muy aficionado a la caza, hubo en Lima gusto por las lidias; pero la escasez de ganado las hacía imposibles.

La primera corrida que presenciaron los limeños fué en 1540, lunes 29 de marzo, segundo día de Pascua de Resurrección, celebrando la consagración de óleos hecha por el obispo fray Vicente Valverde. La función fué en la Plaza Mayor; principió a la una de la tarde, y se lidiaron tres toretes de la ganadería de Maranga. Don Francisco Pizarro, a caballo, mató el segundo toro a rejonazos.

\* \* \*

Desde 1559 el Cabildo destinó cuatro días en el año para esta diversión: —Pascua de Reyes, San Juan, Santiago y la Asunción. El empresario que contrataba las funciones con el Cabildo construía tablados y galerías alrededor de la plaza, sacando gran provecho en



el alquiler de los asientos. En aquellos tiempos el mercado público estaba situado en la Plaza Mayor, y en los días de corrida se trasladaba a las plazuelas de San Francisco, Santa Ana y otras.

\* \* \*

En las fiestas reales, las lidias se hacían con el ceremonial siguiente:

Por la mañana tenía lugar lo que se llamaba *encierro* del ganado, y soltaban a la plaza dos o tres toretes, con las astas recortadas. El pueblo se solazaba con ellos, y no pocos aficionados salían contusos. Esta diversión duraba hasta las diez; y el pueblo se retiraba, augurando, por los incidentes del *encierro*, el mérito del ganado que iba a lidiarse.

A las dos de la tarde salía de Palacio el virrey con gran comitiva de notables, todos en soberbios caballos lujosamente enjaezados. Mientras recorría la plaza, las damas, desde los balcones y azoteas, arrojaban flores sobre ellos; y el pueblo, que ocupaba andamios en el atrio de la Catedral y portales, victoreaba frenéticamente.

El arzobispo y su cabildo, así como las órdenes religiosas, concurrían a la función.

Un cuarto de hora, después el virrey ocupaba asiento, bajo dosel, en la galería de Palacio, y arrojaba a la plaza la llave del toril gritando: ¡Viva el rey! Recogíala un caballero, a quien anticipadamente se había conferido tal honor, eligiéndolo entre los muchos aspirantes, y a media rienda se dirigía a la esquina de Judíos, donde estaba situado el toril, cuya puerta fingía abrir con la dorada llave.

\* \* \*

Sólo bajo el gobierno de los Pizarro y de los virreyes conde de Nieva y segundo marqués de Cañete, se vió en Lima romper cañas a los caballeros, divididos en dos bandos.

Después de ellos fué cuando se introdujo en la corrida cuadrillas de parlampanes, papa-huevos, cofradías de africanos y *payas*.

No es exacto, como un escritor contemporáneo lo dice, que en la corrida que se dió el 3 de noviembre de 1760, para celebrar la exaltación de Carlos III, fué cuando se empezó a dar nombre a cada toro e imprimir listines.

En 1701 fué cuando, por primera vez, se imprimieron cuartillas de papel con los nombres de los toros y de las ganaderías o haciendas. En esta época, las corridas que no entraban en la categoría de fiestas reales se efectuaban en la plaza de Otero.

Como una curiosidad histórica quiero consignar aquí el listín.

RAZON INDIVIDUAL DE LOS TOROS QUE, EN DOS TARDES, SE HAN DE  
LIDIAR EN ESTA PLAZA MAYOR, EN OBSEQUIO A LA AUGUSTA PRO-  
CLAMACION DE SU MAJESTAD DON FELIPE V, NUESTRO SEÑOR

Encierro.—Primera mañana.

- El Rompe-ponchos, azaharito, de Oquendo.
- El Zoquete, rabón, colorado, de Bujama.
- El Gallareta, overo, de Huando.

Segunda mañana.

- El Patuleco, barriga blanca, de Casablanca.
- El Cara sucia, gateado, de Pasamayo.
- El Potroso, lúcumo, de Contador.

Tarde primera.

- El Flor de cuenta, capirote, de Palpa.
- El Diafanito, osco, de Larán.
- El Pichón, blanco, de Gómez.
- El Lagartija, gateado, de Hilarión.
- El Floripondio, barroso, de Chíncha.
- El Deseado, alazán tostado, del Naranjal.
- El Chivillo, prieto, de Corral Redondo.
- El Leche migada, de Vilcahuaura.
- El Partero aparejado, blanco y prieto, de Retes.
- El Come gente, overo pintado, de Quipico.

Tarde segunda.

- El Rasca moño, blanco, de Lurinchíncha.
- El Pucho a la oreja, frazada, de Chancaillo.
- El Saca candela, frontino, de Esquivel.
- El Gato, gateado, del Pacallar.

El Anteojoito, brocato, de Mala.  
 El Corre bailando, culimosqueado, de Sayán.  
 El Longaniza, prieto desparramado, de Chuquitanta.  
 El Diablito cojo, pintado, de Hervay.  
 El Sacristán, ajiseco, de Limatambo.  
 El Invencible, retinto, de Bujama.

Parece que, para estas corridas, el Cabildo comprometió a cada hacendado de los valles inmediatos a Lima para que obsequiase un toro, y natural es suponer que el espíritu de competencia los obligaba a enviar lo mejor de su ganadería.

En los libros en que corren consignadas las descripciones de fiestas reales, se encuentran abundantes pormenores sobre las corridas. En mi opinión, el libro de Terralla titulado *El Sol en el Mediodía*, escrito en 1790 para las fiestas reales de Carlos IV, trae la más curiosa de las pinturas que hasta entonces se hubieran escrito sobre corridas de toros.

Por Real cédula de 6 de octubre de 1798, se mandó que las corridas fuesen en lunes, pues la autoridad eclesiástica creía que por celebrarlas en domingo dejaba mucha gente de oír misa.

\* \* \*

En 1768, don Agustín Hipólito Landáburu terminó como empresario la fábrica de una plaza para las lidias de toros, en los terrenos denominados de Hacho, y que, andando los años, perdieron una letra, convirtiéndose en Acho.

En la construcción de la plaza empleó tres años, e invirtió cerca de cien mil pesos, debiendo, después de llenadas ciertas cláusulas del contrato, las que especifica Fuentes en su *Estadística de Lima*, pasar el edificio a ser propiedad de la Beneficencia, que desde 1827 lo administra.

La plaza de Acho ocupa más espacio que el mejor circo de España, y puede admitir cómodamente 10.000 espectadores. Es un polígono de quince lados, con un diámetro que mide ochenta y cinco varas castellanas.

Al principio se acordó licencia sólo para ocho corridas al año, concesión que lentamente fué adquiriendo elasticidad. Había además una función llamada de *encierro*, y con la cual terminaba la tempo-

rada. Los toros que se lidiaban en la corrida de encierro no eran estoqueados.

Hasta 1845, las corridas se efectuaban los lunes; de modo que, con el pretexto de los toros, disfrutaba el pueblo dos días seguidos de huelga.

Aunque se estableció el circo de Acho, no por eso dejaban de lidiarse toros en la Plaza Mayor, en las fiestas reales y recepción de vi-reyes. La última corrida que se efectuó en ese lugar fué en obsequio del virrey Pezuela, en 1816.

Hasta 1750, en que se puso a la moda en España la escuela de Ronda, de matar a los toros *recibiendo*, esto es, usando el diestro bandola y estoque, no hubo en Lima sino rejoneadores para ultimar a los cornúpetos. Pocos años después vino la escuela de Sevilla, en oposición a la de Ronda, con las estocadas a *volapié* y la invención de las banderillas. Los progresos del *arte* en la metrópoli llegaban pronto a la colonia.

\* \* \*

En 1770 empezaron a aparecer los listines con una octava o un par de décimas. La cuadrilla, en ese año, la formaban como matadores Manuel Romero el jerezano, y Antonio López, de Medina Sidonia; José Padilla, Faustino Estacio, José Ramón y Prudencio Rosales, como rejoneadores o picadores de vara corta, y como capeadores y banderilleros José Lagos, Toribio Mujica, Alejo Pacheco y Bernardino Landáburu. Había además dos *cacheteros*, dos *garrocheros* y doce *parlampanes*.

Los parlampanes eran unos pobres diables que se presentaban vestidos de mojiganga. Uno de ellos llamábase doña María, otro el Monigote, y los restantes tenían nombres que no recordamos.

Había también seis indios llamados *mojarreros*, que salían al circo casi siempre beodos y que, armados de rejoncillos o moharras, punzaban al toro hasta matarlo.

Los *garrocheros* eran los encargados de azuzar al toro arrojando desde alguna distancia jaras y flechas que iban a clavarse en los costados del animal.

La bárbara suerte de la *lanzada* consistía en colocarse un hombre frente al toril con una gruesa lanza que apoyaba en una tabla. El bicho se precipitaba, ciego, sobre la lanza, y caía traspasado; pero casos hubo, pues para esta suerte se elegía un toro bravo y limpio, en que



el animal, burlándose de la lanza, acometió al hombre indefenso y le dió muerte. Era costumbre que el infeliz indio de la lanzada se persiguiera en público pocos segundos antes de abrirse la puerta del toril para dar paso a la fiera.

\* \* \*

Fué en 1785 cuando empezó a ponerse en boga la galana suerte de capear a caballo, desconocida entonces aún en España, y en la que fué tan eximio el marqués de Valle Umbroso, don Pedro Zavala, autor de un libro que se publicó en Madrid por los años de 1831 con el título *Escuela de caballería, conforme a la práctica observada en Lima*. «El capeo a caballo—dice el señor de Mendiburu—no se hizo al principio por toreros pagados, sino por individuos que tenían afición a ese ejercicio, y aun las personas de clase no se desdeñaban de ir a buscar lances que los acreditasen de jinetes y de valientes. Sólo desde fines del siglo pasado los capeadores de a caballo fueron asalariados.»

Los matadores y banderilleros españoles de esa época eran Alonso Jurado, Miguel Utrilla, Juan Venegas, Norberto Encalada y José Lagos (a) *Barreta*.

\* \* \*

Los mejores capeadores de a caballo que han entrado al redondel de Lima fueron Casimiro Cajapaico, Juana Breña (mulata) y Esteban Arredondo.

En elogio de Casimiro Cajapaico, dice el marqués de Valle Umbroso en su ya citado libro: —*Era muy jinete, y el mejor enfrenador que he conocido: siempre que lo veía a caballo me daban ganas de levantarle estatua*. Después de esto de la estatua no hay más que añadir: *apaga y vámonos*.

\* \* \*

El 22 de abril de 1792 se dió en Acho una corrida a beneficio de las benditas almas del Purgatorio. No lo tomen ustedes a risa, que allí está el listín.

Cogido por un toro el banderillero español José Alvarez, fué a hacer compañía a las beneficiadas, que no tuvieron poder bastante para librarlo de las astas de un berrendo de Bujama.

\* \* \*

Alejo Quintín, a quien el pueblo conocía con el apodo de *Pollollo*, tenía sesenta y cuatro años y usaba antiparras. Era picador de vara corta o rejoneador, como el Santiago Pereira de nuestros tiempos. En 1815 figuraba todavía en primera línea, como lo prueban estos versos de un listín de ese año:

No falten los guapos;  
pongan atención,  
que esta vez Pollollo  
vibrará el rejón.  
Mariquita mía,  
vamos de mañana,  
que Quintín Pollollo  
sale a la campaña.  
Pollollo no es viejo,  
que es un jovencito  
a quien faltan muelas  
y le sobra pico.

Murió en su oficio, por consecuencia de golpes que le dió un toro, en 1817.

\* \* \*

La lucha de un oso con un toro no es, como se ha querido sostener, novedad de nuestros días.

El 9 de febrero de 1817 se efectuó por primera vez este combate en el circo de Acho.

\* \* \*

Cuando un torero desobedecía al juez o faltaba en algo al público, se le penaba arrestándolo en el templador durante el tiempo que aún hubiera lidia. Sólo por falta muy grave se le enviaba a la cárcel.

Menos tolerancia había con los cómicos, pues original existe en la Biblioteca de Lima la causa seguida en 1810 contra Luisa Valverde (a) *la Yuca*, natural de Piura y de veinte años de edad, moza de mucho trueno que desempeñaba papeles secundarios. Copiamos de esa causa este auto: «—Póngase presa en el cuarto de reclusión del teatro de comedias a Luisa Valverde, la cual sólo saldrá para desempeñar sus papeles en la escena, y entréguese la llave de dicho cuarto a los asenistas para que la confíen únicamente al portero encargado de suministrarla la comida que la lleven de su casa.»—Rubrica este auto el marqués de San Juan Nepomuceno, regente de la Real Audiencia.

Consta, pues, que para la gente de bastidores había hasta cárcel

especial, de la que se les sacaba en la noche durante las horas de representación escénica. A los toreros no se les sacaba de la cárcel para que fuesen a divertir al público.

\* \* \*

Hasta 1860 era costumbre en Acho que, antes del paseo de la cuadrilla, saliese una compañía de soldados con un escribano, que en dos sitios del redondel daba lectura al bando, en que la autoridad imponía penas a los que promoviesen desórdenes durante la lidia. El escribano recibía cuatro pesos en pago de su fatiga y de la rechifla con que lo acogía el pueblo.

\* \* \*

Desde 1810, los listines de toros empiezan a traer largas tiradas de versos, y los sucesos políticos de la metrópoli dan alimento a la inspiración de nuestros vates. Las listas de esas épocas traen por encabezamiento *Viva Fernando VII*, y contienen versos contra Napoleón y los franceses.

He aquí una muestra de ellos:

#### EL TORO MAESTRO

Hoy, a toda fortuna preparado,  
saldrás feroz al coso y ojo alerta!  
que al enemigo osado  
acompaña cuadrilla muy experta.  
Antes de entrar medita reposado  
en que te invaden para muerte cierta,  
y pues todos conspiran a engañarte,  
mira en cada torero un Bonaparte.  
Confiado en su suerte  
solicita el tirano darte muerte.  
El, presumido, astuto,  
quiere de tu ignorancia sacar fruto  
y, en creerte salvaje,  
añade a la agresión mayor ultraje.  
Dile: —¡Tirano ingrato!  
¿Piensas lograr un triunfo tan barato?  
¿Crees que el toro de España  
no es capaz de buscarte en la campaña?  
Ponte, ponte a mi frente,  
probarás si soy sabio y soy valiente.  
De ese modo, engañado  
y engañando, los toros has sacado  
de las verdes dehesas  
donde el veneno entró de tus promesas.

No ya, pérfido, en vano  
 te empeñas tanto contra el toro hispano  
 que, venciendo a Morfeo,  
 despierta para hacerte su trofeo.  
 Si has leído la historia  
 de Numancia y Sagunto, la memoria  
 imprime en tu vil pecho  
 la opinión, la justicia y el derecho,  
 con que a todo viviente  
 Natura lo conserva, y libremente  
 lo conduce al empeño  
 de defender aquello de que es dueño.  
 Si político fueras,  
 con el toro español no te metieras;  
 pero infame, ambicioso,  
 pudiendo ser amado, y con reposo  
 recordando tu infancia,  
 disfrutar el honor que te dió Francia,  
 te metes a torero  
 y saqueando rediles, bandolero,  
 sangriento, abominable,  
 a los pueblos te tornas detestable.  
 Hasta hoy de Meroveo,  
 de Carlo Magno y grande Clodoveo,  
 y de otros justos reyes,  
 que dieron a la Galia santas leyes,  
 el tiempo majestuoso  
 conserva la memoria y fin dichoso.  
 Pero tú, fermentido,  
 echando sus virtudes al olvido,  
 profanas el sagrado  
 de aquellos reyes, tu mejor dechado,  
 y al pueblo esclarecido  
 que con gendarmes tienes oprimido,  
 la libertad amada,  
 por tus bajas intrigas usurpada,  
 hollará el despotismo;  
 y llevándote de uno en otro abismo,  
 cual un vil toricida,  
 entre mis cuernos perderás la vida.

Dudamos que en la misma España se hubieran prodigado más dicterios al invasor. Decididamente, en América pecamos por exagerados.

\* \* \*

Hablemos de los renombrados toros de la Concordia.

Para poner dique o retardar siquiera la tormenta revolucionaria, el virrey Abascal organizó en Lima un regimiento compuesto de lo más distinguido entre la juventud criolla y españoles acaudalados. Llamóse regimiento de la Concordia y tenía por coronel al virrey.

Anualmente, desde 1812 hasta 1815, daba el regimiento una corri-



da, en la que los toros salían con enjalma cubierta de monedas de oro y plata. Criollos y peninsulares competían en esplendidez.

Entonces se vió que una compañía de soldados entrase al circo a hacer las evoluciones militares conocidas, sólo desde 1812, con el nombre de *despejo*.

Desde los primeros toros de la Concordia hubo cuadrilla peruana. En la española figuraban el picador Francisco Domínguez, el matador Esteban Corujo, y los banderilleros, que más tarde fueron también de espada, José Cantoral y Vicente Tirado. En la cuadrilla del país los más notables eran Casimiro Cajapaico, el famoso capeador, Juana Breña y José Morel, el puntillero José Beque, negro a quien sacaban de la cárcel para cada función, Lorenzo Pizí, un tal *Muchos pañuelos* y el espada Pedro Villanueva.

Estos matadores eran ecléticos, pues así se ceñían a las reglas de la escuela de Ronda como a las de la escuela de Sevilla. Estoqueaban a la criolla, es decir, como el diablo quería ayudarlos. Para ellos, cerviguillo o rabo, todo era toro.

Sobre todos ellos dice cosas muy graciosas el poeta don Manuel Segura, en su comedia *El sargento Canuto*.

A la cuadrilla española pertenecía también el diestro banderillero Juan Franco, quien, en 1818, murió en Acho, cogido por un toro mientras conversaba descuidado con su querida, que estaba en uno de los cuartos próximos a la barrera.

\* \* \*

El picador o rejoneador Francisco Domínguez era una notabilidad como Cajapaico. Cuando San Martín estableció su cuartel general en Huaura, salió de Lima Domínguez con el compromiso de asesinarlo. Descubierta el plan, y confesado el propósito por Domínguez, San Martín lo puso en libertad.

Curioso es consignar que los toreros de esa época eran hombres dados a la política. Así figuraba Esteban Corujo como denunciante de una revolución en tiempos de Abascal.

\* \* \*

En la corrida que dió el regimiento de la Concordia, en 1812, se lidió un toro llamado el *Misántropo* que debía once muertes. Encontrósele

en el monte, sin hierro o marca de dueño, y acostumbraba salir al camino y embestir a los pasajeros. Consiguieron traerlo al encierro en medio de bueyes mansos. En la lidia hirió el caballo al picador Domínguez, mató al chulo Guillermo Casasola y estropeó al espada Cecilio Ramírez. En las suertes de capa lució con él admirablemente Casimiro Cajapaico. No murió este toro en el redondel, sino en el corral, por consecuencia de las heridas.

Las otras corridas de la Concordia no excedieron en lujo a la del año 12, ni ofrecen circunstancia particular. Pasemos a la última, que se dió en 10 de abril de 1815, empezando por copiar del listín estas fáciles seguidillas:

Cantoral y Corujo  
llevan a empeño  
hacer hoy con los toros  
un escarmiento;  
lo que no es chanza,  
porque estos caballeros  
son de palabra.

Una vieja maldita  
me ha asegurado  
que, en su tiempo, los toros  
eran muy bravos;  
pero, al presente,  
dice que hasta los hombres  
son más pacientes.

La compañía de granaderos del regimiento Concordia, que fué la nombrada para el despejo, se embarulló en una de las evoluciones. El capitán reconvinó con aspereza a uno de los oficiales y la tropa se insubordinó. Agregan que hubo gritos de ¡viva la patria! El despejo concluyó como el rosario de la aurora.

Restablecido con gran trabajo el orden, principió la corrida. Algunos patriotas se habían introducido en el corral, y para deslucir la función cegaron con ceniza a los dos primeros toros. Ello es que sobre todos estos incidentes se levantó sumaria y aun se hicieron prisiones.

El cuarto toro llamábase el *Abatido Pumacagua*, aludiendo al desgraciado fin de este caudillo patriota. Recibiólo Juana Breña, montada en un diestro alazán y fumando un gran cigarro, y le sacó nueve suertes de capa, contradiciendo prácticamente la opinión del marqués de Valle Umbroso, que en su libro dice: — *Difícil es que las suertes pasen de siete; pues es raro el toro que las da, y más raro el caballo que las resiste.* — El entusiasmo del público fué tanto, que no hubo quien no arrojase dinero a la valiente capeadora, a la que el virrey Abascal obsequió

con seis onzas de oro. Juana Breña recogió esa tarde más de mil pesos, según afirma un periodiquín de la época.

\* \* \*

Desde 1816 a 1820, los hacendados de Cañete dieron muchas corridas en competencia con los de Chancay, sin que podamos saber a cuál de los dos valles cupo la gloria de exhibir mejor ganado.

Los listines de esta época no contienen sino injurias contra los patriotas, y en el circo se ponían figurones representando al *Porteño* (San Martín) y a *Cluecón* (lord Cochrane) para que fuesen destrozados por los toros.

\* \* \*

Ya en 1816, poetas de reputación como el franciscano Chuecas y los clérigos Larriva y Echegaray no desdeñaron escribir en listines de toros, como lo han hecho en tiempos de la república Pardo, Segura, Juan Vicente Camacho, su hermano Simón y otros muchos distinguidos alumnos de las musas. Listines conocemos de indisputable mérito literario, salpicados de chiste y agudeza epigramática.

En cuanto a las revistas de toros o descripciones en que campea un salado tecnicismo, sólo después de 1850 empezaron a aparecer en los diarios de Lima. Algunas he leído dignas de la pluma de *Abenamar* y de los revistadores andaluces y madrileños. Hasta yo, sin entenderlo poco ni mucho, he escrito varias, por compromiso. ¡Así han salido las pobrecitas!

\* \* \*

La mayor parte de los listines que se imprimieron en los últimos años de la dominación española, llevaban esta introducción:

#### VIVA FERNANDO VII

El querer resistir a la ley justa,  
contra el brazo y poder del soberano,  
es empresa sin fruto, intento vano.

\* \* \*

Pongo fin a estos apuntes, que dedico a quien tenga voluntad, tiempo y humor para utilizarlos, escribiendo la crónica taurina de Lima. Yo no he hecho mas que hacinar datos para que otro se encargue de ordenarlos y darles forma literaria.



## GALLÍSTICA

### APUNTES SOBRE LA LIDIA DE GALLOS

Después de los datos tauromáquicos deben entrar los gallísticos. Tratándose de espectáculos semibárbaros, el segundo es complemento del primero. En el uno peligra la vida del hombre, y en el otro la honra y la fortuna.

El origen de las peleas de gallos es el siguiente: —Temístocles, en la expedición contra los persas, dijo a los soldados de su ejército que peleasen con el esfuerzo de los gallos. Obtenido el triunfo por los atenienses, para perpetuar la memoria de él, se dictó una ley estableciendo una lucha anual de gallos, costumbre que pasó a Roma, donde a grito de pregonero se convocaba al pueblo con estas palabras: *Pulli pugnant* (hay pelea de gallos). Hubo suntuosos túmulos para sepultar en ellos a los gallos que más se distinguieron en la lucha. De Roma pasaron las lidias a los demás pueblos de Europa.

Sin que pueda determinarse a punto fijo cuándo tuvo lugar la primera lidia de gallos en Lima, sábese de cierto que medio siglo después de fundada la ciudad era ya general la afición, y que en las calles, plazuelas, huertas, y aun en los claustros de los conventos había jugadas de *a pico* y de *a navaja*. Como sucede hoy mismo en los pueblos de la costa, la festividad de ciertos santos se celebraba con fuegos de artificio, novillos y gallos, espectáculos que también tenían lugar en la elección de prelados o en conmemoración de sucesos faustos.

En los tiempos de Amat, era la plebe harto entusiasta por las lidias de gallos, y así los artesanos como los sirvientes desatendían sus deberes por jugar gallos en plena calle. Resultaban de aquí graves pendenencias y alarmas para el vecindario pacífico.

No atreviéndose el virrey a ponerse en pugna abierta con el pue-



blo, prohibiendo el feroz entretenimiento, se decidió a reglamentarlo, y para ello empezó por aceptar la propuesta que hizo don Juan Garial para construir un coliseo en la plazuela de Santa Catalina y en terreno colindante con la muralla. La fábrica se concluyó en 1762, y el empresario Garial se comprometió a dar anualmente quinientos pesos al Cabildo y quinientos al hospital de San Andrés, en compensación del privilegio exclusivo que éste tenía sobre la casa de comedias.

\* \* \*

Al principio concedió Amat permiso para que los domingos, días festivos, martes y jueves pudiese el empresario lidiar gallos; pero en 1786, y por real cédula que vino de España, se hizo extensiva la licencia a los sábados.

En 1781 pasó el edificio a ser propiedad del Estado, asignándose al juez del espectáculo el sueldo de quinientos pesos al año.

\* \* \*

En 1804 se trasladó el coliseo o cancha de gallos a la calle del Mármol de Carbajal, en la parroquia de San Marcelo, edificio que conocimos en pie hasta 1868, en que fué demolido, pasando a ser propiedad de un particular, que sobre el terreno donde corriera la sangre de innumerables víctimas de la navaja, construyó una espléndida casa.

\* \* \*

Proclamada la Independencia, el ministro Monteagudo, por decreto de 16 de febrero de 1822, abolió el juego de gallos. El coliseo permaneció cerrado hasta pocos meses después de la batalla de Ayacucho, en que los colombianos, que eran tan aficionados como los limeños a la lucha de animales de pluma, pasaron por encima de la prohibición. Poco después, el Consejo de Gobierno restableció las lidias, destinando el producto del remate para sostenimiento del Seminario.

Continuó funcionando la casa de gallos hasta el 9 de febrero de 1832. El ministro de Gobierno don Manuel Lorenzo Vidaurre pasó en esa fecha un oficio al prefecto de Lima, en el que dice que no podía tolerarse que el producto de una casa de inmoralidad, patrocinadora del ocio y del fraude, se aplicase al Seminario de Santo Toribio, dándose por sustento a una escuela de virtud el pan producido por el vicio.

Vino la guerra civil, y con ella bastó una disposición prefectural para convertir en letra muerta el decreto supremo, hasta que, bajo la administración del presidente coronel Balta, se eliminó de la central calle del Mármol de Carbajal ese foco de corrupción.

\* \* \*

Fuentes, en su *Estadística de Lima*, publicada en 1858, trae la siguiente descripción:

«La cancha, o lugar de la lucha, es perfectamente circular, y tiene de circunferencia cuarenta y dos y media varas. Los asientos, colocados alrededor, forman nueve gradas que pueden alcanzar para ochocientas personas. Tiene doce palcos bajos y treinta y uno altos, además de la galería del juez. La entrada vale dos reales por persona. Hay doscientas ocho galleras, que son unos pequeños cuartos sin puertas, separados unos de otros por quinchas de caña. El juez recibe una gratificación (cuatro pesos) todas las tardes de lidia. Las jugadas se hacen en la actualidad casi todos los días. Concurren a ellas, por término medio, cuatrocientas sesenta personas, y a las de mucho interés hasta mil doscientas, que son las que la casa puede contener. El número medio de corredores es de quince. El dinero que, según datos fidedignos, se atraviesa en todo el año, entre caja y apuestas, asciende a noventa y ocho mil pesos, no incluyéndose las jugadas extraordinarias, en las cuales toman parte personas de alta posición social, y en las que han solido apostarse hasta veinte mil pesos en una tarde.»

\* \* \*

El gallero es un tipo digno de estudio.

Dejando aparte a los aficionados, cuya fortuna les permitía criar gallos en cómodas casillas o galleras, y destinar dos o más criados para que los cuidasen, exhibamos sólo al gallero del pueblo bajo.

No había en Lima rapista o maestro de obra prima que no fuese insigne gallero. Tras de la puerta de la barbería o al pie de la mesita de trabajo, y entre el cerote, las hormas y el tirapié, estaba amarrado el *malatodo*, el *ajiseco*, el *cenizo* o el *cazili*.

Cuidábanlo como a la niña del ojo, y bien podía faltarles el pan para su familia antes que el maíz para su engreído.

Una mañana el zapatero apocaba la pinta o el espolón del gallo de

su vecino el barbero. Picábase éste, y quedaba *amarrada* pelea para una semana después. Desde ese instante se daba otra alimentación al animal y se le medía el agua. Ciencia se necesita para preparar un gallo, y cada aficionado tenía su método especial, fruto de la experiencia.

El día señalado para la lidia apenas si se dejaba probar bocado al animalito, porque recelaban que con el buche lleno anduviese pesado en su vuelo y movimientos. Aquel día no cesaba el dueño de acariciar a su dije.

Por la tarde envolvíase el zapatero en la mugrienta capa y, llevando bajo sus pliegues escondido al gallo, dirigíase al reñidero, acompañado de sus amigos, que habiendo conocido al animal desde pollo y vístolo *topar*, no daban por medio menos su victoria sobre el lechuza del barbero.

Tal vez de aquí nació el preguntar, en Lima, a todos los que llevan un bulto bajo la capa: —Amigo, ¿se vende el gallo?

Acontecía que el lechuza hacía picadillo al aguilucho. Los perdidos se volvían cariacontecidos, llevando el dueño, bajo la capa se entiende, el cuerpo del difunto, que con arroz y pimientos hallaba al otro día sepultura digna en el estómago del zapatero y de sus camaradas.

Así el triunfo como la derrota eran pretexto para empinar el codo. El vencido encontraba siempre manera de defender al muerto, culpando al que amarró la navaja o a un tropezón con la tapia del circo. —De puro bueno perdió mi gallo; porque si el contrario no se rebaja a tiempo, le habría clavado la navaja hasta el *sursum corda*.

Jamás convenía el perdidoso en que su gallo hubiera sido vencido en buena ley o en que era *chusco* y cobardón.

«Los corredores de gallos—dice otro escritor—tienen signos convencionales para entenderse desde lejos. Son los siguientes:

»El restregar cuatro dedos de una mano con el pulgar de la otra significa que se da diez contra ocho. Juntar los índices quiere decir pelo a pelo o sin ventaja. La mano puesta sobre el hombro equivale a dar diez contra seis. Hacer un signo en la frente, como dividiéndola, es dar diez contra cinco. Y por fin, echar un corte de manga significa diez contra siete.»

Esto de contratar por señas convencionales nos recuerda a las *metretices* de Grecia, a las que el galán solicitaba alzando el dedo índice y la hembra contestaba formando un anillo con los dedos pulgar y anular. No había para qué gastar palabras.



Pocos juegos se han prestado a trampas más que el de gallos. Para explotar a los incautos, echaban a la arena un animal rozagante contra otro de enclenque aspecto. Las apuestas en favor del primero eran, por supuesto, numerosas, y tenía-se por gran torpeza arriesgar un centavo en pro de su rival. Pero, ¡oh maravilla!, el gallazo o no hacía golilla, o cacareaba y corría, o se dejaba matar por su contrario el gallito tísico.

Los que estaban en autos sabían que al rozagante, o lo habían emborrachado con sopas en vino, o puéstole un pedacito de plomo en la cola para embarazarle el vuelo, o apretádole las entrañas el *careador*, o hecho con el infeliz alguna otra diablura.

Gallo hubo reputado por invencible y que contaba por docenas las victorias. ¡Era un diablo el animal! A la postre, una tarde se descubrió la trampa: era gallo blindado como los buques de guerra. Su dueño lo armaba con coracita de hoja de lata ingeniosamente dispuesta, y contra la que era impotente la navaja.

«Las personas encargadas de preparar los animales para la lucha—dice Fuentes—; las que con el nombre de *corredores* se ocupan en arreglar las apuestas; y todos cuantos tienen interés o participación en las jugadas cometen hechos de la más demostrada inmoralidad y del más declarado robo, terminando casi siempre cada pelea con una algaraza, en la que, no pocas veces, se oyen insultos a la autoridad que preside el espectáculo. Las cuestiones sobre equívoca victoria de un gallo se dirimen por *careo* o por dictamen, frecuentemente parcial, de los peritos nombrados *ad hoc*.

Eso de amarrar la navaja requiere ciencia, y más que todo, probidad. Los *amarradores*, sujetos a quienes el pueblo bautiza con algún apodo, son propensos a dejarse cohechar.

\* \* \*

Así como la víspera de una corrida de toros, y con acompañamiento de banda de música popular, se hacía por las calles de Lima el paseo de enjalmas, así, cuando se trataba de alguna jugada de importancia, recorrían la capital dos negros tocando una chirimía y un tambor, seguidos de un muchacho que cargaba una jaula con un gallo.

Tal era el convite de lujo, salvo casos en que circularon invitaciones impresas.

\* \* \*



Si los toros han tenido y tienen su literatura especial—los listines y las descripciones, en que los gacetilleros de los periódicos agotan el tecnicismo tauromáquico—, las lidias gallísticas no habían alcanzado a tanto hasta 1874, en que se estrenó el actual circo de Malambito o portada del Callao. Verdad es que el general don Ignacio de Escandón, en 1762, escribió y publicó en Lima un folletito de ocho páginas, a dos columnas, con un largo y pesado romance octosílabo, celebrando las lidias de gallos y la erección del circo que autorizó el virrey Amat. Titulábase ese engendro monstruoso *Epoca galicana, egira Galilea*.

Alguien que yo me sé intentó crear la *Revista gallística* en la prensa; pero, afortunadamente para las letras peruanas, no halló eco su propósito, y tuvo que guardar la pluma.

Sin embargo, y para satisfacer curiosidades exigentes, ahí va una descripción mía de la lidia gallística del domingo 15 de septiembre de 1874. Conste que no reincidí en el pecado:

A eso de las tres y veinte salió el *Volantuzo* a revolver la arena con un *pinto*, que se encontró con un *carmelo* de regular alcance y de mejor lámina. Adezados los gallos, con el careo y la navaja, y puestos en el redondel, partió con presteza el *pinto*, bajando el cuarto al *carmelo*, que no quiso darse por vencido hasta que una nueva acometida del contrario, que era de mucho registro, le quitó el habla.

Después de la *chusca* principió la jugada. Era ésta de cincuenta y doscientos. Llevaba la voz y la campana el señor X.... y los con endientes, que eran los señores H.... y N...., eran los mismos que amarraban. *Conjuntivitis*, a la derecha, y *Chuchumeco*, a la izquierda, estaban a la puesta y a la levantada, y a los careos.

Soltó el segundo, un *aji-seco prieto*, cabeza rota, juntón, contra un *aji-seco claro*, cola blanca, de más alcance, pues era de plaza, pero de menos vuelo que su adversario. Hecha la puesta, avanzó el prieto y, zafando con malicia de la acometida en vuelo del cola blanca, levantóse más, y en el aire hirió a éste. Luego contestó el cola blanca; pero un tiro de suelo, de oportunidad y mucho brío del prieto, y dos prendidas, le dieron el triunfo. Duró la pelea un minuto y diez y seis segundos.

*Conjuntivitis* se presentó con un *aji-seco*, machetón, de tamaño regular, contra otro *idem idem*, de más alcance. Al partir en vuelo el machetón se hizo atrás el contrario; pero, a su vez, al bajar, pudo herirlo. Después de una cita algo prolongada, subieron ambos; y superitando el último, por ser de más ala, venció al contrario, que con tres sacudidas besó a su madre. Duró un minuto y diez y nueve segundos.

Se sacó en tercera un *malatobo*, pata amarilla, contra un *aji-seco*, ala blanca, golilla anaranjada y de más cuartilla. Partir el pata amarilla y agarrarse a la mecha con el machetón, todo fué uno. Era el último un gallo muy frío; pues, habiendo salido mejor librado del ataque, se puso a dar vueltas sin querer definir. Dos careos sucesivos hicieron salir al pata amarilla llorando a buscar piedra. Duró un minuto y cincuenta segundos.

Un *cenizo*, pata prieta, guaragüero y cuatralvo, de *Chuchumeco*, se encontró con un *aji-seco*, crespo, de más alcance y más grande. A la partida falsa de este último se citaron los gallos, y remontándose el que partió venció a su

adversario en un solo tiro. Duró once segundos. El vencedor fué amarrado por *Conjuntivitis*.

Un *carmelito*, de porte regular, se las hubo con un *aji-seco*, zanqui-largo, que amarró también *Conjuntivitis*. Partió este último con tres ataques de tanta substancia, movimiento y prontitud, que hubieran hecho añicos a otro gallo que no hubiese sido el *carmelito*, el que, sorteando sobre la cola, llamóse a defensa y pudo escapar; y luego, citando un momento, dióle el *carmelo* un navajazo tan terrible al *aji-seco* que éste se desparramó. Nos entretuvimos cincuenta y cuatro segundos.

Se careó en seguida un *papujo*, cenizo, cola blanca con un *aji-seco*, prieto, flaco, juntón y desplumado, de *Chuchumeco*. Avanzó el primero, y arrancando el segundo en vuelo, le quitó el cuarto al *papujo*, que quedó sin poder hacer. El prieto era picador; pero se levantaba en el aire sin saber definir, por lo que duró la pelea un minuto doce segundos, y fué necesario dar un careo.

Un *aji-seco*, pata blanca, de última, se topó con un *jiro*, plateado, de *Conjuntivitis*. El *aji-seco* se presentó distraído y parecía no estar preparado. Súpolo esto el *jiro* y se lanzó con tres tiros, logrando sólo el último. Cogido a su vez sufrió una cernida que hizo esperar a todos el triunfo del *aji-seco*; pero no fué así, pues reponiéndose el *jiro*, que estaba enterote, pasó sobre el enemigo varias veces, moviendo las costillas y haciéndolo bajar el pico. Duró minuto y medio.

Terminada la jugada, que ganó H....., caja, cuarta parte y mejoras, y que por un tris no fué *capote*, empezaron las chuscas.

Apareció un *cenizo* de alcance, enjuto y barrillón, con un *carmelo* de mejor estampa. Puestos en la arena, partió éste en vuelo contra el *cenizo*, que yo no sé cómo pudo evitar una acometida de tanto movimiento y fondo. Repetido el mismo ataque, al verse superitado en el aire, se leadea el *cenizo* y, paralelo al suelo, hiere en su tiro al adversario. Elévanse de nuevo, cambia otra vez el *cenizo*, porque a subir no puede con el *carmelo*, y, deteniéndose un momento, aprovecha el descanso del otro para mondarle la pata. Desciende, y un tiro de suelo de una agitación eléctrica, apenas visible, le dió una victoria que su malicia no hace llamar sobresaliente.

Luego vino un *aji-seco*, pata prieta con otro más chico, *cazili*, pata amarilla. El triunfo estaba por este último, que era de más ejecución; pero una sacudida oportuna y feliz dió la victoria al otro. *Conjuntivitis*, en los careos del primero, que ya estaba muerto, quiso hacer de las suyas. Que la autoridad abra el ojo.

A un *aji-seco*, papujo, lo partió un *pinto*, en vuelo, y le vació el alma en cinco segundos.

Salió luego un *cazili*, mosqueado, zanqui-tuerto, con un *cenizo*, cola blanca, que le hirió al partir. Cogieronse a la mecha y apartados. Dióle tres batidas en el lomo el primero al segundo. Calmada la rabia, fué menester tres pruebas; pero el *cenizo* dijo que tenía que hacer, y se despidió cacareando.

Un *barbitas*, pata amarilla, se careó con un golilla naranja, pata prieta, de tan buena estampa que hizo dar plata a siete. ¡Vaya un animal bien laminado! Un tiro en vuelo y dos batidas endemoniadas dieron en tierra con el *barbitas*.

Cerró la tarde un *aji-seco*, que, por más que lo buscaba, no había encontrado desde algún tiempo rival que le bajase el penacho. Echáronle de tapada un *jiro*, aplomado, recio de cuadriles. La bondad del primero no le bastó para vencer; pues, habiéndosele torcido la navaja, le mató el contrario. Mucho se murmuró por este incidente contra *Chuchumeco*, y dicen que si hubo intención o no hubo intención en amarrar mal la navaja. El juez ha prometido averiguarlo. Lo que resulte lo sabremos..... el día del juicio.

Resumen: La jugada fué buena y entretenida. El único gallo sobresaliente fué el *cenizo* de la primera chusca. Gallos de esa inteligencia para el quite y el ataque, y para aprovechar el único momento posible de triunfo, no se ven sino de tarde en tarde: son *rara avis*. También mencionaremos a su adver-

sario, que hubiera triunfado a no encontrarse con un pillo de tan asombroso metal.

Aunque la autoridad estuvo sensata, desearíamos que, en adelante, les meta la mano a *Chuchumeco* y a *Conjuntivitis*. Al público se le ha encajado entre ceja y ceja que, como careadores y amarradores de navaja, no juegan limpio, y cuando el río suena, señor juez....., tendrá por qué sonar.

Por esta revista se habrá el lector formado idea de los colores y condiciones de los gallos, de los lances de una lucha y de que *Conjuntivitis* y *Chuchumeco*, apodos de los amarradores, eran dos peines de escardar lana. Réstanos algo por explicar.

Cada jugada se componía de siete parejas. Regularmente los jefes de los dos partidos interesados apostaban cincuenta pesos a cada gallo y depositaban doscientos que corresponderían al que ganase cuatro peleas.

A veces triunfaba un partido en las siete peleas, y a eso se llamaba dar *capote*. Ganar seis era dar *mantilla*.

*Coteja* se decía por dos gallos de igual peso y tamaño y que antes de salir a la arena habían sido *topados* por sus dueños.

*Tapada* se llamaba la pelea en que cada dueño escondía su gallo, dejándole ver en el instante mismo de amarrar las navajas. Las tapadas eran motivo de intriga constante, pues cada interesado procuraba averiguar las cualidades del gallo preparado por el contrario para proceder con conocimiento. El amigo vendía el secreto del amigo.

Tras de las siete jugadas de interés, que eran las dadas por personas de fuste, venían las *chuscas*, que eran las de la plebe, y en las que el gallo del zapatero hacía cecina al del barbero. En éstas la caja no pasaba de doce pesos.

Aunque el reglamento limitaba la suma de las apuestas, no por eso los jugadores estaban imposibilitados para arriesgar mil pesos en cada gallo. Personaje hubo en Lima que en una tarde perdió quince mil duros. El hecho es reciente y notorio (1).

El tecnicismo gallístico es casi tan rico como el tauromáquico. A ser yo más entendido en esa jerigonza no dejaría en el tintero algo que descifrar querría. Baste por hoy con estos desaliñados apuntes, que tal vez otro prójimo ampliará algún día.

---

(1) Ya, en 1899, ninguna persona que en algo se estima concurre al circo, y aun entre el populacho va perdiendo terreno la afición a la lidia de gallos.





# CACHIVACHERÍA





## PARRAFITO PROEMIAL

Tratábase de cristianar a un niño, y antes de llevarlo al bautisterio, el cura apuntaba, en la sacristía, los datos que consignaría más tarde en el libro parroquial.

—¿Qué nombre le ponemos al chico?

—Por mí—contestó el padrino—, póngale usted *Tigre*.

—No puede ser—arguyó secamente el párroco.

—Pues entonces póngale usted *Búfalo* o *Rinoceronte*.

—Tampoco puede ser. Esos son nombres de animales y no de cristianos.

—¡No moje, padre! ¿Cómo el Papa se llama León?

Al hombre de sotana y birretillo no se le ocurrió, por el momento, otra contestación que ésta:

—Ya he dicho que no puede ser. Soy camanejo y no cejo.

—Pues yo soy de Arnedo (1) y no cedo.

Y el mamón continuó morito.

Algo parecido me sucede con este libro. Darle por título *Miscelánea*, *Variedades*, *Mesa revuelta*, *Pandemonium* o cualquier otro de los ya muy manoseados, cuando un autor selecciona el papel que su pluma ha emborronado, me pareció chabacano, vulgar, cursi.

Cuentan que un curioso le preguntó a una vieja quién era el padre de su nieto, y que la muy Celestina contestó:

—No lo sé todavía, porque hace un mes que mi hija le está escogiendo padre al muchacho, y aun no se ha decidido por ninguno.

Para no parecerme a la moza regocijada, convoqué en consejo a tres de mis amigos (viejos muy discretos), y ellos, después de alambi-

---

(1) Villa de Arnedo, hoy Chancay, a catorce leguas de Lima.

car la consulta, opinaron que el libro se bautizase con el nombre de CACHIVACHERÍA, o sea: conjunto, almáciga o reunión de cachivaches.

Pero aquí fué ella, porque el Diccionario, como el cura de marras, nos salió con la *enflautada* de que aquélla no es palabra castellana.

Los padrinos debieron tener en las venas gotas de sangre de Arnedo, porque no cejaron ante la autoridad de la Academia; y yo, el padre o autor no había de consentir en que por tamaña nimiedad quedase mi hijo moro, o, lo que es lo mismo, sin tener la vida del libro los cachivaches con que pongo fin, remate y contera a mi liquidación de cuenta literaria con mi país y con mi siglo.

R. PALMA.





## LAS CORTINAS

(COSTUMBRES)

No lo puedo remediar, no está en mi mano, como dicen las viejas; pero la risa me retoza en el cuerpo cuando palpo costumbres que, no por rancias, sino por ridículas, debían proscribirse de esta capital, emporio de la civilización peruana.

Y ya que en Domingo de Cuasimodo no tiene el diablo permiso para dar un verde por el mundo, bien puedo echar una cana al aire pidiéndole a mi péñola un artículo de carácter entre religioso y humorístico.

Y no digan que soy como aquel pícaro santero que pedía limosna para una estampa de Jesús Nazareno, y que después de hacer buena colecta de reales entre los devotos, sacaba una baraja y le decía al buen Jesús:

—En la cara te conozco que tú quieres que echemos una partidita de *treinta y una*. ¿A cómo va a ser el juego? ¿A peseta? Bueno, como tú quieras. Te doy cartas: un seis de oros, un tres de copas y una sota de espadas. ¡Hombre! Tienes diez y nueve. ¿Pides carta? Claro está..... ¡Zas! El caballo de bastos. ¿Te plantas? Buen punto es veintinueve. Ahora me toca a mí. Seis de bastos, cinco de oros y caballo de copas. Pido carta. Rey de espadas. Hombre, ¡qué casualidad! Treinta y una.

Y de partida en partida concluía por ganarle al Cristo toda la colecta, diciéndole para mayor burla: —A ver si escarmientas, y te dejas de vicios, que no son para tí.

Eso de adornar puertas y balcones con cortinas, cuando ha de pasar procesión por una calle, es costumbre que....., ¡vamos!, se me atraganta e indigesta.

Convengo en que se gaste el oro y el moro para levantar arcos triunfales, bajo los cuales deba pasar el Santísimo. En ello hay lujo y arte, a la vez que el sentimiento religioso paga tributo a la divinidad.

Nada digo de alfombrar las calles con flores, con tapices de los gobelinos o con barras de plata, como diz que se vió en los bienaventurados tiempos del virrey conde de Lemus. Eso revela opulencia, y bien se puede echar la casa por la ventana para dar lucimiento a la procesión.

Santo y bueno que nubes de incienso encapoten la atmósfera y nos asfixien; y hasta tolero que un cohete de arranque deje tuerto a un sacristán o monaguillo.

Encintar las calles y hacer que flameen en ellas banderitas de madapolán o de papel picado, tiene siquiera su lado pastoril y patriarcal, capaz de inspirar églogas e idilios a vates que yo me sé.

Pero con las cortinas, ya lo he dicho, no transijo, aunque me aspen como a San Bartolomé o achicharren como a San Lorenzo.

En la época colonial, ciertas casas aristocráticas de Lima ostentaban cortinaje de terciopelo de Flandes recamado de oro. Pero ya se sabía que este adorno no tenía otro uso y que, concluída la fiesta, se guardaba hasta la inmediata. No es, pues, esta cortina la de mi crítica.

Conforme fuimos avanzando camino en la vida democrática, discurríamos que siendo Dios el primero de los republicanos (por mucho que el catecismo lo llame Rey, y no Presidente, de cielos y tierra) le cuadraban mal resabios y humillos aristocráticos, que eso y no otra cosa significaban los cortinajes *ad hoc* de terciopelo y brocato.

Y pensado y hecho, sin otra discusión, pobres y ricos sacaron a lucir colchas y sobrecamas, más o menos historiadas. Y cata resuelto el gran problema de la igualdad social.

La sola palabra *cortina* nos trae a las mientes algo de *encubridora* o *tapadora*; pues no a humo de pajas, sino con mucho retintín, dicen las limeñas esta frase: —Niña, yo no soy cortina de nadie—. Y corte

usted el vuelo a la imaginación que se siente asaltada por un tropel de pensamientos pecaminosos.

Dóime de calabazadas por explicarme el simbolismo de las cortinas como signo externo de devoción, y en puridad de verdad que, mientras más luz busco, más se me oscurece el horizonte. Será (y es lo seguro) que soy un gazznápiro y no sé de la misa la media.

Pero no me digan que colchas y sobrecamas, siquiera sean de *crochet* o de raso de China, son muestra de cristiano respeto: porque a esa chilindrina respondo muy suelto de huesos, que la prenda precisamente es de lo más irrespetuoso que cabe, porque trae consigo recuerdos de dormitorio que no siempre son pulcros ni castos. Mía la cuenta si hay algo de más prosaico y churruigueresco.

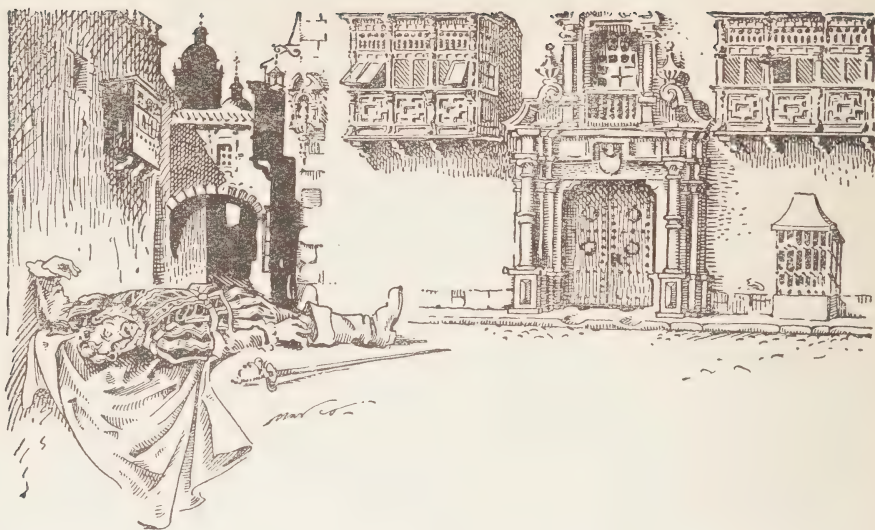
Y prueba de esta verdad es que un minuto después de pasada la procesión, las cortinas han desaparecido, como por encanto, y vuelto a la habitación de donde nunca debieron haber salido. Sin darse cuenta de ello, instintivamente, conoce el dueño de una casa que esa prenda ha estado fuera de su sitio y destino.

Prendas hay que no se hicieron para lucidas como cara de buena moza pegada a cuerpo de sílfide. En la última procesión vimos cortinas tan abigarradas y zurcidas que a gritos se quejaban de que las hubiesen sacado a vergüenza pública, haciéndolas comidillas de epigramas y murmuraciones.

Francamente, que en buena ordenanza municipal debería empezarse decretando la jubilación o cesantía de cortinas valetudinarias, para concluir más tarde en la abolición del adorno, que maldito si adorna, y que hace tanta falta en las procesiones como los gatos en misa.

A Dios lo que es digno de Dios..... y a la cama la sobrecama.





## DE CÓMO DESBANQUÉ A UN RIVAL

ARTÍCULO QUE HEMOS ESCRITO ENTRE CAMPOAMOR Y YO, Y QUE DEDICO  
A MI AMIGO LAURO CABRAL,

### I

Como ya voy teniendo, y es notorio,  
*bastante edad para morir mañana,*  
según dijo con chispa castellana  
Ramón de Campoamor y Campoosorio  
que, en lo desmemoriado,  
es un segundo yo pintipintado,  
quiero dejar escrita cierta historia  
de un amor, como mío,  
extravagante y digno de memoria  
perpetua en bronce, o alabastro frío.  
¿La he leído en francés, o la he soñado?  
¿Mía es la narración, o lo es de un loco?  
¿He traducido el lance, o me ha pasado?  
Lectora, en puridad: de todo un poco.

Ella era una muchacha más linda que el arco iris, y me quería hasta la pared del frente. Eso sí, por mi parte estaba correspondida, y con usura de un ciento por ciento. ¡Vaya si fué la niña de mis ojos!



Ha pasado un cuarto de siglo, y el recuerdo de ella despierta todavía un eco en mi apergaminado organismo.

Veinte años, que en la mujer son la edad en que la sangre de las venas arde y bulle como lava de volcán en ignición; morenita sonrosada, como la Magdalena; cutis de raso liso; ojos negros y misteriosos, como la tentación y el caos; una boquita más roja y agridulce que la guinda, y un todo más subversivo que la libertad de imprenta: tal era mi amor, mi embeleso, mi delicia, la musa de mis tiempos de poeta. Me parece que he escrito lo suficiente para probar que la quise.

Para colmo de dichas, tenía editor responsable, y ése..... a mil leguas de distancia.

La chica se llamaba..... se llamaba..... ¡Vaya una memoria flaca la mía! Después de haberla querido tanto, salgo ahora con que ni del santo de su nombre me acuerdo, y lo peor es, como diría Campoamor:

que no encuentro manera,  
por más que la conciencia me remuerde,  
de recordar su nombre, que era..... que era.....  
ya lo diré después, cuando me acuerde.

## II

Ella había sido educada en un convento de monjas—pienso que en el de Santa Clara—, con lo que está dicho que tenía sus ribetes de supersticiosa, que creía en visiones, y que se encomendaba a las benditas ánimas del Purgatorio.

Para ella, moral y físicamente, era yo, como amante, el tipo soñado por su fantasía soñadora. —Eres el feo más simpático que ha parido madre—solía repetirme—, y yo, francamente, como que llegué a persuadirme de que no me lisonjeaba.

¡Pobrecita! ¡Si me amaría, cuando encontraba mis versos superiores a los de Zorrilla y Espronceda, que eran por entonces los poetas a la moda! Por supuesto, que no entraban en su reino las poesías de los otros mozalbetes de mi tierra, hilvanadores de palabras bonitas con las que traíamos a las musas al retortero, haciendo mangas y capirotos de la estética.

Aunque no sea más que por gratitud literaria, he de consignar aquí el nombre del amor mío.

Esperad que me acuerde..... se llamaba.....  
 diera un millón por recordar ahora  
 su nombre, que acababa..... que acababa.....  
 no sé bien si era en *ira* o era en *ora*.

## III

Sin embargo, mis versos y yo teníamos un rival en *Michito*, que era un gato color de azabache, muy pizpireto y remonono. Después de perfumarlo con esencias, adornábalo su preciosa dueña con un collarcito de terciopelo con tres cascabeles de oro, y tenía lo siempre sobre sus rodillas. El gatito era un dije, la verdad sea dicha.

Lo confieso, llegó a inspirarme celos, fué mi pesadilla. Su ama lo acariciaba y lo mimaba demasiado, y maldito la gracia que me hacía eso de un beso al gato y otro a mí.

El demonche del animalito parece que conoció la tirria que me inspiraba; y más de una vez en que, fastidiándome su roncador *ró ró*, quise apartarlo de las rodillas de ella, me plantó un araño de padre y muy señor mío.

Un día le arrimé un soberbio puntapié. ¡Nunca tal hiciera! Aquel día se nubló el cielo de mis amores, y en vez de caricias hubo tormenta desecha. Llanto, amago de pataleta, y en vez de llamarme ¡bruto!, me llamó ¡masón!, palabra que, en su boquita de repicapunto, era el *summum* de la cólera y del insulto.

¡Alma mía! Para desenojarla tuve que obsequiar, no rejalgar, sino bizcochuelos a *Michito*, pasarle la mano por el sedoso lomo, y....., ¡Apolo me perdone el pecado gordo!, escribirle un soneto con estrambote.

Decididamente, *Michito* era un rival difícil de ser expulsado del corazón de mi amada..... de mi amada ¿qué?

Me quisiera morir, ¡oh rabia!, ¡oh mengua!  
 No hay tormento más grande para un hombre  
 que el no poder articular un nombre  
 que se tiene en la punta de la lengua.

## IV

Pero hay un dios protector de los amores, y van ustedes a ver cómo ese dios me ayudó con pautas torcidas a hacer un renglón derecho: digo, a eliminar a mi rival.

Una noche leía ella, en *El Comercio*, la sección de avisos del día.

—Díme—exclamó de pronto marcándome un renglón con el punterillo de nácar y rosa, vulgo dedo—, ¿qué significa este aviso?

—Veamos, sultana mía.

Cabalgué mis quevedos y leí:

ADELAIDA ORILLASQUI.—*Adivina y profesora.*

—No sabré decirte, palomita de ojos negros, lo que adivina ni lo que profesa la tal madama; pero tengo para mí que ha de ser una de tantas embaucadoras que, a vista y paciencia de la autoridad, sacan el vientre de mal año a expensas de la ignorancia y tontería humanas. Esta ha de ser una Celestina forrada en comadrona y bruja.

—¡Una bruja! ¡Ay, hijo!..... Yo quiero conocer una bruja..... Llévame donde la bruja.....

Un pensamiento mefistofélico cruzó rápidamente por mi cerebro. ¿No podría una bruja ayudarme a destronar al gato?

—No tengo inconveniente, ángel mío, para llevarte el domingo, no precisamente donde esa Adelaida, que ha de ser bruja *carera*, y mis finanzas andan como las de la patria, sino donde otra prójima del oficio que, por cuatro o cinco duros, te leerá el porvenir en las rayas de las manos, y el pasado en el librito de las cuarenta.

Ella, la muy loquilla, brincando con infantil alborozo, echó a mi cuello sus torneados brazos, y rozando mi frente con sus labios corallinos, me dijo:

—¡Qué bueno eres..... con tu.....!—y pronunció su nombre, que, ¡cosa del diablo!, hace una hora estoy bregando por recordarlo.

¿Echarán nuestros nombres en olvido  
lo mismo que los hombres, las mujeres?  
Si olvidan, como yo, los demás seres,  
este mundo, lectora, está perdido.

## V

Y amaneció Dios el domingo, como dicen las viejas.

Y antes de la hora del almuerzo, mi amada prenda y yo enderezamos camino a casa de la bruja.

No estoy de humor para gastar tinta describiendo minuciosamente el domicilio. La *mise en scène* fórjesela el lector.

La María Pipí o barragana del enemigo malo nos jugó la barajita, nos hizo la brujería de las tijeras, la sortija y el cedazo, el ensalmo de la piedra imán y la cebolla albarrana y, en fin, todas las habilidades que ejecuta cualquiera bruja de tres al cuarto.

Luego nos pusimos a examinar el laboratorio o salita de aparato.

Había sapos y culebras en espíritu de vino, pájaros y sabandijas disecados, frascos con aguas de colores, ampolleta y esqueleto; en fin, todos los cachivaches de la profesión.

La lechuza, el gato y el perro *empajados* no podían faltar: son de reglamento, como el murciélago sobre un espejo y la lagartija dentro de una olla.

Ella, fijándose en el michimorrongo, me dijo:

—Mira, mira, ¡qué parecido a *Michito*!

Aquí la esperaba la bruja para dar el concertado golpe de gracia.

El corazón me palpitaba con violencia y parecía querer escaparse del pecho. De la habilidad con que la bruja alcanzara a dominar la imaginación de la joven, dependía la victoria o la derrota de mi rival.

—¡¡¡Cómo, señorita!!!—exclamó la bruja asumiendo una admirable actitud de sibila o pitonisa, y dando a su voz una inflexión severa—. ¿Usted tiene un gato? Si ama usted a este caballero, despréndase de ese animal maldito. ¡Ay!, por un gato me vino la desgracia de toda mi vida. Oiga usted mi historia: yo era joven, y este gato que ve usted empajado era mi compañero y mi idolatría. Casi todo el santo día lo pasaba sobre mis faldas, y la noche sobre mi almohada. Por entonces llegué a apasionarme como loca de un cadete de artillería, arrogante muchacho, que sin descanso me persiguió seis meses para que lo admitiera de visita en mi cuarto. Yo me negaba tenazmente; pero al cabo, que eso nos pasa a todas cuando el galán es militar y porfiado, consentí. Al principio estuvo muy moderado y diciéndome palabrias que me hacían en el alma más efecto que el redoble de un tambor. Poquito a poquito se fué entusiasmando y me dió un beso, lanzando a la vez un grito horrible, grito que nunca olvidaré. Mi gato le había saltado encima, clavándole las uñas en el rostro. Desprendí al animal y lo arrojé por el balcón. Cuando comencé a lavar la cara a mi pobre amigo, vi que tenía un ojo reventado. Lo condujeron al hospital, y como quedó lisiado, lo separaron de la milicia. Cada vez que nos encontrábamos en la calle, me hartaba de injurias y maldiciones. El gato murió del golpe, y yo lo hice disecar. ¡El pobrecito me tenía afecto! Si dejó tuerto a mi novio, fué porque estaba celoso de mi cariño





«... y este gato que ve usted  
empajado...»



por un hombre..... ¿No cree usted, señorita, que éste me quería de veras?

Y la condenada vieja acariciaba con la mano al inanimado animal, cuyo esqueleto temblaba sobre su almacón de alambres.

Me acerqué a mi querida y la vi pálida como un cadáver. Se apoyó en mi brazo, temblorosa, sobreexcitada; miróme con infinita ternura, y murmuró dulcemente: —Vámonos.

Saqué media onza de oro y la puse, sonriendo de felicidad, en manos de la bruja.

¡Ella me amaba! En su mirada acababa de leerlo. Ella sacrificaría a mi amor lo único que le quedaba aún por sacrificar—el gato—; ella, cuyo nombre se ha borrado de la memoria de este mortal pérfido y desagradecido.

¡Ah! ¡malvado! ¡malvado!  
 Pero yo, ¿qué he de hacer si lo he olvidado?  
 No seré el primer hombre  
 que se olvidó de una mujer querida.....  
 ¡Ah! ¡Yo bien sé que el olvidar su nombre  
 es la eterna vergüenza de mi vida!  
 ¡Dejad que a gritos al verdugo llame!  
 ¡Que me arranque a puñados el cabello!  
 ¡Soy un infame, sí, soy un infame!  
 ¡Ahórcame, lectora; éste es mi cuello!

## VI

Aquella noche, cuando fui a casa de mi adorado tormento, me sorprendí de no encontrar al gato sobre sus rodillas.

—¿Qué es de *Michito*?—la pregunté.

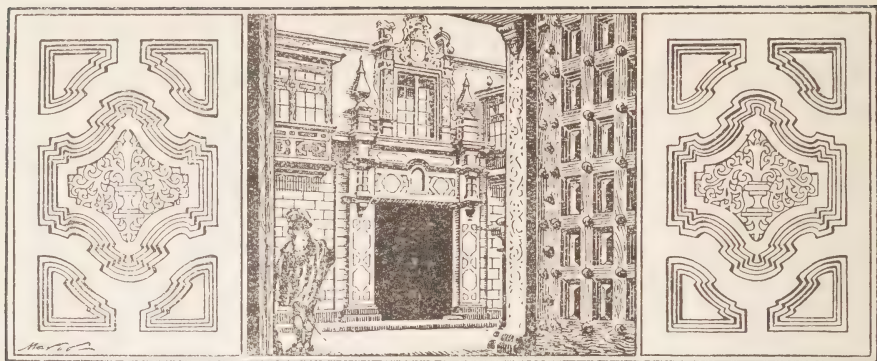
Y ella, con una encantadora, indescriptible, celestial sonrisa, me contestó:

—Lo he regalado.

La di un beso entusiasta, ella me abrazó con pasión y murmuró a mi oído:

—He tenido miedo por tus ojos.





## LOS PRIMITOS

(A Francisco Sosa, en México.)

Si en vez de crearme Dios para escritorzuelo de poco más o menos, me hubiera hecho nacer predestinado siquiera para Padre Santo de Roma y sus arrabales, créanme ustedes, como uno y uno son dos, que el parentesco de primos quedaba abolido, o si lograr no me era posible tal propósito, le negaría a toda muchacha bonita el derecho de tener primos.

Los tales dijes suelen ser una calamidad, una peste peor que el tifo, que al cabo él hace presa sólo en la materia y los otros en carne y espíritu.

Puede un cristiano apechugar con una suegra, que es mal necesario, pues la mujer ha de tener madre que la haya parido, envuelto y doctrinado. Pero esto de soportar una carretada de primos, es peor que meter bajo la almohada un cargamento de cucarachas y alacranes.

Yo (y por esta merced doy todos los días gracias a la Divina Majestad) no tengo primos por parte de mi bendita costilla, que tenerlos habría sido para mí como tener siete cueros o golondrinos; pero tú-volos un camarada mío, y la vida aperreada que él soportó en este valle de primos civilistas y primos demócratas, me ha dado tema para borronear cuatro cuartillas.

Mi amigo, mientras vivió, no tuvo suyos ni un libro, ni una corbata, ni aun su tiempo. Los primitos de su mujer se apoderaron de



él como de plaza conquistada, y lo traían y lo zarandeaban y lo esquilaban que era un primor. Dado su carácter sobradamente pacífico, hizo mal en casarse, olvidándose del precepto que dice: —No haga de gallo quien nació gallina.

Desengáñate, lector, no hay bichos más confianzudos y pechugones, entre los seres que Dios fué servido crear para mortificación y purgatorio de maridos, que los tales primitos. Lo que es a mí me apesantan de a legua.

Los matrimonios entre primos era moneda corriente en el siglo pasado, no sólo porque en su calidad de parientes eran los únicos jóvenes a quienes veían con frecuencia las muchachas, sino porque a los padres convenía que la fortuna no saliese de la familia. Desbancar a un primo que disponía de fuerzas auxiliares en la plaza, era punto menos que imposible. Como lo prueba la ciencia, estas uniones entre deudos son fatales para la prole; pero nuestros abuelos andaban atrasaditos en fisiología.

Para un hombre de mundo, no hay seres más antipáticos que los primos de su novia, y no les falta razón. Los tales primitos suelen hacer unas primadas que..... ¡ya, ya! La ocasión hace al ladrón; pero el ladrón hace a la policía..... en hábito de suegra.

Tuve un amigo que estaba enamorado hasta la coronilla, como se enamoran los turcos en los romances orientales, de una morenita preciosa y con más luz en los ojos que una lámpara de tranvía; y la víspera de que el cura les echase la bendición descubrió que la niñita tenía primo..... y se aguló la boda. El había tenido primas, era toro jugado y conocía las encrucijadas del camino.

Cuéntanme de otro que, entre las cláusulas del contrato matrimonial, consignó la siguiente: —quedan suprimidos los primos de mi mujer—. La novia no se avino a la supresión: tenía más ley a los primos que al futuro, y cata otra boda deshecha.

No en balde llaman los maridos primos *políticos* a los que, por la sangre, lo son de la conjunta. ¿Políticos en casa? ¿Hay gente más barrabasada que los políticos? Reniego de ellos. Por los políticos nos vemos como nos vemos, y está la patria como para agarrada con trapito y tenacilla.

No hallo que sea mal dicho lo de primos políticos, si por políticos se toma a los que mascan a uno y no lo tragan, pero que se deshacen en cumplidos y salvan las apariencias. Por regla general, los primitos son enemigos natos del marido. ¡Hotentotes!

Los primos son en el matrimonio lo que los callos en el pie: excrecencias incómodas.

Yo no digo que siempre los primos anden encariñados de una manera subversiva por las primas; pero es mucha andrómina que a las barbas de usted y de cuenta de primo, venga un mocito de guante y bigotillo perfumado y le tutee a su mujer, y la dé una palmadita en la mejilla, y la hable secreticos, y la cuente, por vía de chisme, que lo vió a usted hacer un guiño o un esguince a cierta personita con quien madama tiene, justa o injustamente, sus celillos; y tanta y tanta impertinencia que los primos saben hacer de coro.

No es esto justificar a aquel marido celoso que escribió a su conjunta dándole este consejo:—cuando termines tus cartas mandándome besos, hazla certificar en el correo para que, sin riesgo de extravío, me lleguen tus besos.

Aunque uno sea más cachazudo que Job, tiene que repudrirsele el alma al oír a primo y prima hacer reminiscencias de que cuando eran chiquitines jugaron al pin-pin, y a la gallina papujada, y a la pizpirigaña, y al pellizquito de mano, y a los escondidos, y a los huevos, y a la corregüela, cátales dentro, cátales fuera. Estas son las primicias inocentes que toda prima ha pagado al primo.

Item, los primos son unos pegotes, de la familia de las sanguijuelas. No hay forma de desprenderlos cuando se ponen a cantarle a la oreja a la primita. Un zancudo de trompetilla es menos impertinente.

Viene usted (pongo por caso) de la calle, ganoso de darle a su mujercita un beso en el sitio donde al persignarse dice *enemigos*, y el maldito primo se aparece como llamado con campanilla, y tiene usted que guardarse las ganas para cuando Dios mejore sus horas.

Para colmo de desdicha, no le es siquiera lícito a un marido manifestar su berrinche. ¡Quite allá! ¿Tener celos del primo de su mujer? Eso sería el *non plus ultra* del ridículo.

Creo que el que se halla con el crucífero a la cabecera, y ve en el cuarto a la consorte cuchicheando con el primo, se va de patitas al infierno. No hay remedio. Ese infeliz tiene que morir renegando y..... ¡abur, salvación!

Volviendo a mi amigo (y para poner punto a este artículo escrito muy al correr de la pluma, pues dejo mucho en el fondo del tintero), contaré a ustedes que anoche fuí a visitarlo, y lo encontré con un calenturón que volaba. El doctor me aseguró que de un momento a otro

las liaba el enfermo, y cuando él fulmina una sentencia, no hay mas que, sin pérdida de minuto, comprar mortaja y cajón.

Hubo un instante en que, recobrándose algo el moribundo, me alargó un papel y me dijo:

—Chico, no tardo en hacer la morisqueta del carnero, y ruégote que pongas sobre mi tumba el epitafio que aquí te entrego.

Hícele formal promesa de cumplir el encargo, despedíme compungido, salí de la casa y (sin dar treguas a mi curiosidad) leí en la esquina, a la luz del reverbero de gas:

Reposa en esta mansión  
de los humanos racimos  
un pobre de corazón.  
No murió de torozón.....  
murió..... de primos.



## LOS PADRINOS

Que haya quien se quede moro por falta de capellán lo concibo; pero por falta de padrino, *nequáquam*.

Cosa corriente es que haya siempre prójimo que saque de pila a un mamón, y que, andando el tiempo, así cumple con las obligaciones de padrino como un presidente constitucional con la ley.

A lo sumo, por Pascuas, reparten los padrinos, a guisa de alboroque, algún dinerillo entre los ahijados. Muchacho conozco yo bautizado en tres parroquias distintas y una sola verdadera, a quien sus padres llevan también a confirmar siempre que a algún obispo le viene en antojo administrar ese sacramento. El chico tiene un cardumen de padrinos, y por Pascuas logra ópima cosecha de monedas.

En tiempo no remoto era costumbre, en Lima, celebrar gran borrorio cuando el barbero iba a pasar por primera vez navaja por la cara de un mocito. Había padrino de barba, y si éste era rumbo-so echaba la casa por la ventana. Llegaba el muchacho a ser prelado de convento, oidor de la Real Audiencia, brigadier del ejército o marqués del Tuetanillo, y no faltaba viejo que, inflado de orgullo, exclamase:

—¡Si yo tengo mano de ángel! La prueba está en que fui padrino de barba nada menos que del padre Cucufato, que es una de las lumbreras de la Iglesia, y del doctor Chimbambolo, el primer abogado de Lima, y del general Pata Amarilla, un militarote que, en bravura, dejaría tamañito a Napoleón.

Y en la Real y Pontificia Universidad de San Marcos, llevaba padrino todo aspirante a grado en cualquiera de las facultades.

Y padrinos de altar y vinajeras tenía y tiene el que canta primera misa, como padrino lleva el que va a consagrarse obispo.



¿Quién se casa sin padrino?

¿Cuándo ha ido el reo a la horca sin que lo acompañe hasta el pie de ella el defensor o padrino?

Decididamente, en la tierra no podemos dar un paso sin padrino. Los padrinos son una necesidad, como el calor en verano y el frío en invierno.

Hasta para doblar el petate toma uno por padrino al médico y al confesor, y al escriba o fariseo.

¿Tiene usted en el Congreso una pretensión más justa que la justicia? Pues es usted moro al agua si no se agarra de buena aldaba, vulgo padrino.

¿Pretende que le reconozcan un doctorado manufacturado en Roma? Aunque no sepa usted mascujar su latín ni rumiar cánones, el Congreso es omnipotente, y, a despecho del Cuerpo universitario, dará patente de sabio a un molondro bien apadrinado. El caso se ha visto en Lima no hace aún setenta siglos.

Sea usted hombre de méritos y aptitudes y láncese a pretender un puesto del Estado. Si no tiene más padrino que esos, se quedará a chicha fresca.

Hasta a los fatuos que regresan de Europa con ínfulas de sabios hay que preguntarles, no si en Europa compraron talento, sino si son ahijados del presidente o del ministro en candelero.

Admiróse León Gambetta  
cuando le dijo un zulú  
viajero que en el Perú  
viven tantos de la teta,  
sin que se lleve Pateta  
a tierra tan bendecida.  
En Francia es cosa sabida,  
que se mama unos diez meses;  
pero en el Perú hay yangüeses  
que maman toda la vida.

Tenga usted un litigio en que rebose de su parte el buen derecho, y échese a roncar. Y verá usted que, aunque su contrario no tenga ni pizca de justicia, con tal que cuente con padrino o madrina de olor, color y sabor, que para el caso da lo mismo, le salen a usted los jueces con alguna triquiñuela que no estaba en su libro y lo parten por el eje, y lo divierten.

General hay que sin padrino no habría pasado de furriel en una compañía, y canónigo cucarachero que a lo sumo sería sacristán de aldea, *et sic de cæteris*.

Sin padrino no se hace ni el milagro del santo Cucarro, que con agua y tierra hacía barro.

Hasta en literatura pone una pica en Flandes el que tiene buen padrino. Consiga usted que los gacetilleros le hagan bombo, y que algún escritor de nota lo llame muchacho que promete y poeta de alto vuelo como las águilas, y aunque Dios hubiera tenido en mente crearlo poetastro, pasará usted por poeta tan hecho y derecho como el Dante y Byron, Heine y Leopardi, Víctor Hugo y Quintana.

Concluyamos:

Tener buenos padrinos es casi tanto o más que tener salud y una mina de oro en California.

De todo lo cual colijo  
que habló muy puesto en razón  
aquel palurdo que dijo:  
—Pues llevas mi bendición,  
¡Dios te dé padrinos, hijo!



## GLORIAS DEL CIGARRO

CHARLA CON LEÓNIDAS BALLÉN

### I

Contra lo que habitualmente me pasa, siéntome esta noche con un humor tan barrabasado como andan los tiempos, y entre cigarro y cigarro me propongo desterrar la murria, echando una mano de palique con el Leónidas de las Termópilas limeñas. Y llámolo así, amigo mío, porque tiene usted establecidos sus reales en una garganta, desfiladero o paso estrecho, en esta tres veces coronada ciudad de los Reyes, pues que, para ir a la Plaza de Armas, hay que darse de pies a ojos con las lucientes vidrieras y elegantes mamparones de su cigarrería, y ¿quién demonios resiste a la tentación de proveerse de un *regalia fino*?

Para nosotros los fumadores es usted, amigo Ballén, más tremendo enemigo que aquel morazo como un trinquete y gran goloso de manzanas en agraz, de quien cuentan las historias que exigía de España, por vía de *étrennes*, al comienzo de cada año, el tributo de cien doncellas como cien perlas panameñas. Pasar por la tienda de usted y no pagar tributo es punto menos que imposible. Su establecimiento es como quien dice las horcas caudinas mejoradas en tercio y quinto. ¡Y con dos puertas! Casa de jabonero: el que no cae en la de Mercaderes resbala en la de Plateros.

## II

Empecemos por un chismecillo.

Atrapóme el otro día un capitancito de nacionales, muchacho sin oficio ni prebendas, que calza guantes y que es parroquiano de Broggi, y díjome:

—¡Hombre! ¿Qué me dice usted de Ballén? Todo un doctor metido a cigarrero. ¡*Encanallarse* así!

—¿Y qué hay con eso? Trabajar es mejor que vivir del petardo, y en cuanto a lo de encanallarse pienso que si no existe tradición profana ni sagrada que nos refiera que el diablo fué alguna vez zapatero, sastre o concejal, háyla, y muy auténtica, de que fué cigarrero en Huacho: lo que prueba, con lógica agustina, que el oficio es aristocrático, cuando el rey de los infiernos nada menos no tuvo pepita para ejercerlo.

—¡Ah!, ésa no estaba en mi libro—murmuró el mocito.

Y tomó el tole.

Hágame usted república práctica con nenes de la laya.

Razón tuvo el que dijo que hay hombres que no rebuznan porque ignoran hasta la tonada del rebuzno, y temen desafinar.

## III

Desde que, con el descubrimiento de América, empezó a generalizarse en el mundo el uso y abuso del tabaco, ha venido a ser el cigarro una positiva necesidad de nuestra naturaleza, y tan imperiosa, que, como la bucólica, no admite vuelve luego. Con el trotecito que lleva la afición, témome que pronto, en la plegaria matinal, no se pida a Dios el pan nuestro de cada día, sino el cigarro de cada día, sea en la forma de *un veguero*, de *un cabañas*, de *un culebrita* o de *un limeño*, que aunque quien pide a Dios puede pedir gollerías, de cristianos es conformarse con lo que él buenamente da.

Desgracia y gorda fué para la humanidad que tan tarde se hubiese descubierto la hoja que hoy hace las delicias de los que gastamos pelos en la cara, y aun, ¡esta es la tremenda!, de muchos de los seres que estilan vestirse por la cabeza. ¿No le parece a usted, señor Ballén, que si el pobrete padre Adán hubiera tenido a mano una caja de



*coquetas* o de *aprensados*, maldito si da pizca de importancia a las zalamerías de la remolona serpiente? Entre un cigarro y la golosina aquella, que a ciencia cierta nadie sabe si fué manzana o pera, de fijo que para su merced la elección no era dudosa. Así nos habríamos librado los humanos de mil perrerías y no vendríamos a la vida, sin comerlo ni beberlo, con esa manchita de aceite llamada pecado original.

## IV

Que la nicotina del cigarro es un veneno dicen los galenos, que, de paso sea dicho, son casi siempre grandes fumadores. Usted, que es de la profesión, sabrá si sus cofrades en Hipócrates poseen el antídoto, que lo que es este humilde sacristán no ha de ir a importunar con la curiosidad al médico de casa. Para mí la susodicha opinión es grilla; pues a ser sincera, buen cuidado tendrían los médicos de no imitar a los frailes, que en la práctica hacen lo contrario de lo que predicán, y más cuando está de por medio la pelleja. Lo que yo sé es que el tal veneno torna mejores a los hombres, y si no vea usted la prueba en el par de ejemplitos que voy a desembuchar, así porque a pelo vienen, como por libertarme de una indigestión de paradojas.

Por regla general los tiranos no fuman. Si Rosas, el Nerón argentino, hubiera *pitado* siquiera *corbatones*, menos tarea habría tenido la sanguinaria *mazorca*. Y si García Moreno, el Calígula del Guayas, en vez de los caramelos de chocolate a que era aficionado, hubiera encendido de vez en cuando, no digo yo *un habano*, sino *un cartagena* o *un virginio*, como hay Dios que la historia se habría ahorrado la ignominia de consignar en sus páginas las bárbaras matanzas de Jambelí. ¡Sobre que estoy tentado de creer que el que no fuma es incapaz de sacramentos!

## V

¿Y qué dice usted sobre la influencia del cigarro en la paz doméstica? ¿Tiene un marido alguna desazón con el boa constrictor llamado suegra?

La suegra es el eximio divisor,  
y la pobreza el aislador mejor.

Pues en lugar de coger una estaca y derrengar a la vieja, y que se

arme una sarracina y acudan la guardia urbana y la policía preventiva y las demás instituciones de moda, coge un *flor de Lima* o un *chalaco*, restrega un fósforo y se echa a contemplar las espirales del humo.

Desengáñese usted. Nada hay como el tabaco para volver bobas hasta a las culebras de cascabel. Decididamente hay que saber echar agua al vino.

Y como pretexto, ¿cuál otro más socorrido que el de fumar un cigarro? Va usted al teatro con madama, y de pronto, al echar un vistazo por las butacas de la platea, descubre unos ojos más incendiarios que el petróleo. ¡Demonche! ¿Y cómo dejar sola a la conjunta? Por fin llega el entreacto.

—Hija, voy a fumar un cigarrillo en el corredor.

—Que no tardes.

—¡Quia! En cuanto dé cuatro *pitadas* me tienes de regreso.

Por eso hay viuditas muy confortables que, conocedoras de este manejo, sólo aceptan, en segundas nupcias, marido que jure formalmente renunciar a la petaca..... en el teatro. Bien dice el Corán cuando dice que la mujer es el camello que Dios concedió al hombre para atravesar el desierto de la vida.

## VI

Que el cigarro es un cúralo todo, una eficaz panacea para los males que afligen al hombre, una especie de quitapesares infalible, es cuestión que no puede ya ponerse en tela de juicio. Por eso tengo en más estima una cigarrería que una botica. Y si no vea usted lo que leí en un centón, escrito por un fumador de cuyo nombre no quiero acordarme. Va de cuento.

Hablaba un predicador en el sagrado púlpito sobre las miserias y desventuras que a la postre dieron al traste con la paciencia del santo Job. Los feligreses lloraban a moco tendido, salvo uno, que oía con la mayor impasibilidad la enumeración de desdichas y que interrumpiendo al sacerdote le dijo:

—Padre cura, no siga usted adelante, que estoy en el secreto. Si ese señor Job gastaba tan buenas pulgas, fué porque tenía en la alacena muy ricos puros, de esos que llevan por nombre *Club Nacional* y que se encuentran en casa de Ballén. Así cualquiera se aguanta y lluevan penas, que no en balde dice el refrán: *a mal dar, pitar*.

—¡Hombre de Dios!—contestó el cura—. Si entonces ni había *clubs*, ni don Leónidas pasaba de la categoría de proyecto en la mente del Eterno, ni se conocía el tabaco.....

—¿No se conocía? ¡Ah! Pues ya eso es otro cantar. Compadre, présteme su pañuelo.

Y nuestro hombre se echó a gimotear como un bendito.

## VII

Comerciantes conozco, y usted también, que no darían un grano de arroz al gallo de la Pasión. Pero va un prójimo a proponerles una transacción, y si barruntan provecho de ella, en el acto lo agasajan con un *chorrillano*. Se abre la discusión, y el agasajado cierra los ojos y pasa por todo. Sería preciso tener entrañas de sarraceno y no saber estimar en lo que vale un cigarro, para andarse en regateos con quien lo ha conquistado a uno por medio de un soberbio *chorrillano*.

## VIII

Dicen que el café es la ninfa Egeria de los hombres de talento, y en prueba de ello nos citan a Voltaire. Pues tengo para mí que la tal ninfa debía ser muy enclenque, cuando el poeta de la *Henriada* necesitaba sorber sendas narigadas del *cucarachero*, especie de abono huanífero para el cerebro. Tabaco en polvo o tabaco en humo, allá va todo. Lo positivo es que en los tiempos que vivimos todo hombre de letras fuma, y no como quiera, sino hasta en pipa, y que las más bellas creaciones del humano ingenio salen envueltas entre las azuladas nubes de un *habano*, por entre los puntos de la pluma, pues escribir con lápiz es como hablar en voz baja.

Si mi amigo don Pedro Ruiz consigue, que sí conseguirá (1), volar como las gaviotas y asombrar al mundo con lo portentoso de su invento, sostengo que el cigarro habrá entrado por mucho en la maravilla.

---

(1) ¡Y vaya si lo consiguió! Haciendo el ensayo de un torpedo, reventó éste, y voló Ruiz.

## IX

En materia política creo, como artículo de fe, que en el cigarro se encarna la verdadera república. ¿Hay algo de más democrático e igualitario que esto de que se nos apropincue en plena calle un ñiquiñaque o papamoscas cualquiera, y con tono meloso nos endilgue un «permítame usted su fuego»? Vamos, si esto no es democracia purita, consiento en que me emplumen como a las brujas.

La elocuencia y aplomo parlamentarios tienen en el cigarro el más poderoso auxiliar. Por si usted no lo sabe, diréle que allá en tiempos no lejanos fui congresal, y saqué en limpio que los mejores oradores eran los que fumaban más ricos habanos.

De fijo, Leónidas, que en este Congreso que ya empieza a asomar las narices, va usted a hacer su agosto y sacar el vientre de mal año. ¿Qué senador o diputado no buscará elocuencia y aplomo en una caja de *unionistas*? Eso es de cajón, o de reglamento, hasta entre los que aspiran a sentar plaza de cultos y distinguidos paquidermos.

## X

¿Qué apostamos a que usted, amigo Leónidas, que es mozo *leído y escrito*, y que aun conserva el *chic* del estudiante del Cuartel Latino, qué apostamos, repito, a que usted, espiritual *causeur* y hábil *cancanier* de la *Chaumière* y de la *Closerie de Lilas*, con toda su letra menudita y sus bigotes a lo rey de Italia, no acierta a decirme cuál fué la causa por la que Napoleón III capituló como un pelele en Sedán? Por mí, y no diga usted a nadie que es *codeo*, ¿va apostada una cajita de..... *sabrosos*? ¡Vaya en gracia! (*Nota bene*: yo fumo colorado maduro.)

Pues, señor, existe en la Habana, plaza de Santa Clara, número 85, un soberbio edificio, conocido por la Real e Imperial Fábrica de la Honradez, cuya fama deseo que alcance usted a eclipsar. Don Luis Susini e hijo, propietarios de la casa, fundada, si no miente mi memoria, en 1862, recibieron el cintajo de la Legión de Honor, y fueron declarados proveedores de Su Majestad Imperial, quien, como usted sabe, era un fumador de encargo y de copete. Cada mes le enviaba Susini *imperiales* de tabaco de la Vuelta de Abajo, y dos cajas



surtidas de *sport*, *jockeis*, *trompetillas*, *arrobadores*, *deleites*, *papiros* o *cigarrillos rusos*, y qué se yo qué otros nombres, amén de un centenar de cajetillas de *joloches* (*panquitas*, como decimos en Lima) para el uso de mademoiselle Celina Montaland. Picaronazo, no sonría usted, ni quiera armarme gresca defendiendo la honradez de las gallinas.

¿Quién le dice a usted, mi amigo, que el chambelán de servicio, embarullado una mañana con el julepe que le dan los hulanos y las marchas y contramarchas, se dejó algunas leguas atrás el carro donde venían los consabidos para el consumo diario del soberano? ¿Qué creará usted que hizo el muy bellaco y traidorazo para libertarse de la justísima peluca que merecía? ¡Ahí es nada! Comprar una docena de cigarros hamburgueses, imitación de habanos. A Napoleón se le cansaban las quijadas de chupar y chupar para conservar el fuego de los *apagosos* mastodontes, y se apoderaron de su ánimo mil legiones de diablos azules, y mandó destituir a Susini, y dijo que la tal honradez de la Honradez era engañabobos y pamplinada.

En cuanto a Guillermo de Prusia, acostumbrado desde chiquitín al vomipurga de la cerveza alemana y a intoxicarse con el tósigo de los cigarros hamburgueses, conservó toda su sangre fría, y sablazo por aquí y cañonazo por allá, cerró la noche, y don Napoleón pidió alafia.

Báileme usted este trompo en la uña y dígame si es *pajila*.

## XI

¿Es a las mujeres lícito fumar? Mientras la mujer sea mujer, esto es, mientras no se jubile para entrar en la categoría de las viejas, que son seres del género neutro, no se la puede permitir ese vicio o virtud hombruna. No niego yo que por coquetería, por verla hacer un gracioso mohín, por capricho, de vez en cuando, como las fiebres intermitentes, pueden morder una *panquita*: pero de una *panquita* no ha de pasar el antojo. Esta mi tolerancia la formulé hace años en un soneto, que voy a darme el gustazo de copiar:

Burla y escarnio de los hombres sea  
eternamente el ángel hechicero  
que fuma como fuma un granadero,  
y echa más humo que una chimenea.  
Quédese vicio tal para la fea  
que no tiene noviazgo en candelero  
y que, con el cigarro y el faldero,  
su doncellez impávida pasea.

Esto no es sostener que no me incite  
el contemplar, *golpeando* una panquita,  
a una muchacha de gentil palmito,  
y poderla decir: Si usted permite  
que la pida limosna, señorita,  
cuando acabe..... regáleme el *puchito*.

Por Dios, Leónidas, no permita usted a Crinolina que lleve el pasaporte de una linda carita, rozarse con el mostrador de su pulcro establecimiento. Sería imperdonable que, por ganar unos cuartejos, se hiciera usted cómplice del (páseme la palabra) *desmujerizamiento* de la mujer. Aunque le digan a usted que van por cigarros para el papá o el abuelo, que están en casa con romadizo y gota....., ¡nada!, ¡no hay que darlas cuartel! Sea usted inflexible, como el Ruy Gómez del *Hernani*, y no se deje engatusar por las marrullerías de unos labios de cereza y los guiños de unos ojos negros.

Pero ya es tiempo de poner remate a esta charla, que se haría interminable si dejara correr al papel por entre los puntos de la pluma todo lo que me viene al magín sobre las glorias del cigarro.

Pongo punto final, firmo, enciendo un *patriotita* y entre palomas. Buenas <sup>as</sup>noches.



## LOS VERSOS DE CABO ROTO

(TRADICIÓN ESPAÑOLA)

Cuando (y ya hace fecha) éramos en el colegio estudiantes de literatura castellana, cascabeleábanos, no poco, la estructura de ésta y otras espinelas que se encuentran en el *Quijote* del gran Cervantes:

Advierte que es̃ desati-  
siendo de vidrio el teja-  
tomar piedras en la ma-  
para tirar al veci-  
Deja que el hombre de jui-  
en las obras que compo-  
se vaya con pies de plo-  
que el que saca a luz pape-  
para entretener donce-  
escribe a tontas y a lo-.

En ese siglo, en que los poetas derrochaban ingenio, escribiendo acrósticos, abusando de las paranomasias o inventando combinaciones rítmicas más o menos estrafalarias, cupo a Cervantes poner a la moda los versos llamados de *cabo roto*, y de los que la décima que acabamos de copiar es una muestra.

Pero no fué el príncipe de los ingenios españoles, como generalmente se cree, el primero en escribir espinelas de esa especie. Fué a principios de 1605 cuando apareció en Madrid el *Ingenioso hidalgo*, y ya en el año anterior habían profusamente circulado en Sevilla coplas de *cabo roto*.

Fundador de ese género singular de metrificación truanesca fué

un poeta calavera, que tuvo trágico fin. He aquí su historia, que extractamos de un antiguo periódico madrileño.

Vivía en Sevilla, en los comienzos del siglo XVII, un mozo inquieto y de lucido ingenio llamado Alonso Alvarez de Soria, hijo de un jurado del mismo nombre. Burlón y maleante, gustábase el trato de la gente perdida, y había contraído el hábito de mofarse de todos. Para extremar sus burlas y darlas mayor escozor, inventó una jamás oída manera de versos, los de *cabo roto*, hecha observación de que los bravucones y ternejales de Triana solían comerse las últimas sílabas de un período, para hacer más huecas sus fanfarronerías.

En 1603, y en una décima de *cabo roto*, ridiculizó Alonso Alvarez el haber sometido Lope de Vega su libro *El Peregrino* a la censura del poeta Arguijo, buscando mentidos elogios antes que advertencia y enseñanza.

Como el 25 de septiembre de 1604 hubiesen disparado un pistoletazo a don Rodrigo Calderón, que juntamente con don Pedro Franqueza y don Alonso Ramírez del Prado hacían tráfico infame de los destinos públicos, y Prado y Franqueza fuesen reducidos a prisión, conservándose don Rodrigo en la plenitud de su valimiento con el monarca, Alvarez no se pudo contener y le envió al poderoso ministro una décima de *cabo roto*, aconsejándole pusiese la barba en remojo y se dispusiera para un funesto término. ¡Qué ajeno estaba el aconsejante de que él precedería a don Rodrigo en muerte ignominiosa!

Andaba por Sevilla un pobre o bellaco pidiendo limosna para San Zoilo, abogado de los riñones. Habíanle puesto los muchachos un feo nombre o apodo: llamábanlo el *tío C.....alzones*. El pobrete se enfurecía, y los chicos le tiraban pelotas de lodo y aun peladillas de San Pedro. Algún vecino de buena alma, a fin de aplacarlo, le daba unos maravedises de limosna, y entonces el pedigüeño colocaba en el suelo la imagen del santo, bailaba alrededor de ella y decía: —Yo me llamo Juan Ajenjos, natural de Córdoba, y no soy el *tío C.....alzones* que decís.

Pues Alonso Alvarez tuvo la fatal ocurrencia de poner ese propio mal nombre nada menos que al asistente de Sevilla, don Bernardino de Avellaneda, señor de Castrillo. Cunde entre el vulgo, llega a oídos del Asistente y jura su señoría que el malandrín poeta le ha de pagar caro la injuria. Promuévele un altercado en la calle, ordena a los alguaciles que lo lleven a la cárcel por desacato a la autoridad; pone el amenazado pies en polvorosa; le sacan de Santa Ana, donde había



tomado iglesia; enciérranle en un calabozo, y tras darle el Asistente tres horas para encomendarse a Dios, le cuelga, sin más proceso, de la horca. Justicia expeditiva.

En vano fué que, en la capilla, escribiese Alvarez el cristiano romance que así termina:

Muera el cuerpo que pecó,  
pues bien la pena merece,  
y vaya el alma inmortal  
a vivir eternamente.

En vano todos los poetas sevillanos se arremolinaron pidiendo gracia para su camarada, llevando la voz el noble y famosísimo dramático don Juan de la Cueva, quien presentó al Asistente, por vía de memorial, este soneto, menos bueno que bien intencionado:

No des al fébeo Alvarez la muerte  
¡oh gran don Bernardino! Así te veas  
conseguir todo aquello que deseas,  
en aumento y mejora de tu suerte.

El odio estéril en piedad convierte,  
que en usar de él tu calidad afeas;  
cierra el oído, ciérralo, no creas  
al vano adulador que te divierte.

De ese que tienes preso, el dios Apolo  
es el juez, no es sufragáneo tuyo;  
ponlo en su libertad, dalo a su foro.

Ve que, de hacerlo así, de polo a polo  
irá tu insigne nombre, y en el suyo  
Hispalis te pondrá una estatua de oro.

El orgulloso resentimiento, la vanidad herida, son implacables. El Asistente se mantuvo inflexible, y el poeta Alvarez pereció en público y afrentoso cadalso. ¡*Homo, humus; fama, famus; finis, cinis!*

En cuanto a los versos de *cabo roto*, de que él fué el inventor, a pesar del empeño de Cervantes por popularizarlos, puede decirse que no han hecho ni harán fortuna. Nacieron con desgracia.



## ALGO DE CRÓNICA JUDICIAL ESPAÑOLA

Con el título *Documentos* hay en la Biblioteca Nacional varios gruesos volúmenes, en folio, conteniendo alegatos jurídicos en causas criminales. Todos los alegatos se hallan impresos en folletos y pertenecen al siglo XVII. Las alegaciones sobre robos y asesinatos poco de singular ofrecen; pero las que se relacionan con el sexto mandamiento del Decálogo son divertidísimas. Más que en castellano, estos últimos alegatos están en latín, lengua en que las obscenidades parecen menos crudas. Como yo no quiero escandalizar a nadie, haré caso omiso de cuanto se relacione con el pecado de la manzana y sólo me ocuparé en extractar dos exposiciones que me han parecido muy originales y aun graciosas.

### I

#### CAUSA CONTRA ANTONIO RODRÍGUEZ POR UN CARBÚNCULO

Esta causa es de lo más original que se ha visto en los tribunales del mundo. Se trata de un hombre acusado criminalmente, preso, secuestrados sus bienes, consumidos más de mil ducados de ellos y atormentado cuatro veces en el potro, siendo el cuerpo del delito una fábula de la Mitología.

Un Pedro Lamier se querelló contra Antonio Rodríguez, acusándolo de haberle quitado mañosamente, sin querer devolvérsela, una piedra que él valoraba en un millón, piedra única sobre la tierra, pues de noche alumbraba más que una vela. Los testigos que presentó difieren en cuanto al color y sus cualidades. Unos dicen que era jaspeada, otros, azul, y otros, color de brasa. Uno declara que echaba rayos como el Sol; otro, que no hacía mas que unos visos; otro, que era mitad resplandeciente y mitad obscura; otro, que tenía unas centellas separadas; y el más juicioso dijo que en su concepto la piedra de la cuestión no pasaba de ser un bonito rubí.

Rodríguez confiesa que realmente Lamier le había vendido una piedra, y que él la estimó en tan poco que se la regaló a una moza.

El abogado de Rodríguez, en su alegato, niega, por supuesto, la existencia de esa piedra fantástica, bautizada por los poetas con el nombre de *carbúnculo*, y conviene en que se trata sólo de un rubí, piedra muy conocida, y cuyo precio su defendido está llano a pagar, a juicio de peritos lapidarios.

Parece que los jueces se inclinaban a creer en la existencia del carbúnculo o piedra luminosa. Deducimoslo así de ciertas reticencias que hay en el alegato.

## II

### CAUSA CONTRA DON ALONSO DE TORRES SOBRE SI DIJO CORNUDO O DIJO CABRÓN

De todos los tiempos ha sido el que los apasionados de las cómicas se afanen por penetrar en el vestuario durante los entreactos. El alcalde don Pedro de Olaverría se propuso desterrar esta costumbre, y al efecto se constituyó entre bastidores acompañado de los alguaciles Matías de Baro y Diego Hurtado.

Don Alonso de Torres, que era un alfeñique, currutaco o mancebito de la hoja, y que bebía los vientos no sé si por una actriz o una *suripanta*, se propuso entrar. Detúvolo uno de los alguaciles, diciéndole cortésmente:

—Téngase vuesa merced, caballero.

—Voto a Cristo que he de entrar, que soy don Alonso de Torres—contestó el mancebo, empujando al corchete.

—Téngase el señor don Alonso y acate el mandamiento del señor alcalde, que no mío, y no se empeñe en pasar—insistió el alguacil.

—Pues por encima del alcalde tengo de entrar.

Al alboroto acudió el alcalde, armado de vara, y encarándose con el galán, le dijo:

—Téngase el caballero que por aquí no ha de pasar, que para estorbarlo estoy yo aquí.

—¿Conóceme vuesamerced?

—¿Conóceme a mí el insolente?

—¿Y para qué le tengo de conocer, cuerpo de Cristo?

—¿Cómo me habla de esa manera? ¡Favor a la justicia y prendan a este pícaro!—gritó exasperado el alcalde.

—Pícaro será el muy cabrón—contestó don Alonso, desenvainando la espada y arremetiendo al alcalde.

Este, ante lo brusco de la embestida, retrocedió y cayó al suelo, y en la caída se le rompió la vara.

Por supuesto, que los circunstantes se echaron sobre Torres, y lo aprehendieron.

Lo gracioso de la causa es que siete testigos declararon que don Alonso dijo: —Pícaro será el muy cornudo. Y otros siete afirmaron que lo dicho por el reo fué: —Pícaro será el muy cabrón.

La verdad es que de palabra a palabra no va más filo de la uña, sino el de que el uno lo es sin saberlo, y el otro lo es por su gusto.

También hay de curioso en el alegato que el abogado tacha el testimonio de un testigo «por ser hermafrodita, y no guardar sexo, como está probado, andando unas veces vestido de hombre y otras de mujer, y a esto se junta el haber parido, como lo deponen algunos testigos». Esto es típico. Las anchas tragaderas del letrado eran muy propias de todos los que comían pan en ese siglo de brujas y sortilegios.

¿Cuál fué el fallo recaído sobre estas dos causas? Eso no hemos podido averiguar, ni hace falta.





## ENTRE SI JURO O NO JURO

(SUCEDIDO DE ACTUALIDAD Y QUE CON EL CORRER DEL TIEMPO DARÁ TELA  
PARA UNA TRADICIÓN)

Ha más de un cuarto de siglo que, por malos de mis pecados, que deben ser muchos y gordos, tuve un litigio judicial con el que, a pesar de haber alcanzado, tras no pocos meses de brega, sentencia favorable, quedé escarmentado para no meterme en otro. Tengo para mí que es peor que maldición de gitano eso de andar a tornas y vueltas con el papel sellado. No en mis días, que ya no serán largos; una y no más. Por eso, en mis tarjetas de año nuevo deseo a mis amigos, como colmo de la felicidad humana: salud, pesetas y que Dios los libre del papel sellado.

Pero un hombre propone, un juez dispone y un escribano descompone, y gracias si no toma también carta en este tresillo un abogado. Cuentan apolilladas crónicas, complementarias del *Añalejo*, que a San Ibo, patrón en el cielo de los abogados, lo pintan con un gato a los pies, y que cuando se trató de la canonización, el pueblo protestó, hasta cierto punto, con esta antífona:

*¿Advocatus et sanctus?  
¡Res miranda populo!*

Es el caso que hace quince días, cuando muy quieto me estaba en el sillón oficinesco, ensimismado en compulsar unas papeletas bibliográficas, se me presentó un caballerito que, por lo acicalado y cumplido, y por la buena caída de ojos, no tenía estampa de cartulario, y

con toda cortesía me notificó auto para presentarme a prestar una declaración ante mi amigo el juez de primera instancia doctor B.... Aquello fué como una puñalada traicionera. ¿Qué iba yo a imaginarme que tan correctas y simpáticas apariencias eran las de un escribano a la moderna? En mis mocedades no se usaban escribanos con camisa limpia, levita negra bien cepillada, y corbata *fin du siècle*.

Firmar la notificación y entrarme escalofríos de terciana, fué todo uno. Póngase cualquiera en mi situación, que se la doy al más guapo. ¡Yo, que de mío soy poquito, y que viendo cartapacio de papel sellado se me atraganta la saliva y me podrían ahorcar con una hebra de pelo, verme obligado a comparecer ante la justicia! La cosa era para atortolarse, ¿no es verdad? Digan ustedes que sí.

Sea todo por Dios, me dije; y al otro día cogí bastón y sombrero y, paso entre paso, a las dos en punto de la tarde, ni minuto más ni minuto menos, me presenté a cumplimentar el mandato.

El señor juez me dijo que estaba citado para reconocer contenido y firma de carta escrita hace años, y de la que me acordaba yo tanto como del chupón y mamadera de la niñez, y me preguntó si estaba llano a declarar.

—Sí, señor juez. Firma y contenido son míos, y muy míos.

Su señoría se levantó del asiento y me dijo:

—Tenga usted la bondad, señor don Ricardo, de ponerse en pie para prestar juramento.

¿Juramento conmigo? Aquí se me volvió la carne de gallina, y contesté:

—Perdone su señoría que me niegue a jurar, porque mi religión me lo prohíbe. En esto de juramento soy cuáquero y puritano.

—Pero la ley le manda a usted jurar.

—La ley, señor juez, en el siglo que vivimos no alcanza, como en los tiempos de la Inquisición, al santuario de la conciencia humana. Cristo, en cuya doctrina creo, me ha prohibido terminantemente jurar, salvo que el Congreso haya declarado apócrifo y abolido un Evangelio.

—Yo respeto las ideas religiosas de usted; pero en mi puesto de juez no me cumple discutir, sino hacer acatar la ley. ¿Jura usted o no jura?

—Yo no me repito como bendición de obispo: ya he dicho que no juro, señor juez.

Casi, casi me acordé en aquel instante del borracho a quien dijo

el alcalde: —Alce usted la mano para que preste juramento. —¡Córcholis! Preferiría alzar el codo.

Y el doctor B.... ordenó al escribano poner constancia de mi negativa, y que la declaración quedara en suspenso hasta que él proveyera lo conveniente, en derecho o en torcido. Firmé, y me retiré meditando ante el conflicto de deberes que para mí surgía.

Yo debo acatar, buenas o malas, las leyes de mi patria—me decía—; pero también debo acatar las leyes divinas que mi religión me impone. El Código me ordena jurar; pero Cristo, de una manera rotunda, que no admite recancanillas de chicana ni distinguos casuísticos, y con palabras más claras que el agua limpia de un *puquio*, me prohíbe jurar. ¿A quién obedezco? ¿A quién sigo?

He aquí, al pie de la letra, según San Mateo, las palabras del Redentor en el *Sermón de la montaña*:

Y OS DIGO QUE DE NINGÚN MODO JURÉIS. (De ningún modo ¿estamos?)

NI POR EL CIELO, PORQUE ES EL TRONO DE DIOS; NI POR LA TIERRA, PORQUE ES LA PEANA DE SUS PIES; NI POR JERUSALÉN, PORQUE ES LA CIUDAD DEL GRANDE REY; NI POR TU CABEZA, PORQUE NO PUEDES HACER UN CABELLO, BLANCO O NEGRO.

QUE VUESTRO HABLAR SEA SÍ, SÍ; NO, NO; PORQUE LO QUE EXCEDA DE ESTO, DE MAL PROCEDE.

Si estos conceptos del Salvador, que tan alto colocan la dignidad del hombre, no son concluyentes, sino pompa de jabón; si de ellos no se desprende que el juramento no es lícito en quien precie de tener convicciones adquiridas en la lectura de la Biblia, el libro por excelencia como lo llama la Iglesia, digo..... que no lo entiendo. Yo no tengo por qué ni para qué echarme a averiguar quién inventó el juramento, ni a qué propósito moral o social obedece su práctica en nuestra patria a despecho de una Constitución que garantiza la libertad de pensamiento, y contra la corriente de la civilización que en los países más cultos del globo ha abolido el juramento. A mí me basta y me sobra, como buen creyente, con saber que el Hijo de Dios, al prohibir el juramento, no se rebeló contra la voluntad del Eterno Padre.

Y como a veces es preciso que también la poesía hable al espíritu, y poesía, y muy sublime, hay en el *Sermón de la montaña*, no creo fuera de oportunidad recordar el fragmento pertinente de la



clásica traducción en verso, que los niños repiten de coro en las aulas municipales de Venezuela. En las postrimerías de nuestro siglo se encuentra uno versos hasta en la cucharada de sopa. La memoria conserva con facilidad las máximas expresadas en el lenguaje de las musas:

Y si de mal castigo  
puede tu ojo derecho ser pretexto,  
sácale, que tal ojo es tu enemigo.  
Y la ley os manda esto:  
*Cumplid lo que juréis*—pero yo os mando  
*que no juréis jamás*, por ningún texto;  
y ni al cielo invocando,  
porque allí reina Dios en su grandeza;  
ni por la tierra, que es su asiento blando;  
y ni por tu cabeza,  
porque tú mismo hacer no lograrías  
de un cabello el tamaño o la belleza.  
Oíd las voces mías;  
y cuando habléis hacedlo llanamente:  
sí, sí; no, no; que en lo otro hay ya falsías.

Aquí caigo en la cuenta de que predico en desierto al apoyarme en la autoridad del Nuevo Testamento, sabiendo como sé que nada es menos acatado que un testamento. Del mismo Dios se conocen dos testamentos: el Antiguo y el Nuevo. Y hasta el Papa, cuando a la Curia romana conviene, pasa sobre ellos, como sucede con esto del juramento.

Tanto se ha abusado del juramento, y hásele revestido de carácter tan rutinario empleándolo a roso y velloso, hasta para trivialidades, que por tal tengo el reconocimiento de una carta en asunto sin importancia real, que ha llegado a pasar con él lo que con las excomuniones: que ya a nadie preocupan y desvelan, ni hay quien niegue al excomulgado la sal, el agua y un cigarrillo. Casi es título a la consideración pública el llevar a cuestras siquiera un par de excomuniones.

Entiendo que hasta ha llegado a ser profesión u oficio el de *juradores* a precio de tarifa; por jurar ante un juez de paz, dos soles, y por jurar ante un juez de derecho, cuatro soles. En ocasiones abarata la tarifa, como la de los responsos en el día de finados. Verdad que el oficio, como todo oficio, suele tener sus mermas y percances; pero rara vez manda el juez a la cárcel a uno de esos prójimos por el delito de haberse ingeniado una manera de ganar el pan de cada día. Testigo habrá que jure haber visto persignarse a las hormigas: cuestión de peseta más o menos.



Los mismos tribunales sólo acatan la prueba testimonial cuando no encuentran otras para el fallo. Así me lo han dicho quienes tienen obligación de saberlo, que yo no soy de la carrera, por mucho que la Universidad de mi tierra me haya honrado con el obsequio del diploma de doctor en Jurisprudencia. En asuntos jurídicos, no entro ni salgo. *Juro* que no he leído los Códigos, ni me hace maldita de Dios la falta.

Volviendo al conflicto de deberes en que me estoy ocupando, solicité la opinión de dos magistrados amigos míos, uno liberal a machamartillo, y el otro conservador de tuerca y tornillo; y, a pesar de la diversidad de escuela, ambos, como si se hubieran puesto de acuerdo, me contestaron: —Amigo mío, *dura lex, sed lex*. Que usted jura, no tiene que darle vueltas. Los magistrados no derogamos la ley, sino, tuerta o derecha, la aplicamos al pie de la letra. Quizá, como ciudadanos, estemos de acuerdo con usted en que el juramento es un ultraje a la dignidad del hombre, y sobre irreverente para con la divinidad da motivo a inmoralidades; pero, como jueces, decimos cartuchera en el cañón. Como en el caso de usted no cabe apelación, sino queja ante el Tribunal Superior, le advertimos, cristiana y caritativamente, que tendrá que enredarse y desenredarse en ese papel sellado que es su cócora o pesadilla, amén de que, en estos tiempos de pobreza franciscana, tendrá que gastar muchos realejos en escribas y fariseos; y por fin de fines tendrá usted que jurar, conducido al juzgado por un gendarme; y si aun persistiere en resistir irá a chirona, por desacato a la magistratura.

¡Caracolines! ¡Hasta vejámenes en perspectiva por ser buen cristiano y por haber leído en la Biblia el *Sermón de la montaña*!!

Resulta de todo lo borroneado que la conciencia no es, en nuestro Perú, un santuario inviolable, y que una ley absurda, monstruosa, hace mangas y capirotas de los ideales y creencias del ciudadano.

Como el papel de mártir en defensa de una doctrina o de un principio pasó de moda, y los que se obstinan en desempeñarlo alcanzan reputación de necios o extravagantes, yo, que no aspiro a gloria de mártir ni a fama de tonto, he tenido que arriar bandera, *amordazar* mi conciencia y..... Dios me lo perdone, que sí me lo perdonará teniendo en cuenta que he cedido ante fuerza mayor, ante la presión de la ley civil y de los encargados de administrar justicia.

Rindiendo homenaje a mis convicciones radicales, me atengo a

la ley segunda, título doce del Fuero Real, que dice: —«Otrosí mandamos que ningún juramento que home ficiere sobre cualquier cosa, quier por fuerza o poner miedo a su cuerpo, mandamos que non vale.»

Lo único que yo no me habría perdonado sería el consentir con mi silencio en que lo absurdo y monstruoso se justifique. Por eso protesto (en pleno y libre ejercicio del imprescriptible derecho de pataleo) dando publicidad a estos renglones, para que, cuando llegue la ocasión, que con el tiempo y las aguas llegará, sean atendidas mis jeremiadas en defensa de los fueros de mi conciencia.



## MANUMISIÓN

Habiendo, en 1888, solicitado el gobierno del Brasil que el gobierno peruano le enviase los datos relativos a la manumisión de esclavos en nuestra república, me fué oficialmente encomendado este compendioso trabajo histórico.

\* \* \*

La introducción de negros africanos en el Perú se estableció desde los primeros tiempos de la conquista, fundándose en que los indios mitayos no eran a propósito para tareas muy rudas. Así, en 1555, pocos meses antes de su abdicación y retiro al monasterio de Yuste, el emperador Carlos V acordó al ex gobernador Vaca de Castro, en premio de sus servicios a la corona y como vencedor de la facción almagrista, licencia para introducir en el Perú hasta 500 *piezas de ébano* (negros) libres de todo derecho fiscal. En ese año el número de esclavos esparcidos en toda la costa peruana llegaba ya a 1.200.—El negro casi no se aclimató en la frígida serranía.

Según reales cédulas de 1713 y 1773, el derecho fiscal se fijó en 40 pesos por cabeza, en lugar de los 80 ducados que se pagaban en los tiempos de Carlos I de España y de sus sucesores los Felipes hasta Carlos el Hechizado. Cada negro venía, además, aforado en 160 pesos, y el real Tesoro percibía también sobre este aforo el 6 por 100.—Como se ve, el comercio de esclavos producía una gorda partida de ingreso a la hacienda española.

Para resarcirse de ambas gabelas, el pirata comerciante vendía su mercancía en un precio que fluctuaba, en el Perú, entre 300 y 400 pesos, según fuese la abundancia o escasez de piezas de ébano.

No entra en nuestro propósito ocuparnos del feroz tratamiento que daban los amos a sus siervos. Bástenos decir que, en 1718, recibió el virrey príncipe de Santo Buono una real cédula por la que se le ordenaba prohibir la *carimba* en el Perú.—Llamábase *carimbar* al acto de poner a los negros, con un hierro hecho ascua, una marca sobre la piel, como hacen hoy los hacendados con el ganado vacuno y caballar. Por otra real cédula de 4 de noviembre de 1784, insistió el monarca en la abolición de la carimba, lo que nos prueba que la de 1718 no fué estrictamente obedecida por los amos.

El tráfico de esclavos no estaba del todo exento de peligros, pues las marinas inglesa y holandesa de vez en cuando apresaban naves españolas y portuguesas. Los tripulantes negreros eran tratados como piratas, colgados de una entena y arrojados al agua para alimento de tiburones.

Según la memoria del virrey Avilés, en los doce años corridos, desde 1790 a 1802, en que se hizo cargo del gobierno, se importaron en el Perú 65.747 negros africanos, que al precio mínimo de 300 pesos por cabeza hacen la no despreciable suma de 19.724.000 pesos. Avilés gobernó hasta 1806, y en sus cuatro años de mando no llegaron mas que tres buques con cargamento de carne humana, porque los sucesos políticos de España paralizaban ese comercio infame.

La última partida de esclavos que vino al Perú fué por los años de 1814, bajo el gobierno del virrey Abascal, y se vendieron al subidísimo precio de 600 pesos. Había, como era natural, gran demanda del artículo, pues la invasión francesa y la alianza británica con España eran rémoras para el tráfico regularizado de los buques negreros.

Por fin, restablecido Fernando VII en el trono, se vió obligado a acceder a las humanitarias exigencias de la Inglaterra, y en 1817 expidió real decreto prohibiendo la trata de negros y la introducción de ellos en las colonias de América.

\* \* \*

Iniciada la guerra de Independencia, el general San Martín, en decreto de 12 de agosto de 1821, dijo: —«Una porción de nuestra especie ha estado durante tres siglos sujeta a los cálculos de un tráfico criminal. Los hombres han comprado a los hombres, y no se han avergonzado de degradar la familia a que pertenecen. Yo no trato de



matar de un golpe este antiguo abuso. Es preciso que el tiempo mismo que lo ha sancionado, lo destruya; pero yo sería responsable a mi conciencia pública y a mis sentimientos privados, si no preparase para lo sucesivo esta piadosa reforma, conciliando, por ahora, el interés de los propietarios con el voto de la razón y de la humanidad. Por tanto, declaro lo siguiente: —Todos los hijos de esclavos que hayan nacido y nacieren en el territorio del Perú desde el 28 de julio del presente año serán libres y gozarán de los mismos derechos que el resto de los ciudadanos.»

Complementario de este magnánimo decreto, dictó el protector San Martín, con fecha 24 de noviembre, otro por el que concedía a los antiguos amos el patronato o tutela, hasta la edad de veinticuatro años los varones y de veinte las mujeres, obligando a los patronos, en cambio del servicio que los libertos les prestaran, a enseñarlos a leer y escribir, y hacerlos aprender algún oficio o industria. Por ese decreto se declaró también libre a todo esclavo que del extranjero viniese a nuestro territorio, así como a los nacionales que por tres años sirviesen en el ejército o se distinguieran en una acción de guerra.

De suyo se comprende que los hacendados acogieron con disgusto los liberales decretos de San Martín, y que la mayor parte de aquéllos hostilizaron la causa patriota favoreciendo a los realistas. El número de esclavos de todo el país ascendía a 41.228, de los que cerca de 33.000 estaban ocupados en las faenas agrícolas. Pobre hacienda era aquella en que la cifra de negros llegaba a 50. Lo general era que las haciendas contaran con 150 ó 200 esclavos, y hubo no pocas en que el número de éstos excedía de 300.

San Martín calculaba (y calculaba muy juiciosamente) que para 1850, esto es, en la mitad del siglo XIX, la existencia de esclavos estaría reducida a la cuarta parte de los 41.228; es decir, a diez u once mil, y que bastaría un tercio de millón de pesos, sobre poco más o menos, para indemnizar a los propietarios.

Los Congresos Constituyentes de 1823 y 1828 ratificaron los decretos dictatoriales de San Martín.

\* \* \*

Los esclavócratas esperaron oportunidad propicia para interpretar conforme a sus conveniencias las leyes, a fin de convertir en título de señorío la tutela que éstas les acordaron. La vocinglería interesada

se empeñó en probar que, suprimida la esclavatura, sucumbiría la industria agrícola por falta de brazos; y un simple decreto presidencial de 19 de noviembre de 1830 transformó a los libertos de pupilos en esclavos. Y para remachar la cadena, vino la ley de 27 de agosto de 1831. El azote, tratándose de los negros, continuó siendo la norma del derecho.

En 1833, y como para ponerse en guardia contra la fracción liberal que formaría parte de la Convención Nacional, convocada para ese año, los hacendados, por artículos de periódicos y por folletos, se esforzaron en demostrar la incompetencia de San Martín y de los Congresos del 23 y 28 para haber legislado sobre la materia. En concepto de aquéllos, no había potestad sobre la tierra con facultad para manumitir a los esclavos. Añadían que en doce años más, esto es, en 1845, los libertos principiarian a emanciparse si se accedía a la pretensión de los liberales, que era declarar en todo su vigor y fuerza los decretos de San Martín; y que entonces, con la muerte de la agricultura, vendría gran ruina para la nación. Y como si el derecho pudiera probarse por el hecho, alegaron que desde las edades más remotas del mundo habían existido esclavos y señores.

La Convención no tuvo tiempo o no quiso ocuparse de tales sofisterías; pero vino la guerra civil, y uno de los caudillos, el general Salaverry, para propiciarse el apoyo de los acaudalados, los complació a medias, restableciendo el comercio o tráfico de esclavos traídos del extranjero.

El Congreso Constituyente de Huancayo, para eterno baldón de su memoria, sancionó la ley de noviembre de 1839, por la que el patronato de los amos sobre los libertos se alargaba hasta los cincuenta años de edad. En ese Congreso triunfaron los partidarios de la *esclavatura* (1) más allá de lo que se prometieron. Aceptaron la obligación de pagar a los libertos el salario de un peso semanal en el campo; y en las ciudades, la mitad de lo que ganara un peón o sirviente libre. Además se libertaban de mantener gente inútil ya para el trabajo, pues a los cincuenta años de edad la mayoría de los esclavos llegaba casi a la decrepitud.

Este funesto Congreso de Huancayo, al suprimir en la Constitución que dictara esta frase consignada en las Constituciones de 1828

---

(1) El Diccionario sólo admite la palabra *esclavitud*, y no acepta los vocablos *esclavatura* (conjunto de esclavos) ni *esclavócrata* (partidario de la esclavitud de los negros).

y 1834—*nadie entra en el Perú sin quedar libre*—parece que, de una manera solapada, se propuso la vigencia del decreto de Salaverry. Así se introdujeron cerca de 800 esclavos traídos de las costas del Chocó.

\* \* \*

La Comisión Codificadora, creada por el Congreso de 1846, empezó a minar por su base la ley del Congreso de Huancayo; y la Excelentísima Corte Suprema de Justicia, en los pocos juicios que sobre libertad de libertos se presentaron ante ella, falló declarando la incompetencia del Congreso de Huancayo para legislar contra los principios eternos de la justicia. La buena causa empezaba a ganar terreno.

\* \* \*

El siglo XIX llegaba a la mitad de su vida, y en todas las repúblicas de la América española, donde aún existía la ignominia de la esclavatura, se hacía sentir la reacción que protestaba contra todo lo que, como la esclavitud del hombre por el hombre, simbolizara despotismo y barbarie.

El 20 de mayo de 1851 el Congreso de Nueva Granada (hoy Colombia) dió una ley de manumisión, pagándose (en vales que se cotizaron al 46 por 100) 160 pesos por cada varón y 120 por cada esclava. Los manumisos fueron 8.000.

La república del Ecuador, en julio de 1852, dió una ley idéntica. En esta nación la cifra de esclavos era reducida. Entiendo que no alcanzaba a 3.000.

En Venezuela, la ley de manumisión de esclavos se expidió el 23 de mayo de 1854. Su número llegó a poco más de 4.000.

En la comunión de las repúblicas americanas, el Perú quedaba como un lunar. Afortunadamente un año después se libertaba de tamaño deshonor. Veamos la manera.

En 1854 el gran mariscal don Ramón Castilla, caudillo de la revolución contra el presidente constitucional general don José Rufino Echenique, dictó el 3 de diciembre (y precisamente en Huancayo) un decreto de inmensa importancia social y política, declarando abolida la esclavitud, decreto que contribuyó en no poco a la victoria de la revolución en la batalla de la Palma. Este decreto dictatorial fué motivado por uno que en noviembre había expedido el general



Echenique, declarando libres a los negros que se afiliaran en el ejército constitucional, decreto a todas luces mezquino.

El de Castilla disponía el pago en cinco años, en billetes al portador, con el 6 por 100 de interés anual, asignando para fondo de amortización la quinta parte de las rentas públicas; y admitiendo, en pago de toda deuda al fisco, la cuarta parte en vales de manumisión. Item, los amos de uno o dos esclavos serían satisfechos al contado.

Prescindiendo de la injusticia e incompetencia del Congreso de 1839 para hacer esclavos a los nacidos después del 27 de noviembre de este año, y de que los amos no tenían derecho para reclamar indemnización por los que, nacidos después del 28 de julio de 1821, eran libertos según la disposición de San Martín, aceptada por dos Congresos, parécenos que el decreto de Castilla encarnaba el absurdo de señalar el mismo precio a los esclavos que a los libertos, absurdo que disculpamos sólo teniendo en cuenta las especialísimas circunstancias políticas en que fué dictado. Este decreto fué un arma de guerra, a la vez que la expresión de humanitarios sentimientos.

Triunfante la revolución, por decretos de 9 de marzo del 55 y 19 de febrero del 57 se aplicó un millón (por sorteo) al pago inmediato de vales, y se redujo a tres años el plazo de cinco que determinaba el decreto de Huancayo. Una *Junta ad hoc* fué nombrada para el examen de expedientes.

El mariscal Castilla ordenó que se valorase en 300 pesos cada esclavo de los nacidos desde agosto de ese año hasta el 27 de noviembre del 39. En cuanto a los nacidos después de esa fecha, entre los que el mayor apenas llegaría a la edad de quince años, serían valorados en 100 pesos.

Según cálculos aproximativos que tuvo a la vista el dictador Castilla, en Huancayo, la cifra total de esclavos podía resumirse así:

De los nacidos antes de 1821. ....	4.000
De los nacidos de 1821 a 1839 .....	6.000
De los nacidos de 1839 a 1854 .....	7.000

La manumisión era, pues, para él hacedera con gasto fiscal de cuatro millones máximo. El patriota mariscal no pudo presentir que habría falsificación de partidas bautismales, y que se forjarían expedientes en los que la mitad de los esclavos fueran antiguos moradores del cementerio. Se estima en 9.000 la cifra de estos resucitados.



En julio de 1860 no había ya expediente por despachar.

El número de esclavos y libertos manumitidos fué de 25.505, que representaron una suma total de 7.651.500 pesos. De esta suma se habían pagado 2.217.600 pesos, en dinero efectivo, y emitídose vales por 5.033.900 pesos.

De éstos se habían amortizado, por propuestas cerradas, 3.128.158 pesos por la suma efectiva de 2.839.647 pesos.

Quedaban por pagarse vales ascendentes a 1.905.741 pesos, habiéndose gastado además en pago de intereses 1.284.674 pesos.

En 1867 sólo quedaban por amortizar vales que representaban 427.575 pesos, deuda que terminó de pagarse en la administración del presidente don José Balta (1868 a 1872).



## JUSTICIA Y ESCUELAS

No son leyes las que en el Perú faltan en protección de la raza indígena, sino decisión de las autoridades para cumplimentar las que existen.

En los primeros tiempos de la colonia, el monarca, inspirándose en sentimientos justicieros, dictó sus reales ordenanzas creando y organizando las encomiendas. El encomendero español resultaba investido, no con un poder o dominio señorial sobre los indios, sino con una autoridad casi paterna, pues le obligaba a civilizarlos y ampararlos.

La ley fué para los encomenderos letra muerta; y para que lo fuese, estallaron rebeldías escandalosas que ensangrentaron el país. Las ordenanzas subsistieron; pero el gobierno fué siempre impotente para hacerlas prácticas.

En la ley XXI, título 10 de la Recopilación de Indias, se mandó que fuesen castigados con mayor rigor que si el delito fuese cometido contra peninsulares, los que maltratasen o agraviasen a los indios. Según Solórzano, en su *Política indiana*, sólo una vez se vió acatada esta justiciera prescripción, y fué cuando en el Cuzco, y en público cadalso, se cortó la mano a un español que abofeteara a un cacique.

Perdían su tiempo los reyes de España insistiendo en recomendar a sus representantes en América que tratasen a los indios no sólo con espíritu justiciero, sino con benignidad. Felipe IV, por ejemplo, al pie de un rescripto dirigido a una Real Audiencia agregó, de su puño y letra, estas enérgicas frases: —«Quiero que me deis satisfacción, a mí y al mundo, del modo de tratar a esos mis vasallos indios. Y de no hacerlo, y de que no vea yo ejecutados ejemplares castigos en los

que se excedieren contra éstos, me daré por deservido. Y asegúroos que, aunque no lo remediéis, lo tengo yo de remediar, y mandaros hacer gran cargo por las leves omisiones en esto, por ser contra Dios y contra mí, y en total destrucción de estos reinos a cuyos naturales estimo, y quiero sean tratados como lo merecen vasallos que tanto sirven a la monarquía y que tanto la han engrandecido.»

Vino la República; y quien hojee nuestras compilaciones de leyes patrias encontrará que abundan también las expedidas en favor y protección de la raza aborígen. Fatalmente, como en los tiempos de la dominación española, también nuestras leyes son letra muerta, y el indio continúa siendo rico filón explotable para el gamonal acaudalado y para el cura simoníaco. Por desgracia, no abundan autoridades que luchen para poner barreras al torrente de los depresivos abusos.

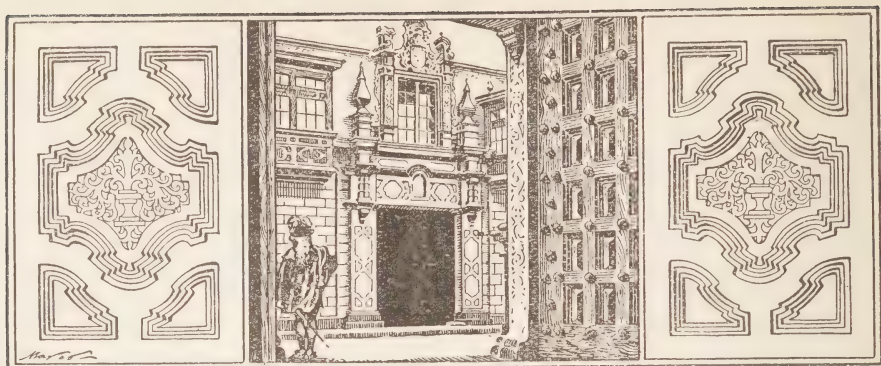
Las sociedades indiófilas o protectoras de los indígenas ningún fruto benéfico han producido hasta ahora, pues más que humanitarias han sido asociaciones de cascabel y relumbrón. Su objetivo más ha sido de política de campanario que de regeneración social para la raza.

Hay que extirpar en nuestras masas populares de la Sierra el alcoholismo embrutecedor que nos trajo la España conquistadora, y ese bien no se alcanza por medio de leyes. Hay que crear en nuestros indios necesidades que los alejen del ocio y hagan nacer en ellos hábitos de trabajo. Hay, por fin, que ilustrarlos, y eso únicamente se obtiene multiplicando las escuelas.

No llevéis al indio a las algaradas políticas sino cuando, civilizado en la escuela, lo hayáis hecho ciudadano capaz de discurrir sobre sus derechos de tal.

¿Cuál debe ser la actitud del gobierno y de sus autoridades subalternas para con los indios? Ella es sencillamente clara y fácil. Basta con hacerles siempre justicia, sin moratorias ni humillaciones. Húndase para siempre en el panteón del pasado todo lo que trascienda a prerrogativas de raza. Ante nuestro credo democrático la igualdad humana es absoluta. No cabe otra superioridad en la vida republicana que la que crean la honradez, la inteligencia y el trabajo.

Los factores eficaces para levantar la condición social de dos millones de seres que constituyen la masa de nuestra población de indios están sintetizados en dos palabras: justicia y escuelas. Sólo en posesión de estos dos bienes no seguirá el indio siendo en las horas de paz rebaño esquilnable, y en las horas de guerra, carne de cañón.



## FRUSLERIAS

### I

Mi amigo don Ruperto Vomipurga es, entre los médicos de mi tierra, todo lo que se entiende por un sabio en bacteriología. Conoce íntimamente a todos los *bacilos*, sabe al dedillo sus mañas y picardías y los trata tú por tú, con menos respeto que al arzobispo, por aquello de

A Dios se le habla de tú;  
de tú, a la Virgen María,  
y al obispo se le dice  
su señoría ilustrísima.

Ayer nos encontramos en la Casa de Correos frente a una de las niñas estafeteras, chica que al mirarla se le hace a un cristiano la boca agua y los ojos despiden chiribitas.

—¡Bonita muchacha!—me dijo don Ruperto.

—Ya lo veo, doctor—le contesté—. Es un lindo microbio, como para que lo estudie y clasifique usted, que hasta en el suspiro los persigue.

—¿Y por qué me la endilga y no la aprovecha usted para sus disquisiciones tradicionales? Yo, mi amigo, soy como el usurero aquel a quien fué un pobre diablo a empeñarle un bonito cuadro. —¿Es de usted?—, le preguntó el agiotista. —No, señor; es de Rubens—, contestó el necesitado. —¡Ah bribón! Lárguese ahorita mismo, antes que lo mande a la comisaría. ¿Confiesa usted que no es suyo el cuadro y tiene la desvergüenza de traérmelo, como si yo fuera ocultador de lo ajeno?— Aplíquese el cuento.



Entre tanto don Ruperto no tenía cuándo entregar su carta a la empleada. Recelando que la goma de la estampilla fuera almáciga de bacterias, no se atrevía a humedecer aquélla para pegarla en el sobre, y mirando a la simpática estafetera la dijo:

—Me parece, señorita, que anda usted algo delicada de salud.

—No, doctor; me siento bastante bien.

—A ver, dígnese usted sacar la lengua.

La joven obedeció un tanto alarmada. El médico pasó con delicadeza la estampilla por la lengua de la presunta enferma, y después de adherir aquélla al sobre dijo:

—La felicito, niña; goza usted de cabal salud, y que sea por muchos años. Adiosito, y gracias por el servicio que acaba de prestarme.

Y echó la carta en el buzón, retirándose con más seriedad que pleito perdido.

No pude contener la risa al fijarme en el alelamiento del rostro de la joven, e inmediatamente fuí con el chisme donde mi camarada el director de Correos.

Al día siguiente se colocó en las estafetas una esponja humedecida en agua de goma.

Débenme, pues, las empleadas del Correo el servicio (que tal vez no me agradecen las muy ingratonas) de que nadie les pedirá ya la lengua para humedecer estampillas.

## II

Merceditas es una preciosa coqueta, de esas que prometen, con el tiempo y las aguas, dorarle los cuernos al mismo diablo.

Sin duda tiene imán para que los poetas la persigan y la espeten a quemarropa, por lo menos, un soneto de aquellos que parecen una puñalada en el hígado. La *sonetorrea* es epidemia que compite con la peste bubónica, y acaso la aventaja.

Contáronme que Merceditas, hasta en la sopa, en vez de fideos, encontraba versos ramplones.

Formaban en cierta noche su tertulia un romántico, que se jactaba de ser por entonces el enamorado a quien ella tenía en candelero de plata; uno de esos que se llaman decadentes, la cual decadencia no es chicha ni limonada, y que esperaba turno para reemplazar al anterior en el corazón voluble de la joven; y un clásico, que hacía ya

meses estaba borrado en el escalatón de los pretendientes, y que concurría a la casa sólo por divertirse con la rivalidad amorosa de sus otros dos cofrades en Apolo.

A propósito de no sé qué tema de conversación, ocurriósele a Mercedes preguntar a sus poetas:

—Si uno pudiera escoger día en que morir, ¿cuál escogería usted?

El decadente, que fué el primer interrogado, creyó poner una pica en Flandes respondiendo:

Curiosidad te aqueja muy sombría:  
en muriendo en tus brazos, cualquier día.

El romántico, como para dar berrinche a su rival, alardeando de ser actualmente el preferido, contestó:

La víspera del día  
en que de amarme dejes, vida mía.

Tocóle turno al clásico, que, en puridad de verdad, habló muy a las derechas. Clásico, desencantado, prosaico había de ser, porque dijo..... lo que dice todo hombre que no tiene flojos los tornillos del caletre:

¿Para morirme el día que prefiero  
quieres saber? El treinta de febrero.

CARTAS LITERARIAS







## A JOSÉ ANTONIO DE LAVALLE

Mi muy amado colega:

Dos gratísimas horas he pasado con la lectura de su novela, y con toda franqueza voy a darle mi acaso desautorizada, pero muy sincera opinión.

En *La hija del contador* el argumento carece de novedad, y casi podría decir que es hasta manoseado. Un padre o una madre que, engraidos con sus pergaminos, *obstaculizan* el matrimonio de un hijo a quien la mocedad y el inherente calorcillo de la sangre traen encalabrinado por una chica que no luce otras dotes que las de virtud y hermosura, pero cuyo primer sueño no fué arrullado en cuna dorada, son tipos que abundan en el teatro de Lope y en el de Calderón. Que la muchacha vaya a pudrirse en un claustro y el galancete a correr cortes, era cosa corriente y hasta lógica. Un padre como su merced el contador es, sobre poco más o menos, carácter idéntico al del Rico-home de Alcalá. Que el mancebo llegue para impedir la profesión minuto y medio más tarde, es recurso de cajón en el teatro y en la novela. Siempre *trop tard*, como acontecía a los carabineros de la opereta. Conven-gamos, pues, en que el argumento es trivial y en que tampoco hay epis-odios románticos, pues ni el escribano don Estacio, con su carta noti-ciera, deja de ser pura prosa.

Pero esa misma trivialidad de argumento es, para mí, uno de los grandes méritos de la obrita. No es más gordo el hilo de que se ha ser-vido Pedro Antonio de Alarcón para tejer su *Sombrero de tres picos* o *Historia de los amores de la molinera y el corregidor*, la más linda no-vela de contemporáneo autor que ha caído bajo mis lentes. Son los

detalles y no el fondo lo que en ella me cautiva, e idéntica impresión ha producido en mí *La hija del contador*.

Yo he conocido la casa de don Melchor Orozco en cada calle de Lima, hasta 1845; he bebido agua de la tinajera; de un *cocazo* rompí el cristal del farol, remendándose la avería con medio pliego de papel San Lorenzo; me he acercado a las jaulas de caña, para dar alpiste y maíz molido a la *cuculí*, y capulies silvestres al *piche*; a pesar de que a mujer bigotuda de lejos se saluda, he proporcionado más de un sofocón a la vieja Tomasa, obligándola a ponerse parches de papa en las sienes, sujetándolos con el vendón o pañuelo de cuadros blancos y negros; he conocido a Lucía rebozada en el paño de Lambayeque; y mis primeros palotes los hice a presencia del Santo Cristo de talla que había sobre la mesa del cuarto de estudio de don Melchor, engulléndome medio bizcochuelo que sobrara del matinal chocolate. ¡Cuántas veces repasé mi lección de catecismo del padre Astete, sentado en una de las dos silletitas de paja vecinas a la ventana de la sala! ¿Qué limeño que barbee como nosotros, con medio siglo de fecha, no se sentirá remozado, y más que eso, vuelto a los días infantiles, leyendo la descripción tan viva, tan animada, que la pluma de usted nos hace de la casa y costumbres del viejo jubilado del Tribunal de Cuentas? Para mí el cuadro es de exactitud fotográfica; no ha dejado usted olvidado en el fondo del tintero el menor detalle..... ¡Ah....., sí!..... Falta el fanal de la sala. Necesito ese fanal, y poco, muy poco, le costaría a usted complacerme.

De tapadillo, como se dice, atisbé una noche la tertulia del regente; recuerdo los azulejos del salón; los sillones de cuero de Córdoba, tachonados de clavos de bronce; que allí el piso no era de gastados, pero muy limpios ladrillos, como en la casa del honrado don Melchor, sino de rica alfombra del Cuzco; todo, en fin, como usted con magistral ligereza lo describe. Pero también recuerdo que en la mesa de reversino vi una bujía de cera color rosa, cubierta por una guardabrisa de cristal. ¿No la vió usted? Pues véala, amigo, véala.

Hay en el manuscrito de usted muchas páginas que me han quitado algunas canas. Son las que usted consagra a describir la Alameda vieja. ¡Quién la vió y quién la ve! Me parece que fué ayer cuando, retozando por ella con otros arrapiezos de mi edad, recogía las bolitas negras de que estaban cargados unos árboles que en el Norte llaman *chorolques*. Hoy la Alameda, con sus estatuas, y sus verjas, y su jardín, y su fuente, será más artística, pero no más poética que la Alameda de

nuestra infancia. Hoy es algo que hemos visto en Europa y en otros pueblos de América; pero no es típica, no es limeña. Hoy la Alameda no vale un *pucho* de cigarro. Es una Alameda con pretensiones de civilizada y nada más. ¡Quién me diera espaciarme por la Alameda semi-salvaje de esos días, en los que era aforismo doméstico lo de marido, vino y breña, de España!

Muy bien traída es por usted la antigua costumbre de hacer pasear tres días por el mundo a las desventuradas doncellas destinadas a sepultarse en un claustro. Hogaño no se estila eso. Los monjíos se hacen de sopetón, y muy a Dios que te la depare feliz.

En una novelita de corto aliento nos ha puesto usted de relieve a nuestra Lima tan querida de los tiempos coloniales. No sea usted egoísta y haga gozar a los demás de las bellezas con que yo acabo de engolosinarme. Publique usted su novela, que es muy digna de vivir en letras de molde.

No he querido acostarme sin borrar antes, muy a la ligera, mi juicio sobre *La hija del contador*, y felicitar a usted por el buen desempeño literario. Con pobre argumento ha hecho usted un libro precioso por los detalles. Haga usted conocer a los limeños que viven el Lima que conocimos los limeños de la generación que se va.

Buenas noches, *my dear dearest friend*.





## ALBERTO NAVARRO VIOLA

(Carta a su hermano Enrique.)

. . . . .  
. . . . .

Su carta del 7 de febrero ha traído a mi corazón y a mi memoria el recuerdo de un antiguo compromiso: juzgar a Alberto Navarro Viola como poeta, siquiera sea lacónicamente, ya que el recargo de ocupaciones no me deja tiempo para discurrir largo y menudo, como mi cariño desearía, al ocuparme del merecimiento literario de un joven a quien traté siempre con paternal cariño. Quede para otro disertar sobre el inteligente y estudioso bibliófilo, que con criterio de admirable rectitud alcanzó, con la fundación del *Anuario*, a ser en su patria el aniquilador de la conjuración del silencio, conjuración que pesaba sobre los libros de los escritores noveles. La juventud necesita de estímulos delicados y consejos sanos, y tal fué la noble tarea que el malogrado Alberto se impusiera y de la que usted, con plausible éxito y no menos levantado propósito, es continuador entusiasta.

\* \* \*

Allá por los años de 1876 llegó a mis manos un periódico bonaerense, que, en sus columnas de preferencia, traía unos versos con el título: *A mi hermana, en la primera página de las ARMONÍAS de Ricardo Palma.*

Aunque la confesión auricular no entra en el reino de mis creencias, a riesgo de que los lectores argentinos me califiquen de inmodesto, voy a espontanearme con ellos, que de seguro han de ser para conmigo confesores de manga ancha. Y esta confianza mía en su benevo-



lencia, nace de la fe que tengo en el personal aprecio de que abrumadoras pruebas me han dado siempre los hijos de la patria de San Martín. Entremos, pues, de lleno en el capítulo de las confidencias.

Cuando por primera vez, y al pie de los citados versos, leí la firma de Alberto Navarro Viola, me dije: —He aquí un niño que será, para las letras de su patria, no de los llamados, sino de los escogidos.— Y dóime la enhorabuena por haber acertado en mi pronóstico, yo que, en augurios de esta naturaleza, me he chasqueado muy a menudo.

Desde su apellido me fué simpático Alberto. En mis días juveniles de marino, de proscrito y de viajero, había tenido ocasión de intimar amistad, en Guayaquil, con un distinguido abogado y hombre de letras. Habrá usted adivinado que me refiero a su excelente tío el doctor Navarro Viola, a quien su caballerosidad condujo a temprana muerte.

Cuando el presidente del Ecuador don Gabriel García Moreno realizó en Jambelí la horrible matanza de los jóvenes que contra su autoridad se rebelaron, encontró en la cartera del caudillo fusilado un billete sin firma que así decía:

«Compadre: Acepto y queda amarrada la pelea; pero le advierto que mis gallos 5, 7 y 10 no son de a pico, sino de navaja.»

—¡Ah!—exclamó García Moreno—. Esto sólo Navarro Viola lo d scifra.

Muy pocas horas después estuvo el presidente de regreso en Guayaquil, y su primera medida fué ordenar la prisión del hombre a quien, no sabemos con qué fundamento, atribuía la paternidad del billete.

García Moreno le exigió que rebelase los nombres a que correspondían las cifras 5, 7 y 10. Mi caballeresco amigo rechazó indignado la ultrajante exigencia y prefirió, a conservar una vida sin honra, un patíbulo honroso. Pocas horas después fué fusilado el hidalgo argentino. Quince días antes, regresando yo de Nueva York, estuve por pocas horas en Guayaquil y había estrechado su mano. Volvamos a Alberto.

El niño empezó a hacerse hombre, y en 1880, con una amable dedicatoria, recibí un precioso librito, edición autográfica, bautizado con el modesto título de *Versos*.

Aunque en esos primeros versos de Alberto abundaba la incorrección de forma propia del principiante, encontré en ellos un poeta en germen. Sus rimas tenían todo el atractivo de la adolescencia, todo el tibio perfume de la juventud que aun no ha sido combatida por el

huracán de las pasiones ni apurado la hiel de los desengaños y del infortunio.

Desde entonces principió nuestra amistad y correspondencia. Se estableció entre los dos constante cambio de ideas y sentimientos, y al través de la distancia, me acostumbré a leer en lo íntimo de su alma como en libro abierto. Yo lo trataba con la llaneza un tanto socarrona de los viejos cuando intiman con los jóvenes. Así lo alentaba en sus confidencias, y le daba los consejos sinceros que la experiencia y el afecto me dictaban.

Recuerdo con íntima tristeza que en una de mis cartas, dos años antes de su muerte, le decía, a propósito de ciertas juveniles y legítimas aspiraciones políticas de que me hablaba: —Calma, amigo mío; la política es manjar para gente gastada. Viva usted todavía con la vida del espíritu y no envenene su alma tan temprano. No olvide usted que los jóvenes precoces viven poco.— Fatídico, tristísimo augurio de mi pluma.

Yo no sé si Alberto se lanzó o no en esa candente arena de la política, matadora de las ilusiones y del entusiasmo, vida en que a la postre se ostenta

joven la faz y anciano el corazón;

vida de prosa y materialismo, vida de ideales, absurdos casi siempre, y en la que, como el médico que armado de escalpelo intenta adueñarse de los misterios del organismo humano, sólo se cosechan decepciones. En política, lo que nos imaginábamos oro, es oropel.

Los poetas no han nacido para la política. Dios no quiso hacer de ellos seres contradictorios. Son harto soñadores, y la política es, como la tumba, la más desconsoladora de las realidades. Lamartine, el gran poeta de las melancolías y dulzuras, fué el más infeliz de los políticos. Los pueblos no son el arpa de marfil que, pulsada por el bardo, produce melodías.

Quizá dirá usted, don Enrique, que se me ha ido el santo al cielo y dirá bien. Esto tiene la condenada política, que al hablar de ella, siquiera sea por incidencia, nos trabuca el seso, y la pluma corre como corcel sin freno.

Para mí, Alberto supo fotografiar su adolescencia en un soneto que mereció por entonces crítica amarga y que estimo infundada. El zoilo atendió más a lo convencional de la forma que a la espontaneidad de la expresión y a lo conceptuoso del fondo.

Voy a darme el gusto barato de copiarlo:

¿Cuál es su gusto, su afición, Alberto?  
una mujer me preguntaba un día,  
con ese tono de interés incierto  
que puede ser cariño o cortesía.

Y yo, con mi lenguaje siempre abierto,  
llano como yo soy, la respondía:  
—Me gusta mucho amar, soñar despierto  
comer arroz, sentir la poesía.

Me gusta alguna vez la buena copa  
de Oporto, y más que todo la cerveza,  
se entiende si es del norte de la Europa;

me gusta toda clase de impresiones,  
me gustan el durazno y la cereza.....  
y usted me gusta más que los bombones.

Todos los hombres hemos sido así de los dieciséis a los veinte años, en esos risueños días que marcan la transición de la existencia del muchacho a la existencia del joven circunspecto. Alberto nos retrató con magistral ligereza a todos en ese soneto; y si algo hay en él exclusivamente suyo es el último verso, por lo culto de la galantería que expresa. Quizá no a todos los muchachos se les habría venido a la pluma el delicado piropo.

Posteriormente me envió Alberto un pequeño poema titulado *Eduardo*, sobre el cual emití nada favorable juicio en carta que dirigí al autor, y que él dió a la luz en la prensa bonaerense. Para mí, escribir poemas como el *Eduardo* es hacer un gasto estéril de fuerza intelectual, un derroche de sentimiento poético: es falsear la misión del poeta en las nacientes sociedades americanas. Quede a la Francia y a los pueblos viejos la literatura del escándalo. Hay sociedades que, como los hombres gastados, se alimentan, a imitación de los magnates romanos, en los días de corrupción y decadencia del gran imperio de los Césares, con manjares cargados de especias y salsas nauseabundas. La escuela literaria de Zola no puede ni debe aclimatarse en la América republicana. Nuestra manera de ser y nuestras aspiraciones son más ideales. Decimos, como los enemigos de la cerveza, que hartas amarguras hay en la vida para saborear una más. Zola nos exhibe, en toda su desnudez repugante, las debilidades, los errores, las miserias, las torpezas, las abominaciones todas de sociedades decrepitas, *cacochimes*, anémicas, por consecuencia del vicio. Las sociedades americanas, a Dios gracias, distan todavía mucho de familiarizarse con ese pro-



saico y execrable pandemonium. Aun tenemos el derecho de mirarlo todo por un prisma poético. Por eso reprobé en Alberto que empleara su claro talento en pintar escenas de pura fantasía y para él completamente ignoradas por extrañas al centro social en que vivió. Afortunadamente para la gloria y el renombre del poeta, no reincidió en el pecado.

En el tomito que publicó en 1882 es donde el poeta se exhibe ya con faz propia, sin amaneramiento ni timidez. Hay entonación robusta en los tercetos, de caprichosa estructura, con que dedica el libro:

A la memoria de mi madre santa—  
Jamás las peripecias del combate  
que el ardimiento núbil agiganta,  
te anuncien que mi espíritu se abate.  
Juguete de la duda, el hombre canta  
cuando su corazón, a cada embate,  
con más viril aliento se levanta.  
Pues hombre me educaste, a ti refluya,  
si triunfo, el galardón de mi energía;  
¡porque es la gloria de mis sueños tuya!

Yo no amo a los poetas que, olvidándose de su sexo, tienen pusilanimidades de mujer nerviosa y asustadiza o vacilaciones de coqueta. Yo quiero al poeta que, en los albores de la vida, es ante todo hombre, y que, como Alberto, dice:

Permítame la suerte que merezca  
batirme por mi patria y por mi dama,  
lo mismo que en la edad caballeresca.  
.....  
¡A meditar de pie! Por las colinas  
vagando o ascendiendo la montaña,  
pensar al mismo tiempo que caminas.  
Si marchas, el progreso te acompaña;  
si te detienes, quedas atrasado,  
y el muerto mar tu inteligencia baña.

Poeta, y poeta trascendental, como Olegario Andrade, como Carlos Guido, como Rafael Obligado, como Ricardo Gutiérrez, como Palacio (*Almafuerte*), como Lugones, como Leopoldo Díaz y como Martín García Mérou, es, sin duda, el autor de los, por muchos conceptos, admirables cantos a Giordano Bruno y Dante Alighieri, que, de paso sea dicho, son, en la forma, las más cuidadas y correctas de las poesías de Alberto. ¡Esos son versos! ¡Eso es poesía! ¡Así se escribe!—, diría yo a mis discípulos si tuviera competencia para catedrático de literatura. En esos dos cantos ha transparentado el poeta sus ideales políticos, sociales y religiosos. En nuestra joven América, el poeta está



obligado a ser, ante todo, el cantor de la libertad y del derecho. Aunque pague tributo al amor y al ensueño, aunque se pierda en las áureas nebulosidades del infinito, su objetivo de combate ha de ser estigmatizar toda tiranía y todo abuso. Otra poesía es dublé y piedras falsas, y no riquísima joya del espíritu; es, como dijo un crítico, imitar en migajón de pan los mármoles y bronces de los grandes escultores.



## A JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN

Mi querido poeta y amigo:

Fiebre epidémica hay ahora, en mi tierra, por escribir y publicar cartas políticas. Todos politiquean, así el sacristán como el monago, y cada cual arrima el ascua a su sardina.

Yo, que ni quito ni pongo rey, ni entro ni salgo en sanedrín de candidaturas, y que presencio la algarada politiquera tranquilamente arrellanado en mi poltrona, sin inquietarme por tirios ni troyanos, moros ni cristianos, gutibambas ni muziferrenas, siéntome hoy también atacado de la *influenza* epistolar; sólo que mientras la mayoría de escritores, mis paisanos, esgrime la péñola sobre eleccionario asunto, a mí antójaseme discurrir, y disparatar acaso, en la tranquila región de las letras.

Manténgame Dios la devoción.

Confieso a usted ingenuamente que nada es tan satisfactorio para mi espíritu como leer producción literaria de americano autor y encontrar en ella asidero para concienzudo y entusiasta aplauso. No soy de los que se afligen ante el espectáculo de la gloria ajena, y nunca dejo de quemar mi granito de incienso a talentos que, como el de usted, saben y alcanzan a imponerse a la admiración de los que merodeamos en el extenso, si bien con frecuencia ingrato, campo de las letras. Y créame usted que mi americanismo se siente engreído y hasta orgulloso cuando encuentro en la prensa española que eminencias como Castelar, Emilia Pardo Bazán y don Juan Valera coinciden conmigo en el elogio.

A Juan Montalvo, egregio prosador, gran artista de la palabra, diestro en utilizar los primores de la lengua, cervantesco hasta cuan-

do abusa del arcaísmo, lo calificaba yo, ha quince años, de ser el más correcto y castizo de los escritores de nuestro siglo. La Pardo Bazán, esa portentosa literata, maravilla de su sexo, vino recientemente a robustecer mi juicio. —Tendrá hoy España (dice la ilustre hija de Galicia) hasta seis escritores que iguallen a Montalvo en el conocimiento y manejo del idioma; pero ninguno que lo aventaje.—Y Castelar, según la feliz expresión de un crítico distinguido (1), se arroja en brazos de Montalvo, como si viera en él a Cervantes resucitado.

Cuando comparo entre los historiadores contemporáneos a Ferrer del Río, por ejemplo, historiador de Carlos IV, alambicado en la frase, de un purismo amanerado y con criterio propenso siempre a apreciaciones inexactas, con don Bartolomé Mitre, historiador de San Martín y de los magnos días de lucha por la autonomía de un mundo, con su estilo llano y elegante, con su envidiable tino para compulsar documentos, sacando de ellos el jugo animador de la narración, y con su ningún apasionamiento para deducir lo que se entiende por filosofía de la historia, siéntome, como hijo de esta gran patria americana, íntimamente satisfecho y gozoso.

Cuando leo poetas como Eduardo de la Barra, Rubén Darío, Guillermo Prieto, Rafael Pombo o Rafael Obligado, poetas con fisonomía propia, digámoslo así, se fortifica mi fe en que el dominio del porvenir literario está reservado para nuestra joven América. Y note usted que, estudiosamente, no nombro a ningún poeta compatriota mío, para que no pueda decirse que sentimientos de nacionalismo o de personal cariño me hacen tratar con predilección la fruta del cercado propio. Aleccionádome han los conceptos con que mi erudito amigo el académico don Vicente Barrantes, en la *España Moderna*, avalora mi entusiasmo por las que en mis *Confidencias de bohemio* llamé admirables quintillas del malogrado vate peruano Adolfo García. *Quand même*, siendo sigue, para mí, García un poeta de estro arrebatador.

El poema de usted, que he leído con cordial deleite, viene a poner de nuevo sobre el tapete de la discusión el eterno tema del americanismo en literatura. Con lengua, religión, costumbres y hasta instituciones genuinamente españolas, con urdimbre que no es de nuestra propiedad exclusiva, mal podemos aspirar a una originalidad absoluta. Pero si por americanismo en literatura queremos significar lo especial del colorido para pintar fielmente la exuberancia vital de nuestra

---

(1) Rafael M. Merchán.

naturaleza, que en poco o en nada se asemeja a la de los viejos pueblos europeos y asiáticos, las aspiraciones de razas y sociedades nacientes, y las idealidades, no diré si patrióticas o patrioteras, que nuestra condición democrática encarna, el problema queda resuelto, y a usted corresponde parte en la solución.

Desde este punto de vista, *La Araucana*, de Ercilla, *O Guesa errante*, de Souza Andrade, y *Tabaré*, son los poemas que, en mi concepto, satisfacen más cumplidamente el ideal del americanismo literario. Ercilla no escribió como español, sino como araucano, ha dicho Rafael Merchán. Su pluma no interpretó la arrogancia y despotismo del conquistador castellano, sino el orgullo y virilidad, los dolores y las esperanzas de las tribus conquistadas. Sintió y se expresó como siente y se expresa el vencido.

La modestia de usted no le ha permitido reconocer que en las páginas de *Tabaré* palpitan y se respiran las auras uruguayas; que los árboles, rumores, alboradas y siestas que usted describe son propios de la región que habitaran el guaraní y el charrúa,

héroes sin redención y sin historia,  
sin tumbas y sin lágrimas;

que el ave que canta, y la enredadera que trepa, y la loma que se arroja en su neblina, y la estrella que tiembla en su luz, tal como usted nos la presenta en versos ricos de perfume poético y de armonía eólica, no son sino copias al natural de accidentes en el gran cuadro de la vida salvaje y primitiva de una nacionalidad americana.

Pincel de eximio paisajista, que no galana pluma de escritor, ha empleado usted en las descripciones. Tiene razón mi excelente amigo don Juan Valera cuando, al juzgar a usted como poeta, lo califica de muy original, y sobre todo de muy americano, sin dejar por eso de ser muy español.

En cuanto al argumento de su libro y a *Tabaré*, el protagonista del poema, el charrúa de ojos azules, *trait d'union* entre dos razas, dice usted muy áticamente, y dice bien, que las historias de los poetas son a veces más historia que la de los historiadores graves; los criterios se imponen, es cierto, a la humanidad; pero la inspiración se impone a los criterios, y vaya lo uno por lo otro.

No es una crítica, sino una opinión, la que voy a expresarle. Quien como usted versifica tan gallardamente; poeta para quien la rima, asonante o consonante, no es tirana despótica, sino vasalla humilde,



¿por qué ha escrito en un metro invariable y monótono hasta cierto punto, dada la extensión del poema?

No es que yo desdeñe por completo la forma por usted adoptada; lejos de eso, la aplaudo y encuentro apropiada en varios de los cantos. Pero tiene usted en el poema escenas descriptivas que habrían ganado no poco en soltura y naturalidad empleando el octosílabo. El diálogo de los soldados, por ejemplo, en el canto segundo, carece de animación y ligereza, encerrado en la cárcel majestuosa de los endecasílabos y eptasílabos. Es probable que esta opinión mía sea desacertada (cuestión de estética y de gusto) y, por lo tanto, le repito que no estime mis palabras como crítica.

Mi viejo camarada Guillermo Prieto, el infatigable decano de los poetas de la América latina, que a los setenta años conserva aún en el alma la frescura de sus juveniles tiempos, ha dicho, a propósito de *Tabaré*, que en este poema no deben señalarse incorrecciones ni pecados contra Horacio ni Hermosilla. Los policías literarios, sea cual fuere su mérito, no son ni los amigos ni los próceres de las letras.

Sintetizando mi juicio, que ya es tiempo de poner remate a esta desaliñada carta, diré a usted, con su ilustre crítico de México, que *Tabaré* me ha encantado, porque es un poema típico, lleno de grandeza, de ternura y de verdad.

Mil cordialidades. Muy de usted amigo afectísimo.



## A MARIETTA DE VEINTEMILLA

Queridísima amiga:

Me ha honrado usted con el obsequio de un ejemplar de su libro *Páginas del Ecuador*, y manifestádome deseo de conocer mi juicio sobre su producción literaria, deseo que complacido satisfago, no por galantería de hombre social para con la belleza, sino por el entusiasta cariño que a la inteligente e ilustrada amiga profeso. Perdone usted, pues, que con mi habitual llaneza exprese en esta carta las variadas impresiones que la lectura de su libro ha despertado en mi espíritu.

Líbreme Dios de entrar en el campo de apreciaciones históricas y políticas sobre un país cuyos sucesos contemporáneos conozco sólo en síntesis general, y no con amplitud de pormenores. Aparte lo resbaladizo del terreno, tengo para mí que los contemporáneos somos siempre malos juzgadores, por muchos que sean los alardes de imparcialidad y buena fe que ostentemos.

Ha escrito usted, Marietta amiga, un verdadero libro de partido y de polémica. Ha hecho usted de la pasión política su musa inspiradora, y armada de todas las armas se lanza, amazona sin miedo y sin mancilla, en el ardoroso palenque, hiriendo sin compasión a los enemigos de su causa. Yo no diré, repito, si tiene usted o no tiene razón, si son o no veraces o apasionados sus juicios sobre hombres públicos y acontecimientos revolucionarios de su patria. En su libro no quiero ver mas que la obra de arte y estimarlo sólo por su lado literario, desdeñando la urdimbre o material sobre que ha escrito.

La aspiración natural de todo el que maneja una pluma es la de imponerse al lector, obligándolo a que, una vez principiada la lectura, no deje el libro de la mano y sienta avidez por llegar al término. De mí sé decir que he devorado con deleite las *Páginas del Ecuador*. El estilo

de usted es claro y elegante, y narra usted los hechos con lógica y con encantadora sobriedad, sin que la sobriedad perjudique en lo menor a la animación del relato. ¿Por qué no decirlo también? En lo por venir el libro de usted será de provechosa consulta para los cultivadores de la historia americana, lo que no quita que en la actualidad revista los caracteres todos de libro apasionado.

Cuando exhibe usted el retrato moral de alguno de los personajes culminantes en su obra, paréceme estar leyendo páginas dictadas por Tácito o Gervinus. La personalidad de García Moreno, por ejemplo, personalidad universalmente discutida, para quien sus admiradores reclaman de Roma hasta la santidad que se reverencia en los altares, y quien es tratado por los que no lo amaron, en vida ni en muerte, como uno de esos monstruos que envilecen a la especie humana, merece de usted frases que, a pesar de todo, subliman al hombre, así en el mal como en el bien. Para usted García Moreno se destaca, en la vida política del Ecuador, como una eminencia asentada entre el fango de la hipocresía, pero bañada con los resplandores del genio. «Mezcla absurda de Catón y de Calígula (dice usted), extraño injerto de las virtudes romanas con las prostituciones helénicas; amante ciego de la civilización en negro concubinato con la barbarie; serio, económico y desprendido, no manchó sus manos con los dineros de la nación. No hay bestia más limpia ni que conserve su piel más lustrosa que el tigre.» Si el retrato que usted pinta con tan vivo colorido es copia fiel, como a mí me parece, enorgullézcase de él la literata. Esas son plumadas magistrales.

Lámame también la atención en el libro de usted el que, apartándose de las preocupaciones propias de su sexo, no abrigue, en punto a creencias religiosas, la fe del carbonero, exhibiéndose, no como creyente ciega, sino como racionalista osada

Hoy que en Colombia, Ecuador y hasta en el Perú hay reacción favorable al fanatismo y adversa a la libertad de conciencia, ¿se atreve usted a decir las verdades del barquero a los simoníacos de sacristía? ¿Aspira usted acaso a que en su patria la excomuniquen, ya que en las postrimerías del siglo XIX las excomuniones andan bobas? ¿También usted, criatura ideal y vaporosa, se convierte en execradora de las aves negras de Loyola, que aspiran a establecer sus cuarteles de invierno en los pueblos de la América republicana? Decididamente, Marietta, hay en usted muy varoniles bríos, y quien no la conozca, ni por retrato, la supondrá físicamente mujer robusta, vieja, hombruna y hasta con

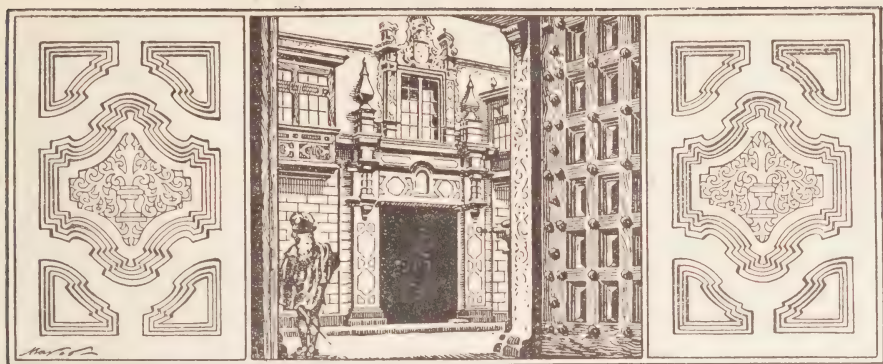
pelos en la barba, y no la joven de palidez romántica, de aire risueño siempre, y que en la vida social tiene todas las graciosas y espirituales delicadezas de niña mimada.

Escriba usted, Marietta, se lo aconsejo, que en su estilo hay conceptuosa galanura y su fantasía es rica en imágenes apropiadas; pero apártese de la política militante, amiga mía, que la política es una hoguera en la que quien no se quema, se tuesta. No me gusta ver sus alas de mariposa gentil en vecindad con el humo caliente de las llamas.

¡Cuánto deploro que libro tan bien hecho, tan bien escrito como el de usted, sea libro de combate! Yo la querría a usted más mujer y menos batalladora.

Con afecto de viejo, besa la linda mano de usted su sincero apreciador y amigo.





## A JOSÉ SANTOS CHOCANO

Mi joven amigo:

Ha tenido usted la amabilidad de solicitar, por su atenta carta de ayer, el juicio que a este jubilado de las letras haya sugerido la lectura de su elegante libro *AZAHARES*. Pide usted con tan delicadas formas, que no hallo manera de esquivar el compromiso. Va usted, pues, a sacarme de mis cuarteles de invierno, obligándome a limpiar el moho de la ya casi abandonada pluma.

Literato del pasado, sin hiel ni resabios en el alma, sin desdén por los que empiezan ni envidia por los que terminaron conquistándose renombre, crea usted que me siento complacido cuando encuentro motivo para encomio en las producciones de la nueva generación de escritores. No hago cuestión batallona del modernismo en boga con sus ramas de parnasianos, decadentes, simbolistas, etc., etc., por mucho que el modernismo no sea ángel de mi coro. Para mí, y ya en otra oportunidad lo he dicho, la mejor estética es la de Boileau:

*Tous les genres sont bons hors le genre ennuyeux.*

Lo de poner consonantes al fin de cada renglón es tarea facilísima. Lo que tiene bemoles es poner talento.

Así, cuando leí las primeras composiciones, hijas de la fecunda musa de usted, me dije: —En este alumno de Apolo hay tela de poeta. ¿Quedará como tantos otros, que principiaron prometiendo ópimos frutos, rezagado a mitad del camino? El porvenir dirá.

Corriendo breves años, y ha pocas tardes, leí en un periódico literario una soberbia poesía titulada *El Sermón de la Montaña*. He ahí un poeta, exclamé, a media lectura, volteando la página para conocer

el nombre del inspirado autor. El porvenir había hablado: era usted el poeta. Sin dar tregua a la espontaneidad del aplauso, envié a usted ese día mi felicitación muy cordial, y como palabra de aliento a su juventud.

Tengo para mí que si se convocara un certamen o concurso de poetas americanos bastaría a usted, para alcanzar la rosa de oro en los juegos florales, concurrir sin otro caudal poético que su *Sermón de la Montaña*. No lime usted esos versos, no cambie una palabra en ellos, no agregue estrofa alguna, no zurza ni remiende. Deje vivir tan admirable poesía tal como brotó de su espíritu en horas de felicísima inspiración. Los retoques artísticos, por diestro que sea el pincel y por mucho que los colores abunden en la paleta, suelen desmejorar un cuadro.

Y ya que he dicho a usted todo lo que de bueno sobre su numen me retozaba en el alma decirle, ruégole me tolere lo que de agritudle pudiera encontrar en mi opinión sobre *AZAHARES*.

Los leí anoche, mejor dicho, los devoré. La musa enamorada, el ideal del femenino eterno, rimas que semejan lluvias de flores, estrofas que despiden cascadas de luz o que se rebujan entre nieblas, mucho de subjetivo, de íntimo, de personal, y poco o nada que a la humanidad le interese saber. Tal es mi concepto sobre el librito. Desborda en él la poesía, y ¿cómo no? si el autor es poeta, y poeta con toda la amplitud del vocablo, poeta exuberante de vida, de fuego en la fantasía, de frescura en el sentimiento y que, en la forma, acierta casi siempre con *exquisiteces* de expresión. Byron en Grecia, combatiendo por el derecho y cantando a la libertad, me cautiva más que Byron cantor de sus pasiones íntimas, individuales. Siempre que leo versos de vate enamoradizo, que echa a los cuatro vientos los desdenes o las sonrisas de una Dulcinea, me digo: —¿Y a mí qué me cuenta usted? Cuénteselo a ella.—Hasta más arriba de la coronilla me tienen esos nenes.

Casi apostarí a que si un vate de esos pregunta a su adorado tormento si ha soñado con sus versos amorosos, la chica no vacilará en contestarle: —Claro que no, porque nunca tengo pesadilla.

Yo sé bien, señor Chocano, que hombre que tiene por oficio o afición escribir versos no puede libertarse de caer en ese ridículo. ¡Y bastante pecador que yo fuí en mis mocedades! Por lo mismo que yo pequé, no quiero que otros pequen pintando mujeres, como dijo un poeta rancio, con

barba esdrújula, boca seguidilla,  
nariz romance, cara redondilla,  
pecho hermoso en plural, ojos sonetos,  
y, en fin, un todo de los más perfectos.

Por eso, en la edad de la experiencia y del arrepentimiento, aconsejo, en cabeza de usted, a la juventud, que no malgaste su talento y sus horas en naderías frívolas, sino que americanice su estro empleándolo en más levantados ideales y que revistan siquiera novedad. Huele a rancio eso de estar siempre a vueltas y tornas con los labios de coral, y los ojos de gacela, y el cabello de ébano, y la frente de plaza de toros. Quede todo eso para poetas chirles.

¡El amor! El amor es un poema cuyo primer verso lo escribió Dios en el Paraíso con la sugestión de la serpiente. Por millones y millones de siglos que la humanidad esté destinada a vivir, nadie alcanzará a formular el último verso del poema. Alpha y Omega. Sólo a EL, que escribió el primer verso, le está reservado el verso final.

Los versos de usted en *AZAHARES* son muy bonitos, muy armoniosos, muy ricos en imágenes.....; pero son lectura para damiselas soñadoras y nerviosas. A mí nada me dicen que no me tenga por muy sabido; son para mí cháchara celestial, música de organito callejero. ¿Que ama usted? Que sea muy enhorabuena; como se lo diría a cualquier prójimo que me detuviera en plena calle para comunicarme la nueva de encontrarse chiflado por unos ojos negros, azules o verdes, que hombre enamorado no atina a diferenciar colores. ¿Que es usted amado? Me alegro por usted, y que sea por muchos años. ¿Que se casa y apechuga con ese gran divisor que se llama suegra? Hombre, ya eso es grave, muy grave. Sin embargo, le repetiré lo que un mi amigo, poeta de Bogotá, dijo a otro mi amigo, poeta de Buenos Aires, que le pedía órdenes para España:

¡Oh, distinguido vate!  
Si en España se cruza  
con alguna bellísima andaluza,  
no vaya a cometer un disparate;  
mas si quieren del Hado los decretos  
que con ella claudique,  
cuando lo verifique,  
sírvasse presentarla mis respetos.

Hallará usted, mi joven amigo, mucho de prosaísmo en esta mi manera de estimar la poesía (no diré si espiritualmente amatoria o sensualmente erótica), sembrada de besos, como los que prodiga usted en *AZAHARES*. Son besos al aire y sin consecuencias. Bese usted mucho así, mientras Dios lo mantenga en estado de crisálida o soltería.

En síntesis. Prefiero en usted el poeta objetivo, trascendental, ra-

zonador, filosófico, que se inspira en ideales que a la humanidad toda interesan, el poeta del *Sermón de la Montaña*, por ejemplo, deslumbrador, varonil, impetuoso, al poeta de las veleidades y afeminamientos amorosos. Acepto a Heine y a Bécquer por la singularidad de la ironía, y porque cantan amores que en nada se parecen a los de la comunidad de la especie humana. No son dos plañideras, sino dos leones exacerbados por la pasión.

La Verdad y la quinina se parecen en que ambas son amargas, pero provechosas.

Mil perdones por mi llaneza, un tanto patriarcal, y créame su admirador y amigo.





## A JULIO J. SANDOVAL

*Buenos Aires.*

Mi querido Julio: El libro que, en *capillas*, tuvo usted la amabilidad de enviarme, ha producido en mi espíritu el mismo efecto que el refrigerador rocío sobre la planta próxima a agostarse por el calor tropical. Indescriptibles recuerdos de tiempos ya idos palpitan para mí en las páginas del precioso libro, y por ello convendrá usted conmigo en que soy el juez más desautorizado y menos competente para hablar de su mérito literario con tranquilo e imparcial criterio. Como que yo mismo tendría, en no raras ocasiones, que ser tribunal y sujeto justiciable.

Además, el corazón no es literato, ni sabe letra de estética: no raciocina ni discute: siente y ama..... porque sí..... *quand même*..... y ésta, con frecuencia caprichosa frase, es para él la razón de las razones, ante la cual no pesan argumentos sólidos. Por eso me declaro inhábil, hasta estúpido, para escribir sobre este volumen el prólogo literario que, de mi buena voluntad por complacerlo, ha solicitado usted.

Pero si está excusado el hombre de letras (y no de cambio, por mi mal) de manejar el escalpelo de la crítica para aquilatar bellezas que, incuestionablemente, las hay y en buena cifra, en el libro *VELADAS*, nada me impide llevar la flor del recuerdo a la tumba de las nobles amigas que, fraternizando en ideales con la digna madre de usted, fueron el encanto de aquellas deliciosas noches, de cordiales, de íntimas expansiones, gozadas en el modesto, a la vez que elegante, salón de la ilustre literata argentina.

¡Ni cómo olvidar a Cristina Bustamente, la hada gentil de rizos cabellos y ojos fascinadores, que tan melódicos trinos arrancaba de

su garganta de ruiseñor; a Rosa Mercedes Riglos de Orbegoso, la aristocrática dama, cuya pluma nos embelesaba con escritos de académica corrección; a Rosa Ortiz de Cevallos, la magistral pianista; a Victoria Domínguez, la risueña joven, que cambió en breve su corona de azahares por las amarillentas flores del sepulcro; a Manuelita V. de Plasencia, la dulce poetisa de las sencillas frases, corazón de ángel encarnado en la más simpática de las mujeres!

¡Cómo olvidar a Adolfo García, el poeta de calderoniana entonación, sobre quien tan cruelmente pesaron las desventuras, ni al chispeante crítico español don Juan Martínez Villergas, ni al decidor *Murciélagos*, ni a tantos otros asiduos concurrentes a las veladas, verdaderas lides en que las armas del talento y del ingenio se disputaban el lauro! Pocos quedamos en pie de aquella pléyade entusiasta de luchadores que hicieron de las amenas tertulias de Juana Manuela Gorriti animado palenque de literarias contiendas.

Después..... en el reloj del tiempo sonó la hora de los grandes infortunios para el Perú..... y a los días de pasión febril por las letras han sucedido los de amargura y desaliento.

Triste, tristísima cosa es encanecer y vivir de recuerdos dolorosos, que la memoria en los viejos no es sino vasto cementerio en el cual las lápidas son los nombres de seres que nos fueron queridos.

Por eso, el libro que a la vista tengo melancoliza mi ánimo con la tristeza de las tumbas, y no veo ni quiero ver en él más que la corona de siemprevivas funerarias que el cariño de usted y el de Juana Manuela colocan sobre la losa de los muertos, pero no olvidados amigos y compañeros de labor literaria.

Muy cordialmente de usted afectísimo amigo.



## A RAFAEL ALTAMIRA

Mi buen amigo: Al fin recibí ejemplar del drama realista y sensacional que tanto ha alborotado en la patria de usted. ¿Quiere usted conocer mi modesto juicio? Pues ahí va sin más preámbulos, a riesgo de que me salga usted después con lo de que al colchón le falta lana. Contentaríame con que esta mi carta fuese para su criterio

como la hija de María Ignacia,  
que de puro fea caía en gracia.

Me explico los arrebatos entusiásticos del éxito. Don Benito Pérez Galdós tuvo el talento y la fortuna de acertar con el momento sociológico para el estreno de *Electra*. Recrudecida con el secuestro de una joven en un monasterio de Madrid, la lucha contra la reacción ultramontana y contra los jesuitas, el drama tenía que producir el efecto de una granada de lydita que hace explosión.

Juicios diversos sobre el merecimiento literario de *Electra* habían llegado hasta mí antes de la lectura. Para unos, sin desconocer lo correcto e intencionado del diálogo, que pluma de maestro es la que entinta Galdós, resultan largos, pesados y hasta soporíferos los dos primeros actos. Para otros, huelga en el drama un personaje, Cuestas, que reclama su partija de paternidad en la joven, que no extrema oposición al monjío, siquiera para contrastar con la tenaz insistencia y mojigatería de Pantoja, y que por fin exclama: —Ahí queda eso— Y hace la morisqueta del carnero muriéndose repentinamente, previo testamento en el que deja a la chica por heredera de sus bienes. Para no pocos, la *Electra* de los dos primeros actos es una muchacha más o



menos extravagante, con vistas al histerismo, pues ya en el tercer acto, es decir, en horas, cambia por completo la niña traviesa y en el laboratorio de Máximo exhala *multo odore di femina*, que dicen los italianos. Yo no entro ni salgo en estas ni otras críticas. Para mí el gran lunar de *Electra* está en el desenlace, que estimo de lo más absurdo e ilógico que a un escritor de probado talento pudo ocurrírsele. Yo creía, antes de leer *Electra*, ser en literatura como un coronel de mi tierra a quien le preguntó una buena moza, discípula de piano de mi contemporáneo y camarada el maestro Cadenas, si le gustaba la música, y él la contestó: —Señorita, toque usted sin recelo, que un veterano como yo no se asusta de nada.— Pues, amigo Altamira, la última escena del drama me hizo dar diente con diente de puro susto. La verdad es que me pilló el parto sin alhucema, que es como decir a usted que no estaba en mis libros ni sospechaba posible ese desenlace. No cabe en mí dudar de que faltóle esfuerzo al autor para crear un desenlace que cupiese en la esfera de la vida social, de lo humano, de la actualidad, de lo posible, y recurrió a lo sobrenatural, al milagro, a la aparición de una ánima bendita del Purgatorio. Quizá se dijo el señor Galdós:

Si algunas veces dormitaba Homero,  
¿por qué yo no he de echar un sueño entero?

Pasaron, y sin duda para nunca volver, los tiempos en que venían espíritus del otro mundo a arreglar en éste asuntillos que dejaran pendientes al emprender el viaje eterno. Al ver la última escena, eché de menos la fórmula de cajón o de rutina que usaron, en días ya remotos, nuestras abuelas, para hacer charlar hasta por los codos a las *penas* o difuntos impalpables que diz que se les aparecían a media noche: —Anima bendita, en nombre de Dios te ruego que me digas lo que se te ha perdido en mi casa.— Después de tal súplica, el espíritu del otro mundo no se hacía el remolón, y se espontaneaba y desembuchaba el entripado.

El ánima de la madre de Electra (la cual madre fué sobre la tierra una madamita gran devota de Venus y hembra de mucho cascabel y mucho escándalo) para sacar a su hija de atrenzos (y al autor también) emprende viaje desde el otro barrio, no en tortuga-coche, sino en tren rápido, se le aparece a la jovenzuela y la dice: —déjate de pensar en monjío, y no seas cándida, niñita. Puedes sin escrúpulo casarte con Máximo, que no es tu hermano, ni por la sábana de arriba ni por la sábana de abajo. Yo te lo aseguro, y *súficit*. —Electra se echa



entonces en brazos del novio; exclama éste por vía de moraleja: — *Resurrexit*: cae el telón..... y a multiplicar se ha dicho.

¿Puede ser bello un desenlace tan rebuscado, tan exótico, tan inverosímil, tan falso, en los días que vivimos? ¡Ah! ¡Padre y maestro Boileau! ¿Por qué cuando Galdós escribía esa escena tu espíritu no murmuró a su oído aquel tu precepto inmortal: — *Rien n'est beau que le vraie?*

¿A qué buscar belleza en la mentira,  
si en campo de verdad crece espontánea?

ha escrito un poeta catalán, amigo de usted y también mío, Melchor de Paláu, como si hubiera presentado a *Electra*.

Y no se arguya que el recurso empleado por Galdós (que debe de tener aficiones espiritistas) lo ha usado, entre otras eminencias de las letras, el gran Shakespeare; y que el inolvidable Zorrilla llevó también a la escena la sombra de doña Inés en su *Don Juan Tenorio*; mas tuvo el buen sentido de bautizar su drama con el calificativo de drama *fantástico*, y bien se sabe que en el terreno de la fantasía y de la leyenda rancia caben los milagros y todas las ánimas benditas del Purgatorio, y hasta las del Limbo. Pero exhibirlas en el drama social, íntimo, contemporáneo, en que campean tipos, costumbres y hasta personas que nos son más conocidas y familiares que el agujero de la oreja..... vamos, eso es, en un hombre de reconocido ingenio, aberración que no alcanzo a explicarme.

Si *Electra*, como ideal del autor, es un arma de combate contra los abusivos avances de la clerecía jesuítica, contra el fanatismo y contra la superstición, mal se comprende que, como regalado manjar contra la última, se le ofrezca al espectador una supersticiosa aparición. Las apariciones, como los milagros, en el siglo XX, están mandadas recoger por la policía.

Francamente, amigo don Rafael, y sintetizando mi opinión, concluyo diciendo a usted que *Electra* me ha parecido poquita cosa para el exitazo que ha alcanzado.

Sabe usted que soy muy suyo admirador y amigo que le besa la mano.



## A JULIO HERNANDEZ

Aunque no está el alcocer para zampoñas ni la madera para hacer cucharas, pues todas las potencias de mi alma se hallan absorbidas por la descifración y comentario de rancio manuscrito de carácter histórico y literario, no debo, a fuer de cortés, dejar sin respuesta, siquier sea ella rapidísima, la fina esquila que usted me dirige en *El País* del sábado último.

Empezaré por el principio, y el principio es dejar establecida la significación y origen de la palabra *levantisco*.

De saber nuevas  
non vos curedes,  
que hacerse han viejas  
y las sabredes.

Entiendo que en las guerras sustentadas por Carlos I de España fueron enrolados, así en los tercios militares como en la flota, muchos naturales de Levante, o sea de los pueblos que caen a la parte oriental del Mediterráneo. Eran esos hombres refractarios a la rigidez de la disciplina en cuarteles y naos, y, por ende, promovían no pocas turbulencias, haciéndose merecedores de rigurosos castigos. Vino de aquí el bautizar a los levantinos con el mote de *levantiscos*, y por generalización se llamó y llama levantisco al sujeto de ánimo alborotador, quisuilloso y tumultuario.

Levantinos venidos a América, en el primer siglo del descubrimiento y conquista, apenas si los hubo; pero lo que es levantiscos, amotinadores de buena y legítima cepa española, vaya si abundaron. Que los descendientes de ellos en América seamos también por excelencia levantiscos, cualidad es (y no del caso decir si buena o mala) que traemos en la masa de la sangre. Si bien se hace la cuenta, los peruanos, por ejemplo, resultaríamos a motín por barba. Siempre estamos listos

para el barullo. Desprevenidos nos cogerá un terremoto; pero un bochinche..... ¡cuándo! Siempre nos encuentra apercibidos.

Y basta. No diga usted que busco pan de trastrigo.

Para hacer *pendant* con el relato que usted reproduce del levantisco de Belmonte Bermúdez, vea lo que de otros dos levantiscos refiere un historiador: —«Cuéntase del segundo virrey del Perú, don Antonio de Mendoza, marqués de Mondéjar, que gobernó desde septiembre de 1551 hasta julio de 1552 en que falleció, que habiendo un capitán acusado a dos españoles de *levantiscos*, por vivir entre indios, alimentándose de la caza y elaborando pólvora, dijo el virrey: —Esos delitos merecen más bien gratificación que castigo; porque vivir dos españoles entre indios y hacer pólvora para comer de lo que con sus arcabuces matan no sé qué delito sea, sino mucha virtud y ejemplo digno de imitarse. Id con Dios, y que nadie me venga otro día con semejantes chismes, que no gusto de oírlos.»

Ya ve usted, mi don Julio, que si en 1605 un levantisco pagó con la pelleja el pecado de elaborar pólvora, viviendo entre indios, ese mismo pecado, medio siglo antes, había merecido loa de un virrey, y hasta absolución plenaria.

Y no va más adelante todo lo que sobre *levantiscos* de antaño he alcanzado a saber; que, en cuanto a los de hogaño, tela, y no escasa, tendría en que ocupar las tijeras. Pero yo de mío soy ya pacífico, tengo la pólvora mojada y no quiero camorra ni con mi vecino el campanero de San Pedro, que bastante me mortifica en ocasiones.

Perdone usted la cortedad, y créame su atento servidor que le besa la mano.





## A PASTOR S. OBLIGADO

Ya ha llovido, y recio, mi querido don Pastor, desde la época en que amigablemente departíamos en Lima, y en que yo barruntaba en usted algo así como tendencia a dejarse soliviantar por el demonio de la *Tradición*, demonio que ya de mí se había adueñado, y que me hacía dar ripio a la mano, borroneando cuartillas de papel.

Eso de comer pan de trastrigo, o de meterse uno donde no lo llaman ni han menester, por sólo el gusto de averiguar vidas y cosas de difuntos, es vicio a que todos los humanos pagamos *obligado* tributo y del que, por más enaltecer su apellido, se ha hecho usted reo convicto y confeso, dando a la estampa los tres volúmenes de *Tradiciones* que, al alcance de mis ojos, tengo hoy sobre mi mesa de trabajo.

Aunque en materia de bella literatura me he llamado al goce de jubilación, y en esto de *tradicionar* (páseme el verbo) soy ya como el herrero aquel a quien machacando se le olvidó el oficio, los libros de usted han conseguido que se me suba San Telmo a la gavia y, como no soy río, atrás me vuelvo en mi propósito de cesantía, *y ahí va*, como dice la leyenda del caballo de copas, esta mi carta que, a guisa de prólogo, estimaré a usted publique cuando le venga en gana echar a correr cortes un cuarto tomo, que de buena tinta sé que está usted condimentando y puliendo. Por lo menos, así ha tenido la amable in-



discreción de noticiármelo mi buen camarada el doctor Angel Justiniano Carranza.

Cuenta el entretenido padre Isla, de un loco más flaco y espiritado que el espíritu de la golosina, que andaba por las calles de Sevilla gritando:

—La persona que quiera saber cómo se cala un melón, acuda por la respuesta al tío Antón.

Rodeábanlo los curiosos, hacíanle la pregunta, y el loco contestaba:

—¿Conque se empeñan ustedes, señores míos, en saber cómo se cala un melón?..... Pues un melón se cala..... (y esto lo decía con énfasis de *magister*) sabiendo rezar el Credo.

Háme venido a los puntos de la pluma el cuento del gracioso fraile, como pretexto para consignar en esta carta todo lo que sé y pienso qué es y debe ser el género literario, de modernísima aclimatación en la literatura castellana, bautizado con el nombre de *TRADICION*, género que es romance y que no es romance, que es historia y que no es historia. Y seguir apuntando lo que es y lo que no es la Tradición sería el cuento de la buena pipa o de nunca acabar.

Como usted, amigo Pastor, es de los que le sacan púa al trompo y saben rezar el Credo....., según me lo comprueban sus tres notabilísimos volúmenes, resultando por ellos un buen calador de melones, va a permitirme hablarle de mis reminiscencias que con la Tradición tiene concomitancia; y si de esas mis reminiscencias no sacare usted jugo, diga caritativamente de mí lo que reza un refrán sobre un tal Diego Moreno, que habló largo y menudo, y que nada dijo de malo ni de bueno.

Allá en los remotos días de mi juventud, ha más de un tercio de siglo, ocurrióme pensar que era hasta obra de patriotismo popularizar los recuerdos del pasado, y que tal fruto no podía obtenerse empleando el estilo severo del historiador, estilo que hace bostezar a los indoctos. Yo era, por entonces, socio activo de la muy antigua casa de Ocio, Bausa y Compañía; y esta circunstancia abonará ante usted el empeño con que consagré la poca o mucha actividad de mi cerebro a discurrir sobre el tema. Verdad que ello no era meritorio para aficionado a las letras, a quien por esos días venía el tiempo más holgado que los calzones del cura de Puquina, que medían tres varas de pretina. El pueblo es como los niños, que tragan, y hasta con deleite, la píldora plateada.

Recordé que, en la infancia os granujillas y mocosuelas de mi

casa y de la vecindad nos agrupábamos, en las noches de clarísima luna, en torno de alguna vieja, gran *cuentista*, *cuentera* o *contadora* de cuentos (que de los tres modos sabíamos decirlo, sin cuidarnos del Diccionario), y se nos pasaban las horas muertas oyéndola narrar consejos que, si ahora las calificamos de ñoñerías sin entripado, a la chiquillería parecieron verdades como el puño, y con más intención que un toro bravo. Sonaban en un reloj de cuco las diez de la noche, y los muchachos distábamos mucho de pestañear, embelesados con cuentos que aunque la anciana nos los relatara por centésima vez, para nosotros revestían siempre el hechizo de lo nuevo. La infancia es de suyo desmemoriada, y la vieja sabía rezar el Credo.

—¡A dormir, niños!—gritaban impacientes las madres que en nuestras repúblicas americanas han sido, son y serán siempre muy mardrazas; y la muchachería se insurreccionaba y había lo de:

- «Ahora a la cama te vas.
- Si me cuentan otro cuento.
- Pero, hijo, si ya van ciento.....
- ¡Unito más!»

Y no había vuelta de hoja. Como la paloma en los árboles de fuego, venía el *unito más*.

¿Y qué es el pueblo? El pueblo no es mas que una colectividad de niños grandullones.

Resultado de mis lucubraciones sobre la mejor manera de popularizar los sucesos históricos fué la convicción íntima de que, más que al hecho mismo, debía el escritor dar importancia a la forma, que éste es el Credo del tío Antón. La forma ha de ser ligera y regocijada como unas castañuelas, y cuando un relato le sepa a poco al lector, se habrá conseguido avivar su curiosidad, obligándolo a buscar en concienzudos libros de Historia lo poco o mucho que anhele conocer, como complementario de la dedada de miel que, con una narración rápida y más o menos humorística, le diéramos a saborear. El estilo severo en una tradición cuadraría como *magnificat* en maitines; es decir, que no vendría a pelo.

Tal fué el origen de mis Tradiciones, y bien haya la hora en que, impulsado por un sentimiento de americanismo, me eché a discurrir sobre la forma, entre artística y palabrera, que a aquéllas convenía. Bien haya, repito, la hora en que me vino en mientes el platear píldoras, y dárselas a tragar al pueblo, sin andarme en chupaderitos ni con escrúpulos de monja boba. Algo, y aun algos, de mentira, y tal cual dosis

de verdad, por infinitesimal u homeopática que ella sea, muchísimo de esmero y pulimento en el lenguaje, y cata la receta para escribir Tradiciones. Tengo conciencia de que no he propinado veneno, sino pócima saludable para ilustración y entretenimiento del pueblo, amén de que es eminentemente sugestiva la índole literaria de esa clase de escritos.

¿No opina usted como yo, doctor Obligado? Pues dos cuartos voy a mi gallo.

Y de que no estuve del todo desacertado en predicar, como predicando sigo, que eso y no más es la Tradición, y que su atractivo y poder de sugestión sobre el alma están más en la forma que en el fondo, dame prueba palmaria la circunstancia de que este género literario, por mí puesto a la moda ha más de treinta años, encontró devotos en todas las repúblicas americanas, y devotos que, como usted, cultivan la Tradición con espiritual humorismo y no escasa corrección en la frase. El suceso aislado, por interesante y singular que sea, se parece a una joven bonita vestida de trapillo. La belleza cobra realce y valimiento con traje de seda o terciopelo. Hasta la fea (aunque entre las cuatro paredes de su cuarto, lo sea más que una excomunión) da gatazo cuando se exhibe vestida con arte.

Sucede que muchas veces el lector encuentra frívola y sandia una Tradición. Para mí la frivolidad o tontería no está en el asunto mismo, sino en que al tradicionista le faltaron ingenio y arte para dar interés a su relato; mejor dicho, se olvidó de rezar el consabido Credo. Es el caso de la fea mal acicalada y que por su desgüeño le da un susto mayúsculo al mismo miedo. Quien consagra sus ratos a borrar Tradiciones debe tener lo que se llama la gracia del barbero, gracia que estriba en sacar patilla de donde no hay pelo.

Un escritor meritísimo, compatriota de usted, don Joaquín V. González, muy señor mío y mi dueño, ha dicho que *la Tradición es la historia de los pueblos que no tienen historia*. La frase es bonita, y nueva. Aquí sea mi hora, si no es verdad que cuando leí ese concepto me sentí como sin faja de ombligo, que dice el refrán, y por mucho que en el terreno de mi consideración literaria tenga al señor González bajo toldo y sobre peana, como reza otro refrán, no quiero que se me moje la pólvora sin decir al muy galano escritor argentino que su aforismo no tiene para mí valor de tal. Siempre he reconocido que la Tradición puede ser una de las fuentes auxiliares de la Historia, pero se me atraganta lo de que ella alcance a ser la Historia misma. Cuatro siglos cuenta ya



la América de vida civilizada, y su historia está muy lejos de basarse en tradiciones. El historiador tiene en mucho los documentos y en poco o nada los decires del pueblo. Hasta para la historia de los tiempos precolombinos, a falta de escritura cuneiforme, de jeroglíficos como los de los códices maya y mexicano, y de los quipus peruanos, están los monumentos de piedra convidando al investigador a severo estudio sobre la vida y civilización de pueblos cuyo origen sigue envuelto en la noche del misterio. Para el que sepa o alcance a leer en la piedra como en un documento, no es la Tradición la que le habrá servido de gran cosa para reconstruir la Historia.

Usted dirá acaso que al hilvanar esta carta he llevado lechuzas a Atenas o aguas al mar, hablándole de teorías que usted se tiene por sabidas, y tanto, que las ha llevado a la práctica, como lo prueban sus interesantes libros; y lo mismo dirá mi bondadoso y viejo amigo Isidoro de María, autor de las *Tradiciones uruguayas*, en las que la llaneza del estilo y lo conceptuoso de la frase armonizan sin esfuerzo. Pero, amigo mío, nunca por mucho llover fué mal año, y no es dar puñalada en el cielo o pretender realizar lo imposible el insistir en la repetición de lo mismo, que, hasta en tono serio, he predicado cuantas veces me he visto en el compromiso de subir al púlpito para expresar mis ideas sobre lo que, a mi modesto juicio, es o debe ser la Tradición.

Repito que esta mi opinión humilísima no es lección de catedrático, y es usted muy dueño de no acatarla.

—Baila usted como la misma Terpsícore, dijo en un salón un galante almibarado a una preciosa niña, la que le contestó: —No, señor; yo bailo como me da la gana y sin imitar a nadie, y menos a esa señora Terpsícore, a la que ni en misa he conocido.

Y basta de parlerías, y que Dios siga dando a usted como hasta aquí buena mano derecha. Adelante, mi querido doctor Obligado. No desmaye usted en la labor, y que venga pronto su cuarto volumen de *Tradiciones* a proporcionar horas de delicioso solaz a este su apreciador sincero y amigo afectísimo.



## PARRAFADAS DE CRÍTICA





## LA CENSURA TEATRAL

DOS CARTAS A DON ELOY P. BUXÓ

### I

Señor y amigo:

Cuando el sábado tuve la humorada de dirigirme a dos de los legisladores de mi patria, expresándoles mi opinión sobre los puntos que, a mi juicio, son vulnerables en el proyecto relativo a propiedad literaria, estuvo muy lejos de mi ánimo la idea de sostener polémica. Pero ha tenido usted la amabilidad de lanzarse a la palestra, constituyéndose paladín del proyecto, y así por cortesía cuanto por personal aprecio, véome en el compromiso de replicarle.

En cuanto al principio, no hay discusión. Todos estamos de acuerdo en que la censura es una rémora. De lo que se trata es del lado práctico o de la aplicación del principio. Lo que debemos examinar es la cuestión de actualidad. Fijándome en ella, he sostenido y sostengo que la abolición de la censura nos traería mayor cosecha de males que de bienes.

Ciertamente que deseo para el Perú un teatro propio; pero por lo

mismo que tal deseo abrigo, pienso que la abolición de la censura dificulta por ahora el logro del propósito. (Eso de teatro *propio* es una manera de decir, y no más.)

¿Tendremos—me pregunta usted—teatro peruano, dejando que se escriba poco y que el público reciba, como párvulo sin juicio, lo que por selecto quieran darle los censores oficiales, o abriendo de par en par las puertas del coliseo para que se escriba mucho y el público tenga entonces en qué escoger?

Pues maravíllese usted con mi respuesta: —Prefiero poco y mediano a mucho y malo. No quiero que el teatro se transforme en lupanar, por cuyas puertas, abiertas de par en par, pasen todas las prostituciones. Sí, señor; quiero la puerta entornada, y que sólo se abra para dar paso a lo digno de penetrar en el santuario.

En una nación que apenas cuenta poco más de medio siglo de vida, donde las bellas letras no son todavía una carrera, y donde no abundan inteligencias que al culto de tan ingratas damas consagren su actividad toda, no temo decir que el público es el párvulo de que usted habla; el párvulo, sí, señor, que necesita ser guiado, y cuyo paladar no debe estragarse, dejándole a su arbitrio mezclar los manjares sanos y delicados con los potajes groseros e indigestos.

Supongo que usted no aceptará el argumento del granuja a quien dijo el juez: —¿Tan muchacho y ya ladrón? —Me parece, señor juez, que a los trece años estoy en edad para empezar a aprender oficio.

Yo creo en la ley del progreso humano. Día vendrá en que esté formado el gusto del infante y en que pueda y deba, razonablemente y sin peligro, abolirse la censura. La oportunidad aun no ha llegado. Ella vendrá cuando, como dijo un poeta:

en Cacabelos un chulo  
alcanzare a descubrir  
la cuadratura del cír.....

No anticipemos el porvenir. Lo primero es tener moneda; después pensaremos en tener portamonedas.

Recela usted que por timidez nos estanquemos. ¡Y bien! Vale más eso que estrellarnos. Nada se pierde, y puede ganarse mucho esperando a que el grado de ilustración de nuestro pueblo nos permita darnos un lujo del que todavía no disfrutaban países más avanzados.

Pregunta usted si no concedo aún gusto al público y a la prensa



que ha de juzgar las libres creaciones del autor dramático. Vuelva usted a escandalizarse. Yo, que no quiero mentir por halagar la fatuidad de la mayoría, ni andarme con tapujos ni con paja picada, le contesto rotundamente: —No, señor, no les concedo—; y puedo ser tan explícito en mi respuesta porque como nunca he de escribir una comedia, tarea para la que me reconozco más negado que una negación teológica, no corro riesgo de silbatina.

Como argumento abrumador me endilga usted esta otra pregunta: ¿Para qué sirve la crítica?

¡La crítica! ¡La crítica!

¡Hombre! No he tenido el gusto de verle la cara a esa señora por estos barrios. Si usted la encuentra y la trata, encárguese de saludarla de mi parte.

¡La crítica! Limeño viejo soy, y, salvo los frívolos artículos de gaceta teatral, nunca he leído en nuestros diarios concienzudo juicio sobre nuestras obras dramáticas. Aquí es del caso decir con Manuel del Palacio:

De cien cabezas que veas,  
ninguna hallarás vacía:  
en diez se anidan ideas,  
y en noventa..... tontería.

No le levantemos a nadie la tapa de los sesos, pues son infinitas las cabezas que carecen de sesos bajo la tapa.

¿Por dónde anda, pues, la crítica? Por las nubes, señor Buxó, por las nubes, y no se ha dignado todavía posar su planta en mi tierra.

Ella vendrá, lo espero; pero lo que es hasta hoy no ha venido, y el que venga me tiene tan sin cuidado como a Pío IX la venida del Anticristo. Cuentan que hallándose en el vigésimo año de su pontificado, se le presentó un fraile muy anciano y con humos de santidad, y le comunicó entre sollozo y sollozo que, en sueños, había tenido la revelación de que el Anticristo estaba ya en el mundo. —¿Qué edad tiene?, interrogó el pontífice. —Tendrá como dos años de nacido. —¡Ah! Pues dejémoslo que crezca, ya que no es a mí, sino a alguno de mis sucesores, a quien dará dolores de cabeza.

No se necesita gran esfuerzo para probar que el criterio teatral, mejor dicho, el gusto de nuestro público está aún por formarse. Desautorizado juez es un público que invade el coliseo durante diez o doce representaciones de la *Pasión y Muerte de Jesús*, ese mamarracho en que vimos caricaturada la noble figura de Cristo y parodiado el so-

lemne drama del Calvario. Y a propósito de esta profanación literario-religiosa, permítame usted copiar un acápite de carta que, por esos días, me dirigió el justamente afamado crítico español don Juan Martínez Villergas:

«Sé que se ha puesto en escena en Lima una quisicosa patibularia tomada de la pasión de Jesús, y aun no sólo sé que esa quisicosa hizo caldo gordo a una empresa, como lo ha hecho en Barcelona y otros lugares a otras tantas empresas, sino que la mayor parte de los periódicos de la ciudad de los Reyes ha tributado encomios a dicha obra. Ahora bien; a mi modo de ver, si hay algo que merezca llamarse odioso atentado contra la estética, contra el sentido común, contra los fueros que todavía conceden a Melpomene y Talía los hombres de sano criterio, y hasta contra el pudor, es ese mamotreto que ha arrancado elogios en vez de soberbios varapalos a los órganos de la opinión. Cuando se apela a recursos tales como los que se han usado en este drama para producir sensación en el público, se puede asegurar que no hay criterio, que la inspiración ha dejado de existir, que el arte ha fallecido, que el mercantilismo, explotador de la ignorancia o de la mojigatocracia, es lo único capaz de conmover a la muchedumbre, y que, por lo tanto, no nos queda mas que romper la pluma o ponernos al nivel de los que crean y aplauden dramas como el de la *Pasión*.»

Si con censura previa hemos asistido a representaciones indignas de un pueblo culto, ya verá usted, señor Buxó, el aluvión de monstruosidades que caerá sobre la escena el día en que desaparezca tal cortapisa. Vale más carecer de teatro *propio* que poseer un repertorio de sandeces. Y además, dicho sea con franqueza, eso de teatro propio, de teatro peruano, es como aspirar a poseer un autógrafo de Jesucristo o de Francisco Pizarro, que no supo escribir.

Con censura hemos tenido las bellísimas comedias de Pardo y de Segura, el *Alfredo*, de Luis Cisneros, y otras producciones de mérito que excuso citar. Al poeta que tiene verdaderas dotes y conciencia literaria no le alarma la censura. Sólo para los desheredados del talento es una esfinge el censor.

Dadas las condiciones de actualidad política, en el Perú la abolición de la censura haría del teatro un palenque, un campo de Agramante, en donde los partidos esgrimirían las mismas armas envenenadas de que hacen uso en las batallas de prensa. Otros autores, para halagar a la muchedumbre y cosechar los aplausos de una noche, lanzarían

ideas disociadoras, o jugarían, luciendo más o menos *esprit*, con el vocablo obsceno. Y note usted que hago caso omiso de los desaguisados contra la estética. Rechazo el despotismo asnal de los analfabetos.

Si a esto se llama libertad, reniego de ella. Me asusta imaginármela en el teatro de mi país.

Y no se diga que idénticos daños puede producir el libro o el artículo. El padre de familia sabe poner éstos fuera del alcance de los seres por cuyo pudor está encargado de velar; pero no le es posible impedir que en el teatro, más que las piruetas de una bolero desenvuelta, hieran la castidad de sus hijas aquellas escenas licenciosas de ciertos dramaturgos, escenas que un vate amigo mío llama *cancán* bien versificado.

¡Vea usted por el lado de la moral cuánto vamos a ganar con la abolición de la censura! Y dígolo yo, que no milito entre los histéricos del misticismo.

Siento que en esta materia haya usted, señor Buxó, hablado como autor dramático, es decir, como parte interesada. Pues a usted, en quien reconozco un galano poeta y un literato entendido en el arte escénico, es a quien menos daño puede ocasionar la subsistencia de la censura.

Por el contrario, ella contribuirá a aquilatar su mérito. La censura pone en transparencia a las nulidades; pero realza a los hombres de claro talento como usted.

A riesgo de que me califique usted de mezquino y de hombre de criterio estrecho, mi nacionalismo me obliga a rechazar una frase de su epístola: aquella en que se brinda usted para la formación de *nuestra* dramática.

Muchas gracias por el empeño en *peruanizarse*. No creo que a las letras de mi país les convenga nada ajeno. Bien estamos sin pedagogo.

Descifrar no he podido en todo el día,  
por más que en descifrarlo puse empeño,  
por qué causa en Turquía  
no nacerá un limeño.

En cambio debo a usted la importante nueva de que en Valladolid de España se nace peruano.

Puede usted escribir el mejor drama o comedia que haya brotado de pluma y cerebro humanos, y yo, sinceramente, le deseo tal gloria; pero, amigo mío, lo que usted produzca será joya para la literatura es-



pañola. Lo que es la peruana, con las producciones de usted ni gana ni pierde. Las admiraremos y aplaudiremos, como admiramos y aplaudimos las obras de Bretón y de Tamayo, de López Ayala y de García Gutiérrez. No se afane usted, pues, por *nuestra* dramática; porque ese afán no se lo agradecemos, y perdería lastimosamente su tiempo. Los peruanos nos bastamos y nos sobramos para, si Dios quiere, andando los siglos, con censura o sin ella, formarnos, bueno, mediocre o malo, *nuestro* teatrito.

Cuentan que Alejandro le propuso a un poeta que lo acompañara en una de sus expediciones, un filipo de oro (libra esterlina) por cada verso bueno, y un latigazo por cada disparate. El poeta no aceptó, e hizo bien, porque el mejor poeta, o sabio en canuto, nos larga de repente unas candideces..... que ni las mías.

Disimule usted la llaneza con que hilvano mis conceptos. Yo soy así....., algo partidario de la doctrina Monroe: América para los americanos.

## II

### Amigo y señor:

Contrariando mi propósito de no sostener polémica, véome obligado a avisarle recibo de su filípica del jueves, que no contesté ayer por haberla leído algo tarde y venirme el tiempo estrecho. Veo que mi réplica le ha llegado tan a lo vivo, que ni en sección gacetillera o cachivachesca desperdicia oportunidad para resollar por la herida.

Empecemos por restablecer la verdad. Yo me dirigí a los señores Forero y Salazar, no para que ellos me refutasen en artículos de periódico, sino para que, al discutirse el proyecto, atendiesen o rechazasen mis observaciones. De antiguo sé, pues he ocupado sillón en varios Congresos, que el campo del representante no es la prensa, sino la tribuna. Pudo usted ahorrarse la leccioncita. Tratábase de legislación patria, de algo que a los peruanos atañe, pues ellos son los llamados a cosechar los beneficios o males de la ley. Aunque tomó usted en la procesión cirio que no se le brindaba, nada habría tenido ello de particular si, al tomarlo, no lo hubiera hecho asumiendo aire magistral, que no otra cosa es su pretensión de enseñarnos lo que hay que hacer para que tengamos teatro nacional, *nuestra dramática*, como usted dice.



A ese *nuestra* es a lo que llamé empeño de *peruanizarse*, calificativo que ha sulfurado su bilis.

Hay cosas que al parecer  
parecen ser, y no siendo  
hay cosas que se están viendo  
y no se pueden creer.

Sucede, señor Buxó, que algunos de los europeos que por acá nos llegan como caídos del techo, se imaginan que todavía vestimos plumas, y que les basta con cinco o seis meses de residencia entre nosotros para plantar escuela de *omnia re et quibusdam allia scibile*. Esa petulancia, sazónada con sal de gallarúza, es lo que hiere nuestro amor propio nacional, y la que inspiró, no recuerdo a cuál de nuestros vates, esta gráfica quintilla:

Llegó a estas bellas regiones  
un sabio, que era un portento:  
mostró condecoraciones  
y diplomas a montones.....  
pero no mostró el talento.

Que un escritor europeo, a poco de pisar Lima, cuando materialmente le ha sido imposible conocer nuestra sociedad y costumbres, se lance a criticarnos, a zaherir a nuestros hombres públicos, a tomar cartas en nuestra política, a darla, en fin, de patriota en patria ajena, es, señor Buxó, lo que los peruanos que sentimos rebullirse el alma en el almario no podemos tolerar con paciencia. Ese fué el pecado de su paisano Paúl y Angulo en varias de nuestras repúblicas, y a la postre salió de todas como rata por tirante. Sospechoso tiene siempre que sernos ese amor que nace como los hongos y repentinamente, apenas se ha pisado este suelo.

Alguien ha dicho que los refranes son la sabiduría de las naciones, y usted conocerá uno, español por más señas, que dice: —De mi rey, yo; de mi rey, nadie.— ¿Qué quiere usted? Así es el patriotismo....., un tanto cogijoso y egoísta. Usted habló en su primer artículo de *nuestra dramática*, que está por formarse, y a cuya formación se proponía dar impulso: es decir, que para que tengamos un repertorio propio nos hacía usted falta y grande. Creó que la pretensión merecía de suyo la justa protesta mía; que tanto lo ha mortificado.

Si yo fuera a la tierra de usted, y de cuenta de escritor, más o menos aventajado, me atreviera, apenas sacudido el polvo del camino, a decir: —Voy a enseñar a ustedes cómo se forma teatro nacional y

cómo se gobierna; y cuáles hombres son los patriotas y cuáles los pícaros; y quiénes tienen talento y quiénes son brutos; en fin, que de una plumada diera y quitara reputaciones, ¿no cree usted, francamente, que se me vendría el tinglado encima? ¿Quién es usted—me preguntarían—, que viene sin ton ni son a fundar cátedra de crítica y a armar polémica, hoy con uno y mañana con otro?

No me llamarían tonto, porque ya no hay tontos sobre la tierra, pues la mujer que los paría se murió y la enterraron; pero en cambio sigue gozando de cabal salud la mujer que pare bellacos.

¡No! Yo no rechazo al extranjero, que nos trae su contingente de luces, de civilización y de trabajo; pero siempre he rechazado a los escritores que, sin vínculos para con el Perú, desempeñan la tarea metafísica de azuzar nuestras rencillas domésticas. A quienes rechazo es a los que se exhiben con ínfulas de maestros, que a fuerza de audacia pretenden apoderarse de la batuta, y que intentan darnos lecciones de buen gobierno, y de patriotismo, y de moralidad, y de suficiencia. Rechazo al huésped que, abusando de la hospitalidad, se hace censor de nuestras acciones, y dueño y arreglador de nuestra casa. Yo soy de los miopes que duermen con lentes puestos para verle la cara al critiquizante extranjero que en sueños se me aparece.

Hechas estas distinciones, que usted calificará de estrechas y de mezquinas, pasemos a otro punto.

Aquí tenemos — dice usted — un escritor que nacionaliza el arte. ¡Y qué! ¿Cada pueblo no tiene su literatura? Sí, señor, nacionalizo; porque, aparte aquella bonita paradoja de que los hombres ilustres pertenecen a la humanidad, la gloria de Lamartine y de Víctor Hugo será siempre gloria para la literatura francesa, como la de Quintana y Campoamor para la española.

Sufre usted una equivocación al hablar de la Avellaneda y de don Ventura de la Vega.

La primera, nacida en país que hoy mismo es colonia española, no podía tener otra nacionalidad que la de la metrópoli. Vega fué niño a Europa, y, cortesano de Isabel II, obtuvo cargos que en la monarquía sólo se confieren al súbdito. Vega renunció a la ciudadanía argentina, y los hijos de esta república no lo han considerado jamás en su Parnaso, como a ningún peruano se le ha ocurrido considerar entre nuestros vates al conde de Cheste ni a Cayetano Zuricalday, que, aunque nacidos en Lima, adoptaron la nacionalidad española. La comparación que usted establece se encuentra, pues, fuera de lugar. Porque

Zorrilla, durante su permanencia en México, escribiera un drama, ¿podrá razonablemente sostenerse que ese drama forma parte de la Talía mexicana? ¿O cree usted que la *Caja de Pandora*, a pesar de sus bonitos versos, nos da honra bastante para que la inscribamos en nuestro repertorio teatral? Con razón aboga usted por la abolición de la censura. Sin ella tendríamos cada mes una *Caja de Pandora*, en que se pusiera de oro y azul a nuestra sociedad.

Y con esto pongo, por mi parte, punto final a la cuestión.



## PARRAFADAS DE CRÍTICA

### DOS LIBROS DE VERSOS

Confieso que, con los años y el estudio, he llegado a convencerme de que es muy fácil criticar y muy difícil producir; y de esta íntima convicción mía nace que, al juzgar obras literarias, esté siempre mi espíritu más dispuesto a la benevolencia que a la censura amarga. Cómoda tarea es la de buscar sólo los defectos, haciendo gala de delicadeza de gusto. Libreme el cielo de sentar plaza de intransigente zoilo. Ni en literatura ni en política soy de los que dicen que de cada mil almas una va con Dios y las demás con el diablo.

En países como el nuestro, donde la literatura no es una carrera, y en donde ni siquiera encuentra estímulos dignos quien consagra sus ocios al cultivo de las letras, creo que los que, por justos o verenjustos, hemos alcanzado a crearnos una modesta fama, llenamos deber de patriotismo alentando con una palabra de aplauso a los jóvenes que, con destellos de talento y sobra de entusiasmo, acometen la ardua empresa de dar a la estampa sus producciones. Y tanto es así, que prefiero callar cuando no encuentro en un libro pretexto para el elogio. No escribió, ciertamente, para mí el gran Víctor Hugo estas palabras:

—*La boca de un poeta encomiando a otro poeta es un vaso de hiel azucarada.*

Antes, pues, que desalentar a la juventud estudiosa con críticas virulentas, que, a Dios gracias, ajeno soy a mezquindades y pasioncillas, consiento en aceptar este reproche que alguna vez se me ha dirigido: —Que Dios me echó al mundo para halagar vanidades.

Afortunadamente no se hallan en este caso los dos libritos de versos sobre los que el director del *Correo del Perú* me ha impuesto hoy el compromiso de emitir ligero juicio. Los autores me son desconocidos.



Poniendo punto al *introito*, un si es no es personal, pasemos a ocuparnos del prójimo en Cristo y hermano en Apolo.

\* \* \*

Que en don José María Chaves, autor de las *Melodías religiosas*, hay dotes de poeta lírico no es para mí cuestión. En efecto, poeta es el que escribe versos como los siguientes:

¡Ay! en el vicio estéril  
el corazón del hombre se marchita,  
sin savia que lo aliente,  
cual un árbol mordido de serpiente.  
Y el manzano agostado,  
¿qué fruto puede dar? Y si su dueño  
lo abandona al olvido,  
¿podrá ostentarse fresco y florecido?

Vése, sin gran esfuerzo, que el autor ha leído, y con provecho, al divino Herrera, a Rioja y Luis de León, pues ha acertado a imitarlos en giros y locuciones. No desdeñe el joven poeta tan excelentes maestros, que, andando los tiempos, ellos lo conducirán a figurar en el moderno Parnaso americano.

En la silva, principalmente, hallo felices reminiscencias de esos ilustres ingenios que tanto esplendor dieron a las letras castellanas. Véase la pintura que del poeta hace el señor Chaves, pintura llena de vigor en la expresión y de lozanía en las imágenes:

Corazón con latidos de armonía,  
alma de amor que nunca a odiar aprende,  
relámpago divino  
que sólo en Dios y para el bien se enciende,  
acaso cual la tímida violeta,  
desde un retiro le convida al mundo  
su delicioso aroma,  
y aunque sufra cual Job, su mismo llanto  
es un himno, un perfume, un riego santo.  
Sucesor dé Moisés y de Isaías,  
su función es un gran pontificado;  
y cuando imperios grandes han caído  
y reyes yacen en profundo olvido,  
sus santas armonías,  
al través de los siglos, aun deleitan  
a miles de millones  
de entusiastas y nobles corazones.

Una de las buenas cualidades del vate a quien juzgamos es la sinceridad de creencia que respiran sus versos. En él el sentimiento

religioso se halla muy lejos de ser amanerado o fruto convencional o de cálculo. Sin penetrar en las nebulosas regiones de la filosofía, el señor Chaves siente y se expresa con claridad, y por mucho que el espíritu del siglo sea un tanto volteriano y descreído, nuestro poeta se encastilla en la fe de sus padres, en los recuerdos de la infancia y en la severidad de los buenos ejemplos, que, como semilla bendita, han fructificado en su alma.

En cuanto a la forma, mucho habría donde hincar el diente: abundancia de ripios, abuso de adjetivos y sinónimos, versos que pecan mortalmente contra las leyes de la armonía y.....; pero el poeta confiesa, hasta cierto punto, su pecado, cuando dice: «Yo no soy hijo del arte; yo soy como la fuentecilla de la pradera, que a veces se seca y otras veces rompe su cauce y se dilata hasta el pie de los árboles, que acompañan sus quejas con su susurro.»

Quien así se conoce y así se expresa, quien así es modesto, se halla en camino de adelantar mucho y de escribir en breve algo menos desaliñado que las *Melodías religiosas*.

\* \* \*

*Ego Polibio* es la firma bajo la cual se esconde un poeta que acaba de coleccionar cien picarescos sonetos, a los que llama *Zanahorias y remolachas*. El librito es una panacea contra la tristeza, y como tal lo recomendamos a los caracteres melancólicos. Sonetos tiene, como el titulado *Zamacueca*, que convidan a echar una cana al aire.

La idea que constituye el fondo, el jugo diremos mejor, de las zanahorias y remolachas es en sí trivialísima o manoseada; pero lo magistral de la ejecución la reviste de mérito y novedad. Las incorrecciones, y complacémosnos en reconocer que no son muchas, no valen la pena de tomarse en cuenta. Ensáñense en ellas los alguaciles del Diccionario, que no otra cosa son los critiquizantes que andan a la pesca del *casticismo* palabrero.

Lo que más cautiva en los versos de *Ego Polibio* es la riqueza de rima. Parece, a primera vista, que el poeta se hubiera propuesto escribir con pies forzados y sacrificar la idea a la robustez y gracia del consonante; pero esta presunción queda destruída ante la soltura y facilidad de los versos. Esas rimas difíciles han brotado por entre los puntos de la pluma con la naturalidad del arroyo.

Pero no todos los sonetos son legumbres de la huerta, no todos son

chiste y travesura. Dos hay que no son zanahorias ni remolachas. El uno es flor perfumada del ramillete de una dama, y el otro, espinoso cardo. Gran intención filosófica, aunque ligeramente amarga, hay en ellos y verdadero aroma poético. Me refiero al titulado *A una bella* y al que voy a darme el gusto barato de copiar:

## A UN INGRATO

Triste llegaste de la culta Europa,  
sin un rasgo siquiera de cultura,  
a mendigar humilde la basura,  
de mi tierra feraz, en baja tropa.

Sin un realillo de vellón, sin ropa,  
con la grasienta faja en la cintura,  
conservando tu estólida gordura  
con la *olla podrida* y mala sopa.

Pronto vestiste como Adán decente;  
que cariñoso, liberal, clemente,  
de la escoria te alzó noble peruano.

Olvidaste tu ayer, nada halagable,  
¡y muerdes hoy, imbécil miserable,  
la bella, fiel y generosa mano!

En conclusión: *Ego Polibio* no ha nacido para poeta lacrimoso. No es romántica lira de cuerdas de oro la que él maneja, sino alegre, encintada castañuela y bullicioso tamboril. Hartas lágrimas hay sobre la tierra y escasísimas risas (se ha dicho), y por eso aspira a prolongar las fiestas carnavalescas tomando la vida por su lado risueño. Que las decepciones no envenenen un día su espíritu. Aleje Dios de sus labios la hiel del sarcasmo y, los que amamos los versos graciosos y ligeros, nos prometemos que la juguetona musa de *Ego Polibio* nos regalará con producciones más limadas y de mayor aliento que las *Zanahorias y remolachas*.



## ALGO SOBRE UNA LEY DE INSTRUCCION

En ningún ramo se ha hecho sentir tanto la inestabilidad de nuestra manera de ser, social y política, como en el ramo de Instrucción pública. Nuestros presupuestos consignan ingentes sumas para el sostenimiento de infinitas escuelas; y la verdad es que nos damos el lujo de gastar en la enseñanza, sin haber cuidado antes de crear maestros que enseñen. A la falta de pedagogos instruídos hay que añadir un pecado capital, fruto exclusivo de la condición atrasada de nuestros pueblos del interior. No sólo no hay maestros, sino que tampoco hay alumnos. El indígena raciocina que para cultivar una fanegada de terreno y aumentar su rebaño de cabras no ha tenido necesidad de saber leer y escribir, que su hijo debe seguir su ejemplo, y que más provecho saca éste ayudándolo en sus labores agrícolas que pasándose las horas muertas deletreando el silabario y haciendo palotes. Así las escuelas están desiertas y la autoridad es impotente para compeler a los padres de familia.

Por otro lado, se ha reglamentado tanto en materia de instrucción que ya no hay cómo entenderse. Cada ministro del ramo, por hacer que hacemos, sin gran meditación ni estudio, ha implantado un sistema, que luego el sucesor ha reemplazado con otro. Y de esta volubilidad ha resultado un pan como unas hostias, y así anda la instrucción universitaria más revuelta que costura de beata y

más tórcida que una ley  
cuando no quieren que sirva,

como dijo el regocijado poeta limeño Juan de Caviedes.

La manía de imitar irreflexiblemente lo que se hace en otros países



ha hecho que se trate de implantar entre nosotros el sistema universitario de Francia; olvidando que la prudencia aconseja dar tiempo al tiempo, y aguardar a que se reúnan ciertas condiciones y circunstancias que hagan provechoso en Lima lo que aun es discutible si es bueno en París.

De todos estos puntos y de otros más que nos dejamos en el tintero por no ser difusos, se ocupa el interesantísimo libro que bajo el seudónimo T. L. S. acaba de publicar uno de nuestros más distinguidos y correctos escritores (1). En *Algo para una ley de instrucción* vemos, más que un libro de doctrina, una obra de polémica. El autor, con envidiable ligereza y con un estilo lleno de atractivo, combate el actual sistema universitario, y sus argumentos, en muchos casos, como cuando aboga por la conveniencia de restablecer el internado, son incontestables.

Al hablar de la llamada Escuela de Artes y Oficios, cuya actual organización combate, entra el autor en importantísimas consideraciones sobre la gran cuestión que hoy trae convulsionada a Europa. «Hay en la Internacional (dice) un hecho que no debe despreciarse: la miseria de los obreros, que quieren trabajar para vivir y que no tienen trabajo, y la de los que trabajan sin un provecho proporcionado. De ese hecho han abusado los ateos, socialistas y comunistas, y los demagogos, que nada respetan, siempre que se les franquee el camino hacia el poder. No somos partidarios de la Internacional; porque, para nosotros, la Biblia es el único código completo de moral y de derecho: el culto, necesidad individual y social; la herencia, la salvaguardia de la familia; y sin impuestos, sin fuerza pública, sin gobierno, sin religión, es imposible la sociedad. Pero la Internacional descansa en un hecho en el que hay, cuando no un fondo de justicia, una loable aspiración.»

Perdone el ilustrado señor T. L. S. que no estemos de acuerdo con su opinión. Creemos que no hay aspiración loable si ante todo no está basada en la justicia. Convenimos en que el obrero tiene derecho al trabajo; pero no aceptamos que para hacer práctico este derecho le sea, no diremos lícito, sino excusable, recurrir a la violencia y al desquiciamiento social. Para nosotros, ese desnivel funestísimo en la cuestión capital del trabajo no es mas que, valiéndonos de una frase

---

(1) El doctor D. Manuel Santos Pasapera, catedrático en la Universidad de Lima.

del mismo señor S., *una desigualdad racional e inevitable*, y no la obra de la injusticia humana.

Incidentalmente consagra el señor T. L. S. algunos capítulos de su libro a la música, la pintura, el teatro, la biblioteca y museo, y, francamente hablando, son estos capítulos los que más han llamado nuestra atención. Cada uno de ellos forma un excelente cuadro de crítica social y administrativa, donde campean el aticismo literario y el espíritu filosófico y de observación concienzuda, que tan estimables hacen las producciones de nuestro modesto amigo.

Completa el libro del señor T. L. S. un proyecto de ley de instrucción que, en el fondo, es la síntesis de las ideas que forman el cuerpo de la obra. Extraños a la carrera del profesorado, reconocemos nuestra incompetencia para juzgar este trabajo; pero sería de desear que, hallándose hoy reunido el Congreso, fuese tomado en consideración el indicado proyecto. Honra, y grande, será para los legisladores de 1874 dictar una ley de instrucción que, por imperfecta que salga, siempre significará un paso adelante en las regiones del progreso.



## LAS REVOLUCIONES DE AREQUIPA

El doctor don Juan Gualberto Valdivia, que tan útilmente ha servido al país en el profesorado, acaba de enriquecer la bibliografía nacional con una importante obra titulada: *Memoria sobre las revoluciones de Arequipa, desde 1834 hasta 1866*.

Ciertamente que nada hay de más comprometido y difícil que escribir sobre política contemporánea. Vivos aún muchos de los personajes que han desempeñado los primeros papeles en nuestras contiendas civiles, el historiador tiene que atropellar por mil consideraciones para presentar hechos y actores; y tal es la tarea que, con sobra de audacia, ha acometido el señor doctor Valdivia.

Con todo el respeto que nos merecen la honorabilidad y la reputación del señor deán del coro de Arequipa, y arrojando el peligro de que se nos eche en cara nuestra insignificancia para juzgar un trabajo que lleva por garantía firma tan autorizada, vamos a permitirnos consignar someramente las observaciones que su lectura nos ha sugerido.

Quien busque en el libro del señor Valdivia galas literarias pierde lastimosamente su tiempo; pues bajo este aspecto la obra no está, ni con mucho, a la altura de la reputación del fogoso redactor del *Yanacocha*. Vese que los años han debilitado el vigor de la pluma, que el lenguaje es por demás incorrecto, y que su llaneza se confunde casi siempre con lo vulgar. El mismo señor Valdivia declara que no aspira a ser un Tácito ni a lucir primores académicos; y ante tan franca declaración, no es ya lícito hacer hincapié en la cuestión de forma.

El doctor Valdivia, dotado de una felicísima memoria, ha querido sólo dar a sus recuerdos la forma del libro, y defender al pueblo arequipeño de atrabiliarios e injustos calificativos.



En la narración que de los sucesos hace, desde la revolución contra Orbegoso hasta la caída de Santa Cruz, sucesos en que el doctor Valdivia tomó tan activa parte, hay páginas en que el escritor se anima y parece retemplado con un resto del calor de los días juveniles. Las *Memorias* son la confesión sincera, el *peccavi* con sus respectivos tres golpes de pecho que el señor Valdivia hace ante la patria de un error político, y bien merece absolución plenaria por su ingenuidad. El señor Valdivia, al ser uno de los más activos auxiliares de la invasión boliviana, cometió una falta de la que en verdad no puede culparse a su patriotismo, sino al imperio de especialísimas circunstancias del momento. El no vió mas que la necesidad de mantener triunfante el principio constitucional; no alcanzó a convencerse de que la causa de Salaverry, el revolucionario de cuartel, había llegado a convertirse en la causa nacional; y cuando midió el abismo y quiso retroceder, ya era tarde. Había avanzado demasiado y la vorágine lo envolvía.

Las figuras políticas que más airoso papel hacen en las *Memorias* son las de los generales Nieto y Castilla. La amistad de Valdivia por el general Nieto es casi un culto, y esta constancia de afecto que sobrevive a la tumba, en estos tiempos de fragilidad en que tan pronto se olvida a los que fueron para acordarse únicamente de los que son o pueden ser, hace elocuente elogio de los sentimientos del hombre. El señor Valdivia ha probado, con su libro autobiográfico, que tiene la *memoria del corazón*.

En cambio, hay en su obra tanta destemplanza y tanto exceso de bilis para hablar del general Vivanco, que no se puede menos de negar la imparcialidad al escritor. Cuando se entinta la pluma para borrar páginas de historia que han de pasar a la posteridad, el hombre tiene que hacer el sacrificio de sus pasiones de hombre. El señor Valdivia ha olvidado que su libro, más que para nuestra generación, es para el mañana, y que por eso estaba obligado a juzgar a sus enemigos políticos o personales con más caridad cristiana, sin amor ni odio.

Pero por apasionadas que sean las *Memorias*, nos complacemos en reconocer que con su publicación ha prestado el doctor Valdivia un servicio a la Historia nacional, pues ellas arrojan luz sobre hombres y sucesos contemporáneos. La Historia tomará algún día en cuenta el libro del señor Valdivia, y ella, imparcial y justiciera, sabrá escoger el buen grano.





## DICCIONARIO HISTÓRICO

Asaz culpable ha sido la indiferencia con que en los pueblos hispanoamericanos se ha visto el estudio de la Historia que nos es propia. Por eso, multitud de documentos curiosos se han destruido y otros existen arrinconados en los archivos, entre espesa capa de polvo, dando sabroso alimento a ratones y polilla. Por fortuna, empieza a despertarse el gusto por conocer nuestro pasado político y social, y obreros de buena voluntad, como los señores Ribeyro, con su *Galería de los Anales universitarios*, Paz Soldán, con su *Historia del Perú independiente*, y Odriozola, con su curiosa compilación de *Documentos*, se han entrado con sobra de fe y de inteligencia en el rico venero, poco o nada explotado, de los tiempos que fueron.

Desde hace más de veinte años se hablaba con variedad en los círculos literarios de un trabajo que, sobre Historia patria, traía bajo los puntos de la pluma el señor general don Manuel de Mendiburu; y los que no alcanzan a darse cuenta de las dificultades que hay que vencer para ordenar hechos, compulsar documentos y rectificar datos, dudaban ya de que el empeño fuese realidad.

Por fin, para sosiego de impacientes y murmuradores, el primer volumen ha aparecido en la última semana. Es, por decirlo así, la muestra de la obra, y a fe que su contenido justifica ampliamente el retardo. Muchos años de consagración asidua y afanes sin cuento se requieren para producir un libro de tan palpitante interés como el *Diccionario histórico*.

El plan seguido por su ilustrado autor es presentar, en biografías de hombres notables, no sólo nuestra Historia colonial, sino la de la guerra de Independencia.

Nuestra Historia, desde los tiempos primitivos de los Incas hasta que sonó la hora de la conquista, se halla en estado embrionario. Es

una especie de mito fabuloso. Pero si no es aventurado sostener que sea imposible escribirla de una manera concienzuda, tal imposibilidad no existe tratándose de los tres siglos en que vivimos rindiendo vasallaje a los monarcas españoles. Hay crónicas, reales cédulas, gacetas e infinitos documentos de los que se puede hacer brotar raudales de luz. La tarea es, sobre todo, de inteligencia, para saber encontrar la verdad en aquellos incidentes sobre los que han escrito diversas plumas, variada y aun contradictoriamente.

Desde este punto de vista, el libro del señor de Mendiburu no puede dar campo para la crítica. Se conoce que el autor ha tenido a mano muchos cronistas que sobre las cosas de América escribieron, y que, con tino y habilidad, ha sabido huir del escollo de dar entrada en el santuario de la Historia a muchas de las fantasías de Garcilaso, a las exageraciones de Pedro Sancho el Conquistador, a las apasionadas noticias de Francisco Jerez, a la chispeante mordacidad del Palentino y a las candorosas narraciones de Montesinos, que, más que para historiador, había nacido para escribir cuentos de las *Mil y una noches*. Siempre hemos creído que la fábula y la ficción desnaturalizan la Historia, rebajando en mucho el carácter de severa majestad con que ella debe presentarse revestida.

Con acertadísimo criterio, al ocuparse de la conquista y de las guerras civiles que la siguieron en breve, prefiere el señor de Mendiburu a Antonio de Herrera, cronista de claro ingenio y de juicio sólido que tuvo a su disposición los archivos reales, el apoyo del Consejo de Indias y que, sobre algunos sucesos, recibió amplísimos informes de los mismos que en ellos fueron actores.

Las biografías de Atahualpa y de los Almagro nos pintan con superabundancia de pormenores y de hechos, sesudamente apreciados, las peripecias de la conquista, las escenas de sangre que a ella se mezclaron, y los horrores de las discordias entre bandos compuestos de gente allegadiza, ganosa de riquezas y dominada por las más ruines pasiones. Ante todo, el autor ha cuidado de no aceptar otros sucesos que los suficientemente comprobados, desvaneciendo equivocaciones de autores de nota sobre el lugar donde alguno de aquéllos se realizara.

Las biografías de Armendaris, Amat y Abascal son, en nuestro concepto, las mejores páginas del libro. No es posible dar, hasta en ciertos ligeros detalles, idea más completa de la administración de estos tres virreyes. La energía del de Castelfuerte, la astucia del señor de la Quinta del Rincón y la sagacidad del marqués de la Concordia se

desprenden del cuadro con natural y admirable relieve. Es pluma de maestro la que ha escrito estas tres magníficas biografías.

En cuanto al estilo, es claro, correcto y sin pretensiones, cual conviene a la solemne misión de la Historia, y estamos seguros de que los tomos siguientes, ya que no aventajen en mérito, pues ello no es posible, no desmayarán en el interés que inspira la lectura del primero.

Debe estar persuadido el señor general Mendiburu de que, con su inapreciable y monumental obra, ha rendido a la patria servicio de gran valía; y si el polvo del olvido llega a cubrir el nombre del soldado, no sucederá lo mismo con el nombre del historiador. Aunque incompetente el que estas líneas firma, tributa al autor del *Diccionario* su más entusiasta felicitación, bien que ella no pesa en la balanza, ni da ni quita glorias, ni encarna otro mérito que el de la espontánea sinceridad que la dicta.





## OLLANTAY

Cuando, hace pocos meses, oí al joven escritor don Constantino Carrasco leer en el Club Literario su traducción del *Ollantay*, confieso que fué tan grata la impresión que esa lectura me produjo, que al felicitar al poeta por su trabajo, dejéme arrebatarse del entusiasmo, y lo amenacé con que, si algún día daba la obra a la estampa, tuviese por seguro que mi humilde pluma borraría algunas líneas que servir pudieran de prólogo o introducción. Tal amenaza era la espada de Damocles pendiente de un hilo. Háse éste roto por obra y milagro de un editor complaciente, y héme en el compromiso de echar tajos y reveses a riesgo de herirme con mis propias armas.

Hoy, que tengo sobre mi mesa de trabajo las pruebas impresas del *Ollantay*, helo leído y releído, y mi entusiasmo por la obra y por su estimable y erudito traductor ha ido en escala ascendente. Enemigo de esa crítica implacable que fustiga con crueldad, así como de la que sin examen y a cierra ojos se encariña por las producciones del amigo, voy a permitirme, muy a la ligera, expresar mi acaso incompetente, pero muy sincero juicio.

Incuestionable es que la civilización de los imperios del Anahuac y Cuzco estuvo bastante avanzada para que estos pueblos hubieran tenido una literatura propia, original, verdadera expresión de las ideas y sentimientos de sus naturales. El *yaraví*, por ejemplo, especie de melancólico idilio, refleja por completo el carácter sombrío y soñador de la raza india. Nada hay que se le asemeje en la poesía popular y primitiva de los pueblos europeos.

Uno de los caracteres distintivos de la poesía lírica entre los indígenas fué el tono filosófico y sentencioso de sus conceptos. Garcilaso



nos ha transmitido algunas muestras de ella que justifican esta creencia. Y no sólo fué tal la índole de la poesía lírica entre los bardos del Perú, sino entre los del imperio azteca. Así se sabe que Netzahualt, rey de Tezcuco, príncipe notable por su sabiduría, grandeza de alma y empresas militares, escribió a principios del siglo XV, es decir, medio siglo antes de la conquista, unos versos de los que ofrezco esta pálida traducción:

La pompa mundanal se me figura  
de los sauces coposos la verdura,  
o el agua del arroyo enrarecida  
que no vuelve al caudal que la dió vida.  
Lo que fué ayer no es hoy. Sobre el mañana  
nada osará afirmar la ciencia humana.  
La tumba, vuelto polvo pestilente,  
encierra a quien ayer fué omnipotente.  
Es la gloria, quimera que el hombre ama,  
de otro volcán Pocatepelt la llama.  
¿Qué fué de las innúmeras legiones  
que impusieron la ley a otras naciones?  
¿Qué de los tronos? ¿Qué de las famosas  
obras de grandes sabios, portentosas?  
¡Nada sé! ¡Nada sé! Que el cielo esconde  
la misteriosa cifra que responde  
al enigma fatal, enigma sumio.....  
¡Todo, sobre la tierra, todo es humo!

Pero es preciso convenir en que, si bien la poesía es innata y responde a una exigencia del espíritu, entra por mucho la forma, el arte, mejor dicho, para abrillantar la frase. Por lo que conocemos de los *haravicus* o vates peruanos, que es muy poco ciertamente, sacamos en claro que, entre ellos, el arte, la forma, no anduvo muy aventajado.

Si para constituir una literatura nacional bastaran la originalidad de imágenes, la traducción fiel de costumbres y caracteres, y el trasunto del clima y del cielo bajo el cual se vive, preciso nos sería confesar que el drama *Ollantay* simboliza la poesía indígena del Perú. Mas, cuando se versifica en la lengua de Cervantes y Calderón, no creo que el poeta alcance a ser ni más ni menos que maestro o alumno del Parnaso español. Por mucho que en nuestros tiempos, Juan León Mera en su *Virgen del Sol*, José Fornaris en sus *Cantos del siboney*, Julio Arboleda en su *Gonzalo de Oyón* y otros poetas cuya enumeración sería larga, hayan pretendido crear una literatura indígena, véase en sus obras algo de amanerado, de poco espontáneo, y traslúcese estudioso empeño para disimular que los buenos modelos de la literatura española han influido en la inspiración del autor. ¿Quién al leer estos ver-

sos, bellísimos por otra parte, que se presentan como ejemplo de americanismo poético,

no tiene el Amazonas, en sus orillas,  
rosa como la rosa de tus mejillas,  
ni, en sus laderas, tienen nuestras montañas  
roca como la roca de tus entrañas,

no se imagina estar leyendo una de las armoniosas serenatas orientales de Zorrilla? Mal que nos pese, y mientras en América no inventemos para nuestro uso exclusivo un idioma, nuestra literatura tiene que ser española, eminentemente española. El americanismo en literatura no pasa, en mi concepto, de un lindo tema para borrar papel.

Pero estas reflexiones que sobre primitiva literatura indígena y sobre americanismo en literatura se me han escapado al correr de la pluma, eran indispensables para formular una opinión acerca de la obra en que, con tanta felicidad, ha lucido el señor Carrasco sus buenas dotes de poeta y su ilustración lingüística.

Historiadores de nota, apoyándose en Garcilaso, dicen que no fueron desconocidas entre los antiguos peruanos las farsas escénicas, o, lo que tanto vale, que existió la poesía dramática.

Si el *Ollantay* (y perdónese lo que haya de presuntuoso en este juicio) es la prueba testimonial que de esa opinión se me presenta, tentado estoy de sostener que la obra no fué compuesta en época de los Incas, sino cuando ya la conquista española había echado raíces en el Perú.

En efecto. Basta fijarse en la distribución de escenas y en la introducción de coros, para que se agolpen al espíritu reminiscencias del teatro griego. Diráse que las unidades de tiempo y de lugar no están consultadas; pero esto no probaría más sino que el autor quiso apartarse de los preceptistas clásicos, forzado acaso por la imposibilidad de encerrar su argumento en la estrechez de límites por aquéllos establecida.

La escena del acto primero, entre el galán y el gracioso, nos recuerda la obligada exposición de los poetas dramáticos del antiguo, original y admirable teatro español. Así en las comedias de Lope, Calderón, Moreto, Alarcón, Tirso y demás ingenios de la edad de oro de las letras castellanas, vemos siempre aparecer galán y gracioso preparando al espectador, con una larga tirada de versos, al desarrollo del asunto.

Otra de las circunstancias que me hace presumir que el *Ollantay* fué escrito en el segundo o tercer siglo de la conquista, y por pluma entendida en la literatura de los pueblos europeos, es la de que ni los antiguos ni los modernos poetas que han versificado en quichua hicieron uso de la rima, fuese ésta asonante o consonante. Plumas muy autorizadas han sostenido que la rima no entra en la índole del quichua, y de ello dan prueba concluyente los *yaravies*, versos esencialmente populares.

Acaso esta opinión mía, en abierta discordia con la de los eruditos filólogos Marckam y Barranca, y con los hábiles críticos que así en el Perú como en Inglaterra, Francia y Alemania se han ocupado del *Ollantay*, sea tildada de extravagante. Pero sea de ello lo que fuere, y dejando la cuestión en tela de juicio para que ingenios más competentes decidan si es exagerada o inaceptable mi opinión, no por eso deja de tener el *Ollantay* un sello de indisputable mérito.

Servicio y grande ha hecho, pues, a la Historia y a las letras el inteligente señor Carrasco, contribuyendo a popularizar con el atractivo que brindan los buenos versos de su traducción una de las más hermosas leyendas de la época de los Incas.



## COPIAS DEL NATURAL

Si no me probaran las canas y otras prebendas legas que empiezo a envejecer, bastaría para traer a mi espíritu tan dolorosa convicción, lo descontentadizo que me he vuelto en achaque de poesía y de poetas. No prueba ello que mi gusto literario haya ganado o perdido, sino simplemente que los años despiadados me hacen ver bajo diverso prisma los renglones rimados y las lucubraciones de la fantasía. Si las obras del espíritu han de juzgarse siempre con el espíritu, declaro que el mío debe haber pasado por alguna extraña metamorfosis. Lo cierto es que hoy me embelesan poetas que en la mocedad me inspiraban sueño; y no me resigno a leer de seguido aquellos que fueron mi constante hechizo.

Por lo mismo que en días ya remotos, en las horas de las ilusiones juveniles, rendí culto y vasallaje a las hermanas del Castalio coro, y que ellas (¡ingratas y tornadizas!) me esquivan ahora sus favores, presumo que no se me negará competencia, pues sastre fui y conozco el paño, para zurcir o hilvanar algo así como juicio crítico, a propósito de un librito de versos que, con el título *Copias del natural*, acaba de dar a la estampa un editor que oculta su nombre de cristiano y su apellido de familia bajo el seudónimo de *Mérida* (1), ocultación que anda un si es no es reñida con el Estatuto. Y a fe que en esto del secreto no tiene ni pizca de razón el vate, llamado a conquistarse sólida fama si prosigue como hasta aquí, y no se echa a dormir sobre sus laureles, y se infatúa y se pierde, como tanto y tanto malogrado ingenio de mi tierra.

A los viejos nos queda la afición y el compás, como al músico de marras, y llenamos un deber de conciencia y de patriotismo dirigiendo

---

(1) Aureliano Villarán. Este distinguido joven murió en 1882.



una palabra de aliento y simpatía a los jóvenes que, con sobra de fe y de entusiasmo, se aventuran en el revuelto campo de las letras. De mí sé decir que el librito de *Mérida* me obliga a echar una cana al aire.

Líbreme Dios de aplaudir esa poesía afeminada, enclenque y enfermiza de los que sacan a plaza, como si a la humanidad interesaran un ardite, sus dolores íntimos, reales pocas veces, y ficticios o de contrabando casi siempre. Que quien da los primeros pasos en el palenque de la vida se nos exhiba más abrumado de desengaños y más dolorido que el doliente Job, es una aberración que hace llorar..... de risa. La verdadera desventura es pudorosa, y no se aviene con mostrarse desnuda como las hetaíras de la Roma pagana. El poeta que lagrimea por una bobería o sin saber por qué, no es ángel de mi coro. ¿Poeta he dicho? *Abrenuncio*. Rectifico y retiro la palabra.

Tampoco soy partidario de esa poesía de filigrana y relumbrón, tan a la moda hogaño, cuyo mérito se basa en hacinar palabras bonitas, rimas agudas y conceptos alambicados. ¡Música de organito callejero!

¡No! ¡Yo no quiero que el poeta sea un ser egoísta que canta sus penas y sus alegrías, olvidando las de la humanidad; yo quiero que el poeta acierte a reflejar en sus estrofas las aspiraciones de su época y del pueblo en que vive; que glorifique todo lo noble y grande y generoso; que nos exhiba en cuadros, palpitantes de verdad e interés, tipos y costumbres sociales; que deje traslucir siempre un plan filosófico; que crea y no dude, que ame y no maldiga, que enseñe y nos deleite! Yo quiero, en fin, que el poeta, antes que todo, sea hombre y hombre de su siglo, y no ridícula plañidera de duelo antiguo.

Confieso que abrí el libro de *Mérida* con suma desconfianza y ánimo un tanto prevenido. —¡Coplitas, me dije, que vivirán lo que las rosas de que habla Malesherbes! Pero después de leer la primera composición exclamé entusiasmado: —¡Este es poeta de buena ley!

Descúbrese sin esfuerzo que la lectura de los *Pequeños poemas* de Campoamor sugirió a *Mérida* la idea de sus *Copias del natural*. Como Campoamor, tiene *Mérida* sus ribetes de panteísta, punto en el que no me atreveré a decir si va o no extraviado, que, en cuanto a sistemas, por hoy ni entro ni salgo. Natural y rápido en las descripciones, chispeante de gracia y ligereza, su filosofía es con frecuencia risueña, y cuando una lágrima asoma a la pupila del poeta se apresura a enjuagarla con el dorso de la mano, es decir, con un chiste espiritual y travieso.

Mejor que nuestras palabras hablan estos versos de *Quince años ya*:

Y vacilante entre el muchacho loco  
y el hombre previsor y mesurado,  
ni piensas como niño, porque es poco,  
ni piensas como el hombre: es demasiado.

Y un cielo crees hallar en tu alegría,  
y un infierno encontrar en tu tristeza,  
según que tu alma la gobierne un día  
ya el loco corazón, ya la cabeza.

Amarga, pero irrefutable filosofía encierran las estrofas copiadas; y para nuestro gusto, es *Quince años ya* la más cuidada y poética de las composiciones del librito.

*La del frente* es, en puridad de verdad, una buena escena de la vida real, y en la que todos acaso hemos sido actores. Es la historia eterna de la sacerdotisa de Venus caída del pedestal. Alfredo de Musset no desdeñaría alguna de las pinceladas con que *Mérida* nos pinta a la cortesana en sus días, ya de esplendor, ya de decadencia.

*Juan de Mata*, que así bautiza el poeta su tercera producción, es la pintura fiel de un tipo criollo, exclusivo de Lima. Pluma de observador profundo es la que allí se ha ejercitado.

*Gabriela* es una lección galante, a la vez que justa, dada a las mujeres que se encariñan con pergaminos nobiliarios.

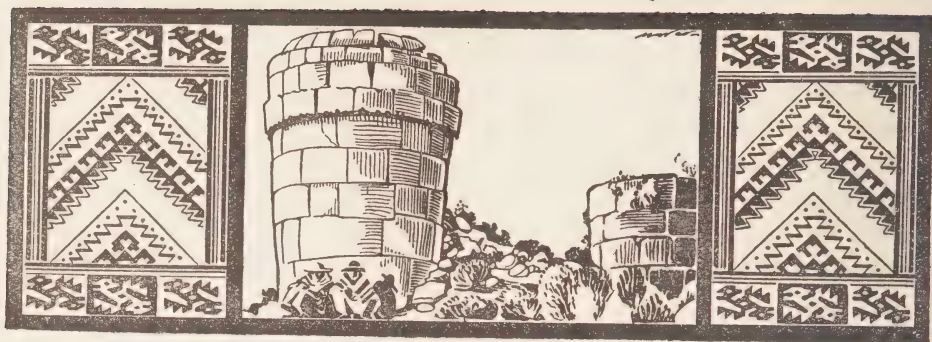
Haciendo contraste con la primera composición del librito viene la última, titulada *La vejez*. En ella el poeta se revela pensador y cristiano.

Pero como hasta la cara  
más perfecta y bonita,  
si no un lunar, ostenta una pequita,

y como todo no ha de ser almíbar y pan tierno, voy, para poner remate a este artículo, a fruncir el entrecejo y levantar la palmeta del pedagogo, que bien merece *Mérida* un palmetazo, y recio. Por escribir de prisa, como si lo forzaran con puñal al pecho, descuida con frecuencia las reglas de la métrica y de la sintaxis, pecados graves en quien, como él, peca, no por ignorancia, sino por pereza para corregir y limar. Al que tiene el estro y demás envidiables dotes poéticas que ha revelado *Mérida* en sus *Copias del natural*, hay derecho para exigirle que no desatienda la forma, que ella es la ropa con que se atavían los pensamientos. ¿Por qué *Mérida*, que tiene facultades para vestir siempre de raso y terciopelo sus ideas, las ha de envolver a veces en filipichín y zaraza?

Por lo mismo que, entre nosotros, el mejor libro (salvo los de texto para las escuelas) no produce para el puchero cotidiano; por lo mismo que los literatos, en el Perú, no son mas que abnegados obreros del progreso, pienso que el escritor está más seriamente obligado a ser correcto, hasta donde sus fuerzas intelectuales y su ilustración se lo permitan, que a más no poder..... ¡paciencia y moler vidrios con los codos!

Ojalá opine como yo el inteligente *Mérida*, abomine el pecado de incorrección y haga formal propósito de enmienda. He dicho. Fecha y firma.



## TRADICIONES DEL CUZCO

Pocas veces he tomado la pluma con más viva satisfacción que hoy para formular juicio sobre el libro que mi excelente y muy querida discípula la señora Clorinda Matto de Turner se ha decidido a dar a la estampa. Y llámola discípula, no porque transpiren en mí vanidosos humos de maestro, sino porque la amable escritora ha tomado a capricho, que mujer es, y por ende autorizada para encapricharse, repetir que la lectura de mis primeros libros de *Tradiciones* despertó en ella la tentación de consagrar su tiempo e ingenio a la ruda tarea de desempolvar rancios pergaminos y extraer de ellos el posible jugo, para luego presentarlos en la galana forma de la leyenda nacional. La Historia es manantial inagotable de inspiración, y de entre las páginas de raídos cartapacios puede el espíritu investigador, auxiliado por la solidez del criterio, tejer los hilos todos de drama interesante y conmovedor.

Bien sé que habiendo sacado de pila a muchos ahijados literarios, gallardos unos y deformes otros, debe mi firma, cuando aparece en la línea final de un prólogo, inspirar no poca desconfianza al lector. En España, por ejemplo, se dice que la mejor recomendación que puede presentar un libro nuevo es la de no traer prólogo de don Manuel Cañete o de don Marcelino Menéndez y Pelayo, dos críticos de grandísima ilustración, pero en los que la benevolencia supera en mucho al talento, y que han escrito por resmas prólogos o cartas de presentación. Yo amo esos caracteres que se complacen en alentar con el elogio, y detesto la crítica malévola o intransigente que, desdeñando las bellezas, goza en rebuscar lunares y aquilatar defectos, rebajando siempre la talla del escritor novel. Sin que ello importe parangonarme con



mis dos ilustres amigos y compañeros en la Real Academia Española, al lado de los cuales no paso de ser un simple (y tómese este *simple* hasta en su acepción maligna) borroneador de papel, declaro que, como ellos, prefiero pecar de indulgente a pecar de severo.

Afortunadamente para mí, en esta ocasión no tengo que fatigar el cerebro ni entrar en transacciones con mi conciencia literaria para tributar entusiasta aplauso, que es de justicia y no de obligado compromiso. Dejo a los zoilos de pacotilla y a los envidiosos de aldehuela en su derecho para amargar con la ponzoña de una crítica intemperante toda la miel que de mi pluma destile.

Eso es digno de crítico villano,  
como es digno el cadáver del gusano.

En el fondo, la Tradición no es mas que una de las formas que puede revestir la Historia, pero sin los escollos de ésta. Cumple a la Historia narrar los sucesos secamente, sin recurrir a las galas de la fantasía, y apreciarlos, desde el punto de vista filosófico social, con la imparcialidad de juicio y elevación de propósitos que tanto realza a los historiadores modernos Macaulay, Thierry y Modesto de Lafuente. La Historia que desfigura, que omite o que aprecia sólo los hechos que convienen o como convienen; la Historia que se ajusta al espíritu de escuela o de bandería, no merece el nombre de tal. Menos estrechos y peligrosos son los límites de la Tradición. A ella, sobre una pequeña base de verdad, la es lícito edificar un castillo. El tradicionista tiene que ser poeta y soñador. El historiador es el hombre del raciocinio y de las prosaicas realidades. La Tradición es la fina tela que dió vida a las bellísimas mentiras de la novela histórica, cultivada por Walter Scott en Inglaterra, por Alejandro Dumas en Francia y por Fernández y González en España.

En nuestras convicciones sobre americanismo en literatura entra la de que precisamente es la Tradición el género que mejor lo representa. América es el teatro de los sucesos; costumbres y tipos americanos son los exhibidos; y el que escriba Tradiciones, no sólo está obligado a darles colorido local, sino que hasta en el lenguaje debe sacrificar, siempre que oportuno lo considere, la pureza clásica del castellano idioma, para poner en boca de sus personajes frases de riguroso provincialismo, y que ya perderá tiempo y trabajo el que se eche a buscarlas en los diccionarios. Cuando se pinta, no debe huirse de la naturalidad, por mucho que a veces sea ella ramplona y de mal gusto. Estilo li-

gero, frase redondeada, sobriedad en las descripciones, rapidez en el relato, presentación de personajes y caracteres en un rasgo de pluma, diálogo sencillo a la par que animado, novela en miniatura, novela homeopática, por decirlo así, eso es lo que, en mi concepto, ha de ser la Tradición. Así lo ha comprendido también la inteligente autora de este libro.

Como labor histórica, hay que convenir en que la señora Matto de Turner ha sabido explotar el rico filón de documentos escondidos en los empolvados archivos de la imperial ciudad de los Incas, tarea patriótica que hombres han desdeñado acometer, y que, con cumplido éxito, ha conseguido realizar mi predilecta amiga. ¡Cuántas noticias y fechas históricas, salvadas para siempre del olvido, va a encontrar el lector en las preciosas páginas que entre las manos tiene! La autora sabe hacernos vivir en el pasado, en un pasado embellecido por no sé qué mágico y misterioso hechizo, que adormece en el ánimo los dolores del presente y cicatriza las heridas de nuestros recientes e inmerecidos infortunios, haciéndonos alentar la esperanza en mejores días, y la fe en que llegarán tiempos de reparación y desagravio para la honra de nuestra abatida nacionalidad. Lo repetimos: el libro de Clorinda es digno de ser gustado y saboreado con deleite.

Que la señora Matto de Turner es una escritora concienzuda nos lo prueba el que rara, rarísima vez, dejar de citar la crónica, el documento, la fuente, en fin, de donde ha bebido, revelando conocimiento sólido en los anales de la Historia patria. Desde Garcilaso y Montesinos, hasta Córdova y Mendiburu, todos los historiógrafos del Perú la son familiares. No son muchos los hijos de Adán que pueden preciarse de aventajarla en este terreno.

Páginas ha escrito la señora Matto de Turner que por la sencillez ingenua del lenguaje nos recuerdan a Cecilia Bohl (Fernán Caballero). En general, su estilo es humorístico, su locución castiza e intencionada, y libre de todo resabio de afectación o amaneramiento, tal como cuadra a la índole de sus narraciones. Viveza de fantasía, aticismo de buen gusto, delicadeza en las imágenes, expresión natural, a la vez que correcta y conceptuosa, son las notas que más sobresalen en la ilustrada autora de las *Tradiciones cuzqueñas*.

Acuérdela el cielo horas más serenas, para que prosiga embelesando a los amantes de la buena literatura nacional con nuevas producciones de su elegante pluma.



## REFUTACIÓN A UN TEXTO DE HISTORIA

### I

El padre Ricardo Cappa, sacerdote prestigioso en el cardumen de jesuitas que, como llovido de las nubes y con escarnio de la legislación vigente, ha caído sobre el Perú, acaba de echar la capa, o, mejor dicho, de tirar el guante a la sociedad peruana, publicando un libreo o compendio histórico en que la verdad y los hechos están falseados, y en el que toscamente se hiere nuestro sentimiento patriótico. A fe que el instante para insultar a los peruanos ha sido escogido con poco tino por la pluma del jesuita *historiador* (1).

Mientras llega la oportunidad de que Gobierno y Congreso llenen el deber que la ley les impone, cúmplenos a los escritores nacionales no dejar sin refutación el calumnioso libelo, con el que se trata de inculcar en la juventud odio o desprecio por los hombres que nos dieron Independencia y vida de nación. Si bien lo decaído de mi salud y el escaso tiempo que las atenciones de mi empleo oficial no reclaman me dejan poco vagar, procuraré, siquier sea rápidamente, patentizar las más culminantes exageraciones, falsedades y calumnias de que tan profusamente está sembrado el compendio.

---

(1) Este folleto motivó *meetings* en pro y en contra de los jesuitas. El Congreso del Perú expidió una ley prohibiendo a los miembros de la Compañía establecerse en el país como cuerpo docente..... Pero a la ley le han torcido las narices, y los ignacianos siguen haciendo de las suyas como antes.



Triste es que cuando, así en España como en el Perú, nos esforzamos por hacer que desaparezcan quisquillas añejas, haya sido un ministro del altar, y un español, el que se lanzó injustificadamente a sembrar cizaña y azuzar pasiones ya adormidas, agravando con grosería el sentimiento nacional.

Precisamente el caballeresco representante de España en el Perú y la colonia toda reciben constantes pruebas de la cordialidad de nuestro afecto para con los súbditos de la nación que, durante tres siglos, fué nuestra dominadora. La delicadeza, no sólo oficial, sino social, se ha llevado hasta el punto de no considerar entre nuestras efemérides bélicas la fecha del Dos de Mayo, suprimiendo toda manifestación que de alguna manera lastimara la susceptibilidad española. Hace años que ningún peruano ostenta sobre su pecho, en actos oficiales, la medalla conmemorativa de un combate en que, si lució la bizarría española, también el esfuerzo de los peruanos se mantuvo a la altura de la dignidad. Las fiestas del Dos de Mayo se han abolido entre nosotros, no por la fuerza de un decreto gubernativo, que no lo ha habido, sino por la fuerza del cariño que en lo íntimo del corazón abrigamos los peruanos por España y por los españoles.

España, por su parte, nos corresponde con todo género de manifestaciones afectuosas. Sus Academias de la Lengua y de la Historia brindan asiento a los peruanos; y de mí sé decir que entre las distinciones que en mi ya larga vida literaria he tenido la suerte de merecer en el extranjero, ninguna ha sido más halagadora para mi espíritu que la que esas dos ilustres Academias me acordaran, al considerarme digno de pertenecer a ellas.

Pero si amo a España, y si mi gratitud como cultivador de las letras está obligada para con ella, amo más a la patria en que nací, patria víctima de inmerecidos infortunios; y ruin sería al callar cobardemente ante el insulto procaz, sólo porque la injuria viene de pluma española; aunque bien mirado, desde que el padre Cappa es jesuita puede sostenerse que carece de nacionalidad. El jesuita no tiene patria, familia ni hogar. Para él, díganlo sus estatutos, la Compañía lo es todo: patria, familia, hogar.

¿A qué plan obedece la Compañía de Jesús, lanzando, con la firma del más espectable de sus adeptos en Lima, tan insolente cartel? ¿Qué se ha propuesto al provocar un escándalo? ¿Quiere batalla campal? ¿Tan fuerte se considera ya que fía en el éxito? El Gobierno y el Congreso, y con ellos el país entero, estamos seguros de que han recogido



el guante. Tiempo es ya de saber si es o no letra muerta la ley que cierra las puertas del Perú a los hijos de Loyola.

Y no se diga que la Compañía no es responsable, como cuerpo, de lo que aparentemente hace uno solo de sus miembros. En la portentosa organización del instituto, en el especial engranaje de esa máquina disociadora, todo obedece a un solo impulso, a un solo cerebro y a una sola voluntad. El jesuita abdica de su albedrío; hasta para estornudar, digámoslo así, necesita la aquiescencia del superior; nada posee como individuo, pero colectivamente es archimillonario, y aspira a esclavizar el mundo enseñoreándose de las conciencias. Gobiernos y pueblos han de ser siervos humildes de la Compañía. Si Cristo dijo: *Mi reino no es de este mundo*, los jesuitas dicen: *El dominio del mundo para nosotros*.

Entre los jesuitas no hay insubordinaciones ni se discuten los mandatos del superior: la obediencia es ciega, pasiva, absoluta. *Per inde ac cadaver* es la divisa de la Orden. Son *muertos* que hablan, escriben, piensan y sienten como al superior, como al PAPA NEGRO, conviene hacerlos hablar, escribir, pensar y sentir. No se concibe milicia mejor regimentada; y por eso los jesuitas son un peligro para la libertad, la civilización y la república.

Todo jesuita está destinado por el superior para llenar determinado propósito. Visitando un viajero inglés el noviciado de un convento de la Compañía, se fijó en que uno de los jóvenes era rematadamente bruto. —¿Qué provecho—preguntó—podrán sacar ustedes de este animal?—Y el padre rector contestó sencillamente: —Para nosotros no hay hombre que no sirva para algo. A este prójimo lo destinamos para mártir del Japón.

Valiéndonos de un refrán popular que sintetiza nuestras convicciones, diremos que los jesuitas *no dan puntada sin nudo*. Cortar el nudo es la obra a que están llamados los hombres del Gobierno y los hombres del actual Congreso. Es indudable que se tratará de hacerles creer que en el escándalo que ha exasperado nuestro patriotismo no hay mas que un culpable, el padre Cappa, quien escribió por sí y ante sí; y aun se dirá que la Compañía no sólo le ha amonestado, sino que, hasta por castigo, le ha puesto en cepo de cinco puntos, previniéndole que si reincide *se le dará chocolate*.

Mi colomboño el padre Cappa es un comodín, una especie de *agnus* obligado a cargar con los pecados de la Compañía en el Perú. Cuando recientemente, la discreta e ilustrada autoridad eclesiástica prohibió

una mascarada carnavalesca en obsequio de San Luis Gonzaga, quedándose pontifiquito, cardenalitos, zuavitos, frailucos y angelitos con los crespos hechos, el superior de los jesuitas se lavó las manos, colgando el mochuelo al fantástico y batallador ex marino Ricardo Cappa. O se ha desvirtuado y descendido mucho la Compañía, para que en ella todo ande manga por hombro, y haga y escriba cada miembro lo que en antojo le venga, o hay que considerar las disculpas como nueva e insolente burla al decoro de la autoridad y al buen sentido del país.

## II

Pasemos a desmenuzar la producción del padre Cappa, que bien vale la pena de emprender la enojosa tarea un libro en que se trata de rebajar a todo trance al país y a sus hombres más eminentes; en el que ninguna clase social es respetada; y en el que se trasluce claramente el propósito preconcebido de historiar mal y maliciosamente nuestro pasado, subordinándolo todo al enaltecimiento del virreinato, único honrado, bueno y sabio gobierno que hemos tenido. Mientras el padre Cappa consignó estas ideas en otra de sus publicaciones, francamente que no nos pareció precisa una refutación, porque no se trataba, como ahora, de un libro de propaganda y destinado a servir de texto en un colegio. Somos tolerantes por sistema y por convicción, y nuestra pluma rehuye siempre la crítica en materia de opiniones políticas, de creencias religiosas, de doctrinas literarias y hasta de apreciaciones históricas. Cuando algo nos desagrade, censuramos en el seno de la intimidad. En público, preferimos a la reputación de zcilo y de severo la acusación, que ya se nos ha hecho, de complaciente hasta la debilidad. Tras una palabra de crítica hemos puesto siempre diez de encomio. Aquellas publicaciones del padre Cappa nos arrancaron, pues, las mismas murmuraciones que su *Estafeta del Cielo*, superchería que consiste en escribir cartitas al santo de nuestra devoción, echar la esquila en los buzones que al efecto tienen los reverendos y esperar la respuesta.

¡Valiente historia la que el padrecito pretende enseñar a nuestros hijos! Los Incas, bárbaros opresores, dignos de ser condenados; el Coloniaje, todo bienandanza y todo tratarnos *con excesivo mimo* (pág. 16); la República, una vergüenza; los próceres de la Independencia, *ambiciosos sin antecedentes* y verdaderos monstruos; la Inquisición, una

delicia cuyo restablecimiento convendría; la libertad de imprenta, una iniquidad; Bolívar, San Martín y Monteagudo, tres peines entre los que distribuye los calificativos obsceno, cínico, pérfido, aleve, inmoral, malvado, y sigue el autor despachándose a su regalado gusto; el padre Cisneros, un impío; el canónigo Arce, un blasfemo; Mariátegui, un libérrimo; Luna Pizarro y Rodríguez de Mendoza, sembradores de mala semilla; nuestro clero, tratado con menosprecio; nuestra Sociedad de Beneficencia, satirizada; en una palabra, toda nuestra vida independiente no significa para el padre Cappa sino retroceso, corrupción y barbarie.

Vamos pasito a pasito, que todo el camino se andará.

—¿Qué le parece a usted el compendio?—preguntamos anoche a un amigo muy competente en historia. —¡Hombre! Una viborita, a la que hay que aplastar con el taco de la bota. —La respuesta es típica, y ya se convencerán de ello mis lectores. En doscientas diecinueve páginas en octavo menor es imposible reconcentrar más veneno contra el Perú y sus hombres.

El texto de mi ensotinado tocayo (malo como texto, pues carece de las condiciones de tal) empieza por no dar idea geográfica del país, teatro de los acontecimientos en que el historiador va a ocuparse. Como quien camina sobre ascuas pasa sobre los tiempos pre-incásicos, cuando, sin aventurar conjeturas ni admitir hipótesis, ha podido dar el preciso desarrollo a la historia de las tribus que ocupaban todo el territorio antes de ser conquistadas por los Incas. No pinta con fidelidad el estado social del imperio incásico, sino que ha falseado la interpretación de los hechos y callado otros que, en la comparación, redundaran en contra del gobierno colonial.

Larguísima tarea nos daría el detenernos en pequeños detalles. Ocupémonos, a vuela pluma, de algunas de las afirmaciones del profesor de historia *ad usum Societate Jesu*.

Todos los pueblos, antes de la conquista incásica, dice que «reconocían un ser supremo, generalmente llamado Ticihuiracocha en el interior y Pachacamac en la costa».

Desde luego debemos recordar a nuestros lectores que eran tantos los dioses adorados del Perú, que los Incas, como los romanos, llevaban a su gran templo de Coricancha los ídolos o divinidades de los pueblos conquistados. Algo más grave aún: los yungas no hablaban el quichua, y mal podían dar a sus divinidades nombres de otra lengua o dialecto.

En la página 41, hablando de los monasterios consagrados a las



vírgenes del Sol o escogidas, después de repetir lo que sobre estas sacerdotisas traen Garcilaso y otros, dice el padre Cappa por su cuenta y sin más autoridad que la suya: «No obstante (esto es, porque a mí se me antoja), eran vastos harenes esparcidos por el imperio, repugnantes testimonios de los celos de un déspota.» Como verdad histórica, ésta es una de las muchas ruedas de molino con que el profesor hace comulgar a sus alumnos. Como refutación, baste copiar lo que don Sebastián Lorente, historiador de buen criterio, dice: «El mayor número de las escogidas consagraban su virginidad al Sol, y las pocas que no hacían votos perpetuos contraían enlaces ventajosos.» Y Lorente apoya su aseveración en el testimonio de cronistas e historiadores.

Las contradicciones no faltan para que el librito del padre Cappa no tenga por donde ser cogido sin tenacilla. En una parte dice que los indios tenían tanto trabajo que abrumados por él morían, y en otra que no vivían sino en continuada fiesta y entregados a la embriaguez. ¿A qué carta se quedan los discípulos del padre Cappa?

Tampoco aprecia debidamente la misión civilizadora de los Incas, y cuánto mejoró la condición social, dulcificándose las costumbres, bajo el gobierno patriarcal de los hijos del Sol. Desapareciendo las frecuentes guerras en que vivían empeñados los pueblos, aprendieron nuevas artes e industrias, engrandecieron la agricultura y se estrecharon los lazos de la familia y de la sociedad bajo la influencia de leyes y religión humanitarias. Mal califica el padre Cappa la política y espíritu de los Incas, diciendo que su norte fué «dejar reducidos a sus súbditos a la condición de simples cosas», lo que contradice la afirmación que más adelante estampa de que «la pobreza no se conocía en el pueblo». Sin darse cuenta, hace con esta contradicción el elogio del paternal gobierno incásico.

No es cierto que el egoísmo de las clases privilegiadas excluyera al pueblo de obtener honores y grandeza, como lo asegura el padre Cappa. Desde Garcilaso hasta Montesinos, los historiadores afirman que, a más de la nobleza de sangre o hereditaria, había otra a la que por sus méritos, virtudes, servicios y talento podían elevarse los hombres desde las más humildes esferas.

Dejando aparte inexactitudes que no significan gran cosa en el cuadro que de la conquista traza el padre Cappa, consagraremos nuestro próximo artículo a refutar la apología del feroz y fanático Valverde, a la vez que la defensa del gran crimen que produjo el asesinato del prisionero Atahualpa. El mismo padre Cappa lo llama ver-



dadero crimen; pero..... ya copiaremos al pie de la letra los rebuscados y malignos argumentos con que pretende paliarlo o justificarlo.

## III

«Hay comezón (escribe el padre Cappa) de pintar a Valverde como azuzador contra Atahualpa.» Si tal comezón ha habido, ella, más que de los americanos, ha venido de los historiadores españoles. En la *proeza* de Cajamarca, cronista que fué testigo de ella, refiere que Valverde gritaba a los soldados que hiriesen de *punta* con sus espadas a los indios, que, aterrorizados, huían. En la *Colección de documentos*, de Mendoza, se encuentra la información que los partidarios de Almagro enviaron al rey de España, información de la que ciertamente no sale Valverde en olor de santidad. Tocaba al padre Cappa santificarlo, y para ello apela a la opinión de un escritor de nuestro siglo, el conde de Maistre, y a sus *Veladas de San Petersburgo*, que no son siquiera una obra de historia, sino de controversia filosófica y religiosa. Pero aun aquí falsifica nuestro jesuíta el texto, que costumbre es de la Compañía falsearlo todo.

Lo que dice de Maistre en el tomo I de las *Veladas* es literalmente: «No tengo noticia de ningún acto de violencia, excepto la célebre aventura del padre Valverde, que, a ser cierta, no probaría sino que en el siglo XVI hubo un fraile loco en España; mas la aventura tiene carácter intrínseco de falsedad. No me ha sido posible descubrir su origen; però un español muy instruído me ha dicho: —*Creo que todo ello no es sino un cuento del imbécil Garcilaso.*»

Como se ve, el conde de Maistre está muy distante de defender a Valverde; no hace mas que poner en duda la criminalidad del fraile dominico. Creyendo falsa la aventura, confiesa el ultramontano conde que no ha cuidado de registrar historiadores para averiguar la verdad, y se atiene a lo que le dijo un bufón español. ¿No es un falso testimonio el que el padre Cappa le levanta a de Maistre haciéndolo decir lo que no dijo? Si a las palabras que del conde dejamos copiadas las llama el padre Cappa vindicación, diré que se necesita criterio muy pobre para aceptarlas como tal. Además se necesita toda la mala fe jesuítica para en un libro de texto considerar como autoridad histórica a quien no fué historiador, y que al divino botón, sin tomarse el trabajo de estudiar el asunto, como él mismo lo confiesa, lanza las chilindrinas del

fraile loco y de la imbecilidad de Garcilaso. ¿Hay seriedad en esto? ¿Es digno de ser patrocinado por la pluma de quien, como el padre Cappa, es profesor titular de Historia peruana en el colegio de la Orden?

Pero no es la vindicación de Valverde el florón más hermoso del INFAME librejo del padre Cappa. Vamos a presentar en toda su desnudez la conciencia jesuítica, de doble fondo moral, de dos caras como Jano, conciencia que sostiene la doctrina de que el fin justifica los medios. Entramos en el asesinato de Atahualpa.

Queremos ser parcos en comentarios, por temor de que nuestra pluma se extravíe en un arrebato de patriótica indignación. Dejamos la palabra al padre Cappa: «La muerte de Atahualpa fué un borron del conquistador, un verdadero crimen, es cierto; pero crean los jóvenes que se han repetido y se repetirán hechos análogos mientras dure el mundo, y por menor motivo, por más que se diserte contra ellos.» Así se justifica hasta el asesinato de Abel y la crucifixión de Cristo. ¡Moral de jesuíta! A los ignacianos les viene siempre a pelo aquello de: —¿Cómo anda usted de capitales? —No ando del todo mal....., tengo los siete pecados.

En un Consejo de guerra se decidió, por trece votos contra once, el suplicio de Atahualpa, mediando breves horas entre la sentencia y la ejecución. Nada de esto refiere el padre Cappa a sus alumnos. En homenaje a esos once honrados españoles que votaron porque Atahualpa fuese enviado a España para que allá decidiese el rey sobre su destino, quiero consignar aquí sus nombres.

Llamáronse Juan de Rada, Diego de Mora, Blas de Atienza, Francisco de Chaves, Pedro de Mendoza, Hernando de Haro, Francisco de Fuentes, Diego de Chaves, Francisco Moscoso, Alfonso Dávila y Pedro de Ayala. El padre Cappa parece que envidiara no haber figurado entre los trece asesinos del Inca, pues dice que aunque en ese día se le hubiera perdonado «pronto se hubiera encontrado motivo para insistir en su muerte. Los españoles todos estaban convencidos de que, quitando de en medio a Atahualpa, la conquista se allanaba extraordinariamente».

Oviedo, cronista real, después de estampar la relación de Jerez, conquistador que asistió a las escenas del sangriento drama de Cajamarca, dice: «Por lo que he podido inquirir, la prisión y muerte de Atabaliba fué *injusta*.»

Y el gran Quintana, gloria de las letras en nuestros días, dice en su *Vida de Pizarro*: «Si desde antes no tenía ya en su corazón conde-

nado a muerte al Inca, sin duda lo determinó cuando, satisfecha la pasión primera, que fué la de adquirir, pudo dar oídos solamente a las sugestiones de la ambición.»

Sin esfuerzo convendrá el lector en que algo habremos hojeado sobre historia patria, y creará nuestra afirmación de que en cronista o historiador alguno habíamos encontrado hasta ahora disculpado tan sin embozo el regicidio de Atahualpa.

*La honra* de esa novedad estaba reservada en el siglo XIX y en el Perú para un cofrade del padre Mariana, el sabio jesuita que sustentó en España la doctrina del regicidio. Sólo los jesuitas tienen la audacia de patrocinar los grandes crímenes.

Véase, en fin, la oración fúnebre que el padre Cappa consagra al infortunado Inca: «El padre Valverde le administró el bautismo poco antes del suplicio. Diremos con Gomara: «Dichoso él si de buena fe pidió el bautismo, y si no..... *pagó las que había hecho.*»

¡Ferocidad de hiena o de jesuita! La pluma, indignada, se resiste a seguir copiando.

#### IV

Pasemos a las encomiendas y mitas, tan defendidas por nuestro historiador. «Unas pocas encomiendas se adjudicaron a españoles que nunca pisaron la América.» ¡Bravo! Esta declaración nos ahorra tinta. Quedamos, pues, en que los pobres indios eran adjudicados como botijas de barro, que tenían doble amo: el residente en España y el mayor-domo o representante de éste en el Perú.

Tan insoportables debieron ser las encomiendas y mitas, y a tal punto llevaron el abuso y la crueldad los encomenderos, que alarmado el rey con las continuas reclamaciones que desde aquí le enviaran algunos hombres de bien, mandó al virrey Blasco Núñez para que pudiese en vigencia ordenanzas que, rechazadas por los encomenderos, produjeron las revueltas de Gonzalo y de Girón. ¡Suprimir las encomiendas! ¡Abolir el servicio personal! Eso no podía soportarse. Corrió sangre a raudales, venció la corona; pero los abusos y exacciones siguieron en pie. Venían reales cédulas procurando mejorar la condición del indio; pero las reales cédulas eran papel mojado u hostias sin consagrar: no se las acataba.

Cuando, a más no poder, tiene el padre Cappa que convenir en que hubo exacciones, crueldad y arbitrariedad, culpa de ellas a los



hijos del país, como si no hubieran sido tan españoles los de allá como los de acá y como si no hubiera habido gobierno llamado a reprimir y castigar.

Aunque los indios estaban connaturalizados con el trabajo, el padre Cappa los hace holgazanes, sacando de aquí la necesidad de obligarlos al trabajo por medio de la mita. Olvida el profesor que, pocas páginas adelante, ha enseñado a sus discípulos que la ociosidad no era conocida bajo el gobierno incásico. Pero, ¿qué importa? Ahora, bajo el gobierno colonial, le convenía convertir en perezosos a los laboriosos. Cuando el rey quería aliviar en algo la condición de esas bestias de carga llamados mitayos expedía alguna real cédula que, llegada a Lima, no salía de palacio. Los virreyes sabían que siendo puntuales en remitir a la corte, convertidas en oro y plata, las gotas de sudor de los infelices indios, nada tenían que recelar; y preferían mantenerse en buena armonía con los encomenderos, propietarios de esas bestias, a las que fué preciso que una bula del Papa Alejandro VI, si la memoria no me engaña, declarase seres humanos y capaces de sacramentos. La tiranía se llevó hasta el punto de pretender que los indios no hablasen la lengua nativa.

A estas bestias de carga es a las que, probablemente, se refiere el padre Cappa, cuando dice que los conquistadores nos trataron con *excesivo mimo*. Es cierto, a pocos mitayos descuartizaron pudiendo hacerlo (¡Dios les premie la caridad!); pero el palo y el látigo andaban bobos acariciando espaldas. ¡Esto es *mimo*, y todo lo demás es *chiribitas*!

## V

Si un europeo, ateniéndose a los informes de Acosta, Humboldt y de infinitos historiadores, viajeros y hombres de ciencia, que han considerado el territorio peruano a propósito para cosechar en él los productos de todas las zonas, llega, en momento de embarcarse, a leer el libro del reverendo jesuita, de fijo que deshace la maleta y se queda en el viejo mundo. No se diría sino que los jesuitas se proponen, desacreditando al país, hacer imposible la inmigración. Véase lo que, sin alterar sílaba, escribe el padre Cappa:

«No es el territorio del Perú capaz de mucha agricultura. La costa, »estéril; la sierra, demasiado fría. Sólo las pequeñas quebradas del li- »toral y alguna que otra provincia del interior pueden rendir razona-



»bles cosechas. Durante el virreinato se aprovecharon no mal estos »terrenos, pues el Perú se bastaba a sí mismo, y aun exportaba al »extranjero.»

El hábil corresponsal de *El Callao* comenta este manojito de mentiras. Háme gustado su comentario, y lo prohijo: —«¿Conque sólo en »tiempo del virreinato se aprovecharon estos terrenos, hasta el punto »de que produjeran lo bastante para casa y para fuera de casa? Pero, »¡hombre de Dios!, si acaba usted de decirnos que, por estéril la una »y por fría la otra, costa y sierra, no consienten agricultura, ¿cómo nos »habla de exceso de producción? ¿Y usted ha aprendido lógica, padre? »Pues lo disimula.»

Capítulo de otra cosa. Habla el padre Cappa: —«La Inquisición »(dice) ha sido desde setenta años a esta parte el *bu* de las gentes.—(¿Y »antes, qué era? ¿Caramelo?) —Su fin estaba reducido a velar por la »pureza de la fe y a castigar a los casados que, fingiéndose solteros, »contraían otro matrimonio.—(¿Y no quemaban brujas, padre?)— »Hubo en el Perú muchos portugueses judaizantes que sufrieron el *jus-* »to rigor de la Inquisición.—(Conque *justo*, ¿eh?)—Es una vulgaridad »tamaña decir que la Inquisición encadenaba el pensamiento, y otras »sandezes por el estilo.—(Sandez es, en pleno siglo XIX, echarse a ha- »cer la apología de tribunal tan maldecido.) —Fuera de los portuque- »ses, raros fueron los castigados severamente en el Perú.—(¡Hola! ¿Nos »lo dice su paternidad, o nos lo cuenta?) —Nosotros, por respeto a *tan »santa y bienhechora* institución (¡ataja! ¡ataja!) nos esmeramos en di- »sipar las patrañas con que los hombres de fines del siglo pasado y »principios de éste han embaucado a tanto cándido» (Muchas gracias, por la parte que nos toca.) El padre Cappa se coloca aquí en la misma condición del que dijo: —Yo arrojaría al mar a todos los imbéciles.— A lo que un curioso le contestó con esta pregunta: —¿Sabe usted nadar, padre?

¿Podía imaginarse el lector mayor impudencia? Pues ahí está en letras de molde.

Afortunadamente, aunque muchos documentos originales de la Inquisición han desaparecido del Archivo Nacional, quedan los suficientes para probarle al padre Cappa que sólo en Lima quemó *la santa y bienhechora* treinta prójimos vivos, y catorce en estatua y huesos, contándose entre los achicharrados dos mujeres; y que el número de los sentenciados a azotes, galeras y demás penas ascendió a cuatrocientos cincuenta y ocho. ¡Vaya una *bienhechora*!

Ni los paganos desenterraron jamás cadáveres para castigarlos con la hoguera.

Los bárbaros hacen a sus divinidades ofrendas de carne humana; y la santa, la civilizada, la católica Inquisición insulta a un Dios todo amor y misericordia, brindándole también el sacrificio de humanos seres.

Además, la Inquisición hacía imprimir en folletos la relación de cada auto de fe, con el extracto de la causa seguida a cada reo. Y de estos folletos se conservan no pocos en Lima. Quien tenga flema para leerlos, verá por cuán ridículas acusaciones se aplicaban penas severísimas.

No podrá negar el padre Cappa la autenticidad del llamado *Edicto de las delaciones* que en el tercer domingo de Cuaresma se promulgaba anualmente en nuestro templo de Santo Domingo, fijándose luego, en carteles impresos y con el sello del Tribunal, en la puerta de todos los templos de Lima. En la antigua Biblioteca Nacional se encontraban (y abundan las personas que los vieron) los edictos promulgados en 1721, 1738, 1742 y 1809. También Lorente, en su historia de la Inquisición los publica. El cartelón que se pegaba en la cancela o puerta de las iglesias llevaba esta terrible nota manuscrita: —*Nadie lo quite, so pena de excomunión.*

Para solaz de nuestros lectores, extractaremos del edicto algunos de los crímenes, por los que se corría peligro de trabar relaciones íntimas con la penca o con la hoguera.

Erase hereje judaizante, por ejemplo, por haber negado que las campanas fuesen las trompetas del Señor; por recitar los salmos sin agregar *gloria Patri*; por ponerse camisa blanca en sábado; por haber vuelto, al morir, la cara a la pared; por lavarse, por la mañana, los brazos hasta el codo; por pasar sobre la uña la hoja de un cuchillo; por hacer ascos al vino; por separar el gordo del tocino; por poner en sábado sábanas limpias en la cama; por poner sobre el hombro de un hijo la mano con los cinco dedos extendidos; y en fin, largo espacio ocuparía seguir extractando un edicto que el lector, curioso por conocerlo íntegro, encontrará en la Biblioteca Nacional.

Lo más infame de este edicto era la obligación que se imponía a los hijos de denunciar a los padres, abominación de la que, para mengua de la humanidad, no faltaron casos.

Y a ese Tribunal sanguinario, feroz, fanático e inmoral, es a lo que el padre Cappa llama institución *¡santa y bienhechora!*

Tiene razón. La Compañía de Jesús y la Inquisición son hermanas gemelas. Tal para cual. Que echen raíces en el Perú los jesuitas, y su hermanita vendrá, no precisamente en la forma antigua, sino en otra más hipócrita. ¡Quién sabe si por esta refutación me quemarán un día en estatua y huesos! Sea todo por Dios.

Y va de tradición:

Cuentan que el padre Esteban Dávila, que fué uno de los cinco primeros que trajeron a Lima la lepra del jesuitismo, mantenía una de dimes y diretes con fray Diego Angulo, comendador de la Merced, sacerdote que tenía el cabello de un rubio azafranado. Fijándose en esta circunstancia, le dijo en cierta ocasión el jesuita:

—*Rubicundus erat Judas.*

A lo que el mercenario limeño contestó sin retardo:

—*Et de Societate Jesu.*

## VI

No todo ha de ser seriedad y entrecejo y bilis. Hay en el librejo temas de que no puede ocuparse la crítica sino humorísticamente. Escogeré cuatro o cinco, que para muestra basta un botón. Critícolos, más que por lo que ellos en sí expresan, por el solapado propósito que encarnan de establecer comparaciones entre el pasado y el presente.

Sobre libertad de imprenta, punto de que también se ocupa el padre Cappa en la sección de su libro correspondiente a la independencia de la República, después de opinar que el gobierno colonial hizo bien en matar *El Mercurio peruano*, porque éste empezaba a sacar los pies fuera de la sábana, *con tendencias y doctrinas intolerables*, añade que los periódicos que le sucedieron valían poco, *marcándose cada vez más la fisonomía repugnante que HOY caracteriza a la mayor parte de ellos.*

No se apuren los miembros del cuerpo médico de Lima, que también ellos tocan del pan bendito. «No hacían tantas consultas ni tan caras, y, con todo, la mortandad está ahora en la misma proporción que antes.» —¡Vaya!, ríanse ahora con esta dedada de miel: —«Los estudios se encuentran hoy en tan buen pie como en las más acreditadas escuelas europeas.» — Una de cal y otra de arena. Lo que el padre Cappa critica es que cobren caro y que dejen morir gente, después de haberlo consultado mucho, cosas que, según él, no hacían los médicos del coloniaje.



De las limeñas dice el padre Cappa: —«Las leyes eran pocas y suaves; pero se notaba en las señoras marcada tendencia a contradecirlas aun con descaro, en lo que hubo excesiva tolerancia de las autoridades, contribuyendo a formar un carácter sin más norma que el capricho. ¡Cosa sorprendente! Entre la multitud de acusaciones que los americanos independientes hacen a los españoles, nunca he visto ésta que, en mi concepto, es la más fundada y la que *ha dado y da* resultados fatales.»

Cuando llueve, todos se mojan, y no era posible que mis bellas paisanas quedaran sin su correspondiente sepancuantos en el sermón del padre Cappa.

Pesada se haría esta refutación si continuara pasando el lápiz rojo sobre todos los párrafos parecidos a los que, humorísticamente, apunto en este capítulo. Son dignos de ataque sólo por estar en un libro de texto para colegio, y dar a los estudiantes extraviada idea de lo que fué y es nuestra sociedad peruana. Quédense en el tintero.

## VII

Hablando de las causas que produjeron la Independencia, considera, entre otras, ésta: —«La ambición de *unos cuantos hombres sin antecedentes*, que con el cambio radical se prometían ocupar los primeros puestos.»

Así, para el padre Cappa, eran ambiciosos sin antecedentes los notabilísimos peruanos que el 28 de julio de 1821 suscribieron, en el Cabildo de Lima, el acta de emancipación; y nótese que más de una docena de los firmantes eran títulos de Castilla, condes y marqueses; y no pocos nombres de muy acaudalados comerciantes figuran entre los suscriptores del clásico documento. Hijos o nietos de esos patriotas republicanos son los hombres de la actual generación, y creo que no dejarán de sentirse heridos en su sentimiento filial al ver calificados a sus padres y abuelos de ambiciosos sin antecedentes.

«La acción no interrumpida de las logias masónicas del rito escocés, el resentimiento de Inglaterra para con España, a la par que el deseo de explotar el Nuevo Mundo, y los libros de los llamados filósofos franceses» fueron, según el padre Cappa, las chispas que produjeron la explosión. ¿Por qué olvida que el despotismo, la intransigencia, los abusos exasperaron a los americanos, hasta lanzarlos a una lucha



titánica, la lucha desesperada de los débiles oprimidos contra los fuertes y engreídos opresores? Convenimos con el padre Cappa en que al principio no fué grande el eco que encontrara en el Perú la causa revolucionaria; pero no aceptamos que el indiferentismo fuese porque previeron que la Independencia daría por fruto *la anarquía más lastimosa*, como él sostiene. ¿Quién realizó el milagro de convertir el indiferentismo en entusiasmo? Los realistas mismos con sus innecesarias crueldades en Cangallo y Pasco. ¡¡¡Y luego hablarnos de anarquía un español, un súbdito del más anarquizado de los pueblos y gobiernos de Europa!!! En otra oportunidad he escrito que, si bien se hace la cuenta, a españoles y peruanos nos toca a motín por barba.

## VIII

Veamos cómo trata el padre Cappa a los prohombres de la Independencia.

Pasando por alto que a La Mar (pág. 184) lo llama *a todas luces inepto*; que de Riva-Agüero dice que nunca oyó silbar una bala y que sin embargo fué gran mariscal; y que unos pícaros de aquí y otros pícaros de allá, poseedores de títulos de la antigua deuda española, fueron los promovedores de la toma de las islas de Chincha en 1864, y otras difamaciones calumniosas o inconvenientes en un texto, contraigámonos sólo a lo más culminante e intencionado, por la tendencia y espíritu que en el *historiador* dominan.

Hablando de Monteagudo, dice: —«Era Monteagudo irreligioso, inmoral, pérfido y aleve.»—¡Cuánto derroche de calificativos! Los jesuitas tienen bien sentada su fama de derrochadores de insultos. Es lo único que derrochan. —«Era hijo de un pulpero de Chuquisaca y de una esclava»—Esto no puede pasar en un libro de texto, porque a los escolares no se les debe enseñar mentiras crasas.

En 1879 (y con motivo de la polémica histórico-continental a que un estudio nuestro sobre Bolívar dió motivo) el gobierno argentino hizo seguir una información sobre el nacimiento de Monteagudo. De esa información resulta que nació en Córdoba del Tucumán, por los años de 1785, que fué hijo de don Miguel Monteagudo Labrador de Roda, natural de Cuenca, en España, capitán de milicias en Buenos Aires cuando la invasión inglesa, quien casó con doña Catalina Cáceres, de cuyo matrimonio tuvo por hijo al doctor don Bernardo Monteagudo.

Estos datos constan en el testamento del dicho ex capitán de milicias que, original, se encuentra en poder del general y literato don Bartolomé Mitre.

Dos historiadores bonaerenses, Pelliza y Fregueiro, publican en sus libros sobre Monteagudo otros documentos que apoyan la información oficial a que nos acabamos de referir, y aun creemos haber puesto ambos libros en mano del padre Cappa en alguna de las visitas que hizo a la Biblioteca en busca de documentos. Pero le convenía dejar en pie las hablillas que en vida propalaron los enemigos de ese eminente hombre de Estado, con el mezquino propósito de rebajar su personalidad.

Sigue el padre Cappa: —«De este *sujeto* (¡vaya una grosería!) como »de San Martín, Bolívar, Sucre (¿también *sujetos*? ¿También números »de la penitenciaría?) y otros pocos, daremos una biografía en otro libro.»—Y hablando de la deposición de Monteagudo, añade: —«Nunca es larga la felicidad de los malvados.»—¿Por qué malvado? ¿Por patriota?

El padre Cappa nos trae a la memoria el parte de aquel comandante de fronteras, que escribió: —Todo está listo, mi general, para batir al enemigo; sólo nos faltan armas, municiones, caballos y gente; pero nos sobra artillería de embustes.

Cuando por un momento se olvida el padre Cappa de que es jesuita, entonces su pluma se inclina a ser justiciera. Así nos explicamos que en la página 177, al hablar de la organización del gobierno de San Martín, diga: —«Se rodeó de hombres *de mérito*, como don Bernardo Monteagudo, etc.»; pero olvidadizo luego de que había reconocido la importancia del hombre, lo colma de improprios veinte páginas después. No se diría sino que el tal jesuita es tuerto del ojo canónico, que dicen los teólogos, y que tiene cerrada la otra ventana.

En cuanto a los honores concedidos por el Congreso a San Martín, dice: «que éstos fueron obra del miedo y no de la gratitud nacional». —Y en un párrafo que bautiza con el epígrafe *Servilismo y adulación* lanza al clero peruano este envenenado dardo: —«El clero oía con gusto un himno dedicado a Bolívar, que se cantaba entre la epístola y »el evangelio, constándole que Bolívar era el hombre más *cínicamente »obsceno del mundo*», al lado del cual, añadimos nosotros, Pirrón, con su oda a Priapo, sería probablemente para los ignacianos un monaguillo de la Cartuja o una pudorosa monja visitandina.

¿Quiere el lector respirar el aroma de un ramillete de insultos pro-caces contra nuestros hombres más eminentes? Pues vea lo que, *ad pedem literæ*, copiamos de la página 208: —«La semilla sembrada en la »juventud por el impío padre Cisneros, por el blasfemo canónigo Arce, »por los sacerdotes liberales (que, para los jesuitas, ser liberal es más »que ser excomulgado vitando) Rodríguez y Luna Pizarro, por los »libérrimos Mariátegui y Sánchez Carrión, y regadas, en fin, por »San Martín, Bolívar y Monteagudo, debía producir opimos frutos.»

## IX

Hasta la gloria de los laureles que en Ayacucho alcanzaron los americanos es vulnerada por la pluma del *soi disant* historiador jesuita. La victoria no se debió al esfuerzo de los patriotas, sino a la traición de Canterac, el general en jefe de los realistas. Y luego (no se caiga de espaldas el lector) en Ayacucho el ejército independiente no tuvo los 5.686 hombres que las listas de revista, los partes oficiales y demás documentos consignan, cifra que hasta hoy ni García Camba, cronista español de esa batalla, había contradicho, sino 8.000 hombres; número casi igual al del ejército realista, cuyo efectivo, en realidad, fué cerca de 10.000. Convénzase el lector por este trocito que literalmente copiamos de la página 199: —«Las fuerzas fueron próximamente de unos 8.000 hombres de cada parte, como con buenos »datos lo probaremos en nuestra Historia (así será de embustera esa »Historia), para donde igualmente nos reservamos analizar la conducta de Canterac, y si hubo o no traición por parte de este jefe, al que »desde Junín lo llamaban *el francés*.» No hubo, pues, según el historiador loyalista, gran proeza en vencer a número igual de enemigos, y menos cuando la traición fué aliada de los vencedores. ¡¡¡Y nosotros que vivíamos tan engreídos con nuestra victoria de Ayacucho, que selló la Independencia de la América!!! Vencieron ustedes gracias a ramas, gracias a la traición, es lo que, en buen romance, les enseña ahora el padre Cappa y Manescau a nuestros hijos, a los nietos de los vencedores en Ayacucho. ¡Habría cinismo!

Precisamente todos los entendidos en el arte militar, así españoles como americanos, que han escrito sobre la batalla de Ayacucho convienen en que esa batalla fué, por parte de los patriotas, la más correcta, la más ajustada a estrategia entre cuantas se dieron en América



durante la larga guerra de la Independencia. No es Pichincha, es Ayacucho la acción que, como soldado, pone a Sucre al lado de los más grandes capitanes. ¡¡¡Pues bien, sépalo la juventud, sépalo el mundo, esa gloria es hechiza, es usurpada!!! ¡Gracias a ramas!

Cómodo es justificar todo desastre inventando una traición y un traidor. ¡Pobre Canterac! Murió alevosamente asesinado en un cuartel de Madrid al apersonarse a sofocar un motín, y ahora..... también su honra es alevosamente asesinada y..... para que sea más cruel el golpe, por un compatriota suyo.

El padre Cappa se exhibe en esta parte de su compendio como el granuja a quien pregunta el juez el porqué ha robado un terno de ropa en una sastrería.—Ya se sabe que aquél contestará que lo hizo para poder presentarse vestido con alguna decencia ante el juzgado.

Pues ni esto ha conseguido el padre Cappa, porque ante el tribunal de la Historia, en la misma España, será tenido por indecente el que, sin exhibir documentos comprobatorios, infama la memoria de un soldado benemérito para la metrópoli.

Hay un aforismo español que, a ser contemporáneo, creeríamos inspirado para hacer el retrato moral del jesuita padre Cappa. Dice así el ya rancio aforismo: —Tres muchos y tres pocos hunden a un hombre: mucho hablar y poco saber, mucho presumir y poco valer, mucho gastar y poco tener.

## X

Termino esta refutación desentendiéndome de las 18 páginas que el padre Cappa consagra a los gobiernos del Perú, desde La Mar hasta el día. Se ocupa de hechos en que todos hemos sido, si no actores o comparsa, por lo menos espectadores, y de hombres públicos a los que todos hemos conocido personalmente. Tela hay, y larga, en esas 18 páginas; pero esa tela córtela cada cual según sus simpatías o prevenciones. No quiero exponerme a herir susceptibilidades de contemporáneos o de amigos personales; sobre todo cuando, como refutación al librejo, creo haber escrito lo suficiente para que mis lectores se formen cabal concepto del espíritu jesuítico encarnado, como sutil ponzoña, contra la libertad y la república, en esas 219 paginitas.

Del fondo de una sociedad pervertida en su fe por la superstición, y en una edad anarquizada, en su dogma, por las herejías, se levantan



tó, al par de la Inquisición, con su hoguera y sus verdugos, una institución mitad militar, mitad religiosa, con todos los vicios del campamento y todas las sutilezas del claustro, con toda la hipocresía arrancada a su fundador por los terrores de un libertinaje salvado a la muerte en las alucinaciones de un sistema nervioso ya gastado.

Esa institución, formada por un desertor, debía convertirse en el poder más tenebroso y absorbente. La espada caída en las puertas del hospital de Pamplona debía transformarse en el puñal de Ravailac, y la sangre de la herida de Loyola debía de servir para confeccionar el chocolate de Ganganelli.

Esa institución, como asociación religiosa, es una blasfemia contra las doctrinas del Evangelio; como sociedad civil, es una amenaza al hogar y a la propiedad; como cuerpo político, es un complot permanente contra la libertad de los pueblos y la estabilidad de los gobiernos. Ese monstruo, abortado por una decadencia de fe y corrupción de nobleza; ese antro que fué *refugium peccatorum* de los libertinos hastiados y de los ambiciosos decepcionados, es lo que, por sarcástica ironía, se llama *¡Compañía de Jesús!.....*

Gobiernos y pueblos, familia e individuo, a todos hiere, a todos alcanza ese Moloch esclavizador de las conciencias, esa divinidad de las tinieblas llamada *jesuíta*. Consentir que se adueñen de la juventud, autorizándolos para la enseñanza en los colegios, es renunciar al porvenir de la patria y renegar del progreso.

Si los jesuitas son tan útiles y tan buenos, ¿por qué se les expulsa de todas partes? ¿Será por su virtud y santidad? Y ¿por qué ha de ser el Perú, cuyas puertas les cierra una ley vigente, el Ceuta de los expulsados, el cuartel general donde se den cita esos fatídicos buhos para continuar en sus funestas maquinaciones contra la libertad? Si nuestra genial tolerancia ha consentido que, lentamente, adquieran señorío y aun personalidad en el país, ellos mismos se han encargado de hacernos arrepentir de ella. Son nuestros huéspedes, caritativamente admitidos en nuestro hogar, y nos corresponden hiriéndonos en las fibras más delicadas de nuestro sentimiento patriótico.

No es ésta la primera vez en que mi pluma, torpe acaso, pero sincera y entusiasta, combate con bravura al jesuitismo. No lo quiero en mi patria, y menos con el carácter de educacionista. Sin embargo, ha sido necesaria toda la petulante audacia del padre Cappa para que, a mis años y con mis decepciones, se irritase la nerviosidad de mi temperamento y, atropellando por toda consideración de personal

conveniencia, me lanzara a escribir esta refutación. En ello, pienso que he llenado, no sólo un deber de honrada conciencia literaria, sino un obligado deber de patriotismo. Satisfechos éstos, vuelvo a mis cuarteles de invierno.

Contento estoy con haber sido el centinela que ha dado la voz de alarma. Gobierno, Congreso y opinión pública harán el resto. Otros a la brecha.

Lima, julio de 1886.



## LA GUERRA SEPARATISTA DEL PERÚ

El señor don Fernando Valdés, conde de Torata y coronel de artillería en el ejército español, ha tenido la amabilidad de remitirme para la Biblioteca Nacional, acompañado de benévola carta, un ejemplar del primer tomo de la obra que sobre nuestra guerra de Independencia ha entregado a la publicidad. El tomo contiene, con el carácter de preliminar, la exposición que el general don Jerónimo Valdés dirigió desde Vitoria, en julio de 1827, al rey don Fernando VII, documento que hasta ahora permanecía inédito; pero del cual tuve, hace años, oportunidad de leer una copia entre los manuscritos que poseía mi egregio amigo el general Mendiburu, autor del *Diccionario histórico biográfico del Perú*. Gran servicio prestaría la Real Academia de la Historia compilando las exposiciones o manifiestos de Pezuéla, La Serna, Rodil, Ramírez y demás prohombres del partido realista, documentos en su mayor parte inéditos, siendo muy difícil conseguir hoy ejemplar de los pocos que se imprimieron. Sólo me es conocido el de Rodil.

En tres partes divide el señor general Valdés su exposición. Consagra la primera a justificar lo injustificable de ese acto clásico de indisciplina, conocido por revolución de Aznapuquio, en virtud del cual quedó depuesto el virrey Pezuéla. En la segunda parte se contrae a recriminar la defección de Olañeta, en el Alto Perú; y en la tercera y última, a probar que la batalla de Ayacucho no se perdió por traición

ni por ignorancia, sino por cobardía de la tropa (colecticia y en tres cuartas partes compuesta de peruanos) y por haberse adelantado, más de lo que se le previno, el comandante del primer regimiento de la izquierda. Achaques quiere la muerte.

Sintetiza el general Valdés su exposición, pidiendo al monarca que considere en autoridad de cosa juzgada todo lo relativo a la deposición de Pezuela; que declare odiosa la memoria de Olañeta; y que estime merecedores de nacional aprecio y de sus reales bondades a los vencidos en Ayacucho. No era poco pedir.

El afecto filial conquista siempre simpatías, y confieso que muy cordial me la inspira el señor conde de Torata al intentar la defensa de los errores y extravíos políticos del que le legara su nobiliario título y su apellido histórico.

Como peruano, debo y quiero reconocer que la rebelión de Aznapuquio significó, para la causa patriota, tanto como una batalla ganada a España. Todo el elemento civil de la capital, impresionado por el escándalo que dió el militarismo, se hizo partidario de la Independencia. Y nada de forzado, sino de muy lógico y natural, hubo en ello. El motín personalista de Aznapuquio desmoralizó por completo una sociedad acostumbrada, por cerca de tres siglos de administración colonial, a mirar con profundo respeto el principio de autoridad civil, hasta creer la persona del virrey tan sagrada e inviolable como la del monarca.

Pero tratándose de juzgar un hecho histórico, pongo aparte mi condición de peruano, desciendo del campanario de mi parroquia, ceso de ver las cosas por el lado egoísta del beneficio reportado y échome a discurrir con criterio desapasionado, recto, independiente. Yo no conocí ni traté, como el general Mendiburu, a los políticos españoles de 1821; los juzgo sin personales antipatías ni interesados afectos. Ruego, pues, al señor conde de Torata, que en mi manera de apreciar la revolución de Aznapuquio (1), tres cuartos de siglo después de acontecida, no vea mas que la opinión individual de uno de tantos aficionados a estudios sobre el pasado del Perú. En la página 12 del libro, el señor conde me honra con gratulatorias palabras por los conceptos justicieros que dedico al general Valdés en varias de mis Tradiciones, si bien lamentando que, en una de ellas, al llamar a La Serna virrey de cuño falso, virrey carnavalesco y de motín, revele yo, muy a la

---

(1) *Aznapuquio*. Vocablo quichua que significa *manantial hediondo*.



ligera, reprobación por lo de Aznapuquio. Disculpe el señor conde que la justifique en este artículo.

Siempre que a los puntos de mi pluma vino el nombre del general Valdés, fué para acompañarlo de un adjetivo encomiástico. Como el general Mendiburu, creo sinceramente que Valdés fué un distinguido talento; un militar instruído, gran ordenancista y mejor táctico; soldado valiente, decidido, perseverante, desinteresado y severo, sólo cuando la severidad era oportuna. Poseía, en fin, todas las cualidades necesarias para encabezar un partido. Precisamente ese conjunto de circunstancias le fué fatal, porque lo arrastró a cometer gravísima falta que, ante la posteridad imparcial, empaña el brillo de su nombre. Esa falta es la rebelión de Aznapuquio, de la que él fué el inspirador, el alma.

Es indudable que el general Valdés fué de los pocos hombres que hacen de la amistad un culto, y que todo lo sacrifican ante ella. En 1816 vino de España con La Serna, embarcados en la fragata *Venganza*, y después de la capitulación de Ayacucho regresaron juntos a Europa en la *Ernestina*. Eran dos inseparables: estaban ligados por el afecto más que los hermanos siameses por un cartílago. El cariño de Valdés por La Serna, unido al resentimiento que contra Pezuela abrigaba, porque éste pretendió separarlo del Perú, destinándolo al ejército de Quito, fueron causas que bastaron para acallar en su alma el sentimiento del deber, arrastrándolo a fraguar la desleal defección de Aznapuquio.

Gran esfuerzo cerebral revela el general Valdés en su exposición, para atenuar el pecado y sus consecuencias; pero la voz de la conciencia le grita que todos sus argumentos son deleznales ante el rigor de las ordenanzas y de las leyes del honor militar; y por eso termina solicitando del monarca, no precisamente la absolución, sino que se eche tierra sobre el acto de rebeldía. Así en España como en el Perú han sido siempre una grandísima calamidad estos generales que hacen política con criterio de cuartel.

La rebelión de Aznapuquio no se defiende con palabras ni con chicana de abogado. Si defensa cabe, es la del hecho triunfante: la victoria y no la derrota de Ayacucho. Un hecho quizá se justifica con otro hecho, que es el éxito, suponiendo moralidad en la máxima jesuítica de que el fin bonifica los medios.

El militarismo derrocó a Pezuela, no por lealtad ni amor al soberano, sino porque sólo prolongando la guerra había ancho campo para

ascensos y medros. —«Era preciso (1) (dice Mendiburu en su artículo sobre La Serna) dar soltura a las ambiciones, recibir ascensos en abundancia (como sucedió con García Camba, que en menos de dos años ascendió desde comandante hasta general), volver a España para figurar en elevada escala, jugar el todo por el todo, frase frecuente en boca de Canterac. Diez y ocho jefes, convirtiéndose en cuerpo deliberante, destituían al que representaba al soberano, al virrey Pezuela, que había servido al rey más que todos ellos reunidos. Abusaron de la ignorante tropa que les obedecía, y a la cual desmoralizaron, dejando al Perú un ejemplo funesto» (2).

Ningún jefe de Marina autorizó con su firma el escándalo, si bien acataron, como era natural, el hecho consumado. Y en cuanto al vecindario de Lima, a los hombres civiles que no medran con las turbulencias de cuartel, títulos de Castilla, clero, comerciantes acaudalados, ricos agricultores, propietarios urbanos, todos negaron su contingente de simpatías al entronizado militarismo.

El vecindario, por intermedio del Cabildo de Lima, había obligado al virrey Pezuela a las negociaciones de Miraflores, negociaciones contra las que murmuraron sin embozo esos militares, a quienes nada importaba la ruina y aniquilamiento social. Y esos mismos hombres fueron más tarde partidarios de las negociaciones de Punchauca, sólo porque en ellas se estipulaba una regencia de la que sería jefe el virrey La Serna.

Un mes antes de la felonía de Aznapuquio, el general Ramírez, que mandaba las fuerzas del Alto Perú, escribió desde Arequipa al rey de España, manifestándole que la adhesión de los pueblos a la causa independiente era incontenible, que el espíritu revolucionario había penetrado hasta en los cuarteles, donde, a fuerza de rigor, había tenido que reprimir varios amagos de motín; y terminaba asegurando que, si de la metrópoli no se enviaba pronto una poderosa escuadra, el Perú se perdería para la corona. Ramírez no hizo en este documento mas que repetir lo que Pezuela, en diversos oficios, había comunicado a la Corte. El mismo La Serna, a los cuarenta días de ser

---

(1) *Diccionario histórico*, tomo VII, página 228.

(2) Los diez y ocho motinistas o amotinadores fueron los brigadieres Canterac y Valdés, los coroneles Bayona, Toro, marqués de Valle-Umbroso, Landazuri, Rodil, Otero, Ferraz, Sabane, Bedoya, Martín y los comandantes García Camba, Ramírez, Narváez, Ortiz, Tur y García.

gobierno clamaba por buques y refuerzo de tropa, reconociéndose ya tan impotente como Pezuela para detener la ola revolucionaria.

El motín de Aznapuquio no tuvo, pues, más propósito que el personalísimo de cambiar hombre por hombre. Los jefes que no imperaban bajo Pezuela, vinieron a ser los omnipotentes con La Serna.

Abundan en la exposición de Valdés cargos que por sí solos se refutan, como el de la defección del *Numancia*, que era uno de los cuerpos que mandaba el general. Alega éste que ignoraba lo que todos sabían sobre el espíritu dominante en oficiales y tropa; que no tenía noticia de un reciente plan de sublevación, conjurada en los momentos de estallar; y hasta era para él desconocido el hecho de que, en Guayaquil, tres capitanes del *Numancia* habían cambiado de bandera alistándose en las filas patriotas. El alegato es pueril. Don Jerónimo Valdés no era de los hombres que están siempre en Babia para necesitar que el virrey Pezuela le recomendase vigilancia con los numantinos.—Mendiburu dice que en esta ocasión no le asistió a Valdés su reconocida inteligencia para proceder con la cautela que pudo y debió emplear.

No desconocemos que Pezuela cometió no pocos desaciertos políticos y militares. Pero, ¿acaso el que se propuso enmendarle la plana no incurrió en ellos, y en mayor escala? ¿No llegó también La Serna a declarar, en oficio de 7 de marzo, dirigido al Ministerio de Guerra, que los recursos estaban agotados, que nada podía alcanzarse sin marina, que la causa insurgente progresaba y que en habitantes y soldados había decisión por la Independencia? Comentando este oficio, dice Mendiburu (y dice bien) que La Serna vindica con él al anterior virrey, quien no pudo hacer más de lo mucho que hizo.

En resumen, el gobierno militar y civil en manos de los hombres de Aznapuquio fué un elefante blanco; pues ni siquiera amagaron a las fuerzas de San Martín o las derrotaron, como creían fácil cuando mandaba Pezuela. Se mantuvieron seis meses a la defensiva, entre los muros de Lima, dando campo para que los patriotas aumentasen sus fuerzas y ganasen en prestigio. No es razonable presumir que el objetivo de los revolucionarios de Aznapuquio hubiera sido entregar la capital a San Martín sin que éste tuviera para qué gastar pólvora.

En la segunda parte de su exposición, el general Valdés desahoga bilis y fulmina rayos contra el rebelde Olañeta, quien desconociendo la autoridad del virrey La Serna, virrey de motín y de farándula, no



hizo mas que seguir el ejemplo que le dieran los revoltosos de Aznapuquio. Estos sembraron mala semilla, y no debían prometerse cosecha de buen grano. La autoridad de Olañeta nació de la misma fuente que la de La Serna: del cuartel. Sable por sable, tanto daba el uno como el otro.

En esta parte de la exposición hay algo que no habla muy alto en favor de la firmeza de convicciones en el general Valdés. Desde 1816, en que llegó al Perú, hasta principios de 1824, era considerado como uno de los jefes del partido que se bautizó con el nombre de liberal peninsular. Que el liberalismo del general Valdés no era de purísimos quilates, lo comprueba el hecho de que en la expedición contra Olañeta proclamó el régimen absoluto, restablecido por el ingrato y desleal Fernando VII, renegando de la liberalísima Constitución que dictaran las Cortes de Cádiz. Las razones que para justificar cambio tan radical y repentino exhibe el general Valdés en su manifiesto de Vitoria son razones de momentánea conveniencia partidarista, y nada más; pero que no recomiendan al general como hombre de convicciones y de doctrina. Desde 1824, la consigna para el soldado, que antes se distinguiera por su liberalismo, fué ésta: ¡Vivan las cadenas!

El día de la desgracia llama el general Valdés al de Ayacucho. No, el día de la desgracia fué el de Aznapuquio, porque fué el día del deshonor. La derrota no fué sino el corolario preciso, inevitable, de la desmoralizadora e injustificable rebeldía. El día de Ayacucho no fué mas que el día de la expiación para el militarismo, ambicioso y corruptor, que sembró en el Perú semilla cuyo fruto estamos cosechando todavía, en nuestros tiempos de república. Gamarra, nuestro primer motinista de cuartel, se educó en la escuela de Aznapuquio. Gamarra tuvo discípulos que lo aventajaron.

Fresco aún el recuerdo del suplicio de Atahualpa, principiada apenas la conquista, el sable avasallador del militarismo derribó al primer virrey del Perú, Blasco Núñez de Vela. El militarismo español no quiso despedirse de América sin repetir el escándalo. La conquista terminó como empezara. Principió con la destitución de un virrey, y concluyó con la destitución de otro virrey. El sombrío Felipe II castigó, como él sabía castigar, a los que en la persona de su representante ultrajaron la majestad del soberano. El débil Fernando VII, rey también absoluto y por derecho divino, no quiso ni supo castigar. Fué el pueblo español quien se encargó de hacer justicia, más tremenda que la realizada por



el hacha del verdugo, bautizando a los rebeldes de Aznapuquio con el oprobioso y muy significativo epíteto de *ayacuchos*.

\* \* \*

El señor conde de Torata contestó a este artículo con un folleto personalísimo, al que no estimé digno de mí dar respuesta.



## BORRASCA EN UN VASO DE AGUA

Tal puede llamarse la que, en tres periódicos de la presente semana, se pretendió levantar con motivo de una tesis sobre *La mujer*, tesis leída hace un mes en la Facultad de Letras de nuestra Universidad de San Marcos por el joven don Maximiliano Oyóla, para optar el grado de doctor. Periódico hay que lleva su intemperancia hasta pedir que se suspenda por un año al alumno universitario en el derecho de titularse *doctor*, ya que no es hacedero cancelarle el diploma. Cosas leímos contra esa tesis, que hasta a San Pedro, que es calvo, le ponen los pelos de punta, y que, en punto a exageración, corren parejas con la nariz de aquel narigudo que, cuando estornudaba, sólo oía el estornudo medio minuto después, por lo largo del trayecto recorrido.

Confesamos que ante alharaca tamaña, se despertó la curiosidad nuestra por leer la monstruosa tesis, el fenómeno de inmoralidad, irreligión y escándalo; y después de leída no pudimos menos de soltar la carcajada, pensando que los que contra la tesis se encarnizan no se han tomado el trabajo de leerla, y que se han hecho eco de apasionadas e incompetentes referencias. No ha faltado mas que pedir cinco años de penitenciaría para el subdecano por haber acordado su *visto bueno* a la inofensiva disertación, que ciertamente no tiene ni el mérito de estar escrita en galano y seductor estilo, sino en prosa muy prosaica y ajustada a las leyes de la sintaxis, no obstante que el tema se prestaba a bizarrias de lenguaje. El señor Oyola, a quien sólo de vista conocemos, será un joven más o menos aplicadito o aprovechado; pero, a juzgarlo por la forma de su tesis, no hay en él tela de literato. No es de los muchachos peligrosos y capaces de hacer daño a la reacción conservadora, que, hoy por hoy, gana terreno en el Perú.

Para que los que no conocen la tesis se formen cabal concepto de ella y se convenzan de que no vale el alboroto, vamos a extractarla y comentarla párrafo por párrafo.

La introducción, que como estilo parece lo más cuidado del estudio sociológico, es un ditirambo a la mujer, que, para nosotros los barbados, es fortaleza en el combate, fe en la incertidumbre y consuelo en la desgracia. Continúa el señor Oyola enalteciendo la influencia de la mujer en todas las edades de la humanidad, repitiendo, con palabras distintas, conceptos de Castelar; y al hablar de la condición jurídica de la desterrada del Paraíso, defiende las doctrinas que el señor Cesáreo Chacaltana enseña a sus alumnos en la cátedra de Derecho civil. Pone término a las diez páginas de introducción declarando que va a ocuparse en estudiar lo que fué la mujer en el pasado, cuál es su condición actual y lo que presume que podrá ser en lo porvenir. Esto es, ni más ni menos, lo de

vi yo no sé cuándo, por yo no sé dónde,  
no sé qué muchacha con yo no sé quién;  
no sé por qué fueron a no sé qué sitio,  
y no sé qué hicieron, pues yo no sé qué.

El primer capítulo es un rápido estudio antropológico de la mujer, estudio que en su mayor parte es reproducción de un artículo que el sabio doctor Letamendi publicó en un periódico de Barcelona. Nada de original o propio nos dice el joven Oyola, limitándose a reforzar la exposición con una, tal vez innecesaria, cita de Ahrens, tratadista de Derecho natural.

En el capítulo segundo, hablando de la condición de la mujer en los tiempos antiguos, repite el aspirante a doctorado lo que todos hemos leído en Cantú, Oncken, Bebel, Michelet, Tácito, Heródoto, Pomponio Mela, Aristóteles, Tucídides, Heinzen y..... la mar de historiadores y sociólogos. Capitulito de erudición, y nada más; y como no se ha declarado que lucir pretensiones de erudito sea un crimen, resulta que no es *justiciable* el señor Oyola sólo por contarnos que ha leído mucho de bueno, mucho de mediocre y hasta mucho de malo.

Vamos al tercer capítulo. Acepta el autor de la tesis que el cristianismo mejoró en mucho la condición de la mujer, a pesar de que en los primeros siglos no fueron muy liberales para con ella los Padres de la Iglesia; y entre otras citas exhibe la autoridad de Tertuliano, que llamó a la mujer *puerta del infierno*. Nada inventa Oyola al historiar la condición de la mujer en la Edad Media; nos dice sobre el feuda-

lismo y las cortes de amor con sus juegos florales y la andante caballería lo que nos dicen todos los libros viejos. Hablando de la mujer peruana, estampa que su condición ante la ley es idéntica a la de la mujer en Francia, Alemania, España, Italia, etc., etc., lo que comprueba citando diversos artículos del Código civil. Que el autor aspire a que la mujer sea ilustrada y disfrute de los mismos derechos civiles y políticos que el varón, no es pretensión que, por inmoral, escandalice y que merezca que sobre la tesis caiga un varapalo. Hasta aquí no ha incurrido el sustentante ni en lo que se llama el pecado de la lenteja, que es de los más veniales. Ese es tema que está sobre el tapete de la discusión, desde los días de la revolución francesa; es una de tantas fantasías humanas que no reviste seriedad, a pesar de que, en Estados Unidos, la mujer va rápidamente haciendo conquistas en el campo igualitario. ¡Qué mucho, si hasta entre nosotros ya hay doctoras, y hay nómina de oficina en que varias hijas de Eva figuran como empleados públicos!

¡Cómo no estimar como un progreso el que hoy la mujer illustre su inteligencia, y que lea y escriba con corrección! Ya pasaron los tiempos en que, galanteando nuestros abuelos a alguna gentil y aristocrática tapada de saya y manto, la decían:

—Dígame usted siquiera por qué letra empieza su nombre.

—Empieza por U.....: adivine usted ahora.

—¡Ahl ¿Se llama usted Ursula?

—No, señor; me llamo Usebia.

¡Qué horror! Nuestras lindas paisanitas del siglo pasado ignoraban hasta la ortografía de su nombre de pila.

El autor, apoyándose en relaciones de viajes, nos habla en el capítulo cuarto de la actualidad social de la mujer en Asia, Africa, Oceanía y tribus salvajes de América. Habrá pequeñas discrepancias en el relato de los viajeros; pero en el fondo resaltará siempre la abyección a que en esos pueblos está sometido el bello sexo. Bien pudo el autor suprimir este capítulo por innecesario. Carece de objeto, y hasta las ligerísimas apreciaciones tienen sabor a verdades de Perogrullo. No toda la misa ha de ser *amenes*.

El capítulo final, que es la síntesis o resumen del sociológico estudio—igualdad absoluta de la humanidad entera—, no es mas que ampliación de lo expuesto en el tercer capítulo. Porque el señor Oyola desee que en lo porvenir la mujer pueda ejercitar su actividad en el terreno que más le plazca, y que se coloque frente al hombre con entera



independencia; porque hable de paz perpetua y porque discurra como Spencer, sobre límites del progreso humano, puntos todos discutibles, que no atacan la moral pública, ni el dogma, ni las leyes del Estado, ¿se ha de calificar su tesis de inmoral, de irreligiosa, de anarquista y disociadora? Y hubo prójimo liberal que llevara la alarma al espíritu del mismo rector de la Universidad, pidiéndole que no autorizara con su firma el doctorado de este joven irreverente, impío, socialista y sedicioso. Liberalismo de tal estofa es el liberalismo del *Syllabus*, el liberalismo del ciudadano Nerón,

y muera el que no piense  
tal como pienso yo.

Felizmente, el recto criterio del rector se sobrepuso a la pretensión, leyó la tesis, de seguro que sonrió después de leerla, y no infirió al autor el desaire que se pretendía. ¡Pues no faltaba más para que estuviéramos en pleno triunfo reaccionario! Para eso no valía la pena de que nuestros mayores hubieran combatido en Junín y en Ayacucho. De eso al índice expurgatorio para las producciones del pensamiento, no había que andar gran trecho de camino

Nuestro siglo se distingue por el espíritu de tolerancia. Ya hoy nadie, persona o corporación, tiene el monopolio de la verdad o el error. Errónea declararon unánimemente los sabios la doctrina de Galileo; y, sin embargo, Galileo tuvo razón contra su siglo. Hoy, en materia filosófica, literaria o sociológica, no hay doctrinas erróneas, sino discutibles. Los tiempos son de libre examen y de discusión libre. Hoy por hoy el único hombre que no tiene un sí ni un no con los inquilinos de la casa..... es el portero del cementerio.

En el Perú, la libertad de pensamiento parece que fuera perdiendo terreno, pues hasta se pretende que los alumnos sigan ciegamente las enseñanzas del catedrático. Apartarse de ellas, como en el caso del joven Oyola, es provocar conflicto y escándalo.

Decididamente retrocedemos. Por los años de 1850 se enseñaba en San Carlos la doctrina de la soberanía de la inteligencia, y aunque por entonces era muy prestigioso el acatamiento al principio de autoridad, como que todavía estábamos vecinos a los días del *magister dixit*, hubo lujo de tolerancia con la juventud que defendía el principio de la soberanía popular. Otro procedimiento habría convertido en juez y parte al cuerpo de catedráticos, privilegio del que sólo disfrutaba Dios por ser Dios; pues reza el Credo que Jesucristo ha de venir a juzgarnos, por

los agravios que le hayamos hecho sobre la tierra, el día aquel en que San Vicente Ferrer haga resonar la trompeta.

Ha muy pocos años que el inteligente y malogrado joven Isidro Burga leyó, para graduarse de doctor, una tesis en que abogaba por la monarquía como la mejor forma de gobierno. Pues hubo escándalo, y casi se desploma la bóveda celeste sobre el alumno universitario. Por cuatro votos contra tres se le confirió el grado. De 1850 a 1890, en un lapso de cuarenta años, habíamos perdido en espíritu de tolerancia para con las opiniones ajenas.

Francia es república, y abundan en ella, sin que para nadie sea motivo de alarma, los periódicos que abogan por la monarquía. En la España monárquica, la tercera parte, por lo menos, de la prensa enarbola la bandera republicana.

Nosotros hoy nos vamos aferrando al pasado con todas sus rancias preocupaciones, y poco nos ha faltado para declarar a Oyola tan criminal como el socialista asesino de Cánovas. Y ¿por qué? Porque ese joven tuvo el candor de repetir lo que muchos, muchísimos reputados escritores han dicho sobre el porvenir social de la mujer. Y no entro ni salgo en lo de si es quimérico y fruto de fantasías soñadoras eso de igualar a la mujer en derechos con el varón, ni en si, alcanzado el propósito, desaparecerían el hogar con todos sus encantos y la familia con todos sus privilegios. Algo más: no me cautiva el tema; pero no excomulgo a los que lo sustentan ni me escandalizo de que ejerzan propaganda. Se trata de un problema sociológico como tantos otros, que son incentivo para la inteligencia, y todo problema merece los honores de la discusión.

La Facultad de Letras es, precisamente, la obligada a ensanchar horizontes para el vuelo del pensamiento. No debe dar campo para que, hablando de ella, se diga que todo diablo cuando llega a viejo se hace ermitaño. Lo único que tiene derecho a imponer es decoro, cultura en la forma. En la facultad no pueda ni debe imperar el dogmatismo estrecho. ¿Por qué la verdad, el bien y la belleza han de estar solamente en nuestro cerebro y no en el del que nos impugna?

Por honra del país debemos, pues, felicitarnos de que la Facultad de Letras haya dado juiciosa solución al conflicto, echando aceite sobre las encrespadas olas que se agitaban dentro del vaso de agua. Procedimiento distinto habría equivalido a poner sobre la puerta de la Facultad de Letras esta inscripción: —CERRADA POR INÚTIL.



## RECUERDOS DE FRANCISCO B. O'CONNOR

CORONEL DE LOS EJÉRCITOS DE COLOMBIA, GENERAL DE BRIGADA  
DE LOS DEL PERÚ Y GENERAL DE DIVISIÓN DE LOS DE BOLIVIA

Pocos libros de Historia despiertan más vivo interés en el espíritu del lector que aquellos de carácter autobiográfico, en los que los hechos son relatados por quien fué actor en ellos, y los personajes culminantes apreciados con el criterio de persona que los trató con familiaridad íntima. Lectura tal es como amena conversación de sobremesa entre camaradas, paladeando a sorbos una taza de exquisito caracolillo y siguiendo las caprichosas espirales del humo de un riquísimo habano.

A solaz de ese género he consagrado los dos últimos días, y dejo el libro para consignar, palpitantes aún, las variadas impresiones que su lectura me ha producido, y las observaciones, ligeramente críticas, que a los puntos de mi pluma han de acudir. El libro se ha publicado en Bolivia hace cuatro meses por el distinguido periodista don Tomás O'Connor d'Arlach, en homenaje a la memoria de su ilustre abuelo el general.

Mister Francisco Burdett O'Connor nació en Irlanda, por los años de 1791, y pertenecía a familia rica y aristocrática. Su padre, sir Rogerio O'Connor, fué uno de los que encabezaron la revolución de 1798, malgrado esfuerzo del pueblo irlandés para romper la cadena que hasta hoy lo aherroja a Inglaterra. En 1819 vino el joven O'Connor a defender la causa de la Independencia americana, acompañándolo en el viaje más de doscientos compatriotas, los que, en playas de Colombia, se organizaron, nombrando por aclamación a O'Connor como su comandante. Bolívar aceptó los servicios de la legión irlandesa, reconociendo al jefe en la clase de teniente coronel.



Con el ascenso inmediato llegó, cuatro años más tarde, al Perú y se encontró en las batallas de Junín y de Ayacucho. Marchó a Bolivia con Sucre, allí formó su hogar y allí murió en 1871, a los ochenta años de edad.

Fué en 1869 cuando principió a escribir sus Memorias, bautizándolas con el nombre de *Recuerdos*, y que sólo alcanzan hasta 1840. La muerte venía de prisa, y no concedió al noble anciano que historiase los treinta años posteriores.

En estilo llano, extremadamente llano, escribe el general O'Connor sus Memorias, estilo que cuadra al soldado ajeno a galas y refinamientos literarios. En la manera como relata los hechos hay cierta sinceridad que raya en infantil, y de vez en cuando nos deleita con espirituales añoranzas de la verde Erin, donde se mecía su cuna. Aunque el libro no tuviera otras condiciones atrayentes, como tiene, bastarían las apuntadas para que recomendásemos su lectura.

Lo que no podemos aplaudir en la pluma del general O'Connor es sus prejuicios sobre el Perú, su ninguna simpatía por el Perú y los peruanos. Así, apenas incorporado, en el Norte, al ejército libertador, y pocos días antes de la batalla de Junín, asistió a un banquete que en Huánuco se ofreció a Bolívar, y el brindis de O'Connor fué una injuria a nuestro patriotismo. No fué, pues, para mí una sorpresa encontrar en las páginas que posteriormente consagra a la época de la confederación Perú-boliviana más acentuada su injustificable e injustificada prevención contra nosotros. No necesitaba agraviarnos para enaltecer su bolivianismo, que yo aplaudo sinceramente. De espíritu noble y levantado, de corazón agradecido era identificarse con el pueblo en donde formó familia y en donde sus merecimientos, honradez y servicios fueron recompensados con distinciones, honores y fortuna. Y a extremos tales lleva la pasión al general O'Connor, que, al describir la batalla de Junín, niega que la victoria se debió a los esfuerzos de los coraceros de Lambayeque, y stampa que si Bolívar lo declaró así en la orden general, cambiándoles su nombre por el de húsares de Junín, lo hizo sólo para estimular a los peruanos.

Cuando describe batallas a las que concurrió, tiene O'Connor la debilidad senil de aspirar a que la Historia lo coloque sobre Bolívar y sobre Sucre. Sin O'Connor, Junín y Ayacucho habrían sido, no dos victorias, sino dos desastres. En Junín fué O'Connor quien, viendo la confusión en que se había envuelto la caballería de Brawn, guió a Miller para que salvase la ciénaga o mal paso. En Ayacucho, después de



no quedarse corto en críticas sobre las aptitudes estratégicas de Sucre y de desconocer el mérito de La Mar y de Gamarra, fué O'Connor quien designó el sitio en que debía darse la batalla, costándole mucho trabajo convencer a Sucre y a sus generales. En un arranque de fatuidad suprema, nos refiere el bravo irlandés que Sucre le dijo: —No sé qué hacer..... ¡estoy loco!—Entonces fué cuando O'Connor reforzó sus argumentos para persuadirlo, como al fin lo consiguió. Por eso los patriotas esperaron en el llano a que los españoles descendieran de las alturas del Condorcunca.

Especial complacencia revela el general O'Connor en hacer resaltar que ningún cuerpo de la división La Mar era mandado por jefe peruano; y para poner sello a sus colosales ínfulas de estratégico, cuenta que cuando el general don Jerónimo Valdés vino a rendirse prisionero, su saludo fué: —Nos han fundido ustedes: sus posiciones habían sido una trampa número cuatro. —«Y esto fué justamente (continúa el escritor) lo mismo que yo dije al general Sucre la tarde en que colocábamos el ejército en las posiciones por mí elegidas, y de las cuales él no se mostró contento.»

Para aceptar a cierraos la oración *pro domo sua*, que no otra cosa es el relato que de ambas batallas nos hace O'Connor, sería preciso rehacer la Historia, empezando por negar la veracidad de los partes oficiales, y concluyendo por rechazar el testimonio de todos los escritores, así españoles como americanos, que concurrieron a ambas acciones de guerra. El general García Camba, español, y el general López, colombiano, entre otros historiadores que podríamos citar, quedarían por dos grandísimos embusteros. Aníbal Galindo, en su precioso libro *Batallas de la libertad*, compulsa, con hábil y severo criterio, los documentos y juicios históricos, haciendo resurgir de los campos de Junín y de Ayacucho un nimbo de gloria para Sucre. También mi queridísimo Aníbal quedaría en mal predicamento como historiador concienzudo.

Muy leal, honrado y justiciero fué el general Sucre para haber dejado al coronel irlandés, jefe del Estado Mayor del ejército colombiano, sin el premio de un ascenso, si los méritos contraídos por éste hubieran sido de la magnitud decisiva con que aparecen en su libro *Recuerdos*. El coronel O'Connor fué ascendido a general de brigada del Perú por el presidente Orbegoso, once años después de la batalla de Ayacucho, en recompensa a su comportamiento en la acción de Socabaya; otro combate en que, de paso sea dicho, no se debió el triunfo, según el autor

de las Memorias, a la dirección de Santa Cruz, sino a la iniciativa y serenidad de O'Connor, que en las postrimerías de su existencia adoleció la neurosis de creerse el *Deux ex machina* que manejara a los prohombres y a los acontecimientos. Y que los primeros síntomas de dolencia que llegó a ser crónica se revelaron en él desde 1836, nos lo comprueban estas palabras de Santa Cruz: —Sepa usted, general O'Connor, que en el campo de batalla no tolero dos capitanes generales. Para capitán general, basto yo solo.

Para explicar el por qué no fué ascendido en Ayacucho, nos refiere, con flema de buen inglés, que el mariscal Sucre le ordenó formase un estado general del ejército, considerando como presentes a los dispersos de Matará, pues Bolívar se disgustaría de saber que la mayor parte del batallón Rifles, cuerpo favorito del Libertador, no había entrado en acción. Dice O'Connor que le contestó: —Mi general, yo no puedo firmar una falsedad—palabras de rigidez más que catoniana, a las que Sucre no dió otra respuesta que tomar la pluma y borrar el nombre de O'Connor, que figuraba en primer lugar en una propuesta para ascenso a generales.

Toda ésta es la parte en que el libro del señor O'Connor se parece (para mi pobre criterio, se entiende) a la carne de oveja, que o se come o se deja. Lee uno, sonriendo, esos desahogos de la vanidad o del amor propio, y dobla la hoja.

No cabe en mí por cierto desconocer que el general O'Connor fué un militar culto, inteligente, previsor, rígido, leal y bravo, ni mucho menos poner en tela de juicio su caballerosidad. Lejos de eso: hasta sus excentricidades y sus frecuentes arranques de insubordinación, nacidos de la altivez cerril de su carácter, me son simpáticos. Habría deseado encontrar en el soldado un poco de modestia y en el escritor menos causticidad e injusticia; y así mi pluma no habría tenido motivo para expresar sino conceptos halagadores sobre el libro y sobre su autor. Pero, ¿qué hacer? Ni hombre ni obra humana se encuentran sin lunarcillos que afean, y sin pequeñeces que obligan a la murmuración.

Y basta; pues para que el volumen de las Memorias de O'Connor no sea víctima de la conjuración del silencio, sobra con este artículo.



## EL NUEVO LIBRO DEL GENERAL MITRE

Con el título *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana* recibimos, en agosto del presente año, con destino a la Biblioteca Nacional, tres volúmenes en 4.º, con más de 2.000 páginas de texto, edición de gran lujo, hecha en Buenos Aires, en la imprenta de *La Nación*. El primer tomo trae la siguiente dedicatoria, manuscrita:

AL LA BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERÚ FUNDADA POR SAN MARTÍN, FUNDADOR DE LA LIBERTAD DEL PERÚ.—*El autor.*—BARTOLOMÉ MITRE.

Así por la galantería del autógrafo cuanto por la curiosidad que en nuestro ánimo despierta todo trabajo sobre *Historia americana*, dimos de mano a otras lecturas para engolfarnos en la de la interesantísima obra de nuestro ya viejo amigo el erudito y laborioso escritor argentino general don Bartolomé Mitre.

El nuevo libro del general Mitre encarna más que el muy plausible propósito de levantar imperecedero monumento a la memoria del compatriota, el de historiar, con imparcial y justiciera pluma, los magnos días de la homérica lucha por la Independencia. Copioso archivo de documentos inéditos ha tenido a su disposición el autor para rectificar no pocos errores substanciales en que, desde los prodromos de la revolución sudamericana hasta su triunfo providencialmente definitivo, han incurrido los historiadores contemporáneos.

Nuestro fin al borrar este artículo no es emitir un juicio autoritario, que nuestra incompetencia no consiente, sino dar a nuestros lectores una idea sucinta (y clara a la vez) de la obra; evitando así el



que pudiera decirse que sobre un libro tan trascendental como el dado a luz por el señor general Mitre se ha hecho en Lima la conjuración del silencio.

Los tomos primero y segundo son íntegramente consagrados a los móviles y hechos que dieron por consecuencia la libertad de Chile y de la gran República del Plata, al par que a hacer patente la redentora influencia de San Martín.

—«No era San Martín (dice Mitre) un político en el sentido técnico» de la palabra, ni pretendió nunca serlo. Como hombre de acción, con »propósitos fijos y voluntad deliberada, sus medios se adaptaban a un »fin tangible; y sus principios políticos, sus ideas propias y hasta su »criterio moral se subordinaban al éxito inmediato, que era la Inde- »pendencia.»

Estas líneas sintetizan magistralmente, a nuestro juicio, la personalidad de San Martín hasta los días de la campaña sobre el Perú.

El tomo tercero, y para nosotros el más importante de la obra, está consagrado al Perú y a las Repúblicas de Colombia. Sin que Mitre lo trace, el lector se ve obligado a hacer un paralelo entre los dos libertadores de Sudamérica, paralelo en el que no siempre queda muy arriba la personalidad de Bolívar.

Después de la capitulación de Miranda, en San Mateo (1812), encaminóse éste a la Guayra para embarcarse a bordo de un buque inglés, considerando perdida la causa de la República, por la derrota que en Puerto Cabello había sufrido su teniente Bolívar. Este, que también se hallaba en la Guayra, y habitando la misma casa en que se alojó Miranda, esperó a la media noche y a que estuviese profundamente dormido para personalmente apresar a su jefe y hacerlo entregar a los españoles. En tal situación Bolívar, que se había ocultado en Caracas, solicitó por intermedio de un español, amigo suyo y del realista Monteverde, un salvoconducto para alejarse del país. Copiemos literalmente a Mitre:

«Su protector lo presentó a Monteverde diciéndole:

»—Aquí está don Simón Bolívar, por quien he ofrecido mi garantía. »Monteverde contestó: —Está bien; y volviéndose a su secretario, »añadió: —Se concede pasaporte al señor (mirando a Bolívar) en re- »compensa del servicio que ha prestado al rey con la prisión de Mi- »randa.—Era la marca de fuego puesta por la mano brutal del vence- »dor.—Según uno de sus biógrafos, Bolívar repuso que había preso a »Miranda por traidor. Si hubiese sido traidor, habría merecido favores,



»y no martirios, de parte de los verdugos a quienes él contribuyó a »entregarlo. Bolívar decía confidencialmente a sus amigos hasta el fin »de sus días, que su ánimo había sido fusilar a Miranda, y que sin la »oposición de Casas lo habría ejecutado. La defensa es tan siniestra »como tremenda la acusación. Los más grandes admiradores de Bolívar jamás han pretendido negar este hecho, que ha quedado como »una sombra que todas las luces de la gloria no han podido disipar.»

Montenegro, Baral, Larrazábal y Ducoudray, entre otros, son las autoridades en que se apoya la narración de Mitre, que aun para los más entusiastas adoradores del dios Bolívar no pueden ser sospechosas.

Dejemos a nuestros lectores las apreciaciones sobre estas páginas, que todo comentario de nuestra pluma (que nunca fué fervorosa con la figura histórica de Bolívar) podría estimarse como fruto de personal pasión.

Desde el desembarco de San Martín en Pisco, hasta su alejamiento del país, no hay detalle que no sea consignado por el historiador argentino y rigurosamente comprobado. Sin embargo (y perdonemos el señor Mitre nuestra petulancia), nos atrevemos a indicarle un pequeñísimo error de fecha en que por distracción ha incurrido. Dice el señor Mitre (pág. 205, tomo III) que la noticia de la aproximación de Canterac la recibió San Martín el 4 de septiembre, hallándose en el teatro; que desde su palco la anunció a los espectadores, llamando al pueblo a las armas, y que el público, en medio de gran entusiasmo, cantó el Himno Nacional. No hay exactitud en lo último. El Himno Nacional no era aún conocido por el pueblo, y la primera vez que se cantó en el teatro fué veinte días después del 4 de septiembre. Este dato lo tuvimos del mismo maestro Alcedo, autor de la música del Himno, y a fe que no puede ser más autorizada la fuente. En fin, tan ligera equivocación de fecha nada significa en substancia.

Véase lo levantado del criterio del general Mitre por estas frases en que, hablando de San Martín, después de jurada la Independencia, dice: «La gloria de San Martín había llegado al grado culminante de »la declinación de los astros que han recorrido su curva ascensional. »Era, como fundador de tres nacionalidades (la argentina, la chilena »y la peruana), por sus grandes planes de campaña continental, por »sus combinaciones estratégicas y por sus victorias, el primer capitán »del Nuevo Mundo. De todos los sudamericanos hasta entonces nacidos, era el más grande y el más genuinamente americano. Para ser »más grande, sólo le faltaba completar su obra. Su medida histórica

»en los sucesos contemporáneos únicamente podía compararse con la  
»de Bolívar. Bolívar había sido aclamado Libertador, y este título lo  
»investía de la dictadura revolucionaria en su patria. San Martín, sin  
»punto de apoyo en la patria propia, se nombró a sí mismo; pero al  
»asumir la dictadura fatal que las circunstancias le imponían, se inoculó  
»el principio de su decadencia militar y política.»

Estos juiciosos conceptos del señor Mitre vienen a dar más tarde el por qué de la abdicación de San Martín y su retiro de la vida pública.

Las tendencias monárquicas de que, juzgando con ligereza, se hace capítulo de acusación contra el héroe de San Lorenzo, las disculpa Mitre con estas palabras: —«Si buscaba la monarquía constitucional, era sin la ambición personal, anteponiendo sus convicciones republicanas a lo que consideraba relativamente mejor para coronar la Independencia con un gobierno estable, que conciliase el orden con la libertad y corrigiese la anarquía.»

Siempre hemos opinado que el plan monárquico de San Martín era hijo de una conciencia honrada y de verdadera sensatez. El Perú de 1821, aunque nos duela confesarlo, para todo estaba preparado menos para la vida republicana. Verdadero centro de las tradiciones monárquicas, con una gran copia de títulos de Castilla, que daban a la capital virreinato el boato y exterioridades de una pequeña corte regia, mal podía romper en un instante con su pasado y hábitos de tres siglos. La transición era demasiado brusca.

Capítulo muy notable que encontramos en la obra de Mitre es el que consagra a la entrevista de Guayaquil, entrevista que ha dado campo a infinitas conjeturas y a versiones de todo punto inexactas o fantásticas. Muy bellas son las líneas que sirven de introducción a este capítulo, y no queremos dejar de darlas a conocer a nuestros lectores:

«El encuentro de los grandes hombres que ejercen influencia decisiva en los destinos humanos es tan raro como el punto de intersección de los cometas en las órbitas excéntricas que recorren. Sólo una vez se ha producido este fenómeno en el cielo. La masa de un cometa penetró una vez en el otro, y al dividirlo lo convirtió en una lluvia de estrellas que sigue girando en su círculo de atracción, mientras el primero continuó su marcha parabólica en los espacios. Tal sucedió con San Martín y Bolívar, los dos únicos grandes hombres sudamericanos por la extensión de su teatro de acción, por su obra, por sus cualidades intrínsecas, por su influencia en su tiempo y en su posteridad. Son los únicos hijos del Nuevo Mundo, después de Wáshington,

»que dió al mundo la nueva medida del gobierno humano, según la  
»vara de la justicia, y legó el modelo del carácter más bien equilibrado  
»en la grandeza que los hombres hayan admirado y bendecido. Bolí-  
»var y San Martín fueron los libertadores de un nuevo mundo republi-  
»cano, que restableció el dinamismo del mundo político por efecto de  
»la revolución que hicieron triunfar. Su acción fué dual, como la de los  
»miembros de un mismo cuerpo, y hasta su choque y antagonismo  
»final responde a su acción dupla, que se completa la una por la otra.  
»Los paralelos de los hombres ilustres a lo Plutarco, en que se busca  
»los contrastes externos y las similitudes para producir un antítesis  
»literario sin penetrar en la esencia de las cosas mismas, son juguetes  
»históricos que entretienen la curiosidad, pero que nada enseñan. El  
»paralelismo de San Martín y de Bolívar está en su obra, y su respectiva  
»grandeza no puede medirse por el compás del geómetra ni por las eta-  
»pas del caballo de Alejandro, al través del continente que recorrie-  
»ron en direcciones opuestas y convergentes. Se ha dicho, con más re-  
»tórica que propiedad, que para determinar la grandeza relativa de  
»los dos héroes americanos sería necesario medir antes el Amazonas  
»y los Andes. El Amazonas y los Andes están medidos y las estaturas  
»históricas de San Martín y Bolívar también, así en la vida como  
»acostados en la tumba. Los dos son intrínsecamente grandes en su es-  
»cala, más por su obra común que por sí mismos, más como liberta-  
»dores que como hombres de pensamiento. Su doble influencia se pro-  
»longa en los hechos de que fueron autores o agentes y vive y obra en  
»su posteridad. Hasta ahora, el tiempo, que aquilata las acciones por  
»sus resultados, dando a Bolívar la corona del triunfo final, ha dado a  
»San Martín la de primer capitán del Nuevo Mundo, y la obra de la  
»hegemonía por él representada vive en las autonomías que fundó,  
»aunque no como lo imaginara, mientras el gran imperio republicano  
»de Bolívar y la unificación monocrática de la América se hizo en vida  
»y se ha disipado como un sueño. Si se compara la ecuación personal  
»de los dos libertadores, véase que San Martín es un genio concreto,  
»con más cálculo que inspiración, y Bolívar un genio desequilibrado,  
»con más instinto y más imaginación que previsión y método. Si la  
»conciencia sud americana adoptase el culto de los héroes, preconizado  
»por una moderna escuela histórica, resurrección de los semidioses de  
»la antigüedad, adoptaría por símbolos los nombres de San Martín  
»y de Bolívar, con todas sus deficiencias como hombres, con todos sus  
»errores como políticos.»



Con admirable acierto y escrupuloso análisis pasa el señor Mitre, después del inspirado preámbulo que acabamos de copiar, a ocuparse en la conferencia de Guayaquil, que hasta aquí se nos presentaba rodeada de misterios y de accidentes caprichosos. Lo que pasó y aun lo que no pasó está relatado por el escritor argentino con todos los caracteres de la más severa verdad, utilizando, no sólo los documentos ya conocidos, sino muchos que permanecían ignorados.

No es menos importante la manera como aprecia el historiador bonaerense los planes de presidencia vitalicia que, en mala hora para su gloria, concibiera y pretendiera desarrollar el libertador Bolívar. Cedamos la palabra a Mitre:

«Bolívar debía tener una idea muy exagerada de la imbecilidad de los pueblos cuando pretendía engañarlos con apariencias que no lo alucinaban a él mismo. El sabía, y todos lo sabían, que su imperio sólo duraría lo que durase su vida, cuyos días estaban ya muy contados. Tan es así, que en el pacto entre Bolívar y el Perú se agregó este artículo: «Muerto el libertador, los cuerpos legislativos quedarán en libertad de continuar la federación o disolverla.» El mismo auguró el fin trágico de su gobierno personal cuando exclamaba: «¡Mis funerales serán sangrientos como los de Alejandro!» Tenía la conciencia, y esto le hace más responsable ante la historia, de que era un imperio asiático el que pretendía fundar, sin más títulos que la gloria del conquistador, ni más sostén que el pretorianismo. Es Bolívar uno de aquellos grandes hombres de múltiples facetas, llenas de luces resplandecientes y de sombras que las contrastan, a quien tiene que ser perdonado mucho malo por lo mucho bueno que hizo. Aun en medio de su ambición delirante, sus planes tienen grandiosidad y no puede desconocerse su heroísmo y su elevación moral como representante de una causa de emancipación y libertad. No quería ser un tirano; pero fundaba el más estéril de los despotismos, sin comprender que los pueblos no pueden ser semilibres ni semiesclavos. Así, en todo lo que se relaciona con la posesión del mando, sus vistas son cortas, sus apetitos son groseros, y hasta las acciones que revisten ostensiblemente abnegación llevan el sello del personalismo, por no decir del egoísmo. La Constitución boliviana era el falseamiento de la democracia con tendencias monárquicas. El plan de la monocracia era una reacción contra la revolución misma y contra la independencia territorial de las nuevas repúblicas, que violaba hasta las leyes físicas de la geografía. La insurrección americana había tenido por principal



»causa el absurdo de un mundo gobernado automáticamente desde  
»otro mundo, bajo régimen autoritario y personal. Era la vuelta a otro  
»sistema colonial con otras formas, pero con inconvenientes más graves  
»aún. Colombia sería la metrópoli, y Bolívar, el soberano. Para esto no  
»merecía la pena el haber hecho la revolución. El dominio del rey de  
»España, afianzado en la tradición y la costumbre, era más tranquilo  
»y paternal. Mejor se gobernaba a Bolivia y al Perú desde Madrid,  
»pues la monarquía daba más garantías que la vida pasajera de un  
»hombre que no ve más allá de ella que anarquía y sangre. Bolívar  
»había anatematizado varias veces la monarquía en América, no en  
»nombre de la república precisamente, sino fundándose en la razón  
»de hecho de no poderla establecer con solidez, y había rechazado con  
»ruidosa ostentación la corona que alguna vez se le ofreció. «Yo no  
»soy Napoleón, ni quiero serlo —dijo—; tampoco quiero imitar a Cé-  
»sar ni a Itúrbide: tales ejemplos me parecen indignos de mi gloria.» Y  
»ofreció en cambio la Constitución boliviana; es decir, la cosa sin el  
»nombre; la realidad de la monarquía sin sus vanos atributos. Con  
»este poder real y absoluto durante su vida, bien podía despreciar las  
»cuatro tablas cubiertas de terciopelo del trono de Itúrbide, cuando  
»tenía o creía tener en sus manos lo que valía más que un cetro de  
»rey: el bastón de dictador perpetuo. César, con una corona de laurel  
»que aceptó para ocultar su calvicie, no necesitó hacerse emperador  
»para serlo. Cromwell no se atrevió o no quiso declararse rey, y al in-  
»vestirse con el título de Lord Protector, hizo llevar delante de sí una  
»Biblia y su espada.—Bolívar, como César y como Cromwell, era más  
»que un rey, y con su corona cívica llevaba delante de sí por atributos  
»de su monocracia su espada de libertador y su código boliviano, que  
»era la Biblia de su ambición personificada.»

Nunca con argumentación más vigorosa habíamos visto combatida la vitalicia de Bolívar. Esa página parece escrita con la pluma de Ger-  
vinus, el inmortal historiador del siglo XIX.

\* \* \*

Abusaríamos de la generosa hospitalidad acordada a estos renglones, si nos ocupásemos de la parte narrativa. El cuadro de las batallas de Junín y de Ayacucho es verdaderamente pintoresco, y ni aun los episodios han sido olvidados. Todo extracto que hiciéramos resultaría pálido ante la solemne grandeza del original. El libro del general

Mitre, como narración, no se extracta: se lee y se admira. Lo correcto y fácil del estilo hace de las dos mil páginas de la obra una lectura nada fatigosa y sí muy deleitable e instructiva.

Como era natural, las últimas páginas son, en síntesis, el juicio definitivo del autor sobre la personalidad política de su héroe. Y como estas páginas son también el resumen de la obra, terminaremos reproduciendo algunos fragmentos:

«El triunfo final de los principios elementales de la revolución corresponde a San Martín, aunque la gloria de Bolívar sea mayor, porque si el uno llena mejor su misión activa de libertador, el otro es moral, militar y políticamente, más grande por su ciencia y conciencia y por los resultados ulteriores que responden a su iniciativa. En la vida pública de San Martín y Bolívar se combinan y distribuyen igualmente los dos elementos de que se compone la Historia: uno, activo y presente, que forma la masa de los hechos; otro, pasivo y trascendental, que constituye la vida futura. Bolívar representó uno de éstos, y San Martín el otro. La vida política de Bolívar, en el orden nacional, ha muerto con él, y sólo queda la heroica epopeya libertadora al través del continente por él independizado. La obra de San Martín ha sobrevivido, y la América del Sur se ha organizado según las previsiones de su genio, dentro de las líneas geográficas trazadas por su espada.»

«San Martín concibió grandes planes políticos y militares, que al principio parecieron una locura, y luego se convirtieron en conciencia, que él convirtió en hecho. Tuvo la primera intuición del camino de la victoria continental, no para satisfacer designios personales, sino para multiplicar la fuerza humana con el menor esfuerzo posible. Organizó ejércitos que pesaron con sus bayonetas en la balanza del Destino, no a la sombra de la bandera pretoriana ni del pendón personal, sino bajo las austeras leyes de la disciplina. Fundó repúblicas, no como pedestales de su engrandecimiento, sino para que vivieran y se perpetuaran por sí. Mandó, no por ambición, y mientras consideró que el poder era un instrumento útil para la tarea que el Destino le había impuesto. Fué conquistador y libertador, sin fatigar a los pueblos por él redimidos de la esclavitud con su ambición o su orgullo. Abdicó conscientemente el mando supremo, sin debilidad y sin enojo, cuando comprendió que su tarea había terminado, y que otro podía continuarla con más provecho para la América. Se condenó deliberadamente al ostracismo y al silencio, no por egoísmo ni cobardía, sino en homenaje

»a sus principios morales y en holocausto a su causa. Pasó sus últimos  
»años en la soledad con estoica resignación, y murió sin quejas cobar-  
»des en los labios, sin odios amargos en el corazón, viendo triunfante  
»su obra y deprimida su gloria. Es el primer capitán del Nuevo Mun-  
»do, y el único que haya suministrado lecciones y ejemplos a la estra-  
»tegia moderna en un teatro nuevo de guerra, combinaciones origina-  
»les inspiradas sobre el terreno al través de un vasto continente, mar-  
»cando su itinerario militar con triunfos matemáticos y con la creación  
»de nuevas naciones, que le han sobrevido.»

«El carácter de San Martín es uno de aquellos que se imponen a la  
»historia. Su acción se prolonga en el tiempo y su influencia se trans-  
»mite a su posteridad. Como general de la hegemonía argentina pri-  
»mero, y de la chileno-argentina después, es el heraldo de los principios  
»fundamentales que han dado su constitución internacional a la Amé-  
»rica, cohesión a sus partes componentes y equilibrio a sus estados.  
»Con sus errores y con sus deficiencias, con su escuela militar, más  
»metódica que inspirada, es el hombre de acción más deliberada que  
»haya producido la revolución sudamericana. Fiel a la máxima que  
»regló su vida, *fué lo que debía ser*, y antes que ser lo que no debía,  
»prefirió *no ser nada*. Por eso vivirá en la inmortalidad.»

En suma, el señor general Mitre, con su monumental obra, ha pres-  
tado a la historia americana servicio de inconmensurable valor. Su  
*San Martín* no es de los libros llamados a morir con el siglo. El será  
siempre gloriosa corona del veterano soldado de las letras, a quien  
nos honramos en tributar el homenaje de nuestro humilde, pero muy  
sincero y entusiasta aplauso.





## GRAMATIKUERÍA

(A un corrector de pruebas.)

Cuentan de un santo que, al llegar a Roma, pensó en acicalar su personita para presentarse con decencia ante el Papa, y necesitando sotana nueva, detuvo al primer transeunte, y le preguntó:

—¿Sabe usted dónde encontraré un buen sastre?

—Hombre —le contestó el interrogado—, en la esquina hay uno que es muy buen cristiano.

—Perdone usted —arguyó el santo—, yo no necesito un buen cristiano, sino un buen sastre.

Por buen sastre, que en conciencia disto mucho de serlo, me ha tenido usted al revelar, en el último párrafo de su artículo, el deseo de que dé una puntada: deseo que satisfago, no con humos de maestro sastre, sino con la humildad de zurcidor o remendón, que es casi tanto como ser buen cristiano.

Eso de que la locución *bajo la base* no es correcta es punto que, hoy por hoy, ningún aficionado a estudios filológicos discute. Pasó ya en autoridad de cosa juzgada.

Fortificando la sesuda opinión del egregio Cuervo, dice Merchán en sus *Estalagmitas del lenguaje*: «Solemos decir *bajo este pie*, *bajo esta base*, y con eso sí incurrimos de lleno en la justa censura del señor Cuervo.» Y entiéndase que el ilustrado escritor cubano no es de los intolerantes o ultraconservadores en materia de idioma.

Si los más reputados prosadores contemporáneos, como Valera, Benot, Menéndez Pelayo y Galdós, dicen y escriben *sobre la base*, no somos nosotros, pobres emborronadores de papel, los llamados a rebuscar argumentos en contra y corregirles la plana. De mí sé decir que soy devoto de la locución *sobre la base*; pero no gastaré tinta en im-



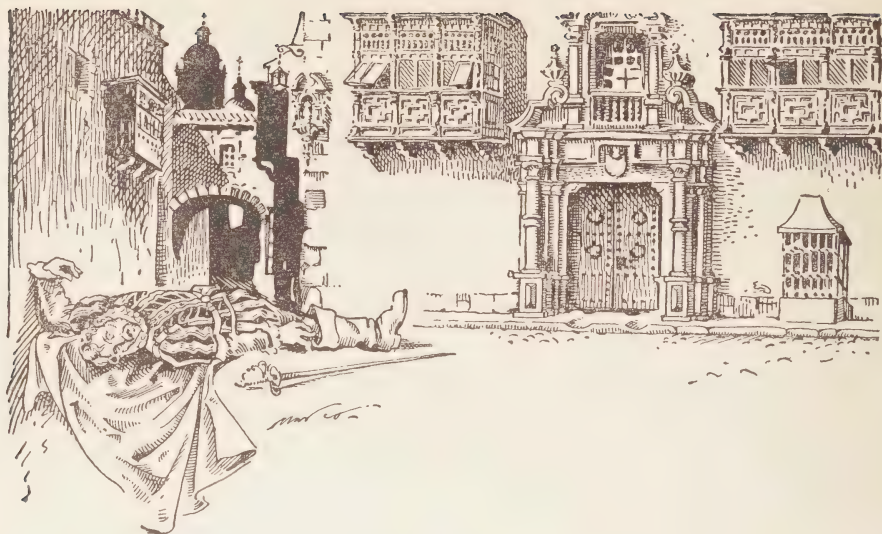
nerla a los demás, porque sé que en asunto de lenguaje hay un tirano que dicta la ley; y ese tirano es el uso generalizado. Diariamente leo, en la prensa oficial, que se hacen concesiones *bajo* las bases y no *sobre* las bases. Verdad que no hay enemigos más recalcitrantes del bien decir que los oficiales mayores y jefes de sección de los ministerios. Si no se alcanza a proscribir lo de *bajo* las bases, habrá que dejar subsistente la locución, agregándola a la larga lista de idiotismos hasta por la Academia autorizados.

En lo relativo a pluralización del apellido, raro es el escritor hispanoamericano que acata la prescripción existente en la Gramática de la Academia. No somos los americanos muy partidarios de *los* Pizarros, *los* Almagros, *los* Girones, etc., y decimos y escribimos los Pizarro, los Almagro, los Girón, etc. El apellido lo heredamos, y no encuentro derecho o razón fundada que nos autorice para alterarlo en letra o en sílaba.

Además la prescripción gramatical tiene tantas excepciones, que éstas, casi por ser tan numerosas, deberían formar la regla. Según ellas, los patronímicos Martínez, Domínguez, Ramírez, Rodríguez, etc., no admiten pluralización final, como no la admiten los Cárdenas, Robles, Cáceres, Dueñas y demás terminados en s. Tampoco se pluralizan al fin los Abad, los Olid, los La Madrid, etc. Hay apellidos como los Portal y Portales, Arenal y Arenales, Moral y Morales, etc., en los que, pluralizando los que concluyen en *al*, resulta una verdadera confusión. Si digo, por ejemplo, voy a visitar a los Morales, el que me oye decirlo queda en Babia, ignorando si hablo de la familia de Moral o de la de Morales. Pluralizar apellidos como Torreblanca, Casaverde, Casanueva, etc., sería dar existencia a nuevos idiotismos, que no otra cosa serían los Casaverdes y los Torreblancas. Tratándose de apellidos de otras lenguas, nadie pluraliza la terminación. Así decimos y escribimos los Cronwell, los Pitt, los Wilson, los Hugo, los Goncourt, los Tolstoy, los Manzoni, los Garibaldi, los Spencer, etc.

Ante tantas excepciones que me han venido al correr de la pluma, y otras que dejo en el tintero por estrechez de tiempo, me parece que lo lógico y, en mi sentir, lo más ajustado a la buena forma, es no agregar s o sílaba pluralizadora a ningún apellido. Basta y sobra con el artículo en plural.

Y como no tengo más que decirle, ni aunque lo quisiera tendría tiempo holgado para disertar, me ofrezco de usted muy atento remendón o remendador de palabras, que le besa la mano.



## CHARLA DE VIEJO

Como la puerta de mi escritorio está entornada, siempre que en ella dan un golpe con los nudillos tengo la amabilidad, a despecho de cierto joven que dijo que el doctor Patrón y yo somos un par de ogros intratables, de contestar: —¿Quién es? y pase quien fuere.

Con la entrada del nuevo siglo me declaré escritor jubilado, me despedí del oficio de emborronar papel para el público, y guardé la pluma literaria bajo llave, jurándome no entintarla sino impelido por fuerza mayor.

Bien dice el aforismo francés: *qui a bu boira*, pues el intrínquilis está en hacerle llegar a la nariz el *bouquet* o tufillo del buen vino. Vínole en antojo a un señor que firma *Amigo de Tejerina*, muy señor mío y mi dueño, dar un golpe a mi puerta para hablarme de mi chifladura, sí, señores. Han de saber ustedes que yo soy un chiflado del siglo XIX, y que mi inofensiva chifladura consiste en preocuparme de cuestiones sobre gramatiquería y lingüística castellana. Una mala concordancia, por ejemplo, en pluma que estimo como castiza y correcta, me crispa los nervios. Nunca fumé cigarro con exterioridades de habano y realidades de hamburgués.

A los muchachos de mi tiempo se nos forzaba a pasar cuatro años aprendiendo latín y nociones de griego. Esta circunstancia, unida a la de que, en las pocas y pobres librerías de la capital, era difícil encontrar libros en francés, inglés o alemán, influyó para que aquellos jóvenes de mi tiempo picados por la tarántula de las aficiones literarias, se diesen un hartazgo de lectura con las obras de los grandes hablistas castellanos del siglo XIV hasta nuestros días juveniles, en que la batuta de la literatura española estaba en manos de los románticos Espronceda, Zorrilla, Arolas, etc., etc. De este hartazgo de lectura castellana nació mi ya incurable chifladura o apasionamiento por la lengua de Cervantes. Peor habría sido que me acometiese la chifladura política.

Hoy pasa lo contrario, y no sabré decir si para bien o para mal de las letras. La juventud hace ascos al latín y al griego; lee pocos libros castellanos y muchísimos franceses; y el cerebro, como es natural, se amolda a pensar en francés, traduciendo el pensamiento al idioma nacional con no escasa incorrección. Así me explico que sean ya numerosos en mi tierra los afiliados a esa jerga llamada *decadentismo* y que, en puridad de verdad, tengo por decadencia. En fin, para todo pecado hay bula, y ya veo con gusto a dos o tres inteligentes jóvenes en vía de arrepentimiento.

No es tan numerosa o rica, como generalmente se propala, nuestra habla castellana. Noble, solemne, robusta, armoniosa, flexible y lógica en la sintaxis, que es el alma de toda lengua, convengo; pero ¿rica? Tinta no poca he consumido probando lo contrario en mis librerías. Felizmente va ganando terreno en la docta corporación la idea de que es quimérico extremarse en el lenguaje, defendiendo un purismo o pureza más violada que la maritornes del *Quijote*. Lengua que no evoluciona y enriquece su léxico con nuevas voces y nuevas acepciones, va en camino de convertirse en lengua litúrgica o lengua muerta. Con la intransigencia sólo se obtendrá que el castellano de Castilla se divorcie del castellano de América. Unificarnos en el léxico es la manera, positiva y práctica, de confraternizar los diez y ocho millones de españoles con los cincuenta millones de americanos obligados a hojear de vez en cuando el Diccionario. Hay que convencerse de que la revolución en el lenguaje es una imposición irresistible del siglo XX, pues como dice Miguel de Unamuno, catedrático salmanticense, vinos nuevos no son para viejos odres.

Creo como usted, señor Amigo de Tejerina, y también mío, si usted



permite, que nada hay de más democrático y en que más impere la ley de las mayorías que el lenguaje. No son los doctores precisamente los que imponen tal o cual vocablo, sino el uso generalizado, y ese generalizador irresistible es siempre el pueblo soberano..... hasta en la plaza de Acho.

Vea usted algunos ejemplitos en materia de acepciones y aun de género gramatical. El día en que por primera vez funcionó en Madrid el ferrocarril urbano, habló el académico don Alejandro Oliván sobre la conveniencia de dar nombre a esa novedad, y desde aquella sesión se incorporó en el léxico la palabra *tranvía*, sólo que don Alejandro le asignó por género el femenino. El pueblo se negó a decir *la tranvía*, y a la postre su negativa se ha impuesto a la Real Academia, que nada tiene de democrática y sí mucho de autoritaria, como cuando nos enseña que llamemos lengua *quechúa* o *quichúa* a la que, desde los tiempos de los Incas hasta los de nuestros republicanos gobernantes, se llamó *quechua* o *quichua*, y lo notable es que ya hay en mi tierra dos novedosos predicadores de la innovación ortográfica. Desde la última edición del Diccionario aparece *el tranvía* masculinizado (adjetivo o participio, que aun no tiene sanción académica).

La Academia sostuvo durante siglo y medio que el verbo *verificar* no admitía otra significación que la de comprobar. *Verifique* usted esa cuenta, era como decir compruebe usted su exactitud o verdad. Pues dale que le darás, se encaprichó el pueblo en que *verificar* había de significar también efectuar, realizar, acontecer, y a la postre tuvo la Academia que someterse, declarando que no era incorrecto escribir, verbigracia: —Ayer se verificó el matrimonio de don Fulano con doña Zutana.

Un académico, famoso por su intransigencia, y que en cada pelo del bigote se encontraba escondido un galicismo, declaró guerra sin cuartel a la locución *tener lugar*. Pues la locución se empeñó en vivir, y ya no hay académico que tenga escrúpulo de monja boba para decir o estampar: —Ayer tuvo lugar la recepción solemne de don X.

Antes se desplome la bóveda celeste sobre la Academia, y perezca la lengua y perezcamos todos, que dar entrada en el Diccionario a la palabra *gubernamental*, clamoreaba ha cuarenta años el caprichoso académico Baral. Pues no hubo ni un temblorcillo y la voz *campa* ya muy fresca en el Diccionario. Por eso no desespero de que los verbos *presupuestar*, *clausurar* e *independizar*, por los que tanto he bregado y brego, así como la locución *terreno accidentado*, alcancen carta de na-



turalización en el léxico. Y no sigo con más ejemplos, porque eso sería el cuento de la buena pipa.

Empiezo a convencerme de que no hay corporación más dócil que la Real Academia, y de que yo anduve un mucho desatinado y con los nervios en total sublevación cuando, en las veinte sesiones a que concurrí en el ahora legendario caserón de la calle de Valverde, comprometí batalla ardorosa en favor de más de trescientas voces que en América son de uso corriente. Yo ignoraba que con paciencia y saliva se alcanza todo en España.

Curiosa idiosincrasia la de ese pueblo. Está usted vestido de levita y con chistera y guantes, entre la muchedumbre más o menos desaharrapada, empeñado en abrirse camino a fuerza de empujar a los delanteros, y no logra avanzar media pulgada. Pero dice usted cortésmente: «Permítame pasar», y le abren el campo diciéndole: «Pase usted, caballero.» Vaya usted con orgullitos y presunciones fundadas en la indumentaria de levita, guantes y sombrero de copa, y se clava con clavo de tuerca y tornillo. En esta idiosincrasia, si no miente el licenciado Montesinos, éramos idénticos a los españoles de hogaño los peruanos del siglo XVI. Tuvimos en Lima todo un oidor de la Real Audiencia llamado don Fernando de Santillana, el cual decía: «Al perulero, para que no se tuerza, hay que darle con maña y no con fuerza.»

Cuatro cuartos de lo mismo sucede en la Academia Española. Mi idiosincrasia, hasta entonces batalladora, me proporcionó una derrota cada noche, fracaso del que me consolaba murmurando: *Causa victrix Diis placuit, sed victa Catoni*, que para mí Catón era mi inolvidable y queridísimo amigo don Ramón de Campoamor, cuyo voto nunca me fué adverso. Gratisima sorpresa tuve, pues, cuando, transcurridos siete años, llegó a mis manos la última edición del Diccionario, y encontré en ella casi la mitad de los vocablos por mí patrocinados, figurando entre ellos los verbos *dictaminar* y *tramitar*, en defensa de los cuales agoté mi escaso verbo.

¿Qué había pasado? Que con paciencia y saliva, mi sabio compañero don Eduardo Benot, el ilustre autor del libro *Arquitectura de las lenguas*, se puso al frente del elemento nuevo, y secundado por don Daniel Cortázar y otros noveles académicos, sin pelear batallas, pasito a pasito, un vocablo hoy y otro mañana, hizo aceptar la lista de voces, que, por entonces, publicó *El Comercio*.

Como la charla va haciéndose larguita, pongámosla remate y contera entrando en el meollo del artículo que la ha motivado.

Tiene razón el Amigo de Tejerina, hasta más arriba de la cornilla, al decir que lo nuevo reclama e impone la creación de voz apropiada.

No opina así la Academia, pues rechaza la palabra *cablegrama*, aferrándose en que basta y sobra con *telegrama*, como si fuera cosa igual la transmisión de un despacho por intermedio de hilos o alambres eléctricos y la misma acción por intermedio de cables marítimos. La formación de ambas voces, en buena filología, no puede ser más correcta. *Telegrama* viene de los vocablos griegos *tele* (lejos, distancia) y *gramos* (escrito) como *cablegrama* tiene por raíz *kalo*, que significa *cable*. No disparataron ciertamente los que en la prensa preferían el *kalograma* al *cablegrama*.

El adjetivo *inalámbrico* nunca se había empleado antes de ahora, y tengo por seguro que la Academia no lo desairará. Tal vez llegue a ser *inalamgrama* la voz con que se bautice al nuevo aparato, o bien *sinalamgrama*; pero no *sinalambrana*, pues en la formación de la palabra no habría de prescindir la incorporación de la desinencia *grama*. Esto sería romper con las leyes filológicas.

Lo que sí me atraganta es aquello de *marconigrama*, por la fundada razón que voy a exponer.

Cuando M. Daguerre, allá por los años de 1830 a 1840, hizo no el invento, sino el descubrimiento de fijar la imagen con auxilio del rayo solar, la Academia adoptó la voz *daguerrotipo* como la más apropiada para bautizar esta novedad, honrando a la vez el nombre del mortal que le diera vida. Después, sobre la base del daguerrotipo, vinieron la fotografía y la mar de inventos que mejoran o perfeccionan a aquél. Aquí cabe lo de gracias a M. Daguerre; lo de la fábula, gracias al que nos trajo las gallinas.

Si el inventor del telegrama hubiera sido el italiano Marconi, sería justiciera y acaso hasta correcta la palabra *marconigrama*; pero Marconi ha venido, como los fotógrafos y demás, hasta después de existir el *cablegrama*. Sin las gallinas telegrama y *cablegrama*, generadoras de la supresión del alambre y cable eléctricos, seguiría en el limbo el nuevo invento, que no pasa de ser un progreso del primitivo, como fijar la imagen sobre el papel albuminado fué mejoramiento de la plancha o lámina metálica de Daguerre.

Lo que es al *aerograma* (no *aereograma*, que no sería castizo, como no lo es decir *aereonauta* en vez de *aeronauta*) le niego mi pobre voto. Sería un vocablo muy rebuscado y tal vez falso, pues aun no está

suficientemente demostrado que en la teoría de Marconi sea el aire atmosférico el factor más importante.

En conclusión, mi opinión es (y si no vale, que no valga) que serían de buena cepa castellana las palabras *sinagrama* o *inalagrama*, y sus derivadas análogas a las de telegrama y cablegrama, y que no estaría en lo discreto la Academia insistiendo en rechazar este último vocablo.

Perdone la gran lata o *kindergarteo* el señor Amigo de Tejerina, y créame muy suyo atento y s. s.



## GAZAPOS OFICIALES

CHARLA QUE EL AUTOR DEDICA AL SEÑOR DON NICOLÁS DE PIÉROLA  
EN REMEMBRANZA DE LOS YA MUY LEJANOS DÍAS EN QUE AMBOS  
DISCURRIAMOS SOBRE LINGÜÍSTICA CASTELLANA.

Dije, no ha dos semanas, que los oficinistas somos los más recalci-trantes enemigos del bien decir, pues nuestros documentos son siempre una calamidad en cuanto a forma. Cuéntanme de un compañero que se afaroló un tantico leyendo mi afirmación, y que dijo: Don Ricardo ha escrito eso *ad bultum tuum*, y por que sí. Convencer a mi camarada de que no a humo de pajas, sino con sobra de fundamento afirmé lo afirmado, es lo que me pone hoy en el compromiso de emborronar algunas carillas de papel.

Nunca critico el uso de neologismos, porque siempre tuve al Dic-cionario por cartabón demasiado estrecho. Si para expresar mi pensa-miento necesito crear un vocablo, no me ando con chupaderitos ni con escrúpulos: lo estampo, y santas pascuas. Para mí el espíritu, el alma de la lengua está en su sintaxis y no en su vocabulario; y hasta tengo por acción meritoria y digna de loa la que realizan los que con nuevas voces, siempre que no sean arbitrariamente formadas, con-tribuyen al enriquecimiento de aquél. Las lenguas son como los pue-blos, rebeldes al estacionarismo. Bien venidos sean los verbos *dictami-nar*, *sesionar*, *exteriorizar*, *subvencionar*, *aristocratizar*, *silenciar*, *salvo-guardar*, *influnciar*, *esbozar*, *enfocar*, *festinar*, *tramitar*, *idealizar*, *hip-notizar*, *obstaculizar*, *pormenorizar*, *modernizar*, *sumariar*, *cablegrafiar*, *subjetivar*, *victimar*, *desprestigiar*, *depreciar*, *americanizar*, *adjuntar*, *agre-*



*dir, deshipotecar, descatalogar, nacionalizar, desmonetizar, clausurar, contraprobar, democratizar, diagnosticar, editar, desarticular, desacantonar, solucionar, raptar, politiquiar, orificar, independizar, irrigar, hospitalizar, fusionar, escobillar, excusar, presupuestar, y tantos otros verbos que la Academia anda retrechera para darles carta de naturalización en el idioma, y que los peruanos conjugamos con plausible desparpajo. Existiendo en el léxico el verbo incapacitar, acaso por pura distracción ha dejado de ponerse capacitar, verbo de uso muy generalizado, sobre todo en la acepción jurídica de habilitar.*

Lo que critico, tal vez sin mas competencia que la de critiquizante, es la impropiedad, la inconveniencia y la cursilería en la forma de nuestras comunicaciones burocráticas u oficinescas.

El estilo oficinesco ha de ser llano, sobrio o ajeno a ampulósidades, austero o rebelde al empleo de imágenes, y de él debe desterrarse la fraseología de convención, que no es mas que paja picada. Cuando el chocolate está chirle, se bate el molinillo para que resulte taza llena; poco líquido y mucha espuma. Quite usted en algunas notas de a pliego adjetivos rebuscados e impropios y frases de fórmula o de cajón, y quedará el documento reducido a la mitad de renglones, pero morrocotudos y substanciosos.

El señor de Piérola (y le apeo el tratamiento porque no dedico mis lucubraciones al jefe de la nación, sino al escritor, y nada más democrático que las letras) llevaba en su juventud el purismo hasta no emplear palabra que no hubiera recibido el óleo de la Academia. Era conservador, y a los novadores nos llamaba *cizañeros del lenguaje*.

De pocos años acá hay más liberalismo léxico en la pluma del señor de Piérola, lo cual me regocija, porque lo aproxima a mi bandera revolucionaria en materia de neologismos. Ya para él no vamos siendo tan indignos de sacramentos literarios los que murmurábamos de sus primitivas exageraciones de purismo. No es esto decir que armonice yo con aquel patán que, habiendo roto un jarrón de porcelana que tenía tres siglos, dijo: —Más vale romper lo viejo que lo nuevo. —En mi idiosincrasia está el apego o afición a lo antiguo.

Bien podría suceder que el señor de Piérola tuviera veinte minutos desocupados, y, más que eso, voluntad para leer estos mis *despapuchos*. Quién sabe si esa lectura, hecha por el hombre de letras, inspirará al presidente de la República algo que redunde en mejoramiento del estilo oficinesco, desterrando de él formulillas antigramaticales, insubstanciales o ripiosas.

Pongamos ya el paño al púlpito, que para proemio *suficit*, y conste que no blasono de ser más quisquilloso que pulga académica.

## I

*Tengo la honra de acusar a V. E. recibo, etc., etc.*

Este, más que gazapo, es gazapatón perenne en los oficios de nuestra cancillería, así de ayer como hoy. *Acusar recibo* y *avisar recibo* son dos locuciones correctísimas y autorizadas por la Academia, a pesar de que la primera forma la mascan, pero no la tragan, los puristas o alguaciles de la gramática. Dicho está con esto que sólo voy a echar bala rasa y metralla en este párrafo contra el disparatado *tengo la honra*. Lo gramatical sería, mejor dicho, es, escribir *tengo a honra*, aunque en puridad de verdad, no atino a explicarme qué *honra* coseche un señor oficial mayor con acusar o avisar recibo. No se diría sino que la *honra* anda boba por el ministerio.

Y para que no se diga que critico porque me viene en antojo, ahí van las autoridades lingüísticas que vigorizan mi crítica, sin desdeñar la de don Primitivo Sanmartí, en la página 349 de su voluminoso *Compendio de Gramática*, que prohíbe a los chicos de nuestras escuelas decir *tengo la honra*.

Dice Mora, que fué un hablista muy sesudo y respetable:

«Honor, pundonor, honra. —El honor consiste en un sentimiento de »que el hombre se halla animado en la conducta que se traza, en »los principios que le sirven de norma en sus aspiraciones. El pundonor »es el esmero con que se procura mantener ileso el honor. La honra »depende de la opinión de los hombres. El honor es una propiedad »nuestra, y el hombre de honor no permite que se le quite la honra. »El pundonor es todavía más delicado que el honor mismo; es la mani- »festación externa del honor, y consiste más bien en las acciones que »en los sentimientos. Se quita la honra a un hombre, atribuyéndole »una acción villana; se ofende su honor proponiéndosela; la indigna- »ción con que la rechaza es hija del pundonor.»

Consultemos otra autoridad, la del gramático Huerta:

«Honra, honor. —El honor es independiente de la opinión pública. »La honra es o debe ser el fruto del honor; esto es, la estimación con »que la opinión recompensa aquella virtud. Así se dice: un hombre de

»honor es la honra de la familia. —Se honra, no se da honor. Por eso  
»se dice que un soberano o un hombre ilustre nos honran con su  
»visita.»

Mi amigo Narciso del Campillo, en su delicada novelita *El lazo*,  
discurre así:

«El honor es cosa nuestra: se tiene o no se tiene; pero la honra  
»es obra ajena, obra de que son fautores o colaboradores todos los  
»demás.»

En el *Diario de Barcelona*, que es el periódico decano en la prensa  
española, pues cuenta ya ciento siete años de vida, leo lo siguiente:

«Una gracia honorífica no puede ser honrosa sino cuando es concedida a una acción que honre a la persona que la obtiene. Los hechos son honrosos y las distinciones honoríficas. No es castizo decir: *Hónrome* con ser discípulo de Balmes; porque a sí propio nadie puede honrarse. La honra nos la reconocen o dispensan los demás. Hay que decir o escribir: *tengo a honra* ser discípulo de Balmes.»

Los sinónimos de don Roque Barcia son libro que anda en manos de todos. Veamos lo que dice esta autoridad:

«El honor se tiene, es nuestro, nos es propio. —La honra es un honor tradicional, histórico, heredado. El honor es una virtud; la honra es casi una jerarquía.»

Roque Barcia agrega que a estas dos palabras les va sucediendo lo que a las armas de aquel caballero del romance, que

con la inclemencia del tiempo  
se iban tomando de orín.

En fin, si la rutina se impone al buen sentido ideológico y la locución ha de subsistir, que sea siquiera sin ultraje de la sintaxis. Esta exige decir o escribir *tengo a honra*, y no *tengo la honra*.

## II

*Tengo el honor de acusar recibo a U. S.*

Libreme el cielo, señor oficinista, de poner en duda que tiene usted honor: lo creo como artículo de fe. Pero, ¿a qué lo cacarea usted? ¿Por qué no principia lisa y llanamente su nota escribiendo: Aviso o acu-



so a U. S. recibo, etc.? Con *honor* o sin *honor* era para vuesa merced obligatorio dictar o escribir el oficio. ¡Vean ustedes en qué poquita cosa fincamos los oficinistas *el honor*!

Y no me digan que la fórmula es de pura cortesía, porque no es más ni menos cortés el que dice: *saludo a usted*, que el que dice *tengo a honra saludar a usted*. El primero es llanamente cortés, y el segundo hinchadamente cortés.

Los franceses y los ingleses gozan la ganga de que el vocablo *honneur* o la voz *honour* signifiquen tanto *honor* como *honra*; para ellos no hay distingos. No parece sino que el castellano fuera el idioma de la camorra. Siempre vivimos tirándonos chinitas los unos a los otros, por el mal empleo de verbos, substantivos, adjetivos y artículos, y por las distracciones de concordancia.

Siempre que recibo una comunicación oficial encabezada con el obligado *tengo el honor*, me digo riendo: —Ya pareció aquello, o ya tocó la flauta Bartolo.

Bartholus tibiam habebat  
cum foramini unum sollus,  
et ejus mulier dicebat:  
tangine tibia, Bartholus.

Que traducido en romance suena así:

Bartolo tenía un flauta  
con un agujero solo,  
y su mujer le decía:  
Toca la flauta, Bartolo.

No es esto decir que nunca toco la flauta cuando redacto un oficio. No escribir rutinariamente sería archipretencioso. Yo empleo todas las formulillas que están en uso, por mucho que en mi fuero interno las rechace. No tengo el derecho de innovar, y sí la obligación, como empleado, de ceñirme al formulario en vigencia. Conste, pues, que a sabiendas he cometido y seguiré cometiendo todos los pecados burocráticos que contra el bien decir son tema de este artículo. ¿Quién me mete a redentor, usurpando atribuciones al gobierno, que es el obligado a meternos en vereda imponiéndonos corrección de forma? Yo me arrepentiré de pecar..... cuando se arrepientan los señores oficiales mayores. Que el ejemplo me venga de ellos.



## III

*Lo que me es grato comunicar a U. S.*

El oficial mayor de un ministerio le transcribe al jefe de una de sus dependencias cualquiera resolución que contraría, mortifica o parte por la hipotenusa al jefecillo, y termina con la fórmula antedicha.

—¡Para malas entrañas ese oficial mayor! —murmura el que recibe la comunicación —. ¡Vea usted cómo le es grato el que yo rabie y tenga un sofocón!

Y lo general es que el oficial mayor sea un buen caballero, incapaz de regocijarse con el fastidio o el daño ajeno, y que sólo por no apartarse de la rutina salió con el *discante* de que *le era grato* que al prójimo se lo llevara una legión de diablos.

Conocí un oficial mayor o director, como ahora se estila, que ni siquiera mataba pulgas; pues cuando una de éstas tenía la insolencia de picarlo, la cogía entre los pulgares con mucha delicadeza, salía al corredor de la oficina y dejaba en libertad al animalito, diciéndole: —¡A picar a otro, malcriada! —Pues ese señor tan bendito nunca olvidaba terminar con: *lo que tengo la satisfacción de decir a U. S.*

Si el tuétano del oficio es agradable para el que lo recibe, tampoco viene a cuento la fórmula: *lo que me es grato o lo que me es satisfactorio decirle*. —. ¿Qué hijo me ha sacado usted de pila para regocijarse con mis bienandanzas? Sea usted sincero, señor oficial mayor, y no por llenar papel diga usted lo que le es indiferente o lo que no siente. Aunque esas mentirillas son pecados veniales que se perdonan con agua bendita, ahórrese usted el pecar venialmente. O pecar gordo, o no pecar.

Si a mi vecino le cae el gran premio de la lotería de Louissiana, a lo sumo digo para mis adentros: —Bien lo necesitaba el pobrecito, y que le aproveche como si fuera leche.

## IV

*Dígolo a U. S. para su cumplimiento, etc.*

He aquí otra fórmula que se me estomaga. ¿Y para qué, cristiano, me lo había de decir sino para que cumpla? ¿Acaso me cree usted capaz de hacer gallitos de papel con el oficio?

La tal forma sólo tiene razón de ser cuando el sustantivo *cumplimiento* va acompañado del adjetivo *inmediato*; porque entonces traduzco que se me ordena olvidarme de que soy peruano, esto es, que no deje la cosa para mañana. Sobre el huevo, luego, luego, que a cumplimentar se ha dicho.

## V

Tengo a la vista una circular citando a junta a los miembros de cierta corporación, circular que termina con esta frase: *Lo que me complazco en decir a usted.*

Vea usted en qué bagatela había cifrado sus complacencias el buen señor, que para mí es el hombre más dichoso que come pan en Lima. ¡Cien circulares, cien complacencias! Bien dicen que el que no es feliz es porque no quiere serlo.

## VI

*Dejo así contestado el atento oficio de U. S., etc.*

Esta fórmula es ripiosa, porque bien se sabe que todo oficio, principalmente los de inferior a superior, ha de ser *atento*. Una comunicación desatenta, o se devuelve subrayando los conceptos o palabras inconvenientes, o sirve como cabeza de juicio por desacato al superior.

También hay quienes escriben el *estimable* o el *apreciable* oficio de U. S. Eso ya no es ripioso, sino cursi. Pase, en el estilo epistolar, lo de la *amable* o *estimable* carta (más propio sería *estimada*); pero no puede aceptarse en el lenguaje de oficina. Muchos creen que sólo adjetivando se redondea un período, y adjetivan aroso y velloso. Encuentro, sí, correcto que a un informe oficial se le califique de minucioso,

detallado, circunstanciado y hasta de *pormenorizado* (con perdón de la Academia).

## VII

*Ruego a U. S. o suplico a U. S. que se digne someter este oficio a supremo acuerdo, etc.*

¿Qué es eso de *suplicar* o de *rogar*? ¿Qué pierdo yo, en asuntos de servicio público, con que el señor oficial mayor no dé cuenta a quien compete resolver? Quien pierde será el país, y no yo.

Se ruega para alcanzar un favor personal, algo que redunde en nuestro beneficio o provecho; se estima el servicio que se nos dispensa y nuestra gratitud queda obligada. Para dar fuerza a esta mi opinión citaré una autoridad, la de Huerta. Dice así el notable filólogo:

«*Suplicar, rogar*. — Ambos verbos significan pedir un favor; mas el primero supone respeto; el segundo, humildad. El que *suplica* pide, con justicia o por gracia, lo que depende de voluntad ajena. El que *ruega* pide siempre, por pura gracia, lo que depende de la voluntad de otro. Un pretendiente *suplica*, un pecador *ruega*.»

Y yo añado que el jefe de oficina, que ni pretende ni peca, no sabe lo que se pesca cuando *ruega* en una nota.

Gracias infinitas doy a Dios porque no tengo litigio ante el poder judicial, pues se me engarrotarían los dedos cada vez que tuviera que estampar mi garabato después de un *A usía pido y suplico*. Pedir justicia, ¿cómo no? Es mi derecho; pero *suplicar* que me la hagan a los que están obligados y rentados para hacerla..... es el colmo de los gazaños.

## VIII

*Estimaré o agradeceré a U. S. la absolución de la presente consulta, etc.*

Yo cumplo con mi deber consultando, y no tengo por qué *estimar* ni *agradecer* que el superior cumpla con el suyo. ¿Acaso es arco de iglesia el que los de arriba cumplan, para que nosotros los de abajo *estimemos* o *agradezcamos* el que hayan cumplido?

## IX

Ni aun la fórmula: *Quiera U. S. atender a resolver*, etc., me parece decorosa. ¿Acaso está en la voluntad, en el querer de su señoría, una resolución? Eso estará en la ley o en las prácticas administrativas.

Yo, oficial mayor, juro por estas que son cruces que devolvería cuanto oficio cayera bajo mis espejuelos con un *quiera usía*, porque había de ocurrírseme que la frasecita llevaba entripado, o, lo que es lo mismo, que el firmante había querido decirme: «No dé usted carpetazo o no mande al Limbo mi nota.» Por menos ha habido juicio de desacato.

## X

*Con fecha tantos de los corrientes*, etc.

¡Qué repiquen en Yauli, porque ya esta candidez va desapareciendo de nuestro estilo oficial! Hoy por hoy, sólo tengo noticia de un oficinista aferrado a ella.

Allá, en los tiempos de vivanquistas y echeniquistas, el general Vivanco, de quien fui muy devoto, no consentía que los oficios terminasen con un *Dios guarde a U. S.*: había que agregar *muchos años*. Para mí está oscuro si el deseo se refería a muchos años en el empleo o a muchos años de existencia. Adelante, y sea lo que fuere.

El mismo general nos trajo *los corrientes*, y como la candidez es contagiosa, a los vivanquistas, que éramos la mayoría de los limeños, nos cayeron en gracia ambas locuciones. Ciertamente que el general Vivanco hablaba la lengua de Castilla como el más culto burgalés o vallisoleitano, y que a ningún limeño (exceptuado el conde de Cheste) he oído pronunciar la *c* y la *z* con mayor naturalidad y corrección.

Era yo mozalbete, y, como muchos otros, creía que para merecer título de vivanquista de primera agua bastaba y sobraba con no discrepar en la pronunciación de aquellas consonantes. Hasta creo que (¡Dios me perdone el candor!) a fuerza de perseverancia llegué a habituarme. Pero pasó de moda el vivanquismo, como pasan todas las modas, todos los partidos y todos los hombres que los simbolizan, y las limeñas dieron en burlarse de los que pronunciábamos *c* y *z*, bau-



tizándonos con el mote de *azucenos*. Trabajillo me costó olvidar la mañana, lo confieso.

Volvamos a *los corrientes*, locución que, como la de *los muchos años*, estuvo en moda en España durante el reinado de Fernando VII y regencia de doña Cristina.

Es mucho alambicar aquello de que por *los corrientes* se entienda el mes y año en curso.

En fin, van desapareciendo *los corrientes* a todo correr y la Providencia hará que a nuestros oficinistas no los tienta el diablo de la candidez resucitando la locución semidifunta. Cuando se pide a Dios, que no es tacaño, no debe uno ser parco en pedir. Si se restableciera la fórmula vivanquista y tuviera yo, como ahora, que subscribir oficios, pondría *Dios guarde a usía medio siglo*. Si el cielo atendía mi deseo, el que menos de los actuales directores llegaba a nonagenario.

Aquí debería poner fin, remate y contera a la charla; pero antójamse no hacerlo sin echar antes otro parrafillo, que, aunque lejana, alguna concomitancia tiene con los gazapos oficiales.

## XI

Así en la literatura burocrática como en la social, nada me parece más difícil que la redacción de billetes sin que los suspicaces encuentren pero que ponerles. Ocasión hubo, ha ya muchísimos años, en que fué motivo de junta en Consejo de Ministros una esquila invitatoria para baile en palacio. Se discutió sobre el tenor de tres borradores o proyectos de esquila, y, como era lógico, se decidieron por el peor, según me contaba uno de los ministros, que santa gloria haya.

¿Quién no escribe cartas? Sin embargo, saber escribirlas requiere más arte que el necesario para escribir una novela. Pocos libros, dejando aparte el *Quijote*, leo y releo con más satisfacción que el *Centón epistolario*, del bachiller Hernán Gómez de Ciudad Real, o las *Cartas* del obispo don Antonio de Guevara. Estas lecturas saben a gloria endulzada con miel de abejas.

No menos bemoles tiene el billetico, en lo que se conoce por literatura *mignone*. En eso llevan la palma los franceses. Entre los muchos billetes espiritualmente ingeniosos que podría citar, recuerdo uno de Emille Augier, que era maestro en arte dramático y en la confección

de esquelas. Excusóse un día de concurrir a un banquete con estos renglones:

*Madame:*

1.000 *remerciments*,

1.000 *excuses*,

1.000 *souvenirs*.

*Et 1.000 Augier.*

Fórmula correctísima para invitar es la que empleaba en Lima doña Angela Cevallos, mujer del virrey Pezuela:

«Mi marido y yo tendremos íntima satisfacción en que nos acompañe usted a comer el día de mañana.»

La hoy desconsolada consorte de don Antonio Cánovas del Castillo usaba la siguiente fórmula de invitación:

«Tanto mi marido como yo agradeceremos a usted que nos acompañe a comer, en confianza, mañana a las ocho.»

Debe reconocerse que la fórmula *mi esposo* y yo, que es la empleada en Lima en los días que vivimos, es amaneradamente francesa.

Desde Cervantes y demás escritores del siglo de oro no teníamos en castellano más locuciones que éstas: el marido y la mujer, el señor y la señora. Hasta los reyes escribían la reina mi mujer o el rey mi augusto marido. Las voces *esposo* y *esposa* sólo se empleaban en sentido místico o bíblico; por ejemplo: al traducir el *Cantar de los Cantares*, como que viene de *spondere* (empeñar palabra) de *sponsum* (promesa) o de *sponsus* (prometido). San Isidoro fué el primero en llamar *Sponsus* (el Esposo) a Jesús, aludiendo a que es el prometido o el esposo de la Iglesia.

Cervantes emplea una vez el vocablo *esposo*; pero ¿en boca de quién lo pone? En la de doña Rodríguez, dueña quintañona al servicio de la duquesa, pues no tuvo la suerte de quedar viuda y con fincas.

Cuando la invasión napoleónica, los afrancesados de España; el gran Moratín entre ellos, dieron en la flor de llamar a su mujer *mi madama* o *mi esposa*. Y echaron la semilla en terreno fértil, pues hoy las damas españolas, así como las limeñas, tienen a menos emplear la castiza habla de sus abuelos. Todas se han vuelto doña Rodríguez. Yo no encuentro ni galante siquiera el vocablo *esposa*, porque su plural me trae a la memoria las manillas de hierro con que se sujeta a los criminales.

Ni los códigos traen a cuento el *esposo* y la *esposa*. Sólo hablan de *marido* y *mujer*.

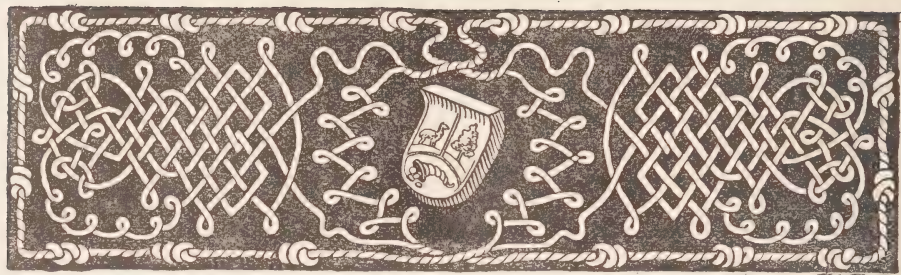
El virrey Amat, aunque catalán cerrado y con mala ortografía, era maestro en *billetería* (tolérenme la palabra). Ya en otra oportunidad, he hablado de la bien redactada esquelita que dirigió a ocho o diez personajes de la ciudad, citándolos en palacio a media noche, nada menos que para tratar con ellos de la expulsión de los jesuitas.

Como su excelencia era solterón recalcitrante, sin hija ni conjunta que invitase a la mesa de familia, él se las campaneaba con este billetico: —«Sin disculpa, que ninguna le será valedera ante mi afecto, lo convido a comer mañana. —*Amat*.»

También tengo en mi archivo una esquila invitatoria de la mexicana hija del virrey Abascal: —«Ramona Abascal, en su nombre y en el del señor su padre, desea y espera ver a usted en palacio en la noche del jueves.»— ¡Lástima que en dos renglones haya cuatro *en*!

No concluiré sin dar un pazagonzalo a los que terminan una carta con la fórmula Q. B. S. M. (que besa su mano). Ese *su*, tanto puede aplicarse a la mano del que firma como a la del que recibe la carta. Lo correcto, lo que no deja campo a duda, es escribir Q. L. B. L. M. (que le besa la mano), locución con que me despido del lector que haya tenido paciencia para apurar este batiborrillo.





## SOBRE EL HIMNO DEL PERÚ

Recibí ha pocos días, para la Biblioteca Nacional, de mi cargo, los doce fascículos que componen la colección de 1903 de la *España Moderna*, publicación interesantísima que mi amigo Lázaro fundó en Madrid hace quince años y a la que continúa haciendo prestigiosa en América y España. Para mí es la primera entre todas las publicaciones de ese carácter que en castellano circulan en el mundo, así por el renombre de los escritores que en ella colaboran como por el mérito intrínseco de los artículos.

Siento que hayan transcurrido meses desde que apareció en la *España Moderna* un notable trabajo, firmado por el muy distinguido literato don Juan Pérez de Guzmán, historiando el himno nacional de cada una de las repúblicas americanas. Acaso éste mi artículo parezca a muchos fuera de oportunidad o cosa fiambre; pero tengo para mí que nunca es tarde para rectificar errores, y en algunos de gravedad histórica ha incurrido el publicista español, no por malicia, sino por deficiencia de datos o falta de tiempo para refrescar la memoria, releyendo algún buen compendio de Historia del Perú.

Empieza la parte de su artículo relativo al Perú reproduciendo el coro y las cuatro estrofas de La Torre Ugarte, que son las reconocidas y declaradas oficialmente como letra del himno del maestro Alcedo. Las dos estrofas más que trae a cuento el señor Pérez de Guzmán son como dos diviesos o superfetaciones en la canción nacional, verdaderamente anacrónicas. Ni esas dos malhadadas estrofas ni otras *ejusdem furfuris*, también de paternidad anónima, se han impreso jamás en las ediciones oficiales que algunas municipalidades de la república reparten de vez en cuando entre los niños de las escuelas.

Transcribimos ahora lo pertinente del artículo del señor Pérez de Guzmán: «El himno del Perú, que queda transcrito, parece que pro-



»cede de las primeras revoluciones separatistas de América. Sin embargo, si es posterior a la batalla de Ayacucho, a que se alude en alguna »de sus estrofas, mal puede compaginarse su origen con las noticias »históricas que ha dado sobre él el eruditísimo don Ricardo Palma. La »derrota del virrey de Lima don José de Laserna, conde de los Andes, »en Ayacucho, tuvo lugar el 9 de diciembre de 1824. ¿Cómo pudo don »José de San Martín, jurada la Independencia en 1821, expedir en este »mismo año el certamen musical y literario, de que en el primero salió triunfante el antiguo donado de los dominicos de Lima José Bernardino Alcedo, y en el segundo el obscuro poeta don José de La Torre »Ugarte, ni cómo el himno preferido por el tribunal de calificación »pudo ser estrenado en el teatro la noche del 24 de septiembre del año »referido de 1821 por la bella y simpática cantatriz a la moda Rosa »Merino, para festejar la capitulación de las fortalezas del Callao por »el general La Mar, si el brigadier español don Ramón Rodil, comandante entonces de aquéllas, cuyos prodigios de valor para sostenerse »han merecido encomios hasta de los propios peruanos vencedores, no »se verificó hasta el día 23 de enero de 1825? Entre el acta de jura de »la Independencia, que se firmó el sábado 28 de julio de 1821, y la batalla de Ayacucho (9 de diciembre de 1824) mediaron cerca de dos »años y medio, y otro medio año más entre la batalla de Ayacucho »y la capitulación de las fortalezas del Callao. De modo que la fecha »atribuída al certamen provocado por San Martín para el himno nacional y su estreno en el teatro por la cantatriz Rosa Merino es completamente inexacta.» —Hasta aquí la parte en que el señor Pérez de Guzmán contradice mis afirmaciones, consignadas en uno de mis libros bajo el título de *La Tradición del Himno Nacional*. Continúa el escritor madrileño con apreciaciones sobre la música de Alcedo y las correcciones del profesor Rebagliati, terminando con estos conceptos: «Es indudable que los nuevos himnos nacionales de la América española parecerán mejor, como ya sucede en todas las naciones cultas »de Europa, si se reducen al ritmo majestuoso de su composición musical, con carencia absoluta de palabras; pero si a la composición »musical acompaña la literaria, será cosa digna de todo elogio que las »ideas que contenga se amolden más a los elevados conceptos de que »están imbuídos el himno de los böers y el himno de los Estados Unidos, que a las jactancias pueriles de valor o de fortuna, que en el campo »de los hechos suelen correr mil difíciles vicisitudes.»

Respeto el criterio del señor Pérez de Guzmán sobre éste y otros

puntos de su artículo; pero no puedo ni debo dejar sin refutación aquello en que contradice o niega la veracidad o exactitud de mis datos. Ignoro a qué fuentes de consulta histórica habrá acudido el señor Pérez de Guzmán para contradecirme.

El autor del artículo en que me ocupo parece ignorar que cuando, a principio de julio de 1821, abandonó Lima el virrey Laserna, dejó las fortalezas del Callao con pequeña guarnición al cargo de La Mar, y que desde agosto las tropas de San Martín, posesionadas de la capital, establecieron el sitio, que duró casi mes y medio. El general Canterac emprendió marcha con una división, desde el valle de Jauja, para proteger a los sitiados; pero estando ya a inmediaciones del Callao, efectuó una desastrosa retirada, que bastó para desalentar a los de las fortalezas, y que hizo precisa la capitulación.

Si al señor Pérez de Guzmán se le despierta curiosidad por conocer detenidamente este episodio de la guerra separatista, le recomiendo la lectura del *San Martín*, libro de gran interés histórico, del cual es autor el general Bartolomé Mitre y que existe en la Biblioteca de Madrid. Allí encontrará noticias que no se diferencian de las mías sobre el himno nacional y pormenores sobre lo que en la Historia de mi patria se conoce con el nombre de primer sitio del Callao. Después de la capitulación ajustada por La Mar, en septiembre de 1821, permanecieron los castillos enarbolando la bandera republicana hasta 1823, en que por cuestión de falta de pagas a las tropas se sublevó el sargento Moyano, y vino Rodil a encargarse del mando del Callao y sus fortalezas.

Los errores en que ha incurrido el señor Pérez de Guzmán vienen de que, para él, no ha habido más sitio del Callao que el segundo, en que capituló Rodil. Y aun en esto anda mal de noticias el escritor hispano, pues nos cuenta que entre la batalla de Ayacucho y la capitulación de Rodil transcurrió medio año, pues consigna que esta capitulación se ajustó el 23 de enero de 1825 (lo que equivaldría a cuarenta y cinco días después de Ayacucho) en vez del 23 de enero de 1826, esto es, después de trece meses de estar diariamente quemando pólvora sitiadores y sitiados, y de haber entre los últimos hecho estragos el escorbuto.

Hay una ley en el Perú asignando un modesto premio y una medalla a la tropa que estuvo en el primer sitio combatiendo contra La Mar, y otra recompensando con largueza y con otra medalla a los que asistieron al segundo sitio contra Rodil.

En resumen, señor Pérez de Guzmán, yo me apoyo en hechos históricamente comprobados, resultando de mi relato lo siguiente:

1.<sup>o</sup> Que únicamente el coro y las cuatro primeras estrofas que usted publica, y de las que fué autor La Torre Ugarte, están oficialmente declaradas como letra del himno. En cuanto a estrofas de circunstancias o antojadizas, como la V y VI que usted da a luz, he oído cantar en el teatro y en el pueblo..... ¡la mar y sus peces plateados y de colores!

2.<sup>o</sup> Estando el general San Martín en el teatro, en la noche del 21 de septiembre de 1821, le trajeron la noticia de que a las siete de esa noche había La Mar puesto su firma en la capitulación. San Martín, desde el palco de gobierno la comunicó al público, que la acogió con vivísimo contento, y la orquesta, que en esos días estudiaba la música de Alcedo para estrenarla el 24, rompió, haciendo oír las solemnes y entusiastas notas del coro.

3.<sup>o</sup> En la noche del 24, festividad de la Virgen de las Mercedes, cantó por primera vez Rosa Merino las cuatro estrofas de La Torre Ugarte. Así lo consignan los periodiquitos de esa época existentes en la Biblioteca de Lima y todos los textos de escuela desde 1830. Yo alcancé a conocer y tratar a más de cien personas que asistieron a la función teatral de aquella noche de septiembre, y que no sólo ensalzaban el mérito de la cantatriz, sino que me relataban incidentes curiosos producidos por el entusiasmo del público.

Eso y no más, amén de ligeros datos biográficos sobre la personalidad del maestro Alcedo, fué cuanto escribí en la tradición que ha dado campo a la culta pluma del señor Pérez de Guzmán para poner en tela de juicio mis afirmaciones, y darme una leccioncita de historia peruana.





## MÁS SOBRE EL HIMNO NACIONAL

Lima, 21 de noviembre de 1901.

Señor doctor don Ignacio Gamio, Director de Gobierno.

Queridísimo amigo:

Ha poco más de quince años que, con el título de *La tradición del himno nacional*, publiqué, no recuerdo en cuál periódico de Lima, una biografía del maestro Alcedo, fallecido en 1879. La encontrará usted, si se despierta su curiosidad por conocerla, en la página 120 del cuarto tomo de *Tradiciones peruanas* (edición de Barcelona).

Decía en ese artículo que mejores versos que los de don José de La Torre Ugarte merecía el magistral y solemne himno de Alcedo. Las estrofas, inspiradas en el *patrioterismo* que por esos días dominaba, son pobres como pensamiento y desdichadas en cuanto a buen gusto y corrección de forma. Hay en una de ellas mucho de fanfarronada, y en las otras poco de la verdadera altivez republicana. Pero, con todos sus defectos, debemos acatar la letra como sagrada reliquia que nos legaron los que con su sangre fecundaron la libertad y la república. Sobre todo, cambiar los cuatro versos del coro sería hacernos reos de sacrílega profanación. Esto escribí sobre poco más o menos.

Sólo los ríos no vuelven atrás, amigo Gamio, y después de corridos quince años ya no extremo mi opinión contra el cambio de estrofas. Aparte de que siempre he dicho que son malas con M de Manicomio, no incurriremos en pecado gordo sacrificándolas ante la cordialidad del afecto que hoy nos liga con España. Olvidemos el pasado y abramos cuenta nueva, que ojalá perdure por los siglos de los siglos.

Pero no transijo con que se cambien los cuatro decasílabos del



coro. Conservémoslos, como inmortal recuerdo de nuestros días épicos. Conservémoslos, porque ese coro lo cantaron los peruanos en el llano, de Junín, después de la victoria, y lo cantaron también a la falda del Condorcunca el día en que lució el espléndido sol de Ayacucho. Conservémoslos, porque tres generaciones han sido arrulladas con las palabras de ese coro que todo peruano conserva en la memoria. Conservémoslos, en homenaje respetuoso a los próceres que nos dieron patria.

Las estrofas no se hallan en la misma condición; no son populares. A lo sumo, la menos mala, aquella del *Largo tiempo en silencio gemió* (eso del gemido silencioso echa chispas) la saben algunos, no muchos. Para la generalidad pasará casi inadvertido el cambio de estrofas, y eso no sucederá tratándose del coro.

Un municipio de mi tierra se propuso, hará cuarenta años, que los muchachos aprendiesen geografía en los letreros de las esquinas. Los añejos nombres de las calles, que todos tenían su razón de ser porque conmemoraban un suceso o el apellido de algún personaje, nombres todos que conservaron por dos o tres siglos, fueron cambiados por los de departamentos y provincias. ¿Quién en Lima, y no excluyo a los señores concejales, sabe de corrido y sin consultar el plano cuál es la calle de Quispicanchis, por ejemplo, o la de Chumbivilcas? Todos nos atenemos a los nombres antiguos.

Cuatro cuartos de lo mismo nos pasaría con un nuevo coro. El pueblo, a guisa de protesta, gritaría en las fiestas del 28 de julio: «¡El viejo! ¡El viejo! ¡Fuera el nuevo!» Amigo Gamio, lo que nos entró con el capillo, sólo se irá con el cerquillo.

Habiendo exteriorizado, desde ya larga fecha, mi opinión, convenirá usted conmigo en que me falta la cualidad más esencial en un jurado: la imparcialidad. En este asunto del himno quizá estoy apasionado, lo que me inhabilita para desempeñar la honorífica comisión con que la benevolencia de su excelencia el presidente y el personal afecto del señor ministro me han distinguido.

A los conceptos que en esta carta apunto obedece la renuncia que le acompaño, conceptos que la rigidez del estilo oficial no me consentía expresar en una nota.

Pidiéndole excusa por el tiempo que le he quitado con la lectura de estos renglones, me reitero de usted afectuoso amigo que todo bien le desea,

R. PALMA.

Lima, a 25 de noviembre de 1901.

Señor don Ricardo Palma.

Mi respetado y muy querido amigo:

Su carta de 21 de este mes y la nota con que vino acompañada llegaron a mis manos al siguiente día; y si hasta hoy no les he dado respuesta ha sido por aguardar el acuerdo supremo que ayer se verificó.

Renuncia usted la presidencia del Jurado que ha de conocer del cambio de la letra de nuestro himno patrio; y su excelencia y el señor ministro no ven, para la resolución de usted, gran fundamento.

Si cree, como me lo dice, que son las estrofas del himno las que deben ser cambiadas, por su pésimo gusto literario y por ser ya inoportunos los arranques de patriotismo que contienen, y si desea, como deseo yo y desean muchos, que se conserven los decasílabos del coro, que encierran el primer grito de nuestra ventura al reconquistar la libertad, es una razón más para que forme usted parte del Jurado, a fin de sostener sus opiniones y vencer de todos modos, aduciendo razones que sus colegas no desoirán.

Pero negar su contingente valiosísimo el literato maestro, cuando se trata de un delicado asunto; no querer que su nombre se mezcle en esa forma impuesta por una necesidad generalmente sentida, y exponer a la autoridad suprema a que quizá tenga que verse precisada a designar personas muy reputadas por su talento y su vasto saber, pero que no midan los puntos de prestigio y de universal renombre del ilustre director de nuestra Biblioteca Nacional, para poder dar a la reforma la seriedad conveniente, es algo que no tiene explicación.

Por lo mismo es para mí seguro que, cuando lea estos renglones que le llevan la confidencial noticia de que su renuncia no ha sido aceptada, tendrá usted que variar su propósito, resignarse a la tarea en cuestión. No carece ella de espinas, bien lo sé; pero a la larga vendrá a ser dulce para su corazón de peruano cooperar al fin plausible que ha movido al supremo gobierno.

A la obra, pues, mi noble y muy querido amigo; y que tenga el país que agradecer esta nueva muestra de patriotismo puro al que, con sus altísimos dotes y su voluntad inquebrantable, le ha consagrado todos sus desvelos. Estrecha a usted la mano a la distancia el primero de sus admiradores cariñosos, último de sus amigos humildísimos,

J. IGNACIO GAMIO.

Lima, 26 de noviembre de 1901.

Señor doctor don J. Ignacio Gamio.

Mi muy bondadoso amigo:

De la lectura de su amabilísima carta de hoy deduzco que en el supremo gobierno hay buena voluntad para ampliar las atribuciones del Jurado, que, según el decreto primitivo y el de la designación de jueces, no nos facultaban mas que para fallar sobre el mérito de las composiciones. Siéndole, pues, ahora lícito al Jurado resolver sobre la subsistencia o insubsistencia del coro, no tiene ya razón de ser la renuncia formulada por su amigo afectuosísimo,

RICARDO PALMA.

Se presentaron al Concurso treinta y siete himnos, que fueron desechados por el Jurado. Subsisten, pues, actualmente (1906), con carácter oficial, el coro y las cuatro estrofas de La Torre Ugarte.

FIN DEL TOMO QUINTO





# INDICE

Páginas.

Juicios literarios. . . . .	V
-----------------------------	---

## TRADICIONES Y ARTICULOS HISTORICOS

Croniquillas de mi abuela . . . . .	5
La olla del padre Panchito. . . . .	6
El traquido de la capitana. . . . .	7
La capa de San José. . . . .	11
Juez y enamorado . . . . .	13
El abad de Lunahuaná. . . . .	15
Los siete pelos del diablo. . . . .	18
La astrología en el Perú. . . . .	22
El por qué fray Martín de Porres, santo limeño, no hace ya milagros. . . . .	26
Lluvia de cuernos. . . . .	30
Una causa por perjurio. . . . .	33
Historia de una excomunión. . . . .	35
Los milagros del padre Racimo. . . . .	39
Las barbas de Capistrano. . . . .	41
¡¡¡Viva el puff!!! . . . . .	43
El marqués de la Bula. . . . .	46
Una colegialada. . . . .	52
La nariz de camello. . . . .	56
¿Quién fué Gregorio López?. . . . .	60
Excomunión contra excomunión. . . . .	65
Gethsemaní. . . . .	67
Prudencia episcopal . . . . .	70
Dicharacho de un virrey . . . . .	72
El Corpus Triste de 1812. . . . .	74
Asunto concluído . . . . .	78
Una moda que no cundió. . . . .	81
El gran poder de Dios. . . . .	84
¿Cara o sello?. . . . .	86
Montalván . . . . .	88
El padre Pata . . . . .	93
La vieja de Bolívar. . . . .	95
Las tres etcéteras del Libertador. . . . .	97
La carta de la Libertadora. . . . .	102
La última frase de Bolívar. . . . .	106
Coronguinós. . . . .	107

El padre Oroz. . . . .	110
Sistema decimal entre los antiguos peruanos. . . . .	113
De gallo a gallo. . . . .	116
Dos cuentos populares . . . . .	120
María Abascal. . . . .	124
La monjita de Ayacucho. . . . .	130
Los repulgos de San Benito. . . . .	133
San Antonio del Fondo. . . . .	136
¿Quién toca el arpa? Juan Pérez. . . . .	139
Un santo varón. . . . .	141
Las mentiras de Lerzundi. . . . .	144
El desafío del mariscal Castilla. . . . .	149
Don por lo mismo. . . . .	154
El godo Maroto. . . . .	156
La cajetilla de cigarros. . . . .	163
Títulos de Castilla. . . . .	165
SILUETAS.—Hernando de Soto. . . . .	176
Pedro de Candía. . . . .	177
Alonso de Toro . . . . .	181
Francisco de Almendras. . . . .	182
Diego Centeno. . . . .	183
Pedro Puelles . . . . .	183
Hernando Machicao. . . . .	184
Martín de Robles. . . . .	186
Lope de Aguirre, el Traidor. . . . .	189
El poeta de la Rivera don Juan del Valle y Caviedes. . . . .	194
Las poetisas anónimas. . . . .	198
SOBRE EL «QUIJOTE» EN AMÉRICA.—A don Miguel de Unamuno.—I. Mi- nucias bibliográficas, 205.—II. El primer ejemplar del «Quijote», 207.— III. Otro ejemplar curioso del «Quijote», 209.—IV. Ediciones del «Qui- jote» en América, 210.—V. Noticia final, 211. . . . .	205
Vitores . . . . .	212
Tauromaquia . . . . .	222
Gallística. . . . .	234

## CACHIVACHERIA

Parrafito proemial. . . . .	245
Las cortinas. . . . .	247
De cómo desbanqué a un rival. . . . .	250
Los primitos. . . . .	256
Los padrinos . . . . .	260
Glorias del cigarro. . . . .	263
Los versos de cabo roto. . . . .	271
Algo de crónica judicial española. . . . .	274
Entre si juro o no juro. . . . .	277
Manumisión. . . . .	283
Justicia y escuelas. . . . .	290
Fruslerías. . . . .	292

## CARTAS LITERARIAS

A José Antonio de Lavalle. . . . .	297
A Alberto Navarro Viola. . . . .	300

	Páginas.
A Juan Zorrilla de San Martín. . . . .	306
A Marietta de Veintemilla. . . . .	310
A José Santos Chocano. . . . .	313
A Julio J. Sandoval. . . . .	317
A Rafael Altamira. . . . .	319
A Julio Hernández. . . . .	322
A Pastor S. Obligado. . . . .	324

PARRAFADAS DE CRITICA

La censura teatral. . . . .	331
Dos libros de versos. . . . .	340
Algo sobre una ley de instrucción. . . . .	344
Las revoluciones de Arequipa. . . . .	347
Diccionario histórico. . . . .	349
Ollantay . . . . .	352
Copias del natural. . . . .	356
Tradiciones del Cuzco. . . . .	360
Refutación a un texto de historia. . . . .	363
La guerra separatista del Perú. . . . .	383
Borrasca en un vaso de agua. . . . .	390
Recuerdos de Francisco B. O'Connor. . . . .	395
El nuevo libro del general Mitre. . . . .	399
Gramatiquería.—A un corrector de pruebas. . . . .	408
Charla de viejo. . . . .	410
Gazapos oficiales. . . . .	416
Sobre el himno del Perú. . . . .	428
Más sobre el himno nacional. . . . .	432

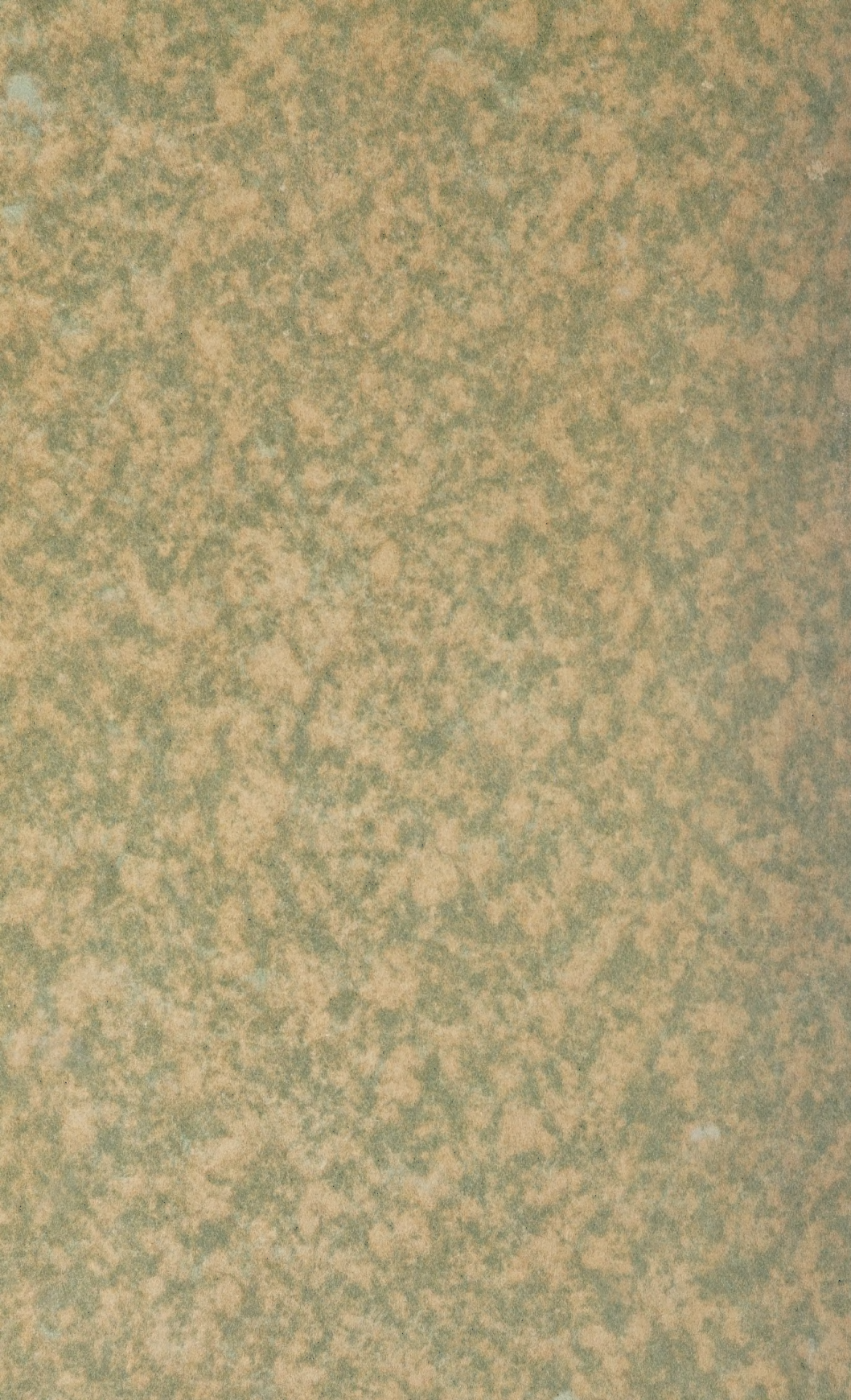










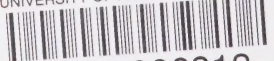








UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL



00028206913